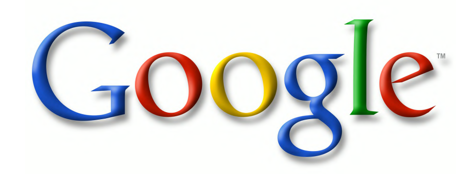
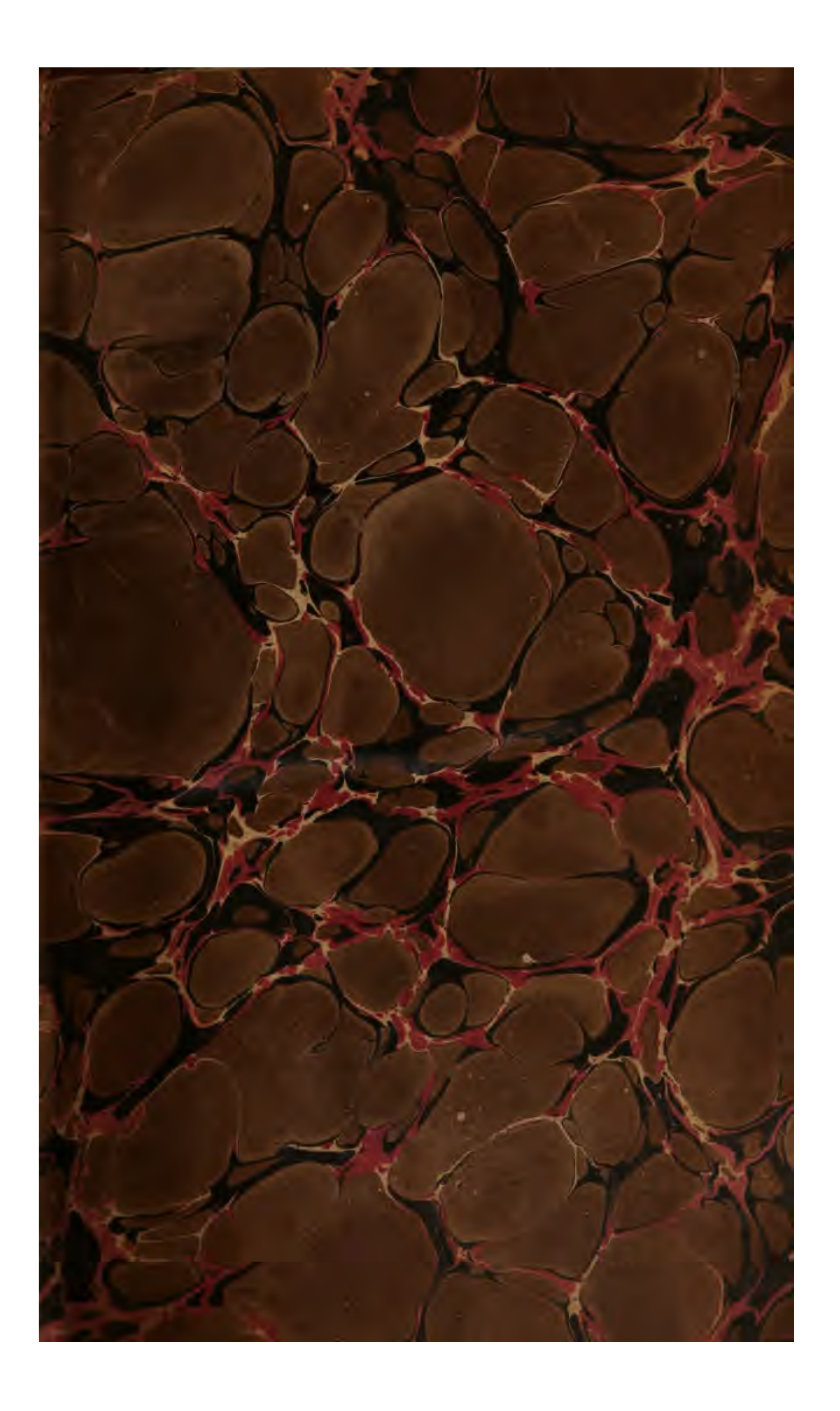
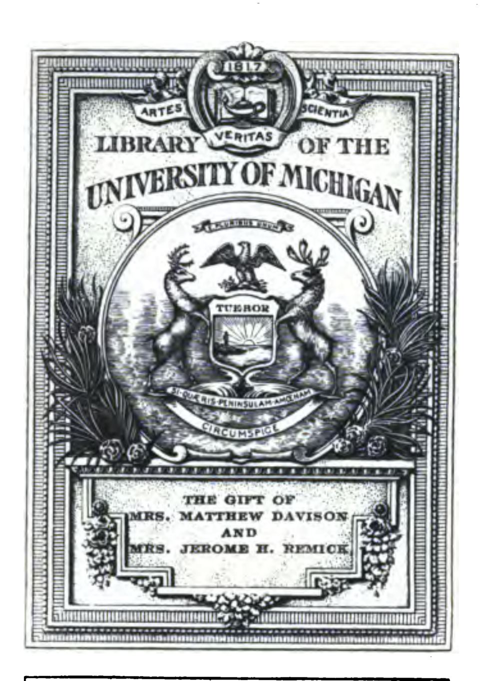





Lic. Miguel Martinez.




1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
MRS. MATTHEW DAVISON
AND
MRS. JEROME H. REMICK

HISTORIA
DE LA
CONQUISTA DEL PERU.

TOMO I.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DEL PERÚ,

PRECEDIDA DE UNA OJEADA SOBRE LA

CIVILIZACION DE LOS INCAS.

ESCRITA EN INGLES

Por W. H. Prescott,

SOCIO CORRESPONSAL DEL INSTITUTO DE FRANCIA; INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA DE MADRID, &c., &c.

Traducida al castellano por J. G. I.

"Congestæ cumulantur opes, orbisque rapinas
Accipit."—Claudiano, *In Ruf. lib. 1, v.* 194.

"So color de religion
Van á buscar plata y oro
Del encubierto tesoro.
Lope de Vega, *El Nuevo Mundo, Jorn. I.*

TOMO II.

MEXICO.

R. Rafael, editor, calle de Cadena N. 13.

1849.

PROLOGO.

Las páginas mas brillantes de la historia de los hechos de los Españoles en el Nuevo Mundo, son sin duda las que ocupan las relaciones de las conquistas de Méjico y del Perú; dos imperios, que á la mayor estension de territorio reunian una aventajada constitucion social, y un notable adelanto en las artes de la civilizacion. Y ambas ocupan un lugar tan visible en el gran cuadro de la historia, que á pesar del contraste que presentan en sus respectivos gobiernos, el nombre de la una recuerda naturalmente el de la otra; de manera, que cuando hice buscar en España los materiales necesarios para una historia de la conquista de Méjico, incluí tambien en mis investigaciones los que tuviesen relacion con la conquista del Perú.

La mayor parte de estos y aquellos documentos se sacaron del mismo depósito, es decir, de los archivos de la Real Academia de la Historia de Madrid, corporacion encargada especialmente de conservar cuanto pueda ser útil para esclarecer la historia de las colonias españolas. Los papeles de Muñoz componen tal vez la parte mas rica de esta coleccion. Este distinguido literato, historiógrafo de las Indias, empleó cerca de cincuenta años en reunir materiales para la historia de los descubrimientos y conquistas de los Españoles en América, y como trabajaba con autorizacion del gobierno, tenia para ello las mejores proporciones, gozando libre entrada en las oficinas públicas y colecciones particulares de todas las principales ciudades del reino, tanto en la misma España, como en la inmensa estension de sus posesiones ultramarinas. El producto de estos trabajos fué una magnífica coleccion de manuscritos, muchos de los cuales tuvo la paciencia de copiar de su propia mano; pero no le alcanzó la vida para recoger el fruto de su laboriosidad y perseverancia. Apenas habia concluido el primer tomo, que comprende los viages de Colon, cuando le sorprendió la muerte, y sus manuscritos, á lo menos la parte relativa

á Méjico y al Perú, fueron destinados á servir para los trabajos de otra persona; de un habitante del Nuevo Mundo á que ellos se referian.

Otro sabio á cuyos tesoros literarios me confieso muy deudor, es el finado director de la Real Academia de la Historia, Don Martin Fernandez de Navarrete. La mayor parte de su larga vida la empleó en reunir documentos originales para ilustrar los anales de las colonias. Muchos de ellos insertó en su gran obra "Coleccion de los viages y descubrimientos," la que, aunque muy lejos de haber llenado el plan que su autor se propuso, es de inmensa utilidad para el historiador. Siguiendo el hilo de los descubrimientos, dejó Navarrete á un lado las conquistas de México y el Perú para tratar de los viages de sus paisanos en los mares de las Indias; mas permitió cortesmente que se copiasen para mi uso, los manuscritos que poseia relativos á aquellos dos paises. De estos manuscritos se han impreso despues algunos, bajo la direccion de sus sabios colaboradores Salvá y Baranda de la misma Academia; pero los documentos que él me cedió componen la parte mas importante de mis materiales para la presente historia.

La muerte de este hombre ilustre acaecida

poco tiempo despues de comenzada mi obra, ha dejado en su pais un vacío no muy fácil de llenar. Entregábase con ardor á sus tareas literarias, y pocos han trabajado mas que él en dar á conocer la historia de las colonias; pero lejos de atender con esclusiva solicitud á sus propios proyectos literarios, estaba siempre pronto á estender sus simpatías y su ayuda á los de otros. Las distinguidas cualidades que poseia, como hombre, realzaban su reputacion como literarto: su benevolencia, sencillez de costumbres, é intachable rectitud moral. Débole grandes favores, pues desde la publicacion de mi primera obra histórica hasta el último dia de su vida, recibí constantemente pruebas de su sincero y eficaz interes en la prosecucion de mis trabajos históricos; y rindo con tanto mas gusto este merecido tributo á su mérito, cuanto que nadie podrá atribuirlo á lisonja.

En el número de las personas á quienes soy deudor de materiales, debo incluir el nombre de Mr. Ternaux Compans, tan conocido por sus fieles y elegantes traducciones francesas de los manuscritos de Muñoz, y el de mi amigo Don Pascual de Gayangos, que bajo la modesta apariencia de una traduccion, nos ha regalado con un ingenioso y erudito comentario so-

bre la historia Arábigo--Hispana, colocándose de esta manera en primera línea, en este dificil ramo de literatura, ilustrado ya por los trabajos de un Masdeu, un Casiri y un Conde.

A los materiales que he sacado de estas fuentes, he añadido algunos manuscritos importantes de la bibfioteca del Escorial. Estos, que se refieren principalmente á la antigua organizacion del Perú, formaban parte de la magnífica coleccion del Lord Kingsborough, que por desgracia ha corrido la misma suerte que la mayor parte de las colecciones literarias, dispersándose despues de la muerte de su noble autor. De ellos soy deudor al laborioso bibliógrafo Mr. O'Rich, que se halla ahora en Londres. Por último, no debo concluir sin manifestar mi agradecimiento por otra especie de auxilio, á mi amigo el erudito bibliotecario del Ateneo de Boston, Carlos Fólsom, Esq., cuyo conocimiento de las mas pequeñas particularidades de la construccion gramatical, y de la verdadera índole de nuestra lengua inglesa, me han proporcionado el corregir muchos descuidos en que habia caido, tanto en esta obra como en las precedentes.

De estas diversas colecciones he formado un considerable acopio de manuscritos, de muy di·

versas especies y de orígen el mas auténtico: mercedes y ordenanzas reales, instrucciones de la corte, cartas del emperador á los grandes oficiales de las colonias, registros municipales, diarios y apuntes de particulares, y un cúmulo de correspondencia privada de los principales, actores de este turbulento drama. Acaso el estado de agitacion en que se encontraba el pais, hacia que la correspondencia entre el gobierno de la metrópoli y los oficiales de las colonias fuese mas frecuente; pero cualquiera que sea la causa, la coleccion de manuscritos relativos al Perú, es mas completa que la de los referentes á Méjico, de modo que no hay rincon, por oscuro que sea, en la vida del aventurero, sobre que no arroje alguna luz la correspondencia privada de aquel tiempo. El historiador tiene mas bien ocasion de quejarse del *embarras des richesses;* porque entre la multitud de testimonios contradictorios, no es siempre fácil el descubrir la verdad, del mismo modo que la multitud de luces muchas veces deslumbra y estravía la vista del espectador.

La presente historia se ha escrito en lo general bajo el mismo plan que la de la Conquista de Méjico. En el primer libro que sirve de introduccion, he tratado de hacer una pintura

del gobierno de los Incas, para que el lector se imponga del carácter y condicion de esta raza estraordinaria antes de entrar en la historia de su conquista, que ocupa los libros restantes; cuyo asunto es preciso convenir, en que apesar de las oportunidades que presenta para la pintura de los varios caractéres, de incidentes estraordinarios y romancescos, y de las pintorescas escenas de la naturaleza, no ofrece tantas ventajas al historiador como el de la Conquista de Méjico. Sin duda que el historiador y el poeta podrán hallar pocos asuntos mas á propósito para ejercitar su pluma. La marcha natural de la narracion es la misma que pudieran señalar las mas ajustadas reglas del arte. La conquista del pais es el último fin que el lector tiene siempre á la vista. Desde el primer desembarco de los Españoles en el territorio, sus aventuras posteriores, sus negociaciones y batallas, su desastrosa retirada, su reunion y el último asedio, todo se encamina á este gran resultado, hasta que tan larga série de acontecimientos termina con la toma de la capital. En la marcha de los sucesos todo va avanzando con paso firme á su conclusion. Es una magnífica epopeya en la que no puede ser mas completa la unidad de interes.

En la Conquista del Perú, la accion, en tanto que se funda en la ruina del imperio de los Incas, termina mucho antes que la narracion. El resto de ella lo ocupan las sangrientas disensiones de los conquistadores, las que por su misma esencia podria parecer imposible el reunirlas en un punto céntrico de interes. Para conseguirlo es preciso que miremos mas allá de la pronta caida del imperio indio. La sujecion de los naturales es tan solo el primer paso, á que debia seguirse la de los mismos conquistadores convertidos en rebeldes, hasta que el dominio de la corona quedase sólidamente establecido en el pais. Solo hasta entonces puede decirse que se completó la adquisicion de este imperio ultramamarino, y fijando la vista en este lejano punto, se echará de ver que todos los pasos sucesivos de la narracion van conduciendo á un mismo resultado, conservándose de este modo la unidad de interes, casi tan necesaria en las composiciones históricas como en las dramáticas. Hasta qué punto se haya conseguido esto en la presente obra, toca al lector decidirlo.

No sé que los Españoles hayan emprendido hasta ahora ninguna historia de la Conquista del Perú, fundada en documentos auténticos y

con pretensiones á la autoridad de una composicion clásica, como la "Conquista de México," por Solis. Los Ingleses poseen una de gran mérito de la pluma de Robertson, cuyo bosquejo, trazado con mano maestra, ocupa el lugar correspondiente en su grande obra sobre la América. Mi objeto ha sido presentar al público la misma relacion con todos sus romancescos detalles; no tan solo delinear los rasgos principales de la Conquista, sino dibujarlo todo con sus colores naturales, de modo que fuese una minuciosa y exacta pintura de los tiempos. Con este objeto, en la composicion de la obra me he valido principalmente de mis manuscritos; he dejado que los actores hablen por sí mismos hasta donde ha sido posible, y sobre todo, he hecho con frecuencia uso de sus cartas, porque en la libertad de la correspondencia privada es en donde debemos esperar que el corazon descubra con mas franqueza sus verdaderos sentimientos. He dado copiosos extractos de estas autoridades en las notas, tanto para corroborar el testo, como para que vean la luz pública esas producciones de los distinguidos capitanes y hombres de Estado de aquel tiempo, que no son muy accesibles ni aun á los mismos Españoles.

Mr. Amédée Pichot, en el prólogo de la tra-

duccion francesa de la "Conquista de México," infiere por el plan de la composicion, que debo haber estudiado atentamente los escritos de su paisano Mr. de Barante. El sagaz crítico acierta, como es natural, en suponerme familiarizado con los principios de la teoría histórica de aquel escritor, con tanta habilidad esplicada en el prólogo de sus "Ducs de Bourgogne." Y mas de una vez he tenido ocasion de admirar la destreza con que él mismo pone en práctica su teoría, sirviéndose de los toscos materiales de un tiempo distante para construir un monumento de ingenio que nos transporta de un golpe en medio de los siglos feudales, y esto sin la falta de armonía que generalmente acompaña á una imitacion moderna de lo antiguo. Del mismo modo he tratado de acertar con la espresion característica de un siglo remoto, é infundirle nueva vida al presentarla. Pero me he desviado del plan del historiador francés en un punto muy esencial. He dejado puestos los andamios despues de concluido el edificio, es decir, que he manifestado al lector la marcha que he seguido para llegar á mis conclusiones. En vez de exigirle que admita bajo mi palabra mi modo de referir el suceso, he tratado de esponerle las razones que he tenido para adop-

tarlo. Por medio de copiosas citas de los documentos originales, acompañadas de noticias críticas que le impongan de las varias influencias á que pudieron estar sujetos sus autores, he tratado de ponerle en estado de juzgar por sí mismo y poder revisar la sentencia del historiador, ó tal vez pronunciar otra contraria. De este modo podrá á lo menos conocer, lo dificil que es llegar á descubrir la verdad en medio de opuestos testimonios, y aprenderá á no confiar en los escritores que deciden las dificiles dudas de lo pasado con lo que Fontenelle llama "un espantoso grado de certidumbre;" espíritu el mas opuesto al de la verdadera filosofia de la historia.

Es preciso convenir, sin embargo, en que el historiador que refiere los sucesos de una época distante, cuenta con algunas ventajas evidentes en el acopio de manuscritos que tiene á su disposicion, en donde el dicho de los amigos, rivales y enemigos, forma un saludable correctivo mútuo; y tambien en el curso de los sucesos, conforme fueron ocurriendo, halla el mejor comentario sobre el móvil que guiaba á los partidos. El actor, metido en el calor de la pelea, no puede observar mas que lo que pasa en un círculo muy limitado, porque los que le

rodean le impiden ver mas allá, y ademas le ofuscan la vista el humo y el polvo del combate; al paso que el espectador, cuyo ojo recorre toda la estension del terreno desde un punto distante y elevado, abraza de una sola mirada todas las operaciones del campo, aunque en cambio los objetos aislados pierdan algo de su viveza. Por mas que parezca una paradoja, es cierto que la verdad que descansa en testimonios contemporáneos, es tan facil de descubrir por el escritor de una época mas reciente, como por los contemporáneos, mismos.

Antes de concluir estas observaciones, séame permitido añadir algunas que me conciernen personalmente. En varias noticias de mis escritos publicadas en el estrangero, se ha dicho que el autor es ciego, y mas de una vez me han hecho el favor de suponer que perdí la vista en la composicion de mi primera historia. Cuando ha llegado á mis manos alguna de estas relaciones equivocadas, me he apresurado á corregirla. Pero ahora se me presenta la mejor ocasion de hacerlo, y lo deseo tanto mas, cuanto que me temo que algunas observaciones estampadas en los prólogos de mis anteriores obras, hayan dado márgen á esta equivocacion.

Cuando me hallaba en la Universidad recibí un golpe en uno de mis ojos, de cuyas resultas vine al cabo á perderlo. Poco despues se vió atacado el otro de una inflamacion tan fuerte, que por algun tiempo perdí tambien el uso de él, y aunque lo recobré despues, el órgano habia sufrido tanto que se quedó siempre débil, de modo que desde entonces me he visto privado dos veces de su uso, por varios años seguidos, para todo lo que fuese leer y escribir. Durante uno de estos periodos de dolencia, recibí de Madrid los materiales para la "Historia de los Reyes Católicos," y en la posicion en que me encontraba, rodeado de mis tesoros ultramarinos y sin poder usar de ellos, me asemejaba á uno que se muere de hambre en medio de la abundancia. Viéndome en este estado, me resolví á hacer que el oido desempeñase, si era posible, las funciones del ojo. Servíme para ello de un secretario que me leia las diversas autoridades, y con el tiempo me familiaricé de tal modo con el sonido de las varias lenguas estrañas, (aunque es cierto que á algunos de ellos me habia acostumbrado antes por haber residido en el estrangero), que pude comprender la lectura sin mucha dificultad. Conforme avanzaba el lector dictaba yo copiosas

notas, y cuando éstas llegaron á formar un volúmen considerable, me las hice leer repetidas veces, hasta penetrarme de su contenido lo suficiente para empezar á componer. Las mismas notas ofrecian un medio facil de referencia para apoyar el testo.

Ocurrió despues otra dificultad en el trabajo mecánico de escribir, que esperimenté ser una pesada tarea para el ojo. Conseguí vencerla valiéndome de una máquina como la que usan los ciegos, la que me permitia trasladar mis pensamientos al papel sin la ayuda de la vista, y me servia igualmente en la luz y en las tinieblas. Los caractéres formados de este modo, se parecian bastante á unos geroglíficos; pero mi secretario llegó á estar diestro en descifrarlos, é hice sacar una copia clara, (perdonando siempre una regular cantidad de faltas inevitables), para uso del impresor. He descrito mi método con tanta minuciosidad, porque he advertido que varias veces se ha manifestado alguna curiosidad respecto de mi *modus operandi* en medio de mis privaciones, y porque el conocimiento de él podrá tal vez ser útil á otros que se hallen en circunstancias semejantes.

Aunque me sentia animado al ver el visible

adelanto de la obra, éste era por necesidad muy lento. Pero con el tiempo comenzó á disminuir la inflamacion, y el vigor del ojo aumentaba diariamente, hasta que por último se restableció de tal modo, que pude leer durante varias horas del dia, si bien mis trabajos terminaban por precision con la luz natural. No obstante, nunca pude pasarme sin el auxilio del secretario y de la maquinita, porque contra la esperiencia general, he hallado que el escribir es trabajo mas pesado para el ojo que el leer; observacion que no puede aplicarse, sin embargo, á la lectura de manuscritos, y por lo mismo para poder revisar con mas cuidado mi composicion, hice imprimir para mí un ejemplar de la "Historia de los Reyes Católicos" antes de enviarla á la prensa para su publicacion. Tal era el lisongero estado de mi salud, durante la composicion de la "Conquista de Méjico," y satisfecho de haber llegado casi á igualarme con el resto de mis semejantes, apenas envidiaba la mejor fortuna, de los que podian continuar sus estudios despues de anochecido, ó hasta una hora muy avanzada de la noche.

Pero en estos dos últimos años se ha verificado un cambio muy notable. El ojo se me ha ido escureciendo gradualmente, al paso que la

sensibilidad de los nérvios se há aumentado de tal modo, que en el año pasado no he abierto un libro durante muchas semanas, y en todo ese tiempo no he podido usar del ojo, por término médio, mas de una hora cada dia. Ni puede animarme la engañosa esperanza de que dañado como está el órgano, por haberle hecho trabajar tal vez mas de lo que podia, llegue á recobrar el vigor de su juventud, ni servirme ya de mucho en mis futuras tareas literarias. No sé si con estos obstáculos tendré valor de entrar en un nuevo y mas estenso campo de trabajos históricos, como me habia propuesto. Acaso una larga costumbre, y el deseo natural de terminar la carrera que por tanto tiempo he seguido, podrian hacerlo en cierto modo necesario, ya que la esperiencia pasada me ha probado que no es imposible.

Por esta relacion, (me temo que demasiado larga para su paciencia) el lector que tenga alguna curiosidad sobre el asunto comprenderá la verdadera estension de los obstáculos con que he tropezado en mis trabajos históricos. Que no han sido muy pequeños, lo conocerá fácilmente, cuando considere que solo he podido hacer un uso muy limitado de mi ojo cuando mejor lo he tenido, y que la mayor parte del tiem-

po me he visto privado de él enteramente. Con todo, las dificultades con que he tenido que luchar son inferiores con mucho á las que rodean á un ciego. No sé que exista al presente ningun historiador que pueda reclamar la gloria de haberlas vencido, mas que el autor de la "Conquista de Inglaterra por los Normandos," quien, para usar de su bella y sentida espresion, "se ha hecho amigo de las tinieblas," y que á una filosofia profunda que no necesita otra luz que la del entendimiento, reune una habilidad particular para llevar á cabo las mas profundas y variadas investigaciones, para las que se necesita de toda la atencion y estudio de un literato.

Creo que las observaciones que me he visto obligado á alargar tanto, no serán atribuidas por el lector á un bajo egoismo, sino á su verdadero orígen; esto es, al deseo de corregir una interpretacion errada; de que tal vez yo mismo he sido causa inocente, y que entre algunas personas me ha adquirido la reputacion, (que no puede serme agradable, puesto que es inmerecida,) de haber vencido los incalculables obstáculos con que tiene que luchar un ciego.

Boston, 2 de Abril de 1847.

DIVISION GENERAL DE LA OBRA.

LIBRO I.

INTRODUCCION.—OJEADA SOBRE LA CIVILIZACION DE LOS INCAS.

LIBRO II.

DESCUBRIMIENTO DEL PERU.

LIBRO III.

CONQUISTA DEL PERU.

LIBRO IV.

GUERRAS CIVILES DE LOS CONQUISTADORES.

LIBRO V.

PACIFICACION DEL PAIS.

APENDICE.

HISTORIA DE LA

CONQUISTA DEL PERÚ.

LIBRO I.

INTRODUCCION.

Idea de la civilizacion de los Incas.

CAPITULO I.

Aspecto físico del pais.—Orígen de la Civilizacion peruana.—Imperio de los Incas.—Familia real.—Nobleza.

Entre las muchas naciones que ocupaban el continente americano al tiempo de su descubrimiento por los Españoles, México y el Perú eran indudablemente las dos mas poderosas y mas adelantadas. Pero aunque se asemejaban mucho en cuanto al grado de civilizacion á que habian llegado, respecto á la naturaleza de esta civilizacion habia entre ellas una gran diferencia, y es muy natural que aquel que trata de es

tudiar la especie humana bajo el aspecto filosófico, esté deseoso de ir siguiendo los pasos á los esfuerzos que estas dos naciones hicieron para salir del estado de barbarie, y alcanzar un puesto mas elevado en la escala de la humanidad. En una de mis anteriores obras he tratado de describir las instituciones y carácter de los antiguos Mexicanos, y de referir la historia de su conquista por los Españoles. La presente está dedicada á los Peruanos, y si bien su historia no presenta tan estrañas anomalías y notables contrastes como la de los Aztecas, es sin embargo, casi tan interesante como aquella, por la agradable pintura que ofrece de un gobierno bien sistemado y de costumbres morigeradas é industriosas, bajo el gobierno patriarcal de los Incas.

El imperio del Perú al tiempo de la invasion de los Españoles, se estendia á la orilla del mar Pacífico, desde cosa del grado segundo de latitud austral, hasta el 37° de latitud boreal, cuya línea forma hoy dia el límite occidental de las modernas repúblicas del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Su anchura no es fácil determinarla, porque aunque limitado al O. por el grande Océano, hácia el E. se estendia en muchas partes mucho mas allá de las montañas, hasta los confines de naciones bárbaras, cuya posicion no está determinada con exactitud, ó cuyos nombres han desaparecido del mapa de la historia; de to-

dos modos es indudable que su anchura era muy desproporcionada á su longitud. [1]

El aspecto topográfico del pais es muy notable. A todo lo largo de la costa solo se descubre una faja de tierra que en pocos lugares pasa de veinte leguas de ancho, limitada en toda su estension por una colosal cordillera de montañas, que partiendo del estrecho de Magallanes, llega á su mayor elevacion, (la mayor en todo el continente americano,) hácia el grado 7º de lat. S., [2] y despues de cortar la línea, disminuye gradualmente hasta reducirse á colinas insignificantes al entrar en el istmo de Panamá. Esta es la famosa cordillera de los Andes, ó "montañas de cobre," [3] como les llamaban los naturales, aunque con mas razon deberian haberles llamado "montañas de oro." Colocadas á veces en una sola hilera, bien que con mas frecuencia en dos ó tres

1 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 65.—Cieza de Leon, Crónica del Perú, (Amberes, 1554), cap. 41.—Garcilaso de la Vega, Comentarios Reales, (Lisboa, 1609,) Parte 1, lib. 1, cap. 8.

Segun este último autor, la mayor anchura del imperio, no pasaba de ciento y veinte leguas. Pero es perder el tiempo querer aplicar la crítica á la geografia de Garcilaso.

2 Segun Malte Brun, los picos mas elevados de esta cadena se encuentran bajo el Ecuador. (Univers. Geog., eng. trans., book 86.) Pero otras mediciones mas recientes han demostrado, que entre los quince y diez y siete grados Sur es donde el Nevado de Sorata se levanta á la enorme altura de 25.250 pies, y el Ilimani á la de 24.300.

3 A lo menos la palabra *anta* de la que se ha creido viene el nombre de *Andes*, en la lengua del Perú significa "cobre". Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 15.

líneas paralelas ú oblicuas una á otra, al viajero que las contempla desde el Océano, parecen una sola cadena continuada, y los enormes volcanes que á los habitantes de la tierra llana se representan como masas aisladas, no son para él mas que otros tantos picos de la misma sierra. En tan inmensa escala trabaja la naturaleza en estas regiones, que solamente viéndolo á gran distancia puede comprender hasta cierto punto el espectador, la relacion de las diversas partes de un todo tan asombroso. Pocas obras de la naturaleza son sin duda tan propias para producir impresiones sublimes, como el aspecto de esta costa, conforme se vá presentando gradualmente al ojo del marinero que navega en las distantes aguas del Pacífico, desde donde ve elevarse montaña sobre montaña, hasta que asoma por encima de todas la magestuosa cima del Chimborazo con su reluciente ropage de nieve, que herida por los rayos del sol, brilla por sobre las nubes agrupadas en derredor de él. [4]

Esta configuracion del pais podrá parecer á primera vista muy desfavorable para la agri-

4 Humboldt, Vues des Cordillères et Monumens des Peuples Indigènes de l'Amérique (Paris 1810,, p. 106.—Malte Brun, book 88.

Los pocos bosquejos que ha dado Humbolt de las vistas de las cordilleras, revelan la mano de un filósofo y de un gran pintor, y nos hacen sentir doblemente que no nos haya comunicado los resultados de sus observaciones en esta interesante region con la minuciosidad con que lo ha hecho en la parte relativa á Méjico.

cultura, y la facilidad de las comunicaciones. La faja arenosa paralela á la costa, en donde jamas cae la lluvia, solo se refresca por algunos insignificantes arroyos, que forman un notable contraste con las enormes masas de agua que bajan por el lado oriental de la cordillera, y van á desaguar en el Atlántico. Las escarpadas pendientes de la sierra con sus hendidos costados de porfido y granito, y sus elevadas regiones cubiertas de nieves perpetuas, que resisten á los ardientes rayos del sol del Ecuador, y solo ceden á la destructora accion de los fuegos volcánicos que encierran en su seno, podrian parecer igualmente desfavorables para los trabajos del labrador. Y toda comunicacion entre las varias partes de tan dilatado territorio se creria imposible, á causa de la aspereza de aquella region, cortada por precipicios, impetuosos torrentes, y horribles quebradas ó hendeduras cuya profundidad procura en vano medir el ojo del viagero cuando marcha por las tortuosas veredas que parecen suspendidas en el aire. [5] Sin embargo, la industria, casi pudiéramos decir el ingenio del Indio, bastaba para vencer todos estos obstáculos de la naturaleza.

5 "Ces crevasses sont si profondes," dice Mr. de Humboldt escogiendo sus egemplos con el acierto que acostumbra, "que le Vésuve et le Puy-de-Dôme pourroient y être placés sans que leur cime dépassât le rideau des montagnes les plus voisines."—Vue des Cordillères, p. 9.

Por medio de un acertado sistema de cañerías y canales, los áridos terrenos de la costa eran refrescados por abundantes corrientes, que los cubrian de fertilidad y verdura. Formaron terraplenes en las ásperas pendientes de la cordillera, y como las diversas elevaciones producian el propio efecto que la diferencia de latitud, se veia á un mismo tiempo toda especie de vegetacion, desde la exuberante fertilidad de los trópicos, hasta los escasos productos de los paises septentrionales. Rebaños enteros de *llamas*, ó carneros del Perú, vagaban con sus pastores por inmensas soledades cubiertas de nieve, en las cumbres de las montañas que traspasaban los límites del cultivo. En las regiones altas de las mesas, moraba una poblacion industriosa, y entre las arboledas y jardines se veian ciudades y pueblos, elevados muchos piés sobre la altura ordinaria de las nubes y como suspendidos en el aire.[6] Comunicábanse entre sí estas numerosas poblaciones por medio de los grandes caminos que atravesaban por los puertos de las montañas, y proporcionaban un medio fácil de comunicacion entre la capital y los mas remotos confines del imperio.

El valle del Cuzco, en la region central del

6 Los llanos de Quito se hallan á una altura de nueve á diez mil pies sobre el nivel del mar.—(Condamine, Journal d'un Voyage á l'Equateur, (Paris, 1751,) p. 48.) Hay otros valles ó mesas en este inmenso grupo de montañas que llegan á mayor elevacion.

Perú, como lo indica su nombre, [7] fué segun dicen la cuna de esta civilizacion. El orígen del imperio Peruano, como el de todas las demas naciones, escepto las pocas que como la nuestra, han tenido la fortuna de nacer de un pueblo civilizado en una época de ilustracion, se pierde entre las tinieblas de la fábula, que á la verdad son tan espesas en esta historia, como en la de cualquier otra nacion del Viejo Mundo antigua ó moderna. Segun la tradicion mas conocida de los Europeos, hubo un tiempo en que las razas antiguas del continente estaban sumergidas en la mas completa barbarie, adoraban indistintamente casi todos los obgetos naturales; la guerra era su pasatiempo favorito, y en sus banquetes humeaba la carne de los destrozados cautivos. El gran luminar y padre de todos los hombres, el sol, compadecido de su infeliz estado, envió á dos de sus hijos, Manco Capac y Mama Oello Huaco, para que reuniesen á los naturales en poblaciones y les enseñasen las artes de la vida civilizada. La celestial pareja, hermanos y esposos al mismo tiempo, marchó por las elevadas llanuras cercanas á la laguna de Titicaca, hácia el grado 16 de lat. S. Llevaban consigo una barrita de oro, y tenian órden de fijar su residencia en el punto en que este sagrado símbo-

7 "*Cuzco*, que en la lengua particular de los Incas" dice Garcilaso "quiere decir *ombligo*" Com. Real., Parte 1, lib. 1, cap. 18.

lo se hundiese en el suelo por sí solo. Obedeciendo este mandato, continuaron su viage un poco mas adelante hasta el valle del Cuzco, lugar en que se verificó el milagro, pues que la barra se hundió prontamente en tierra y desapareció para siempre. Los hijos del sol fijaron allí su residencia, y en breve dieron principio al desempeño de su benéfica mision entre los rudos habitantes de aquel pais, instruyendo Manco Capac á los hombres en la agricultura, y Mama Oello [8] á las mugeres en las artes del hilado y el tegido. El inculto pueblo escuchaba dócilmente á los enviados del cielo, y reunidos en número considerable, echó los cimientos de la ciudad del Cuzco. Las mismas máximas sábias y benévolas, que dirigieron la conducta de los primeros Incas, [9] pasaron en herencia á sus su-

8 *Mama* entre los Peruanos significaba "madre" (Garcilaso. Com. Real., Parte I, lib. 4. cap. 1.) Es una coincidencia curiosa que esta palabra sea igual á la que usan los Europeos. No lo es menos sin embargo, la que se encuentra en su compañera la voz *papa*, que entre los antiguos mejicanos denotaba un sacerdote de alto rango, lo que nos recuerda el *papa* de los Italianos. Ambas naciones parece que la usaban para abrazar con ella el sentido mas estenso de las relaciones paternales, que es lo que indica en el estilo familiar de la mayor parte de las naciones de Europa. Ni se limita su uso á los tiempos modernos, pues la aplicaban del mismo modo los Griegos y los Romanos "Πάππα φίλε" dice Nausikaa, hablando á su padre en el sencillo lenguage que los versificadores modernos han considerado demasiado sencillo para ser traducido literalmente.

9 *Inca* significaba *rey ó señor*. *Capac* queria decir *grande* ó *poderoso*. Aplicóse á varios de los sucesores de Manco, del mismo modo que se añadió á los nombres de algunos Incas el epíteto *Yupanqui* que significa *rico en to*

cesores, y bajo su suave yugo, se fué estendiendo gradualmente por la dilatada superficie de la tierra llana, una nacion que dió pronto á conocer su superioridad sobre las demas tribus vecinas. Tal es la agradable pintura del orígen de la monarquía Peruana, segun le cuenta Garcilaso de la Vega, descendiente de los Incas, por cuyo medio ha llegado á ser familiar á los lectores Europeos. [10]

Pero esta tradicion solo es una de las que corrian entre los Indios peruanos, y tal vez no la mas generalmente recibida. Hay otra leyenda que habla de ciertos hombres blancos y barbados, que saliendo de las orillas de la laguna de Titicaca, consiguieron ser respetados y obedecidos de los naturales, y les proporcionaron los beneficios de la civilizacion. Esto nos recuerda la tradicion que existia entre los Aztecas respecto á Quetzalcoatl, la benéfica deidad, que bajo una apariencia semejante, vino del Oriente con igual mision de paz para los naturales. La analogía es tanto mas notable, cuanto que no hay indicios de que las dos naciones se comunicasen,

das virtudes (Cieza de Leon, Crónica, cap. 41.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 17.) Los diversos sobrenombres de muchos de los príncipes peruanos, que recuerdan sus buenas cualidades, son un tributo, honroso, aunque no exento de toda sospecha, al mérito de los sugetos á quienes se aplicaban.

10 Com. Real., part. 1, lib. 1 cap. 9-16.

ni aun siquiera de que la una conociese la existencia de la otra. [11]

La fecha que comunmente se señala á estos grandes acontecimientos, es cosa de cuatrocientos años antes de la llegada de los Españoles, ó á principios del duodécimo siglo. [12] Pero á pesar de lo que agrada á la imaginacion y de la popularidad que goza la leyenda de Manco Capac, se necesita reflexionar muy poco para demostrar que es muy improbable, aunque se le despoje de la parte sobrenatural. En las orillas del lago Titicaca se hallan hoy dia estensas ruinas que los mismos Peruanos confiesan ser mas antiguas que la supuesta venida de los Incas, añadiendo que éstos derivaron de ellas su arquitectura. [13]

11 Estas diversas tradiciones, todas de un carácter muy frívolo, se hallarán en Ondegardo, Relacion, MS.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 1.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 105.—Conquista i Poblacion del Pirú, MS.,—Declaracion de los Presidente é Oydores de la Audiencia Reale del Perú, MS.,—todas autoridades contemporáneas de la conquista. El cuento de los hombres blancos y barbados se encuentra en la mayor parte de estas leyendas.

12 Algunos escritores retrotraen la fecha hasta á 500 y aun 550 años antes de la invasion de los españoles (Balboa, Histoire du Pérou, chap. 1. Velasco, Histoire du Royaume de Quito, tom. I, p. 81. Ambo auct. ap. Relations et Mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique, par Ternaux-Compans (Paris, 1840). En el Informe de la Real Audiencia del Perú se fija la época, con mas moderacion, en 200 años antes de la conquista. Dec. de la Aud. Real., MS.

13 "Otras cosas ay mas que dezir deste Tiaguanaco, que passo por no detenerme: concluyendo que yo para mi tengo esta antigualla por la mas antigua de todo el Peru. Y assi se tiene que antes que los indios reynassen con muchos tiempos estavan hechos algunos edificios destos: porque yo he oydo afirmar a Indios, que los Ingas hizieron los edificios grandes del Cuzco por la

Ciertamente que es de todo punto imposible conciliar la fecha de su llegada con las de los sucesos posteriores. No hay relacion que dé á la dinastía de los Incas mas de trece príncipes anteriores á la Conquista. Pero este número es demasiado corto para llenar un espacio de cuatrocientos años, y manifiesta, que sin esceder de un cómputo probable, no debe retrogradarse la fundacion de la monarquía mas allá de doscientos cincuenta años; antigüedad ya creible y que aventaja tan solo medio siglo á la fundacion de la capital de Méjico. La fábula de Manco Capac y de su esposa-hermana, se inventó sin duda posteriormente para lisongear la vanidad de los monarcas Peruanos y dar mas fuerza á su autoridad,

forma que vieron tener la muralla ó pared que se ve en este pueblo." (Cieza de Leon, Cró nica, cap. 105.) V. tambien Garcilaso, (Com. Real., part. 1, lib. 3, cap. 1), quien da, sobre la autoridad de un eclesiástico español, una noticia de estas ruinas, que en lo maravilloso puede competir con cualquiera otra de las leyendas de los frailes. Herrera habla de otras ruinas de una antigüedad tradicional semejante. (Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano, (Madrid, 1730,) Dec. 6, lib. 6, cap. 9.) Mc. Culloh en unas juiciosas reflexiones sobre el orígen de la civilizacion peruana, alega, apoyado en la autoridad de Garcilaso de la Vega, el famoso templo de Pachacamac, no lejos de Lima, como una muestra de arquitectura mas antigua que la de los Incas. (Researches, Philosophical and Antiquarian, concerning the Aboriginal History of America, (Baltimore 1829) p. 405). Si esto fuese cierto, serviria de mucho para confirmar la opinion del testo. Pero Mc. Culloh cae en un error por dejarse conducir de un guia ciego como es Rycaut el traductor de Garcilaso, porque éste no dice que el templo existiese antes del tiempo de los Incas, sino antes que el pais fuese conquistado por los Incas. Com. Real., part. 1, lib. 6, cap. 30.

suponiéndole un orígen divino. Será, por tanto, acertado el decidir que antes del tiempo de los Incas, habia en el pais una raza adelantada en civilizacion, y de acuerdo con casi todas las tradiciones, debemos suponer que esta raza vino del lago Titicaca, [14] opinion que se encuentra apoyada por los magestuosos restos de edificios que aun se ven en sus orillas, despues del transcurso de tantos años. Cuál era esta raza, y de dónde vino, son cuestiones que convidan al anticuario, y ofrecen ancho campo á sus teorías. Pero es un pais de tinieblas á cuya entrada debe detenerse el historiador. [15]

14 Entre otras autoridades en apoyo de esta tradicion, véanse Sarmiento, Relacion, MS., c. 3, 4.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 3, cap. 6.—Conq. 1, Pob. del Piru, MS.—Zárate, Historia del Descubrimiento y de la Conquista del Perú, lib. 1, cap. 10, ap. Barcia, Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales (Madrid, 1749,) tom. III.

Casi todas las tradiciones, aunque no todas, convienen en que Manco Capac, era el nombre del fundador de la monarquía peruana, si bien en su historia y en la pintura de su carácter se advierte bastante discrepancia.

15 Mr. Ranking, para quien es tan fácil,

el aclarar un misterio
como enhebrar una aguja,

encuentra muy probable que el primer Inca del Perú fuese un hijo del gran Khan Kublai!" (Historical Researches on the Conquest of Perú, &c. by the Moguls; (London, 1827,) p. 170). Las coincidencias son muy curiosas, aunque no nos aventuramos á llegar de un salto á la conclusion de este atrevido autor. Todo literato convendrá con Humboldt en su deseo de que "algun viajero ilustrado visite las orillas del lago de Titicaca, el distrito del Callao, y los elevados llanos de Tiahuanaco, teatro de la antigua civilizacion americana (Vues des Cordillères, p. 199,) á pesar de que los monumentos arquitectónicos de los aborígenes, descubiertos hasta ahora, han proporcionado pocos materiales para el camino que ha de comunicar el mundo antiguo con el nuevo al través del tenebroso abismo que los separa.

Esta misma oscuridad que rodea el orígen de los Incas, continúa envolviendo sus anales, y tan imperfectos eran los medios de que usaban los Peruanos para conservar la memoria de los hechos, y sus tradiciones tan contradictorias, que el historiador no pisa terreno firme hasta llegar al siglo que precede á la conquista.[16] Parece que los progresos de los Peruanos fueron al principio lentos y casi imperceptibles. Por medio de una política sábia y moderada, fueron sujetando una por una á su dominio las tribus vecinas, conforme éstas se convencian poco á poco de los bienes que les proporcionaba un gobierno justo y bien organizado. Segun se iban robusteciendo se apoyaban algo mas en la fuerza; y avanzando siempre bajo los mismos caritativos pretestos que habian usado sus predecesores, proclamaban paz y civilizacion con la punta de la espada. Sin ningun principio de adhesion entre

16 Y á decir verdad, hasta mucho mas adelante. Por ejemplo; Garcilaso y Sarmiento, las dos autoridades antiguas de mas reputacion, apenas tienen un punto de contacto en toda su historia de los primeros príncipes peruanos. Segun el primero, el cetro pasó pacíficamente de mano en mano, por toda una dinastía no interrumpida, mientras que el otro adorna su relacion con tantas conspiraciones, destronamientos y revoluciones, como no suelen ocurrir en casi todas las naciones bárbaras, y tambien por desgracia en las civilizadas. Agréguense á estos de los demas escritores contemporáneos y del siglo siguiente, que tratan de los anales peruanos, y nos hallarémos con tal cúmulo de tradiciones contradictorias, que la crítica se pierde en conjeturas. Por fortuna esta incertidumbre respecto de los sucesos históricos, no se estiende á la historia de las artes y leyes que existian á la llegada de los Españoles.

si, las naciones incultas de aquel pais fueron cayendo una tras otra bajo los golpes de los victoriosos Incas. Sin embargo, hasta mediados del siglo XV no fué cuando el famoso Topa Ynca Yupanqui, abuelo del monarca que ocnpaba el trono á la llegada de los Españoles, pasó con sus ejércitos el terrible desierto de Atacama, y penetrando en la region meridional de Chile, fijó para en adelante los límites de su imperio en el rio Maule. Su hijo Huayna Capac, que poseia una ambicion y un talento militar iguales á los de su padre, marchó junto á la cordillera hácia el Norte, y traspasando el Ecuador añadió al imperio del Perú el poderoso reino de Quito.[17]

En el entretanto, la antigua ciudad del Cuzco habia ido creciendo en riqueza y en poblacion, hasta llegar á ser una capital, tal cual convenia á reino tan dilatado y floreciente. Estaba situada en un hermoso valle de la region elevada, que á hallarse colocado entre los Alpes, se veria cubierto de nieves perpétuas; pero que en estas latitudes intertropicales gozaba de una temperatura benigna y saludable. Por el lado del Norte la defendia una elevada eminencia, ramificacion

17 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 57, 64.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Velasco, Hist. de Quito, p. 59.—Dec. de la Aud. Real., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 7, cap. 18, 19; lib. 8, cap. 5—8.

Este último historiador y algunos otros, atribuyen la conquista de Chile á Yupanqui, padre de Topa Ynca. Las hazañas de estos dos monarcas han sido mezcladas de tal modo por los diferentes analistas, que en cierta manera han llegado á confundir las personas.

de la gran cordillera, y la atravesaba un rio, ó mas bien un arroyo, sobre el cual habia varios puentes de madera cubiertos de grandes losas que facilitaban la comunicacion entre ambas orillas. Las calles eran largas y estrechas, las casas bajas, y las de la gente pobre eran de barro y cañas; pero como el Cuzco era la residencia del monarca, le servian de grande adorno los estensos palacios de una numerosa nobleza, y algunos pesados fragmentos que se ven todavía incrustados en los edificios modernos, atestiguan la estension y solidez de los antiguos. [18]

Para conservar la salubridad de la poblacion habia espaciosas plazas, en donde se reunia la gente de la capital y de las pueblos distantes para celebrar las grandes festividades religiosas, porque el Cuzco era la "Ciudad Santa," [19] y el

18 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 7, cap. 8-11.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 92.

"El Cuzco tuuo gran manera y calidad, deuio ser fundada por gente de gran ser. Auia grandes calles, saluo que eran angostas, y las casas hechas de piedra dura con tan lindas junturas, que ilustra el antiguedad del edificio, pues estauan piedras tan grandes muy bien assentadas" (Ibid., ubi supra.) Compárese ésto con la descripcion que hace Miller de la ciudad, segun existe actualmente. "The walls of many of the houses have remained unaltered for centuries. The great size of the stones, the variety of their shapes, and the inimitable workmanship they display, give to the city that interesting air of antiquity and romance, which fills the mind with pleasing though painful veneration." Memoirs of Gen. Miller in the service of the Republic of Peru, (London, 1829, 2d. ed.) vol II. p. 225.

19 "La Imperial Ciudad de Cozco, que la adorauan los Indios como á cosa sagrada" Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 20.—Tambien Ondegardo, Rel. Seg., MS.

templo del sol á que acudian los peregrinos desde los mas remotos confines del imperio, era el edificio mas magnífico del Nuevo Mundo, sin que hubiese tal vez en el antiguo ninguno que le escediese en la riqueza de sus adornos.

Hácia el rumbo del Norte, en la sierra ó escarpadas alturas de que ya hemos hablado, se hallaba una fortaleza cuyos restos escitan aun la admiracion del viajero por sus estraordinarias dimensiones. [20] Estaba defendida por una muralla aislada muy gruesa, de mil doscientos piés de largo por el costado que miraba á la ciudad, aunque por ese lado lo áspero é inclinado del terreno era casi suficiente para su defensa. Por el opuesto, por donde era de mas fácil acceso, estaba resguardada por otras dos murallas semicirculares del mismo largo que la primera. Mediaba entre ambas paredes una gran distancia, así como entre ellas y la fortaleza, y el terreno intermedio estaba levantado de modo que las murallas sirviesen de parapetos para las tropas que se colocaban allí durante el asalto. La fortaleza se componia de tres torres, separadas una de otra. La primera pertenecia al Inca y estaba adornada de un modo mas conveniente á la

20 Véanse, entre otros, las Memorias del General Miller, arriba citadas, que contienen una minuciosa y muy interesante noticia de la moderna Cuzco. (Vol. II. p. 223, et. seq.) Ulloa que visitó el pais hacia la mitad del siglo pasado, no halla voces con que espresar su admiracion. Voyage to south America, eng. trans., (London, 1806,) book VII, ch. 12.

habitacion de un monarca que á un puesto militar. Las otras dos las ocupaba la guarnicion, compuesta de nobles Peruanos, y mandada por un gefe de la sangre real, porque la posicion era demasiado importante para confiarla á manos mas plebeyas. La eminencia estaba socavada por debajo de las torres, y por medio de varias galerías subterráneas se comunicaban con la ciudad y los palacios del Inca. [21]

Fortaleza, murallas y galerías, todo se componia de gruesos trozos de piedra, no colocados en hiladas, sino dispuestos de modo que los pequeños llenasen los huecos que dejaban entre sí los grandes. Como no estaban pulidos sino simplemente cortados, salvo en los cantos que estaban labrados con todo esmero, formaban una especie de pared rústica, y aunque no los sujetaba ninguna especie de mortero, estaban tan bien ajustados y unidos, que era imposible introducir entre ellos la hoja de un cuchillo. [22] Muchas de

21 Betenzos, Suma y Narracion de los Ingas, MS., cap. 12. —Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 7, cap. 27-29.

La demolicion de la fortaleza á que se dió principio inmediatamente despues de la conquista, provocó las quejas de mas de un Español ilustrado, cuya voz sin embargo nada pudo contra el espíritu de codicia y de violencia. V. Sarmiento, Relacion, MS., cap. 48.

22 Ibid., ubi supra.—Inscripciones, Medallas, Templos, Edificios, Antigüedades y Monumentos del Perú, MS. Este manuscrito que perteneció en un tiempo al Dr. Robestson, y se halla ahora en el Museo Británico, es obra de un autor desconocido, probablemente del tiempo de Carlos III; época en que habia mejorado visiblemente la crítica de los historiadores españoles, segun observa el sagaz literato á quien soy deudor de la copia que tengo.

estas piedras eran de gran tamaño, pues las habia que no tenian menos de treinta y ocho piés de largo, diez y ocho de ancho y seis de grueso. [23]

Asombra ciertamente el considerar cómo estas enormes masas fueron arrancadas de su lecho primitivo, y en seguida labradas por un pueblo que ignoraba el uso del hierro: cómo fueron traidas de canteras distantes desde cuatro hasta quince leguas, [24] sin el auxilio de béstias de tiro, transportadas por sobre rios y barrancos, levantadas á la altura á que se hallaban en la sierra, y por último, arregladas allí al hueco que debian ocupar con la mas minuciosa exactitud, y todo sin conocer el uso de las máquinas y herramientas tan familiares á los Europeos. Dicen que en la construccion de este edificio se emplearon veinte mil hombres, y que la obra duró cincuenta años. [25] Sea como fuere, en él vemos la obra de un despotismo que disponia absolutamente

23 Acosta, Naturall and Morall Historie of the East and West Indies, Eng. trans., (London, 1604, lib., 6, cap. 14.—El mismo mo midió las piedras.—Véase tambien Garcilaso, Com. Real., loc. cit.

24 Cieza de Leon, Crónica, cap. 93.—Ondegardo, Rel. Seg., MS.

Dícese que aun se ven muchos centenares de estos trozos de granito, á medio labrar, en una cantera cercana al Cuzco

25 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 48.—Ondegardo, Rel. Seg., MS.—Garcilaso, Com. Real, Parte 1, lib. 7, cap. 27, 28.

No hallando los Españoles como esplicar la ejecucion de esta grande obra, con medios al parecer tan insuficientes, lo atribuyeron todo, segun costumbre, al diablo; opinion que Garcilaso parece dispuesto á adoptar. El autor de las Antig. y Monumentos del Perú, MS., impugna esta idea con la formalidad debida.

de las vidas y haciendas de sus vasallos, y que á pesar de ser en general de un carácter suave, cuando ocupaba estos vasallos en su servicio, les estimaba en poco mas que los animales, en cuyo lugar les empleaba.

La fortaleza del Cuzco solo era una parte del sistema de fortificaciones que los Incas establecieron en toda la estension de su imperio. Este sistema era una de las partes mas notables de su organizacion militar; pero antes de tratar de esta, será conveniente dar al lector una idea de sus leyes civiles y de la forma de su gobierno.

El cetro de los Incas, si hemos de creer á su historiador, pasó sin interrupcion de padres á hijos mientras duró la dinastía. Désele á esto el crédito que se quiera, lo mas probable es que el derecho de sucesion tocaba al hijo primogénito de la *Coya*, nombre que daban á la consorte legítima para distinguirla de la multitud de concubinas que partian con ella el afecto del soberano. [26] La reina se distinguia ademas, á lo menos en los últimos reinados, por la circunstancia de ser escogida de entre las hermanas del Inca, costumbre que por repugnante que parezca á las ideas de las naciones civilizadas, tenia pa-

26 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 7.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 1, cap. 26.

Acosta dice que el hermano mayor del Inca, le sucedia en el trono con preferencia al hijo. (lib. 6, cap. 12.) Tal vez habrá confudido la costumbre azteca con la peruana. El informe de la Real Audiencia afirma que el hermano sucedia á falta de hijo. Doc. de la Aud. Real., MS.

ra los Peruanos la ventaja de asegurar un heredero para la corona, de la raza pura celestial sin ninguna mezcla de barro terreno. [27]

Desde muy jóven se ponia al príncipe en manos de los *amautas* ó sábios, como se llamaban los maestros de las ciencias entre los Peruanos, quienes le instruian en los mismos ramos de saber que ellos poseian, y sobre todo en el complicado ceremonial de su religion, en que luego habia de tomar una parte tan distinguida. Poníase tambien gran cuidado en su educacion militar, ramo de la mayor importancia en un estado, que con todas sus protestas de paz y de amistad estaba siempre en guerra para aumentar su poder.

En esta escuela militar se educaba con los Incas nobles de su misma edad, pues el nombre sagrado de Inca, orígen de no poca oscuridad en sus anales, se aplicaba indistintamente á todos los descendientes por línea masculina del fundador de la monarquía. [28] A los diez y seis años sufrian los discípulos un exámen público, dirigido por los Incas mas ancianos é ilustres, antes de ser admitidos en lo que puede llamarse la ór-

27 *"Et soror et conjux"*—Segun Garcilaso, el heredero presuntivo se casaba *siempre* con una de sus hermanas. (Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 9.) Ondegardo refiere esto como una innovacion introducida á fines del siglo XV. (Relacion Primera, MS.) Sarmiento, sin embargo, confirma la estraña aseveracion del historiador de los Incas. Relacion, MS., cap. 7.

28 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 1, cap. 26.

den de caballería. Mandábase á los candidatos que manifestasen su valentía en los ejercicios atléticos de un guerrero, en la lucha y el pugilato, en correr distancias tan largas que exigiesen el empleo de toda su agilidad y fortaleza, en rigurosos ayunos de muchos dias, y en combates simulados, de los cuales, aunque se hacian con armas embotadas, resultaban siempre heridas, y muertes algunas veces. Durante esta prueba, que se continuaba durante treinta dias, el real novicio no lo pasaba mejor que sus camaradas, sino que dormia en el duro suelo, andaba descalzo y usaba un vestido comun; método de vida que se creia debia inspirarle sentimientos de humanidad hácia los pobres y desvalidos. Con todo este aparato de imparcialidad, es muy probable que no será una injusticia el suponer, que los jueces, aunque no fuese mas que por un discreto principio de cortesía, descubrian y apreciaban con mas facilidad el verdadero mérito del heredero presuntivo, que el de cualquiera otro de sus compañeros.

Concluido el tiempo señalado, los candidatos que se consideraban dignos de ser admitidos á los honores de su bárbara caballería, eran presentados al soberano, quien se prestaba á tomar una parte principal en la ceremonia de la inauguracion. Comenzaba pronunciando un breve discurso en el que despues de felicitar á los jó-

venes aspirantes por los adelantos que habian manifestado en los ejercicios marciales, les recordaba la responsabilidad que traian consigo su nacimiento y su posicion, y dándoles cariñosamente el título de "hijos del Sol," les exhortaba á que imitasen á su ilustre progenitor en su gloriosa carrera señalada con mil beneficios para la humanidad. Los novicios entonces se acercaban uno á uno y se arrodillaban delante del Inca; éste les atravesaba las orejas con un punzon de oro, el que se dejaba en la herida hasta que hacia una abertura bastante grande para que cupiesen los enormes aretes, distintivo de la órden, y que fueron causa de que los Españoles les llamasen *orejones*.[29] Los que usaba el soberano eran tan pesados, que hacian crecer el cartílago hasta llegar cerca de los hombros, cosa que parecia una deformidad á los ojos de los Españoles, y que la mágica influencia de la moda hacia que los naturales mirasen como una belleza.

29 "Los caballeros de la sangre Real tenian orejas horadadas, y de ellas colgando grandes rodetes de plata y oro: llamáronles por esto los *orejones* los Castellanos la primera vez que los vieron" (Montesinos, Memorias Antiguas Historiales del Perú, MS., lib. 2, cap. 6.) El adorno que era en forma de rueda, y tan grande como una naranja, no colgaba de la oreja sino que estaba embutido en el cartílago. "La hacen tan ancha como una gran rosca de naranja; los Señores y Principales traian aquellas roscas de oro fino en las orejas" (Conq. i Pob. del Piru, MS.—Tambien Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 1 cap. 22.) "El que mayores las tenia" dice uno de los Conquistadores, "era mas gentil hombre entre ellos." Pedro Pizarro, Descub, y Conq. MS.

Terminada esta operacion, uno de los nobles mas respetables, colocaba en los piés de los candidatos las sandalias que usaba la órden; ceremonia que nos recuerda la de calzar las espuelas entre los caballeros cristianos. Se les permitia entonces que usasen el ceñidor ó banda correspondiente á la *toga virilis* de los Romanos, y denotaba que habian llegado á la edad viril. Coronábanlos con guirnaldas de flores, que en sus variados colores simbolizaban la humanidad y clemencia que deben adornar al guerrero, y mezclaban siemprevivas entre las flores, para indicar que estas virtudes deben durar eternamente.[30] El príncipe llevaba ademas otro adorno en la cabeza, que consistia en una franja ó fleco amarillo que le rodeaba la frente, hecho de la mas fina lana de vicuña, y era el distintivo particular del heredero presuntivo. Venia luego todo el cuerpo de la nobleza inca, y comenzando por el pariente mas cercano, se arrodillaban todos delante del príncipe y le prestaban homenage como á sucesor de la corona. Toda la reunion marchaba en seguida á la plaza principal, en donde con danzas, canciones y otros regocijos públicos se terminaba la importante ceremonia del *huaracu*.[31]

30 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 27.

31 Ibid., Parte 1, lib 6, cap. 24-28. Segun Fernandez, los candidatos llevaban camisas blancas con una cosa como cruz bordada en la parte delantera. (Historia

La semejanza que se enouentra entre estas ceremonias y las que se usaban para armar á un caballero cristiano de la edad media, parecerá al lector menos sorprendente si reflexiona, que tales analogías pueden encontrarse en las instituciones de pueblos diversos mas ó menos civilizados, y que es muy natural, que naciones cuya principal ocupacion es la guerra, señalen la época en que termina la educacion preparatoria del guerrero, con ciertas ceremonias adeeuadas.

Salido con honor de esta prueba el heredero presuntivo, ya se le consideraba digno de tomar asiento en el consejo de su padre, y se le daban empleos de confianza dentro del reino, ó mas generalmente se le despachaba á espediciones distantes para que pusiese en práctica en los campos las lecciones que hasta entonces solo habia estudiado en los combates simulados. Hacia sus primeras armas bajo las órdenes de los mas famosos capitanes que habian encanecido en el servicio de su padre, hasta que cuando habia ya adelantado en años y en esperiencia, se le entregaba el mando, y como Huayna Capac, el último y mas ilustre vástago de esta estirpe, llevaba la bandera del arco-iris, que era la divisa de su casa, mas allá de los límites del imperio, hasta las mas lejanas tribus de la mesa.

del Peru, (Sevilla, 1571,) Parte 2, lib. 3, cap. 6.) Casi nos llega- figurar que se trata de una ceremonia de caballería de la edad media.

El gobierno del Perú era un despotismo suave en su carácter, pero puro y rigoroso en su forma. El soberano estaba colocado á una altura inmensa sobre sus súbditos. Hasta el mas orgulloso de los nobles Incas, que se tenia por descendiente de la misma divinidad que él, no podia comparecer ante su presencia, sino descalzo y con una ligera carga sobre sus hombros en muestra de sumision. [32] Como representante del sol, era la cabeza del sacerdocio, y presidia las principales festividades religiosas. [33] Levantaba ejércitos y comunmente los mandaba en persona. Imponia contribuciones, hacia las leyes y cuidaba de su observancia, nombrando jueces que cambiaba á su placer. Era la fuente y orígen de todas las cosas, de todo mando, dignidad y aprovechamiento. En una palabra, y para usar

32 Zarate, Conq. del Perú, lib. 1, cap 11.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 7.

"Porque verdaderamente á lo que yo he averiguado, toda la pretension de los Ingas fué una subjeccion en toda la gente, qual yo nunca he oido decir de ninguna otra nacion en tanto grado, que por muy principal que un señor fuese, dende que entrava cerca del Cuzco en cierta señal que estava puesta en cada camino de quatro que hay, havia dende allí de venir cargado hasta la presencia del Inga, y allí dejaba la carga y hacia su obediencia" Ondegardo, Rel. Prim., MS.

33 Solo presidia una, y esto no autoriza la absoluta de Carli, de que la autoridad real y la sacerdotal estaban unidas en el Perú. Despues veremos cuál era la posicion importante é independiente que ocupaba el sumo sacerdote. "Le sacerdoce, et l'Empire étaient divisés au Mexique, au lieu qu'ils étoient réunis au Pérou, lorsqu ' Augaste jetta les fondemens de l'Empire, en y réunissant le sacerdoce à la dignité de Souverain Poutife." Lettres Américaines, (Paris, 1778,) trad. franç., tom. 1, let. 7.

de la conocida frase del déspota europeo, "el Estado era él." [34]

El Inca cuidaba de manifestar la superioridad de su naturaleza, ostentando una magnificencia en su modo de vivir muy propia para deslumbrar á su pueblo. Su vestido era de finísima lana de vicuña, ricamente teñida y adornada con gran cantidad de oro y piedras preciosas. Rodeábale la cabeza una especie de turbante de muchos colores, llamado *llautu*, y como insignias de la magestad, una faja como la que usaba el príncipe; pero de color carmesí, sobre la cual se elevaban dos plumas de un raro y curioso pájaro llamado *coraquenque*, que solo se encontraba en un pais desierto situado entre las montañas. Era delito capital matarlos ó cogerlos, pues se reservaban con el esclusivo objeto de adornar la cabeza del soberano. A cada nuevo monarca se le destinaba un nuevo par de plumas, y sus crédulos súbditos estaban muy persuadidos de que sólo dos individuos de la especie habian sido criados, para proporcionar este sencillo adorno á la diadema de los Incas. [35]

34 "Porque el Inga daba á entender que era hijo del sol, con este título se hacia adorar, i gobernaba principalmente en tanto grado que nadie se le atrevia. i su palabra era ley, i nadie osaba ir contra su palabra ni voluntad: aunque obiese de matar cient mill Indios, no habia ninguno en su Reino que le osase decir que no lo hiciese" Conq. i Pob. del Piru, MS.

35 Cieza de Leon, Crónica, cap. 114.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 1, cap. 22; lib. 6, cap. 28.—Acosta, lib. 6, cap. 12.

Aunque el monarca Peruano era tan superior al mas encumbrado de sus súbditos, á veces consentia en mezclarse con ellos, y se tomaba gran trabajo en informarse por sí mismo del estado de la clase pobre. Presidia algunas de las festividades religiosas, y en tales dias daba un convite á los principales individuos de la nobleza, y les obsequiaba, segun la costumbre de paises mas civilizados, bebiendo á la salud de aquellos que deseaba honrar mas señaladamente. [36]

Pero el medio mas eficaz de que se valian los Incas para ponerse en contacto con su pueblo, eran sus peregrinaciones por todo el imperio. Hacíanse con gran pompa y magnificencia, dejando pasar de una á otra varios años. Una numerosa escolta iba custodiando la litera ó silla de manos en que caminaban, toda cubierta de oro y esmeraldas. Dos ciudades designadas de antemano, tenian obligacion de enviar los hombres encargados de llevarla, y á la verdad que no era empleo muy codiciable si, como dicen,

36 No era de esperarse que se encontrara entre los Indios de América esta cariñosa costumbre de nuestros antepasados los Sajones, que las caprichosas innovaciones de la moda han hecho caer algo en desuso. Garcilaso describe difusamente el ceremonial que se observaba en la mesa del rey. (Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 23) Las horas de comer eran únicamente entre ocho y nueve de la mañana, y al ponerse el sol, lo que en el Cuzco se verificaba poco mas ó menos á la misma hora en todas las estaciones. El historiador de los Incas confiesa que aunque eran moderados en el comer, no se iban á la mano en las copas, prolongándose á menudo el festin hasta muy entrada la noche. Ibid., Parte 1, lib. 6, cap. 1.

una caida era castigada de muerte.[37] Caminaban con comodidad y ligereza, deteniéndose en los *tambos* ó posadas construidas por el gobierno á la inmediacion de los caminos, y á veces en los palacios reales, los que en las ciudades grandes proporcionaban alojamiento suficiente para toda la comitiva del monarca. El pueblo formaba valla á los dos lados de los hermosos caminos que atravesaban la tierra llana, y quitaban de ellos las piedras y basuras, regándolos con flores aromáticas, y disputándose él honor de llevar de un pueblo á otro el bagaje. El monarca se detenia de cuando en cuando para escuchar las quejas de sus súbditos, ó para arreglar algunos puntos que habian dejado á su decision los tribunales ordinarios. Cuando la régia comitiva marchaba por los estrechos pasos de las montañas, se agolpaban los espectadores ansiosos de atisbar siquiera á su soberano, y cuando levantaba las cortinas de su litera y se descubria á su vista, se llenaba el aire de aclamaciones en que le deseaban toda suerte de prosperidades.[38] La

37 "In lecticâ, aureo tabulato constratâ, humeris ferebant; in summâ, ea erat observantia, vt vultum ejus intueri maxime incivile putarent, et inter baiulos, quicunque vel leviter pede offenso hæsitaret, e vestigio interficerent." Levinus Apollonius, De Peruviæ Regionis Inventione, et Rebus in eâdem gestis, (Antverpiæ, 1567, fol. 37.)—Zarate, Conq. del Peru, lib. 1, cap. 11.

Segun este escritor los nobles llevaban la litera, y habia mil de ellos elegidos espresamente para este humillante honor. Ubi supra.

38 Las aclamaciones debian ser sin duda tremendas, si, como dice Sarmiento, hacian á veces caer del cielo las aves. "De es-

tradicion conservaba por largo tiempo, la memoria de los lugares en que se detenia, y el sencillo pueblo los miraba con reverencia como lugares consagrados por la presencia del Inca. [39]

Los palacios reales eran magníficos, y lejos de haberlos solo en la capital y en algunas de las principales ciudades, los tenian distribuidos por todas las provincias de su vasto imperio. [40] Los edificios eran bajos; pero cogian una grande estension de terreno. Tenian algunas habitaciones espaciosas, bien que la mayor parte eran pequeñas, y no se comunicaban entre sí, sino que todas tenian la puerta ó un patio comun. Las paredes se componian de trozos de piedra, semejantes á los empleados en la fortaleza del Cuzco, de que ya se ha hablado, sin relabrar, mas que en los costados que tocaban á las otras piedras, y esto con tanto primor, que apenas podian descubrirse las junturas. Los techos eran de madera ó de juncos, y han sucumbido á la accion destructora del tiempo, que ha respe-

ta manera eran tan temidos los Reyes que si salian por el reyno y permitian alzar algun paño de los que iban en las andas para dejarse ver de sus vasallos, alzaban tan gran alarido que hacian caer las aves de lo alto donde iban volando á ser tomadas á manos" (Relacion, MS., cap. 10.) El mismo autor ha dado en otro lugar una relacion mas creible de las marchas reales, que puede ver el lector en el nº 1 del *Apéndice.*

39 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 14;—lib. 6 cap. 3.—Zarate, Conq. del Peru, lib. 1, cap 11.

40 Velasco ha dicho algo de varios de estos palacios situados en diferentes puntos del Reino de Quito. Hist. de Quito, tom. I. pp. 195—197.

tado algo mas las paredes de los edificios. El carácter del todo parece haber sido mas bien la fuerza y solidez, que un deseo de ostentar elegancia artística. [41]

Mas cualquiera que fuese la falta de elegancia en el esterior de las mansiones reales, quedaba mas que compensada por el lujo del interior, donde los príncipes peruanos ostentaban toda su opulencia. Las paredes de los aposentos estaban casi cubiertas de adornos de oro y plata. De trecho en trecho se veian colocadas en los nichos hechos al intento, varias imitaciones de plantas y de animales, curiosamente trabajadas de los mismos metales, y hasta en la mayor parte del ajuar, inclusos los utensilios destinados á los usos mas comunes, desplegaban la misma magnificencia. [42] Mezcladas con estos vistosos adornos, se veian ricas telas de colores de la mas

41 Cieza de Leon, Crónica, cap. 44.—Antig. y Monumentos del Peru, MS.—Veánse, entre otras, las descripciones de las ruinas que existen de los edificios reales de Callo, diez leguas al Sur de Quito, que han hecho, primero Ulloa (Voyage to S. America, b. 6, ch. 11,) y despues con mas esmero Humboldt. Vues des Cordillères, p. 197.)

42 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 1.

"Tanto que todo el servicio de la casa del Rey así de cantaras para su vino, *como de cocina*, todo era oro y plata, y esto no en un lugar y en una parte lo tenia, sino en muchas." (Sarmiento, Relacion, MS., cap. 11.) Véanse tambien las brillantes descripciones de los palacios de Vilcas, al O. del Cuzco, que hace Cieza de Leon, segun le contaron los Españoles que los vieron en todo su esplendor. (Crónica, cap. 89.) Los viageros modernos hacen mencion de los nichos que todavia se ven en las paredes. (Humboldt, Vues des Cordillères, p. 197.)

selecta lana del Perú, y de tan bella apariencia que los soberanos españoles, con todo el lujo de Europa y de Asia á su disposicion, no se desdeñaban de usarlas.[43] La servidumbre real se componia de una multitud de criados que enviaban las ciudades y pueblos de las cercanías, las que, como en Méjico, tenian obligacion de proveer al monarca de leña y otros narios artículos para el consumo del palacio.

Pero ningun lugar agradó tanto á los Incas para su habitacion como el valle de Yucay, á cosa de cuatro leguas de su capital. En este delicioso valle, encerrado entre los ramales de la sierra, que le protegian contra las molestas brisas del Este, y refrescados por limpias fuentes y claros arroyuelos, edificaron sus mas hermosos palacios. Cuando se fastidiaban del bullicio y del polvo de la ciudad, gustaban de retirarse allí á disfrutar de la compañía de sus concubinas favoritas, paseando por entre bosques y jardines, y aspirando sus perfumes que embriagaban los sentidos, y convidaban los miembros á un voluptuoso descanso. Allí tambien venian á gozar de sus lujosos baños, surtidos por aguas cristalinas que corrian por canales de plata á recogerse en

43 "La ropa de la cama toda era de mantas, y freçadas de lana de Vicuña, que es tan fina, y tan regalada, que entre otras cosas preciadas de aquellas tierras, se las han traido para la cama del Rey Don Phelipe Segundo" Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 1.

depósitos de oro. Los espaciosos jardines estaban cubiertos de innumerables plantas y flores, que crecen sin trabajo en esta region *templada* de los trópicos, y á su lado se veian cuadros destinados á una vegetacion mas estraña, en donde lucian todos los diversos productos del reino vegetal diestramente imitados en plata y oro! Entre ellos se hace mencion particular del maiz, el grano mas hermoso de la América, y se alaba la destreza del artífice, que dejaba entrever en medio de las anchas hojas de plata la mazorca de oro, y la delicada barba de la misma materia que flotaba con gracia en su estremidad. [44]

Si esta deslumbradora pintura parece increible á alguno de los lectores, tenga presente que las montañas del Perú brotaban oro; que los naturales conocian el arte de trabajar las minas en grande; que ningun metal se convertia en moneda, como despues veremos, y que todo iba á parar á manos del soberano. para que le emplease en provecho suyo, fuese en objetos de utilidad ó de lujo. Lo cierto es que no hay hecho mejor asegurado por el testimonio unánime de los mismos conquistadores, que tenian sobrada ocasion

44 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 26; lib. 6, cap. 2.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 24.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 94.

Este último escritor habla de una mezcla en que entraba una parte de oro líquido, y fué empleada en los edificios reales de Tambo, en un valle no lejos de Yucay. (Ubi supra.) Los Españoles son muy escusables en haber demolido tales edificios, si alguna vez llegaron á dar con ellos.

de informarse, y ningun motivo de desfigurar los hechos. Los poetas italianos en sus pomposas pinturas de los jardines de Alcina y Morgana, se acercaron á la verdad mas de lo que se figuraban.

Lo que sí deberá sorprendernos es el saber que esta riqueza que ostentaban los príncipes peruanos era tan solo la que cada uno habia juntado para su uso. Nada recibian por herencia de sus antepasados. A la muerte de un Inca, sus palacios eran abandonados; todos sus tesoros, escepto lo que se gastaba en los funerales, sus muebles y sus vestidos, se quedaban como él los habia dejado, y todas sus habitaciones, menos una, se cerraban para siempre. El nuevo soberano debia procurarse de nuevo todo lo necesario para sostener el brillo de la dignidad real. El motivo de esto era la creencia popular de que el alma del difunto monarca volveria, pasado algun tiempo, á reanimar el cuerpo, y deseaban que á su vuelta encontrase listas para recibirle todas aquellas cosas de que habia usado en vida. [45]

Cuando moria un Inca, ó segun ellos decian, "era llamado á las mansiones de su padre el Sol," [46] se celebraban sus funerales con la ma-

45 Acosta, lib. 6, cap. 12.—Garcilaso, Com. Real., parte 1, lib. 6, cap. 4.

46 Los Aztecas creian tambien que el alma del guerrero que moria en la batalla iba á hacer compañía al sol en su luciente carrera por el espacio. (Véase la Conquista de México, lib. 1 cap. 3.)

yor pompa y solemnidad. Se extraian al cadáver las entrañas, y se depositaban en el templo de Tampu, á cinco leguas de la capital. Con los cuerpos se enterraba una porcion de joyas y vajilla, y muchos de sus domésticos y concubinas favoritas, eran inmolados sobre su sepulcro. A mil llegaba á veces, segun dicen, el número de estas víctimas. [47] Algunas de ellas manifestaban la natural repugnancia á sacrificarse que en ciertas ocasiones se ha visto en la India en las víctimas de una supersticion semejante; pero éstos serian tal vez los criados inferiores, pues se verificó mas de una vez que las mugeres se diesen la muerte á sí mismas, cuando se les impedia atestiguar su fidelidad por este sacrificio conyugal. A esta triste ceremonia seguia un luto general en todo el imperio. Durante un año se reunia el pueblo en dias señalados, para renovar las demostraciones de su dolor; hacíanse procesiones en que se llevaba el estandarte del perdido monarca; nombrábanse poetas y trovadores que conservasen la memoria de sus hazañas, y sus cantos continuaban repitiéndose en las grandes festividades á presencia del monarca reinante, estimulando de este modo á los vivos con el glorioso ejemplo de los muertos. [48]

47 Conq. i Pob. del Piru, MS.—Acosta, lib. 5, cap. 6.

Segun Sarmiento, cuatro mil de estas víctimas (por fortuna será tal vez una exageracion) aumentaron el brillo de los funerales de Huayna Capac, el último de los Incas antes de la llegada de los Españoles. Relacion, MS., cap, 65.

48 Cieza de Leon, Crónica, cap. 62.—Garcilaso, Com. Real.,

El cuerpo del Inca difunto era cuidadosamente embalsamado y conducido al gran templo del Sol en el Cuzco. Allí, al entrar en el venerable santuario, podia ver el monarca peruano las efigies de sus reales progenitores colocadas en dos hileras unas enfrente de otras; los hombres á la derecha, y sus consortes á la izquierda del grande astro de oro que brillaba en el fondo del templo. Los cuerpos, adornados con el trage real que habian usado siempre, estaban sentados en sillas de oro, con la cabeza inclinada, las manos cruzadas sobre el pecho, la faz con su mismo color oscuro natural, menos sujeto á cambiar que el tinte mas claro del europeo, y su cabellera de ébano ó de plata, segun la edad á que habian muerto. Parecia una reunion de fieles devotos, absortos en la contemplacion divina; tan naturales eran sus formas y perfecta su conservacion. Los Peruanos fueron tan afortunados como los Egipcios, en el triste empeño de prolongar la existencia de los cuerpos mas allá de los límites que les ha señalado la naturaleza. [49]

Parte 1, lib. 6, cap. 5.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 8.

49 Ondegardo, Rel, Prim., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 29.

Los Peruanos escondieron despues de la conquista estas momias de sus soberanos, para que los Españoles no las profanasen con sus insultos. Siendo Ondegardo corregidor del Cuzco descubrió cinco de ellas, tres hombres y dos mugeres. Los primeros eran los cuerpos de Viracocha, del gran Tupac Inca Yupanqui, y de su hijo Huayna Capac. Garcilaso las vió en 1560. Estaban cubiertas con las vestiduras reales, sin mas insignias que el *llautu* en la cabeza, sentados, y co-

Alimentaban una ilusion mas estravagante todavía en los cuidados que les merecian estos despojos insensibles, como si aun la vida les animase. Una de las casas pertenecientes al difunto Inca se conservaba abierta y ocupada por su guardia y servidumbre, con toda la pompa correspondiente á la magestad. En ciertas y determinadas festividades, los venerandos cuerpos de los soberanos eran sacados con gran ceremonia á la plaza pública de la capital. El respectivo capitan de guardias invitaba á todos los nobles y oficiales de la corte, y preparaba banquetes á nombre de su amo, en que desplegaba profusamente toda la magnificencia de sus tesoros y "tal riqueza," dice un antiguo cronista, "habia en esta ocasion en la plaza del Cuzco, en oro, plata y pedrería, como no la vió ninguna otra ciudad del mundo." [50] El banquete era servido por los criados de las casas respectivas, y los convidados participaban del fúnebre festin

mo él dice "muy al vivo, sin faltarles siquiera un cabello ni una pestaña." Cuando las llevaban por las calles envueltas en una manta, para mayor decencia, los Indios se arrodillaban en señal de veneracion, con muchas lágrimas y sollozos, y aun se conmovieron mas cuando vieron quitarse las gorras á varios españoles en prueba de respeto á los que fueron monarcas. (Ibid., ubi supra.) Los cuerpos se llevaron despues á Lima; y el padre Acosta que los vió pasados ya veinte años, los pinta todavia en un estado de perfecta conservacion.

50 "Tenemos por muy cierto que ni en Jerusalem, Roma, ni en Persia, ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey de él, se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrería como en esta plaza del Cuzco; quando estas fiestas y otras semejantes se hacian." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 27.

en presencia del real cadáver con tanta exactitud en el ceremonial de la corte, como si el monarca vivo lo presidiese.[51]

La nobleza del Perú se dividia en dos órdenes. El primero y mas importante era el de los Incas, que como se gloriaban de descender del mismo orígen que su soberano, gozaban de un reflejo de su gloria. Como los monarcas peruanos se aprovechaban con toda franqueza del derecho de poligamia, dejaban una posteridad de ciento y á veces doscientos hijos;[52] así pues, los nobles de sangre real, aunque no se comprendiesen mas que los descendientes por línea masculina, llegaron á ser con el tiempo muy numerosos.[53] Se

51 Idem, Relacion, MS., cap. 8, 27.—Ondegardo, Rel. Seg., MS.

Pero segun Sarmiento solo se honraba de este modo á los príncipes justos y valerosos, "cuyas almas creia el necio pueblo que gozaban del cielo por sus virtudes, aunque era cierto," segun nos asegura el mismo escritor "que estaban ardiendo mientras en los infiernos." "Digo los que habiendo sido en vida buenos y valerosos, generosos con los Indios en les hacer mercedes, perdonadores de injurias, porque á estos tales canonizaban en su ceguedad por santos y honraban sus huesos, sin entender que las ánimas ardian en los infiernos, y creian que estaban en el cielo." Ibid., ubi supra.

52 Garcilaso dice que mas de trescientos. Tal número, aunque al pronto asuste, no es increible, si, como Huayna Capac, tenian setecientas mugeres en su serrallo. V. Sarmiento, Relacion, MS., cap. 7.

53 Garcilaso menciona una clase de Incas *por privilegio*, á quienes se permitia usar del nombre y gozar de muchas de las inmunidades de los de sangre real, aunque solo descendian de los grandes vasallos que sirvieron primero á las órdenes de Manco Capac. (Com. Real., Parte 1, lib. 1, cap 22.) Seria de desear que este hecho importante, á que se refiere con frecuencia, se hallase confirmado siquiera por otra autoridad.

dividian en diferentes ramas que remontaban su orígen á un individuo diferente de la familia real, aunque todas venian á rematar en el divino fundador del imperio.

Distinguíanse por muchos y muy importantes privilegios: usaban un traje particular: hablaban un dialecto propio de ellos, si hemos de creer á su cronista,[54] y tenian señalada para su manutencion la mejor parte de las propiedades públicas. Los mas de ellos vivian en la corte cerca de la persona del príncipe, donde tomaban parte en los consejos y se sentaban á su mesa, ó á lo menos comian de lo que el Inca les enviaba. Solamente ellos podian desempeñar las principales dignidades del sacerdocio: se les daba el mando de los ejércitos y de las guarniciones distantes: eran los gobernadores de las provincias, y en suma, ocupaban todos los puestos de confianza y provecho.[55] Hasta las leyes, tan severas en su tenor general, parecen no haberse hecho para ellos, y el pueblo, haciendo participar á todo el

54 "Los Ingas tuvieron otra Lengua particular que hablavan entre ellos, que no la entendian los demas Indios, ni les era lícito aprenderla, como Lenguage Divino. Esta me escriuen del Peru, que se ha perdido totalmente, porque como pereciò la república particular de los Incas, pereciò tambien el Lenguage dellos." Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 7, cap. 1.

55 "Una sola gente hallo yo que era exenta; que eran los Ingas del Cuzco y por allí al rededor de ambas parcialidades, porque estos no solo no pagavan tributo, pero aun comian de lo que traian al Inga de todo el reino, y estos eran por la mayor parte los Governadores en todo el reino, y por donde quiera que iban se les hacia mucha honrra." Ondegardo, Rel. Prim., MS.

órden del carácter sagrado de que estaba investido el soberano, consideraba que un noble Inca era incapaz de cometer un crímen. [56]

Formaban el otro órden de la nobleza los *Curacas*, esto es, los caciques de las naciones conquistadas, ó sus descendientes. Generalmente les dejaba el gobierno en sus puestos, y solo se les exigia que visitasen de cuando en cuando la capital, y que consintieran en que sus hijos fuesen educados en ella como prendas de su fidelidad. No es fácil definir la naturaleza y estension de sus privilegios. Su poder era mas ó menos grande, segun la estension de su patrimonio y el número de sus vasallos, y su autoridad pasaba de padres á hijos, aunque á veces el pueblo era quien escogia el sucesor. [57] No ocupaban los puestos mas distinguidos en el gobierno, ni los inmediatos á la persona del soberano como los nobles de la sangre real. Su autoridad era puramente local y siempre subordinada á la jurisdiccion territorial de los gobernadores de las provincias, que constantemente se elegian de entre los Incas. [58]

56 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 15.

57 Parece que en este caso era costumbre que el sucesor nombrado fuese presentado al Inca para que le confirmase en su dignidad. (Dec. de la Aud. Real., MS.) Otras veces el Inca mismo escogia el heredero de entre los hijos del difunto curaca.—"En suma," dice Ondegardo "no habia un órden de sucesion tan invariable que no pudiese ser cambiado á voluntad del soberano." Rel. Prim., MS.

58 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 10.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 11.

La nobleza Inca era sin duda la que constituia la verdadera fuerza de la monarquia peruana. Ligados á su soberano por los vínculos de la sangre, sus simpatías, y en gran parte sus intereses, eran comunes. Distinguidos del resto de los ciudadanos, tanto por su traje y distintivos particulares, como por su idioma y orígen, nunca se confundieron con las otras tribus y naciones que se iban incorporando en la gran monarquia peruana. Despues del transcurso de muchos siglos, todavia se distinguian de los otros como un pueblo particular. Eran en aquel pais para las razas conquistadas, lo que los Romanos para las tribus bárbaras del imperio ó lo que los Normandos para los antiguos habitantes de las Islas Británicas. Reunidos en derredor del trono, formaban una falange invencible, que le protegia, así contra la conspiracion oculta como contra la insurreccion declarada. Aunque su principal residencia era en la capital, los habia tambien distribuidos por toda la estension del pais, en todos los empleos distinguidos y puntos fortificados, formando líneas de comunicacion con la corte, por cuyo medio, la accion del gobierno podia alcanzar á un mismo tiempo á los puntos mas distantes del imperio. Distinguíanse ademas por una superioridad intelectual, que no contribuia menos que su posicion,

—Dec. de la Aud. Real., MS.— 93.—Conq. i Pob. del Piru, MS. Cieza de Leon, Crónica, cap.

á hacer que su autoridad fuese respetada por el pueblo, y este era sin duda el mejor sosten de ella. Los craneos de la raza Inca manifiestan una decidida superioridad en las facultades intelectuales [59] sobre las demas razas del pais, y no puede negarse que este fué el orígen de la civilizacion y adelantos sociales que elevaron el Perú á una preeminencia tan notable entre los demas pueblos de la América Meridional. De donde vino esta raza estraordinaria, y cual sea su historia primitiva, es uno de aquellos misterios que con tanta frecuencia se encuentran en los anales del Nuevo Mundo, y á cuya esplicacion han contribuido aun tan poco el tiempo y los anticuarios.

59 El Dr. Morton trae en su apreciable obra varios grabados de los cráneos de los Incas y de la gente comun del Perú, y se advierte que el ángulo facial de los primeros, aunque no muy grande por cierto, es mucho mayor que el de los últimos, que es notablemente agudo, é indica un escaso desarrollo intelectual. Crania Americana (Philadelphia, 1829.)

CAPITULO II.

CLASES DEL ESTADO.—ADMINISTRACION DE JUSTICIA. —DIVISION DE LAS TIERRAS.—RENTAS Y REGISTRO CIVIL.—CAMINOS REALES Y CORREOS.—TACTICA MILITAR, Y POLITICA.

SI la organizacion particular y única en su especie, de la que puede llamarse la aristocracia peruana nos sorprende, nuestra admiracion subirá de punto conforme vayamos descendiendo á las clases inferiores de la república, y descubramos el artificio de sus instituciones, tan refinado como el de las leyes de la antigua Esparta, y aunque por otro camino, tan repugnantes como éstas á los principios inseparables de nuestra naturaleza. Licurgo, sin embargo, formó sus leyes para un estado pequeño, al paso que las del Perú, aunque al principio se destinaron tambien para uno de igual clase, parecian poseer, como la tienda mágica de los cuentos árabes, una elasticidad sin límites, pues convenian del mismo modo al estado en su infancia que en su época mas floreciente. En esta aptitud, para acomodarse á los cámbios de las circunstancias, se descubre

una inventiva que indica no pequeños adelantos en la civilizacion.

El nombre de Perú era desconocido de sus naturales. Diéronselo los Españoles, y provino, segun dicen, de haber entendido mal la palabra India, que significa "rio." [1] Sea como fuere, lo cierto es que los naturales no tenian otro nombre con que designar la multitud de tribus y naciones reunidas bajo el cetro de los Incas, que el de *Tavantinsuyu*, ó "las cuatro partes del mundo." [2] Esto no debe coger de nuevo á un ciudadano de los Estados-Unidos, que no tiene otra denominacion con que clasificarse entre las naciones, que la que toma de una de las partes del mundo. [3] El reino, segun lo indicaba su nombre, estaba dividido en cuatro partes, conocidas

1 *Pelu*, segun Garcilaso, es un nombre indio que significa "rio," y lo profirió uno de los naturales para responder á una pregunta que le hicieron los españoles, quienes se figuraron que este era el nombre del pais. (Com. Real., Parte 1, lib. 1, cap. 6.) Semejantes equivocaciones han dado orígen á muchos nombres de lugares, tanto en la América del Norte como en la del Sur. Montesinos, sin embargo, niega que haya tal palabra india que signifique "rio." (Mem. Antiguas, MS., lib. 1, cap. 2.) Segun este escritor, el Perú es el antiguo *Ophir*, de donde sacó Salomon tantas riquezas, y que por una transicion *muy natural* se corrompió despues en *Phiru, Piru, Perú!* El primer libro de las Memorias, que comprende treinta y dos capítulos, está destinado á tratar de tan precioso descubri miento.

2 Ondegardo, Rel. Prim. MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 11.

3 Sin embargo, un *Americano* puede hallar alimento para su vanidad en la reflexion, de que él ha obtenido esclusivamente el nombre de una de las cuatro partes del mundo habitada por tantas naciones civilizadas.—¿Pero este nombre les fué concedido ó ellos se lo tomaron?

por otros tantos nombres, á cada una de las cuales se dirigia uno de los cuatro caminos principales que partian del Cuzco, la capital ú *ombligo* de la monrquía peruana. La ciudad se dividia asimismo en cuatro cuarteles, y cada raza de las varias que allí se reunian de los puntos mas distantes del imperio, vivia en el cuartel mas cercano á su respectiva provincia. Todas continuaban usando su mismo traje provincial, de modo que era fácil conocer su orígen; y así entre la heterogénea poblacion de la capital como en las grandes provincias, se guardaba el mismo órden y regian las mismas disposiciones. [La capital era verdaderamente una copia en miniatura del imperio.]

Cada una de los provincias principales estaba á cargo de un virey ó gobernador, quien la regia con la ayuda de uno ó mas consejos para los diversos ramos. Los vireyes residian una parte del tiempo en la capital donde formaban una especie de consejo de estado del Inca.[5] La nacion se dividia en lo general en *decurias* ó pequeños grupos de diez personas; cada *decurion* ó ca-

4 Ibid., Parte 1, cap. 9, 10. —Cieza de Leon, Crónica, c. 93.

La capital se dividia ademas en dos partes, la alta y la baja, cuya division provenia, segun dicen, de que la poblacion de cada una de estas partes tenia un orígen diverso. Tambien existia esta division en las ciudades inferiores. Ondegardo, Rel. Seg., MS.

5 Dec. de la Aud. Real., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 15.

Esta noticia de los consejos la debo á Garcilaso, que muchas veces llena los vacíos que dejaron sus colaboradores. Es dudoso si estos remiendos podrán resistir las injurias del tiempo, con la misma firmeza que el resto de la obra.

beza de decuria era superior á los otros nueve individuos, y su obligacion consistia en cuidar de que gozasen los derechos é inmunidades que les correspondian; pedir al gobierno que los auxiliase, si era necesario, y entregar los reos á la justicia. Para que no anduviesen remisos en esta parte, habia una ley que en caso de descuido les imponia la misma pena que correspondia al culpable. Con esta ley encima, ya podemos figurarnos que no seria muy fácil burlar la vigilancia de un magistrado del Perú. [6]

Dividíase ademas el pueblo en porciones de cincuenta, ciento, quinientos y mil iudividuos. Cada division tenia su gefe á quien reconocian los de inferior clase, y los de alta graduacion gozaban de cierta autoridad en materias de policía. Por último, todo el imperio se dividia en secciones ó departamentos de diez mil habitantes cada uno, con un gobernador escogido de entre la nobleza Inca, á quienes estaban sujetos los *curacas* y demas autoridades territoriales de su demarcacion. Habia ademas en todas las ciudades y pueblos pequeños, tribunales ordinarios compuestos de magistrados que conocian de los delitos leves, pues que los de mayor gravedad

6. Dec. de la Aud. Real., MS.—Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. 2, cap. 6.—Ondegardo, Rel. Prim., MS.

¡Qué semejante era la division peruana, con la anglo-sajona en *hundreds* y *tithings!* Pero la ley sajona era mucho mas humana, pues solo imponia una multa al distrito en caso de que se fugase algun reo.

tocaban á los jueces superiores, que eran generalmente los gobernadores ó gefes de los distritos. Todos estos jueces tenian su autoridad y recibian su sustento de la corona, que los nombraba y destituia á su placer. Tenian obligacion de terminar todo litigio dentro de cinco dias, contados desde que tomaban conocimiento de él. No habia apelacion de un tribunal á otro; pero se tomaban medidas eficaces para hacer que la justicia se administrase cumplidamente. Una comision de visitadores recorria todo el reino de cuando en cuando, para informarse acerca del carácter y conducta de los magistrados, y cualquiera falta ó descuido acarreaba un castigo ejemplar. Tambien se exigia á los tribunales inferiores que mensalmente diesen cuenta de sus procedimientos á los superiores, y éstos informaban del mismo modo á los vireyes; de manera que el monarca colocado en el centro de sus dominios podia, por decirlo así, tender la vista en derredor hasta sus mas remotos confines, y descubrir y rectificar cualquier abuso que se introdujese en la aplicacion de las leyes. [7]

Estas eran pocas y escesivamente severas.

7 Dec. de la Aud. Real., MS. —Ondegardo, Rel. Prim. y Seg., MSS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 11-14.—Montesinos, Mem. Antig., MS., lib. 2, cap. 6.

Las noticias de los tribunales peruanos que se encuentran en las autoridades mas antiguas, son muy escasas y no satisfacen al historiador; y ni la fecunda imaginacion de Garcilaso, ha alcanzado á llenar este vacio.

Casi todas pertenecian al ramo criminal, pues un pueblo que no tenia moneda, poco comercio, y casi nada que pudiera llamarse propiedad fija, necesitaba muy pocas leyes de otra especie. El robo, el adulterio y el asesinato, eran delitos capitales, aunque se señalaban prudentemente varias circunstancias atenuantes que hacian disminuir la pena.[8] La blasfemia contra el Sol, y el hablar irrespetuosamente del Inca; crímenes que podian considerarse como de una misma especie, eran castigados de muerte. El mudar las mohoneras, el interceptar el agua del vecino para introducirla en los propios terrenos, y el quemar una casa, se castigaba tambien severamente. El quemar un puente tenia pena de muerte, pues el Inca no consentia que se pusiesen obstáculos á la prontitud de las comunicaciones, tan esencial para la conservacion del órden público. Las ciudades ó provincias rebeldes eran asoladas, y esterminados sus habitadores. El rebelarse contra el "Hijo del Sol" era el mayor de todos los crímenes.[9]

8 Ondegardo, Rel. Prim., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 3.

El robo se castigaba con menos severidad si el agresor lo habia hecho para cubrir las necesidades de la vida. Es una circunstancia singular que la ley del Perú no hacia distincion entre la simple fornicacion y el adulterio, pues ambos delitos se castigaban de muerte. Con dificultad podria ponerse en ejecucion esta ley,puesto que habia en los suburbios de las ciudades un lugar destinado para habitacion de las prostitutas, ó á lo menos se les permitia residir en ellos. Véase á Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 34.

9 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 23.

Podria parecer á primera vista que la sencillez y severidad del código peruano indicaban un estado social poco aventajado, en donde no se conocia esa complicacion de relaciones ó intereses, que llega á crearse en un pueblo civilizado, y que no habian adelantado en la ciencia de la legislacion lo suficiente para aprender á economizar padecimientos á la humanidad, proporcionando las penas á los delitos. Pero las leyes del Perú no han de verse bajo el aspecto que consideramos las de otras naciones, sino bajo otro muy diverso. Las leyes emanaban del soberano, y ese soberano era el representante de la divinidad, y en nombre de ella gobernaba: por consiguiente, violar las leyes, no solo era un insulto á la magestad, sino tambien un sacrilegio. Mirada por este lado, la menor ofensa merecia la muerte, y para la mayor no podia haber pena mas grave. [10] Sin embargo, en la aplicacion de los castigos no manifestaban una crueldad escesiva, ni acostumbraban prolongar la

"Y los traidores entre ellos llamava *aucaes*, i esta palabra es la mas abiltada de todas cuantas pueden decir á un Indio del Perú; que quiere decir traidor á su señor," (Conq. i Pob. del Perú, MS.) "En las rebeliones y alzamientos se hicieron los castigos tan ásperos, que algunas veces asolaron las provincias de todos los varones de edad sin quedar ninguno." Ondegardo, Rel. Prim.ª MS.

10 El castigo era riguroso, que por la mayor parte era de muerte, por liviano que fuese el delito; porque deziase que no los castigavan por el delito que avian hecho, ni por la ofensa agena, sino por haver quebrantado el mandamiento, y rompido la palabra del Inca, que lo respectavan como á

agonía de la víctima con esos esquisitos tormentos tan comunes entre las naciones bárbaras. [11]

Estas disposiciones legislativas pueden parecernos muy incompletas y defectuosas, aun cuando solo las comparemos con las que tenian las razas semicivilizadas de Anahuac, en las que una série de tribunales de varias instancias y el derecho de apelacion, prestaban una regular seguridad á la justicia. Pero en un pais como el Perú, en donde muy pocas causas habia que no fuesen criminales, el derecho de apelacion era de menos importancia. La ley era sencilla, su aplicacion fácil, y siendo recto el juez habia tanta probabilidad de que el caso se sentenciase equitativamente en la primera instancia como en la segunda. Ademas, la intervencion de la junta de visitadores y los informes periódicos de los tribunales, no eran pequeña garantia de su integridad. La ley que exigia se diese la sentencia dentro de cinco dias, podria parecer poco conveniente para los complicados y dificiles trámites de nuestros tribunales modernos; pero en las sencillas cuestiones que se ofrecian á los Peruanos, mayor dilacion era inútil; y los Españoles que sabian bien los males que

Dios." Garcilaso, Com. Real. Parte lib. 2, cap. 12.

11 Era uno de los castigos mas comunes para las faltas ligeras, el cargar una piedra en las espaldas; castigo que no causaba otro sufrimiento que la vergüenza que ocasionaba por lo que Mc. Culloh le considera muy justamente como una prueba de delicadeza y cultura. Researches, p. 361.

resultan de esos interminables pleitos en que el litigante victorioso queda no pocas veces arruinado, hacen grandes elogios de esta justicia barata y espedita. [12]

Las leyes fiscales de los Incas, y las relativas á la propiedad, son la parte mas notable de las instituciones peruanas. Todo el territorio del imperio estaba dividido en tres partes; una para el Sol, otra para el Inca y la tercera para el pueblo. Todavía está en disputa cual de las tres era la mayor. Las proporciones variaban considerablemente segun las diversas provincias. La distribucion se hacia siempre en verdad bajo el mismo principio general, segun se iban agregando á la monarquía las nuevas conquistas; pero la proporcion variaba segun el mayor ó menor número de poblacion, y de la mayor ó menor estension de terreno que por consiguiente se necesitaba para el sustento de los habitantes. [13]

12 La Audiencia Real del Perú en tiempo de Felipe II (y no puede haber mejor autoridad), atestigua en términos espresos lo barato y puntual de la administracion de justicia de los Incas. "De suerte, que los vicios eran bien castigados y la gente estaba bien sujeta y obediente; y aunque en las dichas penas havia esceso, redundaba en buen govierno y policia suya, y mediante ella eran aumentados... Porque los Indios alababan la governacion del Inga, y aun los Españoles que algo alcanzan de ella, es porque todas las cosas susodichas se determinaban sin hacerles costas." Dec. de la Aud. Real., MS.

13 Acosta, lib. 6, cap. 15.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 1.

"Si estas partes fuesen iguales, ó qual fuese mayor, yo lo he procurado averiguar, y en unas es diferente de otras, y finalmente, yo tengo entendido

Los productos de las tierras destinadas al Sol se empleaban en conservar los templos, y en mantener el costoso ceremonial del culto peruano con su crecido número de sacerdotes. Las señaladas al Inca servian para cubrir los diversos gastos del estado, para sostener el brillo de la pompa real y para la manutencion de una numerosa servidumbre, y de toda su parentela. El resto de las tierras se dividia entre el pueblo *per capita*, en partes iguales. Mandaba la ley que todo peruano se casase en llegando á cierta edad, y cuando esto sucedia, el distrito en que habitaba le proveia de casa, las que, como se hacian de materiales ordinarios, no costaban mucho. Señalábasele en seguida un pedazo de tierra que bastase para su manutencion y la de su esposa. A cada hijo que nacia se le agregaba otra porcion; pero siendo hija solo se le daba la mitad. Todos los años se hacia de nuevo la division del terreno, y las posesiones del usufructuario se aumentaban ó disminuian segun el número de individuos de su familia.[14] Lo mismo se observaba con los curacas, solo que atendien-

que se hacia conforme á la disposicion de la tierra y á la calidad de los Indios." Ondegardo, Rel. Prim., MS.

14 Ondegardo, Rel. Prim., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 2.

La porcion que se daba á cada matrimonio, era, segun Garcilaso, fanega y media de tierra. Otra cantidad igual se agregaba por cada hijo varon que nacia y la mitad de ella por cada hembra. En el fecundo suelo del Perú era esta una racion muy suficiente para una familia.

do á la superior dignidad de que gozaban, se les señalaba una estension correspondiente. [15]

Una ley agraria mas completa y eficaz que esta no podria haberse discurrido. En los otros paises en que se ha establecido una ley de esta especie, no ha podido resistir por mucho tiempo á la marcha natural de los acontecimientos, y la mayor inteligencia y economía de unos, combinada con el desarreglo y prodigalidad de otros, han hecho que las cosas vuelvan á su curso ordinario, y que se restablezca la natural desigualdad de fortunas. Hasta la férrea ley de Licurgo dejó de producir sus efectos pasado algun tiempo, y tuvo que ceder al espíritu de lujo y de avaricia. La nacion que mas se acercó á la Peruana fué acaso la Judia, en donde cada medio siglo, á la llegada del gran jubileo nacional, volvian las propiedades á sus antiguos dueños. Pero en el Perú se halla una diferencia muy importante, y es que no solo terminaba el arrendamiento, si así

15 Ibid., Parte 1, lib. 5, c. 3. Es raro que mientras se encuentran tantas noticias relativas al monarca Inca, se diga tan poco de los nobles Incas, de sus posesiones, y con qué título las poseian. Su historiador nos cuenta que tenian la mejor parte de las tierras del lugar en que residian, ademas de la participacion que lograban en las del Sol y del Inca, como hijos del uno y parientes del otro. Tambien nos informa que mientras vivian en la corte, comian de la mesa del rey. (lib. 6, cap. 3.) Todo esto es demasiado vago. El que estudia la historia, debe conocer desde los primeros pasos, que de los analistas contemporáneos, no hay que esperar noticias exactas, y gracias que no sean contradictorias, sobre las leyes y costumbres de un pueblo bárbaro en una edad remota.

puede llamarse, con el año, sino que durante este tiempo el arrendatario no tenia facultades para deshacerse de sus posesiones ni para aumentarlas. Al fin de este breve periodo se encontraba exactamente en el mismo estado que al principio. Semejante órden de cosas podria parecer muy poco apropósito para que el labrador tomase apego al suelo, y para crear aquel deseo de adelantar, que es tan natural en el propietario, y casi lo mismo en el arrendatario por largo tiempo. Pero el resultado práctico de la ley parece haber sido muy diferente, y es probable que á causa del amor al órden y repugnancia á cambiar que se observa en la legislacion del Perú, á cada nueva division del terreno se confirmaba generalmente á los ocupantes en sus posesiones, de modo que el usufructuario por un año venia á convertirse en propietario por toda su vida.

Los terrenos eran cultivados únicamente por el pueblo. Atendíase primero á las tierras correspondientes al Sol, siguiendo luego con las pertenecientes á los ancianos, los enfermos, las viudas, los huérfanos y los soldados en actual servicio; en suma á las de todos aquellos individuos de la comunidad que por impedimento corporal ó por otra causa cualquiera, estaban imposibilitados de atender á sus propios negocios. Concluido esto, se permitia al pueblo que trabajase en sus terrenos, cada uno para sí; pero con la

obligacion general de ayudar al vecino siempre que lo hiciese necesario alguna circunstancia particular, como por ejemplo el verse con un crecido número de hijos pequeños. [16] Al último de todo se cultivaban las tierras de los Incas, lo cual se hacia con gran ceremonia por todo el vecindario reunido. Al romper el dia se le convocaba desde alguna torre ó altura cercana, y todos los habitantes del distrito, hombres, mugeres y niños, acudian vestidos con sus mas vistosos trajes, y engalanados con los escasos adornos y preseas que poseian, como para una festividad nacional. Trabajaban todo el dia con el mismo regocijo, cantando las canciones populares que recordaban los heróicos hechos de los Incas, arreglando sus movimientos al compas del coro, cuyo estribillo era generalmente la voz *hailli* ó "triunfo." Estos aires nacionales tenian un no sé qué de dulce y agradable, que les hacia muy apreciados de los Españoles, y mas de una cancion peruana fué puesta en música por ellos despues de la conquista, escuchándolas los infelices naturales con un placer mezclado de tristeza, pues les despertaban recuerdos de lo pasado, cuando sus dias se deslizaban tranquilamente bajo el gobierno paternal de los Incas. [17]

16 Garcilaso refiere que Huayna Capac hizo ahorcar á un indio, por haber labrado la tierra de un curaca su pariente cercano, antes que las de los pobres. La horca se levantó en la misma tierra del curaca. Ibid. Parte 1, lib. 5, cap. 2.

17 Ibid. Parte 1, lib. 5, cap. 1-3.—Ondegardo, Rel. Seg., MS.

Un órden semejante se observaba, tanto respecto á las diversas manufacturas como á los los productos naturales del pais. Los rebaños de llamas ó carneros del Perú, pertenecian esclusivamente al Sol y al Inca.[18] El número de estos animales era inmenso. Estaban distribuidos por las diferentes provincias, sobre todo en las regiones frias, y encargados al cuidado de pastores esperimentados que les conducian á diversos pastos segun cambiaban las estaciones. Cada año se enviaba á la capital un gran número de machos (porque estaba prohibido matar las hembras, para el consumo de la corte y para las fiestas y sacrificios religiosos. Las ordenanzas para el cuidado y la cria de estos rebaños, por lo minucioso y acertado de ellas, escitaron la admiracion de los Españoles que conocian perfectamente el modo de manejar los grandes rebaños de merinos trashumantes de su pais.[19]

En la estacion conveniente se trasquilaban todos, y la lana se depositaba en los almacenes pú-

1 8Ondegardo, Rel. Pr., MS. Con todo, el soberano solia á veces recompensar á algun caudillo principal, y aun á algun plebeyo, por un servicio prestado, regalándole algunos llamas, aunque siempre en corto número. Los propietarios no podian disponer de ellos ni matarlos, sino que pasaban como las demas propiedades á sus herederos; cuya singular ordenanza fué un orígen fecundo de pleitos despues de la conquista. Ibid. ubi supra.

19 Véase principalmente la relacion del Licenciado Ondegardo, que entra en mas detalles sobre el gobierno de los rebaños del Perú, que ningun otro escritor contemporàneo. Rel. Seg., MS.

blicos, repartiéndose en seguida á cada familia la cantidad suficiente para cubrir sus necesidades, la que se entregaba á las mugeres que entendian muy bien sus oficios de hilar y tejer. Concluido este trabajo y provista la familia de un vestido ordinario, pero de abrigo y apropósito para el clima frio de las montañas, (pues en las regiones bajas, el algodon, dado igualmente por la corona, sustituia hasta cierto punto á la lana,) se exigia al pueblo que trabajase para el Inca. Primero se determinaba en el Cuzco la cantidad de tela que se necesitaba, así como la clase y el tejido, y en seguida se hacia el reparto entre todas las provincias. Empleados nombrados con este objeto vigilaban la distribucion de la lana, de modo que el trabajo de los diversos artículos se encargase á las manos mas diestras; [20] y no paraban aquí, sino que se metian á las casas de cuando en cuando para ver si la obra se ejecutaba como era debido. Esta inquisicion doméstica no se limitaba á las labores destinadas al Inca, pues tambien comprendia las pertenecientes á las familias, para cuidar de que cada casa emplease en su objeto las materias que habia recibido para su uso, de modo que á nadie faltase el vesti-

20 Ondegardo, Rel. Prim. y Seg., MSS.

En la fabricacion de telas para el Inca iban inclusas las necesarias para el gran número de individuos de la sangre real, que usaban vestidos mas finos que los permitidos á la gente comun. Garcilaso, Com. Real, Parte 1, lib. 5, cap. 6.

do necesario.[21] Todas las mugeres tenian obligacion de tomar parte en este trabajo, y habia ocupacion para cada persona; desde la niña de cinco años hasta la anciana matrona, cuyas enfermedades no llegasen á impedirle el manejar una rueca. A nadie, sino á los viejos decrépitos y á los enfermos, se permitia en el Perú, que vegetase en la ociosidad, sin comer de su trabajo. La pereza era un crímen á los ojos de la ley, y como tal severamente castigado, al paso que el amor al trabajo era elogiado públicamente y estimulado con recompensas proporcionadas.[22]

El mismo sistema se seguia en los demas pedidos del gobierno. Todas las minas del reino pertenecian al Inca, y se labraban esclusivamente en provecho suyo, por personas peritas en esta clase de trabajos, escogidas de los mismos distritos en que estaban situadas las minas.[23] Todo Peruano de la clase plebeya era labrador, y esceptuando aquellos de que ya hemos hablado, debian procurarse su sustento cultivan-

21 Ondegardo, Rel. Seg. MS.—Acosta, lib. 6, cap. 15.

22 Ondegardo, Rel. Seg., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 11.

23 Garcilaso quiere hacernos creer que el Inca recibia de los curacas el oro y la plata que poseia, lo cual le llevaban de regalo los señores de vasallos. (Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 7.) Contradicen tan improbable asercion la Audiencia Real en su informe, MS, Sarmiento, (Relacion MS., cap. 15,) y Ondegardo (Rel. Prim., MS.,) que todos hablan de las minas como propiedad del gobierno y trabajadas en su esclusivo provecho. Sus productos se gastaban liberalmente en regalos para los señores principales, y en mayor cantidad para el adorno de los templos.

do la tierra con sus propias manos. Una pequeña parte de la poblacion se instruia sin embargo, en las artes mecánicas, entre las que se incluian algunas destinadas á producir objetos de lujo y adorno. La demanda de estos se limitaba casi esclusivamente al Inca y á su corte; pero la ejecucion de las grandes obras públicas que se veian por donde quiera en aquel pais, exijia mayor número de brazos. La clase y duracion de los servicios que se necesitaban, se decidian primero en el Cuzco, por comisionados bien impuestos de los recursos del pais y del carácter de los habitantes de las diversas provincias. [24]

Estos informes se obtenian por medio de un admirable arreglo, de que apenas hay ejemplo en los anales de un pueblo semi-civilizado. Llevábase un registro de todos los nacimientos y defunciones que ocurrian en la estension del imperio, y cada año se presentaba al gobierno un estado exacto de la poblacion actual por medio de los *quipos*, invencion curiosa que despues esplicarémos. [25] A épocas señaladas se hacia tam-

24 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 13-16.—Ondegardo, Rel. Prim. y Seg., MSS.

25 Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. 2, cap. 6.—Pedro Pizarro, Relacion del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú, MS.

"Cada provincia, en fin del año, mandava asentar en los quipos, por la cuenta de sus nudos, todos los hombres que habian muerto en ella en aquel año, y por el consiguiente los que habian nacido, y por principio del año que entraba venian con los quipos al Cuzco." Sarmiento, Relacion MS., cap. 16.

bien una visita general de todo el pais para informarse á punto fijo de la calidad del suelo, de su fertilidad, de la naturaleza de sus producciones, tanto minerales como vegetales; en una palabra, de todo lo que formaba los recursos físicos del imperio. [26] Provisto el gobierno de estos datos estadísticos, le era muy fácil, una vez determinado el monto de los pedidos, el distribuir la obra entre las provincias mas propias para ejecutarla. El reparto de los trabajos lo hacian las autoridades locales, teniendo gran cuidado de arreglarlo de modo, que al mismo tiempo que se escojiésen las manos mas expertas, á nadie tocase una tarea desproporcionada á sus fuerzas. [27]

De las diferentes provincias del imperio se sacaban personas aptas para diversos oficios que, segun despues veremos, pasaban comunmente de padres á hijos. De este modo, un distrito daba los operarios mas diestros para labrar las minas; otro los artifices mas peritos en el arte de trabajar los metales, ó la madera, y así de los demas. [28] El gobierno daba á los artesanos las

26 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 14.

27 Ondegardo, Rel. Prim., MS.—Sarmiento, Rel. MS., cap. 15.

"Presupuesta y entendida la division que el Inga tenia hecha de su gente, y órden que tenia puesta en el govierno de ella, era muy fácil haverla en la division y cobranza de los dichos tributos; porque era claro y cierto lo que á cada uno cabia sin que hubiese desigualdad ni engaño." Dec. de la Aud. Real., MS.

28 Sarmiento, Relacion, MS., cap, 15.—Ondegardo, Rel. Seg., MS.

primeras materias, y á ninguno se exijia que emplease en el servicio público mas de una parte de su tiempo señalada de antemano. Concluido su trabajo, le sucedia otro por igual término, y es de notarse que mientras estaban ocupados por el gobierno, eran mantenidos á expensas del tesoro público, y lo mismo sucedia con los trabajos del campo. [29] El objeto de esta vicisitud del trabajo era que nadie resultase recargado, y que todo el mundo tuviera lugar de atender á las necesidades domésticas. Segun la opinion de un Español, juez competente en el caso, era imposible mejorar el sistema de distribucion; tal era el esmero con que estaba arreglado á la condicion y bienestar del artesano. [30] En las ordenanzas del gobierno parece que se tuvo siempre á la vista la conservacion de las clases trabajadoras, pues se dictaron con gran cuidado, para que aun aquellos que fuese preciso emplear en los trabajos mas fuertes é insalubres, como los de las minas, no sufriesen detrimento en su salud; lo que formaba un notable contraste con la condicion á que despues se vieron reducidos bajo el gobierno español. [31]

29 Ondegardo, Rel. Prim., MS. —Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 5.

30 "Y tambien se tenia cuenta que el trabajo que pasaban fuese moderado, y con el menor riesgo que fuese posible. . . . . Era tanta la órden que tuvieron estos indios, que a mi parecer aunque mucho se piense en ello, seria dificultoso mejorarla conocida su condicion y costumbres." Ondegardo, Rel. Prim., MS.

31 "El trabajo de las minas," dice el Presidente del Consejo de Indias, "estaba de tal modo

Una parte de las manufacturas y de los productos de la tierra se llevaba al Cuzco para cubrir los pedidos particulares del Inca y de su corte. El resto, que era la mayor parte, se guardaba en los almacenes que habia en todas las provincias. Eran estos unos edificios de piedra, muy espaciosos, pertenecientes unos al Sol y otros al Inca, aunque parece que el monarca poseia el mayor número. Estaba mandado que cualquier déficit que pudiese haber en los tributos señalados al Inca, se tomase de los graneros del Sol. [32] Pero este caso era muy difícil que llegase; pues que la prevision del gobierno casi siempre dejaba un sobrante considerable en los pósitos reales, que se trasladaba á otros almacenes cuyo objeto era proveer al pueblo en tiempo de escasez, y socorrer, cuando se ofreciese, á aquellas personas á quienes una enfermedad ú otra desgracia, impidiera buscar su sustento; costumbre que justifica en cierto modo la asercion de un documento español, de que, de un modo ó de otro, una gran parte de la renta de los Incas iba

arreglado, que á ninguno era molesto ni ménos les acortaba la vida." (Sarmiento, Relacion, MS., cap. 15.) Para un español es bastante confesar.

32 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 34. (*Deberá ser cap.* 8.—T.) —Ondegardo, Rel. Prim., MS.

"E asi esta parte del Inga no hay duda sino que de todas tres era la mayor, y en los depósitos se parece bien que yo visité muchos en diferentes partes, é son mayores é mas largos que nó los de su religion sin comparacion." Idem, Rel. Seg., MS.

á parar otra vez al pueblo.[33] Cuando llegaron los Españoles encontraron estos almacenes provistos de todos los productos y manufacturas del pais: de maiz, *coca*, *quinua*, telas de algodon y de lana de primera calidad, vasos y utensilios de oro, plata y cobre; en una palabra, de todos los artículos de lujo y de utilidad á que alcanzaba el talento de los Peruanos.[34] Los depósitos de grano en particular, habrian bastado muchas veces para el consumo de varios años del distrito correspondiente.[35] Los empleados del gobierno hacian anualmente un inventario de los diferentes productos del pais, y de los puntos de donde habian venido, lo que asentaban los *quipucamayus* en sus registros, con admirable regularidad y exactitud. Estos registros se enviaban á la capital y se presentaban al Inca, quien de este modo podia imponerse con una sola mirada de todos los resultados de la industria nacional,

33 "Todos los dichos tributos y servicios que el Inga imponia y llevaba como dicho es eran con color y para efecto del govierno y pro comun de todos asi como lo que se ponia en depósitos todo se combertia y distribuia entre los mismos naturales." Dec. de la Aud. Real., MS.

34 Acosta, lib. 6, cap. 15.

"No podré decir," dice uno de los Conquistadores, "los depósitos vide de ropas y de todos géneros de ropas y vestidos que en este tiempo se hacian y usaban que faltaba tiempo para vello y entendimiento para comprender tanta cosa: muchos depósitos de barretas de cobre para las minas y de costales y sogas de vasos de palo y platos de oro y plata que aquí se halló era cosa despanto." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

35 Hasta para diez años, si hemos de creer á Ondegardo que tenia motivos de estar bien informado. "E ansi cuando no era menester se estaba en los depósitos é habia algunas veces comi-

y ver hasta qué punto correspondian con las demandas del gobierno.[36]

Estos son algunos de los puntos mas notables de la legislacion del Perú en la parte relativa á la propiedad, segun nos informan varios escritores que están de acuerdo en el fondo, aunque difieran en los pormenores. Estas leyes son á la verdad tan notables, que apenas puede creérse que hayan estado en vigor por mucho tiempo en un imperio dilatado. Sin embargo, los Españoles que llegaron al Perú con tiempo para verlas todavía en práctica, son un testimonio intachable, y entre ellos habia individuos que ocupaban un puesto elevado en la magistratura, y que llevaban encargo especial de su gobierno para imponerse del estado del pais bajo la dominacion de sus antiguos señores.

Los impuestos que pesaban sobre el pueblo Peruano parecen haber sido bastante gravosos. A él tocaba la carga, no solo de mantenerse á sí propio, sino á todas las demas clases del estado, porque los individuos de la casa real, los nobles y hasta los empleados públicos, y el crecido número de sacerdotes, eran exentos de tribu-

da de diez años . . . Los quales todos se hallaron llenos cuando llegaron los Españoles desto y de todas las cosas necesarias para la vida humana." Rel. Seg., MS.

36 Ondegardo, Rel. Prim., MS.

"Por tanta orden é cuenta que seria dificultoso creerlo ni darlo á entender como ellos lo tienen en su cuenta é por registros é por menudo lo manifestaron que se pudiera por estenso." Idem, Rel. Seg., MS.

to,[37] La obligacion de cubrir todos los gastos del gobierno recaia enteramente sobre el pueblo. Pero bien mirado, este estado de cosas no era diferente del que existió en otro tiempo en la mayor parte de la Europa, en donde las clases privilegiadas pretendian, aunque no siempre con buen éxito, quedar exentas de llevar su parte de las cargas públicas. Entre los Peruanos lo peor del caso era que no tenian modo de mejorar su condicion. Trabajaban para otros mas bien que para ellos mismos, y así, por trabajadores que fuesen, no podian añadir una pulgada de tierra á sus posesiones, ni avanzar un punto en la escala social. El grande aliciente para despertar la actividad de los hombres, que es el deseo de mejorar su suerte, no existia para el Peruana; como nació así habia de morir. Ni aun siquiera el tiempo podia llamar suyo, pues tenia que emplearle en trabajar para el gobierno, único medio que le restaba de pagar sus impuestos, ya que no tenia dinero, y su propiedad de todas clases era tan reducida.[38] Así pues, no es maravilla que el gobierno mirase la pereza como un crímen, pues en realidad lo era contra el estado; porque desperdiciar el tiempo era casi lo mismo que defraudar al tesoro público. El Peruano, trabajando toda su vida para otros, po-

37 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 15.

38 "Solo el trabajo de las personas era el tributo que se dave, porque ellos no poseian otra cosa." Ondegardo, Rel Prim.. MS.

dria compararse á un criminal empleado en obras públicas, que sabe muy bien, que por útiles que sean sus fatigas al estado, á él de nada le sirven.

Pero esta solo es la parte oscura del cuadro. Si nadie podia llegar á ser rico en el Perú, en cambio nadie podia tampoco llegar á ser pobre. Un pródigo no podria disipar su hacienda en los desórdenes, ni un atrevido proyectista empobrecer á su familia por meterse en especulaciones aventuradas. El objeto de la ley era introducir una constante aplicacion al trabajo, y un manejo moderado de los negocios. No se toleraba en el Perú ningun mendigo. Cuando por pobreza ó por desgracias (pues con dificultad podia ser por culpa suya) se veia reducido un hombre á carecer de lo necesario, se estendia el brazo de la ley para auxiliarle; no con el mezquino socorro de la caridad privada, ni con el que imparte gota á gota por decirlo así, el áspero tesoro de "la parroquia," sino de un modo generoso que no humillaba al que le recibia, y le igualaba con el resto de sus conciudadanos.[39]

39 "Era tanta la órden que tenia en todos sus reinos y provincias, que no consentia haver ningun Indio pobre ni menesteroso, porque havia órden i formas para ellos, sin que los pueblos reciviesen vexacion ni molestia, porque el Inga lo suplia de sus tributos." (Conq. i Pob. del Piru, MS.) El Licenciado Ondegardo solo ve una astucia de Satanas en esta disposicion de la ley Peruana, que á los viejos, enfermos y pobres, hacia en cierto modo independientes de sus hijos y parientes mas cercanos, de quienes era mas natural que esperasen auxilio; no hay medio mas seguro de endurecer el corazon, piensa él, como despojarle de es-

En suma, en el Perú nadie podia ser ni rico ni pobre, sino que todos podian gozar y gozaban en efecto, de lo necesario. La ambicion, la avaricia, la inclinacion á cambiar, y el espíritu de inquietud y descontento, pasiones que con tanta frecuencia agitan á los hombres, no tenian entrada en el corazon del Peruano. La condicion misma de su existencia era esencialmente opuesta á los cambios. Marchaba por la misma senda por donde habian marchado sus padres, y por la misma que habian de seguir sus hijos. El objeto de los Incas era infundir en sus súbditos un espíritu de sosiego y obediencia pasiva, una absoluta aquiescencia al órden establecido, y lo consiguieron completamente. Los primeros Españoles que visitaron el pais dan espreso testimonio de que no podia haber gobierno mejor acomodado al carácter del pueblo, ni pueblo que pareciese mas contento con su suerte, y mas adicto á su gobierno. [40]

Los que desconfien de la exactitud de lo que se cuenta de la industria Peruana, desecharán sus dudas con dar un paseo por el pais. El viagero encuentra aun, sobre todo en la region cen-

as simpatías humanas, y concluye diciendo que ninguna otra circunstancia ha contribuido mas á impedir la propagacion del cristianismo y á debilitar su influencia entre los naturales. (Rel. Seg., MS.) Estas ideas son ingeniosas, pero en un pais como el Perú, en donde el pueblo no tenia propiedad, no quedaba á los inválidos otro recurso, que recibir auxilio del gobierno, ó perecer de hambre.

40 Acosta, lib. 6, cap. 12, 15. —Sarmiento, Relacion, MS., cap. 10.

tral de la mesa, muchos recuerdos de lo pasado; restos de templos, palacios, fortalezas, andenerias, grandes caminos militares, acueductos y otras obras públicas, que cualquiera que sea el grado de inteligencia que revelen en su ejecucion, asombran por su número, lo sólido de los materiales y lo grandioso del plan. Las mas notables de ellas son acaso los caminos reales, de los que aun quedan algunos fragmentos bastante conservados para atestiguar su antigua magnificencia. Habia muchos caminos de estos que cruzaban por diversas partes del imperio; pero los mas importantes eran los dos que iban desde Quito hasta el Cuzco, y separándose de nuevo al salir de esta capital, continuaban con direccion al Sur hácia Chile.

Uno de estos caminos iba por la sierra y el otro por la marina; pero el primero era obra mucho mas dificil á causa de la clase de terreno por donde pasaba. Atravesaba por sierras intransitables cubiertas de nieve; habia leguas enteras de galerías abiertas en la roca viva; puentes colgantes meciéndose sobre caudalosos rios; escaleras cortadas en la piedra para trepar por los precipicios; barrancas de horrible profundidad llenas de sólida mamposteria; en fin, habian tropezado con todas las dificultades que abundan en una region agreste y montañosa, capaces de asustar al ingeniero mas atrevido de los tiempos

modernos, y las habian vencido. La estension del camino, del que solo quedan algunos fragmentos aislados, se regula en mil quinientas ó dos mil millas; y á todo lo largo de él, á distancia de mas de una legua uno de otro, habia pilares de piedra por el estilo de los mijeros de Europa. La anchura del camino no pasaba de veinte pies. [41] El piso era de grandes losas de piedra franca, y á lo menos en algunas partes, cubierto de una mezcla bituminosa, que el tiempo ha puesto mas dura que la piedra misma. En algunos lugares en que habian rellenado las barrancas con mamposteria, el embate durante siglos enteros de los torrentes que se desprenden de las montañas, ha ido carcomiendo gradualmente la base y ha dejado la parte superior suspendida como un arco sobre el abismo: tal es la firmeza y adhesion de los materiales. [42]

41 Dec. de la Aud. Real, MS.

"Este camino hecho por valles ondos y por sierras altas, por montes de nieve, por tremedales de agua y por peña viva y junto á rios furiosos por estas partes y va llano y empedrado por las laderas, bien sacado por las sierras, deshechado, por las peñas socavado, por junto á los Rios sus paredes, entre nieves con escalones y descanso, por todas partes limpio barrido descombrado, lleno de aposentos, de depósitos de tesoros, de Templos del Sol, de Postas que havia en este camino." Sarmiento, Relacion, MS. cap. 60.

42 "On avait comblé les vides et les ravins par de grandes masses de maçonnerie. Les torrents qui descendent des hauteurs après des pluies abondantes, avaient creusé les endroits les moins solides, et s'étaient frayé une voie sous le chemin, le laissant ainsi suspendu en l'air comme un pont fait d'une seule pièce." (Velasco, Hist. de Quito, tom. I, p. 206.) Este escritor habla como testigo ocular, pue

Sobre otras vertientes mas considerables fué preciso construir puentes colgantes hechos de las sólidas fibras del maguey, ó de bejucos del pais, fuertes y tenaces en sumo grado. Con estos bejucos tejian cables tan gruesos como el cuerpo de un hombre, y luego los tendian sobre el rio, haciéndolos pasar en las dos orillas por sobre unos macizos estribos de piedra, hasta quedar asegurados abajo en unos gruesos maderos. Reunidos muchos de estos enormes cables, formaban ya un puente, que cubierto con un entarimado y defendido á los dos lados por una barandilla de los mismos bejucos, proporcionaba paso seguro para el viajero. Como estos puentes aereos tenian á veces mas de doscientos piés de largo, y sin otro punto de apoyo que las dos estremidades, formaban hácia abajo una curva formidable, mientras que el movimiento que les imprimian los pasos del viajero, les hacian oscilar de un modo mas espantoso todavía, sobre todo, teniendo á los piés un insondable abismo en cuyo fondo bramaba un impetuoso torrente. A pesar de todo, los Peruanos cruzaban sin temor por estos ligeros aparatos, y aun los conservan los Españoles en aquellos rios que, á causa de su profundidad ó de la rapidez de su corriente, no

examinó y midió diversas partes del camino, á fines del siglo pasado. El lector español hallará en el número 2 del *Apéndice* una animada descripcion de esta obra magnífica y de los obstáculos con que hubo que luchar en su ejecucion, en un trozo sacado de Sarmiento, quien lo vió en tiempo de los Incas.

admiten los medios usuales de comunicacion. Las aguas mas tendidas y sosegadas se cruzaban en *balsas*, embarcacion que los naturales usaban mucho, y á las quo ponian velas, siendo el único ejemplo de esta mejora en el arte de navegar, que se encuentra entre los Indios do América. [43]

El otro camino real de los Incas corria por la tierra llana, entre los Andes y la costa. Estaba construido de diverso modo, segun lo exigia la naturaleza del terreno. La calzada iba por un elevado terraplen con parapetos de lodo á ambos lados, en que habia plantados árboles y arbustos odoríferos que recreaban los sentidos del caminante con su perfume, y le brindaban con su sombra, tan agradable bajo el ardiente sol de los trópicos. En algunos pedazos de llanura arenosa con que solian tropezar, ya que lo flojo y deleznable del terreno no podia sostener camino de ninguna especie, á lo menos habian elavado gruesos pilotes, de los que se ven todavía algunos, para indicar al viajero la ruta que debia seguir. [44]

43 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 7.

Puede verse en Humboldt una noticia particular de estos puentes, segun se ven todavía en varias partes del Perú., (Vues des Cordillères, p. 230, et seq.) Stevenson describe con igual minuciosidad las balsas. Residence in S. America, v. II, p. 222, et seq.

44 Cieza de Leon, Crónica, cap. 60.—Relacion del Primer Descubrimiento de la Costa y Mar del Sur, MS.

Este documento anónimo de alguno de los primeros conquistadores, contiene una noticia minuciosa y probablemente exacta, de los dos caminos reales, que el autor vió en toda su grandeza y que él cuenta entre las mayores maravillas del mundo.

A cada diez ó doce millas se veian por todos estos caminos, mesones ó *tambos* destinados principalmente para alojamiento de los Incas y de las personas que viajaban por asuntos de gobierno, pues en el Perú habia pocos viajeros de otra clase. Algunos de estos edificios eran muy estensos, y se componian de fortaleza, cuarteles y otras obras militares, rodeadas de un parapeto de piedra; todo lo que abrazaba una estension considerable de terreno. Estos, no hay duda, que debian servir de alojamiento á los ejércitos imperiales cuando recorrian el pais. La conservacion de los caminos principales estaba encargada á los distritos por donde pasaban, y en tiempo de los Incas habia siempre un gran número de personas empleadas en mantenerlos en buen estado. Esto era muy fácil en un pais en que el único modo de viajar era á pié, aunque dicen que los caminos estaban tan bien construidos, que podria rodar por ellos un carruage con tanta seguridad como por los mejores caminos de Europa.[45] Sin embargo, en una region en que los dos elementos de agua y fuego trabajan activamente en la obra de destruccion, deben ir decayendo poco á poco si falta una constante vigilancia. Así ha sucedido bajo la dominacion de los conquistadores españoles, que no cuidaron de

45 Relacion del Primer Descub., MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 37.—Zárate, Conq. del Peru, lib. 1, cap. 13.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 9, cap. 13.

continuar el admirable sistema que establecieron los Incas para su conservacion. Mas los restos aislados que todavía se ven aquí y allí, como los fragmentos de los hermosos caminos romanos desparramados por toda la Europa, atestiguan su primitiva grandeza, y han merecido los elogios de un viajero inteligente, no muy pródigo en alabanzas, el cual dice "que los caminos de los Incas pueden contarse entre las obras mas útiles y mas gigantescas que jamas hayan ejecutado los hombres! [46]

Los soberanos del Perú mejoraron aun mas el sistema de comunicacion entre sus dominios, estableciendo correos, del mismo modo que lo hicieron los Aztecas; pero los Peruanos los tuvieron bajo un plan mas esténso, en todos los caminos que conducian á la capital. Por todos ellos se veian pequeños edificios á cada cinco millas, [47] en cada uno de los cuales habia un cierto número de mensajeros ó *chasquis*, siempre prontos á llevar las órdenes del gobierno. [48] Estas

46 "Cette chausée, bordée de grandes pierres de taille, peut être comparée aux plus belles routes des Romains que j'ai vues en Italie, en France et en Espagne.... Le grand chemin de l'Inca, un des ouvrages les plus utiles, et en même temps des plus gigantesques que les hommes aient executé." Humboldt, Vues des Cordillères, p. 294.

47 Discrepan los escritores acerca de la distáncia que mediaba entre las postas, y la mayor parte de ellos no la estima mayor de tres cuartos de legua. He preferido la autoridad de Ondegardo, que en general escribe con mas conocimiento del asunto que el resto de sus contemporáneos.

48 La palabra *chasqui* quiere decir, segun Montesinos, "el que recibe una cosa" (Mem. Antiguas, MS., cap. 7). Pero Garcila-

órdenes se enviaban verbalmente ó por medio de *quipos*, y á veces iban acompañadas de un hilo de la borla carmesí que el Inca llevaba en la cabeza, el cual era recibido en todas partes con la misma sumision que el anillo real de los déspotas de Oriente. [49]

Los *chasquis* usaban un vestido particular que denotaba su profesion: todos eran criados para este oficio, y escojidos por su fidelidad y ligereza. Como la distancia que cada uno tenia que recorrer era corta, y tenia tiempo sobrado para descansar en las postas, corrian con gran velocidad, y los mensajes iban por todos los caminos reales á razon de ciento cincuenta millas diarias. El encargo de los *chasquis* no se limitaba á llevar despachos, sino que muchas veces conducian tambien otras cosas para el uso de la corte, y de este modo, los pescados del distante Océano, la casa, las frutas y otros varios regalos de los paises calientes de la costa, llegaban á la corte en buen estado y se servian frescos en la mesa real. [50] Es cosa notable que los Mejicanos y Pe-

so, que es mejor autoridad en tratándose de su lengua, dice que significa "el que cambia alguna cosa" Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 8.

49 "Con un hilo de esta Borla, entregado á uno de aquellos Orejones, governaban la Tierra, i proveian lo que querian con maior obediencia, que en ninguna Provincia del Mundo se ha visto tener á las Provissiones de su Rei." Zarate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 10.

50 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 18.—Doc. de la Aud. Real., MS.

Si basta la autoridad de Montesinos, hemos de creer que en la mesa real se servía pescado cogi-

ruanos, sin ninguna comunicacion entre si, conociesen este importante establecimiento, y que existiese en dos naciones bárbaras del Nuevo Mundo mucho antes de su introduccion entre las civilizadas de Europa. [51]

Por medio de este feliz discurso de los Incas, las partes mas distantes del inmenso imperio peruano estaban en íntimas relaciones. Así pues, mientras que las capitales del mundo cristiano, separadas tan solo por algunos centenares de millas, estaban en realidad tan lejos unas de otras como si hubiese un océano de por medio, las dos capitales del Cuzco y Quito, se comunicaban fácil y prontamente, gracias á los caminos reales de los Incas. Las noticias de tan gran número de provincias llegaban en alas del viento á la metrópoli peruana, que era el centro á donde

do á cien leguas de la capital, á las veinte y cuatro horas despues de sacado del Oceano (Mem. Antiguas, MS., lib. 2, cap. 7.) Esta es demasiada celeridad para todo lo que no sea caminos de hierro.

51 El sistema de correos del Perú parece haber hecho grande impresion en los primeros Españoles que visitaron el pais, y pueden verse copiosas noticias acerca de él en Sarmiento, Relacion, MS., cap. 15.—Dec. de la Aud. Real., MS.—Fernandez, Historia del Peru, Parte 2, lib. 3, cap. 5.—Conq. i Pob, del Piru, MS., et auct. plurimis.

La invencion de los correos es muy antigua entre los Chinos y tal vez mas entre los Persas. (Vease á Herodoto, Hist., Urania, § 98.) Es cosa muy singular que una invencion destinada para el servicio de los gobiernos despóticos solo haya llegado á su perfeccion bajo los gobiernos libres, puesto que aquel fué el orígen del precioso sistema de comunicaciones que hoy liga todas las naciones cristianas como si solo fuesen una inmensa república.

todas las líneas de comunicacion venian á reunirse. No podia haber un conato de insurreccion, ni una invasion en la frontera mas distante, sin que al punto llegasen las nuevas á la corte y los ejércitos imperiales fuesen ya por los magníficos caminos del pais á sofocarlo, ó repelerla. Tan admirable era el artificio discurrido por los dépotas americanos para conservar la tranquilidad en sus dominios! Esto nos recuerda algunos estatutos semejantes de la antigua Roma, cuando en tiempo de los Césares era señora de la mitad del mundo.

Uno de los principales objetos de estos caminos era facilitar las comunicaciones militares. Este era un punto muy importante de su organizacion militar, tan digna de estudiarse como su administracion civil.

A pesar de las protestas de paz de los Incas, y de la tendencia pacífica de sus leyes fundamentales, siempre estaban en guerra. Ella era la que habia convertido su mezquino territorio en un poderoso imperio, y una vez llegado á este punto, la capital quedó segura en el centro sin que la perturbasen ya mas los movimientos militares, y el pais gozó de los bienes de la tranquilidad y el órden. Pero por sosegada que estuviese en el interior, no hay memoria de un solo reinado en que la nacion no estuviese empeñada en guerras con las naciones bárbaras de la fron-

tera. La Religion ofrecia un pretesto plausible para las continuas agresiones, y disfrazaba la sed de conquistas de los Incas á los ojos de sus vasallos, y acaso tambien á los suyos propios. Como los sectarios de Mahoma, que llevaban la espada en una mano y el Alcoran en la otra, así los Incas del Perú, no dejaban arbitrio entre adorar al Sol ó la guerra.

Cierto es sin embargo que su fanatismo, ó su política, se manifestó bajo una apariencia mas moderada en ellos que en los descendientes del profeta. A semejanza del gran luminar que adoraban, emplearon la blandura, mas poderosa á veces que la violencia.[52] Trataban de ablandar el corazon de las tribus salvages que les rodeaban y ganarlas con muestras de afabilidad y condescendencia. Lejos de provocar hostilidades, dejaban pasar tiempo suficiente para que produjese su efecto el saludable ejemplo de sus sábias leyes, confiados en que sus incultos vecinos se someterian gustosos á su dominacion, por el convencimienio de los bienes que les procuraria. Si este arbitrio fallaba, adoptaban otras medidas, todavía de carácter pacífico, y trataban de ganarles por medio de negociaciones, de una conducta conciliadora, y de presentes á los principales gefes. En una palabra, ponian en práctica

52 "Mas se hicieron señores al principio por maña, que por fuerza." Ondegardo, Rel. Prim., MS.

para ensanchar sus dominios, todos los artificios familiares á los mas astutos políticos de un pais civilizado. Si todos sus esfuerzos eran vanos, entonces se preparaban para la guerra.

Repartian el contingente para el ejército entre todas las provincias, aunque señalaban mayor número á aquellas cuyos habitantes se tenian por mas valientes.[53] Parece probable que todo Peruano que llegaba á cierta edad podia ser llamado á tomar las armas; pero los soldados eran algo mas que una milicia bisoña, gracias á la vicisitud del servicio militar, y á los ejercicios fijos que dos ó tres veces al mes tenian los habitantes de todos los pueblos. El ejército peruano, que al principio era muy corto, fué creciendo con la poblacion, hasta que en los últimos dias del imperio, llegó á ser muy numeroso, de modo que, segun afirman los contemporáneos, podian poner en campaña sus monarcas nada menos que doscientos mil hombres. En su organizacion militar mostraron la misma habilidad y amor al órden que en las demas cosas. Las tropas se dividian en trozos á semejanza de nuestros batallones y compañías, mandados por oficiales que iban subiendo por grados, desde el último subalterno hasta el noble inca que tenia el mando general.[54]

53 Idem, Rel. Prim., MS.—Dec. de la Aud. Real., MS.

54 Gomara, Cronica, cap. 195.—Conq. y Pob. del Piru, MS.

Sus armas eran las que todas las naciones civilizadas y no civilizadas usaron antes de la invencion de la pólvora, es á saber, arcos y flechas, lanzas, dardos, una especie de espadas cortas, hachas de armas ó partesanas, y hondas, en cuyo manejo eran diestrísimos. Las puntas de sus lanzas y flechas eran de cobre, y con mas frecuencia de hueso, y las armas de los nobles incas estaban comunmente adornadas de oro ó plata. Defendian la cabeza con capacetes, bien de madera ó de pieles de fieras, muchas veces ricamente aderezados con metales y piedras preciosas, y coronados con el brillante plumage de las aves de los trópicos. Todos estos adornos, por supuesto, los usaban tan solo las clases distinguidas. El comun de los soldados vestia el trage particular de sus respectivas provincias, y cubrian la cabeza con una especie de turbante de telas de diversos colores que producian un vistoso efecto. Las armas defensivas eran rodelas, paveses y un escaupil ó sayo estrecho de algodon acolchado, lo mismo que lo usaban los Mejicanos. Cada compañía tenia su bandera propia, y en el estandarte imperial que descollaba sobre todas, brillaba un arco-iris, la divisa de los Incas, con que denotaban sus derechos como raza celéstial. [55]

55 Gomara, Cronica, ubi supra.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 20.—Velasco, Hist. de Quito, tom. I., pp. 176-179.

Gracias al perfecto sistema de comunicaciones establecido por todo el pais, bastaba muy poco tiempo para que se reuniesen los remplazos de los puntos mas distantes. El mando del ejército se confiaba á un gefe esperimentado de la sangre real, aunque era mas frecuente que el Inca lo mandase en persona. Las marchas se hacian con gran celeridad y poca fatiga para el soldado, pues que por todos los caminos reales encontraba, á distancias fijas, cuarteles en que alojarse con mucha comodidad. Todavía se vé cubierto el pais de los restos de estas obras militares construidas de pórfido y granito, que la tradicion asegura servian para alojar al Inca y á su ejército. 56

Habia tambien á ciertas distancias almacenes provistos de granos, armas, y demas pertrechos de guerra, para que el ejército se surtiese en su marcha. Los gobernadores tenian especial cuidado de que estos almacénes, que se habilitaban por cuenta del Inca, estuviesen siempre bien lle-

Este último escritor da un catalogo de las armas de los antiguos Peruanos, que comprende casi todas las que conocen los soldados Europeos, salvo las de fuego. Es de alabar en él que las omitiera.

56 Zarate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 11.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 60.

Condamine habla del gran número de estos puntos fortificados distribuidos por todo el pais entre Quito y Lima, que él vió en su visita á la América del Sur en 1737, de los que describe algunos con gran minuciosidad. Mémoires sur quelques Anciens Monumens du Pérou, du temps des Incas, ap. Histoire de l' Academie Royale des Sciences et de Belles Lettres, (Berlin, 1748,) t. II. p. 438.

nos. Cuando los españoles invadieron el pais, mantuvieron mucho tiempo sus ejércitos con las provisiones que en ellos encontraron.[57] Estaba severamente prohibido al soldado peruano el atacar de cualquier modo que fuese las propiedades de los habitantes de los distritos por donde pasaba. Cualquiera violacion de esta órden se castigaba de muerte.[58] El soldado se vestia y alimentaba con el trabajo del pueblo, y los Incas resolvieron con mucha justicia que no pagase este beneficio con vejaciones. Lejos de ser el ejército imperial una gabela para los trabajos del labrador, ó una carga para su hospitalidad, podia atravesar el pais de un estremo á otro, sin mas molestia para los habitantes, que la que podia causarles una caravana de pacíficos comerciantes ó una revista de soldados de procesion.

Tan luego como se declaraba la guerra, trataba el Inca de reunir sus fuerzas lo mas pronto posible, para poder prevenir los movimientos del enemigo é impedir cualquiera combinacion con

57 "E ansi," dice Ondegardo hablando como testigo ocular, "cuando el señor presidente Gasca passó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jauja, estuvo allí siete semanas á lo que me acuerdo, se hallaron en depósito maiz de quatro y de tres y de dos años mas de 15,000 hanegas junto al camino, é allí comió la gente. y se entendió que si fuera menester muchas mas nó faltaran en el valle en aquellos depósitos, conforme á la orden antigua, porque á mi cargo estubo el repartirlas y hacer la cuenta para pagarlas." Rel. Seg., MS.

58 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 44.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 14.

los aliados. El descuidar esta última medida fué puntualmente la causa de que las diversas naciones del pais, cuyas fuerzas reunidas eran bastantes para resistir á los Incas, fuesen sometiéndodose á su yugo una tras otra. Con todo, una vez puesto en campaña el Inca, no se manifestaba nunca dispuesto á sacar de sus ventajas todo el partido que podia, ni á reducir al enemigo á la última estremidad. En cualquier estado que la guerra se encontrase, siempre estaba pronto á escuchar proposiciones de paz, y si bien es cierto que trataba de rendir á sus enemigos destruyendo sus sembrados para acosarlos por hambre, tambien lo es que no permitia que sus soldados cometiesen violencias inútiles en las personas ó propiedades. Se cuenta que uno de los príncipes peruanos decia: "Debemos conservar nuestros enemigos, ó de lo contrario obraremos contra nuestros intereses, puesto que ellos y cuanto les pertenece hà de ser nuestro muy pronto." [59] Era una máxima sábia, y como muchas de su especie, fundada tanto en la caridad como en la prudencia. Los Incas adoptaron la política que un historiador romano atribuye á su pátria, diciendo que mas ganó por la clemencia con los vencidos, que conquistó con sus legiones. [60]

59 "Mandavase que en los mantenimientos y casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciendoles el Señor, presto serán estos nuestros como los que ya lo son; como esto tenian conocido, procuraban que la guerra fuese la mas liviana que ser pudiese." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 14.

60 "Plus pene parcendo victis, quàm vincendo impérmu

Penetrados siempre de este mismo espíritu de benevolencia, cuidaron con todo esmero de la seguridad y buen trato de sus tropas, y cuando la guerra se prolongaba demasiado, ó el pais era insalubre, no olvidaban relevar la gente con nuevos refuerzos, permitiendo que los reclutas mas antiguos se retirasen á descansar á sus casas. [61] Pero al mismo tiempo que eran tan económicos de la sangre, así de sus vasallos como de sus enemigos, no se detenian en tomar las medidas mas severas cuando les provocaba á ello lo feroz ú obstinado de la resistencia; y en los anales del Perú se halla mas de una de aquellas páginas sangrientas cuya lectura nos hace hoy estremecer. Debe tambien advertirse que esta política humana, que he pintado como propia de los Incas, no hay que buscarla en todos, y que no faltó en la estirpe real quien desplegara en todo su vigor ese espíritu atrevido y poco delicado que se encuentra generalmente en los conquistadores vulgares.

La primera medida del gobierno despues de reducido un pais, era introducir allí el culto del Sol. Edificábanse templos, y quedaban al cuidado de un crecido número de sacerdotes, que esplicaban al pueblo conquistado los misterios de su nueva fé, y le deslumbraban con su pom-

auxisse." Tit. Liv., lib. 30. cap. 42.

61 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 18.

poso ceremonial.[62] Pero no por eso trataban con desprecio la religion de los vencidos. El principal culto debia ser el del Sol; pero las imágenes de sus dioses eran llevadas al Cuzco y colocadas en uno de los templos para que fuesen contadas entre las divinidades inferiores del Panteon peruano. Allí se quedaban como en rehenes de la nacion vencida, la que de ese modo se veria menos tentada de sacudir el yugo, puesto que al hacerlo debia dejar sus dioses en poder de sus enemigos.[63]

Para el arreglo de las nuevas conquistas hacian formar los Incas un censo de la poblacion, y mandaban hacer una escrupulosa visita de todo el pais, con el fin de imponerse de cuales eran sus producciones, y de la calidad del suelo.[64] Hacíase en seguida una division general de los terrenos, bajo las mismas reglas que regian en el resto del imperio, y se demarcaba la parte correspondiente al Sol, al soberano y al pueblo. La estension de esta última se calculaba por el monto de la poblacion; pero siempre era igual la porcion asignada á cada individuo. Puede parecer estraño que haya habido un solo pueblo que quisiera someterse pacíficamente á tal arreglo, que

62 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 14.

63 Acosta, lib. 5, cap. 12.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 12.

64 Ibid., Parte 1, lib. 5, cap. 13, 14.—Sarmiento, Relacion MS., cap. 15.

exijia un despojo tan completo de las propiedades. Pero es preciso tener presente, que lo sufria una nacion conquistada, y que á la menor sospecha de intentar una resistencia, se le atemorizaba poniendo guarniciones en los puntos mas importantes de su territorio. [65] Es tambien probable que los Incas no hacian mas cambios que los muy precisos para sistemar el nuevo órden de cosas, y que trataban en cuanto era posible, de adjudicar las posesiones á sus antiguos propietarios. A los curacas particularmente, confirmaban casi siempre en su autoridad, ó cuando parecia oportuno deponer al actual, hacian que le sucediese su legítimo heredero. [66] Manifestaban gran respeto á las antiguas costumbres y leyes del pais, en cuanto no se oponia á las leyes fundamentales de los Incas. No debe tampoco olvidarse, que las tribus conquistadas, estaban por la mayor parte muy poco adelantadas en la civilizacion para tener aquel apego al suelo que distingue á las naciones cultas. [67] Pero cualquie-

65 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 19.

66 Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 3, cap. 11.

67 Sarmiento da una noticia completa y muy interesante, de la política humanísima que siguieron los Incas en sus conquistas, la cual forma un notable contraste con la conducta que comunmente siguen esos azotes de la humanidad, que los hombres son bastante sabios para admirar mas que á sus bienhechores. Como Sarmiento, por ser Presidente del Real Consejo de Indias y haber venido al pais poco despues de la conquista, es una autoridad de mucho peso, y ademas su obra sepultada entre el polvo de la librería del Escorial es casi desconocida, he insertado el ca-

ra que sea la causa á que se atribuya, es muy probable, que los estraordinarios estatutos de los Incas se plantearon con poca oposicion en los territorios conquistados. [68]

A pesar de esto, los soberanos del Perú no se fiaron del todo en la aparente sumision de sus nuevos vasallos, sino que para asegurarla mas adoptaron varios arbitrios, demasiado notables para que los pasemos en silencio.—Inmediatamente despues de terminada una nueva conquista, llevaban á los curacas y sus familias al Cuzco por algun tiempo. Allí aprendian el idioma de la capital, se familiarizaban con los usos y costumbres de la corte, así como con la política del gobierno, y obtenian del soberano aquellas señales de distincion que podian serles mas lisongeras y aficionarles mas á su persona. Penetrados de estos sentimientos, se les enviaba otra vez á gobernar sus vasallos; pero dejando siempre en la capital á sus hijos primogénitos, tanto para que sirviesen de prenda de su fidelidad, como para servir de ornato á la corte del Inca. [69]

Otro arbitrio usaron de un carácter mas origi-

pítulo entero en el *Apéndice* número 3.

68 Segun Velasco, hasta el poderoso estado de Quito, que ya habia adelantado lo suficiente en la carrera de la civilizacion para que sus habitantes conociesen bien el derecho de propiedad, admitió las leyes de los Incas "no solo sin repugnancia, sino con placer." Pero Velasco, autoridad moderna, creia con facilidad, ó contaba con que así lo harian sus lectores.

69 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 12; lib. 7, cap. 2.

nal y mas atrevido. Tratábase nada menos que de hacer una revolucion en el idioma del pais. La América del Sur, lo mismo que la del Norte, estaba dividida en una infinidad de dialectos, ó mas bien lenguas diferentes, muy poco parecidas unas á otras. Esta circunstancia estorbaba no poco al gobierno en la administracion de las provincias cuyo idioma no conocia. Resolvióse por tanto, sustituir á todas una sola lengua general, la *quichua*, lengua de la corte, la capital y el pais vecino, el mas rico y al mismo tiempo el mas conciso de todos los dialectos de la América del Sur. Enviaron maestros á cada ciudad y pueblo del pais, con obligacion de instruir á todos los habitantes hasta á los de la clase ínfima, previniendo al mismo tiempo que nadie que ignorase esta lengua podria llegar á ningun puesto de honra ó provecho. Los curacas y otros gefes que residian en la capital se familiarizaban con este dialecto en su trato con la corte, y cuando volvian á su tierra, lo usaban para conversar entre sí; cuyo ejemplo imitaban sus comitivas, y de este modo el quichua se fué volviendo poco á poco el idioma elegante y de moda, del mismo modo que en Inglaterra, despues de la conquista, afectaba usar el normando todo el que aspiraba á alguna distincion. De esta manera, aunque cada provincia conservaba su lengua propia, se creó un precioso medio de comunicacion con cu-

yo auxilio pudieron tratar entre si, y el Inca y sus delegados, comunicarse con todas. Tal era el estado que guardaban las cosas á la llegada de los Españoles. No hay duda que en la historia se hallan pocos ejemplos de una autoridad tan absoluta, como el cambiar el lenguage de un imperio por la sola voluntad de su señor. [70]

Poco menos singular fué sin embargo, otra invencion de que se valieron los Incas para asegurar la fidelidad de sus vasallos. Cuando una parte de la nacion recien conquistada descubria síntomas repetidos de descontento, no era raro que á una parte de la poblacion que llegaba á veces á diez mil ó mas personas, se le trasportase á otro punto distante del reino ocupado por vasallos antiguos, de cuya fidelidad no podia dudarse Un número igual de estos se trasplantaba al territorio que dejaron desocupado los primeros. Por resultado de estos cambios, quedaba la poblacion compuesta de dos razas distintas, que se miraban mútuamente con una desconfianza muy útil para sofocar cualquiera tentativa de suble-

70 Ibid., Parte I, lib. 6, cap. 35; lib. 7, cap. 1, 2.—Ondegardo, Rel. Seg., MS., Sarmiento, Relacion, MS., cap. 55.

"Aun la Criatura no hubiese dejado el Pecho de su Madre quando le comenzasen á mostrar la Lengua que havía de saber; y aunque al principio fué dificultoso, é muchos se pusieron en no querer deprender mas lenguas de las suyas propias, los Reyes pudieron tanto, que salieron con su intencion y ellos tubieron por bien de cumplir su mandado y tan de veras se entendió en ello, que en tiempo de pocos años se savia y usaba una lengua en mas de mil y doscientas leguas." Ibid., cap. 21.

vacion. Con el trascurso del tiempo, el ejemplo de los buenos prevalecia al fin, pues tenia en su apoyo la autoridad real, y la influencia continua de las leyes fundamentales, á las que por grados se iban acostumbrando las razas estrangeras. Se despertaba poco á poco en su pecho un espíritu de fidelidad, y antes que pasase una generacion, ya se habian mezclado y confundido todas las tribus como miembros de una misma comunidad.[71] Pero á pesar de esto, cada raza continuaba distinguiéndose por su vestido, puesto que segun una antigua ley, cada ciudadano debia usar el trage de la provincia de donde era natural.[72] Al colono trasladado de este modo, tampoco le quedaba el recurso de regresar á su pais natal, porque otra ley prohibia que nadie cambiase de residencia sin permiso,[73] y así quedaba fijado allí para toda su vida. El gobierno peruano no tan solo señalaba á cada uno de sus súbditos el punto en que debia residir, y los límites dentro de los cuales podia obrar, sino que hasta determinaba la naturaleza y calidad de sus acciones, librándole en cierto modo de toda responsabilidad personal, ya que dejaba de ser un agente libre.

En la práctica de esta singular disposicion cui-

71 Ondegardo, Rel. Prim., MS.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 3, cap. 11.

72 "Esto" dice el P. Acosta, para el buen gobierno, lo tenia el Inca por muy importante." Lib. 6, cap. 16.

73 Conq. i Pob. del Piru MS.

daron mucho los Incas de combinar hasta donde fuese posible la conveniencia y bienestar de los colonos con la ejecucion de su intento. Siempre atendian á que los *mitimaes*, como llamaban á estos emigrados, fuesen llevados á los climas mas semejantes al suyo, no trasladando los habitantes de paises frios á los calientes, ni al contrario.[74] Teníanse antes presentes hasta sus ocupaciones ordinarias, y establecian al pescador en las cercanías del Océano ó de los lagos, mientras que al labrador daban las tierras mas propias para llevar aquellas semillas cuyo cultivo le era mas conocido.[75] Y así, como muchos, si no todos, miran la emigracion como una calamidad, el gobierno cuidaba de dar á los *mitimaes* pruebas de una atencion particular, y concederles varios privilegios é inmunidades para que mejorase su condicion, y si posible era, llegasen á conformarse con su suerte.[76]

Aunque las leyes fundamentales del Perú puedan haber sufrido algunas mejoras y modificacio-

74 "Trasmutaban de las tales Provincias la cantidad de gente de que de ella parecia convenir que saliese, á los cuales mandaban pasar á poblar otra tierra del temple y manera de donde salian, si fria fria, si caliente caliente, en donde les daban tierras y campos, y casas, tanto, y mas como dejaron." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 19.

75 Ondegardo, Rel. Prim., MS.

76 Los descendientes de estos *mitimaes* se encuentran todavia en Quito, ó á lo menos se encontraban á fines del siglo pasado, segun Velasco, distinguiéndose con este nombre del resto de la poblacion. Hist. de Quito, tom. I. p 175.

nes, en los reinados de sus diversos monarcas, en cada una se descubre el mismo carácter del original, como si todas hubiesen sido vaciadas en un mismo molde. El imperio conforme se va fortaleciendo y ensanchando sucesivamente, no es sino el desarrollo en grande escala de lo que era al principio en miniatura, así como se dice que en el seno de la semilla se encierra todo el ramaje del futuro monarca de la selva. Cada Inca que subia al trono, parecía no desear otra cosa que seguir los pasos de su predecesor y llevar á cabo sus proyectos. Grandes empresas que comenzaba uno de ellos, las continuaba otro y venia á acabarlas un tercero. Obrando así todos bajo un plan fijo, sin aquellos movimientos irregulares ó retrógados que revela la influencia de diversos agentes, el estado parecia dirijido por una sola mano, y marchaba con paso firme en su brillante carrera de civilizacion y de conquistas, como si la vida de sus diversos soberanos no hubiese sido mas que un largo y glorioso reinado.

El principal objeto de estas leyes fundamentales era la conservacion de la tranquilidad interior; pero parecia que ésta solo podia conseguirse manteniendo la guerra en el esterior. Tranquilidad en el corazon de la monarquía y guerra en sus estremidades, tal era la condicion del Perú. En esta guerra hallaba ocupacion para una

parte del pueblo, y procuraba seguridad á todos con la conquista y civilizacion de sus bárbaros vecinos. Todo Inca, por blando y benévolo que fuese en su gobierno interior, era un guerrero y mandaba en persona sus ejércitos. A cada reinado se estendian mas y mas los límites del imperio. Casi todos los años volvia el victorioso monarca á su capital cargado de despojos, y seguido de una multitud de caudillos tributarios, y allí le acogian con la pompa de un triunfo romano Sus innumerables habitadores salian á recibirle con banderas, engalanados con los vistosos trajes de las diversas provincias, y sembrando de ramas y de flores la senda del vencedor. El Inca, llevado en hombros de los nobles en su silla de oro, seguia en procesion solemne bajo los arcos triunfales, levantados en todo el camino, hasta llegar al templo del Sol. Allí el príncipe victorioso, sin acompañamiento, porque á todo el mundo, menos al monarca, estaba prohibida la entrada en el sagrado recinto, despojado de las insignias reales, descalzo y con la mayor humildad, se acercaba á la venerable ara, y ofrecia sacrificios y acciones de gracias á la gloriosa deidad que protegia las fortunas de los Incas. Concluida esta ceremonia, la poblacion entera se entregaba al regocijo; por toda la ciudad se veian músicas, danzas y banquetes, y celebraban con iluminaciones y luminarias las victorias del Inca

y la agregacion á su imperio, de un nuevo territorio.[77]

Esta fiesta tiene en mucha parte aspecto de una solemnidad religiosa, bien que todas las guerras peruanas tenian tambien un carácter religioso. La vida del Inca no era otra cosa que una larga cruzada contra los infieles, para estender el culto del Sol, sacar á las naciones estraviadas de las tinieblas de una grosera superstición, y traerles á gozar de los beneficios de un gobierno bien organizado. Esta era la "mision" del Inca, para valernos de una frase favorita de hoy. Tambien era esta la "mision" del conquistador cristiano que invadió el imperio de este mismo monarca Indio: á la historia toca decidir cual de los dos la desempeñó con mas fidelidad.

Apesar de todo esto, los soberanos del Perú no manifestaron una impaciencia pueril por ensanchar su imperio. Concluida una campaña, suspendian sus operaciones y dejaban pasar tiempo suficiente para que se asegurase una conquista antes de emprender otra, y en este intermedio ocupaban el tiempo en la administracion de su reino, y en sus largas peregrinaciones, para ponerse en comunicacion mas inmediata con su pueblo. Tambien durante este tiempo se habian ido acostumbrando los nuevos vasallos á las desconocidas leyes de sus señores. Aprendian

77 Sarmiento, Relacion, MS., Parte 1. lib. 3, cap. 11, 17; lib. 6, cap. 53.—Garcilaso, Com. Real., cap. 16.

á conocer el valor de un gobierno que les libraba de los males físicos inherentes á un estado de barbárie; que protegia sus personas y les aseguraba una completa participacion en todos los privilegios que gozaban sus conquistadores, y conforme se familiarizaban con las estrañas leyes del pais, la costumbre, que es una segunda naturaleza, les hacia aficionarse á ellas, precisamente por su misma singularidad. De este modo, por grados y sin violencia, se fué levantando la magestuosa fábrica del imperio Peruano, compuesto de un gran número de tribus independientes, muchas veces hostiles unas á otras, y todas reunidas por la influencia de una misma religion, un mismo idioma y un mismo gobierno, hasta formar una sola nacion, animada de un mismo espíritu de amor á sus leyes y de firme lealtad á su soberano. ¡Qué contraste con la monarquía azteca del continente vecino, que compuesta de los mismos elementos heterogéneos, sin ningun principio interno de adherencia, solo se sostenia por la presion esterna de la fuerza física! Las causas porqué la monarquía Peruana no salió mejor librada que su rival en la lucha con la civilizacion europea, ya se irán viendo el discurso de esta obra.

CAPITULO III.

Religion Peruana.— Deidades.— Suntuosos Templos.— Fiestas.— Virgenes del Sol.— Casamientos.

Es un hecho notable que una gran parte de las tribus incultas que habitaban el vasto continente americano, por mas supersticiones ridículas que hubiesen introducido en otros puntos de su creencia, alcanzaron el conocimiento de un Grande Espíritu, Creador del universo, que siendo inmaterial por su propia esencia, no debia injuriársele tratando de revestirle de formas visibles; ni encerrar tampoco en los estrechos muros de un templo al que con su inmensidad llenaba todo el espacio. Estas elevadas ideas, tan superiores á los alcances de una inteligencia sin guia, no parece, sin embargo, que produjesen en la práctica las consecuencias que debian esperarse: pocas naciones de la América se manifestaron muy solícitas de la conservacion de un culto religioso, ni se vé que sus creencias fuesen el móvil que les impulsase á obrar.

Mas con los progresos de la civilizacion, fue-

ron despertándose poco á poco ideas mas conformes á las que tienen las naciones cultas: proveyeron con mano franca para el sosten de un culto religioso, y destinaron un cierto número de personas, formando de ellas una clase separada, para que desempeñasen las ceremonias establecidas, que en lo complicado y pomposo no temian entrar en comparacion hasta cierto punto, con las que usaban las naciones mas cultas de la cristiandad. Así sucedia entre los pueblos que habitaban las llanuras de la América Setentrional; entre los naturales de Bogotá, Quito, y otras regiones elevadas del continente austral, y sobre todo, entre los Peruanos, quienes atribuian á los fundadores de su imperio un orígen divino; cuyos estatutos llevaban el sello de la divinidad, y cuyas leyes interiores, así como sus guerras estrangeras, se dirigian á mantener y propagar su religion. Esta era el fundamento de su política, y como una condicion inseparable de su existencia social. [El gobierno de los Incas no era en su esencia mas que una pura teocrácia.]

Sin embargo, aunque en la teoría, así como en la práctica, de su sistema político, hacia la religion un papel tan notable, su mitología, es decir esas fábulas tradicionales con que pretendian esplicar los misterios del universo, eran sumamente pobres y pueriles. Si se esceptúa la que trata de los divinos fundadores de su imperio, que

es muy hermosa, apenas se hallará una de sus tradiciones que merezca mencionarse ó que ayude algo á aclarar sus antigüedades, ó la historia primitiva del hombre. Entre las tradiciones de alguna importancia, se encuéntra la del diluvio, que tenian á semejanza de tantas otras naciones de todas las partes del mundo, y que referian con algunos pormenores parecidos á los de una leyenda mejicana.[1]

Sus ideas respecto á una vida futura, son mas dignas de atencion. Admitian la existencia del alma despues de la muerte, y juntamente creian en la resurreccion de los cuerpos. Señalaban dos lugares separados para habitacion de los buenos y de los malos, destinando á estos últimos el centro de la tierra. Creian que los buenos pasaban una vida voluptuosa y tranquila en medio del ócio y del descanso, que era todo lo que alcanzaban sus mas elevadas ideas de la felicidad. Los malos tenian que expiar sus crímenes por siglos de trabajos forzados. A estas creencias añadian la de un mal principio ó espíritu, cuyo nombre era Capay, al cual nunca trataron de

1 Contában que despues del diluvio, salieron siete personas de una cueva en donde se habian salvado, y volvieron á poblar la tierra. Una tradición de los Mexicanos atribuia igualmente su origen y el de las tribus compañeras, á siete personas que salieron de otras tantas cuevas de Aztlan. (Conf. Acosta, lib. 6, cap. 19; lib. 7, cap. 2.—Ondegardo, Rel. Prim, MS.) La historia del diluvio se halla referida con muchas variaciones en los diversos escritores, no siendo difícil descubrir en algunas los remiendos de los conversos.

aplacar por medio de sacrificios, y que parece haber sido una imperfecta personificacion del pecado, que ejercia muy poca influencia en su conducta. [2]

Esta creencia de la resurreccion de los cuerpos dió ocasion al empeño con que trataron de conservarlos, por un método muy sencillo, y en nada parecido al prolijo embalsamamiento de los egipcios, el cual consistia en esponer el cadáver á la accion del aire, que en aquellas montañas es sumamente seco, frio y rarificado. [3] Como creian que las ocupaciones de la vida futura eran muy semejantes á las de esta, enterraban con los nobles que morian una parte de sus vestidos, sus muebles y muchas veces sus tesoros, completando la triste ceremonia con el sacrificio de sus mugeres y criados favoritos, para que le hiciesen compañía, y le sirviesen en las felices regiones de la eternidad. [4] Levantaban sobre los sepulcros unos terraplenes ó montículos de figu-

2 Ondegardo, Rel Seg., MS., —Gomara. Hist. de las Ind., cap. 123.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 2, 7.

Podria creerse que los Peruanos de educación, si así pueden llamarse, pensaban que las gentes del pueblo no tenian alma, segun lo poco que nos dicen acerca de cual era su opinion sobre el estado de estas en la vida futura, al paso que se estienden tanto sobre el porvenir de las clases distinguidas, muy creidas de que habia de ser proporcionado á su condicion en este mundo.

3 Tal parece ser á lo menos la opinion de Garcilaso, aunque algunos escritores hablan de resinas y otros ingredientes para embalsamar los cuerpos. El aspecto de las momias reales halladas en el Cuzco, segun le describen Ondegardo y Garcilaso, hace muy probable que no se empleaba para su conservacion, ninguna substancia estraña.

4 Ondegardo, Rel. Seg., MS..

rá irregular y á veces oblonga, atravesados por galerías que se cortaban en ángulos rectos. Se ha encontrado en ellos gran número de cuerpos secos ó momias, á veces en pié, pero con mas frecuencia sentados en la postura propia de los indios de ambos continentes. Hánse hallado á veces tambien inmensos tesoros en estos monumentos, lo que ha despertado la codicia de otros especuladores para repetir las escavaciones con esperanzas de igual fortuna. Este era un juego de lotería como el de buscar minas; pero que resultó mas desventajoso para los jugadores. [5]

Los Peruanos, como tantas otras naciones indias, reconocian un Ser Supremo, creador y Gobernador del Universo, que adoraban bajo los nombres de Pachacamac y Viracocha. [6] A este

El Licenciado dice que esta costumbre continuó aun despues de la conquista, y que él habia salvado la vida á mas de uno de estos domésticos, que habia acudido à él para que le protegiese, cuando iban á sacrificarle á los manes de su difunto señor.

5 Sin embargo, estas minas sepulcrales pagaban á veces el trabajo de la excavacion. Sarmiento dice, que con los nobles se enterraba algunas ocasiones una cantidad de oro del valor de 100,000 castellanos. (Relacion, MS., cap. 57;) y Las Casas, aunque no es la mejor autoridad en tratándose de números, refiere que en los veinte años siguientes á la conquista, se sacaron de las tumbas de los alrededores de Trujillo, tesoros valiosos en mas de medio millon de ducados (œuvres, éd, par Llorente, (Paris, 1822.) tom. II, p. 192.) El baron de Humboldt visitó en el mismo punto el sepulcro de un príncipe peruano, del cual sacó un Español en 1576 una cantidad de oro del valor de un millon de pesos. Vue des Cordillères, p. 29.

6 *Pachamac* significa "el que mantiene ó da vida al universo." El nombre de esta deidad se expresa á veces combinando las dos palabras Viracocha y Pachacamac. (V. Balboa, Hist, du

ser invisible no alzaron ningun templo, escepto uno en el valle que tenia el mismo nombre de aquella deidad, no lejos de la ciudad de Lima; y aun este existia ya antes de que los Incas sujetasen aquel pais, siendo un lugar muy frecuentado por los peregrinos indios que venian de los puntos mas distantes; circunstancia que induce á sospechar, que si bien por un efecto de su flexible política, los príncipes peruanos fomentaron la adoracion de este Grande Espíritu, no fué establecida por ellos. [7]

La deidad cuyo culto se recomendaba con mas empeño, sin que dejasen jamas de establecerlo do quiera que penetraban sus estandartes victoriosos, era el Sol. El regia mas de cerca los destinos de los hombres, daba luz y calor á todas las naciones, y vida á los vegetales; le reverenciaban como padre de su dinastia real y fundador de su imperio, y sus templos se levantaban en todas las ciudades y casi en todos los pueblos, en la inmensa estension del imperio, sin que dejasen de humear en sus altares los holo-

Pérou, chap. 6.—Acosta, lib. 6, cap. 21.) Un antiguo Español encuentra en el significado comun de *Viracocha*, "espuma del mar," un argumento para atribuir el orígen de la civilizacion peruana á algun viajero que vino del Viejo Mundo. Conq. i Pob. del Piru, MS.

7 Pedro Pizarro. Descub. y Conq., MS., cap. 27. Ulloa da noticia de unas estensas ruinas de ladrillo, que denotan probablemente el lugar del templo de Pachacamac, cuyo estado actual atestigua su antigua magnificencia y solidez. Memoires Philosophiques, Historiques, Phisiques. (Paris, 1787,) trad. Fr. p. 78.

caustos; especie de sacrificio usado tan solo por los Peruanos entre las naciones semicivilizadas del Nuevo Mundo. [8]

Ademas del Sol tenian los Incas otros objetos de adoracion, que de un modo ó de otro tenian relacion con esta deidad principal. Tales eran la Luna, su hermana y esposa, y las estrellas, que veneraban como parte de la comitiva de ésta, aunque á Venus, la mas hermosa de todas, que los indios llamaban Chasca, ó "la de cabellos largos y crespos," la consideraban cómo page del sol, pues que le sigue tan de cerca al salir y ponerse. Dedicaron tambien templos al trueno y al relámpago, [9] los que miraban como unos temibles ministros del Sol, y al Arco–Iris, que adoraban como una emanacion de su gloriosa deidad. [10]

8 A lo menos así lo dice el Dr. Mc. Culloh, y no puede desearse mejor autoridad en tratándose de antigüedades americanas (Researches, p. 392), aunque pudiera haber incluido tambien á las naciones *bárbaras*.

9 Los Peruanos espresaban el trueno, el relámpago y el rayo con solo la voz *Illapa*. De aquí dedujeron los Españoles que los naturales tenian conocimiento de la Trinidad. "El diablo hurtaba de la verdad todo lo que podia," esclama Herrera lleno de santa indignacion. (Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 5). Garcilaso se burla de estas deducciones y de otras aun mas atrevidas (V. Acosta, lib. 5, cap. 28), calificándolas de invenciones de los indios recien convertidos que deseaban agradar á sus maestros cristianos (Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 5, 6; lib. 3, cap. 21.) La impostura por una parte y la credulidad por otra, han producido una abundante cosecha de absurdos, que han recogido con todo esmero los piadosos anticuarios de las generaciones siguientes.

10 La asercion de Garcilaso (Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 1, 23), de que los cuerpos celestes eran objeto de veneracion so-

Ademas de éstas, incluyeron los súbditos de los Incas en el número de las deidades inferiores, muchos objetos naturales, como los elementos, los vientos, la tierra, el aire, las grandes montañas y rios, que les infundian ideas de sublimidad y poder, ó que suponian egercer de un modo ú otro, una misteriosa influencia en los destinos del hombre. [11] Adoptaron tambien una opinion, no del todo desemejante á la de algunas escuelas de la antigua filosofía, y era que todas las cosas de la tierra tenian su prototipo ó *madre*, como ellos le llamaban, lo que miraban como sagrado, pues que formaba en cierto modo su esencia es-

mo cosas sagradas, pero no de adoracion, se encuentra contradicha por Ondegardo, Rel. Seg., MS.,—Dec. de la Aud. Real., MS.,—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 3,—Gomara, Hist. de las Ind., cap. 121,—y podria añadir, por casi todos los escritores de autoridad que he consultado. La contradice tambien en cierto modo la confesion del mismo Garcilaso, de que los Indios personificaban todos estos objetos considerándolos como séres animados, y como á tales les dedicaban templos, con sus imágenes figuradas del mismo modo que la del Sol en el suyo. A la verdad que los esfuerzos del historiador para reducir el culto de los Incas al del Sol, no se concilian muy bien con lo que en otro lugar dice del homenage que rendian sobre todos al Pachacamac y á Rimac, el oráculo de la gente comun. La mitología peruana era probablemente semejante á la del Hindostan, en donde á la sombra de dos, ó cuando mas tres deidades principales, se reunia otra multitud de inferiores que la nacion adoraba como personificaciones de los varios objetos de la naturaleza.

11 Ondegardo, Rel. Seg., MS,

Estos objetos sagrados se llamaban *huacas*, palabra de amplísimo significado, pues que denotaba un templo, una tumba, cualquier objeto natural notable por su tamaño ó su forma; en suma, una muchedumbre de significados, que por su sentido contradictorio han introducido una confusion incalculable en los escritos de los historiadores y viageros.

piritual.[12] Pero su sistema religioso, lejos de limitarse á esta multitud de objetos de devocion, era bastante ámplio para admitir todavía las numerosas deidades de las naciones conquistadas, cuyas imágenes eran llevadas á la capital, y allí costeaban las respectivas provincias los crecidos gastos de su culto. Este era un notable rasgo de política de los Incas, que así sabian concialiar su religion con sus intereses.[13]

El culto del Sol era sin embargo el principal objeto de la atencion de los Incas, y gastaban en él sumas inmensas. El mas antiguo de tantos templos como habia dedicados á esta divinidad, estaba en la isla de Titiaca, de donde suponian que habian salido los divinos fundadores de su dinastía. Por esta circunstancia era este templo

12 "La orden por donde fundaban sus huacas que ellos llamavan á las Idolatrias hera porque decian que todas criava el Sol i que les dava madre por madre que mostravan á la tierra, porque decian que tambien tenia madre, i al mais i á las otras sementeras i á las ovejas i ganado decian que tenian madre, i á la chocha ques el brevaje que ellos usan decian que el vinagre hera la madre i lo reverenciavan i llamavan mama agua madre del vinagre, i a cada cosa adoravan destas de su manera." Conq. i Pob. del Piru, MS.

Así parece que lo consideró el Licenciado Ondegardo. "E los idolos estaban en aquel *galpon* grande de la casa del Sol, y cada Idolo destos tenia su servicio y gastos y mugeres, y en la casa del Sol le iban á hacer reverencia los que venian de su provincia, para lo cual é sacrificios que se hacian proveian de su misma tierra ordinaria é muy abundantemente por la misma orden que lo hacian cuando estaba en la misma provincia, que daba gran autoridad á mi parecer é aun fuerza á estos Ingas que cierto me causó gran admiracion." Rel. Seg., MS.

13 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

objeto de una veneracion particular. Todo lo que le pertenecia, hasta los campos de maiz que rodeaban el templo y eran propiedad suya, participaban de su santidad. El producto anual se distribuia en pequeñas porciones entre los almacenes públicos, como una reliquia que habia de santificar el resto del acopio. El hombre que podia conseguir para su granero una sola mazorca de la cosecha sagrada, se consideraba feliz.[14]

Pero el mas famoso de los templos Peruanos, el orgullo de la capital y la maravilla del imperio, estaba en el Cuzco, y con las ofrendas sucesivas de los soberanos llegó á tal grado de riqueza, que le llamaban *Coricancha*, ó "barrio de oro." Se componia de un edificio principal y varias capillas y edificios subalternos que cogian una grande estension de terreno en el centro de la ciudad, rodeado todo de una tápia de piedra, de cuyo material eran tambien los edificios. La clase de trabajo era la misma de que ya se ha dado noticia al tratar de los otros edificios públicos de aquel pais, y tan bien ejecutado, que un Español que le vió en toda su grandeza, asegura que solo recuerda dos edificios de España, que en cuanto al trabajo de manos puedan compararse con éste.[15] Y sin embargo, este sólido edifi-

14 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 25.

15 "Tenia este templo en circuito mas de quatro cientos pasos, todo cercado de una muralla fuerte, labrado todo el edificio de cantera muy excelente de fina piedra, muy bien puesta y asen-

cso, magnífico bajo otros aspectos, estaba techado con paja!

El interior del templo era la parte mas digna de atencion. Era verdaderamente una mina de oro. En la pared occidental se veia la imágen del Sol, en forma de una cara humana asomando por entre innumerables rayos de luz que partian en todas direcciones, del mismo modo que generalmente acostumbramos representar este planeta. La figura estaba grabada en una gruesa plancha de oro, casi cubierta de esmeraldas y piedras preciosas.[16] La colocacion de esta figura era enfrente de la puerta oriental, para que los rayos del sol naciente cayesen sobre ella luego que salia, llenando todo el aposento de una claridad al parecer sobrenatural, que reflejaban los infinitos adornos de oro incrustados en el techo y paredes. El oro era, en el lenguage figurado de aquel pueblo, "lágrimas que lloraba el Sol,"[17] y por todo el interior del templo brilla-

tada, y algunas piedras eran muy grandes y soberbias, no tenian mezcla de tierra ni cal, sino son el betun que ellos suelen hacer sus edificios, y están tan bien abradas estas piedras que no se es parece mezcla ni juntura ninuna. En toda España no he visto cosa que pueda comparar á esas paredes y postura de piedra, sino á la torre que llaman la Calahorra que está junto con la puente de Cordoba, y a una obra que ví en Toledo, cuando fui a presentar la primera parte de mi Cronica al príncipe D. Felipe." Sarmiento, Relauion, MS., c. 24.

16 Conq. i Pob. del Piru, MS,—Cieza de Leon, Crónica, cap. 44, 92.

"La figura del Sol, muy grande, hecha de oro obrada muy primamente engastonada en muchas piedras ricas." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 24.

17 "I al oro asimismo decian

ban las láminas bruñidas y tachones del precioso metal. Las cornisas que rodeaban las paredes del santuario, eran del mismo material, y por el esterior daba vuelta á todo el edificio una ancha faja ó friso de oro embutido en las piedras. [18]

Cerca del edificio principal habia varias capillas mas pequeñas. Una de ellas estaba dedicada á la luna, deidad que reverenciaban en segundo lugar, como madre de los Incas. Veíase allí esculpida su figura, á semejanza de la del Sol, en una gran lámina que cogia casi todo el frente del aposento. Pero esta lámina era de plata, lo mismo que los demas adornos del edificio, como mas conveniente á la apacible y plateada luz de este hermoso planeta. Habia otras tres capillas; una dedicada á la multitud de estrellas que forman la luciente comitiva de la Hermana del Sol; otra á los temibles ministros de la venganza divina, el trueno y el relámpago, y la tercera al arco-iris, cuya hermosa imágen se veia pintada en la pared del edificio, con colores casi tan vivos como los suyos propios. Ademas habia otros varios edificios aislados, para habitacion

que eran lagrimas que el sol lloraba." Conq. i Pob. del Piru, MS.

18 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 24.—Antig. y Monumentos del Perú, MS.

"Cercada junto á la techumbre de una plancha de oro de palmo i medio de ancho, i lo mismo tenian por de dentro en cada bohio ó casa y aposento." (Conq. i Pob, del Piru, MS.) "Tenia una cinta de planchas de oro, de anchor de mas de un palmo enlazadas en las piedras." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

del gran número de sacerdotes dedicados al servicio del templo. [19]

Todos los vasos, adornos, y utensilios de cualquiera especie destinados á usos religiosos eran de oro ó plata. En el salon principal se veian doce inmensos vasos de este último metal llenos de grano de maiz; [20] los incensarios para los perfumes; las vasijas para llevar agua, las cañerias subterráneas que la conducian al templo y los depoitos en que se recojia, hasta los instrumentos de agricultura para el cultivo de los jardines, todo era de tan preciosa materia. En los jardines, á semejanza de los ya descritos al tratar de los palacios reales, brillaban las flores de oro y plata con otras imitaciones del reino vegetal. Tambien habia animales, entre los que se hacia notar el *llama* con su lana de oro, ejecutados por el mismo estilo y con tanta perfeccion, que no se sabia que admirar mas, si lo precioso del material ó la destreza del artífice. [21]

19 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 24.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 21.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

20 "El bulto del Sol tenian muy grande de oro, i todo el servicio desta casa era de plata i oro, i tenian doze horones de plata blanca que dos hombres no abrazarian cada uno quadrados, i eran mas altos que una buena pica donde echavan el maiz que havian de dar el Sol, segun ellos decian que comiese." Conq. Pob. del Piru, MS.

Como hasta los mas crédulos podrian tener alguna dificultad en conformarse con el tamaño que señala este escritor, he preferido no cargar con la responsabilidad de fijar las dimensiones.

21 Levinus Apollonius, fol. 38.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 24.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Si el lector cree ver en esta maravillosa pintura, tan solo una descripcion romántica de algun fabuloso *El Dorado*, debe tener presente lo que ya queda dicho al hablar de los palacios del Inca, y considerar que en estas que llamaban "Casas del Sol" venian á reunirse las ofrendas públicas y privadas de todo el imperio. La credulidad en unos, y el deseo de causar admiracion en otros, pueden haber producido una grande exageracion en las relaciones; pero estando unánimes los testimonios contemporáneos no es fácil señalar á punto fijo la linea hasta donde debe llegar nuestro escepticismo. Lo cierto es que la deslumbrante pintura que yo he hecho, está apoyada en el testimonio de los que vieron estos edificios en todo su esplendor, ó poco despues de haber sido despojados por la codicia de sus paisanos. Muchos de los objetos de valor fueron enterrados por los naturales, ó arrojados á los rios y lagos; pero quedaron los suficientes para atestiguar la antigua opulencia de estos monumentos religiosos. Las cosas portátiles desaparecieron muy en breve para apagar la sed de oro de los Conquistadores, que hasta arrancaron las sólidas cornisas y frisos de oro, del templo mayor, llenando el hueco con yeso; material mas barato, pero mas duradero, puesto que no tentaba la codicia. Y aun despues de despojados de su antiguo esplendor, estos vene-

rables edificios, todavia incitaban al pillage, pues sus dirruidas paredes eran una cantera inagotable para la construccion de nuevos edificios. En el mismo sitio en que brilló en un tiempo el espléndido Coricancha, se levanta ahora la magestuosa iglesia de Santo Domingo, uno de los edificios mas magníficos del Nuevo Mundo. Donde antes brillaron los jardines de oro del templo, florecen ahora el maiz y la alfalfa, y el fraile entona los salmos en el sagrado recinto que en otro tiempo ocuparon los hijos del Sol.[22]

Ademas del gran templo habia una infinidad de templos inferiores y casas religiosas, tanto en la capital como en los alrededores, en número, segun dicen, de trescientos ó cuatrocientos;[23] porque el Cuzco era un lugar sagrado, que veneraban no solo como habitacion de los Incas, sino tambien como la de todas las deidades que regian á las infinitas naciones del imperio. Era la ciudad favorita del Sol, en donde se conservaba su culto con todo esplendor, y en donde, como dice un antiguo cronista, "no habia fuente ni paso ni pared que no dijesen que tenia misterio."[24] Y el Indio solo que á lo menos una vez

22 Miller's Memoirs, vol II. p. p. 223.

23 Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 8.

"Havia en aquella ciudad y legua y media de la redonda quatrocientos y tantos lugares, donde se hacian sacrificios, y se gastava mucha suma de hacienda en ellos." Ondegardo, Rel. Prim. M S.

24 "Que aquella ciudad del Cuzco era casa y morada de Dioses, é ansi nó habia en toda ella puente ni paso ni pared que nó dixesen que tenia misterio." Ondegardo, Rel. Seg. MS.

en su vida no habia hecho su peregrinacion á la Meca del Perú, se consideraba desgraciado.

En las provincias habia otros templos y casas religiosas, y algunos llegaban á rivalizar en magnificencia con los de la capital. Las personas ocupadas en el servicio de estos últimos, formaban por sí solas un ejército. A cuatro mil llegaba el número de las empleadas en Coricancha solamente, inclusos los sacerdotes.[25]

La cabeza de todos, tanto en la capital como en el resto del imperio, era el Sumo Sacerdote, llamado *Villac Umu.* Solo al Inca era inferior en dignidad, y regularmente era elegido de entre sus hermanos ó mas cercanos parientes. El monarca le nombraba, y su empleo era vitalicio, siendo él quien á su vez nombraba todas las dignidades inferiores de su clase, que era muy numerosa. Los individuos de ella que oficiaban en el Cuzco en la casa del Sol, se escogian precisamente de la raza sagrada de los Incas. Los ministros de los templos de las provincias se tomaban de las familias de los Curacas; pero el empleo de gran sacerdote en cada distrito estaba reservado para un individuo de la sangre real. Esta disposicion tenia por objeto conservar la

25 Conq. i Pob. del Piru, MS.

Los sacerdotes y sirvientes empleados en el famoso templo de Vilcas en el camino de Chile, formaban un ejército, si como dice Cieza de Leon, llegaban á 40,000. (Crónica, cap. 89,) Parécé que todo cuanto pertenecia á estas casas del Sol era en grande escala. Pero debemos creer que éste es un error, y deberá leerse 4,000.

pureza de la fé, y evitar cualquiera alteracion que pudiera introducirse en el pomposo ceremonial que esta exigia.[26]

El órden de los sacerdotes, aunque numeroso, no tenia insignia ó traje particular que lo distinguiese del resto del pueblo. Tampoco era el depositario de los limitados conocimientos de aquella nacion; no tenia á su cargo la instruccion pública, ni menos desempeñaba aquellas funciones parroquiales, si así pueden llamarse, que ponen al sacerdote en íntimo contacto con el pueblo, como sucedia en Méjico. Esta singularidad debe atribuirse probablemente á la existencia de una clase superior, como era la nobleza inca, en la cual la santidad del orígen sobrepujaba de tal modo á todos los honores que los hombres pudiesen conferir, que en cierta manera monopolizaba toda la veneracion religiosa del pueblo. Este era verdaderamente el órden sagrado de la nacion. Cualquiera de sus individuos podia entrar á ejercer las funciones sacerdotales, como muchos lo hicieron, y sus insignias y privilegios eran demasiado conocidos para que fuese necesaria otra distincion que les separase del resto del pueblo.

26. Sarmiento, Relacion, MS., cap. 27.—Conq. i pob. del Peru, MS.

Los sacerdotes segun Garcilaso solo se mantenian por cuenta del Sol mientras estaban empleados en el servicio del templo. Cuando no lo estaban debian mantenerse de sus propias tierras que, si no se equivoca el autor, se les repartian del mismo modo que el resto de la nacion. Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 8.

Las obligaciones del sacerdote se limitaban á servir en el templo, y ni aun su asistencia allí era continua, sinó que pasado cierto tiempo le relevaba otro compañero, sucediéndose así por turno. Toda su instruccion se reducia á estar bien impuestos de los ayunos y fiestas religiosas, y de las ceremonias que á cada una correspondian. Por frívolo que parezca tal empeño, no era empresa muy fácil, si se considera que el ritual de los Incas prescribia una multitud de prácticas tan complicadas y minuciosas como nunca las hubo en ninguna otra nacion cristiana ó idólatra. Cada mes tenia su fiesta, ó fiestas, por mejor decir. Las cuatro principales estaban dedicadas al Sol y correspondian á las cuatro épocas mas notables de su revolucion anual, los solsticios y los equinoccios. Acaso la mas solemne de las festividades nacionales era la del *Raymi*, que se celebraba en el solsticio de estío, cuando el Sol, despues de haber llegado al estramo meridional de su carrera, volvia para atras como para alegrar con su presencia los corazones de su pueblo escogido. Al acercarse este tiempo, todos los nobles de los diversos puntos del imperio acudian á la capital á tomar parte en aquella gran festividad religiosa.

Desde tres dias antes se observaba un ayuno general y no se permitia encender fuego en las habitaciones. Llegado el dia de la fiesta, el In-

ca y su corte seguidos de todos los habitantes de la ciudad, se reunian en la plaza principal antes de amanecer, para saludar la salida del Sol. Llevaban todos sus mejores trajes, y los nobles incas competian unos con otros en el atavío de sus personas, marchando bajo lujosos pabellones de plumas y ricas telas, llevados por sus criados, de manera que la plaza y las calles que á ella desembocaban parecian cubiertas de un inmenso y magnífico toldo. Aguardaban allí con impaciencia la aparicion de su deidad, y tan luego como la apacible luz de sus primeros rayos venia á herir las torrecillas y edificios mas elevados de la ciudad, la multitud reunida prorrumpia en aclamaciones, acompañadas de cantos de victoria, y de la agreste melodía de sus toscos instrumentos, prosiguiendo en aumento conforme su refulgente disco aparecia por sobre la cordillera oriental, bañando con su luz á sus fieles adoradores. Despues de las acostumbradas ceremonias de la adoracion, el Inca ofrecia á la deidad suprema una libacion de un gran vaso de oro lleno del licor fermentado, de maiz ó de maguey, el que gustado primero por el monarca, se repartia entre los individuos de la sangre real. Concluidas estas ceremonias, la multitud reunida formaba una procesion que se ponia en marcha para el *Coricancha.* [27]

27 Dec. de la Aud. Real., MS.—Sarmiento, Relacion, MS. cap. 27.

El lector hallará una descripcion brillante, y no muy exagerada, de las fiestas de los [illegible]

Llegados á cierta distancia del espresado edificio, todos se despojaban de sus sandalias, menos el Inca y su familia, que no lo hacian hasta que llegaban á la entrada del templo, en donde solo estos augustos personages podian entrar.[28] Despues de orar un buen rato, volvia á aparecer el soberano seguido de su corte, y se hacian inmediatamentè los preparativos necesarios para comenzar al sacrificio. Entre los Peruanos se componian estos de animales, granos, flores y resinas olorosas, y á veces de víctimas humanas, en cuyo caso se escojia por lo general un muchacho ó una hermosa doncella. Pero estos sacrificios eran muy raros, y se reservaban para celebrar algun grande acontecimiento público, como una coronacion, el nacimiento del príncipe heredero, ó una gran victoria. Por lo demas nunca iban acompañados de esos festines de antropógafos tan comunes entre los Mejicanos, y entre las feroces tribus subyugadas por los Incas. Ciertamente que las conquistas de estos príncipes podian considerarse como un beneficio para las naciones indias, aunque no fuese mas que por la abolicion de la antropofagia y por

nos, en la novela de Marmontel titulada *Les Incas*. El autor frances encontró en este pomposo ceremonial una introduccion muy á propósito para su propia pompa literaria. Tom. I. chap. 1—4.

28 "Ningun indio comun osaba pasar por la calle del Sol calzado; ni ninguno, aunque fuese muy grand Señor, entrava en las casas del Sol con zapatos." Conq. i Pob. del Piru, MS.

la diminucion que esperimentaban bajo su gobierno los sacrificios humanos. [29]

En la fiesta del Raymi la víctima era por lo comun un llama; y el sacerdote despues de abrir el cuerpo, trataba de leer en sus entrañas los misterios del porvenir. Si los agüeros eran desfavorables se sacrificaba otra víctima, con la esperanza de hallar otra prediccion mas satisfactoria. Los augures peruanos debian haber aprendido de los Romanos una buena máxima;—considerar como favorable todo agüero que estuviese de acuerdo con los intereses de su pais. [30]

29 Garcilaso de la Vega niega redondamente que los Incas se manchasen con sacrificios humanos, y por el contrario sostiene que abolieron esta costumbre donde quiera que la encontraron establecida, en todas las provincias que conquistaron. (Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 9, et alibi). Pero en este punto importante tiene en contra á Sarmiento, Relacion MS., cap. 22., —Dec. de la Aud. Real., MS.,—Montesinos, Mem. Antig., MS., lib. 2, cap. 8,—Balboa, Hist. du Pérou, chap. 5, 8,—Cieza de Leon, Crónica, cap. 72,—Ondegardo, Rel. Seg. MS.,—Acosta, lib. 5, cap. 19,— y creo que si prosiguiera la averiguacion, podria agregar á esta lista todos los demas escritores antiguos de autoridad, entre los que se cuentan algunos que habiendo venido al pais poco despues de la conquista cuando aun estaban en vigor las antiguas leyes, son mas dignos de fé en estas materias que el mismo Garcilaso. Era muy natural que el descendiente de los Incas, tratase de libertar á su raza de ésta odiosa imputacion, y no debemos culparle si en ciertas ocasiones en que se trata del honor de su pais se manifiesta ciego "como un topo." Es de justicia añadir que las mejores autoridades convienen en que los sacrificios eran muy raros y en corto número, reservándose para los casos estraordinarios que se indican en el texto.

30 "Augurque cum esset, dicere ausus est, optimis auspiciis ea geri, quæ pro reipublicæ salute gererentur." Cicero, De Senectute.

Es digna de notarse la costumbre de inspeccionar las entrañas de las víctimas para deducir los

Encendiase en seguida el fuego por medio de un espejo cóncavo, de metal bruñido, que reuniendo en un punto los rayos del Sol sobre un monton de algodon seco, le hacia arder muy pronto. Del mismo arbitrio se valian los antiguos Romanos en semejantes ocasiones, á lo menos en el reinado del piadoso Numa. Cuando el cielo estaba nublado, y la deidad ocultaba su faz á sus adoradores, lo que se tenia por mal indicio, se sacaba lumbre por medio de la friccion. El fuego sagrado se confiaba á las Vírgenes del Sol, y si por descuido se apagaba en el curso del año, tal suceso era mirado como una calamidad que anunciaba algun imprevisto desastre á la monarquia.[31] Una vez encendido el fuego, se quemaba la víctima en las aras de la divinidad. Este sacrificio solo era el preludio de la muerte de una infinidad de llamas, tomadas de los rebaños del Sol, con los que se formaba un banquete no solo para el Inca y su corte sino tambien para el pueblo, que en estas fiestas se desquitaba de la dieta á que se veia condenado el resto del año. Tambien se servia en la mesa real un sabroso pan

pronósticos, por ser un ejemplo muy raro, si no único, de este uso entre las naciones del Nuevo Mundo, aunque tan comun entre los pueblos idólatras del Antiguo.

31 "Vigilemque sacraverat ignem, Excubias divûm æternas."

Plutarco, en la vida de Numa, pinta los espejos ustorios que usaban los Romanos para encender el fuego sagrado, como unos instrumentos cóncavos de bronce, de figura triangular y no esférica como los peruanos.

ó bizcocho de harina de maiz, amasado por las lindas manos de las Vírgenes del Sol. El Inca presidia el banquete, y bebia con sus nobles; enviandoles vasos en que rebosaba el licor fermentado del pais, y los festines del dia terminaban con danzas y músicas en la noche. El baile y la bebida eran las distracciones favoritas de los Peruanos. Estas diversiones continuaban por varios dias, aunque los sacrificios solo tenian lugar en el primero.—Tal era la gran festividad del Raymi, y la llegada periódica de esta fiesta y otras semejantes, distraia al pueblo y le hacia mas llevadero el monótono trabajo que la ley le prescribia. [32]

En la distribucion del pan y del vino que se hacia en esta fiesta principal, vieron los ortodoxos Españoles que llegaron primero al pais una imitacion de la comunion de los cristianos,[33] y en la práctica de la confesion y penitencia que tenian los Peruanos aunque sumamente desfiguradas, descubrieron tambien una semejanza con otro de los sacramentos de la Iglesia. [34] Los bue-

32 Acosta, lib. 5, cap. 28, 29.—Garcilaso, Com. Real, Parte 1, lib. 6, cap. 23.

33 "Lo que mas admira es la inuidia y competencia de Satanás es, que no solo en ydolatrias y sacrificios, sino tambien en cierto modo de ceremonias, aya remedado nuestros sacramentos, que Iesu-Christo nuestro señor instituyó, y usa su sancta Iglesia: especialmente el sacramento de communion que es el mas alto y diuino." Acosta, lib. 5, cap. 23.

34 Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 4.—Ondegardo, Relacion Prim., MS.

"Tambien el sacramento de la confesion quiso el mismo padre de mentira remedar, y de sus

nos de los padres eran muy amigos de encontrar tales coincidencias, mirándolas como una astucia de Satánas, que trataba de alucinar á sus víctimas imitando las prácticas mas sagradas del Cristianismo. [35] Otros tomando distinto rumbo, se figuraron ver en estas analogías una prueba evidente de que alguno de los primeros predicadores del Evangelio, tal vez un Apóstol, habia visitado estas distantes regiones y sembrado en ellas las semillas de la verdad. [36] Pero no es absolutamente necesario acudir al Príncipe de la Tinieblas ó á la intervencion de los santos para esplicar estas coincidencias, que se han encontrado en paises muy distantes de la luz del Evangelio, y en síglos en que esta luz aun no habia aparecido sobre la tierra. Es mucho mas racio-

ydolatras hazerse honrar con ceremonia muy semejante al vso de los fieles." Acosta, lib. 5, cap. 25.

35 No contento Cieza de Leon con sus muchar y maravillosas relaciones de la influencia y aparicion real de Satanás en las ceremonias de los Indios, adornó su volúmen con multitud de grabados en madera que representan al Príncipe de las Tinieblas en figura corporal con las acostumbradas añadiduras de cola, uñas, &c., como para dar mas fuerza á las homilias del texto. Los Peruanos veian en su ídolo un Dios: el conquistador cristiano veia en él al Diablo. Seria dificil decidir de qué parte era mayor la supersticion.

36 Piedrahita, el historiador de los Moscas, no tiene duda de que este apóstol debe haber sido San Bartolomé, de quien se sabe que hizo largos viages (Conq. de Granada, P. I, lib. 1, cap. 3). Los anticuarios mejicanos consideran que Santo Tomás désempeñó la misma mision entre los pueblos de Anahuac. De este modo se repartieron estos dos Apóstoles el Nuevo Mundo, ó lo menos la parte civilizada de él. No nos dicen si vinieron por el estrecho de Behring ó directamente por el Atlántico. Velasco, escritor del siglo XVIII, no duda

nal el atribuir estos puntos de semejanza, puramente casuales. á la constitucion general del hombre y á las necesidades de su naturaleza moral.[37]

Otra analogía singular con las instituciones de la Iglesia Católica, se vé en las Vírgenes del Sol, llamadas por los Peruanos "las escogidas," [38] de quienes ya antes he hecho mencion. Eran estas unas doncellas jóvenes dedicadas al servicio de la divinidad, las que desde una edad muy tierna eran sacadas de sus casas y llevadas á los conventos, donde quedaban al cuidado de ciertas señoras ancianas, llamadas *mama conas*, que habian encanecido dentro de aquellas paredes.[39] Bajo la direccion de tan respetables personas se instruian aquellas vírgenes sagradas en sus deberes religiosos. Sus ocupaciones consistian en hilar y tejer y con la fina lana de la vicuña hacian los tapices del templo y los vestidos para el Inça y su corte [40]; pero su primera obligacion era

de su venida. Hist. de Quito, tom. I. pp. 89, 90.

37 Pueden verse algunos ejemplos que ilustran este punto en la "Historia de la Conquista de México," tom. III, núm. 1 del *Apéndice*, puesto que en aquel pais los mismos usos dieron motivo á las mismas inferencias de los Conquistadores.

38 "Llamáuase casa de escogidas; porque las escogian, ó por linage, ó por hermosura." Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 1.

39 Ondegardo, Rel. Prim., MS.

La palabra *mamacona*, queria decir "matrona:" la primera parte, *mama*, de esta voz compuesta significaba "madre" como ya queda dicho. V. Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 4, c. 1.

40 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

conservar el fuego sagrado encendido en la festividad del Raymi. Desde el momento en que entraban en aquel recinto, cortaban toda relacion con el mundo, hasta con sus amigos y parientes. Solo el Inca y la Coya ó reina, podian entrar en lugar tan sagrado. Vigilábase con grande esmero la conducta de las escogidas, y todos los años se despachaban visitadores que examinasen los establecimientos é informasen sobre el estado que guardaban.[41] ¡Ay de la pobre doncella á quien sorprendiesen en alguna intriga! Segun la severa ley de los Incas, ella debia ser enterrada viva, su amante ahorcado, y el pueblo á que éste pertenecia arrasado y "sembrado de piedras," para borrar, si era posible, hasta el recuerdo de su existencia.[42] Se admira uno de hallar tan estrecha semejanza entre las instituciones del indio de América del antiguo Romano y del católico de nuestros dias. La castidad y la pureza de vida son virtudes en la muger, que siempre han tenido igual estimacion á los ojos del bárbaro y á los del hombre civilizado.—Sin embargo, el paradero de los habitantes de estas casas religiosas era de todo punto diferente.

El convento principal del Cuzco se componia

41 Dec. de la Aud. Real., MS.

42 Balboa, Hist. du Pérou, chap. 9.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 3, cap. 11.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 3.

Segun el historiador de los Incas, nunca hubo un desliz en la hermosa comunidad que diera lu-

solamente de doncellas de sangre real, cuyo número, segun dicen llegaba á mil y quinientas. Los conventos de las provincias se llenaban con las hijas de los curacas y de los nobles inferiores, y á veces se admitia alguna de las clases bajas del pueblo, cuando la recomendaba su grande hermosura. [43] Las "Casas de las Vírgenes del Sol" se componian de dos alas de edificios de piedra, que cogian una grande estension de terreno, adornados con la misma magnificencia y costo que los palacios de los Incas y los templos, y rodeados de tápias elevadas para impedir las miradas indiscretas. Dentro tenian todas las comodidades correspondientes á tan hermosos huéspedes, pues eran objeto de un especial cuidado de parte del gobierno, que les consideraba como un ramo importante del sistema religioso. [44]

Los habitantes de estos claustros no tenian, sin embargo, limitada su carrera, á la estrechez

gar á la aplicacion de este castigo, aunque nos asegura, que si así hubiese sido, el soberano "la executara al pie de la letra sin remission alguna, como si no fuera mas que matar un gozque." (Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 3.) Otros escritores sostienen que estas Vírgenes no merecian el titulo de Vestales. (V. Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. 121.) Es bastante comun el hacer estas imputaciones á los habitantes de las casas religiosas sean idólatras ó cristianos. En el caso presente se desvanecen con el testimonio unánime de los que tenian mejor ocasion de averiguar la verdad, y su improbabilidad se aumenta al considerar la supersticiosa reverencia en que era tenido el Inca.

43 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib, 4, cap. 1.

44 Ibid., Parte 1, lib. 4, cap. 5.—Cieza de Leon, Cronica, cap. 44.

de sus paredes. Aunque eran Vírgenes del Sol, tambien eran esposas del Inca, y en llegando á la edad núbil se escojian las mas hermosas para su lecho, y se trasladaban á su serrallo. La dotacion de este llegó á ser con el tiempo, no de cientos sino de miles, y para todas habia lugar en los muchos palacios que el rey tenía por todo el pais. Cuando al monarca le parecia conveniente disminuir su número, la concubina cuya compañía ya no le hacia falta, volvia, no á su antigua residencia, sino á su casa, en donde aunque fuese de la mas baja estraccion, se le daba lo necesario para vivir con lujo; y lejos de considerarse deshonrada por el empleo que habia desempeñado, era venerada de todos como esposa del Inca.[45]

A los nobles del Perú, lo mismo que al soberano, era permitida la poligamia; pero el pueblo por fortuna se contentaba en general con una muger, sea que así lo exigiesen la ley ó la necesidad, mas poderosa que la ley. El modo de hacer los casamientos era tan original como las demas leyes de aquel pais. En un dia señalado se convocaba á todos los jóvenes de ambos sexos que habian llegado á la edad de casarse, para que se reuniesen en la plaza principal de sus respectivos pueblos. Para contraer matrimonio

45 Dec. de la Aud. Real., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 4.—Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. 2, cap 19.

nó debia tener el hombre menós de veinticuatro años, y la muger diez y ocho ó veinte; edad que se consideraba necesaria para que pudiesen gobernar una familia. El Inca en persona presidia la reunion de sus parientes, y tomando por las manos á las parejas que debian unirse, hacia que se las estrechasen mútuamente, y declaraba que los contrayentes eran ya marido y muger. Lo mismo hacian los curacas con los individuos de su clase y de las inferiores, en sus respectivos distritos. Tal era el sencillo modo de celebrar los matrimonios en el Perú. A nadie se permitia escoger esposa fuera del distrito á que pertenecia, que comprendia generalmente á todos los de su linage,[46] y solo en favor del soberano podia dispensarse la ley natural, ó á lo menos la ley general de las naciones, hasta el punto de permitirle el casarse con su propia hermana.[47] Sin el consentimiento de los padres no habia matrimonio válido, y se dice tambien que consultaban la voluntad de los contrayentes; aunque si

46 Segun Garcilaso, la ley disponia que nadie se casase fuera de su propio linage, pero daban á esta severa ordenanza una interpretacion muy liberal, pues segun él dice, los vecinos de un mismo pueblo, y aun todos los habitantes de una misma provincia, se consideraban como parientes. Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 8.

47 Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib, 3, cap. 9. Esta práctica, tan repugnante á nuestras ideas que puede considerarse como una violacion de las leyes de la naturaleza, no debe mirarse como propia de los Incas, pues no dudaron aprobarla algunas de las naciones mas cultas de la antigüedad.

se consideran las trabas que les imponian la edad fijada á éstos, su libertad debia reducirse á límites bastante estrechos. Los distritos tenian obligacion de edificar una casa para cada pareja, á la que inmediatamente se entregaba la porcion de tierra destinada para su manutencion. La ley del Perú proveia para lo futuro lo mismo que para lo presente, sin dejar nada á la casualidad. Tales eran las sencillas ceremonias de los matrimonios peruanos, á que se seguian las fiestas celebradas por los parientes y amigos de los desposados, que duraban muchos dias; y como todos los casamientos se celebraban en un mismo dia, y como habia pocas familias que no tuviesen algun individuo de ella, ó pariente, interesado en el negocio, resultaba un festin general de boda en todo el imperio. [48]

Las estrañas leyes de los Incas sobre el matrimonio, caracterizan la índole de su gobierno, que en vez de limitarse á los asuntos públicos, penetraba en los rincones mas escondidos de la vida privada, sin permitir á hombre alguno, por insignificante que fuese, el obrar por sí mismo, ni aun en aquellos asuntos personales en que debia suponerse que solo él, ó cuando mucho su familia, debian interesarse. No habia Peruano bastante oscuro para sustraerse á la paternal vi-

48 Ondegardo, Rel. Seg., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 36.—Dec. de la Aud. Real., MS.—Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. 2, cap. 6.

gilancia del gobierno, ni bastante alto para que en todas las acciones de su vida, no le hiciesen conocer que dependia de él estrechamente. La sociedad absorvia su existencia como individuo. Sus esperanzas y temores, sus alegrías y pesares, las mas delicadas simpatías del corazon, que huyen tanto de manifestarse á la luz, todo debia ir arreglado á ley, sin permitirle siquiera que fuese feliz á su modo. [El gobierno de los Incas era el mas suave; pero al mismo tiempo el mas inquiridor de todos los despotismos.]

CAPITULO IV.

EDUCACION.—QUIPOS.—ASTRONOMIA.—AGRICULTURA. ACUEDUCTOS.—GUANO.—COMESTIBLES IMPORTANTES.

"El saber no se hizo para el pueblo, sino para los de sangre ilustre. En las gentes de baja estraccion no hace mas que ensoberbecerlas, y volverlas arrogantes y vanas. Estas no deben mezclarse en los asuntos del gobierno, pues harian despreciables los oficios y causarian perjuicios al estado." [1] Tal era la máxima favorita que repetia muchas veces Topac Inca Tupanqui, uno de los mas famosos príncipes peruanos. Puede parecer estraño, que esta máxima se haya proclamado en el Nuevo Mundo en donde las constituciones populares han adquirido un desarrollo nunca visto; en donde el gobierno depende enteramente del pueblo, y en donde la educacion, á

1 "No es lícito que enseñen á los hijos de los plebeyos, las ciencias que pertenescen á los generosos y no mas; porque como gente baxa no se eleuen y ensóberuezcan, y menoscaben y apoquen la República: bastales que aprendan los oficios de sus padres: que el mandar y gouernar no es de plebeyos, que es hazer agrauio al oficio, y á la República encomendarselo á gente comun." Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 8, cap. 8.

lo menos en la parte septentrional del continente, tiene por principal objeto el poner al pueblo en estado de tomar parte en el gobierno. Esta máxima era sin embargo muy conforme á la índole de la monarquía peruana, y puede servir de clave para esplicar su constante política, pues si bien esta velaba con incansable solicitud sobre sus súbditos, proveia á sus necesidades físicas, no olvidaba la parte moral, y en todo mostraba los cuidados de un padre con sus hijos; con todo, no los consideraba mas que como muchachos que nunca habian de salir de este estado de pupilage para pensar y obrar por sí mismos, y cuyos deberes debian reducirse á una implícita obediencia.

Tal era la humillante condicion del pueblo bajo el gobierno de los Incas, mientras que las numerosas familias de sangre real disfrutaban de toda la instruccion que podia proporcionar el estado de cultura á que habia llegado el pais, y mucho despues de la conquista se señalaban todavia los lugares en que habian existido los seminarios destinados á su educacion. Corrian éstos á cargo de los *Amautas* ó "sabios," en los que se encerraba el escaso saber, si este nombre merece, que poseian los Peruanos, y eran los únicos maestros de la juventud. Era muy natural que el monarca tomase un grande interes en la instruccion de los jóvenes de la nobleza, que al

fin eran sus parientes. Dícese que muchos príncipes peruanos edificaron sus palacios cerca de las escuelas para poder visitarlas con mas facilidad y asistir á las lecciones de los amautas, las que á veces apoyaban con algun sermon de su propia cosecha.[2] En estas escuelas se enseñaban á los reales pupilos todos los diversos ramos de saber que poseian sus maestros, en especial aquellos mas apropiados á los puestos que habian de ocupar en lo sucesivo. Estudiaban las leyes y los principios de administracion, en la que muchos de ellos habian de tomar parte con el tiempo. Instruíanles tambien en las ceremonias y ritos de la religion; estudio muy necesario para los que debian desempeñar despues las funciones sacerdotales. Aprendian igualmente á imitar las hazañas de sus reales progenitores, escuchando las relaciones de sus hechos formadas por los Amautas. Les enseñaban ademas á hablar su dialecto particular con pureza y elegancia, y se instruian en la oscura ciencia de los *quipos*; medio de que se valian los Peruanos para comunicarse mútuamente sus ideas y trasmitirlas á las generaciones futuras.[3]

El quipo era una cuerda de cosa de dos piés

2 Ibid., Parte 1, lib. 7, cap. 10.

El descendiente de los Incas da noticia de las ruinas que existian en su tiempo de dos palacios que sus reales progenitores habian hecho edificar junto á las escuelas, para poder asistir á ellas con mas facilidad.

3 Ibid., Parte 1, lib. 4, c. 19.

de largo, formada de hilos de colores, muy bien retorcidos, de donde colgaban á modo de fleco, otros hilos, tambien de colores, llenos de nudos. La palabra *quipu* significa *nudo*. Los colores denotaban los objetos visibles, como el *blanco*, por ejemplo, que representaba la *plata*, y el amarillo el *oro*, &c. A veces servian tambien para indicar ideas abstractas, y entonces el *blanco* significaba *paz*, y el *encarnado*, *guerra*. Pero el objeto principal de los quipos era ejecutar las operaciones aritméticas. Los nudos servian de números, y podian combinarse de modo que representasen cantidades hasta donde fuese necesario. Por medio de ellos hacian sus cálculos con grande rapidez, y su exactitud está atestiguada por los primeros Españoles que visitaron el pais.[4]

En todos los distritos habia empleados con el título de *quipucamayus*, ó "guardaquipos," cuya obligacion era informar al gobierno sobre varios puntos importantes. Uno tenia á su cargo las rentas, y daba cuenta de las primeras materias que habia distribuido entre las trabajadores; de la cantidad y calidad de los artefactos que con ellas se habian labrado, así como de los diversos artículos que se habian recojido en los almacenes reales. Otro presentaba el registro de los nacimientos y defunciones, de los matrimonios,

4 Conq. i Pob. del Piru, MS., —Sarmiento, Rel., MS., cap. 9 —Acosta, lib. 6, cap. 8.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 8.

del número de personas capaces de tomar las armas, y demas detalles relativos á la poblacion del reino. Estos informes se enviaban anualmente á la capital, en donde se entregaban á los empleados que poseian el arte de descifrar estos oscuros registros. De este modo se encontraba el gobierno con una preciosa coleccion de datos estadísticos, y los mazos de hilos de mil colores reunidos y conservados con todo esmero, formaban lo que puede llamarse archivos nacionales.[5]

Pero si bien los quipos bastaban para los cálculos aritméticos de los Peruanos, no podian servir para representar la complicacion de ideas é imágenes que espresa la escritura. Sin embargo, aun para esto podia ser la invencion de alguna utilidad, porque, ademas de la representacion directa de los objetos, y aun de unas pocas ideas abstractas, como arriba dijimos, era de grande ayuda para la memoria por medio de la

5 Ondegardo se manifiesta admirado de la variedad de objetos que comprendian estos sencillos registros, "apenas creible para el que no los hubiese visto." "En aquella ciudad se hallaron muchos viejos oficiales antiguos del Inga, asi de la religion, como del Govierno, y otra cosa que no pudiera creer si no la viera, que por hilos y nudos se hallan figuradas las leyes y estatutos asi de lo uno como de lo otro, y las sucesiones de los Reyes y tiempo que governaron: y hallose lo que todo esto tenian á su cargo que no fué poco, y aun tube alguna claridad de los estatutos que en tiempo de cada uno se habian puesto." (Rel. Prim., MS.) Tambien Sarmiento, Relacion MS., cap. 9.—Acosta, lib. 6, cap. 8.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 8, 9.) En algunas partes del Peru se encuentran todavía vestigios de los quipos, pues los pastores llevan las cuentas de sus numerosos rebaños por medio de esta antigua aritmética.

asociacion de ideas. Así cada nudo ó color recordaba lo que no alcanzaba á representar, del mismo modo que, para usar de la espresion familiar de un antiguo escritor, el número del Mandamiento nos recuerda lo que bajo de él se nos manda. Los quipos empleados de este modo debian considerarse como el arte mnemónico de los Peruanos.

Habia analistas en las principales provincias cuyo oficio era registrar todos los sucesos importantes que en ellas ocurriesen. La historia del imperio corria á cargo de otros empleados de mas alto carácter, generalmente *amautas*, y debian conservar la memoria de los gloriosos hechos del Inca reinante ó de sus progenitores.[6] La relacion formada por ellos solo podia trasmitirse por medio de la tradicion oral; pero los quipos servian al cronista para arreglar por su órden los acontecimientos, y ayudar á la memoria; y una vez aprendida la historia, la continua repeticion hacia que no se olvidase. El amauta la referia muchas veces á sus discípulos, y parte por tradicion oral, parte por signos arbitrarios, iba pasando la historia de generacion en generacion, con no poca dicrepancia en los pormenores, pero en el fondo con bastante exactitud.

Los quipos peruanos eran sin duda un pobre sustituto para el alfabeto, esa hermosa invencion

6 Ibid., ubi supra.

que con solo unos pocos caracteres simples que representan sonidos en vez de ideas, consigue espresar las variaciones mas imperceptibles de las ideas que puede concebir la mente humana. La invencion de los Peruanos era tambien muy inferior á los geroglíficos, y aun á la grosera escritura pintada de los Aztecas; pues este último arte, por insuficiente que fuese para espresar ideas abstractas, á lo menos podia representar con regular exactitud los objetos. Es una prueba evidente de que ninguna de estas dos naciones tenia noticia de la otra, el ver que los Peruanos no tomaron nada del sistema geroglífico de los Mejicanos, tanto mas cuanto que existiendo en la América del Sur la planta del maguey ó *agave*, de ella podian haber tomado el mismo material de que formaban sus mapas los Aztecas.[7]

Es imposible contemplar sin interes los esfuerzos que hacen las naciones, tan luego como van saliendo del estado de barbárie, para procurarse algunos signos visibles del pensamiento; precioso medio de comunicacion entre la mente de un individuo y las de toda la sociedad. La falta de este medio es uno de los mayores obstáculos pa-

7 Ibid., ubi supra.—Dec. de la Aud. Real., MS.—Sarmiento Relacion MS., cap. 9.

Se descubre sin embargo alguna semejanza entre los quipus y cinturones de sartas de cuentas de colores (wampum) tan en uso entre las tribus del Norte de América para conservar la memoria de los tratados y de otras cosas.

ra los progresos de la civilizacion. Sin él queda el pensamiento, inmenso y mortal por su esencia, aprisionado en el pecho de su autor, ó solo alcanza al corto número de personas que le rodean, en vez de difundirse por todo el mundo para ilustrar á millares de individuos, y aun hasta á las generaciones venideras. No solo es un elemento indispensable de la civilizacion, sino que puede considerarse como el termómetro de ella; pues el adelanto intelectual de un pueblo está casi siempre en razon directa con la mayor ó menor facilidad de comunicar las ideas.

Cuidemos, sin embargo, de no apreciar el sistema peruano en menos de lo que vale, ni nos figuremos que los quipos eran un instrumento tan inútil en manos de los naturales como lo seria en las nuestras. Es conocido el efecto de la costumbre en todas las operaciones mecánicas, y los Españoles atestiguan unánimes la destreza y exactitud de los Peruanos en esta. Tal destreza no es mas sorprendente que la facilidad con que, en fuerza de la costumbre, nos imponemos del contenido de una página impresa, de una sola mirada por decirlo así, aunque contiene miles de caracteres distintos. y es preciso que el ojo se fije sobre cada uno de ellos, y todo esto sin que en la imaginacion del lector se corte el hilo de los pensamientos. No debemos ver, pues con desprecio la invencion de los quipos, consi-

derando que bastaba para desempeñar todos los cálculos necesarios para los negocios de una gran nacion, y que por insuficiente que fuese, no era poco auxilio para formar las que aspiraban al nombre de composiciones literarias.

El encargo de conservar los anales de la nacion, no pertenecia enteramente á los amautas. Tambien tenian parte en él los *haravecs*, ó poetas, que escojian los incidentes mas notables para asunto de sus canciones ó romances, que se cantaban en las fiestas reales y en la mesa del Inca.[8] De este modo se formó un cuerpo de poesía tradicional, á semejanza del romance español y la balada inglesa, por cuyo medio se conservó para las generaciones venideras el nombre de mas de un fiero caudillo, que habria caido en el olvido por falta de cronista, á no haber sido trasmitido á las generaciones venideras por estas rústicas melodías.

La historia, sin embargo, no ganaba mucho en esta alianza con la poesía, pues los dominios del poeta se estienden á paises ideales poblados de sombras fantásticas que se parecen muy poco á las frias realidades de la vida. En los anales pe-

8 Dec. de la Aud. Real., MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 27.

La palabra *haravec* significa "inventor," y tanto en su nombre como en su ejercicio, estos poetas populares nos recuerdan los *trouvères* normandos. Garcilaso da la traduccion de una de las piececillas líricas de sus paisanos. Es ligera y alegre; pero una muestra sola y tan corta, no basta para formar un juicio general.

ruanos pueden verse en parte los efectos de esta union, pues todos ellos conservan hasta los últimos tiempos cierto aspecto maravilloso, que se interpone como una neblina entre el espectador y el objeto, y le impide distinguir lo falso de lo verdadero.

En el hermoso dialecto quichua hallaba el poeta un lenguage muy propio para espresar sus ideas. Ya hemos visto las estraordinarias medidas que tomaron los Incas para estender su idioma por todo su imperio. Una vez arraigado en las mas distantes provincias, se fué enriqueciendo con una gran variedad de voces estrañas é idiotismos, que bajo la influencia de la corte y del cultivo de la poesía, se fueron mezclando gradualmente hasta formar un conjunto hermoso; como de materiales toscos y disímbolos se forma un bello mosaico. El quichua llegó á ser con el tiempo el mas copioso, variado y elegante de todos los dialectos sud americanos.[9]

9 Ondegardo, Rel. Prim., MS.

Sarmienta se queja, y con razon, de que sus compatriotas hubiesen permitido que fuese cayendo en desuso, como habia caido, un dialecto que hubiera sido tan útil para comunicarse con la multitud de tribus distintas de que se componia el imperio. "Y con tanto digo que fué harto beneficio para los Españoles haver esta lengua pues podian con ella andar por todas partes en algunas de las cualas ya se vá perdiendo." Relacion, MS., cap. 21.

Segun Velasco, cuando los Incas llegaron con sus triunfantes legiones á Quito, se quedaron admirados de oir hablar allí un dialecto del Quichua, aunque era desconocido en el pais intermedio; cosa singular si es cierta. (Hist. de Quito, tom. I, p. 185.) El autor, natural de aquel pais, pudo beber en algunas fuentes

Ademas de las composiciones de que hemos hablado, dícese que los Peruanos manifestaron cierto talento para las representaciones teatrales. No hablamos de esas áridas pantomimas que solo agradan á los ojos, y que han sido la diversion favorita de mas de una nacion inculta; las piezas de los Peruanos aspiraban al título de composiciones dramáticas, sostenidas por el diálogo y la pintura de los caractéres, cuyo argumento era á veces un suceso trágico y otras algun asunto de aquellos que por su caracter ligero y social pertenecen á la comedia.[10] De la ejecucion de estas piezas ya no tenemos modo de juzgar, aunque es muy probable que seria cual correspondia á un pueblo medio civilizado. Mas cualquiera que fuese el mérito del desempeño, la sola invencion de semejante pasatiempo, es una prueba de cultura que distingue honrosamente á los Peruanos de las demas naciones de América, cuya única diversion era la guerra y los ejercicios que á ella se asemejan.

Parece que el ingenio de los Peruanos se inclinaba mas bien á la cultura y elegancia, y no á cualidades mas sólidas que aseguran el buen

no comunes, y en su curioso libro se descubre una estrecha analogía entre la ciencia y la organizacion social de Quito y el Perú; pero sin embargo, se echa de ver en él un deseo evidente de presentar las pretensiones de su pais bajo el aspecto mas favorable, y muchas veces asienta proposiciones avanzadas con una confianza poco á propósito para ganarla de sus lectores.

10 Garcilaso, Com. Real., ubi supra.

éxito en otros ramos mas importantes de la ciencia. En estos se quedaron muy atras de varias naciones semicivilizadas del Nuevo Mundo. Sabian algo de geografía, en lo tocante á su propio imperio, que á la verdad era bastante estenso, y construian sus mapas con líneas de relieve para señalar los límites y localidades por el mismo estilo de los que antes se usaban para los ciegos. En astronomía parece que no adelantaron gran cosa. Dividian el año en doce meses lunares, cada uno con su nombre particular y su fiesta propia.[11] Tambien tenian semanas; pero no se sabe á punto fijo de cuantos dias, si de siete nueve ó diez. Como su año lunar resultaba precisamente mas corto que el verdadero, rectificaban su calendario por medio de observaciones solares para las que se valian de unas columnas cilíndricas repartidas por las tierras altas al rededor del Cuzco, que les servian para tomar los azimuts, y midiendo sus sombras podian fijar la época exacta de los solsticios. Para determinar los equinoccios ocurrian á un pilar solitario ó gnomon, que tenian en la plaza del gran templo, en el centro de un círculo atravesado por una linea recta tirada de oriente á

11 Ondegardo, Rel. Prim., MS.

Fernandez, que se aparta de las demas autoridades en fijar el principio del año en Junio, apunta los nombres de los meses con las ocupaciones que les correspondian. Hist. del Perú. Parte 2, lib. 3, cap. 10.

poniente. Cuando el pilar no daba apenas sombra al mediodia, decian que aquel dia "se asentaba el sol con toda su luz sobre aquella columna." [12] Tenian especial veneracion á la ciudad de Quito, porque como está casi bajo el ecuador, los rayos verticales del sol no daban sombra alguna á mediodia, y por eso la consideraban como un lugar favorito de aquella deidad. Celebraban la llegada de los equinoccios con regocijos públicos, y ponian sobre el pilar la silla de oro del Sol, y tanto entonces como en los solsticios, coronaban las columnas con guirnaldas y ofrecian frutas y flores, siendo esto un motivo de fiesta para todo el imperio. Los Peruanos arreglaban á estos períodos sus ritos y ceremonias religiosas, y los trabajos del campo en que debian ocuparse. El año comenzaba en el solsticio del invierno. [13]

En estas escasas noticias se comprende casi todo lo que sabemos de la astronomia peruana. Puede parecer estraño que un pueblo que ya

12 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 22-26.

Los conquistadores españoles echaron por tierra estos pilares, porque olian á idolatria en los Indios. ¿Quiénes merecian mejor el título de bárbaros?

13 Betanzos, Nar. de los Ingas, MS., cap. 16—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 23.—Acosta lib. 6, cap. 3.

El mas famoso gnomon de Europa, es á saber, el de la cúpula de la catedral de Florencia, fué construido por el célebre Toscanelli, hácia el año 1468, para determinar los solsticios y arreglar las festividadesde la Iglesia; acaso por la misma época los Indios de América discurrian una cosa semejante. V. Tiraboschi, Storia della Letteratura Italiana, tom. VI, lib. 2, cap. 2, sec. 38.

habia avanzado sus observaciones hasta ese punto, no pasase de allí, y que á pesar de lo que adelantó en la civilizacion, en esta ciencia se hubiese quedado tan atras, no solo respecto de los Mejicanos, sino aun de los Moscas, que habitaban con ellos las mismas regiones elevadas de la gran mesa meridional. Estos últimos arreglaban su calendario bajo el mismo sistema de ciclos y series periódicas que los Aztecas, aproximándose aun mas al sistema adoptado por los pueblos del Asia. [14]

Era de esperarse que los Incas, que tanto se gloriaban de ser hijos del Sol, hubiesen hecho un estudio particular de los fenómenos celestes y arreglado su calendario sobre principios tan científicos como los de sus semicivilizados vecinos. Verdad es que un historiador nos asegura que reunian los años en ciclos de diez, ciento y mil años, y que por estos ciclos arreglaban su cronologia. [15] Pe-

14 En los dos primeros libros de la obra de Piedrahita, obispo de Panamá, titulada, Historia General de las Conquistas del Nuevo Regno de Granada, (Madrid, 1688,) se halla una noticia de este pueblo interesante: es harto corta; pero sin duda no alcanzan para mas las autoridades.—Mr. de Humboldt tuvo la fortuna de dar con un MS. compuesto por un eclesiástico español residente en Sante Fé de Bogotá, relativo al Calendario Mosca, del cual ha hecho el filósofo prusiano un largo y luminoso análisis. Vues des Cordillères, p. 244.

15 Montesinos, Mem. Antiguas, MS., lib. 2, cap. 7.

"Renovó la computacion de los tiempos, que se iba perdiendo, y se contaron en su Reynado los años de 365 dias y seis horas; á los años añadió decadas de diez años, á cada diez decadas una centuria de cien años, y á cada diez centurias una capachoata ó Intiphuacan, que son 1,000 años que quiere decir el grande año del Sol; asi contaban los siglos y

ro esta asercion, aunque no improbable en sí misma, descansa solamente en la autoridad de un escritor, dotado de poca crítica, y tiene en contra el silencio de todas las otras autoridades mas antiguas y de mas peso, y la falta de un monumento como los que se han hallado de otras naciones americanas, que atestigue la existencia de semejante calendario. La inferioridad de los Peruanos en este punto puede esplicarse en parte, reflexionando que sus sacerdotes siempre eran Incas, nobleza llena de privilegios, y que para separarse y distinguirse del vulgo no necesitaban tomarse el trabajo de sobrepujarle en conocimientos. No sucedia lo mismo con el sacerdote azteca, quien tenia que valerse de la escasa ciencia que poseia para adivinar los misterios del cielo, y fundar sobre ella un falso sistema astrológico, que le grangease el concepto de tener algo de divino en su naturaleza. Pero el noble inca era divino por nacimiento. El ilusorio estudio de la astrologia que cautiva tanto á un espíritu inculto, no llamaba su atencion de modo alguno. Las únicas personas que en el Perú pretendian leer en el misterioso porvenir, eran los adivinos, que reunian á estas pretensiones cierta destreza en el arte de curar, y se parecian á los hechiceros que se encuentran entre las tribus indias. Este oficio se tenia en poco,

los sucesos memorables de sus Reyes." Ibid., loc. cit.

escepto entre las clases bajas, y se quedaba para aquellos cuya edad ó enfermedades les impedian ocuparse en los otros negocios de la vida.[16]

Los Peruanos conocian una ó dos constelaciones, y observaron la marcha del planeta Vénus, al que como hemos visto levantaron altares. Pero su ignorancia de los principios fundamentales de la ciencia astronómica, se descubre en las ideas que tenian de los eclipses, los que suponian indicar un gran trastorno en el planeta; y cuando la luna sufria una de estas estrañas enfermedades, tocaban sus instrumentos y llenaban al aire de gritos y lamentos para despertarla de su letargo. Tan pueriles ideas forman un raro contraste con el verdadero conocimiento que de ellos tenian los Mejicanos, segun se advierte por sus mapas geroglíficos, en que se ve pintada con toda claridad la verdadera causa de este fenómeno.[17]

Pero si los Incas no fueron muy afortunados en escudriñar los cielos, dejaron atras á todas las demas naciones americanas en el cultivo de la tierra. La agricultura se practicaba allí por

16 "Ansi mismo les hicieron señalar gente para hechizeros que tambien es entre ellos, oficio público y conoscido en todos,..... los diputados para ello no lo tenian por trabajo. porque ninguno podia tener semejante oficio como los dichos sino fuesen viejos é viejas, y personas inàviles para travajar, como mancos, cojos ó contrahechos, y gente así á quien faltava las fuerzas para ello." Ondegardo, Rel. Seg., MS.

17 Véase el Códice Tel.-Remense, Parte 4, Lám. 22, ap. Antiquities of Mexico, vol. I London, 1830.

principios que verdaderamente pueden llamarse científicos, y era el alma de su sistema político. Como no tenian comercio estrangero, era preciso que la agricultura produjese lo necesario para su subsistencia, para formar las rentas del estado, y para hacer entre sí sus cambios. Hemos visto las notables ordenanzas que tenian sobre el repartimiento de las tierras al pueblo por partes iguales, las que al mismo tiempo exigian que todo el mundo, menos las clases privilegiadas, ayudase á su cultivo, de lo cual el Inca mismo daba el ejemplo. En una de las grandes festividades, salia fuera del Cuzco acompañado de su corte, y en presencia de todo el pueblo, rompia la tierra con un arado de oro, (ó mejor dicho, con un instrumento que usaban en lugar de éste,) santificando de este modo la ocupacion del labrador, como la mas digna de ser desempeñada por los hijos del Sol.[18]

La proteccion del gobierno no se limitaba á esta demostracion poco costosa del favor real, sino que se descubria en otras medidas mas efi-

18 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 16.

Los nobles, segun parece, imitaban en esta gran fiesta el ejemplo de su señor. "Pasadas todas las fiestas, en la última llevaban muchos arados de manos, los quales antiguamente heran de oro; i hechos los oficios, tomava el Inga un arado i comenzava con él a romper la tierra, i lo mismo los demas señores, para que de allí adelante en todo su señorio hiciesen lo mismo, i sin que el Inga hiciese esto no avia Indio que osase romper la tierra, ni pensavan que produjese si el Inga no la rompia primero i esto vaste quanto á las fiestas." Conq. i Pob. del Piru, MS.

caces para facilitar los trabajos del labrador. Una gran parte de la region situada á la orilla del mar, sufria mucho por la falta de agua, pues allí llueve poco ó nada, y las pocas corrientes que la atraviesan, caminan tan corto trecho y con tal rapidez al descolgarse de las montañas, que sirven de muy poco en tan grande estension de terreno. El suelo era á la verdad arenoso y estéril en su mayor parte; pero habia muchos lugares que todavía podrian aprovecharse, pues solo necesitaban un riego proporcionado para producir grandes cosechas. Así pues, llevaron agua á estos lugares por medio de magníficos canales y acueductos subterráneos, formados de grandes losas perfectamente unidas sin mortero, los que admitian un golpe de agua suficiente para que bien distribuida por otros canales menores, regase todas las tierras bajas por donde pasaba. Algunas de estas acequias eran muy largas; la que atravesaba el distrito de Condesuyu tenia de cuatrocientas á quinientas millas. Sacábanlas de algun lago elevado ó depósito natural de enmedio de las montañas, é iban aumentando el caudal de sus aguas con las de otros manantiales que encontraban en el camino al descolgarse de la sierra. Muchas veces era preciso abrir paso al traves de las rocas, y eso sin el auxilio de instrumentos de hierro; rodear montañas impenetrables; atravesar rios y pantanos, y en fin,

vencer los mismos obstáculos que en la construccion de sus portentosos caminos. Mas los Peruanos se deleitaban al parecer en luchar con las dificultades de la naturaleza. Cerca de Cajamarca, se ve todavía un cañon cortado en la roca, que hicieron para desaguar un lago, cuando sus aguas en la estacion de las lluvias, llegaban á tal altura que amenazaban inundar los terrenos circunvecinos.[19]

Los conquistadores españoles dejaron arruinar muchas de estas benéficas obras de los Incas. En algunos puntos corren todavía las aguas por sus canales subterráneos, sin que se sepa ya de donde vienen, ni por donde caminan. Otros, aunque en parte destruidos y ensolvados por los escombros y la vigorosa vegetacion del pais, todavía revelan su curso por la fertilidad que en algunos lugares ocasionan. Tales son las ruinas del valle de Nasca, sitio muy fértil en medio de grandes pedazos desiertos, á donde llegan desde una distancia desconocida, las antiguas acequias

19 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 21.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5. cap. 24.—Stevenson, Narrative of a Twenty Years' Residençe in S. America, (London, 1829.) vol. I, p. 412; II. pp. 173, 174.

"Sacauan acequias en cabos y por todas partes que es cosa estraña afirmarlo; porque las echauan por lugares altos y baxos: y por laderas de los cabeços y haldas de sierras que estan en los valles: y por ellos mismos atrauiessan muchas: unas por una parte, y otras por la otra, que es gran delectacion caminar por aquellos valles: porque parece que se anda entre huertas y florestas llenas de frescuras." Cieza de Leon, Crónica, cap. 66.

de los Incas, de cuatro ó cinco piés de profundidad y tres de anchura, formadas de grandes trozos de piedra sin mezcla alguna.

Poníase el mayor cuidado en que todos los partícipes de la tierra por donde estas acequias pasaban, gozasen de sus beneficios. La ley marcaba la cantidad de agua que correspondia á cada uno, y los oficiales reales vigilaban la distribucion, y se cercioraban de que se empleaba fielmente en el riego del terreno.[20]

Los Peruanos manifestaron el mismo carácter emprendedor en sus arbitrios para reducir á cultivo las partes montañosas de su territorio. Habia muchas alturas que aunque de buena tierra, eran demasiado escarpadas para poderlas labrar; fueron por lo mismo formando terraplenes contenidos con piedras grandes, que iban disminuyendo conforme subian, de modo que mientras la primera faja ó *andén*, como les llamaban los Españoles, podia comprender muchas caballerías de tierra, en el último apenas cabian algunos surcos de maiz.[21] Algunas de estas alturas eran

20 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Memoirs of Gen. Miller, vol. II. p. 220.

21 Miller supone que por estos *andènes* dieron los Españoles el nombre de Andes á las Cordilleras de la América del Sur. (Memoirs of Gen. Miller, vol. II. p. 219.) Pero este nombre es anterior á la conquista, segun Garcilaso, que le deriva de *Anti*, nombre de una provincia situada al E. del Cuzco. (Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 11.) La palabra *Anta*; que significa cobre, el que se encuentra en abundancia en varios puntos de aquel pais, puede haber dado origen al nombre de la provincia, si no directamente al de las montañas.

tan peladas, que despues de formar los andenes tenian que cubrirlos con una gruesa capa de tierra vegetal, antes de que pudiesen ser útiles al labrador. ¡Con tanta constancia así lucharon los Peruanos contra los terribles obstáculos que les oponia el terreno de su pais! Sin las máquinas ni instrumentos familiares á los Europeos, cada individuo aislado habria podido muy poco; pero obrando en grandes masas y bajo una misma direccion, consiguieron con su inaudita perseverancia llevar á cabo empresas que solo en proyecto, bastarian para desalentar á un Europeo. [22]

Guiados por este mismo espíritu de economia con que consiguieron vindicar á la sierra de la opinion de esterilidad, discurrieron los Peruanos el escavar el árido suelo de los valles, hasta dar con una capa en que se hallase alguna humedad natural. Estas escavaciones, llamadas por los Españoles *hoyas*, eran muy grandes, pues cogian á veces mas de un acre de tierra; su profundidad era de quince á veinte pies; y estaban revestidas por dentro todo al rededor de una pared de adobes. El piso de la escavacion, bien preparado primero con un escelente abono de sardinas, pequeño pez que abunda mucho en toda la costa, lo sembraban en seguida de granos ú otros vegetales. [23]

22 Memoirs of Gen. Miller, ubi supra.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 1.

23 Cieza de Leon, Crón., c. 73. Los restos de aquellas antiguas escavaciones escitan todavía la admiracion del viagero. V. Stevenson, Residence in S. America, vol. I. p. 359.—Tambien Mc. Culloh, Researches, p. 358.

Los labradores peruanos conocian muy bien las diferentes clases de abonos, y los empleaban con frecuencia; circunstancia digna de notarse en el rico suelo de los trópicos, pues parece probable que no le usó ninguna otra de las incultas tribus de América. Hacian grande uso del precioso escremento de las aves marinas llamado *guano*, que tanto há llamado últimamente la atencion de los agrónomos, así de Europa como de nuestro pais, por sus propiedades sustanciosas y estimulantes, que los indios sabian apreciar debidamente. Hallábase en tan gran cantidad en las isletas de la costa, que de lejos parecian cerros, y el hallarse cubiertos de una eflorescencia salina fué motivo de que los Conquistadores les dieran el nombre de *Sierra Nevada*.

Los Incas tomaron sus acostumbradas precauciones para que los labradores gozasen del beneficio de tan importante abono. Destinaron los islotes de la costa para el uso de los distritos mas inmediatos; pero cuando la isla era un poco grande, la repartian entre varios, señalando con toda exactitud los límites de cada uno. Cualquiera usurpacion de los derechos agenos era severamente castigada; y para la conservacion de las aves establecieron penas tan severas, como las que tenian los tiranos Normandos en Inglaterra para protejer su caza. Á nadie se permitia abordar á aquellas islas durante el tiempo

de la cria so pena de muerte, y en la misma pena incurria el que mataba alguno de aquellos pájaros, en cualquier tiempo que fuese.[24]

Era de esperarse que estando los Peruanos tan adelantados en la agricultura, tuviesen algun conocimiento del arado; instrumento de uso tan general entre las naciones primitivas del continente oriental. Pero es preciso considerar que no tenian la reja de hierro del Mundo Antiguo, ni animales de tiro, que no se hallaban en ninguna parte del Nuevo. El instrumento que usaban era una gruesa estaca puntiaguda, atravesada á diez ó doce pulgadas de su estremo por otra pieza horizontal, donde el labrador ponia el pié y hacia entrar la estaca en la tierra. Seis ú ocho hombres robustos hacian avanzar la estaca, tirando de ella con cuerdas y marchando al compas de sus cantos nacionales, que entonaban acompañados de las mugeres, las que iban en pos de los trabajadores para romper los terrones con sus rastrillos. El suelo era blando y ofrecia poca resistencia, de modo que con la práctica adquiria en breve el labrador la destreza suficiente para remover el terreno hasta la profundidad necesaria, con una facilidad admirable. Este equivalente del arado era una invencion bien tosca; pero es curioso como un ejemplo aislado entre todas las tribus indígenas, y puede ser que

24. Acosta, lib. 4, cap. 36.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, cap. 3.

los instrumentos de madera que en su lugar introdujeron los conquistadores europeos no le fueran muy superiores.[25]

Era política muy comun de los Incas, despues que proveian de acequias un pais desierto de modo que quedase listo para los trabajos del labrador, el llevar allí una colonia de *mitimaes* que lo redujesen á cultivo, sembrando en él las semillas mas propias para aquel terreno; y de este modo, al mismo tiempo que atendian á la calidad de las tierras, se fomentaba entre las provincias comarcanas el cambio de los diversos productos, que á causa de la configuracion de aquel pais variaban mas que en cualquiera otro en la misma estension de terreno. Para facilitar estos cambios de los productos de la agricultura, se celebraban ferias tres veces al mes en las ciudades mas populosas; pero como no tenian moneda, solo hacian un corto comercio con el cambio de los respectivos productos. Ademas estas ferias eran otros tantos dias de fiesta que servian de descanso á los industriosos labradores.[26]

Tales fueron los arbitrios de que los Incas se valieron para el mejor aprovechamiento de su territorio, y aunque imperfectos, es preciso confesar que revelan un conocimiento de los principios científicos de la agricultura, que les da cier-

25 Ibid., Parte 1, lib. 5, c. 2. Parte 1, lib. 6, cap. 36; lib. 7,

26 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 1.—Herrera, Hist. General, cap. 19.—Garcilaso. Com. Real., dec. 5, lib. 4, cap. 3.

to derecho al título de nacion civilizada. Cultivado con perseverancia é inteligencia, no quedó una sola pulgada de terreno útil á que no hiciesen producir todo lo que era capaz, sin que descuidasen de obligar á los sitios mas ingratos á que contribuyesen con algo para la subsistencia del pueblo. Por todas partes se veia la tierra cubierta de riqueza vegetal, desde los frondosos valles cercanos á la costa, hasta los escarpados andenes de la sierra, que se iban levantando como una verde pirámide cubierta de todo el lujo de la vegetacion tropical.

La configuracion del pais era sumamente favorable, como ya se ha dicho, para una infinidad de producciones, no tanto por su estension como por las diferencias de altura, mucho mas notables aun que las de Méjico, en las que se encuentran todos los grados de latitud desde el ecuador á los polos. Sin embargo, aunque en esta region la temperatura cambia á proporcion de la altura, en cada lugar se mantiene casi la misma, durante todo el año, y los habitantes no conocen aquellas agradables vicisitudes de las estaciones que se esperimentan en latitudes templadas. Así, miéntras que el verano brilla en todo su esplendor en las ardientes regiones de la palma y el cacao á las orillas del mar, en la estensa superficie de la mesa se siente la frescura de una eterna primavera, y los elevados picos de la sierra

jamas se despojan de su blanco ropaje del invierno.

Los Peruanos sacaron el mejor partido de esta constante variedad de climas, si así puede llamarse, cultivando los productos de todos ellos, y aquellos en particular que parecian mas á propósito para alimento del hambre. Así, en las tierras bajas se veian crecer la yuca y el plátano, esa admirable planta que parece haber libertado al hombre de la maldicion primera (si es que no debe considerarse como un bien,) de ganar el sustento con el sudor de su rostro.[27] Conforme va desapareciendo el plátano, entra en su lugar el maiz, la principal de las semillas de ambas Américas, y que despues de introducida en el mundo antiguo se creyó indígena de él, por la rapidez con que allí se propagó.[28] Los Peruanos conocian muy bien los diversos modos de preparar esta útil semilla, aunque parece que no

27 Mr. de Humboldt prueba la fecundidad del plátano haciendo ver que su producto comparado con el del trigo es como 133 á 1, y con el de la patata, como 44 á 1. (Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne, (Paris 1827,) tom. II. p. 389.) Es una equivocacion el suponer que esta planta no es indígena de la América del Sur. La hoja del plátano se ha encontrado muchas veces en las antiguas sepulturas del Perú.

28 El impropio nombre de *blé de Turquie*, manifiesta el error popular. Mas la rapidez con que se propagó por Europa y Asia despues del descubrimiento de la América, es por sí sola una razon suficiente para probar que no puede haber sido indígena del Mundo Antiguo, y haberse conservado desconocido en todo él por tanto tiempo.

hacian pan de ella mas que en las fiestas; sacaban de las cañas una especie de miel, y del grano fermentado hacian un licor embriagante á que se daban con tan poca moderacion como los Aztecas.[29]

En el clima templado de la tierra alta tenian el maguey, *(agave Americana,)* de cuyas estraordinarias propiedades conocian muchas, aunque no la mas importante que es la de proporcionar materiales para hacer papel. El tabaco se contaba tambien entre los productos de esta region elevada; mas lós Peruanos se distinguian de las demas tribus Indiàs que lo conocian, en que sólo lo usaban en polvo por medicina.[30] Seguramente fué esto, porque le reemplazaban en cuanto á sus propiedades narcóticas, con la coca (Erythroxylum Peruvianum) llamada *cuca*, por los naturales. Es un arbusto que crece hasta la altura de un hombre: sus hojas despues de secadas al sol y mezcladas con un poco de cal, forman una preparacion propia para mascar, muy semejante al *betel* del Oriente.[31] Con una corta

29 Acosta, lib. 4, cap. 16.

El jugo sacarino contenido en las cañas del maiz, es mucho mas abundante en los paises situados entre los trópicos que en las latitudes septentrionales, de manera que en aquellos se ve con frecuencia á los naturales chupándola como si fuese caña de azúcar. Uno de los licores fermentados que hacian del grano, llamado *sora*, era tan fuerte, que los Inças prohibieron su uso, por lo menos al pueblo. En este caso parece que lós súbditos no obedecieron sus prescripciones con la puntualidad acostumbrada.

30 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 25.

31 Tambien la hoja picante del *betel* se mezcla con cal para

provision de esta cuca y un puñado de maiz tostado, el indio de nuestros tiempos camina sus penosas jornadas dia tras dia, sin fatiga, ó á lo menos sin quejarse. El alimento mas nutritivo, no le agrada tanto como este favorito narcótico. En tiempo de los Incas, se dice que estaba esclusivamente reservado para la nobleza, y si era así, el pueblo ganó un goce mas con la conquista, y desde entonces lo usaron tanto que formaba uno de los ramos mas importantes de las rentas de la corona. [32] Sin embargo, se dice que esta yerba tan alabada de los indios, reunia á las propiedades calmantes del opio, los funestos efectos de la embriaguez habitual, cuando se usaba de ella con esceso. [33]

Allá arriba en el declive de las cordilleras, sobre los límites del maiz y la *quinua*, grano parecido al arroz que cultivaban los indios en abundancia, se hallaba la patata, cuya introduccion en Europa forma época en la historia de la agricultura. Bien fuese indígena del Perú ó impor-

mascarla. (Elphinstone, History of India. (London, 1841,) vol. I. p. 331.) Es singular la semejanza de dos puntos tan remotos del Oriente y Occidente, en este placer de sociedad.

32 Ondegardo, Rel. Seg., MS. —Acosta, lib. 4, cap. 22.—Stevenson, Residence in S. América, vol. II. p. 63.—Cieza de Leon, Crónica. cap. 96.

33 Un viagero (Poeppig) de que da noticia la Revista Trimestre Estrangera, (núm. 33) trata largamente de los malignos efectos del uso continuado de la *cuca*, que considera muy semejantes á los que resienten los tomadores de opio. Es estraño que otros escritores no hayan hablado con mas frecuencia de estas perniciosas propiedades, que á lo que recuerdo nadie ha reparado hasta ahora en ellas.

tada de Chile, lo cierto es que en tiempo de los Incas era el principal producto de las llanuras altas, y su cultivo llegaba en las regiones ecuatoriales, hasta una altura que en las latitudes templadas de Europa pasaria muchos miles de piés del límite de las nieves perpétuas.[34] Todavía mas arriba se veia brotar sin cultivo alguna que otra de estas plantas, entre los mezquinos arbustos que cubren las magestuosas pendientes de cordilleras, los que van disminuyendo gradualmente hasta convertirse en musgo y pajonal, el que envuelve como un manto de oro la base de los inmensos conos que cubiertos de las nieves de los siglos, se pierden entre las regiones de eterno silencio.[35]

34 Malte Brun, book 86. La patata, que encontraron los primeros descubridores en Chile, el Perú, Nueva Granada, y por toda la cordillera de la América del Sur, era desconocida en Méjico; otra prueba de la absoluta ignorancia en que estaban una de otra las naciones de ambos continentes. Mr. de Humboldt que se ha aplicado tanto á la primitiva historia de este vegetal, cuya influencia ha sido tan importante en la sociedad europea, supone que su cultivo en la Virginia, donde era conocido de los primeros colonos, debe haber venido de las colonias españolas del Sur. Essai Politique, tom. II. p. 462.

35 Mientras que el Perú en tiempo de los Incas podia gloriarse de estos productos indígenas y de otros muchos menos conocidos de los Europeos, no tenia otros de grande importancia, los despues de la conquista se han dado allí como en su suelo nativo. Tales son el olivo, la vid, la higuera, el manzano, el naranjo y la caña de azúcar. No se conocia allí ninguno de los cereales del Viejo Mundo. El primer trigo lo llevó una señora española de Trujillo, que se tomó mucho trabajo en repartirlo entre los colonos; cosa que tampoco descuidó el gobierno, sea dicho en honor suyo. Llamábase María de Escobar. La historia que se ocupa tanto en celebrar los azotes de la humanidad, debia tambien complacerse en conservar el nombre de sus bienhechores.

CAPITULO V.

Carneros del Peru.—Grandes Cacerias.—Manufacturas.—Habilidad de los artesanos.—Arquitectura.—Reflexiones finales.

Una nacion que habia hecho tantos progresos en la agricultura, era de esperar que hubiese adelantado algo en las artes mecánicas, especialmente cuando, como sucedia en el Perú, el sistema de cultivo exigia no poca destreza en el trabajo de manos. Se ha notado que en la mayor parte de las naciones los progresos de la industria fabril, están en relacion estrecha con los progresos en la labranza. Tanto aquella como ésta se dirigen al mismo fin, es decir, á proveer primero á las necesidades de la vida, luego á las comodidades, y en seguida á lo superfluo, cuando la sociedad ha adelantado ya algo mas. En llegando á avanzar la una hasta aquel punto que arguye cierto adelanto en la civilizacion, la otra debe marchar naturalmente al mismo paso, á causa de que entonces crecen los consumos y se crean nuevas necesidades. Los súbditos de los Incas, en su pacífica y sumisa aplicacion á los

trabajos mas humildes que les ligaban á su suelo natal, se parecian mas bien á las naciones orientales, como los Indios y los Chinos, que á los individuos de la gran familia anglo-sajona, cuyo carácter mas atrevido les hacia buscar su fortuna en el tempestuoso océano, y abrir comercio con las regiones mas distantes del globo. Los Peruanos, aunque poseian una larga estension de costa, no tenian comercio estrangero.

Para sus manufacturas domésticas contaban con la ventaja de poseer un material infinitamente superior á todos los que conocian las demas razas del continente occidental. En lugar del lino tenian, como los Aztecas, una tela que sabian tejer de las sólidas fibras del maguey; el algodon crecia en abundancia en las tierras bajas y calientes de la costa, y les proveia de un vestido propio para las tierras templadas; pero el llama y las otras especies de ovejas del Perú les daban un vellon muy á propósito para el clima frio de la mesa; "vellon mas digno de aprecio," para servirnos de las palabras de un escritor inteligente, "que el pelo del castor del Canadá, el vellon de las ovejas calmucas, ó el de las cabras de Siria." [1]

De las cuatro variedades de ovejas del Perú,

1 Walton, Historical and Descriptive Account of the Peruvian Sheep, (London, 1811.) p. 115.) La comparacion de este escritor se refiere á la lana de vicuña, la mas estimada de todas las especies por su vellon.

el llama, que es la mas generalmente conocida, es la menos apreciada por lo que respecta á la lana. Su destino principal es servir como béstia de carga, y aunque es algo mayor que las otras especies, parecia que por su poca fuerza y tamaño no habia de ser á propósito para este servicio. Carga poco mas de cien libras, y no camina arriba de tres ó cuatro leguas al dia. Pero queda compensado todo esto por el corto gasto y trabajo que ocasionan su manutencion y cuidado: bástale, para su alimento el musgo y la escasa yerba que crece en las áridas pendientes de las cordilleras. En la configuracion de su estómago se asemeja al camello, de manera que puede pasarse sin agua, no solo semanas sino meses enteros. Su pezuña esponjosa, armada de una uña en el talon, muy propia para afirmarse en la nieve, nunca necesita herradura, ni necesitan tampoco de aparejo ni de cincha para sujetar la carga, pues ésta descansa con toda seguridad sobre su espesa lana. Los llamas marchan en recuas de quinientos ó mil, y así aunque cada animal por sí lleva poco, tantos pocos reunidos forman una cantidad considerable. La recua entera va marchando en el mayor órden á su paso natural, sujeta á la voz del conductor, y pasando las noches al raso sin que le incomode para nada el frio mas intenso. El sagaz animalito solo rehusa marchar cuando siente una carga superior á sus fuerzas,

y entonces ni golpes ni halagos consiguen hacerle alzar del suelo. Tan dócil y manejable como es generalmente, tan tenaz se manifiesta en sostener sus derechos en llegando este caso.[2]

Distinguíanse los Peruanos de las demas naciones del Nuevo Mundo, en servirse de animales domésticos. Aprovechar el trabajo del bruto para economizar el del hombre, es un elemento importante de civilizacion, inferior tan solo á la invencion de las máquinas que sustituyan á entrambos. Parece, no obstante, que no dieron á esta tanta importancia los antiguos Peruanos como los conquistadores españoles, y que el aprecio que hacian de este animal, lo mismo que de las otras especies, era debido principalmente á su lana. El gobierno como ya dijimos, poseia inmensos rebaños de este "ganado mayor," y del "ganado menor" ó *alpacas*, á cargo todos de sus respectivos pastores, quienes los llevaban de un punto á otro del pais, segun cambiaban las estaciones. Estas marchas estaban arregladas de antemano con la misma precision con que el código de la *mesta*, señalaba las del ganado merino de España, y cuando los conquistadores desembarcaron en el Perú se quedaron asombrados al en-

2 Ibid., p. 23, et seq.—Garcilaso, Com, Real., Parte 1, lib. 8, cap. 16.—Acosta, lib. 4, cap. 41.

Llama, segun Garcilaso de la Vega, es una voz peruana que significa "ganado." (Ibid., ubi supra.) Las naturales no aprovechaban la leche de sus animales domésticos, y á lo que creo, ninguna tribu de América hacía uso de ella.

contrar unos animales tan semejantes á los suyos en sus propiedades, y sujetos á unas ordenanzas que parecian haber venido de su patria.[3]

No eran, sin embargo, estos animales doméstícos los que producian la mas rica lana, sino las otras dos especies, los *huanacos* y las *vicuñas*, que vagaban en su nativa libertad por las heladas cumbres de las cordilleras, donde podía vérseles muchas veces trepar por los nevados picos que ninguna criatura viviente habita sino el condor, ave colosal de los Andes, que con la ayuda de sus poderosas alas se alza en la atmósfera á la altura de mas de veinte mil pies sobre el nivel del mar.[4] En aquellos ásperos terrenos, el ganado salvage halla alimento suficiente en el *ichu*, especie de heno que se cria aquí y allí por todas las cumbres de la cordillera desde el ecuador hasta el estremo de la Patagonia. Y cómo estos son los límites del territorio que recorre el ganado del Perú, que pocas veces ó ninguna se atreve á pasar la línea, no parece absurdo suponer que esta planta es tan necesaria para su existencia, què su falta es la principal razon de que no se haya

3 El juicioso Ondegardo recomienda encarecidamente al gobierno español, que adopte muchas de estas ordenanzas, por ser perfectamente acomodadas á las exigencias de los naturales. "En esto de los ganados paresció haber hecho muchas constituciones en diferentes tiempos é algunas tan útiles é provechosas para su conservacion que convendria que tambien guardasen agora." Rel. Seg., MS.

4 Malte Brun, book 86.

estendido el ganado á los paises mas septentrionales como Quito y la Nueva Granada.[5]

Pero aunque vagaban de este modo sin dueño por los inmensos despoblados de las cordilleras, el campesino del Perú no podia cazar ninguno de estos animales salvages, pues estaban protegidos por leyes tan severas, como los rebaños mansos que pastaban en los lugares mas cultivados de la mesa. La caza del bosque y de la montaña, era tan propia del gobierno como si la tuviese encerrada en un parque ó recogida en un redil.[6] Solamente se permitia cojer la caza en ciertas ocasiones, cuando se verificaban cada año las grandes cacerias bajo la direccion del Inca mismo, ó de sus principales oficiales. Estas cacerías no se hacian en un mismo punto sino una vez cada cuatro años; tiempo que se consideraba suficiente para dar lugar á que se repusiese el destrozo que causaban. Al tiempo señalado todos los habitantes del distrito y de los inmediatos, hasta el número de cincuenta ó sesenta mil hombres,[7] se distribuian en rueda formando un larguísimo cordon que abrazase toda la tierra destinada para la cacería. Los cazadores iban

5 *Ichu*, llamado en la Flora Peruana *Jaravá*, Clase, Ménandria Digynia. V. Walton, p. 17.

6 Ondegardo, Rel. Prim., MS.

7 Reuníanse á veces hasta cien mil, cuando el Inca cazaba en persona, si hemos de creer á Sarmiento. "De dondè haviendose ya juntado cinquenta ó sesenta mil Personas ò cien mil si mandado les era." Relacion, MS., cap. 13.

armados de picas y varas largas para levantar toda especie de caza, y registraban los bosques, valles y montañas, matando las fieras sin misericordia. y empujando los demas animales, que por la mayor parte eran ciervos del pais, huacanos y vicuñas, hácia el centro del inmenso círculo, hasta que estrechándose este poco á poco, aquellos tímidos habitantes de las selvas se veian reducidos á solo una estensa llanura en donde la vista del cazador pudiera contemplar de un golpe todas sus víctimas, que no tenian por donde escaparse ni lugar donde esconderse.

Mataban entonces los ciervos machos y algunos de los carneros de mala clase; reservaban sus pieles para varios objetos de utilidad á que se destinaban ordinariamente, y la carne cortada en tiras se distribuia al pueblo, que la convertia en *charqui* ó tasajo del pais, que era entonces el único, como es ahora el principal alimento animal de las clases pobres del Perú.[8]

Casi todo el resto de los carneros, que eran de ordinario treinta ó cuarenta mil y á veces mas, lo dejaban ir despues de trasquilado con todo esmero, para que volviese á sus solitarios albergues de las montañas. La lana que producian se depositaba en los pósitos reales, de donde se repartia al pueblo á su debido tiempo. La de peor clase se empleaba en vestidos para el mismo

8 Ibid., ubi supra.

pueblo; y la mas fina era para los Incas, porque solo á los nobles incas se permitia usar los tejidos finos de lana de vicuña. [9]

Los Peruanos eran muy diestros en fabricar para la casa real diversos artefactos de este delicado material, que bajo el nombre de *lana de vigonia* es tan conocido en los telares de Europa. Hacian de ella, chales, mantos y otras piezas de vestir para el monarca, y alfombras, colchas y tapices para los palacios y templos. La tela era igual por ambos lados, [10] tan delicada y lustrosa como la seda; y la viveza de sus colores escitó la admiracion y la envidia de los fabricantes europeos. [11] Los Peruanos fabricaban tambien telas de gran fuerza y duracion mezclando el pelo de otros animales con la lana, y eran tambien diestros en obras de pluma, aunque no les daban tanta importancia como los Mejicanos, á causa de la superior calidad de los materiales para otros trabajos, de que podian disponer. [12]

9 Sarmiento, Relacion, MS., loc. cit.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 81.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 6.

10 Acosta, lib. 4, cap. 41.

11 "Ropas finisimas para los Reyes, que lo eran tanto que parecian de sarga de seda y con colores tan perfectos como se puede afirmar." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 13.

12 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

"Ropa finisima para los señores Ingas de lana de las Vicunias. Y cierto fue tan prima esta ropa como auran visto en España: por alguna que allá fué luego que se gano este reyno. Los vestidos destos Ingas eran camisetas desta ropa: vnas pobladas de argenteria de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas: y algunas de plumas de aves: otras de solamente la manta. Para hacer estas ropas; tuvieron y

Manifestáronse los naturales igualmente diestros en otras artes mecánicas. En el Perú todo individuo debia saber los diversos oficios que se necesitan para cubrir las necesidades domésticas, y como estas eran tan pocas entre los sencillos vasallos de los Incas, no se necesitaba perder mucho tiempo en el aprendizage. Pero si á esto se redujesen sus adelantos en las artes, no serian muy grandes sin duda. Habia ademas individuos que se instruian perfectamente en aquellos oficios necesarios para satisfacer las necesidades de las clases acomodadas. Estos oficios, lo mismo que todas las demas profesiones, pasaban siempre en el Perú de padres á hijos;[13] la separacion de clases en este punto era tan rigurosa como en el Egipto, ó en el Hindostan. Si este sistema no era muy favorable á la originalidad, ó para dar vuelo al talento particular del individuo, á lo menos tenia la ventaja de que con la continua práctica desde la niñez, llegaba el artista á adquirir una facilidad estremada en la ejecucion perfecta de sus obras.[14]

En los almacenes reales y las *huacas* ó tumbas de los Incas, se han hallado muchos objetos de

tienen tan perfectas colores de carmesí, azul, amarillo, negro, y de otras suertes que verdaderamente tienen ventaja á las de España." Cieza de Leon, Crónica, cap. 114.

13 Ondegardo, Rel. Prim. y Seg., MSS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 5, c. 7, 9, 13.

14 A lo menos tal era la opinion de los Egipcios, que atribuian á esta division de castas su particular destreza en las artes. Diodoro de Sic., lib. 1, § 74.

un trabajo delicado y curioso. Hay entre ellos vasos de oro y plata, brazaletes, collares y otros adornos para las personas; utensilios de toda especie, algunos de barro fino, y la mayor parte de cobre; espejos de piedra dura pulimentada ó de plata bruñida; en suma un infinidad de objetos, muchos de ellos de formas caprichosas que revelan tanta ingeniosidad como gusto é inventiva. [15] La propension de los Peruanos era mas bien á la imitacion que á la invencion; á la finura y delicadeza del trabajo, mas que á la novedad y belleza de la forma.

Es ciertamente admirable que ejecutasen obras tan dificiles con solo las herramientas que conocian. Era fácil en comparacion fundir y aun esculpir las sustancias metálicas, y ambas cosas hacian con gran perfeccion; pero lo que no es facil de esplicar es, que con la misma facilidad cortasen las sustancias mas duras, como las esmeraldas y otras piedras preciosas. Sacaban gran cantidad de esmeraldas del estéril distrito de Atacama, y esta durísima materia parece que

15 Ulloa, Noticias Americanas, ent. 21.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 114.—Condamine, Mem., ap. Hist. de l'Acad. Roy. de Berlin, tom. II, p. 454.–456.

Este último escritor dice que en la tesorería real de Quito se conservó por mucho tiempo una copiosa coleccion de adornos de oro macizo de muy esquisito trabajo. Pero al ir allá para examinarlos, supo que acababan de fundirlos para enviarlos á Cartagena, sitiada entonces por los Ingleses. Solo á costa de todas las demas artes, puede progresar el arte de la guerra.

se ablandaba tanto entre las manos de los artistas del Perú como si fuera barro.[16] A pesar de todo esto, los naturales no conocian el uso del hierro, aunque abunda por todas partes en su territorio.[17] Sus herramientas eran de piedra, y mas comunmente de cobre; pero el material de que echaban mano para sus obras mas dificiles era una liga de cobre con una pequeña porcion de estaño.[18] De esta composicion resultaba un metal poco menos duro que el acero. Ayudados de él los artistas peruanos, no solo labraban el pórfido y granito, sino que con su paciencia y perseverancia, llevaban á cabo obras que los Europeos habrian temido emprender. Entre las ruinas de los monumentos de Cannar se ven cabezas de animales con una argolla movible en la nariz, todo primorosamente labrado de una sola pieza de granito.[19] Es digno de notarse que en sus progresos en la carrera de la civilizacion, ni los Egipcios, ni los Mejicanos, ni los Peruanos,

16 Tenian tambien turquesas, y hubieran tenido perlas, si no hubiese sido por la sensibilidad de los Incas, que no querian arriesgar las vidas de sus súbditos en tan peligrosa pesquería. A lo menos así lo afirma Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 8, c. 23.

17 "No tenian herramientas de hierro ni azero." Ondegardo, Rel. Seg., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 4

18 M. de Humboldt trajo consigo á su vuelta á Europa una de estas herramientas de metal; un cincel hallado en una mina de plata de los Incas, no lejos del Cuzco. Hecho el análisis se vió que contenia 0,94 de cobre y 0,06 de estaño. V. Vues des Cordilléres, p. 117.

19 "Quoiqu'il en soit" dice Mr. de la Condamine, "nous avons vû en quelques autres ruïnes des ornemens du même granit, qui représentoient des mufles

hayan descubierto el uso del hierro, que tenian en abundancia en sus paises respectivos, y que todos ellos, sin comunicarse unos con otros, hayan discurrido en su lugar una curiosa mezcla de metales, de que hacian herramientas poco menos duras que si fuesen de acero;[20] secreto que los civilizados Europeos han perdido, ó por mejor decir, nunca han descubierto.

He hablado ya de la gran cantidad de oro y plata que se labraba en objetos de lujo y utilidad para los Incas; aunque era poca en comparacion de la que podian haber producido las ricas minas del pais, y de la que despues ha estraido la codicia de los blancos, mas inteligente y menos escrupulosa. Los Incas recogian el oro en los depósitos de los rios. Tambien sacaban mucho mineral del valle de Curimayo al nordeste de Caxamalca, y de otros sitios, y los productos de las minas de plata de Porco en particular, eran muy considerables. Nunca pensaron sin embargo, en abrir tiros para penetrar en las entrañas de la tierra sino que se contentaban con hacer unas cuevas en las pendientes de las montañas, ó cuando mucho abrian un cañon horizontal de poca estension. Faltábales tambien el conocimiento de los métodos mas á propósito para separar el metal fino de la escoria con que se en-

d'animaux, dont les narines percés portoient des anneaux mobiles de la même pierre." Mém., ap. Hist de l'Acad. Roy. de Berlin, tom. II. p. 452.

20 Véase la Historia de la

cuentra mezclado, ni conocian las propiedades del azogue, (que no escasea en el Perú,) como agente para efectuar esta separacion. [21] Para fundir el metal se valian de unos hornos construidos en parages altos y descubiertos, donde soplasen con toda libertad las fuertes brisas de las montañas. En una palabra, los súbditos de los Incas con toda su constancia y aplicacion, no hicieron mas que penetrar la corteza que cubre las auríferas cavernas que yacen ocultas en las entrañas de los Andes. Pero con lo que recogian de la superficie tenian bastante para sus necesidades, porque ni eran un pueblo comerciante, ni conocian el uso de la moneda. [22] En esto se diferenciaban de los antiguos Mejicanos, que tenian una especie de moneda corriente de un valor constante. En un punto sí eran superiores á sus rivales de la otra América, pues que usaban de pesos para fijar la cantidad de sus mercaderías; cosa enteramente desconocida de los Aztecas. Que los Peruanos los tenian, se prueba con haberse encontrado balanzas de plata sumamente exactas en los sepulcros de los Incas. [23]

Conquista de Méjico, lib. 1, capítulo 5.

21 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 8, cap. 25.

22 Ibid., Parte 1, lib. 5, cap. 7; lib. 6, cap. 8.—Ondegardo, Rel. Seg., MS.

Esto, que á Bonaparte le parecia increible tratándose de la pequeña isla de Loo Ghoo, era mucho mas estraño en un imperio grande y floreciente como él Peru; el pais que encerraba en sus entrañas los tesoros que algun dia se habian de derramar por la Europa para formar la base de su immensa riqueza metálica.

23 Ulloa, Not. Amer., entret. 21.

Mas para juzgar de la civilizacion de un pueblo por las obras que de él nos quedan, no hay cosa mejor que recurrir á su arquitectura, ciencia que presenta un campo tan vasto para ostentar lo grande y lo bello, y que al mismo tiempo tiene una relacion tan estrecha con las comodidades de la vida. No hay cosa en que se prodiguen con mano mas franca las riquezas del poderoso, ó que despierte mas eficazmente el talento inventor del artista. El pintor y el escultor con solo su ingenio aislado, pueden producir obras de esquisita belleza; pero solamente en los grandes creaciones de la arquitectura es en donde en cierto modo se descubre el genio de la nacion. Los monumentos griegos, egipcios, sarracenos y góticos, ¡cuanto no esplican el caracter y condicion de los pueblos á que pertenecen! Los monumentos de la China, la India y Centro-América, revelan todas una nacion que todavía no ha llegado á su madurez; en donde el estudio no ha cultivado la imaginacion, y que por lo mismo, en sus mas felices concepciones, solo descubre aquellos esfuerzos irregulares para llegar á lo bello, propios de un pueblo semi civilizado.

Aunque en la arquitectura peruana se vean tambien en general los mismos indicios de un estado imperfecto, retiene sin embargo su carácter particular, y éste es tan uniforme, que todos los edificios que cubren el pais parecen hechos por

una misma mano.[24] Son generalmente de porfido y granito, y muchas veces de ladrillos. Estos eran unos trozos cuadrados, mucho mayores que nuestros ladrillos, hechos de un barro muy duro, mezclado con cañas ó yerbas gruesas, y con el tiempo se ponian tan duros que resistian igualmente á las lluvias y aun al sol devastador de los trópicos.[25] Las paredes eran muy gruesas, pero bajas, pues en general no se alzaban mas de doce á catorce piés, y rara vez se encuentran noticias de algun edificio que llegase á tener dos pisos.[26]

Las habitaciones no se comunicaban unas con otras, sino que por lo comun tenian la puerta por el pátio, y como no tenian ventanas ni aberturas que supliesen por ellas, la luz esterior solo podria entrar por el claro de la puerta. Las jambas de éstas se van acercando conforme suben, de manera que el dintel es mucho mas corto que el umbral, particularidad que se encuentra tambien en la arquitectura egipcia. La ma-

24 Es observacion de Humboldt. "Il est imposible d'examiner attentivement un seul édifice du temps des Incas, sans reconoître le même type dans tous les autres qui couvrent le dos des Andes, sur une longueur de plus de quatre cents cinquante licues, depuis mille jusqu'à quatre mille mètres d'élévation au dessus du niveau de l'Océan. On dirait qu'un seul architecte a construit ce grand nombre de monumens." Vues des Cordillères, p. 197.

25 Ulloa que examinó atentamente estos ladrillos, indica que para su composicion, tan superior bajo todos aspectos á la nuestra, debe haber habido algun secreto que se ha perdido. Not. Amer. ent., 20.

26 Ibid., ubi supra.

yor parte de los techos ha desaparecido con el tiempo: algunos quedan en los edificios mas insignificantes, de una estraña figura, á modo de campana, hechos de una mezcla de tierra y guijarros. Se supone, sin embargo, que en general los hacian de otros materiales mas frágiles, como paja ó madera. Lo cierto es que varios edificios de piedra de los mas notables, estaban techados con paja, y algunos parece que fueron construidos sin ninguna especie de mortero; y hay escritores que sostienen que los Peruanos no conocian mezcla ni argamasa de ninguna clase.[27] Pero en algunos edificios se advierte entre los intersticios del granito, un barro duro y pegajoso mezclado con cal, y en otros, donde las piedras están tan bien ajustadas que no admiten este grosero material, el ojo del anticuario ha descubierto una especie de pegamento bituminoso, tan duro como la misma roca.[28] Se advierte la mayor sencillez en la construccion de

27 V. entre otros Acosta, lib. 6, cap. 14, y Robertson, History of America, (London, 1796,) vol. III. p. 213.

28 Ondegardo, Rel. Seg., MS.—Ulloa, Not. Amer., ent. 21. Humboldt que analizó el cemento de los antiguos edificios de Cannar, dice que es una verdadera argamasa formada de una mezcla de guijarros y marga (Vues des Cordillères, p. 116.) El P. Velasco se extasía con "una especie de cemento imperceptible," hecho de cal y de una substaucia parecida á la cola, que se adheria á las piedras y las mantenia unidas como si fuesen una sola pieza, sin que la vista del observador vulgar pudiese percibirlo. Con esta composicion glutinosa mezclada con guijarros, hacian los Incas una especie de caminos *macadamizados*, tan duros y casi tan tersos como si fueran de mármol. Hist. de Quito. tom. I. pp. 126—128.

los edificios, que por lo comun no tienen ninguna adorno por fuera, aunque á veces las piedras están labradas en figura convexa con gran regularidad, y ajustadas con tanta exactitud que seria imposible conocer la union si nò fuese por las estrias. En otros, las piedras están en bruto, lo mismo que se sacaron de la cantera, sin forma alguna regular, y con solo los cantos labrados con el mayor esmero, de modo que ajusten perfectamente unas con otras. No se hayan vestigios de columnas ni arcos, aunque sobre estos últimos no deja de haber disputa. Lo que no tiene duda es, que aun cuando se acercasen algo á esta forma, dando mas ó menos inclinacion á las paredes, no conocian de modo alguno el verdadero principio del arco circular, compuesto de dovelas y apoyado en una clave.[29]

Los caracteres que distinguen la arquitectura peruana, dice un distinguido viajero, "son la sencillez, simetría y solidez."[30] Podria parecer contrario á la filosofia, el condenar el estilo peculiar de un pueblo como falto de gusto, solo porque su tipo del gusto es distinguido del nuestro. Sin embargo, en la composicion de los edificios peruanos se advierte una incongruencia tal

29 Condamine, Mem., ap. Hist. de l' Acad. Roy. de Berlin, tom. II. p. 448.—Antig. y Monumentos del Peru, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 4.—Acosta, lib. 6, cap. 14.—Ulloa, Voyage to S. America, vol. I. p. 469.—Ondegardo, Rel. Seg., MS.

30 "Simplicité, symétrie, et solidité, voilà les trois caracteres par lesquels se distinguent

que indica un conocimiento muy imperfecto de los primeros principios de arquitectura. Mientras que con el mas esquisito primor amontonában esas inmensas moles de porfido y granito, eran incapaces de ensamblar dos maderos, y no conociendo el hierro, no hallaron otro medio mejor de unir las vigas que atarlas con cuerdas de maguey. Era otro contraste chocante el ver un mismo edificio techado de paja, sin una ventana que le diese luz, y revestido por dentro de brillantes tapices de oro y plata! Estas son inconsecuencias de un pueblo inculto, en donde las artes solo han tenido un desarrollo parcial. No seria dificil encontrar ejemplos de semejantes anomalias en la arquitectura y economía doméstica de nuestros antepasados los anglo-sajones y normandos, y estos últimos en época posterior.

Mas sea lo que fuere, los edificios de los Incas eran acomodados al clima, y muy á propósito para resistir los terribles sacudimientos del pais de los volcanes. Lo acertado de su disposicion se evidencia por el número de los que aun existen, mientras que otras construcciones mas modernas de los Conquistadores, yacen por tierra convertidas en ruinas. La devastadora mano de los Conquistadores es cierto que ha pesado sobre estos venerables edificios, y con sus estúpidas y supersticiosas buscas de tesoros escondi-

avantageusement tous les édifices péruviens." Humboldt, Vues des Cordillères, p. 115.

dos, han hecho mil veces mas daño que el tiempo ó los terremotos.[31] Sin embargo, aun queda de estos monumentos lo bastante para llamar la atencion de los anticuarios; solo los mas visibles se han examinado, y segun las relaciones de los viageros, aun hay otros muchos en los lugares menos frecuentados del pais. Contentémonos con esperar que algun dia se despertará respecto de ellos, un espíritu de empresa, semejante al que con tan buen èxito ha explorado las mis-

31 El autor anónimo de las Antig. y Monumentos del Perú, MS., nos dá, de segunda mano, una de esas tradiciones doradas que en los primitivos tiempos fomentaban el espíritu de aventura. El piensa que en este caso la tradicion es digna de crédito. Dejemos al lector que juzgue por sí mismo.

"Es opinion bien fundada y generalmente recibida, que en la fortaleza del Cuzco hay un salon oculto en el que existe un inmenso tesoro, compuesto de las efigies de todos los Incas, hechas de oro. Todavía vive una señora, (Doña María Esquivel, esposa del último Inca,) que ha visitado este salon, y le he oido contar de que modo la llevaron á verlo.

"Don Cárlos, esposo de esta señora, no gastaba un tren correspondiente á su elevado rango. Reconveníale á veces por ello Doña María, diciendole que se habia engañado casándose con un triste indio, bajo el retumbante título de Señor ó Inca. Dijo esto tantas veces, que al fin una noche esclamó Don Cárlos: "¿quereis saber, señora, si soy rico ó pobre? Ya vereis como no hay señor ni rey en el mundo que tenga mas tesoros que yo." Vendándole entonces los ojos con un pañuelo, la hizo dar dos ó tres vueltas, y tomándola de la mano anduvieron una corta distancia, y quitóle el pañuelo. ¡Cuál fué su admiracion al abrir los ojos! Apenas habia andado unos cuantos pasos y bajado unos cuantos escalones, y se encontraba en un gran salon cuadrado en donde veia las estatuas de los Incas colocadas en bancos todo alrededor, cada una del tamaño de un muchacho de doce años, y todas de oro macizo. Vió igualmente muchos vasos de oro y de plata. "Cierto" decia ella, "era uno de los tesoros mas magníficos del mundo!"

teriosas soledades de Yucatán y Centro-América.

No me resuelvo á terminar este exámen del gobierno del Perú, sin añadir unas cortas reflexiones generales sobre su caracter y tendencia, y si en ellas se encuentran repetidas algunas observaciones que ya antes haya hecho, espero se me disculpará, pues mi deseo no es otro que dejar en la mente del lector una impresion clara y distinta.

Al practicar este exámen no podemos menos de notar la falta absoluta de semejanza entre estas instituciones y las de los Aztecas, que eran el otro pueblo que en el continente americano marchaba al frente de los demas en la senda de la civilizacion, y cuya monarquía era tan notable en la parte septentrional, la como de los Peruanos lo era en la meridional. Ambos pueblos llegaron á las elevadas llanuras de las cordilleras, y comenzaron su carrera de conquistas, probablemente en épocas no muy distantes una de otra.[33] Y es digno de notarse que las regiones altas de las cordilleras, hayan sido en la América el lugar escogido por la civilizacion, en uno y otro hemisferio.

Las dos naciones siguieron en su carrera militar una política muy diferente. Los Aztecas

33 Ante, cap. I.

animados de un inaudito espíritu de ferocidad, hacian una guerra de esterminio, señalando sus triunfos con el sacrificio de millares de cautivos; al paso que los Incas, aunque proseguian sus conquistas con igual tenacidad, preferian adoptar una política mas suave, sustituyendo la negociacion y la intriga á la violencia, y tratando á sus adversarios de manera que no quedasen privados de los medios de subsistir en lo venidero, y entrasen á formar parte del imperio como amigos, y no como enemigos.

El trato que daban á los pueblos conquistados no ofrece menor contraste, si se compara con el que acostumbraban darles los Aztecas. Los vasallos mejicanos se veian oprimidos de escesivos tributos y de frecuentes levas; no se atendia para nada á su bien estar, y llegaba la opresion hasta donde alcanzaban á sufrirla las fuerzas del oprimido. Manteníanles sujetos y en continuo temor con las fortalezas y guarniciones, y les hacian ver constantemente que no formaban una parte integrante de la nacion, sino que eran tan solo un pueblo conquistado y sometido á su yugo. Los Incas por el contrario, admitian desde luego á sus nuevos súbditos á la participacion de todos los derechos de que gozaba el resto de la nacion, y aunque les obligaban á conformarse con las leyes y usos antiguos del imperio, vigilaban con una especie de paternal solicitud sobre

su bienestar y seguridad personal. Ligada de este modo aquella heterogénea poblacion por el comun interes, estaba animada toda de un mismo espíritu de fidelidad, que daba nueva fuerza y estabilidad al imperio, á medida que iba ensanchando sus límites: no sucedia así con las tribus que sucesivamente iban sometiendo á su yugo los Mejicanos, porque como solo se mantenian unidas por la fuerza física, estaban dispuestas á separarse, tan pronto como esta fuerza llegase á faltar. En la política de las dos naciones se vé el contraste del principio del *temor*, comparado con el del *amor*.

No se parecian mas aquellos pueblos en los principales puntos de su sistema religioso. Todas las divinidades del Panteon Azteca participaban mas ó menos del espíritu sanguinario del terrible Dios de la guerra que las presidia, y su ridículo ceremonial terminaba casi siempre con sacrificios humanos y banquete de antropófagos. Los ritos de los Peruanos eran de naturaleza mas inocente, pues se dirigian á un culto mas espiritual. La adoracion de los cuerpos celestes es la que mas se aproxima á la del verdadero Dios, porque al verlos marchar por sus lucientes órbitas, parecen los emblemas mas apropiados de su beneficencia y poder.

Ambos pueblos manifestaron igual destreza en las obras pequeñas de las artes mecánicas; pero en

la construccion de grandes obras públicas, como caminos, acueductos, canales, &c., y en la agricultura con todos sus pormenores, eran infinitamente superiores los Peruanos. Es estraño que los dejasen tan atras sus rivales en sus esfuerzos para cultivar el entendimiento, y sobre todo en la astronomia y en el arte de comunicar las ideas por medio de caractéres visibles. Cuando consideramos el mayor adelanto de los Incas, y les vemos quedarse tan inferiores á sus rivales los Aztecas en estos puntos, solo podemos esplicarlo reflexionando, que segun todos los indicios, estos últimos debieron su ciencia á la raza que les precedió en aquel pais; raza misteriosa cuyo origen y cuyo paradero en vano se afana el historiador por averiguar; pero que pudo ser que para libertarse de sus feroces invasores, buscase un asilo en las regiones del centro de América, en donde hallamos en los restos de magníficos edificios, los mas bellos monumentos de la civilizacion indígena. A este pueblo mas culto es al que se asemejaban mas los Peruanos en su organizacion intelectual y moral, y á él debieran ser comparados. Si hubiese continuado estendiéndose el imperio de los Incas al paso que iba cuando sobrevino la invasion de los Españoles, las dos razas hubieran en breve venido á las manos, ó acaso habrian llegado á ser amigas.

Los Mejicanos y los Peruanos, tan diferentes

en el carácter de su civilizacion respectiva, ignoraban mútuamente su existencia, segun toda probabilidad; y es estraño que durante la existencia paralela de sus imperios ninguna de aquellas semillas de las ciencias y las artes, que pasan insensiblemente de unos pueblos á otros, se abriese camino á través del espacio que separaba las dos naciones. Ellas son un ejemplo interesante de las diversas direcciones que puede formar el entendimiento humano, en sus esfuerzos para salir de las tinieblas de la barbárie á la luz de la civilizacion.

Como ya he tenido ocasion de decirlo antes, puede hallarse aun mayor semejanza entre la forma de gobierno del Perú y la de varias monarquías absolutas del Asia oriental; de esos gobiernos en que el despotismo se presenta bajo formas mas suaves, y en que los pueblos reunidos bajo el dominio patriarcal del soberano, parecen mas bien miembros de una dilatada familia. Tales son, por ejemplo, los Chinos, á quienes se parecian los Peruanos en la ciega obediencia á la autoridad, en el carácter suave y algo obstinado, en la importancia que daban á las fórmulas esteriores, en su respeto á los antiguos usos, en su destreza para ejecutar obritas de poca importancia, en su inclinacion á imitar mas bien que á inventar, y en su inagotable pacien-

cia, que en la ejecucion de empresas difíciles suplia por otro espíritu mas emprendedor.[33]

Mayor era la semejanza con las naciones del Hindostan, en su division en clases, su adoracion de los cuerpos celestes y de los elementos naturales, y su conocimiento de los principios científicos de la agricultura. A los antiguos Egipcios se parecen tambien en los mismos puntos, así como en las ideas de una existencia futura que les hacia considerar de tanta importancia la conservacion de los cadáveres.

Lo que en vano buscaremos en la historia del Oriente, es una cosa que se parezca á la completa intervencion que tenian los Incas en todos los negocios de sus vasallos. La autoridad del Inca podria compararse con la del Papa en sus mejores dias, cuando los rayos del Vaticano hacian temblar toda la cristiandad, y el sucesor de San Pedro ponia el pié sobre las coronas de los príncipes. Pero el poder temporal de los Papas era nulo, y toda su autoridad la debian á la opinion. Los Incas se apoyaban en ambas cosas, Era una teocracia mas eficaz que la de los Judíos,

33 El conde Carli se ha entretenido en señalar los diversos puntos de contacto entre los Chinos y los Peruanos. El emperador de la China se tituleba *Hijo del Cielo* ó *del Sol*. Tambien tomaba el arado una vez al año en presencie do todo el pueblo para manifestar su respeto á la agricultura; y observaban los solsticios y equinoccios para determinar la época de sus fiestas religiosas. Las coincidencias son curiosas. Lettres Américaines, tom. II. pp. 7, 8.

porque si bien entre estos últimos la ley tenia igual autoridad, el intérprete y ejecutor de ella era un hombre como los otros, siervo y representante de la divinidad. El Inca no solo era el representante de la divinidad, ó su vicario en la tierra, como el Papa, sino la Divinidad misma: él era el legislador y la ley, y la violacion de sus mandatos era un sacrilegio. Jamas hubo sistema de gobierno apoyado en autoridad mas terrible, ni mas insoportable para los vasallos, porque no solo se mezclaba en las acciones públicas, sino en la conducta privada, en las palabras y hasta en los pensamientos de los súbditos.

No contribuia poco á la estabilidad y eficacia del gobierno, el que ademas del soberano, hubiese una nobleza hereditaria que tenia el mismo orígen divino, cuya nobleza, aunque muy inferior á él, era todavía infinitamente superior al resto de la nacion, no solo por su orígen, sino tambien por su organizacion intelectual, segun parece. Estos nobles eran los únicos depositarios del poder, y como una larga práctica de muchas generaciones les habia hecho familiarizarse con este encargo, y les habia grangeado un completo ascendiente entre la multitud, eran unos agentes diestros y muy propios para llevar á efecto las disposiciones del gobierno. Todo lo que acaecia en la inmensa estension del imperio, gracias al buen sistema de comunicaciones, pasaba, por

decirlo así, á los ojos del monarca, y mil brazos armados de una autoridad irresistible, estaban prontos en todas partes á ejecutar su voluntad. ¿No era éste, como hemos dicho, el mas gravoso, aunque el mas suave de los despotismos?

Era el mas suave, precisamente porque la posicion tan elevada del soberano y la sumision absoluta y hasta supersticiosa del pueblo á su voluntad, hacian inútil el sostenerla con actos de violencia y de rigor. La gran masa del pueblo debia aparecer á sus ojos como poco superior á los brutos destinados á servir á sus placeres. Pero por su mismo desvalimiento les miraba con ojos de piedad, como un amo compasivo mira los pobres animales puestos á su cuidado, ó mas bien para hacer justicia al caracter benéfico que se atribuye á muchos de los Incas, como un padre ve á su jóven y desvalida prole. Uno de los fines principales de las leyes eran su conservacion y bienestar. No se permitia que el pueblo se emplease en trabajos nocivos para su salud, ni que gimiese bajo el peso de cargas superiores á sus fuerzas; triste contraste con la suerte que le tocó despues. Jamas sufrió estorsiones públicas ni privadas, y con cariñosa prevision observaban sus necesidades proporcionándoles auxilios en la enfermedad y sustento en la salud. El gobierno de los Incas, aunque arbitrario en sus formas, era verdaderamente patriarcal en su espíritu.

En esto, sin embargo, no se encuentra cosa alguna favorable á la dignidad del hombre. Todo lo que el pueblo obtenia, era como un don gratuito y no como un derecho. Cuando una nacion entraba á formar parte del imperio de los Incas, se despojaba al punto de todos los derechos individuales, hasta de aquellos que mas caros son al hombre. Por consecuencia de su estraórdinaria política, un pueblo adelantado en civilizacion, diestro en las fábricas y la agricultura, no conocia el uso de la moneda, como hemos visto. No tenian cosa que mereciese el nombre de propiedad; no podian tomar ningun oficio, ni emprender ningun trabajo, ni permitirse ninguna diversion fuera de lo espresamente determinado por las leyes. No podian cambiar tampoco de residencia ni aun de traje, sin licencia del gobierno, y ni siquiera se les permitia lo que se concede en otros paises á las clases mas abatidas; el escoger sus mugeres con toda libertad. El exigente espíritu del despotismo no queria siquiera permitirles el ser felices ó desgraciados á su modo, sino conforme lo prescribian las leyes. La facultad del *libre albedrio*, derecho inestimable é innato de todo ser humano, no existia en el Perú.

El estraño mecanismo de la política peruana solo puede ser el resultado de la combinacion de la fuerza moral y la física en el gobernante, has-

ta un grado sin ejemplo en la historia del hombre? El que se haya mantenido en práctica con tan buen éxito y por tanto tiempo, en contradiccion contra el gusto, las preocupaciones y hasta los mismos principios de nuestra naturaleza, es una prueba de que la conducta del gobierno era en general sabia y moderada.

De la política que comunmente seguian los Incas para prevenir los males que podian trastornar el órden de cosas, son buena muestra las medidas que tomaron contra la pobreza y la ociosidad. En ellas veian, y con justicia, dos causas muy principales de descontento en una poblacion numerosa. El pueblo tenia precision de mantenerse en continua actividad, nó solo por los trabajos que tenia obligacion de desempeñar en sus casas, sino porque le empleaban en las grandes obras públicas que se encuentran por donde quiera en aquel pais, y que en su actual estado de decadencia todavía revelan su grandeza primitiva. Cierto que admira el ver que la dificultad natural de semejantes empresas, ya de por sí bien grande considerada la imperfeccion de sus máquinas y herramientas, la hacia crecer hasta un grado increible la política del gobierno. Los conquistadores españoles nos aseguran que los palacios de Quito fueron construidos con grandes trozos de piedra, de los que muchos fueron traidos desde el Cuzco por el

camino de las montañas, distancia de varios centenares de leguas.[34] La plaza principal de la capital estaba cubierta de una gruesa capa de tierra traida con grandísimo trabajo por las ásperas subidas de las cordilleras, desde las distantes costas del mar Pacífico.[35] La ley del Perú consideraba el trabajo no solo como un *medio*, sino como un *fin*.

Ya el lector conoce las diversas medidas que tomaron contra la pobreza. Eran tan acertadas, que en la inmensa estension del imperio, aunque ha

34 "Era muy principal intento que la gente no holgase, que dava causa á que despues que los Ingas estuvieron en paz hacer traer de Quito al Cuzco piedra que venia de provincia en provincia para hacer casas para sí ó para el Sol en gran cantidad, y del Cuzco llevalla á Quito para el mismo efecto, ... y asi destas cosas hacian los Ingas muchas de poco provecho y de escesivo trabajo en que traian ocupadas las provincias ordinariamente, y en fin el travajo era causa de su conservacion." Ondegardo, Rel. Prim., MS.—Tambien Antig. y Monumentos del Peru, MS.

35 Este era polvo de oro literalmente hablando, porque Ondegardo refiere, que cuando era corregidor del Cuzco, hizo desenterrar, de aquella arena un sinnúmero de vasos y adornos de oro, que habian escondido los naturales. "Que toda aquella plaza del Cuzco le sacaron la tierra propia, y se llevó á otras partes por cosa de gran estima, é la hincheron de arena de la costa de la mar, como hasta dos palmos y medio en algunas partes, mas sembraron por toda ella muchos vasos de oro é plata, y hovejuelas y hombrecillos pequeños de lo mismo, lo qual se ha sacado en mucha cantidad, que todo lo hemos visto; desta arena estaba toda la plaza, quando yo fuí á governar aquella ciudad; é si fué verdad que aquella se trajo de ellos, afirman é tienen puestos en sus registros, paresciendo que sea ansí, que toda la tierra junta tubo necesidad de entender en ello, porque la plaza es grande, y no tiene número las cargas que en ella entraron; y la costa por lo mas cerca está mas de noventa leguas á lo que creo, y cierto yo me satisfice, porque todos dicen que aquel genero de arena, no lo hay hasta la costa." Rel. Seg., MS.

bia muchos lugares absolutamente estériles, ningun individuo, ni aun el mas despreciable, padecia falta de alimento ó de vestido. El hambre, azote tan comun en todas las demas naciones americanas, y aun en los paises civilizados de Europa en aquellos tiempos, era un mal desconocido en los dominios de los Incas.

Los mas ilustrados de entre los primeros Españoles que abordaron al Perú, asombrados al considerar el aspecto de abundancia y prosperidad que presentaba el pais, y el admirable orden que reinaba en todas las cosas, no escasean sus muestras de admiracion. En su opinion no podia haberse discurrido mejor gobierno para aquel pueblo. Contentos con su suerte y estraños á los vicios, para usar de las palabras de un distinguido escritor de aquellos tiempos, el carácter suave y docil de los Peruanos era muy propio para recibir las lecciones del cristianismo, si el pecho de los Conquistadores se hubiese abrasado en celo por su conversion, y no en deseos de adquirir oro; [36] y un filósofo de tiem-

36 "Y si Dios permitiera que tubieran quien con celo de Cristiandad, y no con ramo de codicia, en lo pasado, les dieran entera noticia de nuestra sagrada Religion, era gente en que bien imprimiera, segun vemos por lo que ahora con la buena ordenanza que hay se obra." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 22.

Pero el testimonio mas espreso de las virtudes de aquel pueblo, es el de Mancio Sierra Leguizamo, el último de los conquistadores españoles que se radicaron en el Perú. En el preámbulo de su testamento, hecho, segun dice para descargar su conciencia á la hora de la muerte, declara que en tiempo de los

pos mas recientes, entusiasmado á vista de la pintura de prosperidad pública y de felicidad privada en tiempo de los Incas, que su misma fantasía habia trazado, no se detiene en exclamar que "el hombre *moral* del Peru era infinitamente superior al Europeo." [37]

Sin embargo, semejantes consecuencias dificilmente pueden conciliarse con la teoria de gobierno que he tratado de analizar. Donde no hay *libre albedrio* no puede haber moralidad; donde no hay tentacion, es de poco mérito la virtud. Cuando la ley prescribe todos los pasos y acciones, á la ley y no al hombre debe atribuirse lo bueno que haya en la conducta. Si aquel gobierno es mejor que menos se hace sentir; que solo usurpa de la natural libertad de los súbditos lo muy preciso para la sociedad; entonces, de todos los gobiernos que ha inventado el hombre,

Incas aquella gente se distinguia por su sobriedad y aplicacion al trabajo; que los robos y los hurtos eran desconocidos; que lejos de tener una vida licenciosa, no habia en todo el pais una sola prostituta, y que en todo reinaba el mayor órden y la mas completa sumision á la autoridad. Este elogio es casi imposible aplicarlo á una nacion entera, é induce á sospechar, que lleno de remordimientos por el trato que habia dado á los naturales, le parecian sus buenas cualidades mayores de lo que efectivamente lo eran. Sea como fuere, el testimonio de un hombre de esta clase y en aquel tiempo, es demasiado notable y demasiado honorífico para los Peruanos, para que lo pase en silencio el historiador, y por lo mismo he insertado el documento original en el Apéndice núm. 4.

37 "Sans doute l'home moral du Pérou étoit infiniment plus perfectioné que l'Européen." Carli, Lettres Américaines, tom. I. p. 215.

el del Perú es el que menos merece nuestra admiracion.

No es fácil comprender el carácter ni toda la influencia de un sistema social tan contrario al de nuestra república libre, en la que todo hombre, por baja que sea su condicion, puede aspirar á los primeros puestos del estado, elegir su carrera y labrar su fortuna á su modo; en que la luz del saber, en vez de concentrarse sobre unos pocos escojidos, se difunde como la luz del dia, é ilumina igualmente á los pobres y á los ricos; en donde el choque de unos hombres con otros despierta una generosa emulacion, saca á luz talentos ocultos, y hace que pongan en ejercicios todas sus facultades; en donde la conciencia de su libertad produce una confianza en sí mismo desconocida de los tímidos vasallos del despotismo; en donde, por decirlo de una vez, el gobierno se ha hecho para el hombre, y no como en el Perú en donde el hombre parecia hecho para el gobierno. El Nuevo-Mundo es el teatro en que se ha ensayado la práctica de estos dos sistemas políticos, de tan opuesto caracter. El imperio de los Incas ha pasado sin dejar rastro de sí; la otra esperiencia sigue todavía su marcha: ella ha de resolver el problema tanto tiempo disputado en el Viejo Mundo, de la capacidad de los hombres para gobernarse; y ¡ay de la humanidad si se malogra!

El testimonio de los Conquistadores Españoles no está de acuerdo sobre la influencia favorable que las leyes del Perú ejercian en el carácter del pueblo. Dicen que la bebida y el baile eran los placeres que amaban con esceso. A semejanza de los siervos y esclavos de otras naciones, cuya condicion les impedia entregarse á ocupaciones mas sérias y mas nobles, tuvieron que sustituirlas con otras distracciones frívolas ó sensuales. Uno, cuya pluma no es muy favorable á los Indios, pero que los vió en tiempo de la Conquista, los califica con los epítetos de holgazanes disolutos, é incontinentes. [38] El espíritu de independencia, sin duda que no podia ser muy vivo en un pueblo que no tenia arraigo alguno ni derechos personales que defender, y la facilidad con que cedieron á los invasores, (aun teniendo en consideracion su inferioridad respectiva,) indica una falta lamentable de aquel sentimiento de patriotismo, que considera la vida como poca cosa comparada con la libertad.

Pero no debemos juzgar con demasiada dureza á los infelices naturales por haber cedido al

38 "... emborrachábanse muy á menudo, y estando borrachos todo lo que el demonio les traia á la voluntad hacian. Eran estos orejones muy soberbios y presuntuosos .... Tenian otras muchas maldades, que por ser muchas no las digo." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Estos ramalazos del severo conquistador manifiestan una ignorancia demasiado crasa de las instituciones de aquel pueblo, para que merezcan mucha confianza en lo que tocan á su carácter.

torrente de la civilizacion europea. No debémos desconocer los importantes resultados positivos que consiguió el gobierno de los Incas. No debemos olvidar que bajo su dominio, el mas infeliz del pueblo gozaba mayor suma de bienestar personal, á lo menos mayor alivio de padecimientos físicos, que las mismas clases en otras naciones de América; mayor acaso que gozaban los individuos de su esfera en muchos de los paises de la Europa feudal. Las clases privilegiadas del pais hicieron bajo su gobierno grandes adelantos en muchas de las artes que distinguen á un pueblo culto. Echaron los cimientos de un gobierno regularizado, que en aquellos siglos de violencia procuró á sus súbditos los inestimables bienes de la paz y la seguridad. La constante política de los Incas fué sacando de sus guaridas á las tribus salvages de los bosques, y agregándolas á los dominios de la civilizacion; y con estos materiales formaron un floreciente y poderoso imperio, como no se encuentra otro en la dilatada estension del continente americano. Los defectos de su gobierno eran los de una legislacion demasiado sutil y complicadas; defectos que eran sin duda los que menos podia temerse encontrar entre los indígenas de América.

NOTA.—No me ha parecido necesario alargar esta Introduccion entrando en un exámen del ori

gen de la civilizacion peruana, como el que acompañé á la historia de la civilizacion mexicana. La historia del Perú presenta sin duda muchas analogías con mas de una nacion del Oriente, de las que dejo apuntadas algunas; bien que las produzco no como pruebas evidentes de un orígen comun, sino porque son una muestra de las coincidencias que pueden resultar naturalmente entre diversas naciones que han llegado al mismo punto de civilizacion. Estas coincidencias no son ni tan numerosas ni tan notables como las que presenta la historia azteca. La que se encuenta en la astronomía de los Mejicanos vale por sí sola mas que todas las otras. Siguiendo hasta donde alcanza la luz que nos prestan las analogías de las leyes de los Incas, las vemos dirigirse hácia el mismo rumbo; y como semejante averiguacion produciria muy pocas cosas que sirviesen para confirmar ó variar en algun punto sustancial el juicio formado en la anterior disertacion, no me ha parecido conveniente cansar con ella al lector.

Entre los escritores de que me he valido para formar esta Introduccion de mi obra, los dos mas distinguidos son Juan de Sarmiento, y el Licenciado Ondegardo. Del primero no he podido recoger otras noticias, fuera de las que se encuentran en sus propios escritos. En el encabeza-

miento de su manuscrito se titula Presidente del Consejo de Indias; empleo de grande importancia y que indica en la persona una gravedad de carácter y una oportunidad de adquirir noticias, que hacen dignas de grande confianza sus opiniones sobre asuntos de las colonias.

Sarmiento aumentó mucho sus conocimientos en estas materias con la visita que hizo á las colonias durante la administracion de Gasca. Habiendo formado el proyecto de escribir una historia de las antiguas leyes del Perú, fué al Cuzco en 1550, segun nos refiere, y allí obtuvo los materiales para su relacion de boca de los mismos naturales. Su posicion le permitia acudir á las fuentes mas auténticas, y recogió de los nobles Incas, los mas instruidos de la raza conquistada, las tradiciones relativas á sus leyes y á su historia nacional. Los quipos solo eran como un imperfecto arte mnemónico, segun ya hemos visto, muy inferior á los geroglíficos mejicanos, y que requería una dedicacion continua; únicamente por medio de ella podian ser de alguna utilidad para la historia; y el arte de descifrar estos nudos se vió con tal abandono despues de la conquista, que los antiguos anales del pais habrian perecido con la generacion única depositaria de ellos, á no haber sido por los esfuerzos de algunos hombres ilustrados, que, como Sarmiento, conocieron la importancia de comunicarse con

los naturales en aquel periodo crítico, para que revelasen el contenido de sus misteriosos anales.

Para dar mayor autenticidad á su obra, viajó Sarmiento por todo el pais, examinó con sus propios ojos los objetos mas interesantes, y así pudo verificar por sí mismo, hasta donde era posible, las noticias que le dieron los naturales. El resultado de sus trabajos fué la obra titulada: "Relacion de la sucesion y gobierno de los Ingas señores naturales que fueron de las Provincias del Perú, y otras cosas tocantes á aquel reino, por el Illmo. Señor Don Juan Sarmiento, Presidente del consejo Real de Indias."

Está la obra dividida en capítulos y comprende en el manuscrito cosa de cuatrocientas páginas en folio. La introduccion está ocupada con las historias tradicionales del origen y primeros reinados de los Incas, llenas como siempre sucede en las antigüedades de un pueblo bárbaro, de fábulas á cual mas estravagantes. Sin embargo, estas pueriles invenciones son una mina inagotable para los anticuarios, que se han empeñado en descifrar las oscuras alegorías que unos sacerdotes astutos han inventado para simbolizar los misterios de la creacion, que no alcanzaban á comprender. Pero Sarmiento se contenta por fortuna, con referir simplemente las fabulas tradicionales, sin tener la ridícula ambicion de esplicarlas.

Desde estas regiones imaginarias desciende Sarmiento á tratar de la forma de gobierno de los Peruanos, de su antigua política, de su religion, de sus progresos en las artes, especialmente en la agricultura, y presenta una acabada pintura de la civilizacion á que habian llegado bajo la dinastía de los Incas. Esta parte de su obra, como descansa en las mejores autoridades, confirmadas en muchos puntos por sus propias observaciones, es sin duda importantísima, y está escrita al parecer con tanto respeto á la verdad, que inspira plena confianza al lector. La última parte del manuscrito está destinada á la historia civil del pais. Pasa con rapidez por los reinados de los primeros Incas, que quedan fuera de los estrechos dominios de la historia; pero es mas difuso al llegar á los tres últimos reyes, que por fortuna son los mayores príncipes que ocuparon el sólio del Perú. Ya este era terreno firme para el cronista, comparativamente hablando, porque los sucesos eran demasiado recientes para estar desfigurados por las consejas del vulgo, que brotan en torno de cualquier acontecimiento de los tiempos antiguos. Su relacion termina al llegar á la invasion de los Españoles, porque segun Sarmiento, la historia de ésta podia quedar á cargo de sus contemporáneos que figuraron en ella; pero cuyo gusto y educacion no eran muy á propósito para esplorar las antigüedades y organizacion social de los indígenas.

La obra de Sarmiento está escrita en un estilo claro y sencillo sin aquel prurito de flores retóricas tan comun en sus paisanos. Escribe de buena fé, y al mismo tiempo que hace cumplida justicia al mérito y capacidad de las razas conquistadas, habla con indignacion de las atrocidades de los Españoles y de las tendencias desmoralizadoras de la conquista. Podria creerse, á la verdad, que forma una idea demasiado elevada de los progresos de la nacion bajo el gobierno de los Incas; y es probable, que admirado al descubrir en ella las huellas de una civilizacion primitiva, se prendó de su asunto, y por eso le vistió con colores demasiado vivos para los ojos de los Europeos. Pero esta es una falta casi recomendable de que no participaron mucho los bruscos conquistadores, que echaron por tierra cuanto hallaron establecido en el pais, y nada encontraron que admirar en él, como no fuese su oro. Debe convenirse ademas, que Sarmiento no trata de engañar al lector de modo alguno, y distingue lo que refiere de oidas de lo que vió por sí mismo, con mas cuidado que el mismo padre de la historia.

No se halla tampoco el historiador español de todo punto libre de la supersticion propia de su tiempo, y muchas veces le vemos atribuir á la intervencion inmediata de Satanás aquellos efectos que podian achacarse con igual fundamento

á la perversidad humana. Pero estas ideas eran comunes en aquel siglo y participaban de ellas los hombres mas sabios qne en él florecieron; es pues, exigir demasiado de un hombre el pedirle que sea mas sábio que la generacion á que pertenece. Es bastante decir en elogio de Sarmiento, que en un siglo en que con tanta frecuencia andaba unida la supersticion al fanatismo, él parece haberse libertado de este contagio. Su corazon se conduele de los desgraciados indígenas, y sin que brille en su lenguage el entusiasmo religioso del misionero, revela el alma generosa de un filántropo que mira como á hermanos tanto á los conquistados como á los conquistadores.

A pesar de la importancia de la obra de Sarmiento por las noticias que proporciona del Perú en tiempo de los Incas, es muy poco conocida los historiadores la han consultado raras veces, y todavia permanece entre los manuscritos inéditos, que como diamantes en bruto duermen en os polvosos salones del Escorial.

El licenciado Polo de Ondegardo, que es el otro escritor de que hice mencion al principio, era un respetable jurista, cuyo nombre figura á menudo en los sucesos del Perú. No he podido averiguar en qué tiempo arribó por primera vez al país; pero ya estaba allí á la llegada de Gasca y se mantuvo en Lima durante la usurpacion de Gonzalo Pizarro. Cuando el astuto Cepeda

trató de recoger las firmas de los vecinos para el instrumento en que se proclamaba la soberanía de su gefe, vemos á Ondegardo ponerse al frente de sus compañeros de profesion para resistir á sus pretensiones. Á la llegada de Gasca, consintió en ser empleado en el ejército. Terminada la rebelion, fué nombrado corregidor de la Plata, y despues del Cuzco, en cuyo horífico puesto parece que se conservó muchos años. El ejercicio de sus funciones judiciales le puso en estrecha comunicacion con los Indios, y así tuvo una buena oportunidad de estudiar sus antiguas leyes y costumbres. Supo conducirse con tal prudencia y moderacion, que no solo ganó la confianza de sus paisanos, sino tambien la de los Indios; sin que el gobierno descuidase de aprovecharse de su larga esperiencia al dictar las medidas mas apropósito para la buena administracion de las colonias.

Las *Relaciones*, tantas veces citadas en esta historia, se escribieron á instancias de los vireyes: la primera va dirigida al Marqués de Cañete, en 1561, y la segunda, diez años despues, al conde de Nieva. Las dos juntas abultan tanto como el manuscrito de Sarmiento, y la segunda, escrita tanto tiempo despues de la primera, se resiente ya de la avanzada edad del autor, y es visible en ella el descuido y desaliño de la redaccion.

Como estos documentos están escritos en forma de respuestas á los interrogatorios formados por el gobierno, podria parecer que los asuntos que se tratan, no tendrán la variedad y estension que pudiera desear el historiador moderno. Las preguntas ciertamente, se refieren en lo principal, á las rentas, tributos, &c., en una palabra, á la administracion financiera de los Incas, y sobre estos puntos oscuros son mas circunstanciados los informes de Ondegardo. Pero la ilustrada curiosidad del gobierno abrazaba una esfera mas dilatada, y en las respuestas tenian que ir inclusas muchas noticias sobre la política interior de los Incas, sus leyes, costumbres sociales, religion, ciencias y artes, en una palabra sobre todos los elementos de la civilizacion. Las memorias de Ondegardo abrazan por tanto, todo el campo de las investigaciones de un historiador filósofo.

Al tratar estos diversos asuntos, descubre Ondegardo tanta sagacidad como erudicion. Nunca esquiva la discusion por dificil que sea, y si bien asienta sus conclusiones con cierto aire de modestia, desde luego se echa de ver que está bien persuadido de haber sacado sus informes de las fuentes mas auténticas. Lo fabuloso deja á un lado con desprecio; decide sobre el grado de probabilidad de los hechos que refiere, y donde no ba podido llegar hasta la evidencia, así lo

espone con la mayor buena fé. Lejos de dejarse arrebatar del entusiasmo como un misionero bien intencionado, pero crédulo, avanza con el paso mesurado y firme de un abogado, para quien no es desconocido el laberinto de los testimonios contradictorios y la inseguridad de la tradicion oral. Este modo circunspecto de proceder y la moderacion de sus juicios, le hacen digno de ser preferido, como autoridad, á la mayor parte de sus paisanos que han tratado de las antigüedades de los Indios.

Todos sus escritos respiran humanidad, la que se manifiesta mas particularmente en lo sensible que parece á las miserias de los infelices naturales, á cuya antigua civilizacion hace plena justicia hasta donde lo merece; denunciando al mismo tiempo, sin temor alguno, así como Sarmiento, los escesos de sus compatriotas, y confesando la negra mancha que han echado en el honor de su nacion. Pero al mismo tiempo que esta censura es el fundamento principal para condenar á los conquistadores, pues viene de boca de un Español como ellos, tambien prueba que la España producia en aquel siglo de violencia, hombres buenos y sábios que se negasen á formar causa comun con la licenciosa canalla que les rodeaba. Hay á la verdad, en estas mismas relaciones, pruebas bastantes de los incesantes esfuerzos del gobierno colonial, desde el

gobierno del buen virey Mendoza en adelante, para impartir proteccion y asegurar los bienes de una suave legislacion á los infelices naturales. Pero los endurecidos Conquistadores y los colonos, cuyo corazon solo el oro podia ablandar, eran un obstáculo casi insuperable á sus esfuerzos.

Los escritos de Ondegardo tienen la apreciable circunstancia de estar exentos de la supersticion que era el oprobioso patrimonio de aquellos tiempos: supersticion que consistia en la facilidad en creer lo maravilloso, sea que se tratase de historias de cristianos, ó de gentiles; pues que el ojo de la credulidad descubre tan pronto en las primeras la mano del Todopoderoso, como en las últimas la astucia de Satánas. Esta facilidad en admitir la intervencion de los espíritus, sean buenos ó malos, es uno de los caracteres que distinguen á los escritos del siglo XVI, y nada podia haber mas contrario al verdadero espíritu de las investigaciones filosóficas, ni menos conciliable con una crítica racional. Lejos de incurrir Ondegardo en esta debilidad, va derecho y sin detenerse á su asunto, estimando las cosas en lo que valen, por las sencillas reglas del sentido comun. Siempre conserva á la vista el principal fin de lo que vá escribiendo, y no se permite, como los parleros cronistas de aquella época, el distraerse en una

multitud de episodios inconexos que confunden al lector, sin servirle para nada.

Las memorias de Ondegardo no solo tratan de las antigüedades del pais, sino de su condicion en la época en que escribia, y de los mejores medios de remediar los infinitos males que le afligian bajo el duro gobierno de sus conquistadores. Sus indicaciones están llenas de sabiduría, y aconseja una política suave que conciliase los intereses del gobierno con la prosperidad y bienestar del último de sus vasallos. De este modo, al mismo tiempo que sus indicaciones informaban á sus contemporáneos del estado actual de los negocios, el historiador moderno no le debe menos por sus noticias de los tiempos pasados. Herrera consultó con frecuencia su manuscrito, y cuando el lector recorre las páginas del erudito historiador de las Indias, está disfrutando, sin saberlo, los trabajos de Ondegardo. Sus apreciables *Relaciones* sirvieron de este modo para las generaciones futuras, aunque nunca han obtenido el honor de la impresion. La copia que poseo, así como la del manuscrito de Sarmiento, la debo al laborioso bibliógrafo Mr. Rich: ambas pertenecian á la magnífica coleccion del Lord Kingsborough; nombre que debe respetar siempre todo literato, por sus constantes esfuerzos para ilustrar las antigüedades de América.

Debe observarse que los manuscritos de Ondegardo, carecen de su firma; pero en ellos se encuentran alusiones á varios sucesos de la vida del escritor que no dejan duda de que á él deben atribuirse. En el archivo de Simancas existe una copia duplicada de la *Relacion Primera* (*), aunque sin nombre de autor, lo mismo que la del Escorial. Muñoz la atribuye á Gabriel de Rojas, conquistador distinguido. Este es evidentemente un error, porque el autor del manuscrito declara ser el mismo Ondegardo, con decir, en su respuesta á la quinta pregunta, que él fué quien descubrió las momias de los Incas en el Cuzco; hecho que tanto Acosta como Garcilaso atribuyen al Licenciado Polo de Ondegardo, cuando fué corregidor de aquella ciudad. Si los Académicos de Madrid incluyesen en lo sucesivo estas *Relaciones* en su coleccion de manuscritos preciosos que están publicando, deben tener cuidado de no caer en este error, llevados de la autoridad de un crítico como Muñoz, que tan raras veces se equivoca en sus juicios.

(*) Esta relacion ha sido publicada en francés por M. Ternaux en la coleccion titulada: "Nouvelles Annales des Voyages, de la géographie et de l'histoire," tom. 103.—T.

LIBRO SEGUNDO.

DESCUBRIMIENTO DEL PERU.

LIBRO SEGUNDO.

Descubrimiento del Perú.

CAPITULO I.

CIENCIA DE LOS ANTIGUOS Y DE LOS MODERNOS.—ARTE DE LA NAVEGACION.—DESCUBRIMIENTOS MARÍTIMOS.—ESPÍRITU DE LOS ESPAÑOLES.—POSESIONES EN EL NUEVO-MUNDO.—RUMORES SOBRE EL PERU.

Cualquiera que sea el juicio que se forme sobre el mérito comparativo de los antiguos y de los modernos en las artes, la poesía, la elocuencia, y en todo lo que depende de la imaginacion, no puede haber duda que en las ciencias tienen que ceder la palma á los modernos. Y no podia ser de otro modo. En los primitivos tiempos del mundo, así como en los primeros años de la vida, habia una cierta frescura en la hermosa mañana de la existencia; los objetos que se presentaban á la vista tenian todo el brillo de la novedad; la belleza hacia mayor impresión en los sentidos, no embotados aun por el uso contínuo, y el entendimiento, guiado por un gusto puro y natural, aun no se encontraba corrompido por

las teorías filosóficas; lo sencillo andaba por precision unido con lo bello, y el espíritu de epicurismo, originado de la saciedad, aun no habia comenzado á buscar nuevos incentivos en lo fantástico y caprichoso. Los vastos dominios de la fantasía estaban todavía por esplorar; no se habian recogido aun sus mas brillantes flores, ni éstas se habian marchitado al áspero toque de los que se figuraban cultivarlas. El ingenio no estaba ligado á la tierra por las frias y convencionales reglas de la crítica, sino que con sus álas libres podia remontar su magestuoso vuelo y recorrer el inmenso campo de la creacion.

Mas no sucedia lo mismo con las ciencias. Era dificil que hubiese ingenio capaz de observar todos los hechos, y mucho menos que pudiese crearlos. No habia otro camino que irlos recogiendo poco á poco con trabajo y paciencia, segun fuesen resultando de una detenida observacion y de la esperiencia. El ingenio, sin duda que podia clasificar y combinar estos hechos de un modo nuevo, y deducir de sus combinaciones consecuencias nuevas é importantes; y en estos trabajos casi podia llegar á rivalizar en originalidad con las creaciones del poeta y del artista. Pero si la marcha de las ciencias era por precision lenta, tambien era firme y constante, sin admitir ningun paso retrógrado. Las artes pueden decaer; enmudecen las musas; las facultades in-

telectuales de una nacion llegan á caer en una especie de letargo; la nacion misma puede desaparecer sin dejar mas que el recuerdo de su existencia; pero los tesoros científicos, una vez recogidos, permanecen para siempre. Cuando otras naciones aparecen en la escena y la civilizacion toma nuevas formas, los monumentos del arte y las obras de imaginacion, producto de tiempos pasados, son un obstáculo con que se tropieza en la senda del progreso. Sobre ellos nada se puede edificar, y ocupan un terreno que de buena gana aprovecharia el nuevo aspirante á la inmortalidad. Así pues, no hay otro arbitrio que comenzar de nuevo la obra desde el principio, y es preciso que nuevas formas de belleza, no importa que su mérito sea mayor ó menor, con tal que sean diversas de las pasadas, aparezcan y vengan á colocarse al lado de éstas. Pero en las ciencias cada piedra que se asienta sirve de base para otra. La generacion que llega prosigue la obra desde donde la dejó la pasada. Nada de retroceso; la nacion podrá volver atrás, pero la ciencia sigue hácia adelante. Cada paso que llega á darse hace mas fácil la subida para el que viene detras; el constante investigador de la verdad va subiendo hácia los cielos paso á paso, y conforme asciende, su horizonte se ensancha, y se descubre á su vista el universo bajo un aspecto nuevo y mas brillante.

La geografia participaba como era natural, de las tinieblas que en los primeros siglos rodeaban todos los otros ramos de las ciencias. El conocimiento de la tierra solo podia provenir de un comercio dilatado, y ya se sabe que el comercio se funda en las necesidades facticias de un pueblo, ó en una curiosidad ilustrada, poco compatible con la primitiva condicion de la sociedad. En la infancia de las naciones, ocupadas las diversas tribus en sus querellas domésticas, rara vez tenian ocasion de estender sus escursiones mas allá de la cadena de montañas ó del caudaloso rio, que formaban el límite natural de sus posesiones. Es verdad que se cuenta de los Fenicios que navegaron mas allá de las columnas de Hércules, y se engolfaron en el grande océano occidental; pero las aventuras de estos antiguos viageros pertenecen á las fabulosas leyendas de la antigüedad, y quedan fuera del alcance de los monumentos históricos dignos de fé.

Los Griegos, inquietos, arrojados y diestros en las artes mecánicas, tenian muchas de las circunstancias que se requieren para ser buenos navegantes, y dentro de los límites de su pequeño mar interno cruzaron por todas partes sin temor. Las conquistas de Alejandro fueron aun mas útiles para ensanchar los conocimientos geográficos, y abrir las comunicaciones con los paises

lejanos del oriente; pero la marcha de un conquistador es lenta comparada con la del viagero que no lleva tantos estorbos. Los Romanos eran menos emprendedores todavía que los Griegos, y menos mercantiles. Las adiciones á la masa de conocimientos geográficos siguieron el mismo paso que las adquisiciones del imperio. Pero su sistema propendia siempre á centralizar, y en lugar de estenderse y alejarse en solicitud de nuevos descubrimientos, todas las partes de aquel vasto imperio se volvian hácia la capital, como su cabeza y punto céntrico de atraccion. El conquistador romano seguia su marcha por tierra y no por agua, y el agua es el gran camino que une las naciones, y el verdadero elemento del descubridor. Los Romanos no eran una nacion marítima. A la caida de su imperio, la ciencia geográfica no pasaba de un conocimiento imperfecto de la Europa, y eso sin incluir su parte septentrional, y de una pequeña porcion del Asia y del Africa; sin que tuviesen otra idea de un nuevo mundo al otro lado de las aguas occidentales, mas de la que podia darles la afortunada prediccion del poeta. [1]

1 La conocida prediccion de Séneca en su Medea, es acaso la mas notable profecía casual de que hay memoria, porque no solo anuncia con toda confianza que se ensancharian los límites del mundo conocido, sino la existencia de un *Nuevo Mundo* al otro lado de las aguas, que saldria á luz en los siglos venideros.

"Quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque Novos
Detegat Orbes."

Acertó el golpe el filósofo mas bien que el poeta.

Vino luego la edad media; esos siglos tenebrosos como les llaman, aunque en sus tinieblas se maduraron las semillas del saber, que en la plenitud de los tiempos habian de producir una civilizacion nueva y mas ilustre. La organizacion de la sociedad vino á ser mas favorable á la ciencia geográfica. En vez de formar un solo imperio, degenerado y entorpecido por su misma desmesurada grandeza, la Europa se dividió en varios estados independientes; y como mucho adoptaron una forma de gobierno liberal, sintieron todos los impulsos naturales en hombres libres; y las pequeñas repúblicas del Mediterráneo y del Báltico vomitaron enjambres de marineros, que tratando de establecer un comercio útil, ligaron mútuamente todos los paises situados á orillas de los mares de Europa.

Pero los adelantos que se fueron haciendo en el arte de la navegacion, el método de computar el tiempo con mas exactitud, y sobre todo el descubrimiento de las propiedades de la aguja magnética, dieron grande impulso á la ciencia de la geografia. En vez de arrastrarse tímidamente á lo largo de las costas, ó de limitar sus expediciones á los estrechos límites de los mares mediterráneos, podia ya el viagero desplegar atrevidamente sus velas y engolfarse en el abismo, seguro de tener una guia que le condujese, sin temor de estraviar su camino en la inmensa

estension de sus aguas. Contando con este apoyo, comenzaron á despertarse deseos de viajar por un rumbo nuevo, y el marinero volvia ya la vista hácia otra senda que le condujese á las islas de las especias, por un via distinta de la que seguian las caravanas del oriente, atravesando el continente asiático. Las naciones en que se despertó primero el ansia de los descubrimientos, fueron naturalmente la España y Portugal, que eran como las centinelas avanzadas del continente europeo y dominaban el gran teatro de los futuros descubrimientos.

Ambas naciones comprendieron toda la importancia de su nueva posicion. Durante todo el siglo XV no cesó la corona de Portugal de hacer esfuerzos para hallar un paso al Océano Indico, doblando la punta meridional del Africa; pero los navegantes eran aun tan tímidos que en cada promontorio encontraban una formidable barrera y hasta fines del siglo no fué cuando el arrojado Diaz casi dobló el cabo que llamó de las Tormentas, aunque el rey Juan II, con mas feliz augurio, le nombró cabo de Buena Esperanza. Pero antes que Vasco de Gama se hubiese aprovechado de este descubrimiento para desplegar sus velas en el mar de las Indias, entró la España en su gloriosa carrera, enviando á Colon á probar fortuna en las dilatadas aguas de Occidente.

El objeto de este insigne navegante era tambien buscar un camino para las Indias; pero por el Occidente en vez de por el Oriente. No esperaba él ciertamente tropezar en su camino con un continente desconocido, y despues de repetidos viages se quedó todavía en su primer error, muriendo, como todo el mundo sabe, en la creencia de que la tierra por él descubierta era la costa oriental del Asia. Las empresas marítimas de los que siguieron las huellas del Almirante llevaban el mismo objeto; y el descubrimiento de un estrecho que diese paso al mar de las Indias, era el estrivillo de todas las órdenes del gobierno y el fin de no pocas espediciones á diversos puntos del nuevo continente, que parecia estender de un polo á otro sus miembros gigantescos. En el deseo de encontrar un paso para las Indias, está la clave del movimiento marítimo del siglo XV y la primera mitad del XVI; esta era la idea dominante de todas las espediciones de aquella época.

En nuestros dias no es fácil comprender la revolucion que causó en Europa el descubrimiento de la América. No se trataba de la adquisicion paulatina de algun territorio vecino, ó de la conquista de una provincia ó de un reino, sino de un Nuevo Mundo que de un golpe se abria á los Europeos. Las especies de animales, los tesoros de las minas, los vegetales, el variado as-

pecto de la naturaleza y el hombre en las diferentes fases de la civilizacion, llenaban el espíritu de un nuevo órden de ideas que cambiaban el giro habital del pensamiento y le metian en interminables conjeturas. El ansia de escudriñar los maravillosos secretos del nuevo hemisferio llegó á tal grado, que las ciudades principales de España estaban por decirlo así, despobladas, pues los habitantes se atropellaban por ir á probar fortuna en el Océano. [2] Tenian á la vista un mundo que parecia una tierra fabulosa, porque cualquiera que fuese la suerte del aventurero, no dejaba á su vuelta de dar á sus relaciones un colorido de novela que inflamaba aun mas la ardiente imaginacion de sus compatriotas, y fomentaba las ideas quiméricas de aquel siglo de aventuras. Escuchaban sin perder una sílaba los cuentos de las Amazonas, que parecian realizar las fábulas clásicas de la antigüedad; las noticias de los gigantes patagónicos; las deslumbradoras pinturas de *El Dorado*, en donde brillaban entre la arena las piedras preciosas, y se sacaban de los rios con redes los guijarros de oro del tamaño de un huevo.

2 El embajador veneciano Andrés Navagiero, que viajó por España en 1525, hácia la época en que nuestra relacion comienza, habla de lo que habia cundido el furor de emigrar. Sevilla, sobre todo, como era el puerto en donde generalmente se embarcaban, estaba tan pobre de habitantes, que dice "que casi no habian quedado en la ciudad mas que mugeres." Viaggio fatto in Spagna, (Vinegia, 1563,) fol. 15.

Sin embargo, no queda duda de que estos aventureros no eran unos impostores, sino que se dejaban engañar ellos mismos con demasiada facilidad por su propia imaginacion, al ver lo estravagante de algunas de sus espediciones, pues las hubo en busca de la fuente de la salud, del templo de oro de Dobayba, y de los sepulcros de oro del Zenú; porque en su delirio se les figuraba ver oro por todas partes, y el nombre de *Castilla del Oro*, dado á la parte mas enfermiza y estéril del istmo, era un cebo irresistible para el desgraciado colono, que las mas veces en lugar de oro solo encontraba allí su sepulcro.

En estas regiones encantadas todos los accesorios contribuian á mantener la ilusion. Los incultos naturales, con sus cuerpos desnudos y sus toscas armas, eran poco á propósito para oponerse á los guerreros Europeos, todos cubiertos de acero. La desigualdad era parecida á la que vemos en los libros de caballerías, en los cuales la lanza del buen caballero echa por tierra de un golpe centenares de enemigos. Los peligros con que tropezaba el descubridor, y los trabajos que pasaba, no eran muy inferiores á los de un caballero andante. El hambre, la sed y la fatiga; las mortíferas emanaciones de los pantanos con sus enjambres de insectos venenosos; el frio y las nieves de las montañas, y el sol abrasador de los trópicos, eran el patrimonio de todo hidalgo

que venia á buscar fortuna en el Nuevo-Mundo. Era la realidad de la ficcion. La vida de los aventureros españoles era un capítulo mas, y no el menos notable de los libros de caballería.

El carácter del guerrero participaba hasta cierto punto de los colores exagerados con que se pintaban sus proezas. Altivo y jactancioso, deslumbrado con las halagüeñas perspectivas del porvenir, y con una absoluta confianza en sus propios recursos, no habia peligro que pudiese intimidarle, ni trabajo bastante á rendir sus fuerzas. Mientras mayor el peligro, mayor atractivo ofrecia, porque su alma buscaba impresiones fuertes, y á una empresa sin peligro faltaba el incentivo de lo novelesco, que era indispensable para ponerlos en accion. Mas en los motivos que les impulsaban á obrar se mezclaban de un modo estraño, influencias mezquinas con las mas elevadas; lo temporal con lo espiritual. El oro era el estímulo y la recompensa, y para conseguirlo, su carácter inflexible se paraba pocas veces en los medios. La crueldad empeñaba su valor, y esta crueldad provenia, por estraño que esto parezca, tanto de la avaricia como de la religion, segun se entendia en aquellos tiempos: la religion del Cruzado. Esta era una capa muy cómoda para una multitud de pecados, y los ocultaba hasta á los ojos del mismo que los cometia El Castellano, demasiado altivo para ser hipócri-

ta, cometió mas crueldades en nombre de la religion, que jamás cometieron los idólatras, ó los fanáticos musulmanes. Quemar un infiel era sacrificio agradable al cielo, y la conversion de los que sobrevivian bastaba para expiar los mayores delitos. Causa tristeza y disgusto considerar, que el mas rígido espíritu de intolerancia como el del Inquisidor en su patria y el del Cruzado fuera de ella haya nacido de una religion que predicaba *paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

¡ Qué contraste entre estos hijos del mediodia de Europa y las razas anglo-sajonas que se esparcieron por toda la parte septentrional del nuevo continente! No impulsaba á éstos últimos la avaricia, ni el especioso pretesto del proselitismo, sino la independencia religiosa y política. Por tal de conseguirla se daban por satisfechos con ganar una escasa subsistencia por medio de una vida frugal y trabajosa. Nada pedian al suelo mas de los productos correspondientes á sus labores. No les inquietaban esos ensueños dorados con su engañoso brillo, ni les arrastraban por una senda inundada de sangre, á destronar monarcas que en nada les habian ofendido. Contentábanse con los progresos lentos, pero sólidos de su sociedad. Sufrian con toda paciencia las privaciones del desierto, regando el árbol de la libertad con sus lágrimas y con

el sudor de su rostro, hasta que se arraigase profundamente en la tierra y alzase sus ramas á los cielos; y mientras tanto, las poblaciones del continente vecino, semejantes á la vegetacion de los trópicos, adquirian en un dia todo su brillo, pero desde su nacimiento descubrian los síntomas de una próxima decadencia.

Parece una disposicion especial de la Providencia, que el descubrimiento de las dos grandes divisiones de la América hubiese sido hecho por las razas mas á propósito para conquistarlas y colonizarlas. Así fué que á los anglo-sajones tocó la parte del Norte, cuyo clima mas frio y suelo mas ingrato, eran muy propios para que ejercitasen sus hábitos de órden y de trabajo; al paso que la parte del Sur, con sus preciosos productos de los trópicos é inagotables tesoros minerales, era un cebo muy propio para escitar la codicia de los Españoles. ¡Cuan diverso hubiera sido el resultado, si la nave de Colon se hubiera inclinado un poco hácia el Norte, como él mismo pensaba al principio, y hubiese ido á desembarcar su cuadrilla de aventureros á la costa de lo que hoy es América protestante!

El resultado de este afan de hacer expediciones que dominaba á las potencias marítimas de Europa en el siglo diez y seis, fué que antes de que pasasen treinta años desde su descubrimiento, ya se habia reconocido toda la estension de

aquel vasto continente, desde la tierra del Labrador hasta la del fuego; y en 1521 el Portugues Magallanes, al servicio de España, resolvió el problema del estrecho, y encontró el paso para las anheladas islas de las Especias en el mar de las Indias, con grande asombro de los Portugueses, que navegando en direccion opuesta se encontraron en los antípodas cara á cara con sus rivales. Pero mientras que de este modo se reconocia toda la costa oriental del continente americano, se colonizaba la parte central, y hasta se habia llevado á cabo la admirable hazaña de la conquista de Méjico, no se habia levantado aun el velo que ocultaba las doradas playas del Pacífico.

De cuando en cuando habian llegado á los Españoles rumores vagos de la existencia de vastos paises en el lejano occidente, donde abundaba el precioso metal que tanto codiciaban ellos; pero la primera noticia clara que se tuvo del Perú fué hácia el año de 1511, con motivo de estar Vasco Nuñez de Balboa, el descubridor del mar del sur, pesando un poco de oro que habia recojido de los naturales. Un jóven cacique que presenciaba la operacion, dió un golpe en las balanzas con el puño, y esparció el oro por el suelo diciendo: "Si esto apreciais tanto que por ello dejais vuestras casas y hasta arriesgais la vida, yo os llevaré á unas tierras en donde se come y

se bebe en vasijas de oro, y este es mas abundante allí que el hierro en vuestro pais." Poco despues de recibidas estas sorprendentes noticias llevó á cabo Balboa la formidable empresa de escalar la muralla de montañas del istmo que divide los dos grandes océanos, y entrando en las aguas del Pacífico, armado de espada y rodela, esclamó en el verdadero tono caballeresco, "que tomaba posesion por el rey de España de aquel mar desconocido y de cuanto á él pertenecia; lo que defenderia contra todo cristiano ó infiel que se atreviese á contradecirlo." [3] ¡Todo el vasto continente y fértiles islas que bañan las aguas del Oceano Pacífico! El arrojado caballero no podia figurarse toda la estension de su compromiso.

En aquel lugar recibió ya noticias mas claras del imperio peruano, oyó referir varias pruebas de su civilizacion, y vió dibujos del llama, que á los Europeos les pareció ser una especie de camello árabe. Pero aunque dirijió su caravela hácia estas regiones de oro, y aun llevó sus descubrimientos hasta unas veinte leguas al sur del golfo de San Miguel, no estaba guardada para él aquella aventura. El ilustre descubridor estaba destinado á ser víctima de la miserable en-

3 Herrera, Hist. General, dec. 1, lib. 10, cap. 2.—Quintana, Vidas de Españoles célebres (Madrid, 1830,) tom. II. p. 44.

vidia con que una alma mezquina mira los grandes hechos de un espíritu superior.

Las colonias españolas estaban divididas en muchos gobiernos pequeños, que no pocas veces se daban al favor, aunque como el desempeño de tales puestos era en aquella época bastante dificil, se reservaban con frecuencia para hombres prácticos y activos. Colon, en virtud de su primera capitulacion con la corona, tenia jurisdiccion sobre los territorios por él descubiertos, que comprendian algunas de las islas principales, y ciertos lugares en el continente. Esta jurisdiccion se distinguia de la de los otros funcionarios, en cuanto que era hereditaria; privilegio que despues se creyó escesivo para un vasallo, y se conmutó por lo mismo en un título y una pension. Estos gobiernos coloniales se fueron multiplicando con las nuevas conquistas, y por el año de 1524, en que verdaderamente comienza nuestra relacion, ya los habia en las islas, en el istmo de Darien, en la costa de la Tierra Firme y en las nuevas conquistas de Méjico. Algunos de estos gobiernos no tenian grande estension, y otros como el de Méjico eran del tamaño de un reino: la mayor parte de ellos tenian en las tierras vecinas un campo ilimitado para estender sus descubrimientos, de modo que aquellos pequeños príncipes pudiesen acrecentar sus dominios y enriquecerse á sí propios y á sus com-

pañeros. Este sistema era el mas favorable á los intereses de la corona, pues mantenia siempre vivo el espíritu de empresa con el incentivo de nuevas conquistas. Así pues, estos caudillos militares, viviendo en sus pequeños dominios á tanta distancia de la madre patria, gozaban de un poder semejante al de un virey, y muchas veces le empleaban en oprimir á los naturales, y en tiranizar á sus propios compañeros de un modo ascesivo. Así era muy natural que sucediese en hombres de baja esfera, que sin la educacion necesaria para el desempeño de un empleo, se veian llamados repentinamente al ejercicio de una autoridad, breve sí, pero libre de responsabilidad por su naturaleza. Solo hasta que pasado algun tiempo se fueron conociendo estos resultados por una triste esperiencia, fué cuando se trató de contener á estos tiranuelos, estableciendo tribunales en forma, llamados Audiencias Reales, compuestos de hombres sábios y de peso, que interpusiesen el brazo de la ley ó á lo menos alzasen su voz para proteger, tanto á los naturales como á los mismos colonos.

Entre los gobernadores de las colonias que debian el puesto que ocupaban á su posicion en su pais, se contaba Don Pedro Arias de Avila, llamado comunmente Pedrarias. Estaba casado con una hija de Doña Beatriz de Bobadilla, la famosa marquesa de Moya, tan conocida por

su amistad con Isabel la Católica. Era hombre de alguna práctica militar y de bastante energía; pero segun se vió despues era de índole maligna, y las malas inclinaciones que no se le hubieran notado en la oscuridad de la vida privada, salieron á relucir, y acaso se desarrollaron con su repentina elevacion al poder; de la misma manera que los rayos del sol que influyen favorablemente en un terreno fértil y aceleran la vegetacion, cuando caen sobre un pantano levantan vapores pestilentes y nocivos. A este hombre se entregó el distrito de Castilla del Oro, lugar que Nuñez de Balboa habia escogido para teatro de sus descubrimientos. La buena fortuna de este último despertó la envidia de su superior, porque el mérito era suficiente delito á los ojos de Pedrarias. La trágica historia de aquel caballero corresponde á una época algo anterior á la de que vamos á tratar. Plumas más diestras que la mia, la han escrito ya, y aunque corta, es uno de los episodios mas brillantes en los anales de los conquistadores de América. [4]

Pero si bien Pedrarias trataba de atajar la gloriosa carrera de su rival, no por eso dejaba de conocer la importancia de sus descubrimientos.

4 Las memorables aventuras de Vasco Nuñez de Balboa han sido escritas por Quintana, (Españoles célebres, tom. II,) y por Irving en sus "Compañeros de Colon." Es estraño que la vida de un mismo individuo, haya prestado asunto á dos escritos tan elegantes, publicados casi al mismo tiempo y en lenguas diferentes, sin ninguna comunicacion entre los autores.

Desde luego conoció lo desfavorable que era la posicion del Darien para continuar las expediciones en el Pacífico, y siguiendo el consejo que ya habia dado Balboa, hizo mudar en 1519 su naciente capital, de las costas del Atlántico á las del Pacífico, al lugar en que estuvo antiguamente Panamá, un poco hácia el oriente de la ciudad que hoy lleva este nombre.[5] Este lugar insalubre, tumba de mas de un desdichado colono, era muy á propósito para el grande objeto de las espediciones marítimas, y el puerto, á causa de su posicion central, era el mejor punto de partida para dichas espediciones, sea que se dirijiesen al Norte ó al Sur, por toda la larga línea de costas por descubrir, bañadas por el grande oceano meridional. Mas á pesar de este ventajoso cambio de posicion, pasaron varios años sin que los descubrimientos tomasen el camino

5 La corte dió instrucciones terminantes á Pedrarias para que fundase un establecimiento en el golfo de San Miguel, en conformidad con las indicaciones de Vasco Nuñez, de que seria el sitio mas apropósito para los descubrimientos y el comercio en el mar del Sur. "El asiento que se oviere de hacer en el golfo de San Miguel en la mar del Sur, debe ser en el puerto que mejor se hallare y mas convencible para la contratacion de aquel golfo, porque segund lo que Vasco Nuñez escribe, seria muy necesario que allí haya algunos navíos así para descubrir las cosas del golfo, y de la comarca dél, como para la contratacion de rescates de las otras cosas necesarias, al buen proveimiento de aquello; é para que estos navíos aprovechen, es menester que se hagan allá." Capítulo de carta escrita por el Rey Católico á Pedrarias Dávila, ap. Navarrete, Coleccion de los Viages y Descubrimientos, (Madrid, 1829,) tom. III. núm. 3, p. 356.

del Perú. La atencion se dirigia esclusivamente hácia el Norte, ó mas bien hácia el Oeste, en cumplimiento de las órdenes del gobierno, que no perdia de vista el hallazgo de un estrecho, que segun estaban todos empeñados, debia cortar por alguna parte aquel larguísimo istmo. Despachaban armada tras armada con este vano objeto, y Pedrarias veia cada año estenderse sus dominios, sin sacar gran provecho de sus nuevas adquisiciones. Ocuparon sucesivamente á Veragua, Costa Rica y Nicaragua, y por último, sus bizarros caballeros se abrieron camino por entre bosques, montañas y tribus de salvages guerreros, hasta que en Honduras se encontraron con los compañeros de Cortés, conquistadores de Méjico, que habian bajado desde la masa septentrional á las regiones del centro de América, completando de ese modo la esploracion de aquel pais salvage y desconocido.

Hasta 1522 no se despachó una espedicion en forma con direccion al sur de Panamá, al mando de Pascual de Andagoya, caballero distinguido de la colonia. Este gefe solo llegó al puerto de Piñas, límite de los descubrimientos de Balboa, en donde el mal estado de su salud le obligó á reembarcarse, abandonando la empresa en sus principios. [6]

6 Segun Montesinos, Andagoya quedó muy lastimado de resultas de haber caido de su caballo por ostentar la ligereza del brioso animal en presencia de los admirados indígenas. (Anales

Mas los rumores sueltos de la civilizacion y riqueza de una nacion poderosa del Sur, llegaban continuamente á oidos de los colonos, y despertaban sus imaginaciones dormidas, siendo á la verdad estraño que se hubiese dilatado tanto tiempo una espedicion por aquel rumbo. Pero debe tenerse presente, que la distancia y verdadera posision de este reino solo se sabia por conjeturas. Toda la tierra intermedia estaba llena de tribus feroces y guerreras, y ademas el poco conocimiento que los navegantes españoles tenian de las costas vecinas y de sus habitantes, agregado á lo tempestuoso de aquel mar, (porque habian hecho sus espediciones en la peor estacion,) aumentaban las dificultades aparentes, y hacian desmayar hasta á los corazones mas esforzados.

Tal fué el estado de las ideas en el pequeño puerto de Panamá, durante los primeros años que siguieron á su fundacion. En el entretanto, la admirable conquista de Méjico dió nuevo im-

del Perú, MS., año 1524.) Pero el Adelantado en una relacion de sus propios descubrimientos, redactada por él mismo, no dice nada de este desgraciado ejercicio ecuestre, sino que atribuye su enfermedad á haber caido en el agua, en donde le faltó poco para ahogarse, de cuyas resultas estuvo enfermo algunos años; modo de esplicar su intempestivo regreso mas lisongero para su vanidad que el otro mas generalmente recibido. Este documento, importante por venir de la pluma de uno de los primeros descubridores, se conserva en el archivo de Indias en Sevilla, y lo publicó Navarrete en su Coleccion de Viages, tom. III. núm. 7, p. 393.

pulso al furor por los descubrimientos, y en 1524, hubo tres hombres, en quienes el espíritu aventurero triunfó de todas las consideraciones de dificultad ó peligro que se oponian á la ejecucion de la empresa. De entre ellos eligieron el que les pareció mas á propósito para llevarla á un feliz desenlace. Este hombre era Francisco Pizarro; y como representó en la conquista del Perú el papel principal, lo mismo que Cortés en la de Méjico, será preciso dar una breve ojeada á la historia de sus primeros años.

CAPITULO II.

Francisco Pizarro.—Su juventud.—Primera espedicion al Sur.—Apuros de los Castellanos.—Refriegas.—Vuelta a Panama.—Espedicion de Almagro.

1524.—1525.

Nació Francisco Pizarro en Trujillo, ciudad de Estremadura en España; no se sabe á punto fijo en qué año, pero fué probablemente hácia 1471.[1] Era hijo ilegítimo, y así no es estraño

1 Los pocos escritores que se atreven á fijar la fecha del nacimiento de Pizarro, lo hacen de un modo tan vago y contradictorio, que es imposible fiarse de sus noticias. Es cierto que Herrera dice positivamente que tenia sesenta y tres años cuando murió en el de 1541. (Hist. General, dec. 6, lib 10, cap. 6.) Si esto es así, es preciso retrotraer la fecha de su nacimiento hasta el año de 1478. Pero Garcilaso de la Vega afirma que tenia mas de cincuenta años en 1525. (Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 1.) Segun esto, su nacimiento es anterior al año 1475. Pizarro y Orellana, á quien como pariente del conquistador debemos suponer mejor impuesto, dice que tenia cincuenta y cuatro años en el mismo año de 1525. (Varones Ilustres del Nuevo Mundo, (Madrid, 1639,) p. 128.) Pero dice que al tiempo de su muerte *la edad llegaba á cerca de ochenta.* (p. 185.) Considerando ésta como una exageracion manifiesta para producir mayor efecto, como lo pedia el pasage en que se encuentra, y conformándonos con la primera asercion, la fecha de su nacimiento vendrá á ser la misma que señala el testo. Era, á la verdad, algo viejo para em-

que sus padres no se tomasen el trabajo de conservar en la memoria la fecha de su nacimiento, porque pocos hay que cuiden de llevar un apunte particular de sus deslices. Gonzalo Pizarro, su padre, era coronel de infantería, y se distinguió en las campañas de Italia á las órdenes del Gran Capitan, y despues en las guerras de Navarra. Su madre, llamada Francisca Gonzalez, era persona de condicion humilde en la ciudad de Trujillo. [2]

Poco se sabe de los primeros años de Francisco, y esto poco no siempre merece crédito. Segun unos, sus padres le abandonaron, y le echaron á la puerta de una de las principales iglesias de la ciudad. Dícese tambien que habria perecido, si no le hubiese dado de mamar una puerca. [3] Esta es sin duda una nodriza mas plebeya que la atribuida al niño Rómulo. La historia de la infancia de aquellos hombres que despues han alcanzado fama por sus hechos, ofrece ancho campo para la invencion, lo mismo que sucede con la historia primitiva de las naciones.

Parece fuera de duda que los padres del jóven

prender la conquista de un imperio, pero Colon era aun mas viejo cuando comenzó su carrera.

2 Xerez, Conquista del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 179.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 1.—Pizarro y Orellana, Varones Ilustres, p. 128.

3 "Nació en Truxillo, i echáronle á la puerta de la Iglesia, mamó una Puerca ciertos dias, no se hallando quien le quisiese dar leche." Gomara, Hist. de las Indias, cap, 144.

Pizarro cuidaron muy poco de él, y le dejaron crecer á lo natural. No aprendió á leer ni á escribir, y su ocupacion principal se reducia á guardar puercos. Pero esta vida sedentaria no agradó al espíritu activo de Pizarro, cuando empezó á crecer y á escuchar las relaciones del Nuevo Mundo, que entonces corrian tanto y eran tan á propósito para cautivar la imaginacion de un jóven. Llenóse él tambien de entusiasmo, como era de esperarse, y aprovechó una coyuntura favorable para abandonar su vil oficio y marcharse á Sevilla, que era el puerto por donde todos los aventureros Españoles se embarcaban para ir á buscar fortuna en el Occidente. Pocos habria entre ellos que pudiesen volver la espalda á su pátria con menos sentimiento que Pizarro.[4]

No sabemos en qué año se verificó tan importante cámbio en su suerte. Las primeras noticias que de él tenemos en el Nuevo Mundo, son ya el año 1510 en la Española, donde tomó parte en la espedicion que hizo á Urabá, en la Tierra Firme, Alonso de Ojeda, caballero cuyo carácter y hazañas solo pueden encontrar paralelo en las páginas de Cervantes. Hernando Cortés, cu-

4 Segun el Comendador Pizarro y Orellana, Francisco Pizarro sirvió con su padre desde muy jóven en las guerras de Italia, y despues con Colon y otros descubridores ilustres, cuyos buenos sucesos atribuye con toda modestia á su pariente *como á principal*. Varones Ilustres, p. 187.

ya madre se apellidaba tambien Pizarro, y dicen tenia parentesco con el padre de Francisco, debia haberse agregado igualmente á la espedicion de Ojeda, pero se lo impidió una cojera temporál. Si hubiese ido, la ruina del imperio Azteca habria quedado para mas tarde, y el cetro de Moctezuma hubiera pasado pacíficamente á su posteridad. Pizarro participó de la mala suerte de la colonia de Ojeda, y con su prudencia ganó de tal modo la confianza de su gefe, que dejó á su cuidado la poblacion cuando fué á las Islas en busca de provisiones. El teniente permaneció firme en aquel peligroso puesto como dos meses, esperando pacientemente que la muerte se llevase el número de colonos necesario, para que el miserable resto cupiese en el único bajel que les quedaba. [5]

Vémosle en seguida asociado con Balboa, el descubridor del Pacífico, y ayudándole á fundar sus colonia en el Darien. Tuvo la gloria de acompañar á este bravo caballero en su terrible travesía por las montañas, y de ser por lo mismo de los primeros Europeos cuyos ojos gozaron del ansiado espectáculo del Océano del Sur.

Despues de la prematura muerte de su gefe, siguió Pizarro la suerte de Pedrarias, y este go-

5 Pizarro y Orellana, Varones Ilustres, pp. 121, 128.—Herrera, Hist. General, dec. 1, lib. 7, cap. 14.—Montesinos, Anales, MS., año 1510.

bernador le empleó en varias espediciones militares, que si no le produjeron otra cosa, á lo menos le sirvieron de escuela para los peligros y privaciones con que habia de luchar despues el futuro conquistador del Perú.

En 1515 le nombraron con otro caballero llamado Morales para atravesar el Istmo y comerciar con los naturales de las costas del Pacífico. Allí, mientras se ocupàba en recoger algun botin de oro y perlas, en las islas vecinas, al tender la vista por la confusa línea de costa que se perdia en la inmensidad de las aguas, brotaron tal vez en su imaginacion las primeras ideas de emprender algun dia la conquista de las misteriosas regiones que se estendian mas allá de las montañas. Cuando se mudó la capital de un lado á otro del istmo para establecerla en Panamá, Pizarro acompañó á Pedrarias, y se distinguió entre los caballeros que estendieron las conquistas por el Norte, sujetando las belicosas tribus de Veraguas. Pero todas estas espediciones, por gloriosas que fuesen, producian muy poco oro, y á la edad de cincuenta y cinco años, todo lo que el capitan Pizarro poseia, era un pedazo de terreno malsano cerca de la capital, y los repartimientos de Indios á que le consideraron acreedor por sus servicios militares. [6] El Nue-

6 "Teniendo su Casa,' i Hacienda, i Repartimiento de Indios, como uno de los principales de la Tierra, porque siempre lo fué." Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 179.

vo Mundo era una lotería en la que eran tan pocos los prémios grandes, que todas las probabilidades estaban contra el jugador, quien, sin embargo, no se detenia en arriesgar en el juego su salud, sus bienes, y hasta una reputacion sin tacha.

Tal era la situacion de Pizarro, cuando en 1522 volvió Andagoya de su interrumpida espedicion al sur de Panamá, trayendo consigo las noticias mas completas que hasta entonces se habian recibido de la grandeza y opulencia de los paises situados mas adelante. [7] Tambien por este mismo tiempo, las admirables hazañas de Cortés habian hecho grande impresion en los espíritus y avivado la sed de aventnras. Las espediciones al Sur eran el asunto favorito de las conversaciones de los colonos de Panamá. Pero como la temible barrera de las cordilleras defendia aquella tierra de oro, todavía estaba rodeada de oscuridad y misterio. Era imposible formarse idea de su verdadera distancia, y los trabajos y dificultades que habian encontrado

7 Dice Andagoya, que cuando estaba en Birú recogió noticias muy circnnstanciadas del imperio de los Incas, de ciertos viandantes que frecuentaban aquellos paises. "En esta provincia supe y hube relacion, ansí de los señores como de mercaderes é intérpretes que ellos tenian, de toda la costa de todo lo que despues se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia la manera y gente della, porque éstos alcanzaban por via de mercaduría mucha tierra." Navarrete, Coleccion de Viages, tom. III. núm. 7. p. 421.

los pocos navegantes que habian tomado aquel rumbo, daban á la empresa un aspecto tan sombrío, que los mas animosos se habian retraido de entrar en ella. No consta que Pizarro manifestase grande interés en este asunto; bien que sus fondos no eran tan abundantes que pudiese pensar en alguna cosa, sin grandes auxilios de otras personas. Estos los encontró en dos individuos de la colonia, los que tuvieron una parte tan importante en los sucesos posteriores, que merecen particular mencion.

El uno de ellos, Diego de Almagro, era un soldado de fortuna, de alguna mas edad, segun parece, que Pizarro, aunque se sabe poco de su nacimiento, y aun su patria se disputa. Se cree que era de Almagro, ciudad de Castilla la Nueva, y que tomó este nombre á falta de otro mejor, porque era espósito lo mismo que Pizarro. [8] Pocas noticias se encuentran de él hasta la época de que estamos tratando, porque era de aquellos hombres que la agitacion de los tiempos revueltos saca primero á luz, aunque quizá les es-

8 "Decia el que era de *Almagro,*" dice Pedro Pizarro que le conocia bien. (Relacion del Descubrimiento y Conquista de los Reynos del Perú, MS.)—V. tambien Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 1.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 141.—Pizarro y Orellana, Varones Ilustres, p. 211. Este último escritor conviene en que los ascendientes de Almagro son desconocidos; pero agrega que si se ha de atender á sus hechos, debian ser aquellos muy nobles. No quedaria muy contento un genealogista con semejantes pruebas.

taria mejor quedarse en su primitiva oscuridad. En su carrera militar se habia grangeado la reputacion de valiente soldado. Era franco y liberal en su trato, de pasiones violentas é indomables, pero como sucede con las personas de temperamento sanguineo, no era dificíl aplacarle pasado el primer arrebato. Tenia en suma, todos los defectos y buenas cualidades propias de un hombre, honrado por naturaleza, á quien la educacion ha enseñado á moderarse.

El otro individuo de la asociacion era Hernando de Luque, clérigo español, que desempeñaba las funciones de vicario en Panamá, y antes habia obtenido la plaza de maestrescuela en la catedral del Darien. Era segun se advierte, hombre de rara prudencia y conocimiento del mundo, y estas respetables cualidades le habian dado grande influencia en la pequeña poblacion en que vivia, así como el manejo de los fondos; lo que hacia su cooperacion de todo punto necesaria para el buen éxito de la presente empresa.

Quedó convenido entre los tres sócios, que los dos caballeros contribuirian con su corto capital para los gastos del armamento; pero Luque era quien habia de proporcionar la mayor parte de los fondos. Pizarro debia tomar el mando de la espedicion, quedando á cargo de Almagro el equipar y abastecer los buques. Los sócios no encontraron dificultad en obtener para su em-

presa la licencia del gobernador. Despues del regreso de Andagoya habia este proyectado otra espedicion; pero murió el oficial á quien la tenia encargada, y no se sabe por qué motivo, abandonó su primera idea, y dejó de elegir para el efecto á un capitan de tanta esperiencia como Pizarro. Probablemente no le disgustaba que otros llevasen la carga, con tal que una buena parte de los provechos fuese á parar á sus arcas: punto que no descuidó en las capitulaciones.[9]

Contando ya con los fondos de Luque y el permiso del gobernador, no se durmió Almagro en los preparativos para el viaje. Compró dos pequeños buques, de los cuales el mayor lo habia hecho construir Balboa para sí, con idea de destinarlo á una espedicion semejante, y despues de su muerte se quedó desmantelado en el puerto de Panamá. Habilitóse ahora lo mejor que

9 "Asi que estos tres compañeros ya dichos acordaron de ir á conquistar esta provincia ya dicha. Pues cousultandolo con Pedro Arias de Avila que á la sazon era gobernador en Tierra Firme, vino en ello haziendo compañía con lós dichos compañeros con condicion que Pedro Arias no havia de contribuir entonces con ningun dinero ni otra cosa sino de lo que se hallase en la tierra de lo que á él le cupiese por virtud de la compañía de alli se pagasen los gastos que á el le cupiesen. Los tres compañeros vinieron en ello por haber esta licencia porque de otra manera no la alcanzaran." (Pedro Pizarro, Descub., y Conq., MS.) Andagoya, sin embargo, afirma que el gobernador estaba igualmente interesado que los otros, tocándole á cada uno la cuarta parte. (Navarrete, Coleccion de Viages, tom. III. núm. 7. p. 422.) Mas importa poco saber cuál fué el interes primitivo de Pedrarias, puesto que renunció á él antes de que produjese nada la espedicion.

permitieron las circunstancias, y los víveres y pertrechos se embarcaron con una precipitacion, que segun se vió despues, indicaba mas celo que prevision en Almagro.

Mas dificultad hubo en reunir el número de personas necesario, porque no era fácil vencer la desconfianza que habia cundido respecto de espediciones por aquel rumbo. Habia sin embargo en la colonia muchos vagos que habian acudido á mejorar de fortuna, y estaban decididos á intentarlo á todo riesgo. De semejante gente reunió Almagro un cuerpo de algo mas de cien hombres, [10] y estando ya todo listo, tomó Pizarro el mando y levando anclas salieron del pequeño puerto de Panama á mediados de Noviembre de 1524. Almagro debia seguirle en otro buque mas pequeño, tan pronto como se pudiese despacharle. [11]

La estacion era la peor que podian haber escogido para el viage, porque era tiempo de aguas

10 Herrera, que es el historiador mas popular de estos acontecimientos, fija el número de los compañeros en solos ochenta. Pero todas las otras autoridades que he consultado le hacen pasar de ciento, y el padre Naharro, contemporáneo y residente en Lima, se estiende hasta ciento veinte y nueve. Relacion sumaria de la entrada de los Españoles en el Peru, MS.

11 En la fecha de esta espedicion discrepan, segun costumbre los autores, aunque los mas la ponen en 1525. Yo he seguido á Xerez, secretario de Pizarro, cuya relacion se publicó diez años despues del viage, y no era fácil que en tan poco tiempo hubiese olvidado la fecha de un suceso tan memorable. (V. su Conquista del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 179.)

en que interrumpen la navegacion al sur los vientos contrarios, y la hacen doblemente peligrosa las tempestades que barren toda aquella costa; pero los aventureros ignoraban esto. Despues de tocar en las Islas de las Perlas, á pocas leguas de Panamá, escala acostumbrada de los navegantes, atravesó el golfo de San Miguel, é hizo rumbo al sur para el puerto de Piñas, promontorio de la provincia de Biruquete, hasta donde llegó Andagoya en su viage. Antes de partir habia tomado Pizarro de este todos los informes que pudo sobre aquella tierra, y sobre el camino que debia seguir. Pero lo que Andagoya sabia por esperiencia propia era tan poco, que no podia servir de mucho ausilio.

Doblado el puerto de Piñas, entró el buque en el rio Birú, cuyo nombre mal aplicado, creen algunos que dió orígen al del imperio de los Incas.[12] Despues de navegar por él dos leguas corriente arriba, echaron la ancla, y desembarcando Pizarro todas sus fuerzas, menos los marineros, se puso á la cabeza de ellas para explorar el pais. Toda aquella tierra no era mas que un inmenso lodazal en donde las continuas llu-

En la *Capitulacion* de Pizarro con la Corona, que no habia yo examinado hasta despues de escrito lo que precede, parece que se fija el año, porque en este instrumento, estendido en Julio de 1529, se habla de la primera espedicion, como hecha cosa de cinco años antes. (V. el *Apéndice*, núm. 7.)

12 Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. I.—Herrera Hist. General, dec. 3, lib. 6, cap. 13.

vias formaban charcos de agua corrompida, siendo imposible afirmar el pié en aquel cenagoso suelo. El límite de aquel horroroso pantano eran espesos bosques, por cuya maleza hallaron gran dificultad en penetrar, y saliendo de ellos se encontraron en unos cerros tan ásperos y pedregosos, que les destrozaban los pies; de manera que apenas podian dar un paso los fatigados aventureros, cargados con la armadura ó la gruesa chaqueta de algodon. El calor era á ratos sofocante, y desmayados por la fatiga y la falta de alimento se dejaban caer en tierra exhaustos de fuerzas. Tales fueron los ominosos principios de la espedicion al Perú.

Pizarro sin embargo no se desanimó. Trató de reanimar el abatido espíritu de sus soldados, y les suplicó que no se dejasen acobardar por dificultades que un corazon esforzado sabria vencer, recordando el rico premio que aguardaba á los que permaneciesen firmes. Pero con todo, era evidente que nada se ganaba permaneciendo mas tiempo en aquellos despoblados. Volviéndose, pues, á su buque, le dejaron ir con la corriente, y una vez en el océano continuaron su derrota hácia el Sur.

Despues de costear algunas leguas, ancló Pizarro frente á un lugar de no muy buena apariencia, en donde tomó leña y agua. Alejándose entonces mas de la costa, continuó siempre

en la misma direccion meridional; pero le detuvieron las continuas tormentas acompañadas de los terribles truenos y torrentes de lluvia que solo se ven en las tempestades de los trópicos. El mar estaba furioso, y sus olas se alzaban como montañas, amenazando á cada momento tragarse la débil barca que se abria por todas partes. Diez dias fueron aquellos desdichados viageros juguete de los enfurecidos elementos, y solo pudieron evitar el naufragio trabajando incesantemente con la energía que la desesperacion inspira. Para colmo de desgracias comenzaron á faltares los víveres, y estaban muy escasos de agua, de la que solo habian cargado unas cuantas pipas, pues Almagro contaba con ir renovando sus provisiones en la ribera. Habian consumido ya toda la carne, y se vieron reducidos á la miserable racion de dos mazorcas de maiz por cabeza.

Acosados así por el hambre y los elementos, se consideraron felices en poder volver atras, y ganar otra vez el puerto donde últimamente habian tomado agua y leña. El aspecto de aquella tierra no podia ser mas triste. Era igualmente baja y pantanosa que la que antes habian reconocido, y á lo largo de la costa solo se descubrian hasta perderse de vista, bosques espesos cuya estension era imposible calcular. En vano trataron los fatigados Españoles de penetrar en el

laberinto de aquella enmarañada espesura, porque las enredaderas y guias de las plantas que crecen vigorosamente en aquella region caliente y húmeda, se habian enlazado de tal modo con los enormes troncos de los árboles, que sólo por medio del hacha podrian abrirse paso. En el entretanto la lluvia no aflojaba, y en aquel suelo empapado y cubierto de hojas, apénas podian tenerse en pié.

Nada podia haber mas triste y desconsolador que el aspecto de estas fúnebres selvas, en donde las exhalaciones que se alzaban del encharcado suelo inficionaban el aire, y no permitian allí mas seres vivientes que millones de insectos, cuyas esmaltadas alas se veian brillar como chispas por entre los claros del bosque. Hasta los brutos parecian haber huido como por instinto de este sitio fatal, pues los aventureros no llegaron á ver ave ni cuadrúpedo de ninguna especie. Un silencio sepulcral reinaba el fondó de estas espantosas soledades; á lo menos no se escuchaba otro ruido que el que habian las gotas de lluvia en las hojas de los árboles, y las pisadas de los desamparados aventureros. [13]

Enteramente desanimados por la apariencia

13 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 180.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1515.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 1.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 7.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 6, cap. 13.

de aquellos terrenos, comenzaron á echar de ver los Españoles que nada habian adelantado con dejar el mar por la tierra, y comenzaron á temer seriamente el perecer de hambre en una region que no procuraba otro sustento sino algunas bellotas dañosas que podian pillar aquí y allí en los bosques. Comenzaron á lamentarse de su mala suerte, echando la culpa de todos sus trabajos á su gefe, quien les habia engañado con la pintura de una tierra de promision que parecia alejarse conforme ellos se le acercaban. Decian que era inútil luchar contra el destino, y que era mucho mejor tratar de volverse á Panamá con tiempo para salvar sus vidas, que no quedarse allí esperando hasta morirse de hambre.

Pero ya Pizarro iba preparado para hacer frente á mayores calamidades, antes de decidirse á volver á Panamá, sin recursos, sin crédito, y hecho un objeto de burla, como un visionario que enganchó á otros para una empresa sin tener valor para llevarla á cabo. No le quedaba otro recurso que lo presente, porque retroceder era perderse. Por lo mismo empleó todos los argumentos que podia sugerir la avaricia ó el orgullo humillado, para disuadir de su propósito á sus compañeros; representóles que el descubridor debia aguardar siempre tales fatigas, y les recordó los brillantes hechos de sus paisanos en

otros puntos, y las continuas noticias que habian recibido ellos mismos de paises riquísimos en aquella costa, de los que podrian posesionarse con solo un poco de valor y de constancia. Mas como las necesidades presentes no admitian espera, resolvió enviar el buque á las islas de las Perlas, á cargar provisiones frescas para sus tropas, de modo que pudiesen seguir adelante con nuevo brio. La distancia no era grande, y dentro de pocos dias podrian salir de tan peligrosa posicion. El oficial á quien dió esta comision se llamaba Montenegro, quien tomando consigo la mitad de la gente, despues de recibidas las órdenes de Pizarro, levó ancoras é hizo rumbo para las islas de las Perlas.

Partido el buque, trató el gefe español de esplorar el pais para ver si daba con algun pueblo de Indios, donde pudiera encontrar refrigerio para su tropa. Pero fueron vanos sus esfuerzos; y no se halló rastro de habitacion de hombres, aunque á la vedad en medio de la espesa vegetacion de los trópicos, la distancia de unas cuantas varas basta para ocultar una ciudad entera. Lo único con que contaban aquellos aventureros para alimentarse, eran los mariscos que solian encontrar por la ribera, ó los amargos retoños de las palmas, y las bellotas y yerbas silvestres que crecian por aquellos bosques. Algunas eran tan dañosas que los que comieron de ellas se hin-

charon y padecian dolores insufribles. Otros prefiriendo la hambre á este miserable alimento, desfallecian y aun llegaron á morir de inanicion. Pero su animoso caudillo se esforzaba en conservar su propio buen humor, y en reanimar el ánimo abatido de su gente. Partia con ellos liberalmente sus escàsas provisiones; no cesaba de buscarles alimentos; asistia á los enfermos, y hacia construir barracas en que alojarlos, para á lo menos ponerlos á cubierto de los torrentes de lluvia. Con este vivo interes que manifestaba en sus padecimientos, consiguió ganar sus voluntades, y que le prestasen una obediencía que en tales circunstancias habria exigido en vano, valiéndose tan solo en su autoridad. Se pasaban los dias y las semanas sin que se supiese nada del buque que debia socorrer á los aventureros. En vano tendian la vista por la inmensidad del océano, esperando descubrir á los amigos que aguardaban. Ninguna sombra se dibujaba en el azul del distante horizonte, hasta donde no habia osado llegar la canoa del salvaje, ni el hombre blanco habia tendido aun sus velas á los vientos. Los que al principio se habian mantenido firmes, comenzaron á desmayar viéndose abandonados de sus amigos en aquellas costas desoladas. Mas de veinte de aquellos desgraciados habian ya muerto, y los restantes iban siguiéndoles á toda prisa.[14]

14 Ibid., ubi supra.—Relacion del Primer. Descub., MS.—

En esta crítica situacion dieron aviso á Pizarro de que habian visto á lo lejos una luz por entre unos claros del bosque. Interesóle sobremanera la noticia, pues indicaba la cercanía de alguna poblacion, y poniéndose á la cabeza de unos cuantos compañeros, se dirigió á hacer un reconocimiento por el rumbo que le indicaban. No le salió vana su esperanza, porque despues de atravesar por un espeso monte bajo, salió á un lugar abierto donde se veia un pequeño pueblo de Indios. Sus tímidos habitantes se pusieron en fuga á la repentina aparicion de aquellos estrangeros, y los hambrientos Españoles se arrojaron sobre el pueblo y se apoderaron de cuanto encontraron en las chozas. Solo hallaron cosas de comer, especialmente maiz y cocos, y aunque el socorro no era muy abundante, llegaba en momento tan oportuno, que no podia menos de llenarles de regocijo.

Los asustados indígenas no pensaron en hacer resistencia; pero como veian que no se trataba de ofender sus personas, fueron cobrando confianza, y acercándose á los blancos les preguntaron "¿porqué no se estaban en sus casas labrando sus tierras, sin andar robando á los que en nada les habian ofendido?"[15] Cualquiera

Xerez, Conq. del Peru, ubi supra.

15 "Porquè decian à los Castellanos, que pòr què no sembraban, i cogian, sin andar tomando los Bastimentos agenos, pasando tantos trabajos." Herrera, Historia General, loc. cit.

que fuese la opinion de los Españoles en la cuestion de derecho, es seguro que por aquella vez sentian no haber hecho lo que les aconsejaban. Pero los salvajes llevaban varios adornos de oro, de buen tamaño, aunque toscamente labrados, y esta era la mejor respuesta á su pregunta. El oro era el cebo que inducia al aventurero español á dejar una patria querida para irse á meter en aquellos desiertos. Los Indios confirmaron á Pizarro las noticias que ya habia recibido tantas veces, de un pais muy rico que quedaba mas al Sur, y le agregaron que pasadas las montañas, se encontraba á diez jornadas de allí un poderoso monarca cuyos dominios habia invadido otro mas poderoso, Hijo del Sol. [16] Querrian tal vez hablar de la invasion de Quito por el valiente Huayna Capac, que se verificó algunos años antes que la espedicion de Pizarro. Por fin, pasadas mas de seis semanas, tuvieron los Españoles el gusto de ver regresar la perdida barca que se

16 "Dioles noticia el viejo por medio del lengua, como diez soles de allí habia un Rey muy poderoso yendo por espesas montañas, y que otro mas poderoso hijo del Sol havia venido de milagro á quitarle el Reino sobre que tenian muy sangrientas batallas." (Montesinos, Anales, MS., año 1525.) La conquista de Quito por Huayna Capac, se verificó mas de treinta años antes de la época de que estamos tratando. Pero las incultas naciones de las cercanías de Panamá solo tenian ideas confusas sobre esta revolucion, el lugar y tiempo en que habia sucedido, y por otra parte los españoles tampoco podian entender bien las alusiones que á ella hacian en un dialecto desconocido, y mas bien por señas que por palabras.

habia llevado á sus compañeros, y Montenegro entró en el puerto con un abundante acopio de provisiones para sus hambrientos compatriotas. Horrorizados se quedaron los del buque al ver el aspecto que presentaban estos últimos, pálido y desencajado el rostro, y consumidos hasta tal grado por el hambre y las enfermedades, que sus antiguos compañeros apenas podian reconocerlos. Montenegro disculpó su retardo con el mal tiempo y los continuos vientos contrarios, y tambien él por su parte venia contando mil lástimas, de la desesperacion á que el hambre les habia reducido en su travesía á las Islas de las Perlas. Pequeños incidentes como los que hemos ido refiriendo, son los que nos hacen comprender el estremo á que llegaban los padecimientos de los aventureros españoles, empeñados en continuar la grande obra de sus descubrimientos.

Reanimados los Españoles con el sustancioso alimento que hacia tanto tiempo no lograban, y con la volubilidad propia de hombres de vida aventurera y vagamunda, olvidaron al punto sus pasadas fatigas, con el deseo de proseguir la comenzada empresa. Reembarcándose, pues, se despidió Pizarro de aquel lugar de tantos sufrimientos, que infamó con el apropiado nombre de *Puerto del Hambre*, y desplegó de nuevo sus velas á una brisa favorable que le impelia directamente al Sur.

Si se hubiera engolfado atrevidamente en el océano en vez de pegarse á aquellas ingratas costas, que tan mal le habian pagado hasta entonces su trabajo, se habria ahorrado la repeticion de aventuras inútiles y fastidiosas, y habria llegado á su destino por un camino mas corto. Pero los Españoles no querian apartarse de aquellas costas desconocidas, ni dejar de tomar tierra en todos los lugares que podian, como si temiesen que se les escaparia alguna region fértil ó alguna rica mina si interrumpian en cualquier parte su minucioso reconocimiento. Debe tenerse presente, sin embargo, que aunque nosotros, familiarizados con la topografia de esos paises, conocemos perfectamente el lugar á donde Pizarro se dirigia, él andaba vagando entre tinieblas, avanzado palmo á palmo, por decirlo así, sin mapa que le guiase, sin conocer aquellos mares ni la direccion de las costas, y por último, sin otra idea del objeto que buscaba, sino que era una tierra abundantísima en oro, que estaba hácia el Sur. Aquello era buscar un *El Dorado*, sobre noticias é informes, apenas mas circunstanciados y dignos de crédito que los que dieron orígen á tantas espediciones á esta tierra de maravillas. Solamente su feliz éxito, que es el mejor argumento para convencer á la multitud, pudo libertar de la nota de locura á la espedicion de Pizarro.

Continuando su derrota hácia el Sur con viento de tierra, se encontró, despues de una breve travesia, frente á un pedazo de terreno despejado, ó á lo menos no tan boscoso, que se iba elevando gradualmente segun se alejaba de la costa. Desembarcó con una corta partida, y habiendo andado un poco se encontró con un pequeño pueblo de Indios. Estaba desierto porque sus habitantes se habian huido á las montañas al aproximarse los invasores, y entrando los Españoles en las habitaciones abandonadas, encontraron una buena provision de maiz y otros alimentos, y varios toscos adornos de oro de bastante valor, No era menos necesario el alimento para sus cuerpos, que la vista del oro de cuando en cuando para renovar su sed de aventuras. Un espectáculo sin embargo, se presentó á sus ojos que les heló la sangre en las venas; y eran varios pedazos de carne humana que estaban asandose junto al fuego, como los habian dejado los bárbaros que se preparaban sin duda á celebrar su asqueroso banquete. Conociendo por esto los Españoles que habian dado con una tribu de Caribes, pues era la única raza que se sabia usaba el antropofagismo en esta parte del Nuevo Mundo, se retiraron precipitadamente á sus embarcaciones. [17] Una triste familiaridad no

17 "Y en las Ollas de la comida, que estaban al fuego, entre la Carne, que sacaban, havia Pies i Manos de Hombre, de

les habia hecho aun indiferentes á tal espectáculo, como sucedia á los conquistadores de Méjico.

El tiempo que hasta entonces habia sido favorable, se convirtió de repente en tempestuoso, con violentos chubascos acompañados de truenos y relámpagos, y la lluvia, como es comun en las tempestades de los trópicos, ya casi no bajaba en gotas, sino en sábanas de agua. A pesar de eso prefirieron los Españoles aventurarse en el agitado elemento, á permanecer en un lugar en que se practicaban tales abominaciones. Pero el furor de la tempestad fué disminuyendo poco á poco, y la pequeña embarcacion siguió su camino á lo largo de la costa, hasta que llegando frente á una avanzada lengua de tierra, que Pizarro llamó Punta Quemada, dió órden de soltar el ancla. A la orilla del agua habia una ancha faja de mangles, cuyas largas raices enlazándose unas con otras, habian formado debajo del agua una especie de enrejado que impedia el libre acceso á la costa. Varias veredas que atravesaban aquella espesura, hicieron conjeturar á Pizarro, que el pais debia estar habitado, y en consecuencia desembarcó con la mayor parte de sus fuerzas para explorar el interior.

Apenas habia andado una legua, cuando la

dónde conocieron, que aquellos Indios eran Caribes." Herrera, Hist. General, dec, 3, lib. 8, cap 11.

vista de una ciudad india, mayor que las que habia hallado hasta entonces, situada en una eminencia y defendida por unas estacadas, le desengañó de que no eran vanas sus conjeturas. Los habitantes habian huido como de costumbre, pero dejando en sus casas un buen acopio de provisiones, y algunos adornos de oro que los Españoles no tuvieron escrúpulo en apropiarse. La débil embarcacion de Pizarro habia quedado tan estropeada con las borrascas que habia resistido últimamente, que ya no ofrecia seguridad para continuar el viaje sin recibir reparos de consideracion, que era imposible hacer en aquella costa desamparada. Determinó por lo mismo enviarla á Panamá con unos cuantos marineros, para que allí se carenase, y fijar mientras sus cuarteles en aquel lugar, que era muy propio para la defensa; pero antes despachó á Montenegro con una pertida, para que reconociese el pais y entrase si era posible, en relaciones con los naturales.

Eran éstos de raza belicosa, y solo habian abandonado sus habitaciones para poner en salvo sus mugeres é hijos. Pero no habian perdido de vista los movimientos del enemigo, y cuando vieron que sus fuerzas se dividian, resolvieron caer sobre cada division por separado, antes que pudiesen reunirse. Así pues, tan luego como Montenegro se empeñó en los desfiladeros

de aquellos elevados cerros, que se desprenden como espolones de las cordilleras en esta parte de la costa, salieron de su escondite y despidieron una nube de flechas y otros proyectiles, conque mataron tres españoles è hirieron muchos, miéntras hacian resonar los bosques vecinos con sus agudos gritos de guerra. Sorprendidos los Españoles á la repentina acometida de aquellos salvages desnudos, pintados de varios colores, y blandiendo sus armas, que se veian brotar por todas partes de entre los árboles y malezas, se desordenaron por un momento. Pero reuniéndose al punto, contestaron la descarga de sus agresores con otra de sus ballestas, porque las tropas de Pizarro no llevaban armas de fuego en esta expedicion, y cargando en seguida con valor sobre el enemigo, espada en mano, consiguieron rechazarle hasta sus guaridas de las montañas. Mas no consiguieron otro resultado que hacer cambiar el teatro de las operaciones, y que cayesen sobre Pizarro antes que su teniente pudiese socorrerle.

Aprovechándose de su conocimiento del terreno llegaron á los cuarteles del comandante mucho antes que Montenegro, aunque este habia contramarchado inmediatamente en aquella direccion. Y saliendo de los bosques aquellos atrevidos salvages, saludaron á los Españoles con un diluvio de flechas y dardos, de los que

algunos penetraron por las junturas de las corazas, y las acolchadas cotas de los caballeros. Pero Pizarro era soldado de demasiada esperiencia para que le cogiesen desprevenido. Reuniendo á toda su gente, resolvió no esperar cobardemente el asalto en sus parapetos, sino salir y buscar al enemigo en sus mismas posiciones. Los bárbaros, que habian avanzado hasta cerca de las estacadas, retrocedieron así que los Españoles se arrojaron fuera con su valiente caudillo á la cabeza. Mas volviendo inmediatamente á la carga con estraña ferocidad, y dirigiéndose á Pizarro, que con facilidad reconocieron ser el gefe por su altivo porte y aire de autoridad, le descargaron tal nube de proyectiles, que le hirieron nada menos que en siete partes, á pesar de su armadura.[18]

Incapaz de resistir el gefe Español el impetuoso ataque dirigido espresamente á su persona, se fué retirando por una cuesta abajo, defendiéndose lo mejor que podia con su espada y rodela, hasta que dió un paso en falso y cayó. El enemigo alzó entonces un grito de triunfo, y los mas atrevidos se le echaron encima para acabarle. Pero Pizarro se puso al punto en pié, y echando á tierra con su robusto brazo á los dos primeros, contuvo á los demas hasta que sus soldados

18. Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 180. —Zarate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 1.—Balboa, Hist. du Pérou, chap. 15.

llegaron á socorrerle. Admirados los bárbaros de tanto valor comenzaron á vacilar, á cuyo punto acertó á llegar Montenegro, y tomándolos por la espalda puso el colmo á su confusion; con lo que abandonaron el campo precipitadamente, y se escaparon como mejor pudieron á las montañas. El suelo quedó cubierto de cadáveres; pero la victoria se compró muy cara con la muerte de otros dos Españoles y una multitud de heridos.

Juntáronse entonces á deliberar. Aquella posicion habia ya perdido todo su mérito á los ojos de los Españoles, pues era la primera vez que encontraban resistencia en el curso de su expedicion; era ademas necesario llevar los heridos á algun parage seguro en donde pudieran curarse, y no parecia prudente seguir adelante en un buque tan estropeado. Resolvieron por tanto, el regresar y dar cuenta de sus operaciones al gobernador, y aunque no se habian realizado las lisonjeras esperanzas de los aventureros, Pizarro creia que lo hecho bastaba para demostrar la importancia de la empresa, y conseguir la cooperacion de Pedrarias para proseguirla.[19]

Pizarro, empero, no podia conformarse con la idea de comparecer ante el gobernador, en el estado que guardaba la empresa. Dispuso, pues, que le desembarcasen con sus principales com-

19 Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 8, cap. 11.—Xerez,

pañeros en Chicamá, lugar situado en el continente, á una corta distancia al O. de Panamá Desde este lugar, á donde arribó sin novedad, despachó en el buque á su tesorero Nicolas de Ribera, con el oro que habia recogido, y órden de presentar al gobernador una relacion circunstanciada de sus descubrimientos y del resultado de la espedicion.

Mientras esto pasaba, Almagro, el socio de Pizarro, se habia ocupado asiduamente en despachar de Panamá otro buque para acompañar la espedicion; pero á pesar de su actividad, hasta mucho despues de la partida de su amigo no estuvo listo para seguirle. Con el auxilio de Luque consiguió al fin habilitar una pequeña carabela, y formar un cuerpo de sesenta ó setenta aventureros; la mayor parte de la gente mas perdida de la colonia. Hizo rumbo en seguimiento de su compañero, con intencion de alcanzarle lo mas pronto posible. Por medio de señales en la corteza de los árboles, convenidas de antemano, pudo reconocer los lugares que habia visitado Pizarro; Puerto de Piñas, Puerto de la Hambre, Pueblo Quemado, tocando sucesivamente en todos los puntos en que habian tocado sus compatriotas, aunque en mucho menos tiempo. En el último lugar de los mencionados, le recibieron los feroces indígenas con las mismas demostraciones hostiles que á Pizarro, aunque en el caso

presente, los Indios no se atrevieron á salir de sus posiciones. Pero esta resistencia exasperó de tal modo á Almagro, que asaltó la plaza espada en mano, la tomó, puso fuego á las defensas y habitaciones, y ahuyentó los infelices habitantes á los bosques.

Cara le costó sin embargo sn victoria. Una herida de jabalina en la cabeza, le ocasionó una inflamacion en un ojo, y despues de padecer mucho tiempo, acabó por perderlo. Mas á pesar de su herida, no dudó el intrépido aventurero en proseguir su viaje, y despues de tocar en varios puntos de la costa, donde recogió un abundante botin de oro, llegó á la boca del rio de San Juan, hácia los 4° de lat. N. Llamóle la atencion la belleza del rio y lo cultivado de sus riberas, en las que se veian esparcidas muchas cabañas de Indios que manifestaban cierta habilidad en su construccion; denotando todo una civilizacion mas adelantada, que cuanto hasta entonces habia visto.

En medio de su satisfaccion, la suerte de Pizarro y sus compañeros llenaba su ánimo de inquietud. En tanto tiempo no habia encontrado rastro de ellos en la costa, y era claro, que ó el mar los habia tragado ó habian regresado á Panamá. Esto le parecia mas probable, puesto que el buque podia haber pasado á su lado sin ser visto, ya por la oscuridad de la noche, ó por

las densas nieblas que á veces cubren aquellas costas.

Persuadido de que así era, ya no tuvo ánimo para proseguir su viage, para lo que tampoco era nada á propósito su único buque con su escasa dotacion de gente. Resolvió, por lo mismo, volverse sin mas dilacion. En su travesía tocó en las Islas de las Perlas, y allí supo el resultado de la espedicion de su amigo, y el lugar en que entonces se hallaba. Dirigióse inmediatamente á Chicamá, y los dos caballeros tuvieron muy pronto la satisfaccion de abrazarse, y referirse mútuamente sus hechos y peligros. Almagro volvia mejor provisto de oro que su compañero, y en todas partes le habian confirmado la existencia de un opulento y poderoso imperio en el Sur. Los descubrimientos de estos dos amigos estrecharon mucho su intimidad, y no vacilaron en comprometerse mútuamente á morir antes de abandonar su empresa. [20]

Siguióse una séria y detenida discusion sobre el mejor modo de reunir la gente que necesitaban para tan formidable empresa, que ahora les parecia mas formidable que antes. Decidieron por último que Pizarro se quedaria en su actual

20 Xerez, ubi supra.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, loc. cit.—Balboa, Hist. du Pérou, chap. 15.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 8, cap. 13.—Levinus Apollonius, fol, 12.—Gomara, Hist. de las Indias, capítu 108.

alojamiento, á pesar de que la humedad del clima y los enjambres de insectos, le hacian incómodo y aun malsano. Almagro habia de ir á Panamá á presentarse ante el gobernador, y conseguir, si posible era, que protegiese la continuacion de la empresa. Si por este lado no se encontraba tropiezo, podia esperarse, contando con el apoyo de Luque, reunir los pertrechos necesarios, mientras que el resultado de la reciente espedicion era bastante favorable para atraer aventureros á su bandera, entre una gente tan sedienta de aventuras, que encontraba placer en el peligro, y que miraba la vida como una cosa despreciable comparada con el oro.

CAPITULO III.

EL FAMOSO CONTRATO.—SEGUNDA ESPEDICION.—RECONOCE RUIZ LA COSTA.—PADECIMIENTOS DE PIZARRO EN LOS BOSQUES.—LLEGADA DE NUEVOS REFUERZOS.—NUEVOS DESCUBRIMIENTOS Y REVESES.—PIZARRO EN LA ISLA DEL GALLO.

1526.—1527.

A su llegada á Panamá se encontró Almagro con que los sucesos habian tomado un curso menos favorable de lo que él pensaba. El gobernador Pedrarias se preparaba á ponerse á la cabeza de una espedicion para ir á castigar un capitan que se habia rebelado en Nicaragua, y su genio, que nunca era muy amable, se habia agriado mas con la defeccion de aquel subalterno, y la necesidad en que le ponia de emprender una marcha larga y peligrosa. Así pues, cuando se le presentó Almagro pidiéndole que le permitiese levantar gente para continuar su empresa, le recibió con manifiesto desagrado, y escuchó con frialdad la relacion de sus pérdidas, manifestándose muy incrédulo respecto de sus magníficas

promesas para lo futuro, y concluyó por pedirle bruscamente cuenta de las vidas que Pizarro habia sacrificado á su obstinacion, y que en el caso presente le habrian sido muy útiles para su espedicion á Nicaragua. Negóse redondamente á seguir protegiendo las descabelladas tentativas de los dos aventureros, y la conquista del Perú habria muerto en su cuna si no hubiese sido por la eficaz ayuda del otro sócio, Fernando de Luque.

Muy distinto era el efecto que habia producido la relacion de Almagro en este sagaz clérigo y en el irritable gobernador. Sin duda que los resultados de la empresa, en cuanto á oro y plata, habian sido hasta entonces bien mezquinos, formando un triste contraste con lo grandioso de sus esperanzas; pero considerados bajo otro aspecto eran importantísimos, porque las noticias que los aventureros habian ido recogiendo á cada paso, confirmaban del modo mas esplícito las que ya antes se habian recibido de Andagoya y de otros, respecto de un opulento imperio indio que existia en el sur y podia compensar el trabajo de conquistarlo, así como México habia compensado á Cortés de sus fatigas. Penetrado, pues, de las mismas ideas que sus socios, empleó todo su influjo con el gobernador para inclinarle á acojer mas favorablemente la peticion de Almagro; y no habia en la pequeña po-

blacion de Panamá quien tuviese mayor influencia en las deliberaciones del gobierno que el Padre Luque, la que debia no menos á su caracter de sacerdote que á su discrecion y reconocido talento.

Vencido Pedrarias de las razones ó de la importunidad del buen Padre, accedió, aunque con repugnancia, á la solicitud; pero al mismo tiempo tuvo cuidado de manifestar su desagrado á Pizarro, á quien echaba la culpa de la pérdida de sus compañeros, nombrándole por adjunto á Almagro en el mando de la proyectada espedicion. Este desaire hizo profunda impresion en el ánimo de Pizarro, quien con razon ó sin ella entró en sospechas de que su compañero habia solicitado del gobernador este nombramiento. Resfrióse su mútua amistad por algun tiempo, aunque al fin se reconciliaron, á lo menos en apariencia, al reflexionar Pizarro que al cabo valia mas que se hubiese investido de esta autoridad á un amigo que á un estraño, ó acaso á un enemigo. Pero siempre quedaron en su seno las semillas de una continua desconfianza, que con el tiempo habian de producir una abundante cosecha de discordias.[1]

En los principios era Pedrarias interesado en la empresa, ó por lo menos convino en tener de-

1 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 180.—Montesinos, Anales, MS., año 1526.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 8, cap. 12.

recho á las ganancias, sin haber contribuido con un ducado para las espensas. Despues consiguieron que renunciase todos sus derechos á las utilidades que pudieran resultar; pero al hacerlo manifestó un espíritu venal, mas propio de un mercachifle que de un empleado de alto rango. Propuso á sus socios que le abonasen la suma de mil pesos de oro en pago de su condescendencia, y ellos se apresuraron á asceptar la propuesta para que no los molestase mas con sus pretensiones. ¡Por aquella miseria renunció á su parte en el rico tesoro de los Incas! [2] Pero el gobernador no estaba dotado del don de profecía, y su avaricia era de aquellas tan mezquinas que redundan en perjuicio propio. Habia sacrificado al valiente Balboa precisamente cuan-

2 Así lo refiere Oviedo que se halló presente á la entrevista del gobernador con Amagro, en que se convinieron los términos de la transaccion. Este diálogo, bastante divertido y bien redactado por el antiguo cronista, puede verse en el *Apéndice*, núm. 5. En la *Relacion* de uno de los conquistadores del Perú, que tantas veces he citado, se cuenta de otro modo el asunto, y segun ella, Pedrarias se separó voluntariamente de la compañía disgustado por el mal aspecto que presentaba el negocio. "Vueltos con la dicha gente á Panamá, destrozados y gastados que ya no tenian haciendas para tornar con provisiones y gentes que todo lo habian gastado, el dicho Pedrarias de Avila les dijo, que ya el no queria mas hacer compañia con ellos en los gastos de la armada, que si ellos querian volver á su costa que lo hiciesen; y ansi como gente que habia perdido todo lo que tenia y tanto habia trabajado, acordaron de tornar á proseguir su jornada y dar fin á las vidas y haciendas que les quedaban ó descubrir aquella tierra, y ciertamente ellos tuvieron gran constancia y ánimo." Relacion del Primer. Descub., MS.

do le abria èl camino para la conquista del Perú y ahora se empeñó en amontonar obstáculos, cuando Pizarro y sus compañeros se preparaban á seguir sus huellas.

A poco de esto, en el año siguiente, le sucedió en el gobierno Don Pedro de los Rios, caballero cordobés. Era política constante de la corte no dejar que los gefes principales de las colonias ocupasen un mismo puesto tanto tiempo que llegasen á hacerse temibles. [3] En el caso presente habia ademas otros muchos motivos de disgusto contra Pedrarias. El caballero que enviaron en su lugar llevaba instrucciones ámplias para procurar el bien de la colonia, y especialmente el de los naturales, encargándosele su instruccion religiosa como uno de los objetos principales, y declarando espresamente su liber-

3 Ya habia echado de ver esta política el sagaz Pedro Mártir. "De mutandis namque plærisque gubernatoribus, ne longa nimis imperii assuetudine insolescant, cogitatur, qui præcipue non fuerint prouinciarum domitores, de hisce ducibus namque alia ratio ponderatur." (De Orbe Novo, (Parisiis, 1587) p. 498.) No puede uno menos de sentir que el filósofo que tan vivo interes tomaba en todo lo que sucesivamente se iba descubriendo en el Nuevo Mundo, muriese antes de que se hubiese roto el velo que ocultaba á los Europeos el imperio de los Incas. Vivió para averiguar y dejar escritas las maravillas de

Méjico la opulenta,
Donde su trono Moctezuma asienta;

mas no le alcanzò la vida para admirar

El Cuzco, del Perú la maravilla,
De Atahuallpa mas noble y rica silla. (*)

(*) La traduccion de estos versos, y la de todos los demas que se hallan esparcidos en la obra, la debo á la bondad del Sr. D. J. C. Colladó — T.

tad personal como vasallos de la corona de Castilla. Es preciso convenir en que las providencias del gobierno español eran generalmente dictadas por una política humana y conciliadora; pero la codicia de los colonos y la crueldad de los conquistadores las hacian siempre ilusorias. Pedrarias gastó los pocos años que sobrevivió á este suceso, en mezquinas rencillas públicas y particulares, pues continuaron empleándole, aunque en destinos no de tanta importancia como los que hasta entonces habia desempeñado. No es muy envidiable la reputacion que dejó á su muerte, ocurrida poco despues: nos le pintan como hombre de espíritu pusilánime, y al mismo tiempo incapaz de sujetar sus pasiones, que desplegó á pesar de eso cierta energía, ó mas bien ardor para acometer nuevas empresas, que habria producido resultados favorables si hubiera sido empleado con acierto. Por desgracia le faltaba talento, y así no supo emplear esta cualidad en provecho de su pátria ni en el suyo propio.

Arregladas las diferencias con el gobernador, y obtenido su consentimiento para la empresa, no perdieron tiempo los asociados en hacer los preparativos necesarios para ella. Su primer paso fué estender el memorable contrato que sirvió como de fundamento para sus negociaciones futuras, y como en él se encuentra el nombre de Pizarro, parece probable que este gefe se habia

trasladado á Panamá tan luego como estuvo ganada la voluntad del gobernador.[4] En este instrumento, despues de invocar del modo mas solemne los nombres de la Santísima Trinidad y de la Vírgen María Ntra Señora, se asienta, que por cuanto las partes tenian plenos poderes para descubrir y conquistar las tierras y provincias al mediodia del golfo, pertenecientes al imperio del Perú, y Fernando de Luque habia adelantado los fondos necesarios para la empresa en tejos de oro, hasta la suma de veinte mil pesos, se obligan mútuamente los contratantes á dividir entre sí por partes iguales todo el territorio que se conquistase. Esta cláusula se repite luego muchas veces, en especial por lo tocante á Luque, quien se declara tener derecho á la tercera parte de todas las tierras, repartimientos, tesoros de cualquiera especie, oro, plata y piedras preciosas, y aun al tercio de todos los vasallos, rentas y emolumentos que proviniesen de las mercedes que la corona pudiera hacer en lo sucesivo á cualquiera de sus dos socios, para su propio aprovechamiento, el de sus herederos, apoderados, ó representantes legales.

4 Contra la mayor parte de las autoridades, aunque no contra el juicioso Quintana, he seguido á Montesinos en poner la celebracion del contrato al principio de la segunda espedicion en vez de la primera. A esta opinion da ademas mayor probabilidad la fecha del documento, el que solo he hallado *in extenso* en Montesinos, y no en ningun otro de los autores antiguos que he consultado.

Los dos capitanes se comprometen del modo mas solemne á dedicarse esclusivamente á la empresa hasta llevarla á cabo, y en caso de faltar al convenio, se obligan á rembolsar á Luque de sus adelantos, para lo que hipotecan todo cuanto poseen; siendo bastante esta declaracion para que así se les obligue á efectuarlo, lo mismo que si un juez competente hubiese pasado sentencia en contra.

Los gefes Pizarro y Almagro juraron guardar religiosamente lo pactado, en el nombre de Dios y de los Santos Evangelios, poniendo la mano sobre un misal y haciendo sobre él la señal de la santa Cruz. Para dar aun mayor firmeza al convenio, el Padre Luque administró la comunion á los contratantes, dividiendo la hostia consagrada en tres partes, guardando una para sí y dando otra á cada uno de los dos capitanes; mientras que á los circunstantes se les rodaban las lágrimas, dice un historiador, al presenciar las solemnes ceremonias con que estos hombres se sacrificaban voluntariamente á un empeño que parecia poco ménos que locura. [5]

Se estendió este instrumento en 10 de Marzo de 1526, y fué firmado por Luque, siendo testigos tres vecinos respetables de Panamá: uno de

5 Montesinos, como ya dije, trae por entero este estraordinario documento, (Anales, MS., año 1526,) y puede verlo el lector en el *Apéndice*, núm. 6.

ellos firmó por Pizarro y otro por Almagro, á causa de que ninguno de los dos sabia firmar, segun se espresa en el mismo instrumento.[6]

Tal fué el estraño convenio en que tres personas oscuras hicieron pedazos y se repartieron un imperio de cuya estension, poder, recursos, situacion y aun existencia, solo tenian ideas vagas y confusas. El tono de seguridad y certeza con que hablan de la grandeza de este imperio, y de sus inmensos tesoros, lo que despues confirmaron los sucesos, pero que entonces apenas podian saber, forma un notable contraste con la indiferencia é incredulidad que manifestaban sobre este punto todos los habitantes de Panamá.[7]

El tono religioso del instrumento no es una de sus particularidades menos notables, sobre todo si se compara con la inflexible política que siguieron en la conquista del pais aquellos mismos hombres que lo firmaron. "En el nombre del Dios de Paz," dice el ilustre historiador de la América, "firmaron un contrato que tenia por objeto la matanza y el saqueo."[8] La reflexion

6 Sobre la cuestion de si Pizarro sabia ó no escribir, lo que se ha disputado bastante, véase el libro 4, cap. 5, de esta historia.

7 Al Padre Luque por sus incansables esfuerzos en favor de la espedicion, le daban, jugando del vocablo, el apodo de *loco*. *Padre Luque ó loco,* le llama Oviedo, como si fueran sinónimos. Historia de las Indias, Islas e Tierra Firme del Mar Oceano, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 1.

8 Robertson, América, vol. III. p. 5.

parece justa; mas al criticar las acciones, así como los escritos, es preciso que tengamos en cuenta el espíritu de la época.[9] Era natural invocar el auxilio del cielo cuando la empresa llevaba en parte un fin religioso. La religion figuraba siempre mas ó menos, cuando no fuese sino en teoría, en las conquistas de los Españoles en el Nuevo Mundo. Nadie duda que con estas consideraciones elevadas se mezclaban otras mas mundanas, en proporcion del carácter de los individuos. Pocos son los que se proponen pasar la mayor parte de su vida en continua actividad, sin que tengan en él cierto influjo algunos fines personales, como la fama, los honores y las riquezas. Sin embargo, la religion es la clave que sirve para esplicar estas cruzadas de América, por grande que fuese la violencia en que se llevaron á cabo, y de esto no queda duda al recorrer la historia de su origen; al ver la esplícita aprobacion que merecieron á la cabeza de la Iglesia; la multitud de zelosos misioneros que seguian las huellas de los conquistadores para recojer la rica cosecha de almas; las repetidas instrucciones de la corona cuyo principal objeto era la conversion de los na-

9 Un crítico imparcial debe aplicar la misma regla á las acciones y á los escritos, y al juzgar de la moralidad de la conducta de cualquiera, debe tener muy presente el espíritu del siglo que la dirigia

"Leer debe las obras del ingenio
Con espíritu igual un juez idóneo,
Al que animaba del autor la mente,"

dice el ilustre cantor de la Razon.

turales, y las prácticas supersticiosas de aquellos soldados endurecidos, que si bien pueden atribuirse á fanatismo, las hacian con tal sinceridad que es imposible achacarlas á hipocresia. La cruz que enarbolaron y recorrió aquel desgraciado pais abrasándolo y consumiéndolo todo, era una enseña de destruccion; pero siempre era la cruz, el signo de la redencion del hombre, la única que podia librar de la perdicion eterna á millares de generaciones que aun no habian venido al mundo.

Un hecho notable que hasta ahora se ha escapado á los historiadores, es que Luque no era el verdadero interesado en el contrato, sino que representaba á otra persona que habia puesto á su disposicion los fondos necesarios para la empresa. Esto resulta de otro instrumento, firmado por el mismo Luque, ante el propio notario que estendió el contrato primitivo. Este documento declara, que la suma de veinte mil *pesos* adelantada para la espedicion, la proporcionó el Licenciado Gaspar de Espinosa, residente entonces en Panamá; que el vicario obró tan solo por su órden y como agente suyo, y que por consiguiente, el dicho Espinosa, y no otra persona, tenia derecho á la tercera parte de todos los provechos que resultasen de la conquista del Perú. La fecha de este documento firmado, por tres testigos, uno de los cuales firmó tambien el

otro contrato, es de 6 de Agosto de 1531.[10] El Licenciado Espinosa era un magistrado respetable que habia desempeñado el puesto de alcalde primero en el Darien, y tomado luego una parte muy activa en la conquista y poblacion de Tierra Firme. Su carácter y su empleo le grangeaban mucha consideracion, y no deja de ser estraño que se sepa tan poco acerca del modo con que le cumplieron un convenio hecho con tanta solemnidad. Probablemente le sucedió lo mismo que á Colon; que la inesperada grandeza de los resultados, impidió que se cumpliesen al pié de la letra las estipulaciones; pero por la misma causa no debe quedarnos duda, que los veinte mil pesos del atrevido especulador le producirian decente utilidad, y como dirá luego la historia, tampoco el buen vicario de Panamá quedó sin recompensa.

Terminados ya estos preparativos indispensables, no perdieron tiempo los tres socios en alistar su viage. Compraron dos buques mas grandes y mejores por todos estilos que los que sirvieron para la otra espedicion, y alec-

10 El documento que ha hecho esta estraña revelacion, se encuentra en un manuscrito titulado: Noticia general del Perú, Tierra Firme y Chili, por Francisco Lopez Caravantes, fiscal de S. M. en estas colonias." Este manuscrito que antes se guardaba en el colegio de Cuenca en Salamanca, se halla ahora en Madrid, en la librería particular del Rey. Quintana estracta el documento en sus Españoles Célebres, tom. II. *Apéndice*, núm. 2, nota.

cionados por la esperiencia, cargaron mas provisiones que antes. Publicaron entonces "la jornada al Perú;" pero los incrédulos moradores de Panamá andaban remisos en acudir al llamamiento. De cerca de doscientos hombres que fueron en la primera correria, apenas quedaban las tres cuartas partes. [11] Tan espantosa mortandad, y el aspecto miserable y macilento de los que sobrevivieron, hablaban mas alto que las exàjeradas promesas y lisongeras esperanzas de los aventureros. Habia con todo en aquel pueblo algunos individuos en tan mal estado, que en cualquier cambio estaban seguros de mejorar de condicion. Muchos de la primera partida, y es estraño, se inclinaban á seguir la aventura hasta el fin, mas bien que abandonarla cuando comenzaban á ver el horizonte mas despejado. De estas dos clases de gente consiguieron reclutar los dos capitanes cosa de ciento y sesenta hombres; fuerza de todo punto insuficiente para emprender la conquista de un imperio. Tambien caompraron unos cuantos caballos y un surtido

11 "Con ciento i diez hombres salió de Panamà, i fue donde estaba el Capitan Piçarro con otros cinquenta de los primeros ciento i diez, que con él salieron, i de los setenta, que el Capitan Almagro llevó, quando le fue à buscar, que los ciento i treintaià eran muertos." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 180. (*)

(*) Segun el testo de Xerez que cita nuestro autor, debiera decir que solo quedaba *una cuarta parte*, y no *tres cuartas*, porque no existian mas de cincuenta hombres de los ciento ochenta que eran.—*N. del T.*

de armas y municiones mejor que el pasado, aunque siempre muy corto. Considerando los fondos que tenian á su disposicion, solo puede esplicar esta escasez la dificultad de conseguir todas estas cosas en Panamá, ciudad recien fundada, y en las distantes costas del Pacífico, á donde solo se podia llegar atravesando la áspera cadena de montañas, lo que hacia muy dificil el trasporte de los objetos voluminosos. La desgraciada coincidencia de estar preparando al mismo tiempo el gobernador su espedicion al Norte, debió ademas menoscabar considerablemente los ya escasos pertrechos que allí se encontraban.

Tan mal provistos así se hicieron á la vela de Panamá los dos capitanes, cada cual en su buque, bajo la direccion de Bartolomé Ruiz; piloto inteligente y atrevido, y práctico ademas en la navegacion del mar del Sur. Era natural de Moguer en Andalucia, el plantel de las espediciones marítimas, de donde salieron tantos marineros para los primeros viages de Colon. Sin tocar en ninguno de los puntos intermedios de la costa, en donde ya nada tenian que hacer, se apartaron de tierra haciendo rumbo directo al rio de San Juan, último punto que habia reconocido Almagro. La estacion era ahora mas propicia que la otra vez, y soplaban brisas favorables que les impelian directamente al lugar de su destino, adonde llegaron sin novedad dentro de pocos

dias. Entrando por el rio, vieron las orillas cubiertas de habitaciones de Indios, y desembarcando Pizarro con una partida de soldados, consiguió sorprender una aldea y llevarse un copioso botin de adornos de oro que halló en las casas, juntamente con algunos naturales.[12]

Alentados con este golpe, confiaban los dos gefes en que la vista de estos ricos despojos no podria menos de atraerles algunos aventureros, y como ahora mas que nunca conocian la necesidad de una fuerza superior para hacer frente á la poblacion del pais en que iban á entrar, y que parecia ser ya mas numerosa, resolvieron que Almagro volviese con el botin y levantase refuerzos, en tanto que el piloto Ruiz en el otro buque reconocia el pais hacia el Sur, y recogia todas las noticias que pudieran ser útiles para guiarse en lo de adelante. Pizarro con el resto de la fuerza, debia quedarse cerca del rio, puesto que los Indios prisioneros le aseguraban que no lejos de allí habia un terreno despejado donde él y sus compañeros podrian estar con comodidad. Tomada esta determinacion, se puso al punto en práctica. Acompañarémos primero al atrevido piloto en su correria hácia el Sur.

Siguiendo la costa del gran continente, tendi-

12 Ibid., pp. 180, 181.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1. cap. 1.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 8, cap. 13.

das sus velas á un viento favorable, el primer punto en que Ruiz echó el ancla, fué enfrente de la isleta del Gallo, hácia los 2º de latitud N. Los habitantes, aunque no muy numerosos, se prepararon á recibirle hostilmente, porque la mala fama de los invasores se habia difundido por todo el pais y llegado hasta aquella isla. Como el objeto de Ruiz no era conquistar sino reconocer, no quiso enredarse en hostilidades con los Indios, y asi renunciando á su primera idea de desembarcar, levó el ancla y se fué costeando hasta la que ahora se llama bahia de San Mateo Conforme iba avanzando parecia la tierra mejor cultivada y la poblacion mas crecida que antes, viendose toda la orilla coronada de espectadores que no manifestaban temor ni intenciones hostiles, y solo contemplaban asombrados el bajel de los blancos, que se deslizaba blandamente sobre las cristalinas aguas de la bahia, figurándoseles, segun dice un antiguo escritor, algun ser misterioso que habia bajado de los cielos.

Sin detenerse Ruiz en estas playas amigas lo bastante para desengañar á la sencilla gente, se desvió de la ribera engolfandose en el océano; pero no habia navegado mucho en aquella direccion, cuando le dejó sorprendido la vista de un bajel que desde lejos parecia un caravela de buen tamaño, con una gran vela que le llevaba perezosamente sobre las aguas. No se admir-

poco de aquello el viejo piloto, porque estaba seguro de que ningun buque europeo, podia haber cruzado antes que el suyo por aquellas alturas, y ninguna de las naciones indias hasta entonces descubiertas, ni aun los civilizados Mejicanos, conocian el uso de las velas para la navegacion. Cuando se fué acercando echó de ver que era una grande balsa, formada de gruesas vigas de una madera ligera y porosa, fuertemente atadas, y con un piso de cañas encima por via de cubierta. En el centro se levantaban dos mástiles que sostenian una velacuadrada de algodon, y tenia ademas una especie de timon tosco y una quilla movible hecha de tablones encajados entre los maderos, con cuyo auxilio podian los marineros dirijir la embarcacion, que marchaba sin el auxilio de remos ni paletas.[13] Este sencillo navichuelo bastaba para las necesidades de los indígenas, y hasta el dia ha continuado usandose; porque la balsa con sus chozitas de paja encima, suple todavia, á falta de otros medios mas comodos de transporte, para llevar pasageros y equipajes por los rios y costas de esta parte del continente americano.

13 "Traia sus mástiles y antenas de muy fina madera y velas de algodon del mismo talle de madera que los nuestros navios." Relacion de los Primeros Descubrimientos de F. Pizarro y Diego de Almagro, sacada del códice núm. CXX de la Biblioteca Imperial de Viena, MS. (*)

(*) Publicada en el tom. V de la Coleccion de Documentos Inéditos para la Historia de España (Madrid, 1844.)—*T.*

Al abordar Ruiz la balsa encontró en ella varios Indios de ambos sexos, muy llenos de alhajas, fuera de otra porcion de objetos de oro y plata labrados con bastante industria, que llevaban para contratar en diferentes puntos de la costa. Pero lo que mas llamó su atencion fueron los tejidos de lana de que iban en parte vestidos. Eran finísimos, primorosamente labrados con figuras de flores y aves de colores muy vivos. Vió tambien en el bote unas como balanzas para pesar el oro.[14] La admiracion que le causaban estas pruebas de ingenio y de civilizacion, tan superiores á todo lo que antes habia visto en aquella tierra, subió de punto con las noticias que recojió de los Indios. Dos de ellos habian venido de Tumbez, puerto del Perú, y le dieron á entender que en sus alderredores habia infinitos rebaños de los animales que daban aquella lana, y que en los palacios del monarca el oro y la plata eran tan comunes como las maderas. Los Españoles escuchaban con avi-

14 En una breve noticia de esta espedicion, escrita al parecer al mismo tiempo, que se verificó, ó poco despues, se halla una enumeracion detallada de los diversos objetos que se encontraron en la balsa. "Espejos guarnecidos de la dicha plata, y tazas y otras vasijas para beber, traian muchas mantas de lana y de algodon y camisas y aljubas y alcaçeres y alaremes, y otras muchas ropas, todo lo mas de ello muy labrado de labores muy ricas de colores de grana y carmisi y azul y amarillo, y de todas otras colores de diversas maneras de labores y figuras de aves y animales, y pescados, y arbolesas y trahian unos pesos chiquitos de pesar oro como hechura de romana, y otras muchas cosas." Relacion sacada de la Biblioteca Imperial de Viena, MS.

déz estas relaciones, que tan bien se avenian con sus deseos. Aunque recelaba Ruiz que hubiese en ellas algo de exageracion, se resolvió á detener algunos Indios, inclusos los de Tumbez, para que repitiesen á su gefe tan maravillosas noticias, y para que aprendiendo al mismo tiempo el idioma castellano, pudiesen servir de intérpretes en lo sucesivo. A los demas dejó que prosiguiesen su viage sin tropiezo. Continuando tambien el suyo el prudente piloto, llegó sin tocar en ningun otro punto de la costa, á la punta de Pasaos, á cosa de medio grado de latitud Sur, habiendo tenido la gloria de ser el primer Europeo que cortó la línea, navegando hacia á este rumbo en el Pacífico. Este fué el límite de sus descubrimientos; llegado allí, volvió la proa al Norte, y despues de algunas semanas de ausencia, regresó al lugar en que habia dejado á Pizarro y á sus compañeros.[15]

Llegó á la verdad á tiempo, porque ya los ánimos de aquellos aventureros se rendian á los tra bajos y peligros con que habian tenido que lu-

15 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 181.—Relacion sacada de la Biblioteca Imperial de Viena, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 8, cap. 13.

Uno de estos autores dice que gastaron sesenta dias en esta correría. Siento no poder fijar con exactitud las fechas de los sucesos de estas primeras espediciones; pero estos antiguos cronistas no entienden de cronología, y seguramente se les figuraba que como ellos conservaban tan frescas en su memoria las fechas de los acontecimientos, lo mismo habia de suceder á todos los demás.

char. Idos los buques se puso en marcha Pizarro para el interior, esperando hallar la tierra despejada que los naturales le habian prometido; pero á cada paso se iban espesando mas los bosques, y los árboles se elevaban á una altura no vista hasta entonces, ni aun en aquellas fértiles regiones en que la naturaleza produce todo tan en grande.[16] Levantábanse á su frente montes sobre montes, á semejanza de las ondas de un océano agitado, hasta perderse en la inmensa cadena de los Andes, cuya heladas pendientes parecian una cortina de luciente plata que unia los cielos con la tierra.

Para atravesar por estas espesas alturas, los tristes aventureros tenian que meterse en barrancos de una profundidad horrible, donde se alzaban las nocivas exhalaciones del empapado suelo mezcladas con el aroma de las flores, que en aquellas espantosas simas ostentaban todos los colores imaginables; si bien parecia rivalizar con ellas el rico plumage de los pájaros, de la especie de los papagayos, que volaban en derredor. Millares de monos saltaban por las ramas dando agudos chillidos, y haciendo tan horribles visages, que parecian los espíritus malignos de aquellas soledades. Del cieno de las charcas removido por los caminantes brotaban

16 "Todo eran montañas con árboles hasta el cielo!" Herrera, Hist. General, ubi supra

asquerosos reptiles; veian á veces el corpulento boa enroscado en los árboles y oculto en ellos aguardando el momento de lanzarse sobre su presa; y los cocodrilos que tomaban el sol en la orilla de los rios ó se deslizaban bajo del agua, se apoderaban de la incauta víctima antes que hubiese advertido su proximidad. [17] Muchos Españoles perecieron asi desdichadamente, y otros fueron sorprendidos por los naturales que no perdian de vista sus movimientos, y aprovechaban cualquiera ocasion de atacarlos con ventaja. Catorce compañeros de Pizarro fueron cogidos de un golpe en una canoa que fué á varar en el aluvion de un rio. [18]

Para colmo de sus desgracias les acometió el hambre, y apenas podian conservar la vida con el escaso alimento que el bosque les procuraba. Pasábanlo á veces con las patatas que crecian sin cultivo ó con los cocos silvestres, y en la costa con el salado y amargo fruto de los mangles; aunque la costa era todavia mas insufrible que los bosques, á causa de los enjambres de mosquitos que obligaban á los míseros aventureros á enterrarse en la arena hasta los ojos. Llegaron á tal punto sus padecimientos, que solo pensaban ya en volverse, y todos los proyectos de la ambicion y la avaricia se trocaron, menos en

17 Ibid., ubi supra. Hist. de las Indias, cap. 108.—

18 Ibid., loc. cit.—Gomara, Naharro, Relacion Sumaria, MS.

Pizarro y en algunos otros espíritus indómitos, en un deseo irresistible de regresar á Panamá.

A este punto habian llegado las cosas cuando volvió el piloto Ruiz con la noticia de sus preciosos descubrimientos, y poco despues entró Almagro en el puerto con su buque cargado de provisiones y un crecido refuerzo de voluntarios El viage de este capitan habia sido muy dichoso, Cuando llegó á Panamá se encontró en el gobierno á D. Pedro de los Rios, y ancló en la bahia sin atreverse á saltar á tierra hasta que el Padre Luque le diese algunas noticias sobre la disposicion que hallaria en el nuevo gobernador á proteger su empresa. Era esta bastante favorable porque tenia instrucciones espresas de la corte para cumplir en todas sus partes el asiento hecho con su predecesor. Al saber la llegada de Almagro, salió al puerto á recibirlo, manifestándole sus deseos de facilitarle todo lo que necesitase para llevar á cabo sus intentos. Por fortuna habia llegado poco antes á Panamá, una partida de soldados aventureros que ardian en deseos de hacer fortuna en el Nuevo Mundo. Estos tragaron el anzuelo con mucha mas facilidad que los incrédulos colonos; de ellos y otros vagamundos que andaban por la ciudad, reunió Almagro un refuerzo á lo menos de ochenta hombres, y con él y un nuevo acopio de provisiones,

se hizo otra vez á la vela para el rio de San Juan.

El arribo de nueva gente ansiosa de proseguir la espedicion; el cambio favorable que habia producido en su situacion la llegada del bastimento; y las doradas perspectivas de las riquezas que les aguardaban en el sur, produjeron el efecto que era de esperarse en los ánimos abatidos de los compañeros de Pizarro. Breve olvidaron los pasados trabajos y fatigas, y con la volubilidad propia de aventureros y corsarios, pasaron al otro estremo, importunando ahora al comandante para que prosiguiese la marcha, tanto como antes lo habian hecho para que se volviese. Aprovechando los dos capitanes esta favorable disposicion de los animos, se embarcaron en sus buques, y guiados por el esperto piloto siguieron el mismo rumbo que él antes habia llevado.

Mas con estas dilaciones habian dejado pasar la estacion favorable para navegar en estas latitudes, que solo dura unos cuantos meses del año. Los vientos soplaban constantemente hácia el norte, y no lejos de la ribera hallaron una fuerte corriente en la misma direccion. Las mas veces los vientos paraban en tempestades, y los tristes viageros fueron por muchos dias juguete de las enfurecidas olas, en medio de horribles tormentas de truenos y relámpagos, hasta que por fin hallaron un fondeadero seguro en la Isla

del Gallo, donde ya habia estado Ruiz. Los Españoles tomaron tierra porque ya su número les ponia á cubierto de un ataque, y como los indígenas para nada los molestaban, se quedaron alli dos semanas, para componer sus estropeadas embarcaciones y reponerse de las fatigas del mar. Pasado este tiempo continuaron su viage hácia el Sur, hasta que llegaron á la bahia de San Mateo. Conforme corrian la costa se quedaban admirados, como antes le habia sucedido á Ruiz, al ver por todas partes en el aspecto del pais y de sus habitantes, pruebas de una civilizacion mas adelantada. Por cualquier lado que se tendiese la vista se veian señales de cultivo, y aun la costa tenia naturalmente una apariencia mas agradable, porque en vez del perpetuo laberinto de manglares con sus tortuosas raices entretejidas debajo del agua como para engañar y sorprender al navegante, la orilla del mar estaba cubierta de un magestuoso bosque de ébanos, de una especie de caoba y de otras maderas duras, susceptibles del mas brillante pulimento. El sándalo y otros muchos árboles balsámicos de nombres desconocidos, exhalaban su aroma á gran distancia, no en una atmósfera emponzoñada por la corrupcion vegetal, sino entre las puras y saludables brisas del océano. En los claros se veian grandes pedazos de terreno cultivado, colinas cubiertas de maiz y de patatas

y en las tierras bajas floridas sementeras de cacao.[19]

Los pueblos iban siendo cada vez mas considerables, y cuando los buques anclaron frente al puerto de Tacamez, vieron los Españoles una ciudad de dos mil ó mas casas, dispuestas en calles, y con una numerosa poblacion amontonados en los suburbios.[20] Tanto los hombres como las mugeres llevaban adornos de oro y piedras preciosas, lo que puede parecer estraño, considerando que los Incas monopolizaban las joyas para sí, y para los nobles á quienes les parecia bien darlas. Pero aunque los Españoles, habian llegado al límite septemtrional del imperio Peruano, no estaban en el Perú, sino en Quito, y esta parte de él llevaba muy poco tiempo de conquistada para que el sistema opresor de los déspotas americanos hubiese podido borrar enteramente los antiguos usos de sus habitantes. Aquella comarca era ademas abundantísima en oro, que recogian en los lavaderos de los rios, y es hasta el dia el principal pro-

19 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 181.—Relacion sacada de la Biblioteca Imperial de Viena, MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Montesinos. Anales, MS., año 1526.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 1.—Relacion del Primer Descub., MS.

20 El secretarto de Pizarro menciona ciudades de 3.000 casas. "En esta Tierra havia muchos Mantenimientos, i la gente tenia muy buena orden de vivir, los Pueblos con sus Calles, i Plaças: Pueblo havia que tenia mas de tres mil Casas, i otros havia menores." Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 181.

ducto de Baracoas. Tambien se encontraba allí el hermoso rio de las Esmeraldas, llamado asi, por las minas de esta piedra preciosa que se encuentran en sus orillas, y que servian para acrecentar el tesoro de los Incas. [21]

Contentísimos estaban los Españoles, al ver aquellas pruebas evidente de riqueza, y lo bien cultivado de la tierra, les daba á entender que al fin habian llegado al pais que por tanto tiempo les habia deslumbrado con su brillo y habia sido el solo banco de sus deseos. Pero aun allí el espíritu belicoso de los naturales les reservaba nuevos disgustos, porque conociendo estos su propia fuerza, no se manifestaban dispuestos á humillarse á los invasores, sino que por el contrario, se desprendieron de la ribera varias canoas cargadas de guerreros, llevando por estandarte un busto de oro, y se amontonaron en torno de los buques con aire de provocacion, y cuando comenzaron á perseguirlas, fácilmente se guarecieron entre los bajos de la orilla. [22]

21 Stevenson, que recorrió esta parte de la costa á principios del presente siglo, habla largamente de los tesoros vegetales y minerales que encierra. A causa de una supersticion mas propia del tiempo de los Incas que de los nuestros, no hay quien visite hoy la mina de esmeraldas, cerca de *Las Esmeraldas*, tan famosa en otro tiempo. "I never visited it," dice el viagero, "owing to the superstitious dread of the natives, who assured me that it was enchanted, and guarded by an enormous dragon, which poured forth thunder and lightning on those who dared to ascend the river." Residence in South America, vol. II. p. 406.

22 "Salieron á los dichos navios catorce canoas grandes con

En ella se veia reunido otro destacamento mas respetable, en número, segun los autores españoles, de diez mil guerreros á lo menos, ardiendo al parecer en deseos de trabar reñida pelea con los invasores. Fuéle imposible á Pizarro evitar enteramente las hostilidades, aunque desembarcó con una partida á fin de tener una conferencia con los Indios, y lo habrian pasado mal los Españoles, acosados por un enemigo atrevido y tan superior en número, si no hubiese sido por un ridículo accidente, que segun los historiadores, aconteció á cierto caballero. Fué el accidente una caida del caballo, lo que espantó de tal modo á los bárbaros, que no aguardaban semejante division de lo que ellos consideraban como solo un individuo, que llenos de terror volvieron las espaldas, y dejaron el camino espedito á los cristianos para que se volviesen á sus bajeles. [23]

muchos Indios dos armados de oro y plata; y traján en la una canoa un estandarte y encima de él un bolto de un mucho desio de oro, y dieron una vuelta á los navios por avisarlos en manera que no los pudiese enojar, y asi dieron vuelta acia á su pueblo, y los navios no los pudieron tomar porque se metieron en los baxos junto á la tierra." Relacion sacada de la Biblioteca Imperial de Viena, MS.

23 "Al tiempo de romper los unos con los otros, uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los Indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fué tanto el miedo que tubieron que volvieron las espaldas dando voces á los suyos, diciendo, que se habia hecho dos haciendo admiracion dello: lo cual no fué sin misterio; porque á no acaecer esto se presume que mataran todos los cristianos." (Relacion del Primer Des-

Reuniéronse inmediatamente los Españoles en consejo de guerra. No habia duda que sus fuerzas eran de todo punto insuficientes para luchar con aquel ejército de Indios tan numeroso y bien organizado, y aun cuando saliesen victoriosos de él, seria imposible resistir despues la tempestad que se iba á levantar contra ellos, en su marcha al interior, porque el pais iba siendo cada vez mas poblado, y á cada cabo que doblaban veian nuevas ciudades y pueblos. Lo mejor era, en opinion de los de espíritu apocado, abandonar la empresa enteramente como superior á sus fuerzas. Pero Almagro miraba la cosa bajo un punto de vista muy diferente. "Volvernos" decia "sin haber hecho nada, seria perdernos y deshonrarnos. Apenas hay uno de nosotros que no tenga acreedores en Panamá, que esperan pagarse con los productos de esta espedicion. Volvernos ahora será ir á ponernos en sus manos, para que nos envien á la cárcel. Vale mas andar errantes, pero libres en los bosques, que vernos cargados de cadenas en los calabozos de Panamá." [24] El único arbitrio que les quedaba, segun

cub., MS.) Esta esplicacion del terror pánico de los naturales es sin duda tan creible, como la aparicion del belígero apóstol Santiago, de que se sirven tantas veces los historiadores de estas guerras para esplicar triunfos semejantes.

24 "No era bien volver pobres, á pedir limosna, i morir en las Carceles los que tenian deudas." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 2.

él, era el que ya antes se habia tomado. Pizarro podia encontrar algun sitio mas cómodo para quedarse con parte de la fuerza, mientras que él iria por refuerzos á Panamá. Las noticias que ahora llevaban de la riqueza de la tierra que habian visto por sus propios ojos, serian muy favorables para la espedicion, y harian formar otro concepto de ella, lo que no dejaria de atraer á sus banderas todos los voluntarios que necesitasen.

Mas por juicioso que fuese este consejo, no era muy del gusto del otro capitan, quien no encontraba mucho placer en desempeñar la parte que siempre le tocaba, de quedarse entre los bosques y pantanos, de aquella tierra inhabitable. "Todo eso está muy bueno para vos," dijo á Almagro, "que pasais el tiempo de un modo bastante agradable, yendo aquí y allí con vuestro buque, ú os meteis en Panamá á vivir en la abundancia; pero la cosa es muy distinta para los que se quedan á enfermarse y morir de hambre en el desierto." [25] A esto respondió Al-

25 "Como iba, i venia en los Navios, adonde no le faltaba vitualla, no padecia la miseria de la hambre, y otras angustias que tenian, i ponian á todos en estrema congoja." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 2.) Los compañeros de Cortés y Pizarro, por ilustres que fuesen sus hazañas, no igualaban con todo á aquellos caballeros andantes de que hace mencion Hudibras, los cuales.

Como piensan algunos, no comian
En los antiguos tiempos, ni bebian;
Acaso pacerian;
Porque al cruzar estériles regiones,
Vastos desiertos, densos matorrales,
Jamás sus provisiones
Mencionan los históricos anales.

magro algo acalorado, piotestando que estaba pronto á tomar el mando de los valientes que quisieran quedarse, si Pizarro no se decidia á ello. La disputa se fué agriando y de las palabras pasaron á las obras, pues que ya ambos habian puesto mano á las espadas, á no mediar el tesorero Ribera y el piloto Ruiz, que al cabo consiguieron apla carles. Poco trabajo costó á estos mediadores pacíficos, que veian las cosas con mas sangre fria, el convencer á entrambos caballeros de lo desacordado de su conducta, que debia infaliblemente malograr la espedicion, con gran decrédito de sus autores. Reconciliáronse al cabo, á lo menos lo suficiente en la apariencia, para poder seguir obrando de acuerdo. Se adoptó entoncces el plan de Almagro, y solo restaba encontrar el lugar mas apropósito para que Pizarro fijara sus cuarteles.

Muchos dias gastaron en reconocer varios puntos de la costa por donde antes habian pasado, pero en todas partes se encontraban ya alarmados á los indígenas, y tomaban una actitud amenazante, qne su inmenso número hacia temible. No habia que pensar en las tierras mas septentrionales por que allí la naturaleza con sus bosques y sus nocivos pantanos, hacia una guerra mas cruda aun que el hombre.

Lo cual hizo que autores muy severos
Afirmen, sin temor de desmentirse,
Que tenian los buenos caballeros
Estómagos no mas para batirse.

En esta duda se decidieron por la isla del Gallo, porque á causa de su distancia de la costa y de su escasa poblacion, les parecia el sitio mas apropósito para ellos, en el triste estado de abandono en que iban á encontrarse. [26]

Mas apenas se divulgó el acuerdo de los dos capitanes, cuando se manifestó sin embozo el descontento entre los compañeros, y especialmente entre los que debian quedarse en la isla con Pizarro. "Como" gritaban estos, "¿se dejarian acaso llevar á aquel triste rincon á morir de hambre? Toda la espedicion habia sido un engaño de principio á fin. Aquellas regiones de oro tan encomiadas, parecian huir ante ellos, y el poco oro que hasta entonces habian tenido la fortuna de recoger, se habia enviado á Panamá para engolosinar á otros bobos, y que siguiesen su ejemplo. ¿Qué fruto habian sacado hasta entonces de todos sus padecimientos? El único tesoro que les quedaba eran sus arcos y flechas,

26 Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Relacion sacada de la Biblioteca Imperial de Viena, MS.—Naharro. Relacion Sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 1.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, capítulo 2.

Fué ciertamente una desgracia que Pizarro, en vez de avanzar con resolucion hacia el Sur, se mantuviese tanto tiempo sin apartarse de la costa septentrional de este continente. Dampier la pinta afligida de continuas lluvias; mientras que sus bosques impenetrables y la ferocidad de los indígenas habian contribuido á mantener casi desconocidas aquella regiones hasta su tiempo. Véanse sus Voyages and Adventures (London, 1776,) vol. I. ch. 14.

y ahora querian abandonarlos en aquella horrorosa isla sin tener siquiera un palmo de tierra bendita para dar sepultura á sus huesos." [27]

Llenos algunos soldados de desesperacion escribieron á sus amigos informándoles de su triste estado, y quejándose amargamente de la indiferencia con que iban á ser sacrificados á la obstinacion y codicia de sus gefes. Pero estos sabian muy bien que sus soldados adoptarian este arbitrio, y eran demasiado vivos para no ganarles por la mano, lo que hizo Almagro apoderándose de cuantas cartas encontró á bordo, cortandoles así toda comunicacion con sus amigos de Panamá. Mas con esta medida violenta y poco delicada no consiguió su objeto, como sucede casi siempre á los que las emplean, porque un soldado llamado Saravia se dió maña de meter una carta dentro de un ovillo de algodon, el que enviaron á Panamá de regalo para la esposa del gobernador, como una muestra de los productos de la tierra. [28]

En la carta, que ademas del autor iba firmada por muchos de los soldados descontentos, pinta-

27 "Miserablemente morir adonde aun no havia lugar sagrado, para sepultura de sus cuerpos." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 3,

28 "Metieron en un ovillo de algodon una carta firmada de muchos en que sumariamente dában cuenta de las hambres, muertes y desnudez que padecian, y que era cosa de risa todo, pues las riquezas se habian convertido en flechas, y no habia otra cosa." Montesinos, Anales, MS., año 1527.

ban con los mas vivos colores sus miserias, acusando á los dos gefes como autores de ellas, y suplicando á las autoridades de Panamá que metiesen la mano en el negocio despachando un buque que les sacara qe aquel destierro, donde todavia podrian encontrar vivos algunos. La epístola concluia con una copla en que figuraban á los dos gefes como á dos dueños de un matadero, dedicado el uno á recoger el ganado para que lo mate el otro. Los versos, que en su tiempo estuvieron en voga entre los colonos, aunque sin mérito alguno, eran los siguientes:

Pues Señor Gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá vá el recogedor
Y acá queda el carnicero. [29]

29 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 181.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Balboa, Hist. du Pérou, chap. 15.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.

CAPITULO IV.

INDIGNACION DEL GOBERNADOR.—FIRMEZA DE PIZARRO.—CONTINUA EL VIAGE.—LISONGERO ASPECTO DE TUMBEZ.—DESCUBRIMIENTOS EN LA COSTA.—REGRESO A PANAMA.—SE EMBARCA PIZARRO PARA ESPAÑA.

1527—1528.

A poco tiempo de partido Almagro, despachó Pizarro el navio que le quedaba, con pretesto de que se carenase en Panamá. Probablemente le decidió á ello el deseo de deshacerse de algunos de sus compañeros, que por su insubordinacion y espíritu turbulento, le servian mas bien de estorbo que de ayuda en la triste situacion en que se encontraba, y lo hizo con tanto mas gusto cuanto que asi se disminuia el número de bocas, circunstancia no poco interesante en aquella isla estéril donde tan dificil era procurarse el sustento necesario.

La llegada de Almagro y sus compañeros produjo gran desaliento en Panamá, porque la carta que enviaron oculta en el ovillo de algodon llegó á manos de la persona que debia recibirla,

y pronto comenzó á correr de boca en boca su contenido, con la exageracion acostumbrada. El semblante pálido y descarnado de los aventureros era un comprobante de aquellas tristes noticias, y bastaba para desanimar á cualquiera, con lo que se hizo voz general, que los desdichados que habian sobrevivido á aquella espedicion, se veian detenidos contra su voluntad por Pizarro, y condenados á terminar con él sus dias en un islote desierto.

Irritóse tanto el gobernador Pedro de los Rios al ver el resultado de la espedicion, y la pérdida de vidas que habia ocasionado á la colonia, que se hizo sordo á las peticiones de Luque y de Almagro para que continuase prestando su apoyo á la empresa; rióse de sus doradas ilusiones del porvenir, y se decidió por último á á enviar á un capitan á la isla del Gallo, con órden de traerse consigo á todos los Españoles que encontrase vivos en aquella infernal mansion. Se alistaron al punto dos buques para este efecto, y se dió el mando de ellos á un caballero cordobes, llamado Tafur.

Pizarro y sus compañeros sufrian entretanto todas las incomodidades y miserias que podian esperarse en aquel estéril peñasco á que se veian reducidos. Nada tenian que temer á la verdad de los indígenas, porque habian abandonado la isla así que la ocuparon los blancos;

mas tenian que sufrir los trabajos del hambre, mayores aun que los que antes habian pasado en los desiertos bosques del continente vecino. Su alimento principal eran los cangrejos y otros mariscos que podian hallar recorriendo la ribera. Como era el tiempo de aguas, se levantaban continuas tormentas de truenos y rayos, que pasaban sobre la triste isla y descargaban un diluvio en ella. Medios desnudos y muertos de hambre, apenas habia uno en aquella reunion de aventureros que no sintiese estinguida en su pecho la antigua aficion á las empresas y aventuras, y que no considerase su regreso á Panamá como el mas feliz desenlace que podia tener aquella malhadada espedicion. Asi fué, que á la llegada de Tafur con dos buques bien abastecidos de provisiones sintieron el mismo placer que podria esperimentar la tripulacion de un buque náufrago al ver llegar un socorro inesperado; y la única idea que llenaba sus cabezas, despues de satisfechas las exijencias del hambre, era el embarcarse y dejar para siempre aquella aborrecida mansion.

Pero en los mismos buques recibió Pizarro cartas de sus dos compañeros Almagro y Luque, suplicándole encarecidamente que no se desanimase en aquel apuro y se mantuviese firme en su primer propósito *aunque supiera reventar.* Volverse, le decian, en las circunstancias presen-

tes, seria renunciar para siempre á la espedicion, y ellos se comprometian solemnemente, si él permanecia firme en el puesto, á proporcionarle dentro de muy poco tiempo los auxilios necesarios para llevarla adelante. [1]

Bastaba este rayo de esperanza para el animoso espíritu de Pizarro, quien no se echa de ver que en ningun tiempo pensase en volver las espaldas. Si acaso lo pensó alguna vez, aquella carta de sus socios le acabó de decidir, y se preparó á correr la suerte de aquel juego en que todo lo habia aventurado. Conocia sin embargo, que súplicas y argumentos servirian de poco con sus compañeros de trabajos; ni tampoco queria sin duda empeñarse mucho en convencer aquellos espíritus débiles, que volvian la vista atras continuamente, y solo le servirian de rémora en sus futuras operaciones. Anunció por lo mismo su determinacion en un tono lacónico, pero decidido, propio de un hombre mas acostumbrado á hacer que á hablar, y muy á propósito para mover el ánimo de sus insensibles compañeros. Sacando luego su espada, trazó con ella una línea en la arena en direccion de E. á O., y volviéndose hácia el Sur,—"Camaradas y amigos" les dijo, "de este lado estan los trabajos,

1 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 182.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 2. —Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Herrera, Hist. General dec. 3, lib. 10, cap. 3.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.

el hambre, la desnudez, las lluvias, el desamparo y la muerte; de este otro el contento y el placer. Allá está el Perú con sus riquezas: aquí Panamá con su miseria. Escoja cada uno lo que mejor convenga á un buen Castellano. Por lo que á mi toca, sigo mi marcha al Sur." Diciendo asi pasó la linea. [2] Siguióle al punto el valiente piloto Ruiz, y luego Pedro de Candia, natural, segun se ve por su nombre, de una de las islas griegas. Pasaron despues otros once, manifestando así su voluntad de seguir la buena ó mala suerte de su caudillo. [3] La fama, para usar de las entusiastas espresiones de un antiguo cronista, ha conservado los nombres de estos pocos "que rodeados de los mayores trabajos de que hace mension la historia, y esperan-

2 "Obedecióla Pizarro y antes que se ejecutase sacó un Puñal, y con notable ánimo hizo con la punta una raya de Oriente á Poniente; y señalando al Mediodia, que era la parte de su noticia, y derrotero dijo: Camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros, y desamparos; la otra la del gusto: Por aqui se ba á Panamá á ser pobres, por allá al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen Castellano lo que mas bien le estubiere. Diciendo esto pasó la raya: siguiéronle Bartholomé Ruiz natural de Moguer, Pedro de Candi Griego, natural de Candia." Montesinos, Anales, MS., año 1527.

3 Los nombres de estos trece compañeros fieles nos han sido conservados en la capitulacion hecha con la corona dos años despues, en la que mereció una honrosa mencion su lealtad. Sus nombres no deben quedar omitidos en una historia de la Conquista del Perú. Llamábanse: Bartolomé Ruiz, Cristobal de Peralta, Pedro de Candia, Domingo de Soria Luce, Nicolas de Ribera, Francisco de Cuellar, Alonso de Molina, Pedro Alcon, Garcia de Xerez, Anton de Carrion, Alonso Briceño, Martin de Paz y Juan de la Torre.

do mas bien la muerte que las riquezas, lo pospusieron todo á la honra y siguieron á su caudillo, para ejemplo de lealtad en los futuros siglos." [4]

Aquel hecho sin embargo, no escitó tal admiracion en Tafur, quien lo miraba como una culpable desobediencia á las ordenes del gobernador, y poco menos que una locura, que infaliblemente debia de acarrear la ruina de los que tomaban parte en ella. Rehusó darle ni aun una sombra de aprobacion, con dejar uno de sus buques á los aventureros para que continuasen su viaje; y á duras penas consiguieron que partiese con ellos las provisiones que les habia traido. Estas contrariedades no pudieron hacerles variar de propósito, y despidiéndose de los compañeros que se volvian, se mantuvieron firmes en su resolucion de correr la suerte de su comandante. [5]

Hay algo de sorprendente en el espectáculo de estos pocos hombres que con tanto valor se arrojaban á una peligrosa empresa, tan superior

4 "Estos fueron los trece de la fama. Estos los que cercados de los mayores trabajos que pudo el Mundo ofrecer á hombres, y los que estando mas para esperar la muerte que las riquezas que se les prometian, todo lo pospusieron á la honra, y siguieron á su capitan y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro." Montesinos, Anales, MS., año 1527.

5 Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 2.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 3.

al parecer á sus fuerzas, como cualquiera otra de que puedan hacer mencion los anales fabulosos de la caballeria andante. Un puñado de hombres, sin alimento, sin vestido, casi sin armas, sin conocimiento de la tierra en que se hallaban, y hasta sin un buque que los llevase á otra parte, se encontraban abandonados sobre una solitaria roca en medio del océano, con el único fin de llevar á cabo la conquista de un poderoso imperio, arriesgando la vida en el empeño. ¿Hay algo superior á esto en los libros de caballerias? Aqui fué donde hizo crisis la suerte de Pizarro. Hay momentos en la vida del hombre, que segun se desperdician ó se aprovechan, deciden de su suerte futura. [6] Si Pizarro hubiese vacilado un solo instante en su heroica resolucion, y aprovechado la coyuntura, que tan lisongera se le presentaba, de salir con su dis-

6 La viva imaginacion de Bojardo halló medio de espresar este pensamiento tan comun con rara belleza, cuando representa á Rinaldo cogiendo por el copete á la Fortuna, disfrazada bajo la apariencia de la voluble hada Morgana. Quizá no desagradará al lector italiano que le traigamos el pasage á la memoria.

"Chi cerca in questo mondo aver tesoro,
O diletto, e piacere, honore, e stato,
Ponga la mano a questa chioma d'oro,
Ch'io porto in fronte, e lo farò beato;
Ma quando ha in destro sí fatto lavoro,
Non prenda indugio, che 'l tempo passato
Perduto è tutto, e non ritorna mai,
Ed io mi volto, e lui lascio con guai."

Orlando Innamorato, lib. 2, canto 8.

minuida tropa de aquella situacion desesperada, su nombre se habria sepultado con su fortuna en el olvido, y la conquista del Perú habria quedadó guardada para otro aventurero mas dichoso. Pero su constancia era tal como se necesitaba en aquella ocasion, y su conducta hizo ver que era proporcionado al peligroso puesto que ocupaba, é inspiró á sus compañeros una confianza que era la mejor garantia del buen éxito.

En el buque en que regresó Tafur con los que quisieron seguirle, despacharon al piloto Ruiz, con el objeto de que ayudase á Almagro y á Luque en sus instancias para obtener nuevos refuerzos.

A poco de haber partido los navios, resolvió Pizarro abandonar unos cuarteles, que le ofrecian muy poco atractivo, y en donde podria ser molestado por los antiguos habitantes, si estos llegaban á cobrar ánimo para volver viendo tan disminuido el número de los blancos. Hizo, pues, construir un tosco bote ó balsa que les sirvió para trasladarse á la isla de la Gorgona, situada veinte y cinco leguas al Norte de la que dela que dejaban. Distaba cosa de cinco leguas del continente, y estaba desierta. Era sin duda preferible á la isla del Gallo, porque era mas elevada y tenia algunos bosques donde se abrigaban una especie de faisanes y las liebres ó conejos del pais, de manera que los Españo-

les con sus ballestas podian procurarse alguna caza. De la roca viva brotaban limpios y frescos raudales que les proveian de agua en abundancia, si bien los aguaceros que sin cesar caian les quitaba todo temor de perecer de sed. Algo les protegian contra ellos las toscas barracas que construyeron, aunque aquí como en su antigua residencia, sufrian mucho por la multitud de insectos venenosos que brotaban por todas partes entre la maleza de aquel empapado suelo. En tan triste situacion no omitió Pizarro ningun arbitrio para reanimar el espíritu abatido de su gente. Rezaban sin falta alguna las oraciones de la mañana, y por la tarde cantaban la salve de Nuestra Señora: observaban puntualmente los dias festivos, y el gefe no perdonaba medio de dar á su empresa un carácter religioso é inspirar á sus rudos compañeros una confianza en la proteccion del cielo que fuese capaz de sostenerles en tan críticas circunstancias. [7]

Su principal ocupacion en aquella triste soledad, era tender continuamente la vista por el anchuroso oceano, ansiando descubrir la primera señal del socorro que aguardaban. Mas ay! que muchos meses pasaron, y nada se descubria.

7 "Cada Mañana daban gracias à Dios: à las tardes decian la Salve, i otras Oraciones, por las Horas: sabian as Fiestas, i tenian cuenta con los Viernes, i Domingos." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 3.

La inmensa estension del océano les envolvia por todas partes, y solo por el Este divisaban las nevadas cumbres de los Andes, que heridas por los ardientes rayos del sol del ecuador brillaban como una línea de fuego á lo largo de aquel inmenso continente. No se escapaba á su vista pénetrante la mas ligera mancha que apareciese en el lejano horizonte, y cualquier madero flótante ó monton de algas que agitasen las olas, se les figuraba el ansiado navío; hasta que al fin abrumados de continuos desengaños, la esperanza se fué cambiando en duda que breve se convirtió en desesperacion.[8]

Llegó mientras tanto á Panamá el buque de Tafur, y las noticias que llevaba de la inaudita obstinacion de Pizarro y de sus compañeros, llenaron de indignacion al gobernador, quien no podia menos de ver un suicidio en aquella determinacion, y por lo mismo se negó tenazmente á seguir auxiliando á unos hombres que de tal modo se obstinaban en perderse. Mas á pesar de esto, Luque y Almagro se mantuvieron fieles á su compromiso. Hicieron ver al gobernador, que si la conducta de su compañero podia calificarse de temeraria, su fin era servir á la corona continuando la grande obra de los des-

8 "Al cabo de muchos Dias aguardando, estaban tan angustiados, que los salages, que se hacian bien dentro de la Mar, les parecia, que era el Navio." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap, 4.

cubrimientos. Las instrucciones que recibió Rios al tomar posesion de su gobierno, le prevenian que ayudase á Pizarro en su empresa, y abandonarle ahora seria renunciar á la única esperanza que quedaba de buen éxito, y cargar con la responsabilidad de su muerte y la de los valientes que le acompañaban. Estas reflexiones produjeron al fin su efecto en el espíritu del magistrado, pues consintió, aunque con repugnancia, en que se enviase un buque á la Gorgona; pero sin mas gente que la muy precisa para tripularle, y con órdenes positivas á Pizarro, de que dentro de seis meses volviera y se presentara en Panamá, cualquiera que fuese el resultado de su espedicion.

Obtenida de este modo la licencia del gobierno, no perdieron tiempo los socios en despachar para la isla un pequeño buque cargado de armas y provisiones. Los infelices moradores de aquel peñasco, en donde ya llevaban siete meses, [9] apenas podian creer á sus propios ojos cuando descubrieron las blancas velas del buque que se deslizaba sobre las aguas. Y aunque se disgustó bastante Pizarro al ver anclar el buque sin traerle gente de refresco para aumentar la suya, no pudo menos de recibirle con evidente satisfaccion, por que con su auxi-

9 "Estubieron con estos trabajos con igualdad de animo siete meses." Montesinos, Anales, MS., año 1527.

lio podia ya resolver el gran problema de la existencia de un rico imperio en el Sur, y preparar el camino para emprender mas adelante su conquista. Dos de sus compañeros estaban tan enfermos que se resolvió á dejarlos mientras volvia, al cuidado de algunos Indios amigos que le habian acompañado, todo aquel tiempo. Enbarcóse en seguida con el resto de su gente y los Indios tumbecinos, y alzando al punto las áncoras, dijeron adios á aquel que ellos llamaban "infierno" y que habia presenciado tan inauditos padecimientos y tan heroica determinacion. [10]

La esperanza henchia los corazones de todos cuando se vieron de nuevo libres sobre las aguas y conducidos por su antiguo piloto Ruiz. Este, siguiendo los consejos de los Indios, se propuso poner la proa á Tumbez para llegar de una vez al rico imperio de los Incas, á aquel El Dorado que buscaban hacia tanto tiempo. Pasaron cerca de la terrible isla del Gallo, de que tenian tantos motivos para acordarse, y continuaron apartándose de la costa hasta que doblaron la punta de Tacamez, en cuyas cercanias habian desembarcado en el viage anterior. No tocaron en ningun punto de la costa, sino que continua-

10 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 182.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 4.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

ron sin interrupcion su camino, aunque algo contrariados por las corrientes, asi como por el viento, que con pocas variaciones soplaba siempre del Sur. Por fortuna el viento era suave y el tiempo bonancible, de modo que su viage, aunque lento, no era desagradable. Dentro de pocos dias dieron vista á la punta de Pasados, término de la anterior navegacion de aquel piloto, y cortando la línea entró el pequeño buque en aquellos mares desconocidos, que ninguna quilla europea habia surcado hasta entonces. Conforme adelantaban echaban de ver que la costa iba perdiendo su elevacion y su aspecto montañoso, y al llegar á la ribera se convertia en llanuras arenosas, interrumpidas aquí y alli por verdes sembrados notablemente bellos y frondosos, al paso que las blancas cabañas que cubrian la orilla del mar, y las humaredas que se alcanzaban á ver entre las distantes colinas, eran indicios seguros de una abundante poblacion.

Por fin, á los veinte dias de su salida de la isla, dobló el buque la punta de Santa Elena, y entró en las tranquilas aguas del hermoso golfo de Guayaquil. Allí se veia toda la costa cubierta de pueblos y ciudades, apesar de que la elevada cordillera se alzaba bruscamente desde muy cerca de la orilla, y solo dejaba una angosta faja de verdura cortada de inumerables riachue-

los que despues de fertilizarla iban á precipitarse al mar

Los viajeros se encontraban ahora frente á frente de los mas encumbrados picos de aquella magestuosa cadena de montañas. El Chimborazo, con su redonda cima, descollaba sobre todas como una cúpula colosal, y el Cotopaxi asomaba su punta cónica cubierta de blanquísima nieve, que solo cede á la destructora accion del fuego que encierra en sus entrañas; porque este pico es el mas temible de los volcanes de América, y estaba en espantosa actividad hácia la época de que tratamos. Muy satisfechos los Españoles con las muestras de civilizacion que iban encontrando á cada paso, echaron por última el ancla frente á la isla de Santa Clara, que queda á la entrada de la bahia de Tumbez [11]

No encontraron allí habitantes; pero los Indios que llevaban consigo afirmaron ser aquel un lugar adonde acudian con frecuencia los belicosos moradores de la vecina isla de Puná, para dar culto á sus Dioses y ofrecerles sacrificios. Solo hallaron los Españoles algunas piezas de oro de varias figuras, toscamente labradas, que se-

11. Segun Garcilaso pasaron dos años entre la salida de la Gorgona y la llegada á Tumbez. (Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 11.) Tan groseras faltas de cronología no se ven con frecuencia ni aun en las relaciones de estos sucesos, en las cuales es tan difícil fijar con exactitud una fecha, á causa del silencio, mas bien que de las contradicciones de los testimonios contemporáneos, como si los acontecimientos hubiesen pasado antes del diluvio.

rian tal vez ofrendas hechas á la divinidad india; pero se llenaron de regocijo cuando los Indios les aseguraron, que en su ciudad de Tumbez hallarian grande abundancia de ese precioso metal.

A la mañana siguiente atravesaron la bahia para llegar á aquel pueblo. Así que se fueron acercando, descubrieron una ciudad de estension considerable con muchos edificios al parecer de mamposteria, situada en el centro de una hermosa pradera, cuya fertilidad, que contrastaba con la aridez de los alrededores, parecia deberse á un riego abundante y bien distribuido. Lejos todavia de la orilla, vió venir Pizarro hácia él varias balsas grandes, las que resultaron cargadas de guerreros que iban á una espedicion contra la isla de Puná. Poniéndose al habla con la flotilla india, convidó á algunos de los gefes á pasar á bordo de su buque. Los Peruanos miraban maravillados todo cuanto se presentaba á su vista, y lo que mas llamaba su atencion eran sus propios paisanos, que ciertamente no esperaban encontrar allí. Estos les refirieron el modo con que habian caido en manos de los estrangeros, á quienes pintaban como seres maravillosos, que no habian venido á hacer daño, sino tan solo á conocer el pais y sus habitantes. El gefe español confirmó estas noticias, y persuadió á los Indios á que volviesen en sus balsas para que contasen á los de la ciudad lo que habian

visto, pidiéndoles al mismo tiempo que le proporcionasen algunos refrescos, pues que su deseo era entrar en relaciones amistosas con los naturales.

La gente de Tumbez estaba amontonada en la ribera, y contemplaba con indecible asombro el castillo flotante, que habiendo soltado ya el ancla se mecia perezosamente sobre sus amarras en la bahia. Escuchaban pasmados las relaciones de sus paisanos, y dieron al punto parte al curaca ó gefe del distrito, quien considerando á los estrangeros como á seres de naturaleza superior, se preparó inmediatamente á satisfacer sus deseos. No pasó mucho sin que viesen venir hácia al bosque muchas balsas cargadas de plátanos, yuca, maiz, patatas, manzanas, cocos, y otros preciosos frutos del feraz valle de Tumbez. Traian tambien caza, pescado, y algunos llamas de los que ya Pizarro habia formado idea por los imperfectos dibujos de Balboa, si bien hasta entonces no habia visto ningun individuo vivo. Examinó con grande interes este curioso animal, el carnero del Perú ó el "pequeño camello de las Indias," como le llamaban los Españoles, admirando mucho en el animal la mezcla de lana y pelo de que los Indios se servian para sus artefactos.

Aconteció hallarse entonces en Tumbez un noble inca ú orejon, por que como ya hemos di-

cho, asi llamaban los Españoles á los individuos de su clase, por los grandes adornos de oro que llevaban en las orejas. Manifestóse muy deseoso de ver por sus propios ojos aquellos maravillosos estrangeros, y con tal motivo se embarcó en una de sus balsas. Por su trage y por el respeto con que le trataban los demas, fácilmente se echaba de ver que era persona de distincion, por lo que Pizarro le recibió con marcada deferencia. Le enseñó las diversas partes del navío, explicándole el uso de todo aquello que llamaba su atencion, y respondiendo á sus repetidas preguntas lo mejor que podia por medio de los intérpretes indios. El gefe peruano manifestaba grande empeño en saber, de donde habian venido á aquellas costas Pizarro y sus compañeros. Respondióle el capitan español que era vasallo del monarca mas grande y poderoso del mundo y que habia venido á aquella tierra para hacer que se reconociese en ella, *como era justo*, la soberania de su señor. Venia tambien á sacar á sus habitantes de las tinieblas del error en que estaban sumidos, tributando culto al demonio que habia de arrastar sus almas á la perdicion eterna, y en su lugar les traia el conocimiento del verdadero y único Dios, Jesucristo, para que creyesen en él y se salvasen. [12]

12 Referimos solo en compendio este coloquio, que trae largamente Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 4.—V. tambien Montesinos, Anales, MS. año 1527.—Conq. i Pob. del Pi-

El príncipe indio escuchó todo al parecer con grande atencion y maravilla; pero no dió respuesta alguna. Tal vez seria por que ni él, ni sus intérpretes tenian idea distinta de estas nuevas doctrinas que se les anunciaban *ex abrupto*. Pudo suceder igualmente que no creyese que habia en todo el mundo otro príncipe mas poderoso que el Inca, ó á lo menos otro que tuviese mejor derecho de gobernar aquellos dominios. Posible es tambien que no estuviese dispuesto á convenir en que el gran luminar que adoraba era inferior al Dios de los Españoles; pero cualesquiera que fuesen las ideas que revolvia aquel bárbaro en su mente inculta, no las manifestó, sino que mantuvo un discreto silencio, sin empeñarse en disputar ó en convencer á su antagonista.

Quedóse abordo del buque hasta la hora de comer, y se sentó en la mesa con los Españoles, manifestándose muy satisfecho de los estraños manjares y sobre todo del vino, que declaró ser infinitamente superior á los licores fermentados de su pais. Al despedirse instó cortesmente á los Españoles para que pasasen á Tumbez, y Pizarro le despachó regalándole, entre otras cosas, una hacha de hierro que le habia causado grande admiracion, porque, como ya

ru, MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Relacion del Primer Descub., MS.

hemos visto, los Peruanos, lo mismo que los Mejicanos, no conocian el uso del hierro.

Al siguiente dia envió á tierra el capitan español á uno de sus soldados llamado Alonso de Molina, acompañado de un negro que habia venido de Panamá, á los que entregó un regalo para el curaca, compuesto de algunas gallinas y cerdos, ambos animales desconocidos en el Nuevo Mundo. Al caer la tarde volvieron los emisarios cargados de frutas y verduras, que los benévolos habitantes enviaban á los del buque. Molina venia contando maravillas. Apenas desembarcó, le rodearon los Indios que no hallaban como manifestar la admiracion que les causaban su trage, su barba y la blancura de su tez. Las mugeres sobre todo, se mostraban mas curiosas, y segun se vé, sus atractivos y su afabilidad sedujeron enteramente á Molina, quien tal vez daria á entender por su conducta el efecto que le causaban, puesto que le invitaron á quedarse con ellas, ofreciendo darle por muger una jóven hermosa. No les sorprendia menos el color de su compañero, y no pudiendo figurarse que fuese natural, se afanaban por quitar de su rostro la tinta que á su parecer le cubria, y como el negro lo recibia todo bien, con su natural buen humor, y se reia enseñando sus blancos dientes, se llenaban de regocijo.[13] Tambien los ani-

13 "No se cansaban de mirarle, hacíanle labar para vèr si

males eran otro motivo de estrañeza, y cuando el gallo cantaba, aquella sencilla gente palmoteaba y preguntaba qué era lo que pedia. [14] Estaba su imaginacion tan trastornada con espectáculos tan nuevos, que ya no eran capaces siquiera de distinguir los hombres de los brutos.

Condujeron luego á Molina á lo habitacion del curaca, cuya entrada guardaban porteros, viviendo el dueño rodeado de fausto, y servido en vagilla de oro y plata. Lleváronle en seguida á recorrer varios parajes de la ciudad, y vió una fortaleza, de piedra que aunque de poca elevacion, cogia una grande estension de terreno. [15] Cerca de ella habia un templo, y las descripciones que hacia de él y de sus brillantes adornos de oro y plata, parecieron á Pizarro tan exageradas que comenzó á desconfiar de toda la relacion, por lo que para cerciorarse resolvió enviar al dia siguiente otra persona mas juiciosa y mas digna de confianza. [16]

Eligió para desempeñar esta comision á Pedro de Candia, el caballero griego que antes con-

se le quitaba la Tinta negra, i èl lo hacia de buena gana, riendose, y mostrando sus Dientes blancos." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 5.

14 Ibid., ubi supra.

15 "Cerca del solia estar una fortaleza muy fuerte y de linda obra, hecha por los Ingas reyes del Cuzco y señores de todo el Peru. . . . Ya esta el edificio desta fortaleza muy gastado y deshecho: mas no para que dexe de dar muestra de lo mucho que fué." Cieza de Leon, Crónica, cap. 4.

16 Conq. i Pob. del Piru, MS.—Herrera, Hist. General, loc. cit.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 2.

tamos entre los primeros que se manifestaron decididos á correr la suerte de su capitan. Fué á tierra armado de punta en blanco, como convenia á un buen caballero, con su espada en la cinta y su arcabuz al hombro. Quedaron deslumbrados los Indios al verle venir, y su presencia hizo en ellos aun mas efecto que la de Molina, porque los rayos del sol se reflejaban en su pulida armadura y hacian resplandecer sus arreos militares. Ya los que estuvieron en el buque les habian hablado mucho del formidable arcabuz y asi suplicaron á Candia "que le hiciese hablar." Eligió este por blanco un tablon, y haciendo detenida puntería disparó su arma. La llamarada de la pólvora, la detonacion del arma, y el ver caer la tabla hecha astillas, llenaron de terror á los naturales. Algunos cayeron en tierra cubriendose la cara con las manos, y otros se acercaron temblando al caballero; pero al ver la tranquila espresion de su rostro fueron deponiendo poco á poco sus recelos.[17]

17 Añaden tambien que deseosos los Indios de cerciorarse de si el caballero español tenia algo de sobrenatural, le soltaron un tigre, ó mas bien un jaguar, que tenian encerrado en la fortaleza. Mas D. Pedro, como buen cristiano, puso la cruz que llevaba al cuello sobre el lomo del animal, que olvidando al punto su natural ferocidad, vino á echarse á sus piés, haciéndole mal fiestas. Los Indios mas asombrados que nunca, ya no dudaron de la santidad del estrangero; y tomándole en brazos le llevaron en triunfo al templo. Muchos escritores contemporaneos refieren esta anécdota tan verosímil, sin la menor señal de desconfianza. (V. Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Herrera, Hist. General,

Encontró allí Candia la misma hospitalidad que antes Molina, y sus descripciones de las maravillas de aquel lugar no iban en zaga á las de su predecesor. La fortaleza rodeada de una triple cerca de piedra, estaba defendida por una fuerte guarnicion. El templo segun él le describia, estaba tapizado de planchas de oro y de plata, y á su lado habia una especie de convento destinado á las vírgenes esposas del Inca, quienes se mostraron muy deseosas de ver al caballero. No se sabe á punto fijo si llegaron á satisfacer esta curiosidad; pero Candia daba noticias de los jardines del convento, á donde entró, y los pintaba cubiertos de imitaciónes de frutas y de plantas, todas de plata y de oro puro.[18] Tambien habia visto trabajar á algunos artesanos, cuyo único oficio parecia ser el fabricar estos suntuosos adornos para las casas religiosas.

Quizá las relaciones de este caballero eran algun tanto exajeradas.[19] Muy natural era que

dec. 3, lib. 10, cap. 5.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 54.—Garcilaso, Com. Reales, Parte 2, lib. 1, cap. 15.) A este último autor tal vez le referiria la anécdota el hijo del mismo Candia, con quien se crió en la escuela, segun dice.

18 "Que habia visto un jardin donde las yerbas eran de oro imitando en un todo á las naturales, árboles con frutas de lo mismo, y otras muchas cosas á este modo, con que aficionó grandemente á sus compañeros á esta conquista." Montesinos, Anales, MS., año 1527.

19 El Conquistador que hemos citado tantas veces en estas páginas, no parece estar muy de acuerdo con los informes del buen caballero, pues dice, que cuando despues entraron los Españoles

las muestras de civilizacion que encontraban en la costa del Perú, hiciesen una viva impresion en hombres que salian de un horroroso desierto, en donde habian estado sepultados seis meses. Tumbez era sin embargo una ciudad favorita de los príncipes peruanos, el punto mas importante de la frontera septentrional dei imperio, y muy próximo á las provincias do Quito recientemente subyugadas. El gran Tupac Yupanqui habia construido allí una fortaleza, y llevado una colonia de mitimaes. Huayna Capac habia levantado el templo y el edificio que habitaban las Vírgenes del Sol, dotándolos liberalmente con la magnificencia propia de las casas religiosas del Perú. Varios acueductos conducian el agua á la ciudad, cuyo ameno valle y el oceáno que bañaba sus orillas, procuraban abundante sustento á una numerosa poblacion. Pero despues de la conquista, la codicia de los Españoles no anduvo remisa en despojarla de todas sus glorias, y menos de medio siglo despues de aquella época fatal, solo podria adivinarse el sitio que ocuparon sus altivas torres y templos, por los montones

en Tumbez, hallaron que la relacion de Candia, era mentira de principio á fin, salvo en lo tocante al templo: aunque el veterano confiesa, que lo que faltaba en Tumbez, quedó mas que com pensado con la magnificencia de otras ciudades del imperio, que aun no habian visto entonces. "Lo cual fué mentira; porque despues que todos los Españoles entramos en ella, se vió por vista de ojos haber mentido en todo, salvo en lo del templo, que este era cosa de ver, aunque mucho más de lo que aquel encareció,

de escombros que cubrian por todas partes el suelo. [20]

Los Españoles estaban para volverse locos de alegria, dice un antiguo escritor, al oir aquellas maravillosas descripciones de la ciudad peruana. Sus ensueños mas queridos iban á verse realizados, y habian llegado por fin á aquel reino imaginario que les habia deslumbrado tanto tiempo con su fingido esplendor. Pizarro manifestó su gratitud al cielo por haber coronado sus trabajos de un éxito tan feliz; pero se quejaba amargamente de la desgracia que, privandole de sus compañeros, le imposibilitaba de poderse aprovechar por entonces de su buena suerte. Mas á la verdad que no tenia motivo para quejarse; y no faltó quien viese en esta circunstancia una intervencion directa de la Providencia para impedir toda tentativa de conquista en tanto que estas fuesen prematuras. El Perú no estaba todavia dividido por las rivalidades de los pretendientes al trono, y unido y fuerte bajo el cetro de un monarca guerrero, se habria burlado de todas las fuerzas que Pizarro pudiera haber reunido. "Fué sin duda obra del cielo," exclama

lo que faltó en esta ciudad, se halló despues en otras que muchas leguas mas adelante se descubrieron." Relacion del Primer. Descub., MS.

20 Cieza de Leon que recorrió esta parte del pais en 1548, habla de la vandálica inclinacion de los conquistadores á destruir los edificios antiguos, que ya estaban convertidos en escombros, á pesar de estar aun tan reciente la conquista. Crónica, cap. 67.

un devoto fraile, "que los naturales le recibiesen con tanto amor y benevolencia, como el medio mas propio para facilitar la conquista; porque la mano del Señor les trajo á esta distante region para que dilatasen su santa fé y aquellas almas se salvasen." [21]

Recogidos ya todos los informes necesarios, y despues de despedirse de los de Tumbez prometiéndoles una pronta vuelta, levó Pizarro las áncoras y puso de nuevo la proa al Sur, sin apartarse nunca de la costa, á fin de que no pudiera escapársele ningun lugar de importancia. Asi dobló el cabo Blanco, y despues de navegar cosa de grado y medio, ganó el puesto de Payta. Los habitantes al saber su llegada, salieron en balsas á ver á los maravillosos estrangeros, trayendo consigo buena provision de frutas, pescados y verduras, y manifestando en todo la misma hospitalidad que sus paisanos de Tumbez.

Despues de detenerse allí algun tiempo y cambiar con los indígenas algunos objetos de poco valor, continuó Pizarro su derrota. Navegó cerca de cien millas á la vista de las arenosas llanu- de Sechura, dobló la punta de la Aguja y siguió corriendo la costa que se desvia hácia el Norte,

21 "Y si les recibiesen con amor, hiciese su Mrd. lo que mas conveniente le pareciese al efecto de su conquista: porque tenia entendido, que el haverlos traido Dios era para que su santa fé se dilatase y aquellas almas se salvasen." Naharro, Relacion Sumaria, MS.

conducido siempre por brisas ligeras y algo inconstantes. Tornóse ahora contrario el tiempo, y los viageros hubieron de resistir continuas ráfagas de viento que les alejaron de la tierra y les hicieron su juguete durante muchos dias. Mas no perdieron de vista la magestuosa cordillera de los Andes, que conforme avanzaban veian prolongarse hacia al Sur, casi siempre á la misma distancia de la costa, sucediéndose una á otra las montañas con su blanco ropaje de nieve, á semejanza de las olas de un inmenso océano que se hubieran quedado heladas en medio de su furia. Con estas marcas á la vista no necesitaban los viageros de estrellas ni de brújula que les guiasen.

Luego que hubo calmado algun tanto la tempestad, volvió Pizarro á acercarse al continente, y fué tocando diversos puntos de él. En todas partes le recibian con la misma hospitalidad y salian los Indios en sus balsas á saludarle, trayendo sus pequeños cargamentos de frutas y verduras, de las infinitas especies que produce con tal abundancia la tierra caliente. Todos ansiaban por conocer á los estrangeros, los "hijos del Sol" como ya comenzaban á llamar á los Españoles, por su color blanco, su brillante armadura y el trueno de que iban armados. [22] Habíanles precedido tambien los informes mas favorables de

22 "Que resplandecian como el Sol. Llamabanles hijos del Sol por esto." Montesinos, Anales, MS., año 1528.

su humanidad y cortesia, cuyas noticias les habian ganado el corazon de los naturales inclinándoles á tratarlos con toda confianza y afabilidad. Aquellos feroces soldados no habian descubierto todavía el lado sombrío de su carácter, porque eran demasiado débiles. Aun no habia sonado la hora de la conquista.

En todas partes recibia Pizarro las mismas noticias de un poderoso monarca que gobernaba aquella tierra, y tenia su corte en uno de los valles de las montañas interiores, donde vivia rodeado de oro y plata con todo el lujo de un sátrapa del Oriente. En los puntos de la costa donde tocaron los Españoles, escepto en Tumbez, apenas vieron algunas cortas cantidades de estos metales preciosos. Mas de un autor afirma, que no los codiciaban á lo menos que asi lo manifestaban esteriormente, siguiendo las instrucciones de Pizarro. No queria este que descubriesen su sed de oro, y llegó hasta á rehusar los presentes que le ofrecian.[23] Es mas probable que no se presentaron á sus ojos grandes riquezas, sino en los adornos de los templos y otras casas religiosas, que por entonces no se atrevieron á violar.

23 Queria Pizarro dar á entender á los Indios, dice el P. Naharro, que solo por su bien y no por buscar oro, habia venido á sus lejanas tierras. "Sin haver querido recibir el oro, plata y perlas que les ofrecieron, á fin de que conociesen no era codicia, sino deseo de su bien el que les habia traido de tan lejas tierras á las suyas." Relacion Sumaria, MS.

No era de esperarse tampoco, que los ricos metales que se reservaban para los usos religiosos, y para las personas de alto rango, se hallasen con abundancia en las lejanas ciudades y aldeas de la costa.

Mas lo que hasta allí habian visto los Españoles, bastaba para probarles que no carecian de fundamento las relaciones de los Indios. Continuamente veian edificios de manposteria, advirtiendo en los mas de ellos grande habilidad en la construccion, ya que no elegancia en la forma. Donde quiera que echaban el ancla alcanzaban á ver, en medio de la general esterilidad de la tierra, pedazos de terreno cultivado, donde lucian las infinitas variedades de plantas que se crian entre los trópicos. Las acequias y canales que se cruzaban por todas partes como un laberinto, formaban un acertado sistema de regadío capaz de hacer florido un desierto. En varios lugares donde tomaron tierra, vieron el camino real de los Incas que iba por la marina y se perdia muchas veces entre la movediza arena, donde era imposible encontar asiento, hasta que llegando á un terreno mas firme se convertia en una ancha y sólida calzada. Semejante empeño en facilitar á tanta costa las comunicaciones interiores, era por sí solo una prueba no despreciable de civilizacion y de grandeza.

Continuando siempre Pizarro su navegacion

al Sur, pasó frente al lugar en que algunos años despues habia de fundar él mismo la floreciente cindad de Trujillo, y siguiendo adelante llegó á la altura del puerto de Santa. Estaba situado en las márgenes de un bello y caudaloso rio, pero el pais vecino era tan árido, que comunmente le escojian los Peruanos para sus sepulcros, porque hallaban aquel suelo muy favorable para la conservacion de sus momias. Tantas eran las guacas que alli habia, que aquel lugar merecia mas bien el nombre de morada de muertos, que de habitacion de vivos. [24]

Así que llegaron á este punto, á cosa de nueve grados de latitud meridional, los compañeros de Pizarro comenzaron á instarle para que no siguiese adelante. Lo hecho, decian ellos, era mas que suficiente para demostrar la existencia y determinar la verdadera posicion del grande imperio indio que por tanto tiempo habian buscado. Las fuerzas con que contaban no eran bastantes para poder aprovecharse de sus descubrimientos, y por lo tanto no quedaba otro partido que volver la proa é ir á dar cuenta al gobernador de Panamá del buen resultado de su

24 "Lo que mas me admiró, quando passe por este valle, fue ver la muchedumbre que tienen de sepolturas: y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle: ay numero grande de apartados, hechos á su usança, todo cubiertas de huessos de muertos. De manera que lo que ay en este valle mas que ver, es las sepolturas de los muertos, y los campos que labraron siendo vivos." Cieza de Leon, Crónica, cap. 70.

espedicion. Conoció Pizarro la justicia de su demanda y accedió á ella. Habia navegado en aquellos mares desconocidos nueve grados mas allá de los límites de las anteriores navegaciones; las nubes que oscurecieron por tanto tiempo su fortuna se habian disipado, y podia presentarse con la frente erguida ante sus compatriotas. Así fué que sin mas dilacion volvió la proa al norte y comenzó á deshacer su camino.

En su travesia tocó en diversos puntos donde ya habia estado anteriormente. En uno de ellos llamado por los Españoles Santa Cruz, le habia convidado á ir á tierra una India de calidad, y él le habia prometido visitarla á su vuelta. Apenas habia anclado el buque frente al pueblo donde ella residia, cuando vino á bordo con una numerosa comitiva. Pizarro la recibió con la mayor urbanidad y respeto, y al despedirse le hizo varios regalos de gran valor á los ojos de una princesa india. Instó mucho al gefe español y á sus compañeros para que pasasen á hacerle á ella una visita, comprometiéndose á enviar á bordo los rehenes necesarios para seguridad de los Españoles. Pizarro le aseguró, que la confianza que ella les habia manifestado hacia inútiles aquellas precauciones. Mas apesar de eso, tan luego como se desprendió el bote al dia siguiente para ir á tierra, llegaron al buque algunos de [illegible]rincipales habitantes para ser recibidos en

rehenes mientras volvian los Españoles; prueba notable de delicadeza, y de respeto al natura recelo de sus huéspedes.

Hallóse Pizarro con que habian hecho grandes preparativos para recibirle, de un modo sencillo y lleno de hospitalidad, que no carecia de gusto. Tenian dispuesta una verde enramada, entretegida de flores y yerbas olorosas que embalsamaban el aire con sus perfumes, y un abundante banquete compuesto de los alimentos usados en el pais, y de frutas tan agradables á la vista como al paladar aunque los Españoles ignoraban su nombre y propiedades. Al banquete siguieron la música y la danza, ejecutada por una comparsa de mozos y de doncellas sencillamente vestidos, en cuya favorita diversion nacional desplegaron toda la gracia y soltura de que eran capaces los flexibles miembros de los Indios del Perú. Antes de partirse espuso Pizarro á la amable India y á su comitiva, los motivos que le habian traido á aquel pais, del mismo modo que ya lo habia hecho otras veces, concluyendo por presentarles el estandarte real de Castilla, que habia sacado á tierra, pidiéndoles que lo alzasen en señal de obediencia á su soberano. Así lo hicieron con mucha alegria, sin cesar de reir en el entretanto, dicen los cronistas, por lo que se echa de ver que tenian una idea muy imperfecta de lo serio de semejante ceremonia. Dióse por contento

Pizarro con semejantes muestras esteriores de fidelidad, y se volvió á su buque muy satisfecho de la buena acogida que le habian hecho, y acaso meditando el pagarla despues con la conquista y sujecion del pais.

No se olvidó el gefe español de hacer escala en Tumbez á su vuelta. Allí algunos de sus compañeros, atraidos por el agradable aspecto del lugar y la buena disposicion de sus moradores, se manifestaron deseosos de quedarse, discurriendo sin duda que era mejor vivir allí donde serian personages de importancia, que ir á pasar una vida oscura á Panamá. Uno de ellos era Alonso de Molina, el mismo á quien sedujeron los atractivos de las beldades indias cuando saltó aquí á tierra la otra vez. Dióles licencia Pizarro, pareciéndole que no le vendria mal encontrar á su vuelta algunos de sus propios compañeros instruidos ya en el idioma y costumbres de los indígenas. Tomó ademas en su buque dos ó tres muchachos peruanos que le dieron, con el mismo fin de hacerlos instruir en el castellano. Uno de estos jóvenes, á quien los Españoles llamaron Felipillo, desempeñó despues un papel de alguna importancia en los acontecimientos posteriores.

Saliendo de Tumbez los aventureros, hicieron rumbo directo á Panamá sin tocar en otro punto mas que en la malhadada isla de la Gor-

gona para tomar á los dos compañeros que allí dejaron por demasiado enfermos para poder navegar. El uno habia muerto, y recojido el otro, Pizarro y su puñado de valientes compañeros, siguieron su viage, y despues de una ausencia, lo menos de diez y ocho meses, echaron felizmente el ancla en la bahía de Panamá. [25]

Gran sensacion causó allí su llegada, como era de suponerse. Pocos habia, aun entre sus mas fieles amigos, que no creyesen que habian pagado ya bien cara su temeridad, sepultados en las olas ó sucumbiendo al rigor del clima ó á los ataques de los naturales. En proporcion á sus temores fué grande su alegría cuando los vieron venir, no solo sanos y salvos, sino con noticias positivas de las encantadas regiones que por tanto tiempo se habian burlado de sus esfuerzos para alcanzarlas. Fué aquel sin duda un momento de inefable satisfaccion para los tres socios, que á pesar de la maledicencia, de la burla y de todos los obstáculos que la infidelidad de los amigos ó la indiferencia del gobierno podia oponerles, habian perseverado en su grande empresa hasta quedar establecida y averiguada la verdad de lo que todos tenian por una quimera. Es suerte comun de aquellos hombres superiores que conciben una idea demasiado

25 Conq. i Pob. del Piru, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1528.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General., dec. 4, lib. 2, cap. 6, 7.—Relacion del Primer. Descub., MS.

mision como su compañero de armas, que contaba con una buena, figura y cierto aire de autoridad, sabia usar de buenos argumentos, y cuando se interesaba vivamente en un negocio, llegaba á ser elocuente, apesar de los defectos de su educacion. El clérigo se empeñaba á pesar de eso, en que se encargase la negociacion al Licenciado Corral, empleado respetable que regresaba á su patria á asuntos de gobierno; pero Almagro se oponia abiertamente á esta determinacion. Nadie segun este, podia dirigir mejor el negocio, que uno de los interesados en él. Tenia en mucho la prudencia de Pizarro, su discernimiento y su política fria y calculadora:[27] conocia bastante á su compañero para estar seguro de que su presencia de ánimo no le abandonaria en la nueva, y por lo mismo dificil posicion en que se iba á ver en la corte: la relacion de las pasadas aventuras debia causar mucho mas efecto salida de la boca de quien habia sido en ellas el principal actor. ¿Quién como él pintaria los inauditos sufrimientos y sacificios por que habian tenido que pasar? ¿Quién daria mejor razon de lo hecho, de lo que estaba por hacer y de los auxilios que para ello se necesitaban? Concluia, por lo mismo, con su acostumbrada franqueza, pidiendo encarecidamente á su

27 "E por pura importunacion de Almagro cupole á Pizarro, porque siempre Almagro le tubo respeto é deseó honrarle." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 1.

compañero que se encargase de aquella comision.

Conoció Pizarro la exactitud de los raciocinios de Almagro, y aunque con evidente repugnancia, admitió un encargo menos conforme á sus inclinaciones que una espedicion á los despoblados. Mas trabajo costó reducir á Luque: "Plegue á Dios, hijos, les dijo, que no os hurteis la bendicion el uno al otro, que yo todavía holgara que á lo menos fuérades entreambos." [28] Pizarro se comprometió á mirar por los intereses de sus asociados lo mismo que por los suyos propios. Pero es evidente que Luque desconfiaba de Pizarro.

No dejó de haber sus dificultades para conseguir la suma necesaria para equipar al comisionado, á fin de que se presentase en la corte de un modo conveniente: tan poco crédito asi tenian los asociados, y tan poco era lo que se confiaba aun en los resultados de sus importantes descubrimientos. Consiguieron al fin mil y quinientos ducados, y en la primavera de 1528, salió Pizarro de Panamá acompañado de Pedro de Candia. [29] Llevó tambien consigo algunos Indios asi como dos ó tres llamas, varios tejidos finos y muchos vasos y alhajas de oro y plata, como muestras de la civilizacion del pais y fiadores de la verdad de sus maravillosas relaciones.

Entre todos los que han escrito sobre las antigüedades del Perú, ninguno ha adquirido tanta

28 Herrera, Hist. General, dec. 4, lib. 3, cap. 1.

29 "Juntaronle mil y quinientos pesos de oro que dió de buena voluntad D. Fernando de Luque." Montesinos, Anales, MS., año 1528.

celebridad, ni ha sido citado con tanta frecuencia por los compiladores modernos, como el Inca Garcilaso de la Vega. Era mestizo, pues nació en el Cuzco, el año 1540, de padre español y de madre india. Garcilaso de la Vega, su padre, pertenecia á aquella ilustre familia cuyas hazañas en armas y en letras, aumentaron tanto el lustre del periodo mas brillante de los anales de Castilla. Vino al Perú con Pedro de Alvarado, poco despues de haber ganado Pizarro aquella tierra. Siguió siempre la suerte de este capitan, y asi que fué muerto, la de su hermano Gonzalo, á quien se mantuvo fiel durante su rebelion hasta el momento de su derrota en Xaquixaguana, en donde Garcilaso tomó el mismo partido que la mayor parte de los de su bando, pasándose al enemigo. Pero esta muestra de lealtad, aunque le salvó la vida, fué demasiado tardia para indemnizarle á los ojos del partido victorioso, y la mancha que se echó encima por la parte que tuvo en la rebelion, fué un obstáculo con que siempre tropezó en su carrera, y aun pasó en herencia á su hijo, segun se vió despues.

La madre del historiador era dela sangre real del Perú, sobrina de Huayna Capac, y nieta del famoso Inca Tupac Yupanqui. Garcilaso, al mismo tiempo que se manifiesta muy satisfecho de que corriese por sus venas la sangre de los civilizados Europeos, no se muestra poco orgu-

lloso de descender de la dinastía real del Perú; y así lo indicaba mezclando su apellido con el título propio de los príncipes peruanos, y firmando siempre *Garcilaso Inca de la Vega.*

Pasó sus primeros años en su pais natal, donde fué criado en la religion católica romana, y recibió la mejor educacion que era posible proporcionarle entre el estruendo de las armas y las continuas guerras civiles. Apenas habia cumplido veinte años, cuando dejó la América en 1560, y se fijó desde entonces en España. Siguió allí la carrera militar y llegó á obtener el empleo de capitan en la guerra contra los moriscos, y despues bajo las banderas de D. Juan de Austria. Aunque se portó con honor en su peligrosa carrera, parece no haber quedado muy satisfecho del modo con que pagó el gobierno sus servicios. El hijo llevaba todavía sobre sí el borron de la deslealtad del padre, y Garcilaso nos afirma, que esta circunstancia hizo inútiles todos sus esfuerzos para recobrar el rico patrimonio de sn madre que habia recaido en la corona. "Y con todo esto pudieron los disfavores pasados tanto," nos dice, "que no osé resucitar las pretensiones y esperanzas antiguas, ni las modernas. Tambien lo causó el escapar yo de la guerra tan desbalijado y adeudado, que no me fué posible volver á la corte, sino acojerme á los rincones de la soledad y pobreza donde paso una

vida quieta y pacífica, como hombre desengañado y despedido de este mundo y de sus mudanzas."

El lugar que eligió para este oscuro retiro, no fueron, sin embargo, las entrañas de un desierto, como podria suponerse el lector por este tono de resignacion filosófica, sino la ciudad de Córdoba, la alegre capital de los moriscos en otro tiempo, y todavía entonces ciudad frecuentada y bulliciosa. Allí se empleaba nuestro filósofo en sus trabajos literarios, tanto mas agradables á su lastimado espíritu, cuanto que su objeto era perpetuar la memoria de las antiguas glorias de su patria natural, y presentarlas en su primitivo lustre y esplendor á los ojos de su patria adoptiva. "Y no tengo razon de quejarme" dice en el prólogo de su Flórida, "de que la fortuna no me haya favorecido, pues á esto debo el haber entrado en una carrera literaria, que espero me dará fama mayor y mas duradera, que la que podian haberme dado todos sus favores."

En 1609 dió á luz la primera parte de su grande obra de los *Comentarios Reales*, destinada á tratar de la historia del pais en tiempo de los Incas, y en 1616, pocos meses antes de su muerte, acabó la segunda parte, que comprende la historia de conquista, la cual se publicó en Córdoba el año siguiente. De este modo terminó el cronista sus

trabajos con su vida, á la avanzada edad de setenta y seis años. Dejó una crecida suma para pagar misas por su alma, de lo que se infiere que no ha de tomarse al pié de la letra lo que de su pobreza decia. Fueron sepultados sus restos en la catedral de Córdoba, en la capilla que aun conserva el nombre de Garcilaso, y sobre su tumba se puso una inscripcion que expresaba el respeto y aprecio general que se habia grangeado el historiador, por sus distinguidas prendas como hombre y como literato.

La *Primera Parte* de *los Comentarios Reales* está dedicada á tratar de la historia antigua del pais como ya hèmos dicho, y presenta un cuadro completo de la civilizacion de los Incas: sin duda el mas completo, que hasta la presente se haya escrito. La madre de Garcilasó solo tenia diez años cuando su primo Atahualipa heredó el imperio, ó por mejor decir, lo usurpó, segun decian los de la faccion del Cuzco. Tuvo ella la buena suerte de escapar de la matanza que, segun el cronista, acabó con la mayor parte de sus parientes, y despues de la conquista continuó viviendo, con su hermano, en la antigua capital del reino. Su conversacion recaia naturalmente sobre los dichosos tiempos del gobierno de los Incas, y cualquiera puede figurarse, que en vez de haberse confundido estos recuerdos con el tiempo trascurrido, el pesar que les causaba

en su triste estado presente la memoria de época mas feliz, debia dar á sus descripciones mas viveza y algun tanto de exageracion. El jóven Garcilaso escuchaba atentamente estas relaciones que le recordaban la grandeza y las hazañas de sus ilustres progenitores, y aunque por entonces no hizo uso de ellas, se quedaron profundamente grabadas en su memoria para aprovecharlas en tiempo mas oportuno. Cuando, pasados ya muchos años, se disponia en su retiro de Córdoba á componer la historia de su pais, escribió á sus antiguos compañeros y condiscípulos incas, para que le diesen, sobre varios puntos históricos de importancia, informes circunstanciados que en España le era imposible conseguir. En su juventud fué testigo de los usos y ceremonias de sus paisanos; era perito en interpretar sus quipos, y muchas de sus antiguas tradiciones le eran familiares. Ayudado luego de las noticias de sus parientes y amigos del Perú, llegó á familiarizarse con la historia y leyes de los Incas hasta un punto á donde solo podia llegar, quien como él se habia educado entre los Indios, hablaba su idioma y sentia correr la sangre de ellos por sus venas. Garcilaso era, en una palabra, el representante de la raza conquistada, y era de esperarse que su pincel dispusiese las luces y sombras del cuadro, de modo que produjesen un efecto muy diverso del

que hasta entonces habian producido en manos de los conquistadores.

Así sucedió hasta cierto punto, y aunque solo se aprecien sus obras por el término de comparacion que ofrecen para investigar la verdad, deben tenerse en grande estima. Mas Garcilaso escribió en edad muy avanzada, despues que los escritores españoles habian tratado mucho de aquellas materias. Era, pues, preciso que guardase ciertas consideraciones á hombres que gozaban en su mayor parte de grande aprecio, tanto por sus estudios como por su posicion en la sociedad. Su objeto, segun afirma, no era tanto el añadir algo nuevo de su propia cosecha, como corregir los errores y equivocaciones en que aquellos incurrieron, por su ignorancia de la lengua y costumbres de los Indios. No se encerró, sin embargo, en tan estrechos límites, y de los copiosos materiales que habia recojido, formó una obra que há sido una rica mina de que han sabido aprovecharse los modernos. Se le conoce el placer con que escribia, y cualquier asunto que llega á tratar, lo ilustra y lo adorna con detalles tan variados y minuciosos, que deja satisfecha la curiosidad mas exijente. De leer sus *Comentarios* á leer los escritos de los Europeos, hay la misma diferencia que de leer una obra en su lengua original, á leerla en una mala traduccion. Los escritos de Garcilaso son un destello de la imaginacion del Indio.

Sus comentarios, sin embargo, adolecen de un grave defecto, que la posicion del autor hacia hasta cierto punto inevitable. Como se dirijia á los ilustrados Europeos, ponia todo empeño en desplegar á sus ojos las antiguas glorias de su nacion bajo su aspecto mas grandioso. Este fué el incentivo que le hizo emprender sus trabajos literarios, para cuyo desempeño estaba muy lejos de ser bastante la educacion que habia recibido, por buena que fuese para los malos tiempos que alcanzó. Garcilaso escribió pues para conseguir un objeto determinado. Presentóse en la arena como abogado de su desgraciada patria, para defender la causa de aquella raza abatida ante el tribunal de la posteridad, y así es que en todas las páginas de su obra se echa de ver el tono exagerado de un panegírico. Nos pinta un estado de sociedad como apenas se atreveria á figurárselo un filósofo utopista, y convierte á sus reales progenitores en tipos de todas las virtudes imaginables. En sus páginas renace la edad de oro para una nacion que goza de todos los bienes de la paz y tranquilidad, mientras que sin cesar devasta sus fronteras una guerra de proselitismo; y aun las riquezas de la monarquía, bastante grandes de por sí en esa tierra de oro, las trasforma la ardiente imaginacion del cronista en las magníficas ilusiones de un cuento de brujas.

Hay sin embargo un fondo de verdad en sus mas estravagantes imágenes, y seria una injusticia suponer que el historiador indio no creia la mayor parte de las estrañas maravillas que refiere. No hay credulidad que iguale á la de un neófito, que acaba de abrazar la fé cristiana. Despues de vivir largo tiempo entre las tinieblas del paganismo, cuando hiere por primera vez sus ojos la luz de la verdad, se encuentra incapaz de distinguir la verdadera magnitud de los objetos, y de separar lo real de lo imaginario. Sin duda que Garcilaso no era un converso, por que desde su infancia se crió en la fé católica; pero vivia rodeado de ellos, y aun sus mismos parientes, despues de practicar toda su vida las ceremonias del paganismo, acababan de entrar por primera vez en el gremio de la Iglesia. El escuchaba las lecciones de los misioneros, aprendia de ellos á dar fé implícita á las maravillosas leyendas de los santos, y á las historias, no menos maravillosas, de los triunfos que ellos mismos alcanzaran en las batallas espirituales que les habia costado la propagacion de la fé. Acostumbrado así desde su niñez á ejercitar continuamente su credulidad, perdió su razon la facultad divina de distinguir la verdad del error, y se familiarizó tanto con lo milagroso, que con el tiempo, lo milagroso dejó ya de ser milagro.

Mas si bien por esta causa hay que hacer gran-

des rebajas en lo que el cronista refiere, existe siempre un fondo de verdad que no es dificil descubrir y aun separar de los caprichosos adornos que la ocultan, y despues de descartar todas las exageraciones del orgullo nacional, queda todavia gran copia de noticias exaetas sobre las antigüedades del pais, que en vano buscariamos en los escritos de ningun Europeo.

Los de Garcilaso son el reflejo del siglo en que floreció, y hablan mas bien á la imaginacion que á la sana filosofia. El brillante cuadro que sin cesar presenta, nos deslumbra; y nos embelesan los curiosos detalles y la animada charla con que llena el resto de sus páginas. Interrumpe á cada paso la relacion de los sucesos, para ventilar diversas cuestiones que sirven para esclarecerlos, con lo que evita la monotonia de la narracion y proporciona un agradable descanso á los lectores. Esto debe entenderse de la primera parte de su grande obra, porque en la segunda ya no habia motivo para semejantes investigaciones. El espacio que ellas debian ocupar lo llenó con multitud de reminiscencias, anécdotas personales, aventuras episódicas, y un cúmulo de detalles, triviales á los ojos de los pedantes, y que los historiadores han estado siempre dispuestos á echar á un lado, como incompatibles con la gravedad de la historia. Allí vemos á los actores de aquel gran drama, en trage de casa,

por decirlo así; nos imponemos de sus costumbres privadas, escuchamos sus conversaciones familiares, y en una palabra, recojemos todos aquellos incidentes, insignificantes de por sí, pero que en su conjunto forman una parte tan esencial de la vida y revelan el verdadero carácter de los personages.

Esta confusa mezcla de lo grande y de lo pequeño, hecha sin ningun artificio, es uno de los principales atractivos de las novelescas crónicas antiguas, sin que pierdan nada de su exactitud por mas que se aproximen bajo este aspecto al estilo ordinario de las novelas. En estos escritos es en donde debemos estudiar el carácter y la influencia del siglo. Los apolillados papeles de estado, la correspondencia oficial, los registros públicos, son utilísimos, indispensables para la historia. Ellos son el armazon sobre que debe descansar esta; el esqueleto que ha de determinar su fuerza y proporciones. Pero son tan inútiles como un monton de huesos descarnados, si no hay quien les dé su verdadera colocacion y les inspire un soplo de vida, para que salgan de sus manos animados del verdadero espíritu del siglo. Mucho debemos al infatigable anticuario, que no descansa hasta echar con toda solidez y exactitud los cimientos de la verdad histórica, y no menos al filósofo analista que nos representa al hombre con su trage público, ó por

mejor decir, vestido de máscara; pero no debemos negar nuestra gratitud á los que, como Garcilaso y mas de un romancero de la edad media, han penetrado á la vida privada y dádonos una pintura, aunque se le suponga algo desfigurada, de todos los objetos, los grandes y los pequeños, los bellos y los repugnantes, cada uno en su lugar y con sus verdaderos colores. Seria vano empeño el de sujetar la ob a de Garcilaso al crisol de la crítica, considerándola como obra de arte. Pero aunque en su composicion quedan á un lado todas las reglas del arte, no se sigue de eso que haya de faltar á los principios del gusto, porque su espíritu es conforme al espíritu del siglo en que fué escrita. Y el crítico que la condena severamente con arreglo á los ajustados preceptos del arte, hallará tal deleite en su mismo candor y sencillez, que una y otra vez volverá á cebarse en la lectura de sus páginas, mientras que echa á un lado y olvida otras composiciones mas clásicas y mas correctas.

Aunque tal vez me he estendido ya demasiado, no me decido á terminar este juicio crítico de Garcilaso, sin decir algo de la traduccion inglesa de sus Comentarios. Apareció en el reinado de Jaime II, y la debemos á la pluma del caballero Sir Paul Rycaut. Se imprimió en Lóndres en 1688, en folio, con visibles pretensiones á edicion de lujo, muy adornada de grabados en

madera, y con un frontispicio en que se vé la escuálida y aun ridícula figura, no del autor, sino del traductor. La version sigue la misma marcha del original, libro por libro, y capítulo por cápítulo, notándose muy raras veces, aunque sí algunas, la libertad tan comun en estas antiguas traducciones de omitir ó compendiar algun pasage. Cuando se aparta del original es mas bien por ignorancia que de intento, y si puede servir de escusa la ignorancia, le sobran al buen caballero los medios de defensa. Nadie que lea su traduccion dejará de convenir en que conocia muy poco su propio idioma, y cualquiera que la compare con el original, echará de ver su absoluta ignorancia de la lengua castellana. Tiene tantas faltas como renglones, y tales algunas, que harian avergonzar á un muchaho de escuela. Mas son tantas las rústicas bellezas del original, que esta traduccion, mas rústica todavía, ha gozado de grande favor entre los lectores, y la version de Sir Paul Rycaut, á pesar de su antigüedad, se ve aun ocupando su lugar en mas de una librería, tanto públicas como particulares.

LIBRO TERCERO.

CONQUISTA DEL PERU.

LIBRO TERCERO.

CONQUISTA DEL PERU.

CAPITULO I.

RECIBIMIENTO DE PIZARRO EN LA CORTE.—CAPITULACION CON LA CORONA.—VISITA EL LUGAR DE SU NACIMIENTO.—VUELVE AL NUEVO MUNDO.—DISGUSTOS CON ALMAGRO.—TERCERA EXPEDICION.—AVENTURAS EN LA COSTA.—BATALLAS EN LA ISLA DE PUNA.

1528.—1531.

Pizarro y su compañero atravesaron el istmo para embarcarse en Nombre de Dios, y despues de una feliz travesia llegaron á Sevilla á principios del verano de 1528. Aconteció hallarse entonces en el puerto el Bachiller Enciso, persona muy conocida en la historia de las cosas de América, por haber tomado una parte muy activa en la colonizacion de la Tierra Firme. Tenia ciertas cuentas que arreglar con los primeros vecinos del Darien, entre los que se contaba Pizarro, y asi apenas puso este el pié en tierra, cuando fué preso á instancias de Enciso, y meti-

do por deudas en la cárcel. De este modo Pizarro, que habia huido de su pais como un aventurero desesperado sin casa ni hogar, se veia á su vuelta encerrado en una prision, despues de una ausencia de mas de veinte años pasados casi todos en inauditos trabajos y padecimientos. Asi comenzaban á anunciarse la fortuna que él creia aguardarle en su patria. Este suceso escitó la indignacion pública; mas apenas se supo en la corte su llegada, y la importante mision de que venia encargado, se libraron ordenes para que fuese puesto en libertad, y se le permitiese continuar su camino.

Halló Pizarro al emperador en Toledo, de donde muy pronto debia salir á embarcarse para Italia. En los primeros años de su reinado, no gustaba Carlos V de residir en España. Se hallaba entonces en el apogeo de su gloria, á que le habian elevado sus triunfos sobre su valiente competidor francés, á quien acababa de derrotar y hacer prisionero en Pavia; y el vencedor se disponia en aquellos momentos á pasar á Italia para recibir la corona imperial de manos del Sumo Pontifice. Deslumbrado con sus victorias y su reciente elevacion al trono de Alemania, se curaba Cárlos muy poco de sus dominios patrimoniales, porque se abria á su ambicion una carrera mas brillante en el ancho campo de la politica europea. Hasta entonces

habian sido muy insignificantes las sumas que habia recibido de sus posesiones ultramarinas, para que las mirase con la atencion que merecian. Pero cuando le pusieron á la vista la reciente conquista de Méjico y las brillantes esperanzas que daba el continente austral, conoció toda su importancia, esperando sacar de ellas los recursos de que necesitaba para las costosas empresas en que le metia su ambicion.

Dió por lo mismo muy favorable acogida á Pizarro, que venia á poner á los ojos del rey las pruebas fehacientes de la verdad de los rumores sueltos que de cuando en cuando habian llegado á Castilla. Examinó Cárlos con grande interes los diversos objetos que le fué presentando; pero nada llamó tanto su atencion como el llama, por ser la única bestia de carga conocida hasta entonces en el Nuevo Mundo, aunque al sagaz monarca le pareció mucho mas apreciable por las hermosas telas que se hacian de su largo vellon, que por su utilidad para el servicio doméstico. Pero las diversas vasijas de oro y plata, y las deslumbradoras pinturas que hacia Pizarro de la abundancia de aquellos metales preciosos, bastaban para dejar satisfecha hasta la codicia de un monarca.

Lejos de turbarse Pizarro al verse en una situacion tan nueva para él, mantuvo su acostumbrada serenidad, conservando en todas sus espresiones, el decoro y la dignidad propios de un

Castellano. Habló de un modo sencillo y respetuoso; pero con todo el fuego y elocuencia natural de un hombre que ha tenido parte en las escenas que refiere, y sabe ademas que de la impresion que haga en su auditorio depende su suerte futura. Todo escucharon con grande interes la relacion de sus estrañas aventuras por mar y tierra; sus peregrinaciones en los bosques ó en los horrorosos pantanos de la costa, sin alimento, casi sin vestido, con sus piés desgarrados y marcando sus huellas con sangre; viendo disminuirse cada dia sus pocos compañeros, por las enfermedades y la muerte, y á pesar de todo, marchando siempre adelante con inaudito esfuerzo, para estender el imperio de Castilla y el nombre y poderío de su monarca; pero cuando llegó á pintar su miserable sitnacion en aquella isla desolada, olvidado del gobierno y abandonado de todos, menos de un puñado de valientes compañeros, el rey, aunque no se conmovia facilmente, no pudo contener las lágrimas. Al salir de Toledo recomendó Carlos los negocios de su vasallo al Consejo de Indias, en los términos mas favorables. [1]

1 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.

"Hablaba tan bien en la materia, que se llevó los aplausos y atencion en Toledo donde el Emperador estaba, dióle audiencia con mucho gusto, tratólo amoroso, y óyole tierno, especialmente cuando le hizo relacion de su consistencia y de los trece compañeros en la Isla en medio de tantos trabajos." Montesinos, Anales, MS., año 1528.

Se hallaba por aquel mismo tiempo en la corte otro hombre que habia venido tambien del Nuevo Mundo á un negocio muy semejante; pero cuyas brillantes proezas le habian adquirido ya un renombre que eclipsaba en cierto modo la naciente reputacion de Pizarro. Este hombre era Hernan Cortés, el conquistador de Méjico. Habia venido á poner un imperio á los pies de su soberano, y á pedir en recompensa, satisfaccion para sus agravios y premio para sus grandes servicios. El se acercaba al fin de su carrera y Pizarro comenzaba la suya; reuniéronse allí el conquistador del Norte y el del Sur; los dos hombres destinados por la Providencia para destronar las mas poderosas dinastías indias, y para abrir las puertas de oro que impedian que los inmensos tesoros del Nuevo Mundo pasasen á las arcas españolas.

A pesar de la recomendacion del emperador, los negocios de Pizarro marchaban con la lentitud que se acostumbraba en la corte de Castilla. Veia írsele agotando rápidamente sus escasos recursos por los gastos que requeria su posicion en la corte, hasta que se vió obligado al fin á representar, que si no se tomaba alguna resolucion en su asunto, llegaria el caso de que por favorable que fuese esta, ya no estaria en estado de aprovecharla. En vista de esto, la reina, que estaba encargada del gobierno durante la ausencia

de su esposo, agitó el negocio, y el 26 de Junio de 1529 se firmó la memorable Capitulacion en que se determinaban las facultades y privilegios de Pizarro.

Por dicho convenio se concedia á este capitan el derecho de descubrir y conquistar en la provincia del Perú, (llamada entónces Nueva Castilla, del mismo modo que á Méjico se le dió el nombre de Nueva España,) hasta la distancia de doscientas leguas al sur de la ciudad de Santiago. Se le concedian ademas el título y honores de Gobernador y Capitan General, y los de Adelantado y Alguacíl mayor por toda su vida, con un sueldo de setecientos veinte y cinco mil maravedis, y obligacion de mantenener una servidumbre correspondiente á su rango. Quedaba facultado tambien para levantar ciertas fortalezas, de cuyo gobierno se le hacia merced: para dar los Indios en encomienda, sujetándose á las leyes vigentes, y en suma, para ejercer casi todas las prerrogativas propias de un virey.

Su compañero Almagro obtuvo una declaracion de hidalguia y el título de gobernador de la fortaleza de Tumbez, con un sueldo anual de trescientos mil maravedis. Los servicios del respetable Padre Luque fueron recompensados con el obispado de Tumbez, y el nombramiento de Protector universal de los Indios del Perú. Tambien se le asignó un sueldo de mil ducados,

los que habian de salir, lo mismo que los demas salarios y mercedes mencionados en aquel documento, de las rentas del territorio conquistado.

No quedaron olvidados en estas capitulaciones las demas personas que desempeñaron un papel secundario en la expedicion. Ruiz fué nombrado Piloto mayor del mar del Sur con una decente asignacion; el mando de la artillería se dió á Pedro de Candia, y los otros once compañeros de la Gorgona fueron hechos hidalgos los que no lo eran antes, y caballeros los que ya tenian dicha calidad, con esperanza ademas de lograr ciertos empleos municipales.

Tomáronse tambien medidas muy liberales para procurar la colonizacion del pais. Los nuevos colonos quedaban en parte exentos de algunas de las contribuciones mas gravosas ya establecidas, como por ejemplo la alcabala. Los derechos sobre los metales preciosos extraidos de las minas, quedaron reducidos al principio á un décimo, en lugar del quinto que pagaban los mismos metales cuando provenian de rescate ó de botin.

Se encargó muy particularmente á Pizarro que observase las leyes vigentes para el gobierno y buen trato de los naturales, y se le exigió llevase consigo un número determinado de religiosos, con quienes debia aconsejarse en los

casos dudosos que se ofreciesen en la conquista, y cuyos esfuerzos debian encaminarse al bien y á la conversion de los naturales; al mismo tiempo que se prohibia poner el pié en las nuevas poblaciones á toda clase de abogados y procuradores, cuya presencia se consideraba perjudicial á la buena armonia que allí debia reinar.

Pizarro se comprometió por su parte á levantar, dentro de seis meses de la fecha, una fuerza de doscientos cincuenta hombres listos para la campaña: de ellos podia sacar ciento de las colonias. El gobierno se obligó por la suya á ayudarle con una suma insignificante para la compra de artillería y municiones; y se estipuló por último, que á los seis meses de su llegada á Panamá, debia de estar listo Pizarro para embarcarse y dar principio á la espedicion. [2]

Estos fueron los principales artículos de la capitulacion, por cuyo medio el gobierno de Castilla, con la sagaz política que solia usar en semejantes ocasiones, despertaba la ambicion de los aventureros con títulos retumbantes y magníficas promesas cuyo cumplimiento dependia del éxito de sus propios esfuerzos; pero cuidando en todo caso de no arriesgar él nada en

2 El difunto D. Martin Fernandez de Navarrete, copió para su rica coleccion este interesante documento, que antes se guardaba en el archivo de Simancas, y despues pasó al *Archivo General de Indias* de Sevilla. A su atencion debo la copia que poseo, y que puede ver impresa el lector en el *Apéndice*, bajo el núm. 7.

la empresa. Atendia siempre á apropiarse el fruto de los trabajos agenos; pero no pensaba nunca en ayudar á los gastos.

Lo mas notable que hay en estas estipulaciones, es el modo con que se acumularon en la persona de Pizarro todos los puestos honrosos y lucrativos, sin dejar ninguno para Almagro, quien si no habia tenido una parte tan principal en los trabajos y riesgos personales, habia ayudado igualmente á llevar las cargas de la espedicion, y con sus esfuerzos de otra especie habia contribuido casi tanto como él á su buen éxito. Almagro cedió de muy buena gana á su amigo el puesto principal; pero á la partida de Pizarro para España, quedó convenido, que al mismo tiempo que solicitaria para sí el nombramiento de gobernador y capitan general, pediria el de Adelantado para su compañero. Tambien se comprometió á conseguir el obispado de Tumbez para el vicario de Panamá, y el oficio de Alguacil Mayor para el piloto Ruiz. Por lo que respecta al obispado, cumplió su palabra, porque no era muy propio de un soldado pedir una mitra; pero en vez de dar á las otras mercedes la distribucion acordada, las tomó todas para sí. "Es de notar que nada prometió Pizarro con tantas veras á su partida, como negociar fiel y lealmente en favor de todos los compañeros.

3 "Al fin se capituló, que Francisco Pizarro negociara

El soldado cronista Pedro Pizarro, afirma que su pariente trabajó mucho en la corte en favor de Almagro; pero no le dió oidos el gobierno, dando por razon que empleos de tanta importancia no podian darse á distintas personas. Los malos resultados de este sistema se habian palpado ya mas de una vez en las colonias, donde habia producido rivalidades y fatales reyertas.[4] Asi es que Pizarro, viendo que no atendian á sus razones, no tuvo otro remedio que reunir los empleos en su persona, para evitar la total ruina de sus proyectos. Otros historiadores contemporáneos no han admitido estas esplicaciones. Los temores que manifestó Luque de un resultado semejante, al encargarse Pizarro de aquella comision, fundados sin duda en un profundo conocimiento del carácter de su socio, nos autorizan á desconfiar de esta pretendida vindicacion

Governacion para sí: i para Diego de Almagro, el Adelantamiento; i para Hernando de Luque, el obispado: i para Bartolomé Ruiz, el Alguacilazgo Maior: i Mercedes para los que quedaban vivos, de los trece Compañeros, afirmando siempre Francisco Piçarro, que todo lo queria para ellos, i prometiendo, que negociaria lealmente, i sin ninguna cautela." Herrera, Hist. General, dec. 4, lib. 3, cap. 1.

4 "Y D. Francisco Pizarro pidió conforme á lo que llevaba capitulado y ordenado con sus compañeros ya dicho, y en el consejo se le respondió que no habia lugar de dar gobernacion á dos compañeros á causa de que en Santa Marta se habia dado asi á dos compañeros y el uno habia muerto al otro. . . . Pues pedido, como digo, muchas veces por D. Francisco Pizarro se les hiciese la merced á ambos compañeros, se le respondió la pidiese para sí si no que se daria á otro, y visto que no habia lugar lo que pedia y queria, pidió se le hiciese la merced á él, y asi se le hizo." Descub. i Conq., MS.

de su manejo, y su conducta posterior, como ya iremos viendo, no es muy á propósito para disminuir nuestra desconfianza. La virtud de Pizarro no era capaz de resistir una tentacion, aunque fuese mucho mas ligera que la que entonces le asaltaba.

Fué agraciado ademas el afortunado caballero con el hábito de Santiago,[5] y se le permitió hacer una variacion muy importante en el escudo de su familia, pues por parte de padre tenia ya derecho á usar las armas de ella. El águila negra con las dos columnas, que eran las armas del emperador; una ciudad india con un buque á lo lejos y algunos llamas, con el fin de recordar el carácter y sitio de sus hazañas: tales fueron los blazones que se añadieron de nuevo á las antiguas armas de los Pizarros; y por orla un letrero en el cual se leia, que "bajo los auspicios de Cárlos, y por la diligencia, el ingenio y á costa de Pizarro se habia descubierto y reducido aquel pais," dando así á entender los servicios pasados y futuros del conquistador.[6]

Concluidos todos estos arreglos á satisfaccion de Pizarro, salió de Toledo dirigiéndose á

5 Xerez Conq. del Peru, ap. Barcía, tom. III. p. 182.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 1.—Caro de Torres, Historia de las Ordenes Militares, (Madrid, 1629,) p. 113.

6 "Caroli Cœsaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa Ducis Piçarro inventa, et pacata." Herrera, Hist. General, dec. 4, lib. 6, cap. 5.

Trujillo, lugar de su nacimiento, donde se imaginaba seria mas fácil encontrar compañeros para su nueva empresa. Quizá no le desagradaria tampoco el presentarse allí aventajado y en próspera fortuna, ó lo menos en camino para ella, y si alguna vez la vanidad puede ser disculpable, lo es sin duda en un hombre, que nacido en la oscuridad, sin familia, amigos ni protectores en que apoyarse, se habia labrado él solo su fortuna, y triunfado con sus propios recursos de todos los obstáculos que le opusieran los hombres y la naturaleza. Tal era la posicion en que se encontraba Pizarro cuando volvió al lugar de su nacimiento, donde solo le conocian por un prófugo miserable, sin casa que le abrigase, padre que le reconociese, ni amigo que le ayudase. Pero ahora sí en encontró amigos y camaradas, y no faltaban quienes exigiesen ser reconocidos por parientes suyos, y participar de la fortuna que le aguardaba. Habia entre estos, cuatro hermanos suyos; tres de ellos ilegítimos como él. El uno llamado Francisco Martin de Alcántara era hermano suyo por parte de madre, y los otros dos, Juan y Gonzalo Pizarro, lo eran por parte de padre. "Todos eran pobres y tan pobres como soberbios," dice Oviedo que los conocia," "y su codicia era igual á su pobreza.." [7]

7 "Trujo tres o cuatro hermanos suyos tan soberbios como po-

El cuarto hermano, llamado Hernando era el mayor de todos y el único legítimo; "tan legítimo," dice el mismo cáustico cronista, "en la soberbia como en el nacimiento." Tenia una fisonomía vulgar y hasta repugnante, aunque en lo general no era de mala figura. Era alto, y cocomo su hermano Francisco tenia una presencia magestuosa.[8] Reunia en su carácter algunos de los peores defectos de los Castellanos: altivo cual ninguno, incapaz de sufrir un agravio ni aun una sombra de insulto; implacable en su resentimiento; inflexible en sus determinaciones y poco delicado en la eleccion de los medios para llevarlas á cabo. No habia piedad que detuviese su brazo; su arrogancia heria continuamente el amor propio de cuantos le rodeaban, y engendraba en ellos un odio que con el tiempo no podia dejar de suscitarle mil contradicciones. En esto se apartaba de su hermano Francisco cuya afabilidad destruia las dificultades y ganaba la confianza y cooperacion todos para su empresa. Desgraciadamente los ma-

bres, e tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla." Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 1.

8 El retrato que Oviedo hace de él, no es de lo mas favorable, y escribe como quien conoce bien al original. "E de todos ellos el Hernando Pizarro solo era legitimo, e mas legitimado en la soberbia, hombre de alta estatura é grueso, la lengua e labios gordos e la punta de la nariz con sobrada carne e encendida; y este fué el desavenidor y estorbador del sosiego de todos y en especial de los dos viejos compañeros Francisco Pizarro e Diego de Almagro." Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

los consejos de Hernando tuvieron tal influencia en el ánimo de su hermano, que este pagó bien caras las ventajas que le procuraban la estraordinaria capacidad de aquel y su singular aptitud para los negocios.

Apesar del grande interes que escitaron en todas partes las aventuras de Pizarro; encontró este grandes dificultades en cumplir con lo estipulado en la *Capitulacion*, respecto al número de gente que debia llevar consigo. Los que mas admirados se mostraban al oir sus relaciones, no eran siempre los mas dispuestos á seguirle. Los inauditos trabajos que aguardaban á los aventureros en el Nuevo Mundo, les asustaban; y solo veian en las brillantes pinturas de los templos y jardines de oro de Tumbez, una evidente ilusion de su estraviada fantasia, y un cebo para atraer soldados á sus banderas. Dicen tambien que no habria podido conseguir Pizarro el dinero necesario, si no hubiese sido por el oportuno auxilio que le prestó Cortés; natural como él de Estremadura, su compañero de armas en otro tiempo, y hasta su pariente segun algunos.[9] Nadie mejor que él podia dar la mano á un antiguo compañero, y quizás nadie se interesaba tanto en la fortuna de Pizarro, ni confiaba mas en el buen éxito de sus esfuerzos, como en el hombre que acababa de ganar un nombre inmortal en la misma carrera.

9 Pizarro y Orellana, Varones Ilustres, p. 143.

Habian pasado ya los seis meses fijados en la Capitulacion, y la gente que habia reunido Pizarro no llegaba al número señalado. Con ella, sin embargo, se disponia á embarcarse en Sevilla en tres buques que tenia preparados; pero antes de que estuviese todo listo, le dieron aviso de que los miembros del Consejo de Indias se proponian mandar visitar sus buques, para cerciorarse de si estaban cumplidas todas las condiciones de la capitulacion.

Temeroso Pizarro de que si la tal visita se verificaba, ahogase su empresa en la cuna, no perdió tiempo en levar áncoras, y pasando la barra de San Lucar, en Enero de 1530, hizo rumbo para la Gomera, una de las Canarias, dejando los otros buques al cuidado de su hermano Hernando.

Apenas habia partido, cuando llegaron los comisionados á comenzar la visita; pero asi que pusieron reparos en la gente que faltaba, les engañaron facilmente, ó se dejaron engañar, con la disculpa de que los demas iban delante en el buque de Pizarro. Lo cierto es que ellos se dieron por satisfechos y no pusieron ningun estorbo á Hernando, dejándole seguir su marcha para reunirse con su hermano en la Gomera, segun tenian convenido de antemano.

Despues de un feliz viage, llegaron los aventureros á la costa del norte del gran continente

austral, y anclaron frente al puerto de Santa Marta. Tan malas fueron las noticias que recibieron allí de los paises á donde iban á entrar; de bosques llenos de insectos y serpientes venenosas; de enormes cocodrilos que cubrian las márgenes de los rios, y de trabajos y peligros que sobrepujaban á cuanto su imaginacion se habia fignrado hasta entonces, que muchos de los de Pizarro abandonaron sus banderas; y no considerándose seguro su capitan en aquel peligroso sitio, se hizo á la vela directamente para Nombre de Dios.

Poco despues de su llegada á aquel punto, vinieron á verle sus compañeros Luque y Almagro, que habian pasado el istmo solo para oir de su propia boca los términos precisos de la Capitulacion con la corona. Grande fué el descontento de Almagro, como puede cualquiera figurarse, al saber el resultado de lo que él miraba como una pérfida maquinacion de su asociado. "¿Así" le decia, "os habeis portado con un amigo, que ha partido con vos los trabajos, los peligros y los gastos de la empresa; y esto apesar de las solemnes promesas que hicisteis á vuestra partida, de mirar por mis intereses lo mismo que por los vuestros? ¿Como quereis verme deshonrado á los ojos del mundo, con tan mezquina recompensa que, comparándolos con

los vuestros, parece estimar en nada mis servicios?"[10]

Aseguróle Pizarro en respuesta, que habia trabajado por él lo mismo que por sí propio; pero que el gobierno se habia negado á dar á dos personas diversas, empleos que tenian tan estrecha relacion, y que así no tuvo otro remedio que aceptarlo todo ó rehusarlo todo. Trató de apaciguar á Almagro haciéndole ver que la tierra era bastante grande para contentar la ambicion de los dos, y que bien mirado, lo mismo era que él ó Almagro hubiesen recibido aquellas mercedes, puesto que cuanto él tenia, estaba y estaria siempre á disposicion de su amigo. Pero estas blandas razones no fueron bastantes para contentar al agraviado, y ambos capitanes se volvieron en breve á Panamá, abrigando en su corazon, si no una enemistad abierta, á lo menos cierto despego de muy mal agüero para el buen éxito de sus futuras operaciones.

Pero Almagro era de ánimo generoso, y se hubiera aplacado con las especiosas razones de su rival, á no estar de por medio Hernando Pizarro, quien desde el punto en que se vieron trató con muy poca atencion al viejo soldado, cuya mala traza no era á la verdad muy á propósito para inspirar respeto, y ahora le miraba ya con par-

10 Herrera, Hist. General, dec, 4, lib. 7, cap. 9.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.

ticular aversion considerándole solo como un estorbo que atajaba los vuelos á su hermano.

Los amigos de Almagro, (y sus modales francos y liberales le habian ganado muchos,) no estaban menos disgustados que él de la insufrible arrogancia de este nuevo compañero. Decian á voz en cuello que bastaba sufrir la perfidia de Pizarro, sin verse espuestos á los insultos de sus hermanos, que habian venido á enriquecerse con los despojos de la conquista que correspondian á su capitan. En breve llegó á tal punto la desavenencia, que Almagro hizo pública su intencion de proseguir la empresa sin contar mas con su antiguo socio, y aun llegó á tratar de la compra de buques para salir á ella. Pero Luque y el Licenciado Espinosa, que por fortuna habia llegado entonces de Santo Domingo, mediaron para evitar un rompimiento, el cual debia infaliblemente acarrear la ruina del proyecto, y no era dificil que se llevase tambien de encuentro á los mas interesados en su buen éxito. Consiguieron por fin que se efectuase una reconciliacion aparente, prometiendo Pizarro que renunciaria el título de Adelantado en favor de su rival, y pediria al Emperador que se lo confirmase; promesa, que desde luego se echa de ver, no estaba muy de acuerdo con lo que antes habia dicho sobre la política que seguia la corona en la concesion de estos

empleos. Se obligaba ademas, á pedir otra gobernacion distinta para su asociado, tan luego como él hubiese tomado posesion de la suya; y á no solicitar merced alguna para ninguno de sus hermanos, hasta tanto que Almagro no quedase satisfecho con lo que se le diese; y por último ratificaron del modo mas espreso el antiguo contrato, en lo respectivo á la division de los despojos por partes iguales entre los tres asociados primitivos. Esta reconciliacion servia á lo menos de ponerles de acuerdo por entonces para poder continuar la espedicion; pero la llaga habia cerrado en falso, y continuaba tan grave como al principio, esperando solo la cooperacion de cualquiera causa externa para abrirse de nuevo mas enconada que nunca.[11]

Comenzaron inmediatamente los preparativos para el viage; pero los colonos de Panamá no tomaban mucho interes en el asunto, porque tenian demasiado presentes los trabajos de las anteriores espediciones, para meterse en otra, apesar del rico cebo con que intentaban enga-

11 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1529.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 3.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 1.

Lo que parece cierto es, que n realidad ninguno de los socios entró de buena fé en esta reconciliacion, porque el P. Luque escribió á Oviedo, que sus dos compañeros le habian pagado sus servicios con ingratitud:—"Padre Luque, compañero de estos capitanes, con cuya hacienda hicieron ellos sus hechos, puesto que el uno e el otro se lo pagaron con ingratitud segun á mí

ñarlos. Algunos de los antiguos compañeros quisieron seguir la aventura hasta el fin, y de la provincia de Nicaragua, vástago como recordará el lector, de la colonia de Panamá, vinieron tambien algnos voluntarios. Estas adiciones acrecentaron muy poco las fuerzas que Pizarro habia traido de España, aunque estas úl- en armas, municiones y equipo, eran infinitamente superiores á las que en otros tiempos habia reclutado. El número total no pasaba de ciento ochenta hombres, con veinte y siete caballos para la caballería. Se habia procurado tres navíos, dos de ellos de regular tamaño, en lugar de los que habia tenido que dejar en Nombre de Dios, al otro lado del Istmo: armamento bien insuficiente para la conquista de un imperio, y muy inferior á lo capitulado con la corona. El intrépido capitan se proponia comenzar con esto las operaciones, fiado en su buena estrella, y en las diligencias de Almagro, que por entonces se quedaba en Panamá, para seguir procurando refuerzos. [12]

El dia de San Juan Evangelista se bendijeron las banderas de la compañia y el estandarte real en la iglesia mayor de Panamá; predicó un sermon el P. Fr. Juan de Vargas, uno de los Domi-

me lo escribió el mismo electo de su mano." Ibid., loc. cit.

12 Los autores discrepan, segun costumbre, en el número de soldados. Yo sigo al secretario de Pizarro, Xerez. Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 182.

nicos nombrados por el gobierno para las misiones del Perú: díjose misa y se administró la comunion á todos los soldados antes de entrar en la cruzada contra los infieles. [13] Despues de implorar de este modo para su empresa la proteccion del cielo, se embarcó Pizarro con sus compañeros en los buques que tenia anclados en Panamá, y á principios de Enero de 1531 salió del puerto la tercera y última espedicion para la conquista del Perú.

Pensaban encaminarse directamente á Tumbez, cuya riqueza tanto les habia complacido en su anterior viage. Pero las corrientes y los vientos contrarios se burlaron segun costumbre de sus esfuerzos, y despues de una navegacion, de trece dias, si bien mas corta de lo que otras veces habia sido, ancló la flotilla en la bahia de S. Mateo. Pizarro, prévia consulta con sus oficiales, resolvió echar en tierra la gente para ir marchando por la marina, mientras que los buques le irian siguiendo á una distancia conveniente de la costa.

13 "El qual haviendo hecho bendecir en la Iglesia mayor las banderas i estandarte real dia de San Juan Evangelista de dicho año de 1530, i que todos los soldados confesasen y comulgasen en el convento de Nuestra Señora de la Merced, dia de los Inocentes en la misa cantada que se celebró con toda solemnidad i sermon que predicó el P. Presentado Fr. Juan de Vargas, uno de los cinco religiosos que en cumplimiento de la obediencia de sus prelados i orden del Emperador pasaban á la conquista." Naharro, Relacion Sumaria, MS.

Mucho padecieron las tropas en aquella marcha, porque el camino se hallaba á cada paso cortado de arroyos cuyos desemboques, á causa de las lluvias del invierno, se habian convertido en espaciosos esteros. Pizarro que ya conocia algo la tierra, sirvió al mismo tiempo de guia y de gefe de la espedicion. Siempre estaba pronto á prestar auxilio donde era necesario; animaba á sus compañeros á vadear ó pasar á nado los torrentes lo mejor que podian, y alentaba á los abatidos con su intrepidez y buen humor.

Llegaron por fin á una poblacion considerable, que ya merecia el nombre de ciudad, en la provincia de Coaque. Los Españoles cayeron de improviso sobre el pueblo, y los habitantes sin hacer resistencia, huyeron llenos de terror á los bosques vecinos, dejando en manos de los invasores todos sus bienes, que se hallaron ser de mas valor de lo que se pensaba. "Dimos sobre ellos espada en mano," dice con cierto candor uno de los Conquistadores, "porque si supiesen los Indios nuestra venida, no tomáramos la cantidad de oro y esmeraldas que allí se encontró."[14] Otro escritor dice, sin embargo, que los Indios se estuvieron quedos, "porque como no habian hecho ningnn daño á los blancos, se figuraban

14 "Pues llegados á este pueblo de Coaque dieron de supito sin sabello la gente dèl porque si estuvieran avisados, no se tomara la cantidad de oro y esmeraldas que en él se tomaron." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

que tampoco se les haria á ellos, y que todo se reduciria á un amigable trato." [15] Fundaban sin duda sus esperanzas en la buena fama que habian dejado los Españoles en su anterior visita; pero en esta vez recibió aquella sencilla gente un amargo desengaño.

Los invasores entraron en las desiertas habitaciones en donde, fuera de porcion de telas de varias clases, y abundancia de bastimento, muy útil para sus hambrientos estómagos, hallaron una gran cantidad de toscos adornos de oro y plata, con multitud de valiosas joyas, porque aquella era la tierra de las esmeraldas, en donde mas abundaba tan preciosa piedra. Una de ellas que tocó á Pizarro, hallada por estos alrededores, era del tamaño de un huevo de paloma. Por desgracia aquellos soldados no conocian todo su valor, y rompieron muchas por probarlas en yunques con el martillo. [16] Dicen que adoptaron este estraño modo de ensayarlas, por consejo de Fr. Reginaldo de Pedraza, uno de los misioneros Domínicos, quien les aseguró que así

15 Herrera, Hist. General, dec. 4, lib. 7, cap. 9.

16 Relacion del Primer. Descub., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 4.

"A lo que se ha entendido en las esmeraldas ovo gran yerro y torpedad en algunas personas por no conocellas. Aunque quieren decir que algunos que las conoscieron las guardaron. Pero finalmente muchos ovieron esmeraldas de mucho valor; unos las probaban en yunques, dándolas con martillos, diziendo que si era esmeralda no se quebraria: otros las despreciaban diziendo que era vidrio." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

podrian distinguir las falsas de las verdaderas, porque estas últimas resistirian al martillo. Se observó sin embargo, que el buen padre guardó las suyas sin sujetarlas á su ingeniosa prueba; pero como por causa de esto perdieron mucho de su valor las piedras, pues solo las miraban como cuentas de vidrio, recojió y se llevó consigo una multitud de ellas á Panamá. [17]

Todas las alhajas de oro y plata que se cogieron en las habitaciones, se trajeron para reunirlas en un solo monton: de ellas se dedujo el quinto de la corona, y el resto lo distribuyó Pizarro proporcionalmente entre sus oficiales y soldados. Este mismo método se siguió siempre en tales casos mientras duró la conquista. Todos participaban de los riesgos de la aventura, y tenian igual interés en ella, y el haber permitido que cada uno pillase por su cuenta, habria dado márgen á la insubordinacion y á continuas desavenencias. Por lo mismo se mandó á todos bajo pena de muerte, que entregasen al fondo comun lo que habian cogido, fuese por via de rescate ó por la fuerza, y la codicia general estaba demasiado interesada en la puntual observancia de esta ley, para que le quedase alguna esperanza de eludir el castigo al desdichado que se atrevia á quebrantarla. [18]

17 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 4, lib. 7, cap. 9.

18 "Los Españoles las recogieron y juntaron el oro y la plata, porque asi estaba mandado y

Procediendo Pizarro con su acostumbrada política despachó á Panamá una gran cantidad de oro, cuyo valor no bajaba de veinte mil castellanos; esperando que la vista de tan rico tesoro adquirido en tan breve tiempo, decidiria el ánimo de los que aun vacilaban en seguir sus banderas.[19] Y no iba fuera de camino, porque como dice piadosamente uno de los Conquistadores, "el señor fué servido de que diésemos con este pueblo de Coaque, para que las gentes creyesen las riquezas de la tierra y acudiesen á la conquista.[20]

Despues de dar Pizarro algun descanso á su gente, continuó su marcha por la costa, pero ya sin la compañia de los bajeles que habian vuelto por refuerzos á Panamá. Encontraron cortado

ordenado so pena de la vida el que otra cosa hiciese, porque todos lo habian de traer a monton para que de allí el gobernador lo repartiese, dando á cada uno conforme á su persona y méritos de servicios: y esta órden se guardó en toda esta tierra en la conquista della, y al que se le hallara oro ó plata escondido muriera por ello, y deste modo nadie oso escondello." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

19 Muy grande debió ser el botin si, como dice Pedro Pizarro, uno de los conquistadores presentes, abordó á doscientos mil Castellanos de oro. "Aquí se halló mucha chaquira de oro y de plata, muchas coronas hechas de oro á manera de imperiales, y otras muchas piezas en que se avaluó montar mas de doscientos mill castellanos." (Descub. y Conq., MS.) Naharro, Montesinos y Herrera se contentan con decir que envió á Panamá en los buques veinte mil castellanos.

20 "Fueron á dar en un pueblo que se decia Coaque que fué nuestro Señor servido topasen con él, porque con lo que en el se halló se acreditó la tierra y vino gente á ella." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

su camino por desiertos de arena, la que levantada por el viento cegaba á los soldados, y no ofrecia piso seguro para hombres ni animales. Los rayos verticales del sol reververaban de un modo insufrible en aquella superficie arenosa, y caian á plomo sobre las corazas de hierro y las chaquetas acolchadas de los soldados, hasta que el calor casi sofocaba á las desmayadas tropas. Para colmo de sus males, se desarrolló en el pequeño ejército una estraña epidemia, que consistia en llenarse todo el cuerpo de úlceras ó mas bien verrugas asquerosas, que si se cortaban, como hicieron algunos, causaban una hemorragia peligrosa. Muchos murieron de esta terrible enfermedad, que atacaba de un modo tan repentino, é iba acompañada de tal postracion, que los que se acostaban sanos por la noche, á la mañana siguiente apenas podian mover un brazo.[21] Esta epidemia, que apareció entonces por primera vez, y despues no ha continuado sus estragos, se estendió por todo el pais, sin perdonar Indios ni blancos.[22] Fué uno de aquellos azotes que el ángel esterminador, que sigue las huellas de los conquistadores, descarga sobre las naciones que han provocado la cólera del cielo.

Pocas veces esperimentaron los Españoles

21 Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1530.

22 Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 15.

resistencia, ni aun molestia, de parte de los naturales, quienes aleccionados con lo ocurrido en Coaque, se huian con sus bienes á los bosques y montañas vecinas. Nadie salia á recibir de paz á los estrangeros ni á practicar con ellos los deberes de la hospitalidad, como en su primera venida. Ya no miraban á los blancos como á seres benéficos bajados del cielo, sino como asesinos crueles que invulnerables á los ataques de los Indios, cabalgaban en unos animales feroces mas ligeros que el viento, y con sus armas de fuego esparcian el terror y la desolacion por donde pasaban. Esta fama que precedia por todas partes á los invasores, les enagenaba las voluntades de los indígenas, quienes manifestaban abiertamente su odio, ya que no podian oponer ninguna resistencia. Los soldados de Pizarro rendidos por las enfermedades y las fatigas del viage, y desengañados, bien á su costa, de que la pobreza de la tierra no bastaba á compensar sus trabajos, maldecian la hora en que se habian alistado en sus banderas, y principalmente los de Nicaragua, dice un antiguo cronista, recordaban la buena vida que pasaban en aquella tierra de promision, y suspiraban continuamente por volverse al paraiso de Mahoma. [23]

23 "Aunque ellos no ninguno por haber venido, porque como habian dejado el paraiso de Mahoma que era Nicaragua y hallaron la isla alzada y falta de comidas, y la mayor parte de la

En esta situacion se encontraban los del ejército cuando tuvieron el gusto de ver llegar un buque de Panamá que traia algunos refrescos, y ademas al tesorero, veedor, contador y otros oficiales reales nombrabos para acompañar la espedicion, y que no habian venido con Pizarro por la precipitacion con que este se embarcó. El Consejo de Indias tan luego como supo esto, despachó órdenes á Panamá para que no dejasen salir de allí los buques, pero el gobierno español, con mas cordura, revocó la orden, y se limitó á recomendar á los nombrados que apresurasen su marcha para ir cuanto antes á ocupar su puesto en la espedicion.

Para entonces habian llegado ya los Españoles á Puerto Viejo, á donde se les reunió en breve otro pequeño destacamento mandado por un tal Belalcazar, quien se distinguió despues mucho en estas campañas. Varios de los compañeros de Pizarro se hubieran quedado allí de buena gana para fundar una colonia; pero aquel capitan pensaba mas bien, á lo menos por entonces, en conquistar que en colonizar, y así se propuso, como primera providencia, apoderarse de Tumbez que miraba como la llave del Perú. Continuó, pues, su marcha hasta las costas de lo que ahora se llama golfo de Guaya-

gente enferma, y no oro ni plata omo atrás habian hallado, algunos y todos se holgaran de volver de adonde habian venido." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

quil, y llegó frente á la isleta de Puna, situada á corta distancia de la bahia de Tumbez. El se figuraba que esta isla seria un punto muy conveniente para acampar, miéntras llegaba el momento oportuno de dar sobre la ciudad de Tumbez.

Los habitantes de la isla parecian bien dispuestos á ayudarle, porque tan luego como supieron que se hallaba cerca, el cacique y algunos Indios principales pasaron en balsas á tierra firme para ir á dar la bienvennida á los Españoles. Pero los intérpretes tumbecinos que habian vuelto de España con Pizarro, y continuaban en el campo, le previnieron contra la traicion que meditaban los Isleños, á quienes acusaban de querer acabar de una vez con todos los Españoles, cortando las cuerdas que sugetaban los maderos de las balsas, para que se ahogasen cuantos iban en ellas. Mas cuando Pizarro echó en cara al cacique su perfidia, este la negó con tales veras, que sin vacilar mas el gefe español, se puso en sus manos con sus compañeros, y desembarcaron sanos y salvos en las riberas de Puná.

Allí le recibieron con mucha hospitalidad, y le proprocionaron cómodo alojamiento para sus tropas. Contentó de tal modo á Pizarro aquella posicion, que se decidió á mantenerse en ella hasta que pasase la fuerza de las aguas, para

cuyo tiempo contaba que se habrian aumentado sus fuerzas lo bastante para poder penetrar con con mas facilidad en el imperio de los Incas.

La isla de Puná, situada en la desembocadura del rio de Guayaquil, tiene cosa de ocho leguas de largo y cuatro en su mayor anchura. En aquel tiempo estaba cubierta una parte de magníficos bosques, y la otra reducida á cultivo, y cubierta de plantíos de cacao, patatas y otros diversos productos de los trópicos; desde luego se echaba de ver que eran obra de una poblacion industriosa é inteligente en la agricultura. Los habitantes eran muy belicosos; pero sus enemigos los Peruanos les habian marcado con el epíteto de "traidores." La misma mancha arrojan los historiadores romanos, quizá sin mas razon, sobre sus enemigos los Cartagineses. Los indómitos y atrevidos Isleños hicieron una obstinada resistencia á las armas de los Incas, y aunque al fin habian cedido, se mantenian siempre en discordia y á veces en guerra abierta con sus vecinos de Tumbez.

Apenas supieron estos últimos la llegada de Pizarro á la isla, cuando confiados seguramente en sus antiguas relaciones amistosas, pasaron á visitar á los Españoles en sus cuarteles. La presencia de sus aborrecidos rivales no fué muy agradable á los zelosos habitantes de Puná, y ya se les hacia pesado que los blancos prolon-

gasen tanto su residencia en la isla. Continuaban dándoles, sin embargo, las mismas muestras esteriores de benevolencia; pero los intérpretes de Pizarro volvieron á amonestarle que se guardase de la perfidia proverbial de sus hospedadores. Prevenido ya contra ellos el ánimo del gobernador con este aviso, vinieron á decirle que los gefes se reunian para fraguar un plan de insurreccion, y sin dar lugar á que reventase la mina cercó el lugar en que estaban congregados, é hizo prisioneros á todos los caciques sospechosos. Hay escritor que dice que confesaron su delito; [24] pero esto no está averiguado, así como tampoco el que meditasen semejante levantamiento. El hecho en sí no deja á la verdad de ser bastante probable, aunque la declaracion de los intérpretes enemigos, es de muy poco peso en este caso. Lo cierto es que á Pizarro no le quedó duda de que existía la conspiracion, y sin mas exámen entregó los infelices prisioneros, que serian hasta diez ó doce, á la crueldad de sus rivales de Tumbez, quienes inmediatamente los degollaron á su propia vista. [25]

Con este insulto llegó á su colmo el furor de

24 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 183.

25 "Y el marques don Francisco Pizarro por tenellos por amigos y estuviesen de paz cuando allá pasasen, les dió algunos principales, los cuales ellos mataban en presencia de los Españoles, cortándoles las cabezas por el cogote." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

los habitantes de Puná, corrieron á las armas y se echaron llenos de desesperacion sobre el campo de los Españoles, dando horribles alaridos y profiriendo espantosas amenazas. Tenian en su favor la ventaja del número, porque eran algunos miles; pero sus contrarios contaban con las que dan las armas y la disciplina, y asi es que cuando los Indios asaltaron en tropel, los Castellanos les recibieron sin desordenarse con sus largas lanzas, y les barrieron con las descargas de sus arcabuces. Las cortantes espadas de los Españoles destrozaban fácilmente sus cuerpos desnudos, y poniéndose Hernando Pizarro á la cabeza de la caballería, les dió una atrevida carga y les desparramó por todo el campo, hasta que al fin el temible escuadron de acerados ginetes, y el estallido y el humo de las armas de fuego, les llenaron de terror y se pusieron en fuga, yendo á esconderse en la espesura de los vecinos bosques. Mas la victoria se debió en parte, si hemos de dar crédito á los conquistadores, á la intervencion del cielo, porque durante la batalla se vió en el aire á San Miguel con sus ángeles, luchando con el enemigo capital del género humano, y alentando á los cristianos con su ejemplo.[26]

26 La ciudad de San Miguel fué llamada así por Pizarro en memoria de este suceso. No faltará quien mire como testimonio auténtico del milagro el hecho de existir una ciudad de este nombre.— "En la batalla de Puná vieron muchos, ya de los Indios,

Solo tres ó cuatro Españoles sucumbieron en el combate; pero muchos salieron heridos y entre ellos Hernando Pizarro, quien recibió en la pierna un peligroso golpe de jabalina. No terminó la guerra con aquella batalla, porque los rencorosos isleños aprovechaban la obscuridad de la noche ó el menor descuido de sus contrarios, para salir silenciosamente de sus guaridas y encajarse en el campo enemigo, cortando al mismo tiempo las partidas sueltas, interceptando las provisiones, y manteniéndoles en continua alarma.

En tan desagradable situacion se encontraban los Españoles, cuando la vista de dos bajeles les llenó de regocijo. Venia en ellos un refuerzo de cien voluntarios y algunos caballos para la caballería, conducido todo por Hernando de Soto, capitan que despues se hizo tan famoso por haber descubierto el Mississippi, cuya magestuosa corriente nos oculta aun el lugar de su sepultura; (*) mausoleo digno de las cenizas

ya de los nuestros, que habia en el aire otros dos campos, uno acaudillado por el Arcangel San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel y sus secuaces: mas apenas cantaron los Castellanos la victoria, huyeron los diablos, y formando un gran torbellino de viento se oyeron en el aire unas terribles voces que decian, Vencistenos! Miguel vencistenos! De aquí tomó D. Francisco Pizarro tanta devocion al santo Arcangel, que prometió llamar la primera ciudad que fundase de su nombre; cumpliólo asi como veremos adelante." Montesinos, Anales. MS., año 1530.

(*) Cuando en 1543 murió en la Florida el Adelantado Hernando de Soto, sus compañeros le dieron sepultura; pero recelan-

que encierra y monumento eterno de su gloria.[27]

Vínole perfectamente á Pizarro este refuerzo, porque estaba ya muy disgustado de verse en aquella isla, donde no sacaba provecho alguno de las continuas fatigas que se veia obligado á soportar. Con este auxilio, ya se consideraba bastante fuerte para pasar á la tierra firme y comenzar las operaciones militares, en el verdadero teatro de las conquistas y descubrimientos. Los Indios de Tumbez ya le habian dicho que el pais se habia visto agitado mucho tiempo por guerras civiles entre los dos hijos del difunto monarca que aspiraban al trono. Parecióle muy importante esta noticia, porque no habia olvidado el partido que sacó Cortés de disensiones semejantes entre las naciones de Anahuac. Por lo que se advierte, Pizarro tuvo á la vista el ejemplo de su ilustre predecesor, no solo en esta ocasion, sino en otras muchas. Pero siempre se quedó muy inferior á su modelo, porque

do que los Indios exhumasen el cadáver para ultrajarle, como ya habian hecho con otros, resolvieron sacarle y echarle al fondo del rio, encerrado en un tronco de árbol con algunas piedras, y asi lo verificaron.—Garcilaso, La Florida, lib. 4, parte 1, cap. 8.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 7, cap. 3.—N. del T.

27 Los sucesos de Puná se encuentran referidos con mas ó menos estension en Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Conq. y Pob. del Piru, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., ubi supra.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Xerez, Conq. de Peru, ap. Barcia, tom. III. pp 182, 183.

apesar del esfuerzo que muchas veces hacia para contenerse, su indole mas áspera, y su carácter mas feroz le arrastraban con frecuencia á acciones tan opuestas á la buena política, que jamas se las habria permitido el Conquistador de Méjico.

CAPITULO II.

ESTADO DEL PERU AL TIEMPO DE LA CONQUISTA—REINADO DE HUAYNA CAPAC—LOS HERMANOS INCAS. SE DISPUTAN EL TRONO—TRIUNFO Y CRUELDADES DE ATAHUALLPA.

Antes de seguir á Pizarro y sus compañeros en su entrada al imperio de los Incas, es preciso instruir al lector del estado en que este se encontraba entonces, porque los Españoles llegaban precisamente al terminar una revolucion importantísima; circunstancia muy favorable á sus designios, y sin la cual aquel puñado de aventureros jamas habria podido llevar á cabo su conquista.

Al terminar el siglo XV murió Tupac Inca Yupanqui, uno de los mas famosos "Hijos del Sol" que atravesando los abrasados arenales de Atacama condujo sus victoriosas legiones hasta los últimos confines de Chile, mientras que por el rumbo opuesto estendia su imperio agregándole las provincias meridionales de Quito. Su hijo Huayna Capac dirigió por este lado las opera-

ciones militares, y despues ocupó el trono por muerte de su padre, á quien no fué inferior en el valor ni en el talento para gobernar.

Los ejércitos peruanos acabaron de sujetar durante su reinado el poderoso reino de Quito, que en riqueza y civilizacion llegaba á rivalizar con el Perú, de manera que desde el tiempo de Manco Capac no habia hecho este último una adquisicion mas importante. El victorioso monarca pasó el resto de su dias en reducir las tribus independientes de las fronteras de su imperio, y en asegurar sus conquistas introduciendo en ellas las leyes y costumbres del Perú. Puso grande empeño en terminar las grandes obras comenzadas por su padre, principalmente los caminos reales que ib[illegible] la capital; reformó el sistema de correos; trabajó mucho en difundir la lengua Quichua por todo el imperio; introdujo grandes mejoras en la agricultura, y en fin, procuró el adelanto de todos los diversos ramos de industria doméstica, y trató de que se llevasen á cabo los bien concebidos planes que para el bien de su pueblo habian formado sus predecesores. En su tiempo llegó la monarquía peruana á su mayor esplendor, y bajo su reinado y el de su ilustre padre avanzaba ya con tal rapidez en la carrera de la civilizacion, que pronto habria igualado á los mas ilustrados despotismos del Asia. Entonces, quizá, se hubiera vis-

to que estos Indios escedian en capacidad á todos los demas de aquel continente; pero en vez de esto, aguardaba á todas las razas indias una suerte bien desgraciada.

Cosa de diez años antes de la muerte de Huayna Capac, llegaron por primera vez los blancos á las costas australes del Pacífico. Balboa fué el primero que pasó el golfo de San Miguel y tuvo noticias claras del imperio de los Incas. No se sabe á punto fijo si el monarca llegó á saber el arribo de estos aventureros; pero sí es indudable que le llegaron las nuevas de la primera espedicion de Almagro y Pizarro, cuando este último avanzó hasta el rio de San Juan á cosa de cuatro grados de latitud austral. Hizo grande impresion esta noti[illegible]mo de Huayna Capac, porque en las admirables hazañas de los invasores, y en sus temibles y desconocidas armas, veia otras tantas pruebas de una civilizacion infinitamente superior á la de sus propios vasallos. Dejó traslucir sus temores de que algun dia, tal vez no muy lejano, volviesen aquellos estrangeros é hiciesen vacilar el trono de los Incas con el poder, al parecer sobrenatural, de que estaban dotados.[1] Para un ojo vulgar aquello no era mas que un lijero celaje sobre las lejanas crestas de las montañas; pero para

1 Sarmiento, escritor honrado y verídico, dice que así se lo contaron algunos Incas que lo oyeron. Relacion, MS., cap. 65.

el sagaz monarca era el primer anuncio de una horrible tempestad, que se iba acercando poco á poco hasta descargar con toda su furia sobre las fértiles campiñas de su imperio.

Hasta aquí todo es muy creible; pero algunas relaciones antiguas que han estado muy en voga, no contentándose con esto, quieren hacer concordar las primeras noticias de la venida de los Españoles con ciertos pronósticos muy antiguos en el pais, y con visiones sobrenaturales que llenaron de terror á todo el pueblo. Viéronse cometas encendidos atravesando los cielos; sintiéronse terremotos; la luna apareció rodeada de anillos de fuego de varios colores; un rayo cayó en uno de los palacios del Inca y le redujo á cenizas, y una águila perseguida por varios halcones, anduvo revolando y dando graznidos sobre la plaza principal del Cuzco, hasta que atravesada la reina de las aves por las agudas garras de sus perseguidores, cayó sin vida á los pies de los nobles incas, quienes descubrian en todo esto un anuncio de su próxima ruina. El mismo Huayna Capac, cuando sintió acercarse su última hora, llamó á los principales gefes, y les anunció la destruccion del imperio por una raza de estrangeros blancos y barbados, porque asi habian predicho los oráculos que sucederia al terminar el reinado del duodécimo Inca, y concluyó encargando á sus vasallos

que no se opusiesen á los decretos del cielo y que diesen obediencia á sus enviados.[2]

Tal fué segun cuentan, la impresion que causó en el reino el arribo de los Españoles, la que nos trae á la memoria el mismo terror supersticioso que ocasionó en Méjico su llegada. Pero las tradiciones de este pueblo descansan en mejores autoridades que las del Perú; estas en último resultado, se encuentran destituidas del apoyo de los testimonios contemporáneos, y solo tienen en su favor el simple dicho de un escritor de la misma nacion, que sin duda creyó encontrar en los irrevocables decretos del cielo la mejor escusa para la falta de valor de sus paisanos.

Pudo suceder tambien que los rumores de la venida de unos hombres de raza desconocida y misteriosa se fuesen estendiendo poco á poco entre las tribus indias de la cordillera, y los corazones de todos, aun de los mas bravos guerreros, se llenasen de un terror vago é indefinible, presintiendo alguna inminente calamidad. Preocupados de este modo los espíritus, era muy na-

2 El Inca Garcilaso de la Vega, refiere muy por menor estas señales del cielo. (Com. Real., Parte 1, lib. 9, cap. 14.) Las ventajas con que este escritor contaba para descubrir la verdad, quedan mas que compensadas por sus defectos personales como historiador: su credulidad pueril y su afan de engrandecer y rodear de misterio todo lo relativo no solo á su linage sino á la nacion entera. Su obra ha sido la fuente de cuanto falso y verdadero se ha dicho de los antiguos Peruanos; mas despues de tanto tiempo, no es fácil, por desgracia, el distinguir lo uno de lo otro.

tural que los sacudimientos que sufre con tanta frecuencia aquella region volcánica hiciesen en ellos una impresion desusada, y que fenómenos que en otras circunstancias solo habrian llamado la atencion por su estrañeza, se considerasen ahora por los supersticiosos adivinos como avisos del cielo, por cuyo medio anunciaba el Dios de los Incas la cercana catástrofe de su imperio.

Tuvo Huayna Capac, segun la costumbre de los príncipes peruanos, una multitud de concubinas, y dejó de ellas una numerosa descendencia. El heredero de la corona, hijo de su legítima esposa y hermana, se llamaba Huascar.[3] En la época de que estamos hablando, habia llegado á los treinta años de edad. Despues de él seguia Manco Capac, hijo de otra muger, prima del monarca; este jóven príncipe tendrá despues que desempeñar un papel de cierta impor-

3 *Huascar*, en la lengua quichua significa, "soga." El motivo que hubo para dar este nombre al príncipe heredero, no deja de ser estraño. Queriendo celebrar Huayna Capac el nacimiento del príncipe de un modo estraordinario, hizo fabricar una cadena de oro macizo para que la tuviesen en las manos los nobles, mientras que danzaban en las fiestas que con tal motivo se celebraron. La cadena tenia setecientos piés de largo, y los eslabones eran tan gruesos como la muñeca. (V. Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 14.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 9, cap. 1.) Este último escritor supo estos pormenores, segun nos dice, por relacion del Inca viejo su tio; el que parece haber sido bastante aficionado á referir maravillas; bien que no le faltaba quien se las creyese, porque los escritores castellanos de aquel siglo y el siguiente, han repetido mil veces este cuento.

tancia en nuestra historia. Pero de todos los hijos del Inca, el mas querido era sin duda Atahuallpa. Su madre era hija del último *Scyri* de Quito, que segun cuentan murió de pesar, poco despues de la conquista de su reino por Huayna Capac. La princesa era hermosa, y el Inca, fuese por contentar su pasion, ó como dicen los Peruanos, para compensarle en cierto modo la desgracia de sus padres, la recibió entre sus concubinas. Los historiadores de Quito afirman que fué su legítima esposa; pero esta dignidad estaba reservada, segun los usos del imperio, para las doncellas de la sangre de los Incas.

Huayna Capac pasó los últimos años de su vida en su nuevo imperio de Quito, y asi fué que Atahuallpa se crió á su vista, le acompañó á la guerra desde niño, comia en el mismo plato de su padre, y dormia con él en la misma tienda.[4] La viveza del muchacho, su valor y generosidad le grangearon el afecto del anciano monarca hasta tal punto que resolvió apartarse de los antiguos usos y dividir su imperio entre él y Huascar su hermano mayor. En su lecho de muerte convocó á los principales gefes, y declaró ser su voluntad que el antiguo reino de Qui-

4 "Atabalipa era bien quisto de los Capitanes viejos de su Padre y de los soldados, porque andubo en la guerra en su niñez y porque él en vida le mostró tanto amor que no le dejaba comer otra cosa que lo que él le daba de su plato." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 66.

to se diese á Atahuallpa, quien en realidad tenia á él cierto derecho, por ser el patrimonio de sus padres. El resto del imperio lo legaba á Huascar, y recomendaba encarecidamente á los dos hermanos que se conformasen con esta disposicion y viviesen en buena armonia. Este fué el último paso que dió el ilustre monarca, el mas impolítico de toda su vida sin duda alguna. Sus últimas palabras echaron por tierra las leyes fundamentales del imperio, y al mismo tiempo que recomendaba la concordia á los sucesores de su trono, dejaba en la division que de él hacia, las semillas de una funesta discordia que tarde ó temprano debian producir sus amargos frutos. [5]

Su muerte acaeció, segun las conjeturas mas probables, á fines de 1525; siete años escasos antes de la llegada de Pizarro á Puná [6] Las

5 Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 9.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 12.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 65.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 201.

6 La fecha exacta de este suceso, aunque tan cercano á la conquista, no está bien determinada. Balboa, contemporáneo de los conquistadores, y que escribió en Quito donde el Inca murió, lo pone en 1525. (Hist. du Pérou, chap. 14.) Velasco, residente tambien en Quito, despues de examinar las diversas opiniones, viene á convenir con Balboa. (Hist. de Quito, tom. I. p. 232.) El doctor Robertson, habiendo dicho primero que Huayna Capac murió en 1529, habla despues de este suceso como ocurrido en 1527. (Conf. America, vol. III. pp. 25, 381.) El que alguna vez se haya visto estraviado en el laberinto cronológico de los antiguos cronistas, no se espantará de encontrar á veces contradicciones semejantes en los escritores que se ven precisados á tomarlos por guias.

nuevas de su fallecimiento llenaron de luto y de consternacion á toda aquella tierra; porque si bien era duro y aun inexorable con el enemigo rebelde y contumáz, era un monarca valiente y magnánimo, y en todas sus providencias se descubria el espíritu ilustrado de un príncipe que vela con igual solicitud por el bien de todos sus vasallos. Los de Quito, enorgullecidos con las señaladas pruebas de preferencia que les habia dado, fijando entre ellos su residencia y hermoseando su capital, manifestaron sin rebozo el dolor que les causaba su pérdida, y los del Cuzco, al recordar que con sus armas y su talento habia cubierto de gloria á su pais, no le sentian y veneraban menos.[7] Las gentes tímidas y los hombres pensadores, dirigian con temor una mirada al porvenir, y observaban con inquietud que ya no empuñaria el cetro del imperio una mano fuerte y esperimentada, sino que iba á verse dividido entre los dos príncipes rivales, naturalmente celosos uno de otro, y cuya corta edad les hacia mas accesibles á la perniciosa influencia de consejeros astutos y ambiciosos. El pueblo manifestó su sentimiento, honrando de un modo estraordinario la memoria del difunto Inca. Su

7 Nadie dudará de la popularidad del monarca, á lo menos entre el bello sexo, si es cierto lo que cuenta Garcilaso de que "jamas negó peticion que muger alguna le hiciese de qualquiera edad, calidad y condicion que fuesse." Com. Real., Parte I, lib. 8, cap. 7.

corazon se quedó en Quito y su cuerpo fué llevado al Cuzco para colocarle en el gran templo del Sol, al lado de los de sus reales progenitores. En ambas capitales de su inmenso imperio se celebraron sus funerales con sangrienta pompa; y dicen que muchos millares de concubinas é infinitos criados y oficiales de palacio, manifestaron su sentimiento, ó su supersticion, perdiendo gustosos la vida para acompañar á su antiguo amo en las refulgentes mansiones de su Dios.[8]

Muerto Huayna Capac reinaron durante cinco años los dos hermanos, cada uno en la parte que le tocaba, sin recelo ni desconfianza, ó por lo menos sin chocar abiertamente. Parecia que los deseos de su padre se habian realizado del todo, y que ambos estados conservarian su integridad é independencia, como si nunca hubiesen formado uno solo. Pero era muy fácil presentir, que existiendo tantos motivos de descontento y abundando en ambos reinos infinitos cortesanos aduladores que tenian grande interes en fomentar estas divisiones, la paz de que por entonces se gozaba no podia ser de larga duracion. Y no habria durado tanto si no hubise sido por la índole pacífica y sosegada de Huascar, que era realmente el único que tenia motivo de que

8 Sarmiento, Relacion, MS., cap. 65.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 3, cap, 17.

jarse. Tenia cuatro ó cinco años mas que su hermano, y sin duda no le faltaba valor; pero era un príncipe generoso y condescendiente, y si no hubiese cedido á influencias estrañas, quizá se habria conformado con un arreglo, que por desagradable que fuese, era al fin la última voluntad de su padre á quien ya todos veneraban como á Dios. Pero Atahuallpa era el reverso de la medalla. Guerrero, atrevido y ambicioso siempre andaba metido en empresas para acrecentar su territorio, aunque era bastante astuto para tratar de estenderse hacia donde quedaba el de su hermano. Aquel espíritu inquieto llegó, sin embargo, á causar alguna alarma en la corte del Cuzco, y Huascar se resolvió al fin á enviar un embajador á Atahuallpa, para reconvenirle por sus ambiciosas tentativas y exijirle que le prestase homenage por el reino de Quito que poseia.

Asi lo cuentan unos: otros pretenden que la causa inmediata del rompimiento fué el haber reclamado Huascar el territorio de Tumebamba que sù hermano conservaba como parte del patrimonio heredado. Poco importa averiguar cual fué el pretesto ostensible del choque, porque aquellos príncipes se encontraban respectivamente en una posicion tan falsa, que tarde ó temprano era preciso que viniesen á parar en un rompimiento.

Al considerar que estas desavenencias y todas las hostilidades á que ellas dieron lugar se verificaron en una época ya muy cercana á la invasion de los Españoles, admira la absoluta discrepancia con que se hallan referidas en los autores. Unos dicen que en el primer encuentro que tuvo Atahuallpa con los ejércitos del Cuzco fué derrotado y hecho prisionero en Tumebamba, lugar del distrito de los Cañaris en el reino de Quito, que en otro tiempo fué la residencia favorita de su padre. Reparó de algun modo este contratiempo, escapándose de su prision y volviendo á su capital, donde en breve se vió de nuevo á la cabeza de un numeroso ejército, mandado por los generales mas hábiles y esperimentados del imperio. Ya hemos visto que en vida de su padre hizo el jóven Atahuallpa mas de una campaña con ellos, y su franqueza y afabilidad le habian ganado el afecto de las tropas. Eran estas la flor del grande ejército de los Incas, y se componian en su mayor parte de soldados viejos, encanecidos en el servicio de las armas, que como en desempeño de su obligacion habian permanecido tantos años en el norte, facilmente juraron fidelidad al nuevo soberano de Quito. A su cabeza tenian dos gefes de gran reputacion, de conocida esperiencia en la milicia, y que habian obtenido en alto grado la confianza del difunto Inca. El nombre del uno era Quizquiz y

el otro, que era tio materno de Atahuallpa, se llamaba Challcuchima.

Asistido de los consejos de estos esperimentados guerreros, se puso el jóven monarca á la cabeza de sus tropas, y emprendió su marcha para el Sur. Apenas habia llegado á Ambato, cosa de sesenta millas de distancia de su capital, cuando se encontró con un numeroso ejército que su hermano enviaba contra él, al mando de un distinguido gefe de la estirpe de los Incas. Empeñóse al punto un sangriento combate que duró la mayor parte del dia, sirviéndole de teatro las faldas del magestuoso Chimborazo.[9]

El resultado de la batalla fué enteramente favorable á Atahuallpa, pues los Peruanos fueron derrotados con grande mortandad y pérdida de su caudillo. El príncipe de Quito se aprovechó de la victoria para proseguir su marcha hasta llegar á las puertas de Tumebamba, cuya ciudad con todo el distrito de los Cañaris, aunque perteneciente al imperio de Quito en otro tiempo, habian abrazado el partido de su rival en la pre-

9 Garcilaso niega que hubiese otra cosa mas que unas insignificantes escaramuzas, antes de la accion decisiva que se dió en las llanuras del Cuzco. Pero el Licenciado Sarmiento que, segun él dice, recogió las noticias de estos sucésos de boca de los actores que en ellos figuraron, pasó por el campo de batalla de Ambato, cuando el suelo se veia aun cubierto de las osamentas de los que perecieron en la accion. "Yo he pasado por este Pueblo y he visto el Lugar donde dicen que esta Batalla se dió y cierto segun hay la osamenta devieron aun de morir mas gente de la que cuentan." Relacion, MS., cap. 69.

sente contienda. Entró como un conquistador en la ciudad rendida; pasó á cuchillo los habitantes, y la arrasó hasta los cimientos con todos sus magníficos edificios, sin detenerle la consideracion de que muchos de ellos habian sido levantados por su padre. Con el mismo rigor trató á todo el distrito de los Cañaris. Lugares hubo, segun cuentan, en que salieron en procesion los niños y mugeres con ramos verdes en las manos, para tratar de apaciguar su cólera, pero el vengativo vencedor se hizo sordo á sus ruegos y súplicas, y asoló todo el pais con el hierro y el fuego, sin perdonar hombre alguno que llegase á caer en sus manos. [10]

El cruelísimo castigo de los Cañaris, atemorizó á sus demas enemigos, y las ciudades fueron abriendo u[illegible] otra las puertas al vencedor, quien continuó su marcha triunfal hácia la metrópoli del Imperio. Sus armas sufrieron un revés pasagero en la isla de Puná, cuyos atrevidos

10 "Cuentan muchos Indios á quien yo lo oi, que por amansar su ira, mandaron á un escuadron grande de niños y á otro de hombres de toda edad, que saliesen hasta las ricas andas donde venia con gran pompa, llevando en las manos ramos verdes y ojas de palma, y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo, sin mirar la injuria pasada, y que en tantos clamores se lo suplicaron, y con tanta humildad, que bastara quebrantar corazones de piedra; mas poca impresion hicieron en el cruel de Atabalipa, porque dicen que mandó á sus capitanes y gentes que matasen á todos aquellos que habian venido, lo cual fué hecho, no perdonando sino algunos niños y á las mugeres sagradas del Templo." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 70.

guerreros sostenian la causa de su hermano, y despues de perder allí Atahuallpa algunos dias dejó á los tumbecinos, que desde el principio de la guerra se habian declarado á su favor, el encargo de luchar con sus antiguos enemigos de Puná, y el siguió adelantando hasta Caxamalca. Allí hizo alto con un destacamento, y despachó el grueso del ejército mandado por sus dos generales, con orden de marchar directamente sobre el Cuzco. Parecióle prudente no esponerse penetrando mas adentro en un pais enemigo, en donde una derrota podia perderle, y fijando sus cuarteles en Caxamalca, quedaba ademas en disposicion de socorrer á sus generales en caso de un revés, ó en el último estremo tenia espedita la retirada á Quito, para rehacerse allí y comenzar de nuevo las hostilidades.

Caminando los dos generales á marchas forzadas, pasaron el rio Apurimac, y llegaron al fin á corta distancia de la capital del Perú. En el entretanto Huascar no habia estado ocioso. Al saber la derrota de su ejército en Ambato, hizo las mayores diligencias para reclutar gente en todo el pais. Por consejo, segun dicen, de los sacerdotes, que son sin duda los peores consejeros en tiempo de peligro, determinó esperar al enemigo dentro de su propia capital, y hasta que este se encontraba ya á pocas leguas del Cuzco, no fué cuando el Inca se resolvió, tambien por

consejo de aquellos santos varones, á salir de la ciudad y presentarle la batalla.

Los dos ejércitos se encontraron en las llanuras de Quipaypan, no lejos de la capital. Discrepan, como de costumbre, los autores en el número de gente que de ambas partes combatia; pero las tropas de Atahuallpa contaban con la inmensa ventaja que dan la experiencia y la disciplina, y las de Huascar por el contrario, se componian en su mayor parte de las levas hechas á toda prisa en los distritos vecinos. Ambos ejércitos peleaban con la desesperacion propia de hombres que conocian bien que todo dependia del éxito de aquella accion, porque allí ya no se disputaba la posesion de una provincia, sino la de todo un imperio. Los soldados de Atahuallpa, engreidos con sus recientes victorias, peleaban confiados en la superioridad sobre sus contrarios que ya habian probado anteriormente, y los fieles vasallos del Inca manifestaron toda la lealtad y abnegacion de quien considera su vida como una propiedad de su señor.

Peleóse obstinadamente desde el amanecer hasta ponerse el sol, y el suelo estaba ya cubierto de montones de muertos y de moribundos, cuyas osamentas aun se veian en el campo de batalla, mucho tiempo despues de la conquista de los Españoles. Al cabo se declaró la fortu-

na por Atahuallpa, ó mejor dicho, la disciplina y la esperiencia militar produjeron al fin su acostumbrado efecto. Comenzó á introducirse el desórden en las filas del Inca y se hizo imposible contenerlo. Sus tropas se desbandaron por todas partes, y los vencedores se dieron al alcance de los fugitivos. Huascar trató igualmente de escaparse con cosa de mil hombres que permanecian á su lado, pero fué descubierto antes de abandonar el campo, su pequeña escolta se vió rodeada de enjambres de enemigos, y aquellos fieles soldados perecieron casi todos en defensa de su Inca. Fué al fin hecho prisionero, y los generales victoriosos marcharon inmediatamente sobre la capital y tomaron posesion de ella á nombre de su soberano.[11]

Pasaban estos sucesos en la primavera del año 1532, pocos meses antes del desembarco de los Españoles. Recibió Atahuallpa en Caxamalca las noticias de la victoria que habian logrado sus ejércitos y de la prision de su infeliz hermano, y al punto dió órden de que se le tratase con el respeto debido á su clase; pero que fuese llevado á la fortaleza de Jauja y alli se le guardase en un estrecho encierro. No se limitó á esto

11 Cieza de Leon, Crónica, cap. 77.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 9.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 202.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 12. —Sarmiento, Relacion, MS., cap. 70.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

solo, si hemos de creer á Garcilaso de la Vega, descendiente de la estirpe de los Incas, y por parte de madre, sobrino del gran Huayna Capac.

Segun este escritor, Atahuallpa convidó á todos los nobles Incas á reunirse en el Cuzco para tratar del mejor modo de dividir el imperio entre él y su hermano; mas cuando estuvieron juntos en la capital, fueron rodeados por la soldadesca de Quito y asesinados sin piedad. El objeto de semejante perfidia era acabar con toda la familia real, de cuyos individuos cualquiera podia alegar mejores títulos á la corona que el bastardo Atahuallpa. Mas no pararon aquí las crueldades, sino que toda la descendencia ilegítima del Inca, es decir, los medios-hermanos del monstruo, y en una palabra, todos los que tenian una gota de sangre inca en las venas, fueron comprendidos en la matanza; y con una sed de sangre, á la que en vano buscariamos paralelo en los anales del Imperio Romano ó en los de la República francesa, mandó Atahuallpa quitar la vida por medio de lentas y horribles torturas, á todas las mugeres de la sangre real, á sus tias, primas y sobrinas, y para aumentar el placer de su venganza, hizo que muchas de estas ejecuciones se verificasen á la vista de Huascar, quien se veia obligado á presenciar el martirio de sus esposas y hermanas, y á escuchar

los gritos de agonia con que en vano le llamaban para que las defendiese! [12]

Asi lo cuenta el historiador de los Incas, quien segun dice, supo estas noticias, por relacion de su madre y de su tio, que por ser entonces muy muchachos tuvieron la fortuna de contarse entre los pocos que escaparon de la matanza general de la familia. [13] Y esto mismo han ido repitiendo despues los mas de los escritores castellanos, sin poner en ello la menor duda; mas una serie tal de atrocidades, cometidas sin provocacion y á sangre fria, repugna tanto á los principios de la naturaleza humana, y hasta al sentido comun, que para darle crédito no debemos contentarnos con los testimonios ordinarios.

En los anales de las naciones semicivilizadas se encuentran por desgracia ejemplos de semejantes tentativas para acabar del todo con una

12 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 9, cap. 35-39.

"A las mugeres, hermanas, tias, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahuallpa, colgauan de los arboles, y de muchas horcas muy altas que hicieron: a vnas colgaron de los cabellos, a otras por debaxo de los brazos, y a otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: dauanles sus hijuelos que los tuuiessen en brazos, tenianlos hasta que se les cayan y se aporreauan." (Ibid., cap. 37.) Esta diversidad de torturas manifiesta que no carecia de inventiva el escritor ó mas bien su tio, el narrador de estas matanzas de los cuentos de viejas.

13 "Las crueldades que Atahuallpa en los de la sangre Real hizo, dire de relacion de mi madre y de vn hermano suyo, que se llamò Don Fernando Huallpa Tupac Inca Yupanqui, que entonces eran niños de menos de diez años." Ibid., Parte 1, lib. 9, cap. 14.

raza temible, que ha llegado á despertar los recelos de un tirano; aunque es un empeño tan quimérico, como el querer estirpar una planta cuyas semillas ha esparcido el viento por todos lados. Pero si Atahuallpa llegó á tratar seriamente del eeterminio de la raza de los Incas, ¿como es que setenta años despues de la supuesta matanza, conviene el historiador en que existan nada menos que seiscientos descendientes de la sangre real pura sin mezcla de otra?[14] ¿Porqué en vez de limitarse los asesinatos á los descendientes legítimos de la estirpe real, que podian tener mas derecho á la corona que el usurpador, alcanzaron á todos los que tenian la menor relacion, con aquella raza, de cualquier modo que fuese? ¿Porqué fueron comprendidas en la proscripcion las ancianas y las doncellas jóvenes, y porqué les hicieron sufrir tan crueles é inútiles torturas, cuando era evidente que unos seres tan inofensivos nada podian haber hecho para provocar la cólera y los recelos del tirano? ¿Porqué, al mismo tiempo que tantos eran sacrificados por recelos vagos de un remoto peligro, dejó con vida á su rival Huascar, y á

14 Así se advierte por una peticion de ciertas mercedes que enviaron á España en 1603, firmada por quinientos sesenta y siete Indios del linage real de los Incas. (Ibid.. Parte 1. lib. 9, cap. 40.) Oviedo dice que Huayna Capac "tubo cien hijos y hijas, y la mayor parte de ellos son vivos." Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 9.

su hermano menor Manco Capac, que eran precisamente los dos hombres que debian inspirar mas temores al vencedor? ¿Porqué, en suma, ninguno de los escritores anteriores á Garcilaso, que florecieron medio siglo mas cercanos á estos sucesos, hace mencion de tan maravillosa conseja? [15]

Que Atahuallpa cometiese algunos escesos, y que en algunos actos de crueldad inútil abusase de sus derechos de vencedor, no hay dificultad en creerlo; porque basta acordarse del modo con que trató á los Cañaris, lo que ni sus mismos apologistas se han atrevido á negar; [16] para convencerse de que tenia una buena dósis de la índole vengativa propia de aquellos,

"Hijos del Sol, espíritus de fuego,
Para quienes venganza virtud era."

15 En vano he buscado un solo pasaje que apoye esta relacion en Oviedo, Sarmiento, Xerez, Cieza de Leon, Zárate, Pedro Pizarro, Gomara, &c.; escritores que florecieron en aquel mismo tiempo, y tenian la mejor oportunidad de informarse de lo cierto. Es de advertir ademas, que todos ellos están muy bien dispuestos á juzgar con toda severidad las malas cualidades del monarca indio.

16 No hay uno solo entre los apologistas de Atahuallpa que se atreva á tanto como el Padre Velasco, quien en un arrebato de lealtad al monarca de Quito, considera la matanza de los Cañaris como una justa retribucion de sus ofensas. "Si les auteurs dont je viens de parler s'étaient trouvés dans les mêmes circonstances que Atahuallpa et avaient éprouvé autant d'ofenses graves et de trahisons, je ne croirai jamais qu'ils eussent agi autrement!" Hist. de Quito, tom. I. p. 253.

Pero hay mucha diferencia entre esto y las monstruosas y gratuitas atrocidades que le imputan, propias de una alma diabólica, y que no deben admitirse por el simple testimonio parcial de un Indio, enemigo declarado de su familia; ni porque las hayan repetido los cronistas castellanos, quienes exagerando los delitos de Atahuallpa creerian cohonestar de algun modo la crueldad con que le trataron los Españoles.

Las nuevas del triunfo conseguido volaron á Caxamalca, y causaron grandísimo regocijo no solo en el campo de Atahuallpa sino en la ciudad y en todo el pais vecino, acudiendo todos apresuradamente á felicitar al vencedor y á rendirle homenage. El príncipe de Quito no vaciló ya en ceñirse la borla colorada ó diadema de los Incas. Su triunfo era completo; habia derrotado á su enemigo en su propio terreno; se habia apoderado de su capital; habia puesto bajo sus pies á su rival, y ya empuñaba el venerado cetro de los Hijos del Sol. Pero estaba decretado que la hora de su triunfo seria la de su mayor humillacion. No era Atahuallpa uno de aquellos á quienes "los Dioses gustan de revelarse," segun dice el poeta griego, [17] y no habia alcanzado á penetrar los decretos del cielo. La nu-

17 "Οὐ γάρ πω πάντεσσι θεοὶ φαίνονται ἐναργεῖς."
ΟΔΥΣ. π, v. 161.

becilla que el ojo perspicaz de su padre habia descubierto en el lejano horizonte, habia ido engrosando sin que Atahuallpa, empeñado en la lucha fatricida, lo hubiese advertido, y ya entoldaba todo el cielo próxima á descargar una terrible tormenta sobre aquella nacion desventurada.

CAPITULO III.

DESEMBARCO DE LOS ESPAÑOLES EN TUMBEZ.—SALE PIZARRO A RECONOCER LA TIERRA.—FUNDA A SAN MIGUEL.—MARCHA AL INTERIOR.—RECIBE UNA EMBAJADA DEL INCA.—SUCESOS DE LA MARCHA.—LLEGA AL PIE DE LOS ANDES.

1532.

Dejamos á los Españoles en la isla de Puná preparándose á comenzar por Tumbez la invasion del continente vecino. La distancia hasta aquel puerto solo era de algunas leguas, y Pizarro fué allá en los buques con la mayor parte de sus compañeros, quedando otros encargados de trasportar en las balsas de los Indios el equipaje del gefe y los pertrechos militares. La primera de estas embarcaciones que llegó á tierra fué rodeada por los naturales, y tres Españoles que hallaron en ella fueron arrastrados á un bosque cercano y allí asesinados cruelmente. Los Indios cojieron luego otra balsa en que iba el equipaje de Pizarro; pero los que lo custodiaban alzaron la voz pidiendo ayuda, y sus gritos llega-

ron hasta donde estaba Hernando Pizarro, quien con un piquete de caballería habia desembarcado ya un poco mas abajo. Para llegar á donde se hallaban los acometidos tenia que atravesar un ancho estero, que por ser entonces la baja mar no tenia agua, y solo era un pantano blando y peligroso; mas sin pararse en el riesgo, arrimó las espuelas á su caballo el atrevido capitan y se metió en aquel atascadéro seguido de sus soldados; y aunque con el lodo hasta las cinchas, consiguieron atravesarle y caer de golpe sobre los enemigos, que asustados de la repentina aparicion de los ginetes, huyeron precipitadamente á los bosques sin tratar de oponerles resistencia.

No es fácil de esplicar la conducta de estos Indios de Tunbez, si se atiende á las amistosas relaciones que habian entablado con los Españoles en su primera visita, y habian renovado ultimamente en la isla de Puná. Pero el asombro de Pizarro subió de punto al entrar en el pueblo y encontrarle no solo abandonado, sino casi todo reducido á escombros. Cuatro ó cinco casas particulares de las mas sólidas, el templo mayor, y la fortaleza, y eso medio deribado y desnudo de toda especie de adornos; he aqui cuanto restaba para poder reconocer el sitio que ocupó la ciudad, y dar testimonio de su pasado esplendor. [1]

1 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 185.

Tan triste espectáculo llenó de desaliento á los conquistadores, porque hasta los reclutas bisoños que nunca pisaron antes aquella tierra, habian oido contar maravillas de los tesoros de Tumbez, y venian muy confiados en desquitarse con ellos de las pasadas fatigas. Pero el oro del Perú era semejante á una sombra engañosa, que despues de arrastrarles tras sí por entre peligros y trabajos inauditos, se desvanecia en el momento que trataban de echarle mano.

Despachó Pizarro una corta partida de tropas al alcance de los fugitivos, la que despues de unas ligeras escaramuzas hizo prisioneros algunos Indios, y quiso la suerte que entre ellos cayese el *curaca* del lugar. Llevado á presencia del gefe español negó haber tenido parte alguna en el recibimiento hostil que habian hecho á los blancos, añadiendo que todo era obra de algunos pícaros sin su noticia ni consentimiento, y añadia que estaba pronto á entregarlos para que fuesen castigados, si se conseguia descubrirlos. Atribuia el estado de ruina en que se encontraba la ciudad á las continuas guerras con las belicosas tribus de Puná, que al fin habian conseguido apoderarse de la ciudad arrojando

"Aunque lo del templo del Sol en quien ellos adoran era cosa de ver, porque tenia grandes edificios, y todo él por de dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matizes de colores, porque los hay en aquella tierra." Relacion del Primer. Descub., MS.

sus habitadores á los montes y selvas vecinas, porque el Inca cuya causa defendian, estaba demasiado empeñado en sus propias contiendas para que pudiese defenderlos de sus enemigos.

No es muy seguro que Pizarro diese entero crédito á las escusas del cacique; pero supo disimular sus sospechas y como el Indio ofrecia dar la obediencia por sí y por todos sus vasallos, el general español se conformó de muy buena gana con echarle tierra al asunto. Parece que en esta ocasion conoció por primera vez toda la importancia de ganarse el afecto de aquella gente, cuyo pais se habia atrevido á invadir, sin parar la consideracion en los obstáculos casi insuperables, que debia vencer. Acaso á los escesos de su gente en los primeros pasos de la espedicion, se debia el haber perdido la confianza de los Tumbecinos y el que estos hubiesen tratado de vengar sus ultrajes con aquella perfidia.

Asegurados los Indios con repetidas promesas de perdon fueron regresando poco á poco al campo, y Pizarro trató de informarse del paradero de los Españoles que habia dejado aquí en su primer viage; pero no obtuvo ninguna respuesta clara y satisfactoria. Quiénes decian que habian emfermado y muerto; quiénes que habian perecido en las guerras con los de Puná, y no faltaban otros que afirmasen que habian pagado con la vida las libertades que se habian

tomado con las mugeres del pais. Aunque era imposible averiguar la verdad, esta última suposicion no era acaso la menos fundada; pero cualquiera que fuese la causa y el modo, lo cierto era que ambos habian perecido.

Tan funestas noticias acabaron de llenar de tristeza á los Españoles, sin que fueran parte á disiparla las deslumbradoras pinturas que los Indios hacian de las riquezas de la tierra, y del boato y manificencia del monarca cuya corte quedaba allá lejos entre las montañas. Tampoco quisieron dar crédito á un pedazo de papel que un Indio habia dado á Pizarro, diciendo haberlo recibido de uno de los Españoles que se quedaron en la tierra, y en el cual se leian estas palabras: "los que á esta tierra viniéredes, sabed, que hay mas oro y plata en ella que hierro en Vizcaya." Cuando los soldados vieron este papel no hicieron mas que burlarse de aquella invencion de su comandante, que asi trataba de mantener despiertas sus esperanzas y cebarles en la empresa. [2]

No tardó Pizarro en conocer que no le convenia prolongar su mansion en aquel lugar, porque el descontento podia ir ganando terreno en sus

2 Para lo relativo á los sucesos de Tumbez, véanse Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. —Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 1.—Relacion del Primer. Decub., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 4, lib. 9, cap. 1, 2.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p, 185.

filas, sino distraia el ánimo de su gente con nuevas empresas que la mantuviesen en continua actividad. Mas antes deseaba con ansia obtener noticias mas circunstanciadas que las que hasta allí habia recibido del estado que guardaba entonces el imperio peruano, de su fuerza, de sus recursos, del monarca que le gobernaba, y del lugar en que se encontraba este en aquel momento. Queria tambien, antes de decidirse á penetrar en el territorio enemigo, elegir algun lugar propio para fundar un pueblo que sirviese para facilitar la comunicacion con las colonias, y de lugar de refugio á donde acogerse en caso de un descalabro.

Resolvió, pues, dejar en Tumbez una parte de su gente y los soldados enfermos que no podian salir á campaña, y con el resto hacer una entrada para explotar la tierra antes de adoptar ningun plan de operaciones. Partió á principios de Mayo de 1532, y emprendiendo por si mismo el reconocimiento de los llanos, despachó á Hernando de Soto con un corto destacamento á hacer otro tanto por las sierras.

Durante la marcha cuidó de que se observase la mas estricta disciplina, prohibiendo á sus soldados toda suerte de violencia, y castigando á los desobedientes del modo mas pronto y eficaz.[3] Los Indios rara vez oponian resistencia,

3 "Mandó el gobernador por pregon é so graves penas que no

y cuando lo hacian costaba poco trabajo reducirles, porque Pizarro se aplacaba á las primeras muestras de sumision y no pensaba en vengarse. Con esta política suave y liberal, recobró en breve su buen nombre entre los habitantes del pais, y consiguió borrar la impresion poco favorable que habia producido su conducta en los principios de la campaña. Cuando marchaba por entre la multidud de pueblos que habia en los llanos entre las cordilleras y el mar, los vecinos salian á recibirle con agasajo y le ofrecian una sencilla hospitalidad, procurándole buenos alojamientos para sus tropas, y provisiones abundantes, que tan poco cuestan en el productivo suelo de la *tierra caliente*. En todas partes daba á entender Pizarro que venia en nombre del Vicario de Cristo en la tierra y del monarca de España, y exigia á los habitantes que les prestasen obediencia, como verdaderos hijos de la Iglesia y vasallos de su rey y señor. Y como aquella gente rústica no hacia oposicion á una fórmula de que no entendia una sola sílaba, les admitian como fieles vasallos de la corona de Castilla, y sus señales de homenage, ó aquello que los Conquistadores interpretaban por tales, las asentaba y atestiguaba en toda forma el notario. [4]

le fuese hecha fuerza ni descortesia é que se les hiciese muy buen tratamiento por los Españoles é sus criados." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 2.

4 "E mandabales notificar ó dar á entender con las lenguas el

Despues de gastar tres ó cuatro semanas en el reconocimiento, vino á convenir Pizarro en que el sitio mas apropósito para su nueva colonia era á treinta leguas al Sur de Tumbez en el hermoso valle de Tangarála, cruzado por varios rios que habrian comunicacion con el océano. Mandó, pues, que viniesen allí en los buques todos los que se habian quedado en Tumbez, y tan luego como llegaron se emprendió con todo ardor la formacion de la ciudad, del modo que pareció mas conveniente á las necesidades de la colonia. Los bosques vecinos diéron madera en abundancia y de las canteras que habia en ellos sacaron la piedra que necesitaron. Los edificios se iban levantando poco á poco, y algunos de ellos se distinguian por su solidez, ya que no por su elegancia. Fueron los primeros la Iglesia, la alhóndiga, el juzgado y una fortaleza. Se organizó en seguida el cuerpo municipal compuesto de alcaldes, regidores y los demas empleados de costumbre. Repartióse el territorio adyacente entre los vecinos, y se dió á cada uno

requerimiento que su Magestad manda que se les haga á los Indios para traellos en conocimiento de nuestra Santa fé católica, y requiriéndoles con la paz, é que obedezcan á la Iglesia e Apostolica de Roma, é en lo temporal den la obediencia á su Magestad é á los Reyes sus sucesores en los regnos de Castilla i de Leon; respondierón que así lo querian é harian, guardarian é cumplirian enteramente; e el Gobernador los recibió por tales vasallos de sus Magestades por auto público de notarios." Ibid., MS., ubi supra.

cierto número de Indios para que le ayudasen en el trabajo; porque como dice el secretario de Pizarro, "asiendo indudable que los vecinos no podian sostenerse sin los servicios de los naturales, los religiosos y los oficiales de la espedicion convinieron en que el repartimiento de los Indios seria de mucho servicio para la propagacion de la fé y muy provechoso para sus almas, porque asi se les instruia mas facilmente en la verdadera religion." [5]

Tomadas estas disposiciones, en que se atendia con tanta escrupulosidad al bien espiritual de aquellos ciegos gentiles, dió Pizarro á su naciente poblacion el nombre de San Miguel, en agradecimiento de los servicios que le habia prestado el santo en sus batallas contra los de Puná. Con el tiempo se echó de vér que el sitio en que se fundó la ciudad era muy malsano, y asi fué trasladada á las orillas del hermoso rio de Piura. La ciudad tiene todavia alguna fama por sus fábricas aunque ha perdido muchos de

5 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap, 55.—Rclacion del Primer. Descub., MS.

"Porque los vecinos sin aiuda, i servicios de los Naturales no se pedian sostener, ni poblarse el Pueblo. . . . . A ésta causa, con acuerdo de el Religioso, y de los Oficiales, que les pareciò convenir asi al servicio de Dios, i bien de los Naturales, el Gobernador depositò los Caciques, i Indios en los Vecinos de este Pueblo, porque los aiudasen a sostener, i los Christianos los doctrinassen en nuestra Santa Fé, conforme á los Mandamientos de su Magestad." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 187.

su antigua importancia; pero el nombre de San Miguel, que conserva hasta el dia, recuerda la fundacion de la primera colonia europea en el imperio de los Incas.

Antes de salir de la nueva poblacion, hizo Pizarro que todos los adornos de oro y plata que hasta alli se habian cojido, se fundiesen para sacar el quinto de la corona. El resto pertenecia á las tropas; pero consiguió de ellas que lo cediesen por aquella vez, asegurándoles que les pagaria de los primeros despojos que hubiese,[6] y con estos caudales y otras varias cosas que habia cogido en la campaña, despachó los buques á Panamá. El haber conseguido que sus soldados renunciasen un presente seguro por un porvenir dudoso, es una prueba de que la antigua inclinacion á las aventuras habia vuelto á renacer en ellos con nuevo vigor, y de que tenian como antes, una ciega confianza de que el éxito corresponderia á sus esfuerzos.

En el pasado reconocimiento habia recojido el gefe español muchas noticias importantes sobre el verdadero estado del imperio. Habia averiguado el desenlace de la contienda entre los dos hermanos Incas, y sabido que el vencedor estaba acampado con su ejército tan solo á diez

6 "E sacado el quinto para su Magestad, lo restante que pertenció al Ejército de la Conquista, el Gobernador le tomó prestado de los compañeros para se lo pagar del primer oro que se obiese." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, c. 2.

ó doce jornadas de San Miguel. Las relaciones que le llegaban de la opulencia y poder de aquel monarca, y de su magnífica capital del Sur, correspondian perfectamente á los rumores sueltos que antes habian llegado á sus oidos, y eran por consiguiente muy propias para despertar la codicia de los aventureros; pero tambien para rebajar un poco su confianza.

En aquella situacion le hubiera venido perfectamente á Pizarro cualquier refuerzo por insignificante que fuese, y para dar lugar á que llegase retardó su partida algunas semanas. Pero los refuerzos no llegaban, y como tampoco recibia noticia ninguna de sus asociados, pensó y con justicia, que seria mas peligrosa la dilacion que la marcha, porque aquella inaccion fomentaria el descontento, y el brio y fuerza del soldado no podrian resistir á la influencia del clima. Por otro lado no contaba en sus filas arriba de doscientos hombres, despues de dejar cincuenta para seguridad de la nueva colonia, y era á la verdad una fuerza bien reducida para atreverse á emprender con ella la conquista de un imperio. No habia duda de que en vez de encaminarse directamente á donde se hallaba el Inca, podia inclinarse hácia el Sur y marchar en derechura sobre su opulenta capital; pero con esto, solo conseguiria retardar un poco el desenlace, porque ¿á que punto del imperio podria dirijirse que no

le alcanzase el brazo poderoso del monarca? Ademas, adoptando este partido dejaba traslucir la desconfianza en sus propias fuerzas, y rebajaba el alto concepto de invencible, que hasta alli habia tratado de ganarse entre los habitantes, y que habia sido el secreto de todo su poder, haciendo mas impresion en los espíritus que la multitud de combatientes y la fuerza física por sí sola. Y el peor resultado de semejante determinacion, seria disminuir la confianza de las tropas en si mismas y en su caudillo, lo que seria la muerte de la empresa. Por lo mismo aquel partido debia ser desechado, para no pensar mas en él.

Pero si bien Pizarro se decidió á marchar al interior, no es muy seguro que ya llevase meditado lo que debia hacer despues. Con el largo tiempo que ha trascurrido desde estos sucesos, ya no tenemos otra regla que sus hechos para poder juzgar de sus designios. Por desgracia no sabia escribir, y no ha dejado apuntes, como los preciosos Comentarios de Cortés, que nos espliquen los motivos de sus acciones. Su secretario y algunos de sus compañeros de armas, refieren estas menudamente; pero no eran las mas veces tan capaces de comprender é indicar el móvil de ella como pudiera haberlo hecho el conquistador mismo.

Pudo ser que el gefe español revolviese en

su mente, quizá desde que estuvo en San Miguel, la idea de dar un paso atrevido, un golpe de mano, que semejante al de Cortés cuando se llevó á sus cuarteles el monarca azteca, infundiese terror en los ánimos del pueblo y decidiese de una vez la suerte de la jornada. Pero es mas probable qne solo pensaba por entonces en presentarse ante el Inca como representante pacífico de otro monarca, y por medio de estas demostraciones de amistad, aplacar su cólera y aun disipar sus sospechas. Una vez entabladas las relaciones con el príncipe, los sucesos posteriores irian indicando el camino que deberian seguirse.

Por fin, el 24 de Setiempre de 1532, á los cinco meses de su desembarco en Tumbez, salió Pizarro de San Miguel al frente de su pequeño escuadron de aventureros, dejando muy encargado á los vecinos que tratasen con humanidad á los Indios que tenian encomendados, y que se manejasen de modo que ganasen la voluntad de los habitantes de los alrededores, pues se interesaba en ello su propia conservacion, la seguridad del ejército, y el buen resultado de la espedicion. En la ciudad quedaron el tesorero, el veedor y otros oficiales reales, y el mando de la guarnicion se dió al contador Antonio Navarro [7]. Tomadas estas disposiciones se puso el

7 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 187.—Pedro

atrevido capitan á la cabeza de sus tropas, y comenzó á internarse, encaminándose hácia el lugar en donde, segun informes, tenia sus reales el Inca. ¡Atrevido era en verdad el penetrar de ese modo con un puñado de hombres hasta el corazon de un poderoso imperio, para presentarse cara á cara ante el monarca indio en su propio campo y rodeado de la flor de sus ejércitos victoriosos! Ya Pizarro habia esperimentado por sí mismo, y mas de una vez, la dificultad de resistir á las tribus bárbaras del norte, tan inferiores en fortaleza y en número á las aguerridas legiones del Perú; pero como ya otras veces he dicho, mientras mas se arriesgaba en el juego, mayor atractivo tenia para los Españoles. Los triunfos que alcanzaron otros compatriotas suyos en acciones semejantes, y con medios al parecer tan desproporcionados, les inspiraban una confianza ilimitada en su buena estrella; y esta confianza tenia no poca parte en el éxito. Si hubiesen vacilado un momento, si se hubiesen detenido á calcular las probabilidades, habrian sucumbido sin remedio, porque la sana razon era incapaz de hacer frente á aquellas dificultades que solo podia dar por vencidas el espíritu de un caballero andante.

Despues de cruzar las mansas aguas del Piura siguió avanzando el pequeño escuadron por una

Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo. Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 10.

tierra llana cortada á cada paso por los riachuelos que bajaban de las montañas vecinas. Todo el pais estaba cubierto de bosques de árboles gigantescos é interrumpidos de cuando en cuando por hileras de colinas estériles, que parecian ramales de los Andes y formaban entre sí pequeños valles aislados de singular belleza. El suelo, aunque refrescado rara vez por las aguas del cielo, era naturalmente fértil, y se vestia de rica verdura donde quiera que habia alguna humedad, como en las márgenes de los rios. La industria de los habitantes habia sabido sacar de aquellas aguas todo el partido posible, y por donde quiera cruzaban acequias y canales, formando una inmensa red que cubria los llanos y todo lo fertilizaba y embellecia. Los suaves perfumes de las flores embalsamaban el aire, y por cualquier lado se recreaba la vista en deliciosos vergeles cargados de frutos desconocidos, y campos cubiertos de las infinitas especies de plantas que crecen en el ardiente clima del ecuador, y de maduras mieses que agitaba el mas ligero soplo del viento. Los Españoles se encontraban en un pais donde la agricultura habia hecho mayores progresos que en ninguno de los descubiertos hasta entonces en la América, y cuando iban caminando por este nuevo paraiso, su condicion presente formaba un agradable contraste con lo que antes habian padecido en los horribles desiertos delos manglares.

Agréguese á esto que por todas partes les daban franca hospitalidad aquellas sencillas gentes, lo que sin duda era debido en su mayor parte á la moderacion con que se conducian los Españoles. Estos parecian persuadidos de que solo ganando la voluntad de los habitantes podian salir con bien de un empeño en que tan sin reflexion lo habian arriesgado todo. En las mas de las aldeas, y en todos los lugares de alguna consideracion, se veia una fortaleza ó *Tambo* destinado para alojar al Inca en sus caminatas, en cuyas espaciosas estancias se acomodaban desahogadamente los Españoles, quienes se fueron alojando de este modo por todo el camino á costa del mismo gobierno que se preparaban á derribar.[8]

Al quinto dia de la salida de San Miguel, hizo alto Pizarro en uno de estos deliciosos valles, para dar algun descanso á sus tropas y revistarlas con mas detenimiento. No pasaban por junto de ciento setenta y siete hombres, de los que sesenta y siete iban á caballo. Solo contaba con tres arcabuceros en todo su escuadron, y unos cuantos ballesteros, que entre todos no eran mas de veinte.[9] La tropa estaba en buen estado y bastante bien equipada; pero el ojo perspicaz de

8 Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 4.—Naharro, Relac. Sumaria, MS.,—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Relacion del Primer Descub., MS.

9 En el número de gente que llevaba Pizarro, no discrepan los

su gefe advirtió con inquietud, que apesar de lo empeñados que parecian todos en el asunto, habia algunos en cuyo rostro se retrataba el descontento, y que si bien no se atrevian á manifestarlo abiertamente, estaban muy distantes de marchar con el entusiasmo de costumbre. Conocià que si este mal llegaba á declararse contagioso, daria en tierra con su empresa, y le pareció mejor extirpar de una vez la gangrena á cualquier costa, antes que llegase á inficionar todo el cuerpo, y por lo mismo adoptó un partido desesperado.

Convocó á todos sus soldados y les dijo, que las cosas se acercaban á una crisis en que iban á necesitar de todo su valor, y por lo tanto que no queria ver marchar en la espedicion á ninguno que no fuese con toda su voluntad y que dudase un punto del buen éxito; que si alguno se arrepentia de haber tomado parte en ella, todavia no era tarde para que pudiera volverse; que la guarnicion de San Miguel era muy corta, y que celebraria verla reforzada. Los que deseasen regresar á aquel lugar, podian, pues, hacerlo, y él les ofrecia darles tierras é Indios, lo

autores tanto como acostumbran. A la verdad era tan poca, que no cabia mucha diferencia, pues no hay quien la haga subir á doscientos hombres. Yo he seguido al secretario Xerez, (Conq. del Perú, ap. Barcia; tom. III. p. 187,) á quien tambien siguieron Oviedo, (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 1, cap. 3,) y el crítico Herrera (Hist. General; dec. 5, lib. 1, cap. 2.)

mismo que á los demas vecinos, y con los que le quedasen y quisiesen participar de su suerte, pocos ó muchos, llevaria él á cabo su comenzada empresa.[10]

Era esta en verdad una proposicion bien aventurada en un gefe que ignoraba hasta qué grado habria minado sus filas el descontento, y cuyas fuerzas eran ya bastante desproporcionadas á la empresa que acometia, para que pudiera deshacerse de un solo hombre sin comprometer su seguridad. Quiso sin embargo, no solo dejarlos en libertad, si no hasta quitará los descontentos el temor de la infamia, que tal vez pudiera detenerlos, y procurarles un pretesto plausible para abandonar el campo, ponderando la falta de gente que habia en la colonia de San Miguel. Mas apesar del camino que les abria, hubo tan solo nueve, cinco de á caballo y cuatro de á pié, que quisieron aprovecharse del permiso del general. Los demas declararon en alta voz que estaban prontos á seguir á su valiente caudillo, y si algunos lo hicieron de mala gana, á lo menos perdieron el derecho de quejarse despues, ya que voluntariamente habian renun-

10 "Que todos los que quisiesen volverse á la ciudad de San Miguel y avecindarse allí demas de los vecinos que allí quedaban el los depositaria repartimientos de Indios con que se sostuviesen como lo habia hecho con los otros vecinos; é que con los Españoles *que* quedasen, pocos ó muchos, iria á conquistar é pacificar la tierra en demanda y persecucion del camino que llevaba." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 3.

cido el permiso que les daban de volverse.[11] Este rasgo de política del astuto capitan produjo el mejor efecto. Así arrancó de raiz las semillas del descontento, que si hubiesen quedado abandonadas á sí mismas, abrian idó creciendo en secreto y al fin hubieran producido una rebelion. Cortés forzó á sus soldados á seguirle en su empresa sin vacilar, quemando sus naves y quitándoles todo medio de retirada: Pizarro por el contrario abrió las puertas á los descontentos y facilitó su partida. Ambos juzgáron bien segun las diversas circunstancias en que se encontraban, y ámbos recibieron el premio de su sagacidad.

Robustecido mas bien que debilitado con esta pérdida, continuó Pizarro su camino y al segundo dia dió vista á un pueblo llamado Zaran, situado en un frondoso valle entre montañas. Una parte de los habitantes habia sido llevada á engrosar las filas de los ejércitos de Atahuallpa, y ya antes durante su travesia habian tenido ocasion los Españoles de advertir las vejaciones que el Inca habia hecho sufrir á su pueblo, pues dejó casi despoblados algunos valles para agregar la gente á sus ejércitos. El curaca del pueblo recibió de paz á Pizarro, y las tropas se alojaron como siempre en uno de los *tambos* ó hos-

11 Ibid., MS., loc. cit.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 1, cap. 2.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 187.

pederias reales que se encontraban en todos los lugares de alguna consideracion. [12]

Peró aunque ya se habia pasado mas tiempo del que al principio se creyó necesario para llegar al campo real, los Españoles no advertian señales de su cercania. Al llegar á Zaran dijeron á Pizarro que en un lugar vecino llamado Caxas habia una guarnicion de Atahuallpa. Despachó al punto allá á Hernando de Soto con algunos soldados, para que verificase un reconocimiento y le trajese noticias del aspecto que presentaban las cosas, y en el entretanto, él le aguardaria en Zaran. Dia á dia se pasó una semana sin recibir noticias del destacamento, y ya su tardanza inspiraba serios temores á Pizarro, cuando á la mañana del octavo dia vió venir á Hernando de Soto, trayendo consigo un mensagero del Inca. Era este persona de calidad y traia su correspondiente comitiva. Habia encontrado á los Españoles en Caxas, y venia ahora con ellos á traer la embajada de su soberano y un presente para el capitan español. Se componia este de dos vasos de piedra en forma de fortaleza, varias telas de algodon bordadas de oro y plata, y una porcion de patos secos preparados de un modo particular, que usaban mucho como sahumerio los nobles del Perú. [13] Ve-

12 Conq. i Pob. del Piru, MS.

13 "Dos Fortaleças, á manera de Fuente, figuradas en Pie-

ı tambien encargado por su señor de felicitar os estrangeros y darles la bienvenida, convindolos á visitarle en su campo que tenia asendo entre las montañas.[14]

Muy bien conoció Pizarro que el objeto del ıca en aquel mensage, no era tanto el cumpliıentarle, como el informarse de la fuerza y reursos de los invasores; pero se dió por satisfeho de la embajada y fingió no penetrar su veradero objeto. Obsequió al enviado del mejor nodo que permitian las circunstancias, y le trató, dice uno de los Conquistadores, con el respeto debido al embajador de tan gran monarca.[15] Pizarro le instaba para que permaneciedra, con que beba, y dos cargas de Patos secos, desollados, para que hechos polvos, se sahume con ellos, porque asi se usa entre los Señores de su Tierra: i que le enviaba á decir, que èl tiene voluntad de ser su Amigo, i esperalle de Paz en Caxamalca." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 189.

14 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 3.—Relacion del Primer Descub., MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 189.

Garcilaso de la Vega cuenta que el enviado de Atahuallpa habló al gefe español en tono humilde y suplicante, como á hijo del Sol y del gran Viracocha. Añade que venia cargado con un rico presente de toda especie de caza, viva y muerta, vasos de oro y de plata, esmeraldas, turquesas, &c., &c., capaz de dar materia para el mas lindo capítulo de las Noches Arabes. (Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 19). Es estraño que ninguno de los Conquistadores, y eso que eran bastante aficionados á estas golosinas, hable una palabra de ellas. No puede menos sino que el "tio viejo" se propuso divertirse á costa de su sobrino, y al mismo tiempo á costa de la mayor parte de sus lectores, que admiten los cuentos dorados del Inca como hechos históricos indudables.

15 "I mandò, que le diesen de comer, à èl, i à los que con èl venian, i todo lo que huviesen

se con los Españoles algunos dias; pero se negó á ello el Indio, y se contentó con aprovechar bien el tiempo, recogiendo cuantos informes pudo sobre el uso y destino de cualquier objeto estraño que llamaba su atencion, sobre el fin que llevaban los blancos en su venida á aquella region, y sobre los paises de donde venian.

El capitan español contentó su curiosidad en todos estos puntos. Es de advertir que para comunicarse con los Indios se valian de los dos jóvenes que se llevaron consigo los Castellanos á la vuelta de su anterior espedicion. Pizarro los llevó hasta España, y como puso grande empeño en enseñarles la lengua castellana, pudieron servir ahora de intérpretes y facilitaron el trato con los naturales. Sus servicios fueron de grandísima utilidad, y la prevision del gefe español quedó ampliamente recompensada.[16]

Al tiempo de partir el enviado, le regaló Pizarro un gorro de paño encarnado, varias sartas

menester, i fuesen bien aposentados, como Embajadores de tan Gran Señor." Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, t. III. p. 189.

16 "Los Indios de la tierra se entendian muy bien con los Españoles, porque aquellos mochachos Indios que en el descubrimiento de la tierra Pizarro truxo á España, entendian muy bien nuestra lengua, y los tenian alli, con los quales se entendia muy bien con todos los naturales de la tierra." (Relacion del Primer. Descub., MS.) Mas esto no bastaba á evitar que incurriesen á cada paso los Conquistadores en faltas bien ridículas. Prueba de ello es que el secretario de Pizarro confunde constantemente el nombre del Inca con el de su capital. A Huayna Capac llama siempre "Cuzco el viejo," y á su hijo Huascar, "Cuzco el mozo."

› cuentas de vidrio, vistosas y de poco precio, otras bagatelas que habia traido espresamen-› de Castilla. Encargóle dijese á su Señor que ›s Españoles venian de parte de un poderoso ıonarca que tenia su trono del otro lado de los ıares; que ya habia llegado á ellos la fama de ıs victorias de Atahuallpa, y que caminaban á nanifestarle su respeto y á ofrecerle su ayuda ontra sus enemigos; y por último, que estuvie-e seguro, de que no se detendrian en el camino nas tiempo del necesario para llegar á su pre-›encia.

Entró luego Soto á referir menudamente todo ›o ocurrido en su última espedicion. Al entrar á Caxas encontró á los habitantes sobre las armas dispuestos á disputarle el paso; pero consiguió persuadirles de que sus intenciones eran pacíficas, y deponiendo la actitud hostil, recibieron á los Españoles con la misma benevolencia que les habian mostrado en todas partes.

Encontróse allí Soto con un recaudador de tributos y de él supo que el Inca estaba acampado con un grande ejército en Caxamalca, lugar considerable del otro lado de las sierras, donde tomaba actualmente los baños termales que allí se encuentran y conservan hasta hoy su antigua nombradía. Recogió al mismo tiempo muchos informes muy interesantes sobre los recursos y la índole del gobierno, la pompa de que

se rodeaba el Inca, y la severidad con que en todas partes se hacian obedecer las leyes. De esto pudo cerciorarse por sus propios ojos, pues á la entrada del pueblo vió varios Indios muertos y colgados por los piés, en castigo de ciertos ultrajes que hicieron á las Vírgenes del Sol, que tenian una casa en aquellas cercanías.[17]

De Caxas pasó Hernando á la vecina ciudad de Guancabamba, mayor, mas populosa y de mejores edificios que la precedente. Muchas de las habitaciones, en lugar de ser de adoves eran de piedras ajustadas con tanta exactitud, que era imposible descubrir las junturas. En el rio que atravesaba la ciudad vieron un puente, y el camino real que pasaba por aquel distrito era muy superior al que iba por los llanos y ya habian visto los Españoles. En muchos parages iba levantado sobre el suelo á modo de arrecife, empedrado con gruesas losas, y con árboles y caños de agua á los lados, para que el caminante gozase de la sombra y pudiese apagar su sed. Vieron tambien los Españolès pequeñas casas, colocadas á cierta distancia una de otra, las que segun les dijeron estaban destinadas para abrigo de los viageros, quienes de este modo podian

17 "A la entrada del Pueblo havia ciertos Indios ahorcados de los pies: i supo de este Principal; que Atabalipa lós mandó matar, porque uno de ellos entrò en la Casa de las Mugeres à dormir con nna: al qual, i à todos los Porteros que consintieron, ahorcò." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom: III. p. 188.

atravesar sin gran molestia de un estremo á otro del imperio.[18] En otra parte vieron uno de los pósitos ó almacenes reales, lleno de granos y de vestidos para los ejércitos, y á la entrada de la ciudad repararon en un edificio de piedra ocupado por un empleado público, cuyo destino era cobrar alcabalas ó derechos sobre los diversos artículos que entraban al pueblo ó salian de él.[19] Estas noticias de Soto no solo confirmaban cuanto ya sabian los Españoles del imperio de los Incas, sino que les daban mas alta idea de sus recursos y buena administracion. Tambien podrian al mismo tiempo haber hecho titubear en su resolucion á corazones menos esforzados que los suyos.

Antes de proseguir Pizarro su camino, despachó á San Miguel un enviado para que diese noticias de lo ocurrido hasta alli y llevase al mismo tiempo el presente del Inca y otras varias cosas que habia ido recogiendo por el camino. El primor con que estaban trabajadas algunas de

18 "Van por este camino caños de agua de donde los caminantes beben, traidos de sus nacimientos de otras partes, y á cada jornada una casa á manera de Venta donde se aposentan los que van é vienen." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 3.

19 "A la entrada de este Camino en el Pueblo de Cajas está una casa al principio de una puente donde reside un guardo que recibe el Portazgo de todos los que van é vienen, é paganló en la misma cosa que llevan y ninguno puede sacar carga del Pueblo si no la mete, y esta costumbre es allí antigua." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

ellas, llamó mucho la atencion cuando fueron presentadas en Castilla, y nada tanto como las ricas telas de lana bordadas de oro, que allí declararon no ser fácil distinguir de los tejidos de seda. Serian seguramente de la fina lana de las vicuñas, que hasta entonces no se habia visto en Europa.[20]

Despues de haberse informado Pizarro de cual era el camino mas recto para Caxamalca, hoy Cajamarca, continuó su camino dirijiéndose hacia el Sur con corta diferencia. El primer pueblo de alguna importancia en que se detuvo fué Motupe, colocado en una posicion muy agradable en un fértil valle encerrado entre colinas de poca elevacion que se agrupan al pié de la cordillera. No encontró allí al curaca, porque habia marchado á unirse al ejército del Inca con trescientos de sus guerreros. Aqui permaneció el general cuatro dias apesar de la oferta que tenia hecha de no detenerse para nada en el camino. La lentitud de sus movimientos solo puede esplicarse por la esperanza que tal vez conservaba todavia, de que le llegasen mas refuerzos antes de emprender el paso de las sierras. Ninguno le llegó, sin embargo, y siguiendo las tro-

20 "Piezas de lana de la tierra, que era cosa mucho de ver segun su primor é gentileza, é no se sabian determinar si era seda ó lana segun su fineza con muchas labores y figuras de oro de martillo de tal manera asentado en la ropa que era cosa de maravillar." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 4.

pas por nna tierra llana y arenosa, interrumpida á veces por verdes praderias de bastante estension, regadas por las corrientes naturales, y con mas abundancia aun por las acequias y canales de los Indios, llegaron al fin á las riberas de un caudaloso rio. Lo ancho y profundo de su cauce y la rapidez de su corriente hacian el paso harto dificil, y temiendo Pizarro que tratasen de disputárselo los Indios de la orilla opuesta, ordenó á su hermano Hernando que á favor de la noche lo pasase con un destacamento y asegurase la salida á tierra del resto de las tropas. Desde antes de amanecer comenzó Pizarro los preparativos del paso, cortando troncos de los bosques vecinos, para formar una especie de puente flotante, sobre el cual, antes que llegase la noche, pasaron todos felizmente, y los caballos nadando llevados por la brida. Mucho hubo que trabajar aquel dia; y Pizarro ayudó á la obra como cualquier soldado, animando siempre á sus compañeros.

Al llegar á la ribera opuesta les informaron los que ya se encontraban allí, que los naturales en vez de hacer resistencia, solo pensaron en ponerse en fuga. Cojieron uno de ellos, y llevado á presencia de Hernando Pizarro, se negó á responder á las preguntas que le hicieron relativas al Inca y á su ejército, hasta que dándole tormento declaró, que Atahuallpa esta-

ba acampado con todo su ejército en tres divisiones en las cumbres y llanos de Caxamalca. Agregó tambien que el Inca estaba ya impuesto de la venida de los blancos y de su corto número, y que de propósito les dejaba llegar hasta sus cuarteles, para hacerlos prisioneros con mas facilidad.

Cuando Hernando comunicó á su hermano esta declaracion, le causó grande inquietud; mas los Indios fueron desechando poco á poco el miedo, y empezaron á mezclarse con los soldados. Vino entre ellos el curaca ó el gefe del pueblo que habia estado en el campo real, y de él se supo que Atahuallpa estaba en el pueblo fortificado de Guamachucho, veinte leguas largas al Sur de Caxamalca, con un ejército que no bajaba de cincuenta mil hombres.

Estas noticias contradictorias pusieron en gran perplejidad el ánimo del gobernador, y para desengañarse propuso á uno de los Indios que le habian acompañado durante casi toda la marcha, que fuese de espía al campo del Inca, le trajese noticias de la posicion que realmente ocupaba, y averiguase hasta donde le fuese posible cuales eran sus designios respecto de los Españoles. El Indio se negó redondamente á desempeñar esta peligrosa comision, aunque se manifestó dispuesto á ir como mensagero autorizado del capitan español,

Convino en ello Pizarro y le mandó dijese al Inca, que iba marchando á encontarle con toda la presteza posible. Debia tambien informar al monarca de la consideracion con que los Españoles habian tratado á sus vasallos en todo el camino, y que ahora iban á ponerse en su presencia con entera confianza de hallar en él la misma amistad y benevolencia. Una de las cosas que Pizarro encargó á su enviado mas particularmente, fué que observase si estaban guardados los pasos de la sierra y si se descubria algun aparato de guerra por aquellas inmediaciones. De esto último debia dar aviso inmediatamente, por medio de dos ó tres Indios ligeros que llevaba consigo.[21]

Tomadas estas precauciones volvió á emprender de nuevo su camino el precavido comandante, y al cabo de tres dias llegó al pié de la sierra que mediaba entre Caxamalca y ellos. A su frente se levantaban como montañas amontonadas unas sobre otras, los magestuosos Andes, con sus faldas cubiertas de espesos bosqnes siempre verdes, matizados aquí y allí de floridas sementeras y de cabañas de labradores, como suspendidas en las mas escarpadas pendientes. Las altísimas cumbres cubiertas de blanca nie-

21 Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 4.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 190.

ve brillaban heridas por los últimos rayos del sol, y todo formaba una mezcla tal de hermosura y de grandeza, que no encontraria igual en ningun otro pais de la tierra. Las tropas españolas solo podian vencer esta terrible muralla natural, empeñándose en una multitud de pasos y desfiladeros, capaces de ser defendidos por un puñado de hombres contra un ejército entero. A la derecha tenian un camino llano y derecho, con árboles en sus orillas y tan ancho que podian pasar por él dos carruages de frente. Era uno de los caminos reales que iban al Cuzco, y por su hermosura y comodidad parecia convidar á las tropas y disuadirles de emprender el paso de los desfiladeros. Muchos habia en efecto que opinaban porque el ejército tomase aquel camino y se abandonase la primera idea de ir á Caxamalca; pero Pizarro habia pensado de otra manera.

Díjoles que los Españoles tenian ya divulgado por todas partes que su objeto era visitar al Inca en sus reales, y que hasta se lo habian enviado á decir así al Inca mismo. Si ahora variaban de direccion, este paso debia atraerles infaliblemente la nota de cobardía y el desprecio de Atahuallpa, y asi no les quedaba mas arbitrio sino emprender al punto el paso de las sierras y marchar en derechura al campo real. "Cobrad ánimo," les dijo el osado caballero, "y marchad co-

mo buenos soldados, sin que os amedrente vuestro corto número. Porque en los mayores apuros, Dios pelea por los suyos, y no dudeis que abatirá el orgullo de los infieles y les traerá al conocimiento de la verdadera fé, que es el fin y objeto de nuestra conquista." [22]

Pizarro poseia, á semejanza de Cortés, cierta elocuencia sencilla y vigorosa que llega al corazon del soldado mucho mejor que todas las flores retóricas y las arengas mas estudiadas. El era tambien un soldado lo mismo que los otros, y tomaba parte en todos sus gustos, sus ilusiones y sus reveses. Ni su rango ni su educacion eran para enagenarle las afecciones del mas insignificante de sus compañeros. Cualquier acontecimiento causaba en él igual impresion que en los demas, y esta conformidad le daba un dominio absoluto sobre ellos. "Id por donde querais y mejor os parezca," clamaron todos cuando concluyó su breve pero enérgica alocucion; "á cualquier parte os seguiremos de buena voluntad, y ya vereis lo que somos capaces de hacer

22 "Que todos se animasen é esforzasen á hacer como de ellos esperaba y como buenos españoles lo suelen hacer, é que no les pusiese temor la multitud que se decia que habia de gente, ni el poco numero de los cristianos, que aunque menos fuesen é mayor el egército contrario, la ayuda de Dios es mucho mayor, y en las mayores necesidades socorre y favorece á los suyos para desbaratar y abajar la soberbia de los infieles é traerlos en conocimiento de nuestra santa fé católica." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 4.

en servicio de Dios y del Rey" [23] Desapareció con esto todo asomo e duda y de vacilacion, y no se pensó en otra cosa que en el próximo paso de las sierras.

23 "Todos digeron que fuese por el Camino que quisiese i viese que mas convenia, que todos le seguirian con buena voluntad é obra al tiempo del efecto. i veria lo que cada uno de ellos haria en servicio de Dios é de su Magestad." Ibid., MS., loc. cit.

CAPITULO IV.

PENOSO PASO DE LAS SIERRAS.—EMBAJADAS DE ATAHUALLPA.—LLEGAN LOS ESPAÑOLES A CAXAMALCA.—ENVIAN UN MENSAGE AL INCA.—ENTREVISTA CON ESTE.—DESALIENTO DE LOS ESPAÑOLES.

1532.

Reunió Pizarro aquella noche una junta de sus principales capitanes, y en ella quedó resuelto que él saldria en persona á reconocer el terreno con la vanguardia compuesta de sesenta soldados de á pie y cuarenta de á caballo, mientras que el resto del escuadron mandado por su hermano Hernando, se mantendria en la posicion que ocupaba hasta recibir nuestras órdenes.

Al romper el dia estaban ya sobre las armas el capitan español y su gente, dispuestos á arrostrar las dificultades de la sierra. Hallaron ser estas mayores de lo que se habian figurado. El camino iba rodeando por las faldas ásperas y pendientes de las montañas, para vencer mejor de esta manera los obstáculos naturales del

terreno; pero en muchos lugares era por necesidad tan escarpado, que los ginetes se veian obligados á echar pie á tierra, y trepar lo mejor que podian, llevando sus caballos del diestro. Sucedia tambien con frecuencia, cuando alguna eminencia ó grueso peñasco avanzaba sobre el camino, que este iba por el borde mismo del derrumbadero, y el caminante se veia obligado á ir dando vuelta por el estrecho vuelo de la roca, apenas suficiente para su caballo, y en donde un solo paso en falso le haria rodar, no cientos sino miles de pies, hasta el fondo del abismo! Los fragosos pasos de la sierra, practicables solo para Indios medio desnudos y cuando mas para la firme y cauta mula, animal que parece creado espresamente para los caminos de las cordilleras, eran verdaderamente temibles para hombres armados y cargados de acero. A sus pies se abrian espantosas hendeduras ó quebradas, las que son tan enormes en esta cadena de los Andes, que no parece sino que un sacudimiento terrible ha apartado los montes uno de otro, y en sus paredes perpendiculares se descubria una grande estension de roca primitiva, cubierta de la vegetacion espontánea de los siglos, mientras que por el fondo del tenebroso abismo corrian los torrentes, que nacidos en las entrañas de la sierra, bajaban á fertilizar los valles y praderias de la tierra caliente, antes de ir á perderse en el oceáno.

Casi todos estos pasos eran escelentes puntos de defensa, y cuando los Españoles se empeñaron en aquellos desfiladeros, marchaban con la mayor precaucion, temiendo á cada paso ver salir á los enemigos de alguna emboscada. Creció su temor cuando al llegar al fin de una cuesta áspera y estrecha descubrieron una especie de fortificacion toda de piedra que dominaba un recodo del camino y parecia mirarles con ceño desde la altura. Conforme se iban acercando á ella aguardaban por momentos ver asomar por encima de las murallas las bronceadas figuras de los guerreros, y ya preparaban los escudos para recibir las descargas de proyectiles; porque la posicion era tan fuerte que un puñado de hombres resueltos colocados en ella, bastarian para atajar el paso á un ejército; pero al encontrar desiertas las fortificaciones, se alegraron no poco, y cobraron nuevo ánimo con la persuacion de que el Inca no trataba de disputarles el paso, puesto que no lo intentaba donde facilmente podria haberlo hecho con buen éxito.

Desde allí avisó Pizarro á su hermano que le siguiese sin dilacion, y despues de dar algun descanso á su gente emprendió otra vez su trabajosa subida, de modo que antes de anochecer llegó á una altura defendida por otra fortificacion mas formidable aun que la procedente. Era de sólida mampostería, con la parte baja corta-

da en la roca viva, y todo labrado con tanta maestria como pudiera haberlo hecho un ingeniero europeo.[1]

Allí pasó Pizarro la noche y al dia siguiente sin aguardar la otra division, prosiguió su camino, empeñándose cada vez mas en los intrincados desfiladeros de la sierra. La temperatura habia ido cambiando gradualmente, y hombres y caballos, en especial estos últimos, padecian mucho por causa del frio, pues se habian acostumbrado ya al clima caliente de los valles.[2] La vegetacion habia cambiado tambien de aspecto, y las magníficas florestas que cubrian los llanos se habian convertido en tristes bosques de pinos, hasta que mas arriba la vegetacion se reducia á multitud de plantas álpinas menguadas y marchitas, que parecen hallar en la atmósfera de estas elevadas regiones una temperatura analoga á su naturaleza. Diríase que casi todos los seres vivientes habian huido como el hombre, de estas espantosas soledades. Solo descubrian á veces alguna trepadora vicuña tendiendo la vista hacia abajo, desde un picacho elevado á donde ningun cazador se atreveria á seguirla. En vez de las tribus aladas

1 "Tan ancha la Cerca como qualquier Fortaleza de España, con sus Puertas; que si en esta Tierra oviese los Maestros, i Herramientas de España, no pudiera ser mejor labrada la Cerca." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p, 192.

2 "Es tanto el frio que hace en esta Sierra, que como los ca-

cuyo brillante plumage relucia entre las espesas florestas de los trópicos, solo veian ahora los aventureros al ave de los Andes, el asqueroso condor, que hendiendo los aires mas arriba de las nubes, seguia con lúgubres graznidos las huellas del ejército, como si el instinto le guiase por la senda de la sangre y de la carnicería.

Llegaron al fin á la cumbre de la cordillera que era un páramo helado sin otra señal de vegetacion que los *pajonales*, los que como rodean la base de los picos nevados, vistos desde abajo parecen por su vivo color de paja iluminado por los rayos del sol, una cornisa de oro sobre una torre de bruñida plata. El suelo era estéril como sucede generalmente en los distritos mineros, y ya estaban cerca de las minas de oro del camino de Caxamalca, tan famosas en otro tiempo:

"Las rocas, las montañas,
Que de piedras preciosas y metales
Henchidas las entrañas,
En el alto ecuador alzan riscosas
Las frentes colosales."

Pizarro determinó aguardar aquí la llegada de la otra division. El aire era delgado y frio; y

ballos venian hechos al calor, que en los valles hacia, algunos de ellos se resfriaron." Ibid., p. 191.

los soldados plantaron sus tiendas, hicieron lumbradas y se agruparon en torno de ellas para buscar algun reposo despues de su fatigosa marcha.[3]

Apenas habian descansado un rato cuando llegó uno de los Indios que fueron con el enviado de Pizarro. Dió razon al general de no haber encontrado gente de guerra en todo el tránsito, y de que una embajada de Atahuallpa venia ya en camino para el campo de los Españoles. Pizarro dispuso inmediatamente que la retaguardia apresurase la marcha, porque no queria que los embajadores peruanos le hallasen con tan poca gente como la que entonces tenia consigo. El resto del escuadron no estaba muy lejos, y llegó en breve al campo.

A poco llegó tambien la embajada de los Indios compuesta de un noble inca y de varios acompañantes, que traian algunos llamas para el gefe Español. Venia tambien encargado el ministro de saludarle á nombre de su señor, quien deseaba saber cuando llegarian los Españoles á Caxamalca, para prepararles todo lo necesario. Informó á Pizarro de que el Inca habia salido de

3 "E aposentaronse los Españoles en sus toldos ó pabellones de algodon de la tierra que llevaban, é haciendo fuegos para defenderse del mucho frio que en aquella Sierra hace, porque sin ellos no se pudieran valer sin padecer mucho trabajo; y segun á los cristianos les pareció, y aun como era lo cierto, no podia haber mas frio en parte de España en invierno." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 4.

Guamachucho y se encontraba al presente con una corta fuerza en las cercanias de Caxamalca lugar famoso por sus manantiales de agua caliente. Era el Peruano de injenio despejado, y el capitan español supo de él muchos pormenores sobre las recientes discordias que habian afligido al imperio.

Como el enviado ensalzaba hasta las nubes las proezas militares y el poder de su soberano, le pareció prudente á Pizarro darle á entender que nada de eso le espantaba. Se mostró muy contento de los triunfos de Atahuallpa, y convino en que merecia un lugar muy distinguido entre los guerreros Indios; pero añadió al mismo tiempo, con mas astucia que cortesia, que era tan inferior al monarca de los blancos, como lo eran respecto de él los menores curacas de su pais. De ello no podia caber duda viendo la facilidad con que un puñado de Españoles habia recorrido aquel inmenso continente, sujetando una tras otra, todas las naciones que habian querido resistir á sus armas. Díjole que la fama de Atabuallpa le despertó el deseo de visitar sus dominios, y ofrecerle sus servicios en la guerra; y finalmente que si el Inca le recibia de paz como el venia, no tendria inconveniente, por servirle, en diferir por algun tiempo su viage, cuyo objeto era atravesar el continente hasta llegar al otro mar. El Indio, segun dicen los escrito-

res castellanos, escuchó asombrado las vanaglorias del Español; pero acaso era mejor diplomático de lo que ellos creian y comprendió bien que solo se trataba de intimidarse mutuamente con baladronadas. [4]

A la mañana siguiènte estaban las tropas en camino dèsde muy temprano, y gastaron dos dias enteros en atravesar los peligrosos desfiladeros de la sierra. Apenas habian comenzado á descender por la vertiente oriental, llegó otro enviado del Inca, trayendo un mensage parecido al precedente, y un nuevo regalo de carneros de la tierra. Era el mismo noble que habia visitado á Pizarro en los valles, aunque ahora venia con mas autoridad, bebiendo el zumo fermentado del maiz llamado *chicha*, que le presentaban sus criados en vasos de oro, cuyo brillo deslumbraba á los codiciosos aventureros [5] Todavia estaba con los Españoles cuando volvió el mensagero que Pizarro habia enviado antes al Inca,

4 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 193.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 5.

5 "Este Embajador traia servicio de Señor, i cinco ò seis Vasos de Oro fino, con que bebia, i con ellos daba à beber á los Españoles de la Chicha que traia." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 193.—Oviedo, Hist. de las Ind. MS., ubi supra. Este último autor en esta parte de su obra, ha hecho poco mas que copiar la de Xerez. Esta adopcion de la obra del secretario de Pizarro, no deja, sin embargo, de ser útil, porque con menos tentacion de abultar ó desfigurar los hechos, tenia muy buenas oportunidades de averiguarlos.

y apenas vió al otro Indio y advirtió el buen trato que recibia de los Españoles, se llenó de ira, y le hubiera maltratado de obra á no haberlo impedido los circunstantes. Era cosa insufrible, decia, ver tratar con tanta honra y regalo á aquel perverso, mientras que él habia estado á pique de perder la vida, por ir á desempeñar igual comision entre sus paisanos. Contó luego que al llegar al campo del Inca, este se negó á recibirle, so pretesto de que estaba ayunando y nadie podia verle: que no habian querido dar crédito á sus protestas de que venia por embajador de los blancos, y que si escapó con vida fué debido seguramente á haberles hecho entender, que cualquiera injuria que recibiese, la pagarian bien cara los embajadores peruanos que estaban en el campo de los Españoles. Concluyó diciendo que no podia caber duda de las intenciones hostiles de Atahuallpa, porque se hallaba rodeado de un poderoso ejército, acampado á una legua de Caxamalca en una posicion muy fuerte, y en la ciudad no habia quedado uno solo de sus moradores.

A todo esto respondió el embajador del Inca con gran mesura, diciendo que el enviado de Pizarro debia haber contado de antemano con un recibimiento semejante, puesto que segun se advertia no llevó consigo las credenciales de su mision. Lo del ayuno del Inca era verdad, y

aunque sin duda habria consentido en recibir al mensagero, si hubiese sabido que venia de parte de los blancos, no parecia conveniente perturbarle en estos dias solemnes en que cumplia con los preceptos de su religion. Las tropas que le rodeaban no se considerarian tan numerosas si se reflexionaba que el Inca estaba empeñado entonces en una guerra muy importante, y en cuanto al abandono de Caxamalca, si los habitantes la habian desocupado, era por hacer lugar á los blancos, que muy pronto deberian entrar en ella.[6]

Estas esplicaciones, aunque plausibles, no bastaban á tranquilizar al gobernador, porque estaba bien convencido del engaño y doblez de Atahuallpa, de cuyas intenciones respecto de los Españoles habia desconfiado siempre. Mas como se habia propuesto mantenerse por entonces en buena armonia con el monarca, no estaba en el caso de revelar sus sospechas; y así es que fingiendo dar entero crédito á las palabras del enviado, le despachó con repetidas promesas de llegar cuanto antes á la presencia del Inca.

Aunque la vertiente oriental de los Andes no es tan áspera y escarpada como la occidental, casi costó á los Españoles tanto trabajo la baja-

6 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 194.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

da de la sierra como antes la subida, por lo que al séptimo dia se alegraron no poco al descubrir el ameno valle de Caxamalca que se estendia á sus piés como una rica y variada alfombra de verdura, formando estraño contraste con los oscuros picos de los Andes que se levantaban todo al rededor. El valle es de figura ovalada y tiene cosa de cinco leguas de largo por tres de ancho. La mayor finura y curiosidad del trage de los moradores, así como la limpieza y comodidad de sus habitaciones, daban bien claro á entender que aquel era un pueblo superior á los que habian dejado los Españoles al otro lado de la sierra. [7] Hasta donde alcanzaba la vista se advertia labrada y cultivada con toda diligencia la parte llana, y un caudaloso rio que atravesaba las campiñas, servia para regarlas abundantemente por medio de canales y cañerias. Las heredades divididas por verdes setos y arboledas, se veian matizadas de sementeras de diversas clases y colores, porque el suelo era fértil, y la temperatura, aunque no tan elevada como en las abrasadas regiones de la costa, era mas favorable para las producciones de las latitudes templadas. A los pies de los aventureros estaba la pequeña ciudad de Caxamalca que con sus blancos edificios iluminados por el sol, parecia una piedra preciosa engastada en las

7 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 195.

sombrias vertientes de la sierra. A cosa de una legua de distancia al otro lado del valle, se divisaban unas columnas de humo que se remontaban hasta el cielo, é indicaban el lugar de los famosos baños termales de que gustaban mucho los príncipes peruanos. Mas tambien se ofreció á la vista de los Españoles un espectáculo menos agradable, cual fué una multitud tan grande de toldos ó pabellones blancos al pié de las colinas, que con estar amontonados unos sobre otros cogian un espacio al parecer de muchas millas. "Espantados quedamos" exclama uno de los Conquistadores "al ver á los Indios ocupando tan soberbia posicion. ¡Tantas tiendas y tan bien dispuestas como no se vieron hasta entonces en las Indias! Aquella vista nos causó á todos bastante confusion y temor; pero ya era tarde para volver atrás, ni menos convenia manifestar flaqueza, porque los Indios que venian con nosotros serian los primeros en acometernos. Así fué que con el semblante mas animoso que pudimos, despues de haber registrado muy bien el valle desde la altura, nos dispusimos á entrar en Caxamalca." [8]

8 "Y eran tantas las tiendas que parecian, que cierto nos puso harto espanto; porque no pensabamos que Indios pudiesen tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas, ni tan á punto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vió, que nos causó á todos los Españoles harta confusion y temor; aunque no convenia mostrarse, ni menos volver atras, porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos Indios que llevabamos nos mataran.

No sabemos que sentiria el monarca peruano cuando se ofreció á su vista el belicoso escuadron de los cristianos, que con banderas desplegadas y relucientes armaduras, salian de las oscuras gargantas de la sierra y marchaban con marcial continente por los fértiles campos, que solo habian pisado hasta entonces los hombres de color. Puede ser, como lo afirman muchos, que el Inca de propósito dejase penetrar los aventureros hasta el corazon de su populoso imperio, para apoderarse con mas facilidad de su persona y de cuanto traian consigo. [9] ¿O deberíase acaso, á un impulso natural de curiosidad y á las repetidas protestas de amistad de los Españoles, el que les dejase llegar así hasta su presencia sin molestarlos? Sea como fuere, es dificil que tuviese tanta confianza en sí propio, que no mirase con cierto temor mezclado de respeto,

ansi con animoso semblante, despues de haber muy bien atalayado el pueblo y tiendas que he dicho, abajamos por el valle abajo, y entramos en el pueblo de Cajamalca." Relacion del Primer. Descub., MS.

9 Esta era evidentemente la opinion del Conquistador, cuyo manuscrito trunco es una de las principales autoridades para esta parte de nuestra relacion. "Teniendonos en muy poco y no haciendo cuenta que 190 hombres es habian de ofender, dió lugar y consintió en que pasasemos por aquel paso y por otros muchos tan malos como él, porque realmente, á lo que despues se supo y averiguó, su intencion era vernos y preguntarnos, de donde veniamos? y quien nos habia echado alli? y que queriamos? Porque *era muy sabio y discreto, y aunque sin luz ni escriptura, amigo de saber y de sotil entendimiento;* y despues de holgadose con nosotros, tomarnos los caballos y las cosas que á él mas le aplacian, y sacrificar á los demas" Relacion del Primer. Descub., MS.

á unos seres estraños y misteriosos, que venidos de un mundo desconocido y dotados de un poder sobrenatural, habian atravesado desiertos, valles y montañas, sin que bastasen á detenerlos los obstáculos que les opusieran los hombres y la naturaleza.

Pizarro en el entretanto dividió su gente en tres trozos, formóla en orden de batallla, y siguió bajando por las laderas en direccion á la ciudad india. Nadie salió de ella á recibirle de paz, y atravesó las calles sin encontrar alma viviente, y sin escuchar otro ruido que el de las pisadas de los hombres y caballos de su tropa, cuyos ecos repetian las habitaciones abandonadas.

Era Caxamalca un lugar bastante grande con una poblacion de cosa de diez mil habitantes, y seguramente no tiene tantos en el dia la moderna ciudad de Cajamarca.[10] Las casas en su mayor parte eran de adobe, con techos de paja ó de madera. Algunos de los edificios principales eran de piedra tosca y por labrar, y habia tambien una casa de las Vírgenes del Sol, y un templo dedicado á la misma deidad tutelar es-

10 Segun Stevenson, esta ciudad cuenta, ó á lo menos contaba hace treinta años cosa de siete mil habitantes de todas razas. Este viagero observador hace una animada descripcion de la ciudad en la que permaneció algun tiempo, y parece haber mirado con predileccion particular. Es probable, sin embargo, que hoy no conserva, relativamente hablando, la misma importancia que en tiempo de los Incas. Residence in South America, vol. II, p. 131.

te último estaba medio oculto entre un bosquecillo de los suburbios de la ciudad. Por el lado inmediato al campo de los Indios habia una gran plaza de forma triangular, rodeada de edificios bajos, que eran unos espaciosos salones con anchas puertas ó aberturas á la plaza. Seguramente estarian destinados para cuarteles de los soldados del Inca.[11] A un estremo de la plaza, mirando hacia la campiña, estaba una fortaleza de piedra, á donde se subia desde la ciudad por una escalera tambien de piedra, y tenia ademas una puerta falsa para el campo. Habia igualmente otra fortaleza de piedra tosca en un terreno elevado que dominaba la ciudad y estaba rodeada de tres cercas circulares, ó mas bien dicho, de una sola que daba tres vueltas en espiral. Era obra muy fuerte, y ninguna de las que hasta allí habian visto los Españoles les pareció de mayor mérito, tanto en la idea como en la ejecucion material.[12]

Al caer la tarde, entraron los conquistadores en la ciudad de Caxamalca. Era el 15 de Noviembre de 1532. El cielo que se habia mantenido sereno durante todo el dia, comenzó á entoldarse y llegó á caer alguna lluvia mezcla-

11 Carta de Hern. Pizarro, ap. Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 15.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 195.

12 "Fuerças son que entre Indios no se han visto tales." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, t. III. p. 195.—Relacion del Primer. Descub., MS.

da de granizo, porque el frio era mayor de lo acostumbrado. [13] Apesar de eso Pizarro deseaba tanto cerciorarse de las verdaderas intenciones del Inca, que resolvió enviar inmediatamente una embajada á su campo. Escojió para esta comision á Hernando de Soto, á quien dió por escolta quince caballos; pero reflexionando despues que hubo partido, que aquella fuerza era muy corta en caso de que los Indios intentasen algun ataque, dió orden á su hermano Hernando de que fuera á reforzarle con otros veinte ginetes. Este capitan y uno de los que fueron con él, nos han dejado una noticia de su espedicion. [14]

Una sólida calzada conducia de la ciudad al

13 "Desde à poco rato començò à llover, i caer graniço." (Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 195.) Caxamalca en la lengua de los Indios significa "lugar de hielo;" porque aunque su temperatura es por lo comun benigna y agradable, está sujeta á unos vientos frios del levante, muy perjudiciales á la vegetacion. Stevenson, Residence in South America, vol. II. p. 129.

14 Carta de Hern. Pizarro, MS.

En la carta de Hernando Pizarro dirigida á la Real Audiencia de Santo Domingo, se encuentra una relacion completa de los estraños sucesos contenidos en este capítulo y el siguiente, en los que tomó este caballero una parte tan activa. Teniendo en cuenta la parcialidad inevitable en un actor principal de las escenas que refiere, no puede darse autoridad de mayor peso. El infatigable Oviedo que se hallaba en Santo Domingo, conoció su importancia, y por fortuna incluyó este documento en su grande obra Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 15 (*). El autor anónimo de la Relacion del Primer Descubrimiento, MS. marchó tambien con la partida.

(*) La carta de Hernando Pizarro ha sido publicada por el Sr. Quintana en el apéndice 5. ° á la vida de Pizarro, en el t. 2. ° de sus "Vidas de Españoles célebres."—N. del T.

campo real atravesando por las praderas, y por ella marchó á todo galope la caballería. Apenas habrian andado una legua llegaron frente al campamento que se estendia por las amenas faldas de la montaña. Delante de las tiendas estaban clavadas las lanzas de los guerreros, y estos estaban ociosos fuera de ellas, contemplando con asombro y en silencio el escuadron de los cristianos, que pasaba rapidamente á su lado como una aterradora vision, con grande estruendo de armas y clarines.

Llegaron en breve los Españoles á un arroyo ancho, pero poco profundo, que servia de defensa al campamento del Inca. Habia un puente de madera para facilitar el paso, mas desconfiando los Españoles de su solidez, prefirieron entrar al agua, y llegaron sin dificultad á la orilla opuesta. Allí encontraron junto á la entrada del puente un escuadron de Indios sobre las armas; pero no pusieron impedimento á la marcha de los Españoles, y estos por su parte tenian órdenes estrechas de Pizarro, que á la verdad en las circunstancias presentes eran casi inútiles, de no ofender ni molestar á nadie en el camino. Uno de aquellos Indios les señaló el alojamiento donde se hallaba el Inca. [15]

Componiase este de un patio abierto con un

15 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Hern. Pizarro, MS.

edificio pequeño ó sala de recreo en el centro, y rodeado de portales, con una puerta en la parte de atras que caia á un jardin. Las paredes estaban revestidas de un especie de estuco lustroso, así blanco como de colores, y delante del edificio habia un grande estanque á donde venian á parar dos caños que le surtian de agua caliente y de fria.[16] Todavia se vé en aquel lugar un estanque de piedra que conserva el nombre de "el baño del Inca," si bien puede suponerse que es de fecha mas reciente.[17] El patio estaba lleno de Indios nobles vestidos de gala que hacian la corte al Inca, y de mugeres de la casa real. No era dificil distinguir entre todos la persona de Atahuallpa, aunque estaba vestido con mas sencillez que los demas, porque llevaba en la cabeza la borla encarnada, que rodeándole la frente le bajaba hasta las cejas. Esta era la famosa insignia de los monarcas peruanos, y no se habia atrevido Atahuallpa á ceñírsela hasta despues de la derrota de su hermano Huascar. Estaba sentado en un cojin ó banquillo bajo, por el estilo de los turcos y moros, y le rodeaban con grande ceremonia los nobles y gefes principales

16 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 202.

"Y al estanque venian dos caños de agua, uno caliente y otro frio, y alli se templaba la una con la otra, para quando el Señor se queria bañar ó sus mugeres que otra persona no osaba entrar en él so pena de la vida." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

17 Stevenson, Residence in South America, vol. II. p. 164.

colocados por el órden que correspondia á su rango. [18]

Los Españoles dirigieron todos la vista con grande interes á aquel príncipe que habia ganado el trono con su valor y de cuya crueldad y astucia tenian ya largas noticias. Pero en su fisonomía no se retrataban ni las pasiones violentas ni la sagacidad que le atribuian, y aunque en su porte grave se descubria cierto aire de autoridad propio de un rey, no habia espresion en sus facciones, y solo se revelaba en ellas la apatia característica de las razas americanas. En el caso presente es de creer que esta seria fingida en gran parte, pues era imposible que el príncipe indio contemplase sin interes ni curiosidad un espectáculo tan nuevo, y en cierto modo imponente, como era el de estos misteriosos estrangeros, de los que no podian haberle dado cabal idea las descripciones que de ellos le hubiesen hecho antes.

18. Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 164.—Carta de Hern. Pizarro, MS.

El conquistador citado tantas veces, describe en estilo sencillo, pero animado, el aspecto del monarca peruano. "Llegados al patio de la dicha casa que tenia delante de ella, vimos estar en medio de gran muchedumbre de Indios asentado aquel gran Señor Atabalica (de quien tanta noticia, y tantas cosas nos habian dicho) con una corona en la cabeza, y una borla que le salia della, y le cubria toda la frente, la cual era la insinia real, sentado en una sillecita muy baja del suelo, como los turcos y moros acostumbran sentarse, el cual estaba con tanta magestad y aparato, cual nunca se ha visto jamas, porque estaba cercado de mas de seiscientos Señores de su tierra." Relacion del Primer. Descub., MS.

Soto y Hernando Pizarro con solo dos ó tres soldados mas se acercaron al Inca, y haciendo este último una respetuosa reverencia, sin apearse de su caballo, dijo á Atahuallpa que venia de parte de su hermano, el capitan de los blancos, para informar al monarca de la llegada de estos á la ciudad de Caxamalca. Díjole tambien que eran vasallos de un poderoso príncipe que tenia su trono del otro lado de los mares, y habian venido, atraidos por la fama de sus victorias, á ofrecerle su ayuda, y á instruirle en los dogmas de la verdadera fé que ellos profesaban. Su hermano el general suplicaba por último á Atahuallpa, que se dignase hacer una visita á los Españoles en sus alojamientos.

A todo esto no respondió el Inca una palabra ni aun siquiera dió á entender que lo comprendia, apesar de que Felipillo, uno de los intérpretes de quien ya hemos hablado, le fué traduciendo todo. Mantúvose callado, con los ojos clavados en el suelo, y solo uno de los señores que estaban á su lado respondia, "Está bien." Semejante silencio ponia en confusion y apuro á los Españoles, pues se encontraban ahora tan distantes de cerciorarse de las verdaderas intenciones del Inca, como cuando estaban las montañas de por medio.[19]

19 "Las cuales por él oidas, con ser su inclinacion preguntarnos y saber de donde veniamos, y que queriamos, y ver nuestras personas y caballos, tuvo tanta serenidad en el rostro, y tanta

Tomó Pizarro de nuevo la palabra, y del modo mas cortés y respetuoso suplicó al Inca que les hablase por su propia boca, y les diese á conocer su voluntad.[20] Condescendió al fin Atahuallpa en responderle, diciéndole con una ligera sonrisa. "Decid á vuestro capitan que estoy en ayuno, y le acabaré mañana por la mañana. Que entonces le iré á visitar con algunos de mis principales, y que en el entretanto se aposente en los edificios públicos que estan en la plaza, sin entrar en otro alguno hasta que yo vaya y disponga lo que se ha de hacer."[21]

Hernando de Soto, que como ya hemos dicho se hallaba presente á la entrevista, era el mejor montado, y quizá el mejor ginete del escuadron de Pizarro. Observando que Atahuallpa

gravedad en su persona, que no quiso responder palabra á lo que se decia, salvo que un Señor de aquellos que estaban par de él respondia: 'bien está." Relacion del Primer. Descub., MS.

20 "Visto por el dicho Hernando Pizarro que él no hablaba, y que aquella tercera persona respondia de suyo, tornóle á suplicar que él hablase por su boca y le respondiese lo que quisiese." Ibid., MS., ubi supra.

21 "El cual á esto volvió la cabeza á mirarle sonriendose y le dijo: "Decid á ese capitan que os embia acá; que yo estoy en ayuno, y le acabo mañana por la mañana, que en bebiendo una vez, yo iré con algunos destos principales mios á verme con él, que en tanto él se aposente en esas casas que están en la plaza que son comunes á todos, y que no entren en otra ninguna hasta que Yo vaya, que Yo mandaré lo que se ha de hacer." Ibid., MS., ubi supra.

En esta singular entrevista he seguido la relacion del compañero de Hernando Pizarro mas bien que la de este último, que se representa á sí propio hablando en un tono señoril que huele mucho á jactancia de hidalgo.

miraba con atencion el brioso corcel, que heria la tierra con las manos y tascaba el freno con la impaciencia propia de un caballo de batalla, le aflojó la brida y arrimándole las espuelas, partió á todo escape por la llanura. Allí volviéndole y revolviéndole repetidas veces ya á un lado ya á otro, lució todos los movimientos de su hermoso corcel y su consumada destreza en la equitacion. Detúvole luego de golpe en la fuerza de la carrera, de modo que casi le hizo tocar con las ancas al suelo; pero tan cerca de la persona del Inca que parte de la espuma del bocado cayó en las vestiduras reales. Atahuallpa conservó, sin embargo, la misma inmovilidad y compostura, aunque varios soldados al ver pasar cerca á Soto en su carrera se asustaron de modo que se hicieron á un lado llenos de temor; debilidad que pagaron bien cara, si como afirman los Españoles, Atahuallpa los hizo morir la misma noche por haber manifestado flaqueza tan indigna delante de los estrangeros. [22]

Ofrecieron luego refrescos á los Españoles, pero estos los rehusaron no queriendo apearse de

22 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del Prim. Descub., MS.

"I algunos Indios con miedo, se desviaron de la carrera, por lo qual Atahuallpa los hiço luego matar." (Zárate. Conq. del Perú, lib. 5, cap. 4.) Xerez cuenta que así lo confesó el mismo Atahuallpa á los Españoles despues que fué hecho prisionero—Con razon espantó á los Indios el caballo de Soto, si, como dice Balboa, saltaba un foso de veinte piés con su ginete completamente armado. Hist. du Pérou, chap. 22

sus caballos. No se negaron, sin embargo, á probar la chicha que les presentaron en grandes vasos de oro de ojinegras bellezas del harem;[23] y despues de despedirse cortesmente del Inca, se volvieron los caballeros á Caxamalca, formando por el camino mil estraños discursos sobre lo que habian visto; sobre el lujo y opulencia del monarca indiano, sobre su grande ejército, tan bien provisto y al parecer perfectamente disciplinado; cosas todas que indicaban mayor civilizacion, y por consiguiente mayor poder, que cuanto habian visto antes en los llanos de la costa. Y cuando comparaban todo esto con sus reducidas fuerzas, y se veian ya tan internados que no podian esperar ser socorridos, conocian que habia sido una temeridad suya el meterse de ese modo hasta el corazon de un poderoso imperio, y se llenaban de los mas funestos presentimientos.[24] Pronto cundió por todo el campo este pernicioso espíritu de desconfianza,

23 Relacion del Primer. Descub., MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 196.

24 "Hecho esto y visto y atalayado la grandeza del ejército, y las tiendas que eran bien de ver, nos volvimos á donde el dicho capitan nos estaba esperando, harto espantados de lo que habiamos visto, haciendo y tomando entre nosotros muchos acuerdos y opiniones de lo que se debia hacer, estando todos con mucho temor por ser tan pocos, y estar tan metidos en la tierra donde no podiamos ser socorridos." (Relacion del Primer. Descub., MS.) El miedo era una sensacion inusitada en el hidalgo castellano; pero si en esta ocasion no sintió alguno, debia parecerse al esforzado caballero, de quien dijo Carlos V: "que nunca habria despavilado una luz con los dedos."

que en vez de disminuir fué en aumento; cuando entrada la noche vieron iluminadas las laderas con los fuegos del ejército peruano; "tan juntos unos á otros," dice un testigo de vista, "como las estrellas del cielo." [25]

Un corazon habia sin embargo en aquella pequeña tropa que no daba entrada ni al temor ni al abatimiento. Este era el de Pizarro, quien en su interior se regocijaba de que hubiesen llegado las cosas al punto á que él habia deseado traerlas. El conoció que todo era perdido si no conseguia que sus compañeros participacen de su firme resolucion. Sin reservarles sus proyectos se fué, pues, llegando ya á unos ya á otros, pidiéndoles que no se mostrasen débiles cuando habia llegado la hora de encontrarse frente á frente con el enemigo, que andaban buscando hacia tanto tiempo. "Confiad" les decia "en vosotros mismos, y en aquella Providencia que nos ha sacado salvos de tan terribles peligros. No ha de abandonarnos ahora tampoco, y si el enemigo tiene á su favor la ventaja de su inmenso número, nosotros tenemos de nuestra parte el poderoso auxilio del cielo, que vale mas que todo." [26] El aventurero español esta-

25. "Hecimos la guardia en la plaza, de donde se vian los fuegos del ejército de los Indios, lo cual era cosa espantable, que como estaban en una ladera la mayor parte, y tan juntos unos de otros, no parecia sino un cielo muy estrellado." Relacion del Primer. Descub., MS.

26. Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 197.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.

ba sujeto á la influencia combinada del espíritu caballeresco y del zelo religioso. En la hora del peligro, este era le mas poderoso, y Pizarro que conocia bien el carácter de los que mandaba, revivió en sus pechos las medio apagadas cenizas del entusiasmo, y fortaleció su valor vacilante, presentándoles la conquista bajo el aspecto de una verdadera cruzada.

Convocó en seguida una junta de sus oficiales para discutir el plan de operaciones, ó mas, bien para proponerles el estraordinario proyecto que él habia concebido. Tratábase nada menos que de tender una red al Inca, y hacerle prisionero á la faz de todo su ejército. Era un proyecto lleno de peligros y casi parecia un aborto de la desesperacion; pero la posicion de los Españoles era tambien desesperada. A donde quiera que volviesen la vista solo descubrian inminentes riesgos, y valia mas hacer frente como hombres al peligro, que huir de él cobardemente cuando no les quedaba arbitrio para escapar.

Para la fuga era ya demasiado tarde. ¿Y á donde huirian? A la primera señal de retirada se les echaria encima el ejército del Inca. El enemigo que conocia mucho mejor que ellos los desfiladeros de la sierra, se anticiparia á sus movimientos, ocuparia los pasos, y su muchedumbre les oprimiria por todos lados; mientras

que el simple hecho de un movimiento retrógrado, rebajaria la confianza, y con ella la verdadera fuerza de sus soldados, duplicando al mismo tiempo la del enemigo.

Por otra parte, en la posicion en que se hallaban, el mantenrrse mucho tiempo sin obrar, parecia igualmente peligroso. Aun suponiendo que la amistad con que al parecer les habia recibido Atahuallpa fuese sincera, no podian confiar en que seria de larga duracion. El continuo trato con los blancos le desengañaria muy en breve de que en su naturaleza no habia nada de superior ni sobrenatural. Su reducido número le inspiraria desprecio, al mismo tiempo que sus caballos, sus armas y bagages, serian un cebo irresistible para un monarca bárbaro, que cuando estuviese seguro de poder acabar con las personas, no tardaria en encontrar algun pretesto para ello. Bastante tenia ya con las medidas violentas que los conquistadores habian tomado mientras venian atravesando por sus provincias.

Y despues de todo ¿qué razones tenian para suponer que el ánimo del Inca les era tan favorable? El era un príncipe artificioso y poco delicado, y si no mentian las repetidas noticias que habian ido recibiendo por el camino, siempre vió de mal ojo la venida de los Españoles. Y era muy natural que asi fuese. Sus corteses embajadas no habian tenido otro fin que engañar-

les para que pasasen las montañas, donde con el auxilio de sus guerreros facilmente podia haber acabado con ellos. Veianse así enredados en las redes que les habia tendido el astuto monarca.

El único remedio, pues, era volver contra el Inca sus propias artes, y cogerle si era posible en sus mismas redes. No habia tiempo que perder, porque de un dia á otro podian llegar las legiones victoriosas del Sur y aumentar todavia mas la desigualdad entre ambas fuerzas.

El hacer frente á Atahuallpa en campo abierto, era sin embargo sumamente peligroso, y aun cuando se lograse la victoria no era de creerse que la persona del Inca, cuya captura era tan importante, cayese en manos de los vencedores. El haber aceptado con tan poca cautela la invitacion que le hicieron de venir á visitarles á sus alojamientos, les proporcionaba la mejor ocasion de apoderarse de tan estimable presa. Ni parecia el plan tan desesperado, si se tomaban en consideracion las grandes ventajas que daban á los invasores, su valor, sus armas, y lo repentino é inesperado del ataque. El solo hecho de obrar bajo un plan concertado, bastaba para que un pequeño número de soldados pudiese hacer frente á otro mucho mayor. No era tampoco necesario dejar entrar á la ciudad toda la fuerza peruana antes de comenzar el ataque, porque una vez asegurada la persona del Inca, sus vasa-

llos asombrados de tan estraño suceso, fuesen pocos ó muchos, no tendrian valor para oponer mayor resistencia, y teniendo ya al Inca en su poder, podria Pizarro dictar leyes al imperio.

En este atrevido proyecto del capitan español, se echa de ver desde luego que tenia muy presente la memorable hazaña de Cortés, cuando se llevó el monarca azteca á sus cuarteles. Pero aquel no usó de la violencia, ó á lo menos no lo hizo á viva fuerza, y obtuvo la aprobacion, aunque forzada, del monarca mismo. Era cierto tambien que los resultados de aquella medida no fueron tales que convidasen á repetir la experiencia, porque el pueblo se levantó en masa para acabar al mismo tiempo con el príncipe y con sus raptores; mas esto se debió, á lo menos en parte, á la imprudencia de los últimos. A los principios no pudo salir mejor, y una vez apoderado de la persona de Atahuallpa, Pizarro confiaba para lo demas en su propia prudencia. A lo menos de esta manera saldria de la crítica situacion en que se hallaba, consiguiendo una preciosa garantía de su seguridad, y si no lograba que el Inca aceptase desde luego sus condiciones, probablemente lo conseguiria cuando le llegasen los refuerzos que aguardaba.

Habiendo arreglado Pizarro de este modo sus planes para el dia siguiente, se disolvió la junta, y el gefe se ocupó en tomar medidas para

la seguridad del campamento durante la noche. Hizo guardar las avenidas de la ciudad, y colocó centinelas en diversos parages, especialmente en las alturas de la fortaleza, para que desde allí observasen la posicion del enemigo, y diesen aviso del menor movimiento que pudiese turbar la tranquilidad de la noche. Tomadas estas precauciones, el gefe español y sus tropas se retiraron á sus respectivos alojamientos; pero no para entregarse al sueño. A la verdad que muy tarde debieron conciliar el sueño los que sabian el golpe decisivo que debia darse á la mañana siguiente; dia que iba á decidir de su suerte, coronando sus ambiciosas pretensiones del éxito mas feliz, ó echando el último sello á su perdicion y ruina.

CAPITULO V.

RESOLUCION DESESPERADA DE PIZARRO.—VISITA ATAHUALLPA Á LOS ESPAÑOLES.—HORRIBLE CARNICERIA. —QUEDA PRISIONERO EL INCA.—CONDUCTA DE LOS CONQUISTADORES.—MAGNIFICAS PROMESAS DEL INCA. —MUERTE DE HUASCAR.

1532.

Las nubes de la tarde anterior se habian ya disipado, y el sol apareció puro y radiante á la mañana siguiente para alumbrar el dia mas memorable en los anales del Perú. Era un sábado, diez y seis de Noviembre de mil quinientos treinta y dos. Apenas apuntaba el dia, cuando el sonoro toque de las trompetas llamó los Españoles á las armas, y Pizarro, despues de haberles impuesto en breves palabras del plan que habia discurrido para la sorpresa, comenzó á tomar las disposiciones necesarias.

La plaza, como hemos dicho en el capítulo anterior, estaba rodeada por todos sus tres lados

de edificios bajos, compuestos de espaciosos salones, con amplias puertas ó salidas á la plaza. Dividió Pizarro su caballería en dos trozos, poniendo el uno á cargo de su hermano Hernando y el otro al de Soto, y ambos los colocó en estos salones. En otro edificio apostó la infanteria, reservándose veinte hombres escogidos para acudir con ellos á donde el caso lo pidiese. Pedro de Candia quedó en la fortaleza, con unos cuantos soldados y la artilleria, comprendiendose por todo bajo este imponente nombre, dos pequeñas piezas de las llamadas falconetes. Todos tenian órden de mantenerse en sus respectivos puestos hasta que llegase el Inca. Aun cuando este hubiese entrado ya en la gran plaza, debian todavia permanecer ocultos sin que nadie les viese, hasta que se disparase un arcabuz que era la señal convenida; entonces saldrian repentinamente de su embocada, y darian espada en mano sobre los Peruanos hasta hacerse dueños de la persona del Inca. La disposicion de aquellos grandes salones al mismo nivel de la plaza, parecia imaginada espresamente para un *coup de théâtre*. Pizarro les recomendó muy en particular el órden y una obediencia ciega, para que en el momento del ataque no se introdujese la confusion. Todo el éxito dependia de obrar de acuerdo, con prontitud y sangre fria.[1]

1 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relac. del Primer.

andante procedió luego á examinar si estaban en buen estado, y si los pretales de los caballos estaban guarnecidos de cascabeles, para que su ruido aumentase el espanto de los Indios. Tambien repartió comestibles en abundancia para que estuviesen las tropas en estado de combatir con vigor. Terminadas estas disposiciones celebraron con toda solemnidad el sacrificio de la misa los eclesiásticos que iban con la expedicion: rogaron al Dios de las batallas que cubriese con su escudo á los soldados que peleaban por estender el imperio de la cruz, y todos á una voz entonaron la antífona "*Exsurge, Domine,*" "Levantate, Señor, y juzga tu causa."[2] Cualquiera les habria tomado por una tropa de mártires prontos á dar su vida en defensa de la fé, y no por una desenfrenada chusma de aventureros que se preparaban á cometer uno de los mas atroces actos de perfidia de que hace mencion la historia. Mas sin embargo,

Descub., MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 187.—Carta de Hern. Pizarro, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 7.

2 "Los Eclesiásticos i Religiosos se ocuparon toda aquella noche en oracion, pidiendo a Dios el mas conveniente suceso á su sagrado servicio, exaltacion de la fé é salvacion de tanto número de almas derramando muchas lágrimas i sangre en las disciplinas que tomaron. Francisco Pizarro animó á los soldados con una mui cristiana platica que les hizo: con que, i asegurarles los Eclesiasticos de parte de Dios i de su Madre Santisima la victoria, amanecieron todos mui deseosos de dar la batalla, diciendo á voces, "Exsurge Domine, et judica causam tuam." Naharro, Relacion Sumaria, MS.

entre los vicios del hidalgo castellano, cualesquiera que fuesen, no debe contarse la hipocresia. Estaba persuadido de que combatia por la cruz, y cuando en estos momentos de escitacion recobraba esta idea todo su vigor primitivo, no advertia la mezcla de afectos terrenales que le arrastraba tambien á la empresa. Inflamados asi sus ánimos en celo religioso, los soldados de Pizarro sentian renovarse su valor conforme se acercaba el momento crítico; y su gefe advirtió con satisfaccion, que en la hora del peligro sus tropas se portarian como debia esperarse de ellas.

Estaba ya muy entrado el dia y aun no se notaba ningun movimiento en el campo peruano, donde se hacian grandes preparativos para pasar á los cuarteles de los cristianos con toda la pompa y solemnidad debida. A poco recibieron los Españoles un mensaje de Atahuallpa, quien informaba á su capitan de que traeria consigo armada toda su gente, lo mismo que los Españoles habian ido á verle la tarde anterior. No era esta una noticia muy agradable para Pizarro, aunque en realidad no tenia motivo para esperarse lo contrario. Pero como el poner cualquier reparo podia dar á entender poca confianza, ó infundir alguna sospecha de sus designios, se mostró muy satisfecho del aviso

asegurando al Inca, que de cualquier modo que viniese le recibiria como á hermano y amigo.[3]

Llegó el sol á la mitad de su carrera antes de que se pusiese en marcha la procesion de los Indios, y al fin á esta hora ya la vieron venir, ocupando una gran parte de la calzada principal. Venia por delante un numeroso grupo de sirvientes, cuya ocupacion parecia ser el apartar del camino cualquier estorbo y hasta la menor piedrecilla. Por encima de aquella multitud aparecia el Inca, llevado en hombros de sus principales nobles, mientras otros de la misma clase marchaban á los lados de las andas; y eran tantos los adornos de oro y plata que traian en sus personas, que como dice uno de los Conquistadores "relucian como el sol."[4] Pero la mayor parte de las fuerzas del Inca estaban formadas á las inmediaciones del camino, y llenaban los campos hasta donde alcanzaba la vista.[5]

3 "El gobernador respondió: Dì à tu Señor, que venga en hora buena como quisiere, que de la manera que viniere lo recebirè como Amigo i Hermano." Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 197.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 7.—Carta de Hern. Pizarro, MS.

4 "Era tanta la pateneria que traian de oro y plata que era cosa estraña lo que relucia con el Sol." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

5 A los ojos del Conquistador tantas veces citado, los guerreros peruanos pasaban de 50.000; "mas de cinquenta mil que tenia de guerra." (Relacion del Primer. Descub., MS.) El secretario de Pizarro los calculó en 30,000 cuando los vió acampados en las laderas. (Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 196.) Por mucho que agrade á

Cuando la régia comitiva llegó á cosa de media milla de la ciudad, hizo alto, y Pizarro quedó sorprendido al ver que Atahuallpa se preparaba á armar sus tiendas como si pensase acampar allí. A poco llegó un enviado á participar a los Españoles, que el Inca habia resuelto pasar allí la noche para entrar en la ciudad á la mañana siguiente.

Mucho disgustó causó á Pizarro esta noticia, pues participaba de la impaciencia general al ver la lentitud de los movimientos del Inca. Las tropas habian estado sobre las armas desde la aurora, la caballería montada y la infantería en sus puestos, esperando silenciosamente su llegada. Reinaba el mayor sosiego en toda la ciudad, tan solo interrumpido á veces por los gritos del centinela que desde lo alto de la fortaleza avisaba los movimientos del ejército indio. Pizarro sabia muy bien que en circunstancias tan críticas como aquellas, nada hay tan peligroso como mantener mucho tiempo al soldado en la incertidumbre, y temia que su ardor se apagase y se convirtiese en esa escitacion nerviosa que en tales casos se apodera del pecho mas esforzado; y que si no es temor se le asemeja bastante.[6] Respondió por lo mismo á

la imaginacion el fijarse en un número exacto, es muy raro que pueda hacerlo con seguridad, cuando se trata de calcular la fuerza de ejércitos bárbaros y desordenados.

6 Dice Pizarro, que un espía indio refirió á Atahuallpa que los

Atahuallpa suplicándole que variase de resolucion, y añadiendo que ya tenia todo dispuesto para recibirle y le esperaba á cenar con él aquella noche.[7]

En efecto, este mensaje hizo cambiar de resolucion al Inca, y habiendo levantado otra vez sus tiendas continuó su marcha, avisando primero al general que dejaria atras la mayor parte de sus guerreros, y entraria á la ciudad con solo unos pocos y sin armas;[8] porque preferia pasar la noche en Caxamalca. Al mismo tiempo mandó que se preparasen alojamientos para sí y para su comitiva en uno de los edificios mas grandes, llamado la "casa de la culebra" por tener una serpiente esculpida en la pared.[9] No podia darse noticia mas agradable para los Españoles. Parecia que el monarca indio se daba prisa á caer en el lazo que le

blancos estaban amontonados en uno de los salones de la plaza, y *llenos de miedo*, lo que no distaba mucho de la verdad, añade el buen caballero (Descub. y Conq., MS.)

7 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

"Asentados sus toldos envió á decir al gobernador que ya era tarde, que él queria dormir allí, que por la mañana vernia: el gobernador le envió á decir que le rogaba que viniese luego, porque le esperaba á cenar, y que no habia de cenar hasta que fuese." Carta de Hern. Pizarro, MS.

8 "El queria venir luego, é que venia sin armas. E luego Atabaliva se movió para venir, é dejó allí la gente con las armas, é llevó consigo hasta cinco ó seis mil indios sin armas, salvo que debajo de las camisetas traian unas porras pequeñas, é hondas, é bolsas con piedras." Carta de Hern. Pizarro, MS.

9 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 197.

habian tendido, y el fanático aventurero no podia menos de ver en todo esto la intervencion inmediata de la Providencia.

Es dificil esplicar esta conducta incierta y vacilante de Atahuallpa, tan poco correspondiente al carácter firme y atrevido que le atribuye la historia. No hay duda que al hacer aquella visita á los Españoles procedia con entera buena fé, si bien Pizarro no iba seguramente fuera de camino al juzgar que la buena disposicion del Inca no descansaba en muy sólidos fundamentos. Tampoco hay razon para suponer que desconfiaba de la sinceridad de los estrangeros, pues de otro modo no se hubiera decidido á visitarlo sin armas, puesto que ninguna necesidad habia de ello. Si al principio se propuso venir con toda su gente, fué sin duda por desplegar toda la pompa real, ó para manifestar mayor respeto á los Españoles; pero cuando se decidió á aceptar la hospitalidad que estos le ofrecian y pasar la noche en sus cuarteles, le pareció mejor deshacerse de casi todas sus tropas y visitarles de una manera que les diese á entender confiaba absolutamente en su buena fé. Era demasiado poderoso y respetado en su imperio para que diese fácil entrada en su ánimo á las sospechas, y sin duda no podia comprender el arrojo con que unos cuantos hombres, como eran los que se hallaban en Ca-

xamalca, meditaban apoderarse de un gran monarca, rodeado de un ejército victorioso. No conocia el carácter de los Españoles.

Se acercaba ya el sol á su ocaso cuando comenzó á entrar la procesion por las puertas de la ciudad. Venian por delante algunos centenares de criados apartando todo estorbo del camino, y entonando al mismo tiempo cantos triunfales, "no nada graciosos para los que los oyamos, antes espantosos porque parecian cosa infernal." [10] Seguian despues otros cuerpos de distintas clases, vestido cada uno de diversa manera. Los trajes de los unos eran de vistosa tela de cuadros blancos y rojos, á semejanza de un tablero de ajedrez; [11] otros iban todos vestidos de blanco, llevando en las manos unos martillos ó mazas de plata ó de cobre, [12] y los guardias, lo mismo que cuantos servian mas de cerca al príncipe, se distinguian por una librea azul muy rica, llena de lucidos adornos, y en las orejas traian los enormes zarcillos, divisa de los nobles del Perú.

Elevado sobre todos sus vasallos venia el Inca Atahuallpa en una silla de manos ó litera, sobre la cual habia uno como trono de oro macizo de un valor inestimable. [13] Las andas estaban

10 Relacion del Primer. Descub., MS.

11 "Blanca y colorada como las casas de un ajedrez." Ibid., MS.

12 "Con martillos en las manos de cobre y plata." Ibid., MS.

13 "El asiento que traia sobre las andas era un tablon éd

forradas de plumas de mil brillantes colores y guarnecidas de planchas de oro y de plata.[14] El trage que vestia ahora el monarca era mucho mas rico que el de la tarde anterior. Traia al cuello un collar de esmeraldas de un tamaño y un brillo estraordinarios:[15] el cabello lo traia corto segun el uso de su pais, adornado de oro, y encima la borla imperial que le ceñia la frente. El porte del Inca era mesurado y magestuoso, y desde su elevado asiento contemplaba la multitud con un aire de compostura, como de quien está acostumbrado á mandar.

Así que las primeras filas de la procesion entraron en la plaza principal, (mayor, segun un antiguo cronista, que cualquiera de las de España,) se abrieron á uno y otro lado para que pasase la comitiva real. Todo se hacia con el órden mas admirable. Dejaron que el monarca atravesase la plaza, y no se descubria un solo castellano. Cuando ya habian entrado cinco ó seis mil de sus vasallos, se detuvo Atahuallpa, y tendiendo la vista por todos lados, preguntó, "¿Dónde estan los estrangeros?"

oro que pesó un quintal de oro segun i dicen los historiadores, 25,000 pesos ó ducados." Naharro, Relacion Sumaria, MS.

14 "Luego venia mucha Gente con Armaduras, Patenas, i Coronas de Oro i Plata: entre estos venia Atabaliva, en una Litera, aforrada de Pluma de Papagaios, de muchas colores, guarnecidas de chapas de Oro, i Plata." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 198.

15 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

"Venia la persona de Atabalica; la cual traian ochenta Señores en hombros todos bestidos de

En aquel momento Fray Vicente de Valverde, de la orden de Santo Domingo, capellan de Pizarro y despues obispo del Cuzco, apareció con su breviario, ó segun dicen otros, con la Biblia, en una mano y un crucifijo en la otra, y acercandose al Inca le intimó que venia de orden de su comandante para esplicarle los dogmas de la verdadera fé, con cuyo objeto habian venido los Españoles desde tan gran distancia. El fraile le esplicó en seguida lo mejor que pudo el misterio de la Trinidad, y tomando las cosas desde el principio, comenzó por la creacion del hombre, habló luego de su caida, de su redencion por Jesucristo, de la Crucifixion y de la Ascension, cuando el Salvador dejó al Apóstol Pedro por su Vicario en la tierra. Este poder pasó á los sucesores del Apóstol, varones sábios y justos, que con el título de Papas tenian autoridad sobre todos los poderes de la tierra. Uno de los últimos Papas habia autorizado al emperador español, el monarca mas poderoso de la tierra, para que conquistase y convirtiese á los naturales de aquel hemisferio occidental, y su general Francisco Pizarro venia á desempeñar tan importante comision. Concluyó el fraile suplicando al monarca peruano que le recibiese de paz:

una librea azul muy rica, y el bestido su persona muy ricamente con su corona en la cabeza, y al cuello un collar de esmeraldas grandes." Relacion del Primer. Descub., MS.

que abjurase los errores de su creencia y abrazase la de los cristianos que venian á enseñarle, y era la única que podia salvar su alma; y por último, que se declarase tributario del Emperador Carlos V, quien, si así lo verificaba, le daria ayuda y proteccion como á leal vasallo.[16]

Es dudoso si Atahuallpa comprenderia todos los eslabones de la curiosa cadena de argumentos de que se valió el fraile para ligar á Pizarro con San Pedro. Cierto es sin embargo que no debió formar una idea muy exacta de la Trinidad, si como dice Garcilaso, el intérprete Filipillo se la esplicó diciendo, "que los Cristianos creian en tres Dioses y un Dios, que son cuatro."[17] Lo que sí entendió perfectamente fué que el objeto de aquel discurso era persuadirle á que abdicase su corona, y reconociese la supremacía de un estraño.

El monarca indiano, echando fuego por los ojos y frunciendo el ceño, le respondió: "Yo no he de ser tributario de nadie. Soy el mayor de

16 Montesinos dice, que Valverde leyó al Inca el requerimiento usado por los Españoles en sus conquistas. (Anales, MS., año 1533.) Pero este requerimiento, aunque absurdo en demasía, no abrazaba todos los puntos de la disertacion teológica que se atribuye al capellan en esta ocasion. Sin embargo, aunque no es imposible que así fuera, he seguido la relacion del F. Naharro, quien recogió sus noticias de boca de los mismos actores de la tragedia, y cuya narracion mas minuciosa se encuentra confirmada por el testimonio mas general de ambos Pizarros y del secretario Xerez.

17 "Por dezir Dios trino y uno, dixo Dios tres y uno son quatro, sumando los números por darse á entender." Com. Real., Parte 2. lib. 1. cap. 23.

los príncipes de la tierra. Vuestro emperador podrá ser tan grande como yo: no lo dudo al ver que ha enviado sus vasallos desde tan lejos al traves de los mares, y me place tratarlo como á hermano. En cuanto á ese Papa de que hablais, debe ser algun loco, pues regala tierras que no le pertenecen. Lo que es mi religion," continuó diciendo, "no he de cambiarla por otra. Vuestro Dios, según decis, fué muerto por los mismos hombres que habia criado; pero el mio," concluyó, señalando á su Dios que en aquel momento se ocultaba magestuosamente tras las montañas, "el mio vive todavía en los cielos, y contempla desde allí á sus hijos." [18]

Preguntó entonces á Fray Vicente con qué autoridad decia aquellas cosas. El fraile le señaló el libro que tenia en la mano. Tomólo Atahuallpa, volvió algunas hojas, y viniéndosele sin duda á la memoria el insulto recibido, le arrojó al suelo con impaciencia, y exclamó: "Decid á vuestos compañeros que ya me darán cuenta de todo lo que han hecho en mis dominios. No me iré de aquí hasta que me den entera satisfaccion de todos los desafueros que han cometido." [19]

18 El lector hallará en el *Apéndice*, bajo el número 8, varios trozos de MSS. contemporáneos, relativos á la prision de Atahuallpa.

19 Algunas relaciones le atribuyen haber insultado á los Españoles en términos mas violentos. (Véase el *Apéndice*, núm. 8.) Pero no es fácil que en estos

El fraile, sumamente escandalizado del poco respeto con que habia sido tratado el sagrado libro, no hizo mas que alzarlo del suelo, y se fué para Pizarro á decirle lo que habia ocurrido, añadiendo al mismo tiempo; "No veis que mientras estamos aquí perdiendo el tiempo en hablar con este perro lleno de soberbia, vienen los campos llenos de Indios? Dad sobre ellos que yo os absuelvo."[20] Entonces conoció Pizarro que era llegada la hora. Dió la señal convenida de agitar un pañuelo blanco en el aire, é inmeditamente dispararon la artillería de la fortaleza. Salen

momentos de agitacion se tengan bien presentes las palabras.—Segun otros, Atahualpa dejó caer el libro por casualidad. (Montesinos, Anales, MS., año 1533.—Balboa, Hist. du Pérou, chap. 22.) Mas ateniéndonos al testimonio de los testigos presenciales, resulta lo que va referido en el testo. Y si habló con el calor que se le atribuye, no hizo mas que pagar en la misma moneda.

20 "Visto esto por el Frayle y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro, y abajó su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo, y dijole: No veis lo que pasa: ¿para qué estais en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia que vienen los campos llenos de Indios? Salid á él, que yo os absuelvo." (Relacion del Primer. Descub., MS.) El historiador debe irse con tiento y asegurarse bien, antes de atribuir conducta tan diabólica, al Padre Valverde. Dos de los conquistadores presentes, Pedro Pizarro y Xerez, dicen simplemente, que el fraile refirió al gefe el insulto hecho al sagrado libro. Pero Hernando Pizarro y el autor de la "Relacion del Primero Descubrimiento," ambos testigos de vista, y Naharro, Zárate, Gómara, Balboa, Herrera, el Inca Titucussi Yupanqui, todos los cuales sacaron sus relaciones de testigos presenciales, refieren el caso, con poca variacion, conforme se halla en el testo. Mas Oviedo prohija la relacion de Xerez, y Garcilaso de la Vega sostiene, que Valverde no intentó nunca irritar las pasiones de sus compañeros.

entonces á la plaza el capitan español y sus soldados, lanzando el antiguo grito de guerra de "Santiago y á ellos," al que responden todos los demas Españoles de la ciudad, saliendo de tropel á la plaza, y echándose sobre la muchedumbre de los Indios. Cojidos estos de sorpresa, aturdidos con el estruendo de la artillería y de los arcabuces, cuyos ecos repetian como un trueno los edificios vecinos, y cegados por las nubes de humo que envolvian la plaza, se llenaron de un terror pánico. En vano buscaban donde guarecerse contra aquella tormenta; nobles y plebeyos, todos caian pisoteados por la caballería que repartia golpes á diestra y siniestra sin perdonar á nadie, y la vista de las relucientes espadas que no descansaban un momento, ponia el colmo al terror de los infelices naturales, que por primera vez veian el ginete y al caballo en todo su furor. No hacian ninguna resistencia, ni tenian armas con que hacerla. El escapar era imposible, porque la entrada de la plaza estaba obstruida con los cadáveres de los primeros que intentaron huir, y fué tal la agonia de los demas, y tal la furia con que les acosaban sus enemigos, que un gran grupo de Indios rompió por la pared de piedra y lodo que cerraba la plaza por un lado. Cayó al fin la cerca dejando un portillo de mas de cien pasos, por donde se precipitó la multitud

al campo, perseguidos siempre de cerca por los de caballería, que saltando por encima de los escombros, se dieron al alcance de los fugitivos, cubriendo por todos lados la tierra de cadáveres. [21]

En el entretanto el combate, ó mas bien la carnicería, continuaba en toda su fuerza hácia la parte donde se hallaba el Inca. Sus fieles nobles reunidos en derredor suyo, se interponian entre él y los acometedores, y se empeñaban en sacarlos de las sillas, ó se contentaban á lo menos con presentar sus pechos á las espadas, para que sirviesen de escudo á su amado soberano. Dicen algunos que llevaban armas ocultas debajo de la ropa; pero si así era, les sirvieron de muy poco, pues no se dice que hicieran uso de ellas. El animal mas tímido acierta á defenderse cuando se ve acosado, y el no haberlo hecho estos infelices, es prueba clara de que no tenian armas. [22] Mas continua-

21 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 198.—Carta de Hern. Pizarro, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 7.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 5.—Instruccion del Inca Titucussi Yupanqui, MS.

22 Segun el autor de la Relacion del Primero Descubrimiento, algunos llevaban arcos y flechas, y otros iban armados de martillos ó mazas de cobre, los que mas bien llevarian por adorno que para defensa.—Pedro Pizarro y otros escritores mas modernos, dicen que los Indios traian cuerdas para atar á los Españoles cuando los hubiesen cautivado.—Tanto Hernando Pizarro como el secretario Xerez, convienen en que si traian armas venian ocultas bajo los vestidos; pero como no llegan á decir que

ban siempre deteniendo á los Castellanos y asiéndose de sus caballos con la energía de la muerte, y apenas caia uno derribado, otro ocupaba el lugar del muerto compañero, con una lealtad que enternecia.

El monarca indio aturdido y espantado, veia caer á sus fieles vasallos en torno suyo, sin acertar á comprender lo que le pasaba. Las andas en que iba sentado, oscilaban á un lado y á otro segun cedia ó avanzaba aquella masa de gente, y él contemplaba desde allí la cercana ruina, como un desamparado marinero, cuya barca agitan los enfurecidos elementos, y ve el relámpago, y oye junto á sí el trueno, incapaz de hacer nada para contrariar su destino. Por último, cansados los Españoles de herir y de matar y viendo que la noche se venia encima, llegaron á temer que al fin iba á escapárseles la deseada presa, y así algunos de ellos hicieron un esfuerzo desesperado para poner término á la contienda, quitando la vida á Atahuallpa. Pero Pizarro que era el mas cercano á su persona, les gritó con voz estentórca; "El que apreeie en algo su vida, no hiera al Inca,"[23] y estendiendo el bra-

hiciesen uso de ellas, y como el Inca anunció que vendria sin armas, debe dudarse de su aserción ó mas bien desecharse enteramente. Todas las autoridades, sin escepcion ninguna, convienen en que no se trató de hacer resistencia.

23 "El marques dió voces diciendo: Nadie hiera al indio so pena de la vida." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

zo para protegerle, fué herido en la mano por uno de sus propios compañeros; la única herida recibida por un Español durante todo aquel estrago. [24]

La lucha se empeñó entonces mas que nunca en derredor de la litera del monarca. Esta vacilaba cada vez mas, y por último, muertos ya casi todos los nobles que la sostenian, vino á tierra con violencia, y el príncipe indio habria caido de golpe al suelo, si Pizarro con otros compañeros, no hubieran templado la fuerza de la caida cogiéndole entre sus brazos. Un soldado nombrado Estete, [25] le arrancó al instante de las

24 Por discordes que estén los autores castellanos en otros puntos, todos convienen en este hecho notable; que esceptuándose el general, no salió herido un solo Español en esta accion. Pizarro vió en esto una prueba concluyente de que los Españoles estuvieron aquel dia bajo la proteccion especial del cielo. V. Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 199.

25 Este soldado era Miguel Estete, quien conservó por mucho tiempo la diadema imperial, como trofeo de su hazaña, segun Garcilaso, (Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 27,) autoridad despreciable en todo lo relativo á esta parte de nuestra historia. Este escritor popular, cuya obra, por el mayer conocimiento que él tenia de las cosas de su pais, ha logrado mayor crédito, aun en lo que toca á la conquista, que las relaciones de los Conquistadores mismos, dió rienda suelta á su vena *romantica* al llegar á la prision de Atahuallpa. Segun él, trató desde el principio el monarca peruano á los invasores con gran deferencia, como á los descendientes de Viracocha, que segun sus oráculos debian venir á tomar posesion de aquella tierra. Pero si el Inca les hubiese prestado tan lisongero homenage, no se lo habrian dejado en el tintero los Conquistadores. Garcilaso habia leido los Comentarios de Cortés, como lo dice en su obra, y es probable que por haber hablado aquel general, y con fundamento al parecer, de una supersticion de esta especie que existia entre los Azteeas, le

sienes la borla imperial, y bien asegurado el infeliz monarca, fué conducido á un edificio inmediato, y custodiado allí con toda vigilancia.

Cesó entonces toda sombra de resistencia, y las nuevas de la prision del Inca se esparcieron al momento por la ciudad y los alrededores. El encanto que podia mantener unidos á los Peruanos estaba roto, y ya nadie pensó mas que en su propia seguridad. Hasta las tropas acampadas en las inmediaciones se llenaron de temor, y emprendieron la fuga en todas direcciones, huyendo de sus perseguidores, quienes en la embriaguez de su triunfo no daban muestra de misericordia. Al fin la noche, mas piadosa que los hombres, cubrió con su benigno manto á los fugitivos, y las dispersas tropas de Pizarro llamadas por la trompeta, acudieron á reunirse en la ensangrentada plaza de Caxamalca.

Discrepan como de costumbre los autores en el número de los muertos. El secretario de Pizarro dice, que perecieron dos mil indígenas. [26]

ocurrió figurar una cosa semejante en el Perú, con lo cual conseguia al mismo tiempo lisonjear la vanidad de los Españoles y paliar la falta de valor de que eran acusados sus paisanos por haber cedido con tanta facilidad; porque si podia exigírseles que resistiesen á los hombres, seria una locura oponerse á los decretos del cielo. Mas la novelesca relacion de Garcilaso, tiene un no sé qué tan agradable á la imaginacion, que ha encontrado séquito entre la mayoría de los lectores. La crítica del agudo y escéptico Robertson puede servir de eficaz correctivo para los lectores ingleses.

26 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 199.

Un descendiente de los Incas, mejor autoridad que Garcilaso, hace subir su número á diez mil.[27] La verdad se halla generalmente entre los estremos. La matanza fué continua, porque no habia quien le pusiera término. No deberá parecer estraño que no hubiese resistencia, si se considera que las infelices víctimas no tenian armas y que el estraño y espantable espectáculo que repentinamente se presentó á su vista no dejó lugar ni aun á la reflexion. "¿Es maravilla," decia un antiguo Inca á un Español, quien nos lo refiere, "es maravilla que nuestros paisanos perdiesen el sentido, al ver correr la sangre como agua, y al Inca, cuya persona adoramos todos, cogido y llevado por un puñado de hombres.?"[28]

27 "Los mataron á todos con los caballos con espadas con arcabuces como quien mata ovejas —sin hacerles nadie resistencia que no se escaparon de más de diez mil, doscientos." Instruc. del Inca Titucussi, MS.

Este documento que consta de doscientas páginas en folio, está firmado por un Inca peruano, nieto del gran Huayna Capac, y por consiguiente sobrino de Atahualpa. Se escribió en 1570 con el objeto de esponer á S. M. Felipe II, los derechos de Titucuassi y su familia á la munificencia real. En el discurso de su Memorial el autor aprovecha la ocasion para recapitular los principales sucesos de los últimos años del imperio, y aunque bastante prolijo para agotar la paciencia hasta del mismo Felipe II, merece grande aprecio como documento histórico, por ser su autor un individuo de la estirpe real de los Incas.

28 Montesinos, Anales, MS., año 1532.

Segun Naharro no asustó tanto á los Indios el estruendo ocasionado por la repentina acometida de los Españoles; aunque fué tal "que los cielos parecian venirse abajo," como la aparicion que se vió en el aire durante la pelea; es á saber, una muger con un niño y á su lado un caballero vestido todo de blanco y montado en un corcel blanco como la

Mas aunque la matanza fué continua, duró muy corto rato. Todo el tiempo empleado en ella se redujo al breve crepúsculo de los trópicos, que no escede mucho de media hora; corto tiempo á la verdad, pero bastante para decidir de la suerte del Perú y destronar la dinastía de los Incas.

Cumplió Pizarro aquella noche la palabra que tenia dada al Inca de cenar con él. Sirvióse la cena en uno de los salones contiguos á la plaza, que pocas horas antes habia sido el teatro de la carnicería, y cuyo piso estaba todavía cubierto con los cadáveres de los vasallos del Inca. El monarca cautivo tomó asiento al lado de su vencedor. Segun se echaba de ver, no comprendia aun toda la estension de su desgracia, y si la comprendia manifestó una admirable fortaleza. "Son azares de la guerra," decia, [29] y si hemos de dar crédito á los Españoles, alabó la destreza con que habian conseguido apoderarse de él á la faz de todo su ejército. [30] Añadió que desde que desembarcaron los Españoles tuvo noticias puntuales de todos sus pasos; pero, que su cor-

nieve (sin duda el valiente Santiago) quien con su espada despidiendo rayos, heria á los enemigos y no les dejaba hacer resistencia. Refiere el buen padre este milagro descansando en el testimonio de tres frailes de su orden, que se hallaron presentes y lo oyeron decir á infinitos naturales. Relacion Sumaria, MS.

29 "Diciendo que era uso de Guerra vencer, y ser vencido." Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 2, cap. 12.

30 "Haciendo admiracion de la traza que tenia hecha." Relacion del Primer. Descub., MS.

to número le hizo formar un concepto despreciable de su poder. No le cabia duda de que con mucha facilidad podria vencerlos con sus fuerzas superiores cuando llegasen á Caxamalca, y como deseaba ver por sus propios ojos qué clase de gente eran, les habia dejado pasar las montañas, con intencion de separar algunos para su servicio, y despues de apoderarse de sus estrañas armas y caballos, dar muerte á los demas.[31]

No deja de ser probable que tales fuesen las intenciones de Atahuallpa, y así se esplica su omision en guardar los pasos de la sierra, donde podria haber escojido tan escelentes puntos de defensa. Pero que un príncipe tan astuto, como nos le pintan generalmente los Conquistadores, hiciese una confesion tan indiscreta de sus pensamientos ocultos, no es igualmente probable. Para entenderse con el Inca era preciso valerse del intérprete Felipillo, jóven malicioso segun parece, que queria mal á Atahuallpa, y cuyas interpretaciones admitian de buena voluntad los Españoles, deseando hallar en ellas algun pretesto para sus sangrientas represalias.

Atahuallpa, segun ya se ha dicho en otra parte, tenia entonces como treinta años de edad. Era bien formado y mas robusto que la genera-

31 "Y á lo que yo entiendo," dice uno de los Conquistadores que refiere esta conversacion, "tenia hartos motivos para creerlo; así, porque solo la milagrosa ayuda del cielo pudo habernos salvado." Ibid., MS.

lidad de sus compatriotas. Tenia cabeza grande, y su rostro podria llamarse hermoso si no tuviera los ojos sanguinolentos, lo que le daba cierta espresion de ferocidad. Hablaba pausadamente, era grave en sus modales, y con sus propios vasallos duro hasta la severidad; bien que con los Españoles se mostraba afable, y aun se permitia sus ratos de buen humor.[32]

Pizarro trataba á su real cautivo con todo miramiento, y se empeñaba en disminuir, ya que no podia disiparla del todo, la tristeza que anublaba la frente del monarca á pesar de su aparente serenidad. Le suplicaba que no se dejase abatir por sus reveses, porque igual suerte habian sufrido todos los monarcas que habian tratado de hacer resistencia á los blancos. Su venida á aquel pais tenia por objeto anunciar el evangelio y la religion de Jesucristo, y no era maravilla que hubiese triunfado cuando le protegia tan poderoso escudo. El cielo habia permitido que la soberbia de Atahuallpa fuese humillada, para castigarle por sus intenciones hostiles contra los Españoles, y por el desprecio con que habia tratado el sagrado volúmen. Pero exhortaba al Inca á que no se dejase abatir y tuviese confianza en él, porque los Españoles era de índole generosa y solo hacian guerra á los que les resistian, perdonando siempre á

32 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 203.

los vencidos.[33] Atahuallpa debió ver en la mañana de aquel dia una prueba bien estraña de esta ponderada benignidad.

Antes de recojerse dirigió Pizarro algunas breves razones á sus tropas sobre su situacion presente. Cuando supo que no habia ningun herido, les mandó dar gracias al cielo por tan patente milagro: díjoles que sin la proteccion de la Providencia, jamas habrian triunfado con tanta facilidad de un enemigo tan numeroso, y que confiaba en que les tendria reservados para acabar mayores empresas. Pero que si trataban de salir airosos, era preciso que pusiesen mucho de su parte. Que se hallaban en el corazon de un reino poderoso, rodeado de enemigos ciegamente adictos á su soberano, y así era menester que estuviesen siempre vigilantes y prontos á despertar al primer sonido de la trompeta.[34] Apostados luego los centinelas, puesta una fuerte guardia en la habitacion de Atahuallpa, y tomadas en fin todas las precauciones propias de un gefe cuidadoso, se retiró Pizarro á descansar, y si creia de corazon que en las sangrientas escenas del pasado dia, no habia hecho mas que pelear la buena batalla de la

33 "Nosotros vsamos de piedad con nuestros Enemigos vencidos, i no hacemos Guerra, sino á los que nos la hacen, i pudiendoles destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos." Ibid., tom. III. p. 199.

34 Ibid., ubi supra.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Cruz, sin duda que debió dormir con mas sosiego que en la noche que precedió á la captura del Inca.

A la mañana siguiente su primera orden fué que se limpiase la ciudad, y los prisioneros, que eran muchos, se ocuparon en levantar los muertos y en darles decente sepultura. Luego destacó una partida como de treinta caballos, á los cuarteles que ocupó últimamente Atahuallpa en los baños, para recojer el botin, y dispersar el resto de las fuerzas peruanas, que aun se mantenian en los alrededores de la ciudad.

Antes del medio dia regresó la partida trayendo consigo una turba de Indios, de ambos sexos, y entre ellos muchas mugeres y criadas del Inca. Los Españoles no habian encontrado resistencia, pues que los guerreros peruanos, aunque muy superiores en número, perfectamente equipados, y en su mayor parte jóvenes robustos, (porque las tropas veteranas estaban en el Sur con los generales del Inca,) perdieron todo el ánimo con perder á su rey. No habia gefe que ocupase su lugar, porque no reconocian otra autoridad que la del Hijo del Sol, y parecia que un encanto invisible les retenia cerca del lugar de su prision mientras que contemplaban á los blancos con una especie de reverencia supersticiosa, por haberse arrojado á ejecutar empresa tan atrevida.[35]

35 Desde entonces, dice Ondegardo, los Españoles que hasta

El número de prisioneros indios era tan grande, que algunos de los Conquistadores fueron de opinion que se les matase, ó a lo menos que se les cortasen las manos para inutilisarles é infundir terror á sus paisanos.[36] Esta propuesta vino sin duda de la hez de los soldados, pero basta el que llegasen á haderla, para conocer de qué clase de gente se componia la tropa de Pizarro. El capitan desechó la proposicion como impolítica é inhumana, y despachó los Indios á sus casas, asegurándoles que no se haria daño alguno á quien no opusiese resistencia á los blancos. Conservó sin embargo un número suficiente para el servicio de los Conquistadores, quienes quedaron tan bien habilitados en este punto, que hasta el mas triste soldado tenia una servidumbre que pudiera haberle envidiado un noble.[37]

Hallaron los Españoles en las cercanias del

allí habian sido conocidos con el nombre de *barbudos*, fueron llamados por los naturales *Viracochas*, aludiendo al color blanco de esta divinidad. La gente del Cuzco, que no tenia mucho amor al Inca cautivo, "miraba á los estrangeros," dice el autor, "como á enviados del mismo Viracocha" (Rel. Prim., MS.). Esto nos trae á la memoria una supersticion, ó mas bien preocupacion loable de los antiguos griegos, de que "Júpiter enviaba al estrangero."

36 "Algunos fueron de opinion, que matasen á todos los Hombres de Guerra, ó les cortasen las manos." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, t. III. p. 200.

27 "Cada Español de los que alli iban tomaron para sí muy gran cantidad tanto que como andaba todo á rienda suelta havia español que tenia docientas piezas de Indios i Indias de servicio." Conq. i Pob. del Piru, MS.

campamento numerosos rebaños de llamas, destinadas para el consumo de la corte. Los mas de ellos se dispersaron y se volvieron á sus montañas nativas; aunque Pizarro hizo reservar un gran número para el gasto del ejército. Y debieron ser muchos, porque uno de los Conquistadores dice, que habia dias en que se mataban ciento y cincuenta carneros del Perú.[38] Los Españoles procedieron á la verdad con tan poca prevision en el consumo de aquellos animales, que dentro de poco tiempo los magníficos rebaños criados con tanto esmero por el gobierno peruano, casi habian desaparecido.[39]

La partida enviada á despojar la habitacion del Inca, trajo consigo un copioso botin en alhajas de oro y plata, y entre ellas el servicio de mesa del Inca, cuyo tamaño y peso causó grande admiracion á los Españoles. Todo esto, con algunas gruesas esmeraldas que tambien se cogieron, y los ricos despojos hallados en los cuerpos de los nobles que perecieron en la matanza, se colocó en lugar seguro para proceder á su division mas adelante. En la ciudad de Caxamalca hallaron tambien las tropas almacenes provistos de ropas de lana y algodon,

38 "Se matan cada Dia, ciento i cinquenta." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 202.

39 Cieza de Leon. Crónica, c. 80.—Ondegardo, Rel. Seg., MS. "Hasta que los destruian todos sin haver Español ni Justicia que lo defendiese ni amparase." Conq. i Pob. del Peru, MS.

la mas fina y vistosa que hasta entonces habian visto. Estaban apiladas desde el suelo hasta el techo y en tan gran cantidad, que despues de que cada soldado hubo tomado cuanto quiso, no se advertia que hubiese disminuido el acopio.[40]

De buena gana habria marchado Pizarro al punto sobre la capital, pero la distancia era grande y su fuerza muy pequeña. Tenia ademas que separar de ella la guardia necesaria para custodiar al Inca, y recelaba internarse mas en un imperio tan fuerte y populoso, llevando consigo aquella importante presa. Asi es que deseaba con grande ansia algun nuevo refuerzo de las colonias, y envió un correo á San Miguel para que informase á los Españoles de su buena fortuna, y preguntase al mismo tiempo si habia llegado algun buque de Panamá. En el intermedio, deseando tener en Caxamalca lo mas necesario para un ejército cristiano, empleó su gente en levantar una iglesia, ó tal vez dispondria para el efecto algun edificio indio, en donde los frailes Dominicos celebraban el sacrificio de la misa con toda solemnidad. Las dirruidas cercas de al ciudad se reedificaron tambien con mas solidez

40 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 200.

Segun el Conquistador anónimo, habia lo suficiente para cargar muchos navíos. "Todas estas cosas de tiendas y ropas de lana y algodon eran en tan gran cantidad, que á mi parecer fueran menester muchos navios en que cupieran." Relacion del Primer. Descub., MS.

que antes, y en breve desaparecieron hasta los menores vestigios de la tormenta que acababa de sufrir.

No tardó mucho Atahualpa en descubrir al traves del zelo religioso que parecia animar á los Conquistadores, otro apetito oculto, mas poderoso en la mayor parte de ellos que la religion y el deseo de la fama. Era este el amor al oro, y resolvió aprovecharse de él para conseguir su libertad. El estado crítico de sus negocios exigia que esto se hiciese cuanto antes. Desde la derrota y prision de su hermano Huascar lo habia mantenido bajo buena guarda á disposicion del vencedor. Se hallaba entonces en Andamarca, no lejos de Caxamalca, y Atahualpa temia, no sin motivo, que cuando se esparciesen las nuevas de su propia prision, corrompiese Huascar con facilidad á sus guardas, se fugase, y volviese á empuñar el cetro sin tener ya rival que se lo disputase.

Con la esperanza, pues, de conseguir su intento, recurriendo á la avaricia de sus guardadores, un dia dijo á Pizarro que si queria ponerle en libertad, él se comprometia á cubrir de oro el piso del aposento en que se hallaban. Escucharon esto los circunstantes con una sonrisa de incredulidad, y viendo el Inca que no le respondian, continuó diciendo, "que no solo cubriria el suelo, sino que llenaria el aposento de oro

hasta donde alcanzase con la mano," y poniéndose de puntillas, estendió el brazo cuanto pudo, é hizo una señal en la pared. Todos se miraban asombrados, y consideraban aquello como la loca jactancia de un hombre á quien el deseo de recobrar su libertad le impide reflexionar sobre lo que promete. Mas sus palabras pusieron en grande duda á Pizarro. Conforme habia ido internándose en el pais, mucho de lo que habia visto, y cuando habia oido, confirmaba las doradas relaciones de los tesoros del Perú que á los principios recibiera. El mismo Atahuallpa le habia hecho la mas brillante pintura de las riquezas de su capital; en donde la techumbre de los templos estaba revestida de oro, las paredes cubiertas de tapices, y el piso embutido de trozos del mismo metal, y era preciso que todo esto tuviese algun fundamento. De todos modos lo mas seguro era aceptar la propuesta del Inca, porque cuando menos, de esa manera podia recojer de una vez todo el oro que este poseia, evitándose que los naturales lo hurtasen ó escondiesen. Así es que admitió la oferta de Atahuallpa; hizo trazar una linea roja á la altura que indicó el Inca, y mandó que el notario asentase en toda forma los términos de la propuesta. El aposento tenia como diez y siete pies de ancho y veinte y dos de largo, y la altura de la señal roja era de tres varas.[41] Aquel espacio debia

41 He adoptado las dimensiones apuntadas por el secreta-

llenarse de oro; pero no fundido y reducido á tejos, sino en la misma forma en que viniese labrado, para que los huecos fuesen en favor del Inca. Convino ademas en llenar dos veces de plata, en los mismos términos, una pieza contigua mas pequeña, y pidió dos meses para cumplir lo prometido.[42]

Apenas celebrado el convenio, despachó el Inca sus enviados al Cuzco y á los otros lugares principales de su reino, con órden de que se

rio Xerez. (Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 202.) Segun Hernando Pizarro el aposento tenia nueve piés de alto, pero treinta y cinco de largo por diez y siete ó diez y ocho de ancho. (Carta, MS.) Bastante grande es ya el cómputo mas moderado.

Dice Stevenson "que todavia enseñan, un cuarto grande, parte del antiguo palacio, que sirve ahora de habitacion al cacique Astopilca, en el cual estuvo preso el desgraciado Inca," y añade que todavía se descubre la línea trazada en la pared. (Residence in South America, vol. II. p. 163.) Se ven hoy en el Perú muchas ruinas contemporáneas de la conquista, y no seria estraño que se hubiese conservado la memoria de un lugar tan notable, aunque no fuese mas que como un recuerdo grato para los Españoles.

42 Los sucesos de que trata el párrafo precedente, se encuentran referidos con notable conformidad por los antiguos cronistas (Conf. Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Hern. Pizarro, MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, ubi supra.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 6.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 114.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 2, cap. 1.)

Tanto Naharro como Herrera afirman que Pizarro prometió al Inca su libertad si cumplia las condiciones. No confirman esto los otros cronistas; pero tampoco dan á entender que el Español desechase la propuesta. Y como Pizarro urgía á su prisionero para que cumpliese por su parte el contrato, debió ser bajo la inteligencia tácita, si no espresa, de que él lo cumpliria por la suya. No es creible de modo alguno que el Inca hubiera entregado sus tesoros, si no lo hubiese entendido así.

recogiesen todos los adornos y utensilios de oro de los palacios reales, de los templos y de los demas edificios públicos, y se enviasen sin dilacion á Caxamalca. En el entretanto siguió viviendo con los Españoles, tratado con el respeto debido á su rango, y gozando de toda la libertad compatible con la seguridad de su persona. Aunque no se le permitia salir, no se le echaron prisiones, y podia pasearse por su aposento, bajo la continua vigilancia de un centinela, que conocia demasiado la importancia del real prisionero para descuidarse ni un solo momento. Le permitian comunicar con sus mugeres favoritas, y Pizarro cuidaba de que nadie fuese á perturbarle en su encierro. Sus vasallos entraban libremente á verle, y cada dia venian á visitarle muchos Indios nobles, que le traian presentes y se dolian de la desgraciada suerte de su Señor. En tales ocasiones el mas poderoso de sus vasallos no se atrevia á entrar á su presencia sin despojarse primero de su calzado y tomar una carga á cuestas, en señal de respeto. Los Españoles veian con mucha curiosidad estas muestras de homenage, ó mas bien de sumision servil por una parte, y el aire de absoluta indiferencia con que eran recibidas por la otra, como una cosa ordinaria, y formaron una idea muy elevada de un príncipe que aun en su triste estado actual, sabia inspirar tal respeto á sus súbditos. Eran tantos los

que venian á hacerle la corte y tan grande el amor que sus vasallos mostraban al monarca cautivo, que al fin sus carceleros empezaron á verlos con cierta desconfianza.[43]

No despreció Pizarro tan buena oportunidad de comunicar á su prisionero las verdades reveladas, y asociado de su capellan el Padre Valverde se pusieron á trabajar en obra tan meritoria. Atahuallpa les escuchaba con paciencia y al parecer con atencion; pero nada le hizo tanta fuerza como el argumento con que cerró su discurso el soldado controversista: que el Dios que adoraba Atahuallpa no podia ser el verdadero, pues habia permitido que cayese en manos de sus enemigos. El desgraciado monarca reconoció la fuerza del argumento, y confesó que en efecto su Dios le habia abandonado cuando mas necesitaba de su ayuda.[44]

Mas el modo con que trataba á su hermano Huascar en aquellos mismos dias prueba claramente, que por mas respeto que manifestase á sus maestros, las doctrinas del cristianismo habian penetrado muy poco en su corazon. Tan luego como supo Huascar la prision de su rival

43 Relacion del Primer. Descub., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 6.

44 "I mas dijo Atabalipa, que estaba espantado de lo que el Gobernador le habia dicho: que bien conocia que aquel que hablaba en su Idolo, no es Dios verdadero, pues tan poco le aiudò." Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 203.

y el enorme rescate que ofrecia porque le soltasen, comenzó segun aquel habia previsto, á hacer toda clase de esfuerzos para recobrar su libertad, y envió ó trató de enviar un mensaje al capitan español, ofreciéndole un rescate mucho mayor que el prometido por Atahuallpa, quien como nunca habia residido en el Cuzco, no sabia cuantos eran los tesoros que allí habia, ni el lugar en donde se guardaban.

Supo todo esto Atahuallpa por medio de las personas que custodiaban á su hermano, y avivados los antiguos recelos con esta noticia, llegaron á su colmo con haberle dicho Pizarro que pensaba hacer que su hermano Huascar viniese á Caxamalca, para poder examinar por sí mismo la cuestion, y decidir cual de los dos tenia mejor derecho al cetro de los Incas. Pizarro conoció desde el principio las ventajas que debia procurarle esta contienda, pues podia hacer inclinar la balanza al lado que le pareciese, arrojando en ella su espada. Aquel que hubiese obtenido el cetro por su cooperacion, quedaria reducido á un mero instrumento de sus miras, del que se valdria para hacer su voluntad, mucho mejor que gobernando en su propio nombre. El lector recordará que el mismo camino siguió Eduardo I en los asuntos de Escocia, y otros muchos monarcas antes y despues de él; y aunque no es fácil que un soldado sin letras

recordase estos ejemplos, Pizarro era demasiado vivo y perspicaz para que necesitase, por lo menos en este punto, de las lecciones de la historia.

Mucho alarmó á Atahuallpa esta determinacion del capitan español, pues temia que la decision fuese favorable á Huascar quien dejando á parte sus derechos, podria ser mas útil para instrumento de los conquistadores por su carácter blando y flexible. Por lo mismo y sin dudar por mas tiempo resolvió, apartar de una vez de aquel estorbo, mandando dar muerte á su hermano.

Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas, y el desdichado príncipe fué ahogado, segun se dijo, en el rio de Andamarca, declarando al tiempo de espirar que los blancos vengarian su muerte y que su rival no le sobreviviria mucho tiempo.[45] Así pereció el desgraciado Huascar, el heredero legítimo del trono de los Incas, en la primavera de su vida, y al empezar su reinado. Muy corto fué este; pero bastante largo para que luciesen sus buenas prendas, aunque

45 Muy discordes están los historiadores sobre la clase de muerte que sufrió Huascar, y el lugar en que se verificó. Todos convienen en lo principal, es decir, en que le dieron muerte violenta por instigacion de su hermano. Conf. Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 3, cap. 2.—Xerez, Conq. del Péru, ap. Barcia, tom. III. p. 204.—Pedro Pizarro. Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 6.—Instruc. del Inga Titucussi, MS.

su índole blanda y generosa era poco apropósito para oponerse al carácter fiero y atrevido de su hermano. Tal es el retrato que nos han dejado él los cronistas indios y castellanos; mas es de advertir que los primeros pertenecian á la familia de Huascar, y los segundos ciertamente que no querian bien á Atahuallpa. [46]

Al recibir este príncipe la noticia de la muerte de Huascar dió muestras de sorpresa y profunda indignacion. Mandó llamar inmediatamente á Pizarro y le dió parte de aquel suceso con espresiones del mayor pesar. El capitan español no queria al principio dar crédito á la funesta noticia, y dijo secamente al Inca, que era imposible que su hermano fuese muerto, y que él le responderia de su vida. [47] A esto replicó el Inca asegurándole repetidas veces la verdad del suceso y añadiendo que lo habian hecho sin su conocimiento los guardas de Huascar, temerosos de que se les escapase aprovechándose de

46 Tanto Garcilaso de la Vega como Titucussi Yupanqui, eran descendientes de Huayna Capac, de la sangre pura peruana; enemigos naturales por lo mismo de su pariente de Quito, á quien miraban como á un usurpador. Quiso la suerte que tocase á Atahuallpa sufrir la invasion de los Castellanos, y es natural que estos tratasen de oscurecer la reputacion de su enemigo ensalzando el bello carácter de su rival, para que formase contraste con el suyo.

47 "Sabido esto por el Gobernador, mostrò, que le pesaba mucho: i dijo que era mentira, que no le habian muerto, que lo trujesen luego vivo: i sino, que èl mandaria matar à Atabaliba." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 204.

los disturbios del imperio. Despues de hacer varias pesquisas, halló Pizarro que no quedaba duda de la muerte de Huascar. El que los oficiales de Atahuallpa la hubiesen ejecutado, sin su orden espresa, daba tan solo á entender, que al tomar esta resolucion, no habian hecho tal vez otra cosa que anticiparse á los deseos de su señor. Este crímen, que á nuestros ojos parece mucho mas horrible por el parentesco que mediaba entre ambos príncipes, no debió parecer tan grave á los Peruanos, en cuyas complicadas familias los lazos de la fraternidad debieron ser muy débiles; demasiado débiles para que pudiesen detener el brazo del déspota que deseaba dejar libre de estorbos su camino.

CAPITULO VI.

LLEGA EL ORO PARA EL RESCATE.—VIAGE A PACHACAMAC.—DESTRUCCION DEL IDOLO.—EL GENERAL FAVORITO DEL INCA.—VIDA DE ESTE EN SU ENCIERRO.—CONDUCTA DE LOS ENVIADOS EN EL CUZCO.—LLEGADA DE ALMAGRO.

1533.

Muchas semanas se habian pasado desde que los enviados de Atahuallpa salieron en busca del oro y la plata que debian servir para su rescate; pero las distancias eran grandes y las remesas llegaban de tarde en tarde. Se componian estas principalmente de vasos y utensilios, tan gruesos y pesados, que algunos tenian hasta dos ó tres arrobas de peso. Otros dias solian llegar piezas valiosas treinta ó cuarenta mil pesos de oro, y á veces hasta cincuenta ó sesenta mil. Ibanseles los ojos á los Conquistadores tras de aquellos relucientes montones de oro, que traian en hombros los cargadores indios, y despues de tomar razon de ellos, se guardaban en lugar seguro, custodiados por una guardia respetable. Ya co-

menzaban á creer que el Inca cumpliria sus magníficas promesas; pero su avaricia en vez de saciarse con la vista de una riqueza tal como antes no se hubieran atrevido á figurársela, no hizo mas que avivarse y se volvieron aun mas exigentes. No querian tomar en cuenta las distancias y las dificultades del camino, y murmuraban abiertamente de la lentitud con que se ejecutaban las órdenes del rey. Llegaron á acusar á Atahuallpa de haber discurrido esta estratagema con el fin de tener un pretesto para comunicarse con sus súbditos de los lugares distantes; y de obrar con la mayor lentitud posible con el objeto de ganar tiempo para llevar á efecto sus designios. Corrieron voces de que los Peruanos trataban de levantarse, y los Españoles temian continuamente un ataque general y repentino á sus cuarteles. Sus nuevas adquisiciones no habian hecho mas que aumentar sus recelos, y á semejanza de un avaro temblaban en medio de sus tesoros.[1]

Pizarro dió parte á su cautivo de los rumores que corrian entre los soldados, añadiéndole que uno de los lugares señalados para la reunion de los Indios, era la vecina ciudad de Guamachucho. Atahuallpa le escuchó muy admirado, y lleno de indignacion negó el cargo que le hacia, por fal-

1 Zárate, Conq. del Perú, del Peru, ap. Barçia, tom. III. lib. 2, cap. 6.—Naharro, Relac. p. 204. Sumaria, MS.—Xerez, Conq.

so de principio á fin. "Ninguno de mis vasallos," dijo, "se atreveria á tomar las armas, ni aun á mover un dedo sin que yo lo mandase. "Me teneis en vuestro poder," añadió; "¿y no está mi vida á vuestra disposicion? ¿Qué mejor seguridad quereis de mi buena fé?" Hizo ver entonces al capitan español que habia algunos lugares sumamente distantes: que si bien por la posta y remudando correos, podia ir un mensaje de Caxamalca al Cuzco en cinco dias, se necesitaban semanas para que un cargador pudiese andar la misma distancia con una pesada carga á cuestas. "Mas para que os desengañeis," concluyó diciendo, "de que obro de buena fé, quiero que envieis algunos de los vuestros al Cuzco. Yo les daré un salvoconducto, y cuando lleguen allá, ellos mismos podran dar traza de que se ejecuten mis órdenes, y se desengañarán por sus propios ojos de que no hay quien piense en hostilizaros." No podia Atahuallpa ofrecer mas, y Pizarro aceptó al punto, deseoso de conseguir informes exactos y seguros sobre el estado del pais. [2]

Antes de que saliesen estos comisionados habia enviado el capitan español á su hermano Hernando con cosa de veinte caballos y algunos de infantería, para que verificase un reconoci-

2 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. pp. 203, 204.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.

miento hasta la vecina ciudad de Guamachucho, y averiguase si tenia algun fundamento la especie que corria de haber allí una reunion de tropas. Todo lo halló tranquilo Hernando, y los naturales le recibieron de paz. Pero antes de salir de allí recibió nuevas órdenes de su hermano para que se adelantase hasta Pachacamac, ciudad situada en la costa, á cien leguas lo menos de Caxamalca. Era famosa por hallarse en ella el gran templo del Dios del mismo nombre, que los Peruanos adoraban como á Criador del universo. Dícese que cuando estos llegaron por primera vez á aquella tierra, ya encontraron allí altares labrados en honor de esta divinidad, y era tanta la veneracion en que la tenian los naturales, que los Incas en vez de empeñarse en abolir su culto, tuvieron por mas prudente el dejar que continuase mezclado con el del Sol que ellos introdujeron. En las alturas que dominaban la ciudad de Pachacamac se veian juntos ambos templos, y cada uno se enriquecia con las ofrendas de sus respectivos devotos. "Fué singular concierto," esclama un antiguo escritor, "por cuyo medio el enemigo comun recogia doble cosecha de almas." [3]

3 "El demonio Pachacama alegre con este concierto, afirman que mostraua en sus respuestas gran contento: pues con lo uno y lo otro era el seruido, y quedauan las animas de los simples malauenturados presas en su poder." Cieza de Leon, Crónica, cap. 72.

Mas el templo de Pachacamac conservó siempre su nombradía, y los oraculos que salian del oscuro y misterioso santuario no gozaban de menos reputacion entre los naturales de *Tavantinssuyu* (nombre que significa "las cuatro partes del mundo," y era el del Perú en tiempo de los Incas) que los de Delfos entre los Griegos. Desde las regiones mas distantes acudian peregrinos á aquel lugar santo, y la ciudad de Pachacamac vino á ser para los Peruanos, lo que la Meca para los Mahometanos, ó Cholula para los pueblos de Anahuac. El santuario de la divinidad, enriquecido con los dones de los peregrinos, llegó á ser con el tiempo uno de los mas opulentos del imperio, y deseoso Atahuallpa de reunir su rescate lo mas pronto posible, instó á Pizarro para que enviase allá una partida, y pusiese en cobro los tesoros antes que los sacerdotes tuviesen tiempo de ocultarlos.

La jornada era harto penosa. Anduvieron las dos terceras partes del camino por las cumbres llanas de las cordilleras, interrumpidas solo por algunas crestas de las montañas que no estorbaban poco la marcha. Por fortuna en muchos trechos se aprovecharon del camino real del Cuzco, "y no hay otro en toda la cristiandad," exclama Hernando Pizarro, "que iguale á este camino de las sierras." [4] En algunos parages las su-

4 "El camino de las sierras es cosa de ver, porque en ver-

bidas eran tan escarpadas, que habia sido necesario formar escalones para que pudiesen vencerlas los caminantes, y aunque á uno y otro lado estaban resguardadas con pretiles de piedra, costó mucho trabajo conseguir que las subiesen los caballos. A cada paso se hallaban el camino cortado por rios y arroyos; pero todos con sus puentes de madera ó de piedra, aunque algunas veces bajaban los torrentes con tanta furia por las pendientes de las montañas, que no habia otro modo de pasarlos si no era por los peligrosos puentes de bejuco, que todavia no eran muy conocidos de los Españoles. En ambas orillas estaban muy bien asegurados en robustos estribos de piedra; pero como no se habian hecho mas que para los viajeros de á pié y los llamas, y á primera vista parecian muy débiles, dudaban los Españoles en aventurarse á pasarlos con sus caballos. La esperiencia, sin embargo, probó muy pronto que eran capaces de sostener un peso mucho mayor, y aunque los viajeros se desvanecian con el movimiento de tan largas sogas, y miraban con la cabeza trastornada el impetuoso torrente que pasaba por debajo á una profundidad de ciento ó mas pies, toda la caballería pasó sin accidente alguno. Es de notar que en estos puentes encontraron empleados puestos por

dad en tierra tan fragosa en la cristiandad se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de la calzada." Carta, MS.

el gobierno para cobrar peage á todos los pasageros.[5]

Admirados quedaron todos los Españoles al ver los muchos y grandes rebaños de llamas que hallaron paciendo la mezquina yerba que se cria en las regiones elevadas de los Andes. Vieron algunos encerrados en cercas; pero comunmente andaban sueltos al cuidado de sus pastores. Allí supieron por primera vez los Españoles que se cuidaban tanto estos animales, y trashumaban con tanta puntualidad como en su tierra los numerosos rebaños de merinos.[6]

Los llanos de las cumbres y sus descensos, se hallaban cubiertos de pueblos y ciudades, algunas de estension considerable, y por todos lados se veia labrada la tierra con el mayor esmero. Habia sementeras de maiz en todos los diversos estados de esta planta: desde verde y tierna,

5 "Todos los arroyos tienen puentes de piedra ó de madera: en un rio grande, que era muy caudaloso é muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver; pasamos por ellas los caballos; tienen en cada pasaje dos puentes, la una por donde pasa la gente comun, la otra por donde pasa el señor de la tierra ó sus capitanes: estas tienen siempre cerrada é indios que la guardan; estos indios cobran portazgo de los que pasan." Carta de Hern. Pizarro, MS.—Tambien Rel. del Primer. Descub., MS.

6 El impresor de la escelente traduccion de Xerez por Mr. Ternaux-Compans, dejó escapar una risible errata en la relacion de esta jornada.—"On trouve sur toute la route beaucoup de porcs, de lamas." (Relation de la Conquête du Pérou, p. 157.) El haber puesto *porcs* en vez de *parcs*, podria dar motivo á que el lector creyese que habia cerdos en el Perú antes de la conquista.

hasta amarilla y pronta para la cosecha. Cuando bajaban á los valles y profundas cañadas que dividen las cumbres de las cordilleras, se encontraban con la vejetacion de un clima mas cálido, que deleitaba la vista con la riqueza y variedad de sus colores, y embriagaba los sentidos con sus perfumes. A la natural feracidad del suelo se agregaba un riego abundante y bien distribuido, porque allí no se desperdiciaba una gota del mas pequeño arroyuelo que bajase de los Andes, y en los anderies formados en las pendientes de las montañas no se veian mas que jardines y vergeles cargados de los frutos de diversas latitudes. Los Españoles no se cansaban de admirar la industria con que aquellos naturales habian sabido aprovecharse de los dones de la naturaleza, ó suplir su falta en los lugares en que anduvo mas mezquina.

Fuese por respeto á los mandatos del Inca, ó por el temor que sus propias hazañas habian causado en toda aquella tierra, lo cierto es que los Conquistadores fueron recibidos de paz por cuantos pueblos pasaron, hallando prevenidos en ellos alojamientos, y víveres sacados de los bien provistos pósitos que habia por los caminos. En las mas de las ciudades salian los habitantes á recibirles con músicas y danzas, y cuando continuaban su marcha se presentaba

un número suficiente de robustos cargadores para llevar á cuestas el bagage.[7]

Por último, despues de algunas semanas de viage, harto penoso á pesar de todos estos auxilios, dió vista Pizarro á la ciudad de Pachacamac. Era un lugar de bastante poblacion, y sus principales edificios de mucha solidez. El templo de la divinidad tutelar era un vasto edificio de piedra, ó mas bien un monton de edificios, que agrupados en derredor de una colonia, parecian antes una fortaleza que una casa religiosa. Pero aunque las paredes eran de piedra, los techos solo eran de ligera paja, como es costumbre en los paises en donde rara vez ó nunca llueve, y en donde por consiguiente el principal objeto del techo es defender de los ardores del sol.

Al presentarse Hernando Pizarro en la entrada del templo, le atajaron el paso los porteros; pero diciendo "que habia andado demasiado para que ahora le detuviese un sacerdote indio," se abrió paso por en medio de ellos, y seguido de su gente fué subiendo por una galería hasta salir en lo mas alto del monte á una plazoleta, en cuyo estremo habia una como capilla, con la puerta muy adornada de pedazos de cris-

7 Carta de Hern. Pizarro, MS.—Estete, ap. Barcia, tom. III, pp. 206, 207.—Relacion del Primer. Descub., MS.

Viendo los sencillos naturales que el cielo no tenia rayos para los Conquistadores, y que el poder de su Dios no alcanzaba á impedir la profanacion de su santuario, fueron acudiendo y entregándose á los estrangeros, á quienes miraban ya con cierto temor y respeto supersticioso. Pizarro se aprovechó de esta disposicion para arrancarles, si era posible, de la idolatria, y aunque no era predicador, pronunció un discurso, lo mas edificante sin duda que podia esperarse de un soldado; [10] y por último les enseñó á persignarse, como preservativo eficaz para lo sucesivo contra los ardides del demonio. [11]

Pero sus tareas espirituales no absorbian de tal manera la atencion del capitan español, que se olvidase de los negocios temporales que le habian traido á aquel lugar. Sintió gran pesadumbre al saber que habia llegado demasiado tarde, y que los sacerdotes de Pachacamac, sabedores de su venida, habian recogido la mayor parte del oro y marchádose con él antes de su llegada. Pasado tiempo se desenterró alguno en las inmediaciones. [12] La cantidad que se ha-

10 "E á falta de predicador les hice mi sermon, diciendo el engaño en qué vivian." Carta de Hern. Pizarro, MS.

11 Ibid., MS.—Relacion del Primer. Descub, MS.—Estete, ap. Barcia, tom. III. p. 209.

12 "Y andando los tiempos el capitan Rodrigo Orgoñez, y Francisco de Godoy, y otros sacaron gran summa de oro y plata de los enterramientos. Y aun se presume y tiene por cierto, que ay mucho mas: pero como no se sabe donde está enterrado, se pierde." Cieza de Leon Crónica, cap. 72.

lló ahora fué sin embargo considerable, pues no bajaba de ochenta mil castellanos; suma que en otro tiempo se hubiera considerado mas que suficiente para compensar mayores trabajos, que los sufridos en esta vez. Pero los Españoles se habian familiarizado con el oro, y exaltada su imaginacion por las novelescas aventuras en que se habian visto empeñados, se entregaba á ensueños que todo el oro del Perú apenas alcanzaba á realizar.

Hizo sin embargo Hernando en esta espedicion una presa que casi llegó á consolarle de la pérdida del tesoro que se le habia escapado. Cuando estaba todavia en Pachacamac, supo que el general indio Challcuchima se hallaba con fuerzas considerables en las cercanias de Jauja, ciudad fuerte situada á grande distancia entre las montañas. Este gefe, pariente cercano de Atahuallpa, era el mas esperimentado de sus generales, y en union de Quizquiz, que se hallaba en el Cuzco, habia conseguido en el Sur las victorias que colocaron al Inca sobre el trono. Por su cuna, su talento y su larga esperiencia, se le consideraba como el primer vasallo del reino, y Pizarro conocia lo importante que era asegurar su persona. Viendo que el Indio rehusaba verse con él á su vuelta, determinó marchar en derechura á Jauja, y prenderle en sus propios cuarteles. Semejante proyecto, consi-

derando la enorme desproporcion de las fuerzas podria parecer desesperado aun para Españoles. Pero su fortuna les habia dado tal confianza, que ya tenian á menos el calcular los riesgos.

El camino de las sierras ofrecia ahora mayores dificultades que en la marcha precedente. Para colmo de los trabajos de la caballería, se consumieron las herraduras de sus caballos, padeciendo mucho los cascos de los animales por lo desigual y pedregoso del terreno. Hierro no lo habia, y solo podian echar mano del oro ó de la plata. Urgidos por las circunstancias tuvieron que resolverse á ello, y Pizarro hizo poner herraduras de plata á todos los caballos de su tropa. Los artífices indios se encargaron de labrarlas, y salieron tan bien, que mientras duró aquella jornada continuaron sirviéndose de aquel precioso metal á falta de hierro. [13]

Jauja era una ciudad grande y populosa, aunque se hace duro dar crédito á lo que afirman los Conquistadores, de que diariamente se reu-

13 "Hicieron hacer herrage de herraduras é clavos para sus Caballos de Plata, los cuales hicieron los cien Indios fundidores muy buenos é cuantos quisieron de ellos, con el cual herrage anduvieron dos meses." (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 16.) El autor de la Relacion del Primero Descubrimiento, MS., dice que herraron los caballos con plata y cobre. Y otro conquistador asegura que fué con oro y plata. (Relatione d'un Capitano Spagnuolo, ap. Ramusio, Navigationi e Viaggi) Vencia, 1565, (tom. III. fol. 376.) Todos convienen en la plata.

nian en la plaza cien mil personas. [14] Díjose allí que el general indio estaba acampado á pocas millas de la ciudad con un ejército de treinta y cinco mil hombres. Costó algun trabajo conseguir que se prestase á tener una entrevista con Pizarro, quien le habló cortesmente y le instó para que volviese con él á los cuarteles castellanos, dándole á entender que asi lo mandaba el Inca. Desde que este fué preso, Challcuchima no se habia resuelto á tomar ningun partido. La prision del Inca por unos hombres que parecian caidos de las estrellas, de un modo tan estraño é inesperado, y precisamente cuando triunfaba de sus enemigos, habia trastornado completamente al general peruano. No habia discurrido ningun medio para restituir la libertad á Atahuallpa, bien que ni aun sabia si una tentativa de esta clase seria de su aprobacion. Obedeció, pues, sus órdenes porque de todas maneras deseaba tener una entrevista con su soberano, y Pizarro logró su objeto sin necesidad de desenvainar su espada. Cuando el Indio tenia que hacer frente al blanco parece que sentia la superioridad de su inteligencia, del mismo modo que la mirada firme del cazador, dicen que humilla y subyuga las fieras de la selva.

14 "Era mucha la Gente de aquel Pueblo, y de sus Comarcas, que al parecer de los Españoles, se juntaban cada dia en la Plaça Principal cien mil Personas." Estete, ap. Barcia, tom. III. p. 230.

Vino Challcuchima seguido de una numerosa comitiva, en unas andas que traian en hombros sus vasallos, y cuando iba caminando con los Españoles, le recibian los habitantes de los pueblos por donde pasaba con aquellas muestras de respeto que solo se dan á los favoritos del monarca. Mas toda esta pompa desapareció en cuanto llegó á la presencia del Inca, á donde entró con los piés descalzos, y en los hombros una pequeña carga que le dió uno de sus sirvientes. Cuando estuvo delante del Inca, alzó las manos al cielo el anciano guerrero, y esclamó; "¡ojalá hubiese yo estado aquí, que esto no hubiera sucedido!" y arrodillándose, besó las manos y pies de su señor, regándolos con sus lágrimas. Atahuallpa por su parte no manifestó la menor emocion, ni dió mas muestra de contento al ver delante de sí á su consejero favorito, que el darle la bienvenida. La frialdad del monarca formaba estraño contraste con el leal entusiasmo del vasallo [15].

La gerarquía del Inca le ponia á una inmensa distancia sobre el mas altivo de sus vasallos, y los Españoles tuvieron mas de una vez ocasion de admirar el predominio que aun en medio de su infortunio conservaba sobre su pueblo, y el

15. Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

"Aquí se ha visto una cosa," esclama Estete, "que no se ha visto despues que las Indias se descubrieron." Ibid., p. 231.

respeto y temor con que todos se llegaban á él. Pedro Pizarro refiere una entrevista, á que se halló presente, entre Atahuallpa y uno de los principales nobles, que habia conseguido licencia para hacer un viage largo, con la condicion de volver para cierto dia. Llegó sin embargo un poco despues del tiempo fijado, y al presentarse á su soberano con una pequeña ofrenda propiciatoria, le temblaban tan fuerte las rodillas, dice el cronista, que parecia próximo á dar consigo en tierra. Pero su señor le recibió afablemente, y le despachó sin hacerle reconvencion alguna.[16]

Continuaban siempre los Españoles tratando con el mismo respeto á Atahuallpa. Enseñáronle á jugar á los dados y aun al ajedrez, juego mas complicado en que llegó á ser muy diestro, gustando de distraer con él las largas horas de su cautividad. Con sus propios vasallos conservaba hasta donde era posible la antigua pompa y etiqueta. Sus esposas y concubinas le servian como de costumbre á la mesa, y en todo lo demas que se le ofrecia. En la pieza inmediata se hallaban siempre de guardia algunos de sus nobles; pero jamas se atrevian á entrar á su presencia sin ser llamados, y cuando lo hacian, tenian que sujetarse á las mismas formalidades humillantes que sufria el primero de sus vasa-

16 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

llos. El servicio de su mesa era de oro y plata, sus vestidos, que mudaba con frecuencia, eran de lana de vicuña, tan fina que parecia seda, y á veces solia ponerse otros hechos de pelo de murciélago, tan suaves y lustrosos como terciopelo. Conservaba todavía el *llautu*, que era una como banda finísima de diversos colores que daba varias vueltas al rededor de la cabeza, y aun la *borla* encarnada, cuyos hilos entremezclados de oro le caian sobre las cejas. Gustaba de conservar las insignias de la magestad aun despues que habia perdido el poder. Nadie podia hacer uso de ningun trage ni mueble que hubiese servido al Inca, sino que cuando lo desechaba, se guardaba en un lugar á propósito, y despues se quemaba. Se hubiera tenido por un sacrilegio el destinar á usos profanos, cualquiera cosa que habia sido santificada por el contacto del Inca.[17]

Poco despues de estar de vuelta la partida que fué á Pachacamac, regresaron tambien los tres enviados que habian ido al Cuzco, dando muy buena cuenta de su comision. Por respeto á las órdenes del Inca, y por el temor que ya inspiraban los Españoles en toda aquella tierra, fueron recibidos de paz en todas partes. Los

17. Esta descripcion de las costumbres y modo de vivir de Atahuallpa, está tomada de Pedro Pizarro, quien trató muchas veces con él durante su cautividad. Como su curiosa relacion es todavía poco conocida, he colocado el pasaje original en el *Apéndice*, núm. 9.

naturales les llevaban en hombros en las *hamacas* ó literas del pais, y como en su jornada no tuvieron que apartarse del camino real, encontrando en él á distancias fijas cargadores indios que relevasen á los otros, anduvieron las doscientas leguas que hay hasta el Cuzco, no solo sin molestia, sino con el mayor regalo. Pasaron por muchas ciudades considerables, y siempre fueron tratados por los Indios como seres superiores á ellos. En el Cuzco fueron mayores las fiestas, y mayor el agasajo con que les recibieron los naturales, hospedándoles magníficamente y apresurándose á prevenir sus menores necesidades.

Confirmaron á Pizarro sus enviados todo lo que antes habia oido referir de la poblacion y riqueza de la ciudad. Aunque habian permanecido en ella mas de una semana, no habian tenido tenido tiempo para verla toda. El templo mayor del Sol estaba literalmente cubierto de planchas de oro; entraron adentro y vieron las momias reales, sentadas cada una en su sillon guarnecido de oro, y vestidas de suntuosos ropages. Los Españoles tuvieron la delicadeza de respetarlas como se lo tenia encargado el Inca; pero exigieron que se arrancasen las láminas de oro que cubrian las paredes. Los Peruanos obedecieron muy de mala gana las órdenes dadas por el Inca para despojar el templo

nacional, que todo vecino de la ciudad miraba con particular orgullo y veneracion. De mejor voluntad se prestaron á ayudar á los Conquistadores en la tarea de quitar los adornos de otros edificios, cuyo oro, sin embargo, era de mucho menos valor por estar muy ligado.[18]

Setecientas planchas arrancaron del templo del Sol, y aunque seguramente no serian muy gruesas, las comparan á unas tablas de caja de diez ó doce pulgadas de ancho.[19] Una cornisa de oro puro rodeaba el edificio; pero estaba tan bien asegurada en la piedra, que por fortuna resistió á los esfuerzos que hicieron para arrancarla. Los Españoles se quejaban del poco empeño que tomaron los Indios en aquella obra de destruccion, y decian que no les habian dejado ver otros parajes de la ciudad en que habia edificios con gran cantidad de oro y plata. Lo cierto es, que siendo la comision que llevaban harto desagradable de por sí, ellos consiguieron hacerla insoportable por el modo con que la desempeñaron. Los enviados eran hombres de baja ralea, y desvanecidos por los honores que recibian de los naturales, llegaron á creerlos me-

18 Rel. d'un Capit. Spagn., ap. Ramusio, tom. III. fol. 375. —Pedro Pizarro, Desc. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 2, cap. 12, 13. (*)

(*) Esta cita está evidentemente errada; entiendo que debe leerse lib. 3, cap. 1 y 2.—*N. del T.*

19 "I de las Chapas de oro, que esta casa tenia, quitaron setecientas Planchas. . . . à manera de Tablas de Caxas de à tres, i à quatro palmos de largo." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 235.



recidos, y despreciabán á los pobres Indios como á gente muy inferior á la europea. No solo mostraron la mas repugnante rapacidad, sino que trataron á las personas mas distinguidas con descarada insolencia. Dicen que llegaron hasta á quebrantar la clausura de los conventos, lastimando las ideas religiosas de los Peruanos por sus escandalosos tratos con las Vírgenes del Sol. Los moradores del Cuzco llegaron con aquellos ultrages á tal grado de exasperacion, que habrian acabado con los emisarios, si no hubiese sido por el gran respeto que tenian siempre á las órdenes del Inca, en cuyo nombre venian los Españoles. Lo que hicieron fué recojer á toda prisa el oro que bastara á contentar á sus importunos huéspedes, para verse libres de ellos lo mas pronto posible. [20] Pizarro cometió una grave falta en escojer á semejantes hombres. Habia caballeros en su escuadron, que segun lo habian demostrado otras veces, sabian conducirse de otra manera por respeto á sí propios ya que no por respeto á los naturales.

Los enviados trajeron consigo, fuera de la plata, doscientas cargas de oro. [21] Esto produ-

20 Herrera, Hist. General, ubi supra.

21 Así lo dice el secretario de Pizarro. "I vinieron docientas cargas de Oro, i veinte i cinco de Plata." (Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, ubi supra.) Dice que cada carga la traian cuatro indios." "Cargas de paligueres, que las traen quatro Indios." El significado de la voz *paliguéres*, que no es castella-

cia ya un regular aumento en lo entregado por Atahuallpa, y aunque el tesoro no llegaba todavia con mucho á la señal, el monarca se alegraba al ver que se iba acercando la hora de recobrar su libertad.

Poco antes habia ocurrido un suceso que cambió la situacion de los Españoles, é influyó de un modo muy desfavorable en la suerte del Inca. Fué este la llegada de Almagro á Caxamalca, con un refuerzo considerable. Este capitan, á costa de infinitos trabajos, habia conseguido alistar tres navíos, y reunir una fuerza como de ciento cincuenta hombres, con los que dió á la vela de Panamá á fines del año presente. En el camino se le agregaron otras tropas procedentes de Nicaragua, con lo que llegó á contar en su escuadron ciento cincuenta hombres de á pié y cincuenta de á caballo, bien provistos de armas y municiones. La escuadrilla iba dirigida por el esperimentado piloto Ruiz; pero despues de pasar la bahia de San Mateo, tuvo que ir avanzando muy poco á poco junto á la costa, luchando como siempre contra los vientos contrarios y las corrientes, y sufriendo todos los trabajos consiguientes á tan dilatada navega-

na, es dudoso. Mr. Ternaux-Compans supone con bastante ingeniosidad, que debe haber sido alguna cosa parecida á *palanquin*, con cuya voz tiene cierta analogía (*).

(*) Mas natural me parece suponer que "paligueres" es corrupcion de "parihuelas," nombre castellano de un utensilio bien conocido. *N. del T.*

cion. Sea cual fuere la causa, no halló Almagro quien le diese noticia de Pizarro, y sus soldados se desanimaron de tal modo, por ser la mayor parte novicios en la carrera, que cuando llegaron á Puerto Viejo, quisieron abandonar la espedicion y volverse á Panamá. Por fortuna un buque de la escuadrilla que habia despachado Almagro á Tumbez trajo nuevas de Pizarro, y de la colonia fundada en San Miguel. Muy satisfecho Almagro con tales noticias, continuó su viage, y logró por fin llegar á San Miguel, con toda su gente, en los últimos dias del mes de Diciembre de 1532. Allí supo que Pizarro despues de pasar las sierras, habia conseguido hacer prisionero al Inca, y á poco le informaron tambien del enorme rescate que este habia ofrecido por su libertad. Almagro y sus compañeros quedaron asombrados al recibir estas nuevas, y al ver un cambio en la fortuna de su socio, tan repentino y maravilloso que parecia cosa de mágia. Al mismo tiempo recibió un aviso de los colonos aconsejándole que no se entregase en poder de Pizarro, porque era público que le tenia mala voluntad.

Apenas llegó Almagro á San Miguel, cuando volaron á Caxamalca las nuevas de su arribo, acompañadas de una carta reservada de su secretario Perez dirigida á Pizarro, en que le decia que su compañero no era venido con inten-

cion de ayudarle en sus empresas, sino con el fin de formar una gobernacion separada. Parece que ambos capitanes se hallaban rodeados de hombres mezquinos y desasosegados que se empeñaban en enemistarles, esperando sin duda el sacar provecho de su rompimiento.

Por esta vez, sin embargo, no tuvieron éxito sus infames maquinaciones. Pizarro se llenó de regocijo al saber la llegada de un refuerzo tan considerable, con el que ya podia seguir aprovechando su buena fortuna, como tanto deseaba, y continuar la conquista del pais. De la esquela del secretario apenas hizo caso, puesto que cualquiera que fuese la intencion con que vino Almagro, Pizarro estaba seguro de que al ver la riqueza de la mina que él habia descubierto, no tardaria en venir á ayudarle á trabajarla. Tuvo, pues, la generosidad (por que lo es seguramente el sobreponerse á las sugestiones de una mezquina rivalidad, para escuchar las razones de la sana política) de mandar un espreso á su antiguo camarada, convidándole con mil protestas de amistad, á venir á Caxamalca. Almagro, cuyo carácter franco y nada suspicaz ya conocemos, recibió aquella carta con la misma disposicion de ánimo con que fué escrita, y sin detenerse mas que lo muy preciso, emprendió su marcha al interior. Pero antes de partir de San Miguel, descubierto ya el infa-

me manejo de su secretario, le hizo pagar su traicion haciéndole ahorcar allí mismo.[22]

Llegó Almagro á Caxamalca á mediados de Febrero de 1533. Los soldados de Pizarro salieron á recibir á sus compatriotas, y los dos capitanes se abrazaron cordialmente con visibles muestras de satisfaccion. Echáronse en olvido todas las pasadas diferencias, y no parecian pensar en otra cosa sino en ayudarse mutuamente, para aprovecharse del brillante campo que se abria á su ambicion en la conquista de aquel imperio.

Habia sin embargo en Caxamalca un hombre que miraba la llegada de los Españoles, de muy diverso modo que los paisanos de ellos. Este hombre era Atahuallpa, quien solo veia en los recien venidos un nuevo enjambre de langostas que caia sobre su infeliz nacion, y consideraba que mientras se multiplicasen de ese modo sus enemigos, seria mas dificil el recobrar su libertad, ó el conservarla si llegaba á conseguirla. Una circnstancia ocurrió entonces, insignificante de por sí, pero que abultada por la supersticion, vino á poner el colmo á la angustia del monarca.

Vieron unos soldados en el cielo una figura

22 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. pp. 204, 205.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Relac. del Primer. Descub., MS.—Herrera, Hist. General dec. 5, lib. 3, c. 1.

estraña; una especie de meteoro, ó tal vez un cometa, y la mostraronn á Atahuallpa. Este la estuvo contemplando con atencion durante algunos minutos, y al cabo esclamó, "que una cosa semejante se habia visto en el cielo poco antes de la muerte de su padre Huayna Capac." [23] Desde entonces se apoderó de él una profunda tristeza, y se llenó de dudas y temores vagos sobre el porvenir. Así sucede que en tiempos de peligro, el alma, lo mismo que los sentidos, recibe al punto las mas ligeras impresiones, y á la menor alteracion en el curso ordinario de la naturaleza, que en tiempos comunes á nadie habria llamado la atencion, el espíritu supersticioso luego se afana por encontrarle significado, y alguna relacion, sea cual fuere, con su propio destino.

23 Rel. d'un Capit. Spagn., ap. Ramusio, tom. III. fol. 377. —Cieza de Leon, Crónica, cap. 65.

CAPITULO VII.

VALOR INMENSO DEL TESORO.—SU DISTRIBUCION ENTRE LAS TROPAS.—RUMORES DE UN ALZAMIENTO.—PROCESO DEL INCA.—SU EJECUCION.—REFLEXIONES.

1533.

La llegada de Almagro cambió del todo los proyectos de Pizarro, porque ya con su ayuda podia comenzar de nuevo la campaña, estendiendo sus conquistas hacia el interior. El único obstáculo con que tropezaba era el rescate del Inca. Los Españoles habian esperado con paciencia hasta que la vuelta de los enviados al Cuzco aumentó considerablemente el tesoro, si bien aun no llegaba á la linea demarcada. Ya entonces su codicia se sobrepuso á su paciencia, y comenzaron á clamar porque se procediese al punto á la distribucion del oro. Esperar por mas tiempo, decian ellos, solo serviria para provocar un ataque de los enemigos, atraidos por tan brillante cebo. En tanto que el tesoro permaneciese así, ningun individuo conocia su valor, ni sabia lo que debia tocarle de él. Era me-

jor distribuirlo al punto, y que cada uno guardase y defendiese lo suyo. Habia ademas algunos que deseaban volver á su patria, llevándose su oro á donde lo creyesen seguro. Pero estos eran pocos, comparados con los muchos que solo ansiaban por salir de Caxamalca y marchar desde luego sobre el Cuzco. Creian estos que en la capital, les aguardaba mas oro del que podrian conseguir alli deteniendose por mas tiempo; mientras que debian aprovecharse hasta las horas para impedir que los habitantes escondiesen sus tesoros, como ya habian dado muestras de querer hacerlo.

Ninguna razon hizo tanta fuerza en el ánimo de Pizarro como esta última, y bien conocia que sin ganar la capital, no podria llegar á hacerse dueño del imperio. Quedó, pues, todo allanado para que inmediatamente se hiciese el reparto del tesoro.

Mas antes de proceder á ello era preciso reducirlo todo á barras de una misma ley; porque el rescate se componia de una multitud de piezas cuyo oro no era todo de igual pureza. Habia entre ellas copas, platos, salvillas, vasos de todas formas y tamaños, alhajas y utensilios de los templos y palacios reales, tejas y planchas para adorno de los edificios públicos, y curiosas imitaciones de diversas plantas y animales. Entre las plantas la mas notable era la caña del

maiz con su mazorca de oro asomando entre las anchas hojas de plata, y con su barba tambien de plata colgando en el estremo. Llamó tambien mucho la atencion una fuente con un brillante surtidor de oro, y varios pájaros y animales del mismo metal jugueteando en sus aguas. La delicadeza del trabajo en algunas figuras, y la belleza é ingeniosidad de la forma, escitaron la admiracion de jueces mas competentes que los incultos conquistadores del Perú. [1]

Antes de destruir estas muestras de las artes indianas, se dispuso enviar algunas de ellas al emperador, rebájandose su valor del quinto real, con el objeto de que sirviesen de pruebas de la industria de los naturales, y le diesen á conocer el valor de sus nuevas conquistas. Se escogieron las mas hermosas preseas hasta completar el valor de cien mil ducados, y se nombró á Hernando Pizarro para que las llevase á España. Iba tambien encargado de conseguir una audiencia del emperador, para poner á sus pies aquellos tesoros, y hacerle al mismo tiempo un relacion de los hechos de los Conquistadores, pidién-

1 Relatione de Pedro Sancho, ap. Ramusio, Viaggi, tom. III. fol. 399.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 233.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2. cap. 7.

Oviedo vió en Santo Domingo las cosas que Hernando Pizarro llevaba á Castilla, y menciona diversos vasos de oro finísimo primorosamente labrados y cincelados, de doce pulgadas de alto y treinta de vuelo. Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 16.

dole que les acrecentase sus poderes y dignidades.

No habia en todo el ejército un hombre mas apropósito para esta comision que Hernando Pizarro, por su educacion y conocimiento de los negocios; ni quien pudiera manejar el asunto, con mas probabilidades de buen éxito, en la altiva corte castellana. Pero hubo ademas otros motivos para que se acordasen de él en esta ocasion.

La llegada de Almagro al campamento revivió la antigua rivalidad mal apagada en el pecho de Hernando, y le causó harto disgusto, que no se cuidaba de ocultar. Consideraba que solo habia venido á participar de los despojos de la victoria, y á defraudar á su hermano de los honores que le pertenecian. En vez de corresponder, como debiera, al cordial saludo que le hizo Almagro la primera vez que se vieron, el altanero hidalgo no hizo mas que guardar silencio. Causó grave disgusto á su hermano Francisco esta conducta, que amenazaba revivir sus antiguas discordias, y consiguió que Hernando fuese con él al aposento de Almagro y allí disculpase en algun modo su descortesia.[2] Pero apesar de esta reconciliacion aparente, el general juzgó que debia aprovechar aquella coyuntura para alejar á su hermano del teatro de la guer

2 Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 3, cap. 3.

ra, en donde su genio inquiéto hacia mas daño que provecho sus distinguidos servicios. [3]

La operacion de fundir las piezas fué encargada á los plateros indios, quienes de este modo se vieron obligados á destruir las obras de sus propias manos. Trabajaban dia y noche; pero era tanto lo que se habia de fundir, que gastaron un mes entero en la operacion. Una vez reducido todo á barras de igual ley, se pesaron escrupulosamente en presencia de los veedores reales. Hallóse que el valor total del oro subia á un millon trescientos veinte y seis mil quinientos treinta y nueve *pesos de oro*, que teniendo en cuenta el mayor valor de la moneda en el siglo diez y seis, equivaldrian probablemente en nuestros dias á algo menos de *quince millones y medio de pesos*. [4] La cantidad de plata se estimó en cin-

3 Segun Oviedo, convinieron en que del rescate del Inca se daria á Hernando Pizarro una parte mayor de la que le correspondia, con la esperanza de que viéndose tan rico se le quitaria la gana de volver nunca al Perú. "Trabajaron de le embiar rico por quitarle de entre ellos, y porque yendo muy rico como fué no tubiese voluntad de tornar à aquellas partes." Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 16.

4 Acta de Reparticion del Rescate de Atahualpa, MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 232.

Para reducir las sumas de que se hace mencion en esta obra, me he aprovechado. como lo hice antes en la *Historia de la Conquista de México*, de los trabajos del Sr. Clemencin, secretario que fué de la Real Academia de la Historia de Madrid. En el tomo sesto de las Memorias de la Academia, escrito todo por él, incluyó este distinguido literato un curioso ensayo sobre el valor de la moneda en el reinado de los Reyes Católicos. Aunque este período (el final del siglo décimo quinto) sea algo anterior á la Conquista del Perú, con todo,

cuenta y un mil seiscientos diez marcos. La historia no hace mencion de un botin semejante repartido entre tan corto número de soldados aventureros como los conquistadores del Perú, y ademas en la materia mas fácil de cambiar,

sus cálculos bastan á nuestro propósito, porque hasta entonces no habia alterado mucho el valor de la moneda española la afluencia de los metales del Nuevo Mundo como sucedió despues.

Al tratar de las monedas de un siglo remoto, debemos considerar en primer lugar el valor intrínseco de la pieza, es decir, el valor que deriva del peso, ley, &c., del metal, circunstancias que se determinan fácilmente. Luego hay que averiguar el valor comercial ó estimativo de la moneda; es decir, el valor fundado en una comparacion de la diferencia entre la cantidad de mercancias que podria comprarse con una suma determinada en aquellas tiempos, y la que se conseguiria con la misma en nuestros dias. En esta última averiguacion se tropieza con graves obstáculos, por la dificultad de hallar un artículo de comercio que pueda considerarse como la verdadera regla del valor. El trigo, por ser de cultivo y uso tan general, ha sido comunmente preferido por los economistas para base de sus cálculos, y lo mismo ha hecho Clemencin. Tomando, pues, el trigo por base, ha tratado de fijar el valor de las principales monedas que corrian en tiempo de los Reyes Católicos. En su tratado no hace mencion del *peso de oro*, en que se espresaban casi siempre las cantidades á principios del siglo décimo sesto. Pero fija el valor, tanto intrínseco como comercial del *castellano*, el que varios de los escritores primitivos como Oviedo, Herrera y Xerez, convienen en considerar como exactamente igual al *peso de oro*. Del resultado de sus cálculos aparece, que el valor intrínseco del castellano, espresado por él en reales de vellon, es igual á *tres pesos siete centavos* de nuestra moneda, mientras que el valor comercial es casi cuádruplo, ú *once pesos setenta y siete centavos*, igual á *dos libras esterlinas, doce chelines y seis peniques*. Considerando este como *el valor aproximativo del peso de oro, á principios del siglo XVI*, el lector podrá calcular por sí solo el valor en aquel tiempo de las sumas mencionadas en el discurso de esta obra, pues la mayor parte van espresadas en esta moneda.

Me he estendido de intento en esta esplicacion, porque en mi anterior obra me ceñí al valor comercial de la moneda, y por ser

ó asi pudiera decirse en moneda efectiva. El oro era el gran fin de las espediciones españolas al Nuevo Mundo, y es cosa notable que lograsen tan cumplidamente su objeto. Si se hubiesen dirigido como los Franceses, Ingleses, y Holandeses, á las costas del continente septentrional, ¡cuán diversos habrian sido los resultados! Es cosa igualmente digna de notarse, que esta riqueza adquirida de un golpe les deslumbró, y desviando su atencion de las verdaderas fuentes de la prosperidad nacional, mas lentas, pero mas seguras y duraderas, se les ha escapado al fin de las manos, dejándoles reducidos á ser una de las naciones mas pobres de la cristiandad.

Ofrecióse en seguida otra nueva dificultad al tratar de la division del tesoro. Los soldados de Almagro pretendian tener parte en él: pero como igualaban y aun escedian en número á los de Pizarro, la ganancia de estos últimos iba á sufrir una diminucion considerable, si se accedia á su pretension. "Verdad es que no estábamos aquí cuando se tomó al Inca," decian los Alma-

este mucho mayor que el intrínseco fundado en la ley y peso del metal, creyó un ingenioso corresponsal que daba al lector una idea exagerada del valor de las sumas mencionadas en la obra. Pero á mí me parece que al lector solo le interesa este valor comparativo ó comercial; indicándole cuanto podria comprar con una suma dada, se le da la mejor idea del valor de esta suma, siguiendo en esto el principio de la vieja máxima de *Hudibras*, aunque espresado á la inversa:

"¿Qué es lo que valen las cosas
Sino el dinero que dan?"

gristas á sus camaradas, "pero nos ha tocado á todos por turno el custodiarle despues que fué preso: os hemos ayudado á defender vuestros tesoros, y gracias á nuestra venida podeis ya seguir adelante y afirmar vuestras conquistas. Todos hemos abrazado una causa comun," añadian, "y debemos partir por igual los provechos."

Los soldados de Pizarro no podian conformarse en manera alguna con este modo de mirar el asunto, y alegaban que el convenio de Atahuallpa solo fué celebrado con ellos: que ellos habian cautivado al Inca, habian conseguido el rescate, y en una palabra, habian cargado con todo el riesgo de la empresa, y no tenian voluntad de partir ahora sus provechos con cualquiera que hubiese llegado despues.—Eran fuertes estas razones, no puede negarse; y por último convinieron los dos gefes, en que los Almagristas renunciarian á sus pretensiones por una cantidad fija, no muy considerable, quedándoles la esperanza de labrar su fortuna por sí mismos, en la nueva carrera que se les presentaba.

Arreglado pacíficamente de este modo tan delicado negocio, trató de Pizarro de proceder con toda solemnidad á la division del rescate imperial. Se reunieron las tropas en la plaza mayor, y el general español, "segun Dios nuestro Señor le diere á entender teniendo conciencia," dice el documento, "pidió para lo mejor

hacer, el ayuda de Dios Nuestro Señor é invocó el auxilio divino.[5] Semejante invocacion podrá parecer algo fuera de propósito tratándose de la reparticion de un botin tan ilegalmente adquirido; pero ciertamente si se tiene en cuenta la grandeza del tesoro, y la facultad que se reservó Pizarro de distribuirlo segun los méritos de cada individuo, pocos actos de su vida llevaban consigo mayor responsabilidad. De la sentencia que iba á pronunciar pendia la suerte futura de cada uno de sus compañeros, y en su mano estaba el hacerlos pobres ó ricos para todo el resto de su vida.

Apartóse primero el quinto real, rebajando de él la remesa hecha ya á España. La parte que se reservó Pizarro para sí ascendió á cincuenta y siete mil doscientos veinte dos *pesos de oro*, ($ 667.780) y dos mil tres cientos cincuenta marcos de plata. Tocóle ademas el asiento ó trono del Inca, de oro macizo, valuado en veinte y cinco mil *pesos de oro* ($ 291.750). A su hermano Hernando se le señalaron treinta y un mil ochenta pesos de oro ($ 362.703), y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata (*). Soto recibió

5 Acta de Reparticion del Rescate, MS.

(*) Segun el *Acta de Reparticion del Rescate*, publicada por Quintana, (Españoles Célebres, tom. II. p. 407. Ap. 6? á la Vida de Pizarro,) solo se dieron á Hernando Pizarro mil doscientos sesenta y siete marcos de plata y no dos mil trescientos cincuenta como dice el autor, quien tal vez incurrió en cierto equivo-

diez y siete mil setecientos cuarenta pesos de oro ($ 207.025), y setecientos veinte y cuatro marcos de plata. La mayor parte de los de á caballo, que eran sesenta, recibieron á razon de ocho mil ochocientos ochenta pesos de oro ($ 103.629), y trescientos sesenta y dos marcos de plata, aunque algunos tuvieron mas, y otros mucho menos. De infantería se contaron por todo ciento cinco hombres. A la quinta parte de ellos tocó á razon de cuatro mil cuatrocientos cuarenta pesos de oro ($ 51.814) y ciento ochenta marcos de plata, (**) es decir, la mitad de lo señalado á la caballería. Los demas recibieron una cuarta parte menos, aunque aquí tambien hubo sns escepciones, y algunos tuvieron que contentarse con una parte mucho mas pequeña del botin. [6]

A la nueva Iglesia de San Francisco, el primer templo cristiano del Perú, se donaron dos mil doscientos veinte pesos de oro ($ 25.907).

cacion por ser este el número de los que se dieron al gobernador, que le precede inmediatamente en la lista. En obsequio de los lectores, he reducido á nuestra moneda corriente el valor de las porciones del rescate que menciona el autor, apreciando el *peso de oro* en los $11.67 que este le señala, sin entrar en el exámen de la debatida cuestion sobre el valor de aquella moneda.—*N. del T.*

(**) Ciento ochenta *y uno*, segun el *Acta*.—N. del T.

6 Los pormenores de la distribucion se encuentran en el *Acta de la Reparticion del Rescate,* instrumento estendido y firmado por el escribano real. El documento es, pues, de autoridad irrecusable, y es uno de los MSS. de la coleccion de Muñoz escojidos para mí.

La suma señalada á los de Almagro, no fué escesiva, si no pasó de veinte mil pesos ($ 233.400), [7] y la que se reservó para los colonos de San Miguel, que solo fué de quince mil pesos, ($ 175,050) no podemos atinar porqué fué tan pequeña. [8] Entre ellos habia ciertos soldados que desde el principio de la espedicion se apartaron de ella, como el lector recordará, y se volvieron á San Miguel. Estos á la verdad no tenian derecho á ser considerados en la division del botin; pero la mayor parte de la colonia se componia de inválidos, hombres cuya salud se habia arruinado en los trabajos pasados, y apesar de eso, con un corazon firme y entusiasta prestaban aun buenos servicios en su puesto militar de la costa. No es fácil esplicar qué motivos pudo haber para que perdiesen su derecho á una remuneracion competente.

Nada se habla en el repartimiento de la persona de Almagro, quien segun el tenor del contrato primitivo tenia el mismo derecho que su

7 "Se diese á la gente que vino con el capitan Diego de Almagro para ayuda á pagar sus deudas y fletes y suplir algunas necesidades que traian veinte mil pesos." (Acta de Reparticion del Rescate, MS.) Herrera dice que se dieron á los de Almagro, cien mil pesos. (Hist. general, dec. 5, lib. 2, cap. 3.) Pero esto no consta en el instrumento.

8 "En treinta personas que quedaron en la ciudad de San Miguel de Piura dolientes y otros que no vinieron ni se hallaron en la prision de Atahualpa y toma del oro porque algunos son pobres y otros tienen necesidad, señalaba 15,000 pesos de oro para los repartir su señoria entre dichas personas." Acta de Reparticion del Rescate, MS.

compañero á los despojos. Tampoco se hace mencion del otro asociado Luque, aunque á este ya no le servian de nada las riquezas de este mundo, porque habia fallecido poco antes que Almagro saliese de Panamá,[9] sin que alcanzase á ver el feliz éxito de la empresa que á no ser por sus esfuerzos hubiera naufragado, ni á saber las hazañas y crímenes de Pizarro. Pero el Licenciado Espinosa, á quien él representaba, y que segun parece fué quien adelantó las sumas necesarias para la espedicion, vivia aun en Santo Domingo, y los derechos de Luque pasaron á él sin duda alguna. Mas despues del trascurso de tanto tiempo, no puede uno aventurarse á decidir apoyado tan solo en testimonios negativos, y debe admitirse que el no haber llegado hasta nosotros ninguna queja de los individuos presentes, ni de los cronistas contemporáneos, forma una fuerte presuncion en favor de la equidad con que en lo general procedió Pizarro al hacer la distribucion.[10]

9 Montesinos, Anales, MS., año 1533.

10 Es verdad que el "capitan Español" varias veces citado, quien nos dice fué uno de los nombrados para guardar el tesoro, se queja de que muchos vasos de oro y otras alhajas se quedaron sin dividir; injusticia palpable, segun él, para los honrados conquistadores que lo habian ganado todo con su trabajo. (Rel. d'un Capit. Spagn. ap. Ramusio, tom. III. fol. 378, 379.) Muestra el autor en toda su Relacion una buena dosis del espíritu codicioso y poco delicado que distingue á los Conquistadores del Perú.

Parecia que concluida la reparticion del rescate ya nada detenia á los Españoles para proseguir sus conquistas y emprender su marcha al Cuzco. Pero ¿qué se habia de hacer con la persona de Atahuallpa? Para resolver esta cuestion, todo lo que era provechoso era justo.[11] Ponerle en libertad, era dar suelta al hombre que debia ser precisamente su mayor enemigo: al que por su nacimiento y dignidad real reuniria en derredor suyo toda la nacion, dispondria de todos los recursos y arbitrios del gobierno, y aun con solo su palabra reuniria todo el valor de su pueblo contra los Españoles, retardando de esa manera, si no impidiendo del todo, la conquista del pais.

Por otro lado, el mantenerle cautivo era acaso igualmente perjudicial, porque para custodiar un prisionero de tanta importancia era preciso dividir las tropas de tal modo que vendrian á quedar muy debilitadas; y era de temer que toda su vigilancia no alcanzaria á impedir que les quitasen el preso en los peligrosos pasos de las montañas.

El Inca por su parte, pedia con instancia su libertad. Era cierto que aun no habia entregado por completo el rescate que ofreció, y es dudoso si habria llegado á hacerlo, considerando las dificultades que oponian los sacerdotes, quie-

11 "I esto tenia por justo, pues era provechoso." Tal es la opinion que Herrera atribuye á Pizarro. Hist. general. dec. 5. lib. 3 cap. 4.

nes parecian mas inclinados á ocultar las riquezas de los templos, que á despojarlos de ellas para contentar la codicia de los estrangeros. Desgraciadamente tambien para el monarca indio, mucha parte del oro, y precisamente el de mejor ley, vino en planchas ó tejos delgados y macizos, los cuales, aunque de gran valor, ayudaban muy poco para acrecentar el monton, á causa de su figura. Pero la cantidad entregada ya, era enorme, y el Inca podia alegar que hubiera sido todavia mayor á no ser por la impaciencia de los Españoles. De todos modos era un rescate magnífico, como jamas le habia pagado hasta allí ningun otro príncipe ni potentado de la tierra.

Estas razones esponia Atshuallpa á varios oficiales españoles, y especialmente á Hernando de Soto, á quien trataba con mas familiaridad que á Pizarro. Soto puso en conocimiento de su gefe las demandas de Atahuallpa; pero este evitaba dar una respuesta clara, y no quiso descubrir los negros proyectos que en su mente revolvia.[12] Poco tiempo despues hizo que el notario estendiese un instrumento, en que daba al Inca por libre de toda obligacion en lo tocante al rescate. Mandó que se publicase á son de

12 "I como no hondaban los designios què tenia le rèplicaban; pero èl respondia, que iba mirando en ello." Herrera, ubi sùpra.

trompeta en el campo; pero declaró al mismo tiempo sin rodeos que la seguridad de los Españoles exigia que el Inca continuase preso, hasta tanto que con la llegada de nuevas tropas se aumentase la fuerza de las suyas. [13]

Mientras esto pasaba, volvieron á tomar cuerpo entre los soldados los antiguos rumores de un alzamiento de los indígenas, y corrian de boca en boca, creciendo algo á cada nueva repeticion. Decian que un poderoso ejército se reunia en Quito, pais natural de Atahuallpa, y que treinta mil Caribes venian caminando en auxilio suyo. [14] Los primeros Españoles colocaban sin distincion á los Caribes en todos los paises de América, pues les tenian particular horror como á raza de antropófagos.

No es fácil averiguar que origen tendrian estos rumores. Habia en el campamento un gran número de Indios que pertenecian al partido de

13 "Fatta quella fusione, il Governatore fece un atto innanzi al notaro nel quale liberaua il Cacique Atabalipa et l'absolueua della promessa e parola che hauena data a gli Spagnuoli che lo presero della casa d'oro c'haueua lor concessa, il quale fece publicar publicamente a suon di trombre nella piazza di quella città di Caxamalca." (Pedro Sancho, Rel. ap. Ramusio, tom. III. fol. 399.) La autoridad es irrecusable, á lo menos para todo lo que obra contra los Conquistadores, puesto que la *Relatione* es de un secretario de Pizarro, y está autorizada con las firmas del general y de sus principales oficiales.

14 "De la Gente Natural Quito vienen doscientos mil hombres de Guerra, i treiuta mil Carlbes que comen Carne Humana." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 233.—V. tambien Pedro Sancho, Rel. ap. Ramusio, ubi supra.

Huascar, y por consiguiente querian mal á Atahuallpa. Pero su mayor enemigo era Felipillo, el intérprete tumbecino de que ya hemos hecho mencion. Este joven se habia apasionado de una concubina del rey, y aun dicen que le sorprendieron con ella. [15] Esto llegó á oidos de Atahuallpa y lo sintió vivamente, esclamando, "que el haberle agraviado de ese modo una persona tan víl, era aun mas insufrible que su prision," [16] y dijo á Pizarro, "que segun la ley de los Peruanos, el castigo de esta culpa no se reducia á quitar la vida al delincuente, sino tambien á toda su familia y parentela." [17] Pero Felipillo era demasiado útil á los Españoles para que le despachasen con tan pocas ceremonias, ni acaso creyeron tampoco de tal gravedad una ofensa, que, á ser cierto lo que dicen, ellos mismos autorizaban con su propio ejemplo. [18] Mas Felipi-

15 "Pues estando así atravesóse un demonio de una lengua que se decia Felipillo, uno de los muchachos que el Marqués habia llevado á España, que al presente era lengua y andaba enamorado de una muger de Atabalipa." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

El amor y el malicioso ardid de Felipillo, que Quintana cree se fundan principalmente en la autoridad de Garcilaso, (V. Españoles Célebres, tom. II. p. 210, nota,) los espresan muy claramente Zárate, Naharro, Gomara y Balboa, todos contemporáneos, aunque no presentes en el ejército como Pedro Pizarro.

16 "Diciendo que sentia mas aquel desacato que su prision." Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 7.

17 Ibid., loc. cit.

18 "E le habian tomado sus mugeres é repartidolas en su presencia é usaban de ellas de sus adulterios." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 22.

llo conoció muy pronto la aversion con que le miraba el Inca y desde aquel momento le juró odio mortal. Por desgracia, su índole maligna halló en breve ocasion de manifestarse.

Las voces que corrian del alzamiento de los indígenas, señalaban por autor de él á Atahaullapa. Challcuchima fué interrogado sobre este punto, pero declaró que nada sabia de tal proyecto, calificándolo de una perversa calumnia. Pizarro se quejó despues al Inca mismo, refiriéndole los rumores que circulan y fingiendo darles crédito. "¿Qué traicion es esa, le dijo, que meditais contra mí? ¿contra mí que siempre os he honrado, y me he fiado de vuestra palabra como si fuerais mi hermano?" "Sin duda os chanceais" le suplicó el Inca, quien acaso no conocia toda la importancia de su confesion," siempre me hablais de burlas. ¿Quiénes somos yo y mi gente para conspirar contra hombres tan valientes como son los Españoles? No os chanceis de ese modo, os lo suplico." [19] "Esto dijo," añade el secretario de Pizarro, "sin mostrar turbacion, sino riendo para disimular su maldad de que los Españoles quedaron espantados de ver en un bárbaro tanta prudencia." [20]

19 "Burlaste conmigo? siempre me hablas cosas de burlas? Què parte somos Yo, i toda mi Gente, para enojar à tan valientes hombres como vosotros? No me digas esas burlas." Xerez. Conq. del Peru. ap. Barcia, tom III, p. 534.

20 Ibid., loc. cit.

Pero segun lo probaron los sucesos posteriores, no habló Atahuallpa á Pizarro con artificio, sino con la convicion de su propia inocencia. Fácilmente descubrió, sin embargo, los motivos y acaso las consecuencias de esta acusacion. Veiase rodeado de estrangeros, sin poder contar con ninguno para pedirle consejo ni proteccion, y miraba abrirse á sus pies un negro abismo. La vida de un monarca cautivo, es por lo comun bien corta, y la suerte de Huascar debió servir de ejemplo á Atahuallpa para convencerle de la verdad de esta asercion. Mucho lamentó entonces la ausencia de Hernando Pizarro, pues, por estraño que parezca, aquel altivo hidalgo se compadecia de la suerte del real cautivo, y le trató siempre con tal atencion que ganó de un modo particular el afecto y confianza del Indio. Este sin embargo, no omitió esfuerzo alguno para desvanecer las sospechas del general y asegurarle de su inocencia. "¿No soy," decia á Pizarro, "un pobre cautivo en vuestro poder? ¿cómo podria yo abrigar los designios que me imputan, cuando yo seria la primera víctima de la insurreccion? Muy poco conoceis á mi pueblo si pensais que se hará semejante cosa sin órden mia, cuando en mi tierra," añadió con algo de hipérbole, "ni aun las aves se atreverán á volar si yo no quiero." [21]

21 Zarate, Conq. del Peru, lib. 2, cap. 7.

Pero estas protestas de inocencia de poco servian para con las tropas, porque entre ellas seguian tomando cuerpo á cada instante los rumores de un alzamiento general de los Indios. Decíase que ya habia reunida una fuerza considerable en Guamachucho, á menos de cien millas de distancia del campamento, y debia aguardarse por momentos el ataque. Las riquezas que los Españoles hábian amontonado, eran una presa bien codiciable, y el temor de perderla acrecentaba su alarma. Dobláronse las patrullas; los caballos se mantenian constantemente ensillados y enfrenados; los soldados dormian con sus armas, y Pizarro hacia sus rondas con toda puntualidad, para ver si cada centinela vigilaba su puesto. En una palabra, el pequeño ejército se hallaba listo como para resistir un próximo ataque.

Cuando los hombres se hallan atormentados del miedo, no suelen pararse en los medios, con tal que desaparezca la causa que lo produce Comenzáronse á oir murmuraciones, mezcladas de amenazas contra el Inca, autor de estas maquinaciones, y muchos empezaron á pedir que fuese sacrificado á la seguridad del ejército. Señalábanse entre todos Almagro y sus soldados, pues como no habian presenciado la captura del Inca, no les causaba compasion su desgracia, y solo le miraban como un estorbo, an-

siosos como estaban de ir á buscar fortuna en la tierra adentro, ya que tan poco les habia tocado del oro de Caxamalca. El tesorero Riquelme y los demas oficiales reales, les ayudaban. Pizarro habia dejado á estos señores en San Miguel, porque no les agradaba tener sobre sí aquellos espias; pero se habian venido al campamento con Almagro, y pedian con empeño la muerte del Inca, como indispensable para la tranquilidad del pais, y ventajosa para la corona. [22]

Pizaro escuchaba, ó fingia escuchar con disgusto estas siniestras sugestiones, y mostraba grande repugnancia á adoptar medidas extremas contra su prisionero. [23] Habia unos cuantos, y entre ellos Hernando de Soto, que fomentaban estas ideas, y eran de opinion que los delitos de Atahuallpa no estaban tan probados que justificasen la adopcion de tales medidas. En este estado se hallaban las cosas, cuando el gefe español resolvió enviar un corto destacamento á Guamachucho, para explorar la tierra, y averiguar qué fundamento tenian los rumores de una insurreccion. Encargóse la espedicion á

22 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramnsio, tom. III, fol. 400.

Todos estos sugetos se hallaban entonces en el campamento.

23 "Aunque contra voluntad del dicho Governador, que nunca estubo bien en ello." Relacion del Primer. Descub., MS. Igualmente Pedro Pizarro, Descub y Conq. MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, ubi supra.

Hernando de Soto, y como la distancia no era grande se aguardaba que estaria de vuelta dentro de pocos dias.

Partido este oficial, en vez de disminuir la agitacion de los soldados, fué creciendo hasta un grado, que no pudiendo Pizarro resistir á sus importunidades, consintió en que se formase proceso al Inca. Era mas seguro observar las formalidades de un proceso, y era ademas preciso para salvar las apariencias. Organizóse el tribunal presidido por los dos capitanes, Pizarro y Almagro, en calidad de jueces: se nombró un fiscal que pidiese por la corona, y se señaló defensor al reo.

Doce eran los cargos presentados contra el Inca, estendidos en forma de interrogatorios. Los principales eran, que habia usurpado la corona y asesinado á su hermano Huascar: que habia dilapidado los caudales públicos desde la entrada de los Españoles, prodigándolos á sus parientes y favoritos; que era idólatra y adúltero, pues vivia públicamente con un gran número de mugeres, y por último, que habia tratado de fomentar una insurreccion contra los Españoles.[24]

24 Garcilaso de Vega especifica los cargos hechos al Inca. (Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 37.) Quisiéramos verlos pormenorizados por alguno de los actores de la tragedia; pero Garcilaso tenia escelentes oportunidades de adquirir informes, y cuando no hay motivo para mentir, como sucede en este caso, puede uno fiarse de él.—Varios escritores contemporáneos como Go-

Estos cargos, casi todos relativos á costumbres del pais ó á las personales del Inca, sobre lo cual era claro que los Conquistadores no tenian jurisdiccion alguna, son tan absurdos, que provocarian á risa si no causasen una impresion mas séria. El último cargo era el único de importancia en semejante proceso, y la debilidad de él puede inferirse por el cuidado que tomaron de darle fuerza con los otros. Bastaba oir especificar los cargos, para conocer que la suerte del Inca estaba ya decretada.

Examináronse varios testigos indios, y dicen que cuando era necesario su testimonio sufria una alteracion considerable al ser interpretado por Felipillo. Pronto se dió fin á la informacion, y segun dice uno de los secretarios de Pizarro, "siguióse una discusion muy acalorada sobre el daño ó provecho que podria resultar de la muerte de Atahuallpa." [25] Aquello se reducia ya á una cuestion de conveniencia. Declaráronle al

mara, Oviedo y Pedro Sancho, convienen en el hecho de haberse entablado un proceso en forma contra el monarca indio. Oviedo le califica de "un proceso mal compuesto y peor escrito, seyendo uno de los Adalides un inquieto, desasosegado é deshonesto clerigo, y un Escribano falto de conciencia, é de mala habilidad, y otros tales que en la maldad concurrieron." (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 22.) La mayor parte de los autores concuerda en los dos cargos principales, á saber: el asesinato de Huascar y la conspiracion contra los Españoles.

25 "Doppo l'essersi molto disputato, e ragionato del danno et vtile che saria potuto auuenire per il viuere o morire di Atabalipa, fu risoluto che si facesse giustitia di lui." (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 400.) Así se espresa un escritor que

fin reo, aunque no nos dicen si de todos los delitos que le imputaban, y fué condenado á ser quemado vivo en la plaza principal de Caxamalca, debiendo ejecutarse la sentencia aquella misma noche. No quisieron ni aun aguardar el regreso de Soto, cuando era evidente que los informes que este trajese, habian de ser muy útiles para corroborar ó desvanecer los rumores que corrian del alzamiento de los indígenas. Era conveniente conseguir que el Padre Valverde aprobase lo hecho, y así le enviaron una copia de la sentencia para que la firmase, lo que hizo sin vacilar, declarando "que en su opinion el Inca merecia la muerte." [26]

Hubo, sin embargo, en el conciliábulo militar, algunos que se opusieron á estas medidas violentas. Decian que era cosa indigna pagar de ese modo los favores que les habia hecho el Inca, quien hasta entonces solo habia recibido de ellos males. Consideraban las pruebas presentadas como de todo punto insuficientes, y nega-

puede considerarse como el eco de Pizarro. Segun dice, el conciliábulo que discutió la "cuestion de la utilidad" se componia de "los oficiales reales, los del ejército, un cierto doctor letrado que acertó á juntarse con ellos, y el Reverendo Padre fray Vicente de Valverde."—"Hauendo congregato gli officiali di sua Maesta, & i capitani della sua compagnia, & vn Dottore che in quel tempo se ritrouaua in questo essercito, & il padre fra Briante di val Verde."—Ibid., ubi supra.

26 "Respondió, que firmaria, que era bastante, para que el Inca fuese condenado à muerte, porque aun en lo exterior quisieron justificar su intento." Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 3, cap. 4.

ban que semejante tribunal tuviese autoridad para llamar á juicio á un príncipe soberano en el centro de sus propios dominios. Si se empeñaban en formarle proceso, añadian, era preciso enviarle á España, para que el emperador conociese de su causa, pues era el único que tenia poder para sentenciarle.

Pero los de la mayoria, que era de diez contra uno, desvanecieron estas objeciones declarando, que no cabia duda de que Atahuallpa era delincuente, y que estaban prontos á cargar con la responsabilidad de su castigo. Que se enviaria al emperador una relacion circunstanciada de todo lo hecho, y que de ese modo veria quienes eran fieles servidores de la corona, y quienes sus enemigos. La disputa se aclaró tanto que llegó á temerse un rompimiento escandaloso, hasta que convencidos los del partido mas débil de que toda oposicion era inútil, al fin callaron aunque no se convencieron, y hubieron de contentarse con estender por escrito una protesta contra todo lo ejecutado, que en su opinion iba á cubrir de ignominia á cuantos tomaran parte en ello.[27]

27 Garcilaso nos ha conservado los nombres de algunos de los que resistieron con tanto valor, pero con tan mal éxito, al clamor general que pedia la sangre del Inca. (Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 37.) Tenian sin duda razon en negar el derecho de semejante tribunal para ponerse á juzgar á un príncipe independiente como el monarca peruano; pero no iban tan acertados en suponer que el emperador su amo tenia mejor dere-

Cuándo se intimó al Inca la sentencia, perdió enteramente el ánimo. A la verdad, hacia ya tiempo que aguardaba semejante resultado, y aun así lo habia dado á entender á las personas que le rodeaban; pero hay mucha diferencia de mirar tal suerte como probable, á tenerla ya por cierta, y ademas verla tan próxima y cerciorarse de ello de un modo tan repentino. Esta conviccion aterradora le abatió del todo por un momento, y con lágrimas en los ojos, esclamó: "¿Qué hemos hecho yo ó mis hijos para que me traten de esta manera? Y que lo hagais vos," añadió dirigiéndose á Pizarro, "vos á quien mi pueblo ha tratado con tanta amistad y benevolencia, con quien he partido mis tesoros, y que no habeis recibido de mí sino beneficios." Pidió luego con las espresiones mas patéticas que se le perdonase la vida, ofreciendo dar cuantas prendas se le pidiesen para la seguridad del último Español del ejército, y prometiendo dar un rescate doble del entregado, con solo que se le diese tiempo para reunirlo.[28]

Un testigo de vista nos asegura que Pizarro sé mostró muy conmovido cuando se quitó de la presencia del Inca, á cuyas suplicas no podia acceder contra el clamor general del ejército, y lo

cho. Vatel (lib. 2, cap. 4.) condena espresamente este pretendido proceso de Atahuallpa, como una violacion manifiesta del derecho de las naciones.

28 Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 3, cap. 4.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 7.

qne él mismo pensaba sobre la tranquilidad del pais.[29] Viendo Atahuallpa que le era imposible ablandar el ánimo del Conquistador, recobró su habitual entereza y se resignó á su suerte con todo el valor de un guerrero americano.

La sentencia del Inca se publicó á son de trompeta en la plaza principal de Caxamalca; y dos horas despues de anochecido se juntaron los Españoles en la plaza á la luz de las teas, para presenciar la ejecucion de lo mandado. Esto pasaba el 29 de Agosto de 1533. Sacaron á Atahuallpa con grillos y esposas, porque le tenian cargado de cadenas desde que se alborotó el ejército por los anuncios del ataque de los naturales. Iba á su lado el Padre Fr. Vicente de Valverde, tratando de consolarle y conseguir al mismo tiempo, si era posible, que en esta hora postrera abjurase sus errores y abrazase la religion de los Castellanos. Queria que el alma de su víctima se librase en el otro mundo, de la terrible espiacion, á que en este habia condenado con tanto gusto el cuerpo mortal.

Durante el encierro de Atahuallpa, el fraile le habia esplicado repetidas veces los dogmas del cristianismo, y el monarca indio comprendia con mucha facilidad lo que le enseñaba su maestro.

29 "*Yo vide llorar* al marqués," dice Pedro Pizarro, "de pesar por no podelle dar la vida porque cierto temió los requerimientos y el riesgo que habia en la tierra si se soltaba." Descub. y Conq., MS.

Pero este no habia conseguido convencerle, y aunque le escuchaba con paciencia, nunca se habia mostrado dispuesto á abandonar la fé de sus padres. El domínico hizo la última tentativa en esta hora solemne, y cuando vió á Atahuallpa atado al poste y redeado de los haces de leña que iban á alimentar la fúnebre hogera, empuñó la cruz, y le pidió que la abrazase, y recibiese el bautismo, ofreciéndole que de hacerlo así la cruel muerte á que habia sido condenado, se le conmutaria en otra mas suave por medio del *garrote.* [30]

El desdichado monarca preguntó si aquello era verdad, y confirmándolo Pizarro, consintió en renunciar su religion y recibir el bautismo. El Padre Valverde desempeñó la ceremonia, y el nuevo converso recibió el nombre de Juan de Atahuallpa, por celebrarse la fiesta de San Juan Bautista el mismo dia en que se verificó este suceso. [31]

Atahuallpa manifestó ser su voluntad el que

30 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 234.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 400.

El *garrote* es un género de suplicio que se ejecuta por medio de una cuerda que rodea el cuello del criminal con un palo atravesado en la parte de atras, y dando vueltas á este palo se aprieta la cuerda y resulta la sufocacion. Probablemente se verificaria así la ejecucion de Atahuallpa. En España, en vez de cuerda, se emplea un collar de hierro que por medio de un tornillo oprime la garganta del paciente.

31 Velasco, Hist. de Quito, tom. I. p. 372.

sns restos fuesen llevados á Quito su patria, para que reposasen allí junto á los de sus antepasados por linea materna. Volviéndose luego á Pizarro le pidió, como por última súplica, que cuidase de sus hijos pequeños y les tomase bajo su proteccion. ¿No hallaria por ventura entre aquellos feroces soldados que le rodeaban, ningun otro á quien pudiese recomendar su familia? Acaso creyó que no hábria otro mas capaz de protejerla, y que su último deseo espresado de un modo tan solemne en aquella hora, seria respetado aun por su vencedor. Recobrando entonces su estóica serenidad, turbada por un momento, se entregó en manos de sus verdugos, mientras que en derredor suyo los Españoles rezaban en voz baja el *Credo* por el descanso de su alma. [32] ¡De esta manera, y co-

32 "Ma quando se lo vidde apressare per dover esser morto, disse che raccomandaua al Gouernatore i suoi piccioli figliuoli che volesse tenersegli apresso, & con queste vltime parole, & dicendo per l'anima sua li Spagnuoli che erano all'intorno il Credo, fu subito affogato." Pedro Sancho, Rel., ap. Romusio, tom. III. fol. 399.

Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 234.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS. —Conq. i Pob. del Piru, MS.—Relacion del Primer. Descub. MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 7.

La muerte de Atahuallpa tiene muchos puntos de semejanza con la de Caupolican, el gran gefe auracano, segun se halla referida en el poema histórico de Ercilla. Ambos abrazaron en el cadalso la religion de sus conquistadores, aunque Caupolican no logró tan buena fortuna como el monarca peruano, porque su conversion no le libró de las torturas de la mas inhumana muerte. Fue empalado y asaeteado. Aquellos vigorosos versos pintan tan al vivo el carácter de estos primiti-

mo un vil malhechor, pereció el último de los Incas!

Ya he hablado antes de la persona y cualidades de Atahuallpa. Era de rostro hermoso, aunque tenia una espresion demasiado fiera para ser agradable. Su cuerpo era robusto y bien proporcionado; su porte magestuoso; y en su conducta, mientras estuvo en poder de los Españoles, se notaba cierta cortesania, mezclada de un ligero tinte de tristeza que le daba mayor atractivo· Le acusan de cruel en sus guerras, y sanguinario en su venganza.[33] Puede ser cierto; pero el pincel de un enemigo es fácil que recargue las sombras del retrato. Confiesan que era animoso, entendido y franco.[34] Todos

vos aventureros, en que el fanatismo del cruzado andaba mezclado con la crueldad del conquistador, y son tan análogos al caso presente, que de buena gana citaria yo el pasage entero, si no me lo impidiera su mucha estension. V. La Araucana, Parte 2, canto 24.

33 "Así pagó," dice Xerez, "los grandes males, i crueldades que en sus Vasallos havia hecho; porque todos à vna voz dicen, que fue el màior Carnicero, i cruel, que los Hombres vieron; que por mui pequeña causa asolaba vn Pueblo, por vn pequeño delito, que vn solo Hombre de el hoviese cometido: i mataba diez mil Personas." (Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 234.) Xerez era el secretario particalar de Pizarro. Sancho, que sucedió á Xerez en el oficio cuando este marchó á España, paga un tributo mas decente á la memoria del Inca, quien confia, "habrá alcanzado la gloria, pues murió arrepentido de sus culpas, y en la verdadera fé de Cristiano." "Iddio lo conduca alla sua gloria, & con pura penitentia de suoi peccati, & vera fede di Christiano prese questa morte." Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 399.

34 "El era muy regalado, y muy Señor," dice Pedro Pizarro. (Descub. y Conq., MS.) "Mui dispuesto, sabio, animoso, franco," dice Gomara. (Hist. de las Indias, cap. 118)

convienen en que mostraba singular penetracion y facilidad para comprender. Sus hazañas como guerrero, no dejan duda acerca de su valor. Lo que mejor lo prueba es la resistencia de los Españoles á devolverle su libertad. Causábales temor el haberle de tener por enemigo, y le habian agraviado demasiado para creer que podria continuar siendo su amigo. Sin embargo, siempre se portó como tal con los Españoles, y estos le pagaron con la cautividad, el despojo y la muerte.

El cuerpo del Inca permaneció toda la noche en el lugar de la ejecucion. A la mañana siguiente fué llevado á la iglesia de San Francisco, y allí se celebraron sus exequias con toda solemnidad. Pizarro y sus principales oficiales se pusieron de luto, y las tropas asistieron con devoto recogimiento al oficio de difuntos que dijo el P. Valverde.[35] Interrumpióse repentinamente la ceremonia por el ruido de muchas personas que sollozaban y daban grandes gritos á las puertas de la Iglesia. Abriéronse estas de golpe, y la nave principal se llenó de Indias, hermanas y mugeres del difunto, que rodearon al punto el cadáver. Clamaban que no era este el modo de

35 El secretario Sancho parece ser de opinion que con estos honores fúnebres quedó Atahuallpa ampliamente recompensado de todas las injusticias que pudo haber sufrido, puesto que de un golpe le elevaron con ella hasta igualarle con los Españoles. Ibid., loc. cit.

celebrar los funerales de un Inca, y manifestaron su intencion de sacrificarse sobre su tumba, para ir á hacerle compañia en la tierra de los espíritus. Ofendidos los circunstantes de tal escándalo, hicieron entender á las mugeres que Atahuallpa habia muerto en la fé de Cristo, y que el Dios de los cristianos aborrecia semejantes sacrificios. Expelieron en seguida á todas ellas de la iglesia, y algunas se fueron á su casa y se dieron muerte á sí mismas, con la vana esperanza de ir á acompañar á su querido esposo en las relucientes moradas del Sol.[36]

Los restos de Atahuallpa, apesar de lo dispuesto por él fueron sepultados en el cementerio de San Francisco.[37] Pero segun cuentan, cuando los Españoles salieron de Caxamalca, fué sacado de allí y llevado ocultamente á Quito en cumplimiento de sus deseos. Los colonos de tiempos posteriores creyeron que con su cuerpo debieron enterrarse algunos tesoros; pero por mas que escbararon el terreno, jamas encontraron ni los tesoros, ni los restos del monarca.[38]

36 Relacion del Primer. Descub., MS.

Véase el *Apéndice*, N. 10, donde he insertado varias relaciones contemporáneas de la ejecucion de Atahuallpa, que por hallarse manuscritas no pueden ser consultadas con facilidad ni aun por los mismos Españoles.

37 "Oi dicen los indios que está su sepulcro junto á una cruz de Piedra Blanca que está en el cementerio del Convento de San Francisco." Montesinos, Anales, MS., año 1533.

38 Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 22.

Segun Stevenson," In the cha-

Uno ó dos dias despues de estos trágicos sucesos volvió de su espedicion Hernando de Soto. Llenóse de asombro y de indignacion cuando supo lo que se habia hecho durante su ausencia. Fué inmediatamente á buscar á Pizarro y le encontró, segun dice el cronista, "con un gran sombrero de fieltro puesto en la cabeza por luto, y muy calado sobre los ojos," [39] y con las mayores muestras de dolor en su trage y continente. "Grande temeridad ha sido la vuestra," le dijo Soto sin mas preámbulo; "Atahuallpa ha sido vilmente calumniado. No hay un solo enemigo en Guamachucho, ni los Indios sueñan en alzarse. Todo lo he hallado de paz en el camino, y nadie me ha molestado. Si era preciso procesar al Inca, debia habersele mandado á Castilla para que el emperador le juzgase. Yo me hubiera comprometido á ponerle á bordo sin riesgo." [40] Pizarro confesó que habia obrado con ligereza, y dijo que le habian engañado Riquel-

pel belonging to the common gaol, which was formerly part of the palace the altar stands on the stone on which Atahuallpa was placed by the Spaniards and strangled, and under which he was buried." (Residence in South America, vol. II. p. 163.) Montesinos que escribió mas de un siglo despues de la Conquista, nos dice, "que aun se descubren manchas de sangre en una gran de losa que está en la cárcel de Caxamalca, sobre la cual degollaron á Atahuallpa." (Anales, MS., año 1532.)—Apenas pueden ser mayores la ignorancia y la credulidad.

39 Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 22.

40 Ibid., MS., ubi supra.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—V. el *Apéndice*, N. 10.

me, Valverde y los demas. Tales inculpaciones llegaron pronto á oidos del tesorero y del dominico, quienes á su vez se escusaron echando en su cara la culpa á Pizarro como á único responsable de aquel hecho. La disputa tomó cuerpo, y los circunstantes les oyeron desmentirse varias veces unos á otros.[41] Esta rencilla vulgar entre los gefes, estando aun tan reciente el caso, es la mejor prueba de la iniquidad de su manejo y de la inocencia del Inca.

El trato dado á Atahuallpa es sin duda de principio á fin, uno de los mas negros capítulos de la historia colonial de España. Podrán encontrarse en ella matanzas mas en grande, y ejecuciones acompañadas de mayor refinamiento de crueldad. Pero los ensangrentados anales de la conquista, no presentan otro ejemplo semejante de una persecucion premeditada y sistemática, no contra un enemigo, sino contra quien se habia portado siempre como amigo y como bienhechor.

Desde el punto en que Pizarro y sus compa-

41. Este estraño suceso se encuentra referido en Oviedo; no en el cuerpo de la narracion sino en uno de esos capítulos adicionales en que amontona los detalles mas inconexos, aunque á veces muy importantes, relativos á los principales acontecimientos de su historia. Como Oviedo trató familiarmente á los principales personages que figuraron en ellos, los testimonios que recogió, aunque no siempre con mucho discernimiento, forman una autoridad respetable. El lector hallará colocada la relacion que da Oviedo de la muerte del Inca, en el *Apéndice*, N. 10, entre los otros pasages ralativos á esta catástaofe.

ñeros, llegaron á entrar á donde alcanzaba el poder de Atahuallpa, los indígenas se declararon sus amigos. Lo primero que hicieron los Españoles al pasar las sierras fué cautivar al monarca y asesinar á sus vasallos. El apoderarse de la persona del príncipe, pódria vindicarse por los que piensan que el fin justifica los medios, alegando que era indispensable para hacer que triunfase la Cruz. Pero no puede disculparse de este modo la matanza de un pueblo desarmado é inofensivo, crueldad tan atroz como superflua.

Aprovecharon los Castellanos la larga prision del Inca para arrancarle sus tesoros, por tantos medios como la codicia sabe sugerir. Durante este funesto periodo, él se manejó siempre con notable generosidad y buena fé. Dió paso libre á los Españoles por toda la estension de su imperio, y les proporcionó cuanto necesitaron para llevar á cabo sus designios. Logrados estos, ya solo fué para ellos un estorbo, y entonces, apesar de la promesa, clara ó implícita, de restituirle su libertad, (y ya hemos visto que Pizarro por un acto solemne le declaró libre de toda obligacion en lo relativo al rescate) fué arrastrado ante un tribunal de burlas, y bajo pretestos tan falsos como frívolos fué condenado á una muerte horrible. La conducta de los Españoles para con su desgraciada víctima, respira de principio á fin barbaridad y mala fé.

No es fácil absolver á Pizarro del cargo de ser en gran parte responsable de esta conducta. Sus defensores se han empeñado en sostener que la necesidad le hizo seguirla á despecho suyo, y especialmente, en la muerte del Inca, cedió con mucha repugnancia á la importunidad de otros.[42] Pero tras de ser esta una apología bien insuficiente, el historiador que puede comparar los varios testimonios contemporáneos vendrá á parar á un resultado muy diverso. Para él será cosa clara, que Pizarro habia conocido desde los principios que era indispensable quitar de enmedio á Atahuallpa para que su empresa se llevase á cabo. Preveia el odio que debia acarrearle el dar muerte á su real cautivo sin un motivo justificado, y al mismo tiempo que se afanaba por hallarle, rehusaba cargar con la responsabilidad del hecho, prefiriendo el cometerle por deferencia á las sugestiones de otros, mas bien que á las suyas propias. Como muchos políticos perversos, queria aprovechar los frutos de una mala accion, y que otros cargasen con el odio de ella.

42 "Contra su voluntad sentenció á muerte á Atabalipa," (Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.)—"Contra voluntad del dicho Gobernador." (Relacion del Primer. Descub., MS.) "Ancora che molto li dispiacesse di venir a questo atto." (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 399.) Hasta el mismo Oviedo parece dispuesto á admitir como posible, que acaso los otros engañaron á Pizarro. "Qué tambien se puede creer que era engañado." Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 25.

Los secretarios de Pizarro dicen que Almagro y sus soldados fueron los primeros que clamaron por la muerte del Inca. Apoyábanles con todo esfuerzo el tesorero Riquelme y los oficiales reales, que la consideraban como indispensable para el provecho de la corona; y por último los rumores de la conspiracion hicieron que los soldados alzasen tambien la voz, de manera que Pizarro, á pesar del cariño que profesaba á su prisionero, no pudo menos de consentir en que se le formase causa. [Era necesario guardar la formalidad de un proceso, para dar una apariencia de justicia á un acto semejante.] No queda duda de que solo se trataba de una vana formalidad, cuando se advierte la indecorosa precipitacion con que procedieron, habiendo bastado un solo dia para examinar los testigos, pronunciar la sentencia, y ponerla en ejecucion. La complicacion de cargos con que intentaron agravar todo lo posible el delito del acusado, produjo por su misma multitud un efecto contrario, y solo sirve para conocer que de antemano tenian determinado perderle. Si Pizarro repugnaba tanto como parecia, el que fuese declarado delincuente, ¿porqué alejó á Soto, el mejor amigo de Atahuallpa, en el momento preciso de comenzarse la averiguacion? ¿Porqué se ejecutó la sentencia tan de plano, que no se diese lugar á que el regreso de aquel

capitan probase lo infundado del cargo principal, que era á la verdad el único que tocaba á los Españoles? La insigne farsa del luto y del sentimiento que aparentó Pizarro, quien con estos honores al difunto queria manifestar el respeto que le tuvo cuando vivo, fué un velo demasiado trasparente para que pudiese engañar ni aun al mas crédulo.

Estas reflexiones no tienen por objeto el disculpar al resto de la tropa, y especialmente á los oficiales, por la parte que les toca en la infamia de esta accion. Pero Pizarro, como gefe del ejército, era el principal responsable de sus medidas. El no era hombre que se dejase arrebatar de las manos su autoridad, ó que cediese tímidamente á sugestiones agenas. Durante toda su carrera pública siempre le vemos obrar, tanto el bien como el mal, con la misma política fria y calculadora.

Muchos han referido un cuento que atribuye las causas de la conducta de Pizarro, á lo menos en parte, á resentimientos personales. Dicen que el Inca pidió á uno de los soldados españoles que le escribiese en la uña el nombre de su Dios. El monarca lo mostró sucesivamente á varios de sus guardas, y como al leerlo pronunciaban todos la misma palabra, quedó el bárbaro muy complacido de lo que para él era poco menos que milagro, y no tenia cosa semejante

en la ciencia de su nacion. Cuando mostró lo escrito á Pizarro, este gefe permaneció mudo, y conociendo el Inca que no sabia leer, miró desde entonces con desprecio á un capitan que parecia menos instruido que sus soldados. No acertó á ocultarlo del todo, y sabedor Pizarro de la causa, nunca olvidó ni perdonó el agravio.[43] La anécdota no se funda en la mejor autoridad. Podrá ser cierta; pero es inútil el acudir á resentimientos personales para esplicar la conducta de Pizarro, cuando estan á la vista tantas pruebas de una política siniestra y deliberada.

Mas todos los artificios del caudillo español no alcanzaron á conseguir que sus paisanos disimulasen la atrocidad de su conducta. Es cosa singular el observar la diferencia entre el tono de los primeros cronistas del hecho, cuanto estaba aun reciente, y el que usan los que escribieron despues, cuando el trascurso de algunos años habia descubierto ya el giro de la opinion pública. Los primeros confiesan descaradamente el hecho y le defienden como proyechoso, ya que no necesario, desatándose al mismo tiempo en las mas ásperas censuras contra el carácter de la desgraciada víctima.[44] Los últimos por lo

43 Trae esta anécdota Garcilaso, (Com. Real, Parte 2, lib. 1, cap. 38,) y no se halla en ningun otro escritor de la época, á lo que entiendo.

44 Ya he apuntado los desenfrenados epítetos que Xerez prodiga á la crueldad del Inca. Su relacion se imprimió en España en 1534, es decir, el año siguiente al de la ejecucion. Oigamos al otro secretario, Sancho. "Este

contrario, al mismo tiempo que disminuyen los errores del Inca, y hacen justicia á su buena fé, condenan sin reserva á los Conquistadores, añadiendo que el cielo les manifestó bien á las claras su reprobacion, castigando á todos con una muerte prematura y desastrosa. [45] La posteridad ha confirmado en todas sus partes la sentencia

soberbio tirano habria pagado la amistad y buen trato que recibió del Gobernador y de todos nosotros, con la misma moneda con que acostumbraba pagar á los suyos, sin que en nada faltasen, es decir, haciéndolos morir." "Questo superbo Tiranno in sotisfatione delle molte buone opre & buon trattamento che sempre del Gouernatore & da ciascuno de gli Spagnuoli della sua compagnia haueua ricevuto: il pagamento delle quali secondo il suo disegno haueua da esser delle sorte, & maniera che egli soleua dar a i Caciqui & Signori del paesi, facendo gli vccidere senza colpa o cagione alcuna." (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 399.) "Merecia la muerte," dice el antiguo Conquistador español antes citado, "y toda aquella tierra se alegró de que se le quitase de enmedio." "Della morte di questo Cacique si allegrò tutto quel paese." Rel. d'un Capit. Spagn. ap. Ramusio, tom. III. fol. 377.

45 "Las demostraciones que despues se vieron bien manifiestan lo mui injusta que fué, . . . puesto que todos quantos entendieron en ella tuvieron despues mui desastradas muertes." (Naharro, Relacion Sumaria, MS.) Gomara usa de un lenguage semejante. "No ai que reprehender à los que le mataron, pues el tiempo, i sus pecados los castigaron despues; cà todos ellos acabaron mal." (Hist. de las Indias, cap. 118.) Segun el primer autor, Felipillo pagó poco despues la pena de sus delitos, pues le hizo ahorcar Almagro en la jornada de Chile, y entonces "*segun dicen algunos* confesó que habia trastornado las declaraciones favorables á la inocencia de Atahuallpa, volviéndolas contra aquel monarca." Oviedo, harto inclinado las mas veces á escusar los excesos de sus paisanos, condena sin reserva toda esta maniobra, (V. *Apéndice*, N. 10), la que segun otro contemporáneo, "mueve á compasion á cualquiera que tenga un chispa de humanidad en su pecho." Conq. Pob. del Piru, MS.

de los contemporáneos,[46] y la persecucion de Atahualpa se considera con justicia como una mancha indeleble de las armas españolas en el Nuevo Mundo.

46 Quintana es de ello un distinguido ejemplo. En toda su biografia de Pizarro, (Españoles célebres, tom. II.) el escritor se sobrepone á la influencia de las preocupaciones nacionales que obscurecen con frecuencia los ojos de sus paisanos, empuña la balanza de la crítica histórica con mano imparcial, y condena del modo mas terminante á los actores de estas trágicas escenas.

CAPITULO VIII.

Desórdenes en el Perú.—Marcha al Cuzco.—Encuentro con los naturales.—Challcuchima muere quemado.—Llegada al Cuzco.—Descripcion de la Ciudad.—Riqueza qne se encontró allí.

1533—1534.

El Inca del Perú era soberano de su reino en toda la estension de la palabra. Prestábanle una obediencia tan ciega sus vasallos, que ningun déspota llegó jamás á conseguirla igual de los suyos; porque su autoridad alcanzaba á lo mas secreto de la conducta, y hasta á los pensamientos de los individuos. La reverencia con que le trataban, era mayor de la que correspondia á un ser humano.[1] El no era tan solo el gefe del estado, sino el punto á donde todas sus leyes venian á reunirse como á un centro comun; la clave del edificio político, que debia desmoronarse por su propio peso, tan luego como

1. "Era tanto el temor y respeto que estos naturales tenian á los Ingas," dice Pedro Pizarro, "que mandándoles que se ahorcasen y matasen ó despeñasen lo hacian sin poner en ello escusa ni dilacion." Descub. y Conq., MS.

aquella faltase. Así sucedió á la muerte de Atahualipa. [2] Su muerte no solo dejó el trono vacante y sin un sucesor conocido, sino que por el modo con se verificó, dió á conocer á los Peruanos que ya empuñaba el cetro una mano mas poderosa que la de sus Incas, y que la dinastía de los Hijos del Sol habia acabado para siempre.

Convencidos de ello los Peruanos, se siguieron las consecuencias que debian esperarse. Trastornóse el hermoso órden de las antiguas leyes, tan luego como faltó la autoridad que cuidaba de su conservacion. Los escesos á que los Indios se entregaron fueron mayoress, á causa de la sujecion no comun á que antes se vieron condenados. Quemaron pueblos, saquearon templos y palacios, y ocultaron ó se repartieron el oro que en ellos encontraron. Cuando los Peruanos vieron la importancia qua daban sus conquistadores al oro y á la plaata, conmenzaron á mirar con aprecio estos metales, y siendo asi

2 Oviedo cuenta que el verdadero nombre del Inca era *Atabaliva*, y que los Españoles lo solian pronunciar mal, porque pensaban mas en adquirir oro, que en el nombre del que lo poseía. (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 16.) Apesar de eso he proferido la autoridad de Garcilaso, á quien por ser Peruano y pariente próximo del Inca, debemes suponer mejor informado. Dice que sus paisanos creian, que cuando cantaban los gallos que llevaron al Perú los Españoles, pronunciaban el nombre de Atahuallpa; y añade el historiador que él, junto con otros muchachos indios condiscípulos suyos, los solian imitar por las calles. Com. Real., Parte 1, lib. 9, cap. 23.

que antes solo servian para el lujo de los monarcas y de los templos, ahora los ocultaban ya, enterrándoles en las cavernas y en los bosques. Díjose entonces que el oro y la plata que escondieron los indígenas, escedia con mucho al que los Españoles hubieron á las manos.[3] Las provincias lejanas negaron la obediencia á los Incas Los generales que mandaban ejércitos lejos de la capital comenzaron á obrar por sí solos. Ruminavi, comandante de las fronteras de Quito, trató de separar este reino del imperio peruano, y devolverle su antigua independencia. En una palabra, el pais se encontraba en aquella situacion en que las cosas antiguas van pasando, y las nuevas aun no estan establecidas. Era verdaderamente una revolucion.

Pizarro y sus compañeros autores de esta revolucion, permanecian en el entretanto en Caxamalca. El primer paso del gefe español fué nombrar sucesor á Atahuallpa, porque le parecia mas fácil el gobernar á la sombra de la venerada autoridad que los Indios acostumbraban respetar hacia tanto tiempo, y no le fué dificil hallar un sucesor. El heredero legal de la corona

3 Algunos caciques dijeron á Benalcazar el conquistador de Quito, que lo que el Inca habia dado á los Españoles era como una mazorca de maiz comparada con el monton que tenia delante. (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap, 22.) V. tambien, Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion del Primer. Descub., MS.

era un hijo segundo de Huayna Capac llamado Manco, hermano legítimo del desdichado Huascar; pero Pizarro conocia muy poco el modo de pensar de aquel príncipe, y no se detuvo en dar la preferencia á un hermano de Atahuallpa y presentarle á la nobleza india para que reconociese en él á su Inca futuro. Nada sabemos del carácter del jóven Toparca, quien acaso se conformaria sin repugnancia con una suerte que, por humillante que pareciese hasta cierto punto, era mas elevada de lo que podria haber esperado, siguiendo su curso regular los acontecimientos. Se observaron hasta donde las circunstancias lo permitieron, las ceremonias acostumbradas en la coronacion de un príncipe peruano; el conquistador ciñó las sienes del jóven Inca con la *borla* imperial, y en seguida recibió el juramento de sus vasallos indios. Fué menor la resistencia de estos á prestarlo, porque casi todos los que se hallaban en el campamento pertenecian al partido de Quito.

Ya solo se pensó entónces en llegar cuanto antes al Cuzco, de cuya ciudad corrian entre las tropas las descripciones mas brillantes; decíase que sus templos y palacios reales deslumbraban con el brillo del oro y plata de que estaban cubiertos. Con la imaginacion exaltada por tales noticias, salieron Pizarro y sus compañeros á principios de Setiembre de la ciudad de Caxa-

malca, lugar para siempre memorable por haber sido teatro de las escenas mas estrañas y sangrientas que menciona la historia. Irian en todo casi quinientos hombres, pudiendose calcular la caballería en cerca de una tercera parte. Todos emprendieron la marcha llenos de entusiasmo, los soldados de Pizarro porque esperaban aumentar las riquezas que ya poseian, y los de Almagro porque contaban con que en lo sucesivo tendrian en los despojos la misma parte que los "primeros Conquistadores."[4] El jóven Inca y el viejo general Challcuchima marcharon tambien en sus literas con una numerosa comitiva de vasallos, con tanta pompa y aparato como si todavia gozasen de una autoridad efectiva.[5] Hasta llegar al Cuzco tenia que marchar la tropa por el camino real de los Incas, que iba por las cumbres de las cordilleras. Su anchura era casi siempre la misma, aunque segun la clase de terreno se advertia en su construccion mas ó menos esmero.[6] Pasaba á veces por valles llanos y hermosos, donde la naturaleza puso pocos estorbos al viagero: otras veces iba siguien-

4 Los "primeros conquistadores," segun Garcilaso, eran respetados y honrados por los que vinieron despues, aunque eran en lo general hombres de inferior calidad y menos ricos que los segundos. Com. Real., Parte 1, lib. 7, cap. 9.

5 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III, fol. 400.

6 "Va todo el camino de una traza y anchura hecho á mano." Relacion del Primer Descub., MS.

do el curso de un torrente que rodeaba la base carcomida de alguna roca, donde apenas podia asentarse el pié; en otras, cuando la sierra era tan escarpada que ya parecia imposible el pasar mas adelante, el camino se acomodaba á las desigualdades naturales del terreno é iba rodeando las alturas que no podian subirse en linea recta.[7]

Pero aunque todo estaba construido con mucho tino, era sin embargo un paso muy difícil para la caballería. Habian abierto escalones en las montañas; pero los filos de la piedra cortaban los cascos á los caballos, y apesar de que los ginetes echaron pié á tierra y les llevaban del diestro, padecian mucho los animales en sus esfuerzos para afirmar los pies.[8] El camino fué construido para gente de á pié y para el ligero llama, y la única bestia de carga propia para transitar por él, era la firme y sagaz mula de que por entonces carecian los aventureros Españoles. Por una rara casualidad, la España era el pais de las mulas, y de este modo se proveyeron muy pronto en el Perú del animal que parece haber sido criado espresamente para los difíciles pasos de las sierras.

Tropezaban tambien á menudo con otros obstáculos, en los caudalosos torrentes que se des-

7 "En muchas partes viendo lo que está adelante, parece cosa imposible poderlo pasar." Ibid. MS

8 Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 404.

colgaban con ímpetu de los Andes. Para atravesarlos solo habia puentes colgantes de bejucos, cuya débil materia se fué rompiendo á poco tiempo con el tránsito de la caballería, y quedaron llenos de agujeros que hacian mucho mas peligroso el paso. En tales casos tuvieron por mejor los Españoles el atravesar los rios en balsas, y los caballos los pasaban á nado, llevándolos del diestro.[9] Por todo el camino encontraron tambos ó casas de postas para alojamiento de los correos reales establecidos á distancias fijas; y almacenes de granos y otras cosas acopiadas en las ciudades principales para el consumo de los ejércitos indios. Los Españoles cuidaron de aprovecharse de la prudente prevision del gobierno peruano.

Despues de una fastidiosa marcha en la que pasó por varios pueblos y ciudades de alguna consideracion, siendo las principales Guamachucho y Guanuco, dió vista Pizarro al rico valle de Jauja. Durante la marcha, aunque harto fastidiosa, no pasaron muchos trabajos, escepto al vencer las erizadas crestas de las cordilleras que á veces se les atravesaban en su camino; asperezas en que se ven engastados como perlas los hermosos valles esparcidos por estas regiones elevadas. En los puertos de las sierras les molestó á veces el frio, pues que para caminar

9 Ibid., ubi supra.—Relacion del Primer. Descub., MS.

mas á la ligera, solo llevaban consigo el bagaje muy necesario, y ni aun siquiera venian provistos de tiendas.[10] Los vientos helados de las montañas penetraban por entre las gruesas armaduras de los soldados; pero los pobres Indios vestidos mas á la ligera, y acostumbrados á un clima caliente, padecian mucho mas. Parece que en los Españoles era igual el esfuerzo del cuerpo y el del espíritu, lo que les hacia casi insensibles á las variaciones de clima.

Los enemigos no les habian molestado durante la marcha, pero mas de una vez habian visto rastro de ellos en las aldeas quemadas y puentes destruidos. De cuando en cuando daban aviso á Pizarro de que venian guerreros en su busca; y solian ver algunas partidas de Indios como nubecillas en el lejano horizonte, que se desvanecian tan luego como los Españoles se acercaban. Sin embargo, al llegar á Jauja estas nubes se reunieron y formaron una espesa masa de guerreros, los cuales se situaron en el lado opuesto del rio que corre por enmedio del valle.

Los Españoles se acercaron al rio, cuya corriente aumentada por las nieves derretidas estaba entonces muy ancha, aunque no profunda.

10 "La notte dormirono tutti in quella campagna senza coperto alcuno, sopra la neue, ne pur hebber souuenimiento di legne ne da mangiare." Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 401.

El puente habia sido destruido; pero los conquistadores sin detenerse se metieron atrevidamente en el agua, y parte á nado, parte vadeando lo mejor que pudieron, ganaron la orilla opuesta. Desconcertados los Indios por esta resuelta determinacion, porque tenian fundadas sus esperanzas en el agua que les defendia, se pusieron en fuga no sin hacer antes una impotente descarga de proyectiles. El miedo daba alas á los fugitivos, pero el caballo y su ginete eran mas ligeros aún, y los victoriosos perseguidores tomaron sangrienta venganza del enemigo, por haberse atrevido á pensar siquiera en oponer resistencia.

Jauja era una poblacion considerable, y ya antes hicimos mencion de ella con motivo de haber estado allí Hernando Pizarro. Se hallaba situada en un frondoso valle fertilizado por mil acequias que los industriosos labradores indios sacaban del rio principal que corria mansamente por entre las praderas. Habia en la ciudad varios espaciosos edificios de piedra tosca, y un templo que alcanzó cierta fama en tiempo de los Incas. Pero los robustos brazos del P. Valverde y de sus paisanos, destronaron muy en breve á las divinidades paganas, y colocaron en su lugar las sagradas imágenes de la Vírgen y del Niño Jesus.

Resolvió Pizarro detenerse allí algunos dias y

fundar una colonia española. Consideraba ser aquella una posicion muy ventajosa para mantener sujetos á los Indios de la sierra, y que serviria al mismo tiempo para facilitar las comunicaciones con la costa. En el entretanto determinó enviar á Soto con sesenta caballos para que se adelantase á esplorar la sierra é hiciese reponer los puentes que el enemigo habia destruido.[11]

Partió desde luego este diligente capitan, pero tropezó con graves obstáculos en su marcha. Segun avanzaba eran mas claras y mas frecuentes las señales de enemigos. Encontraba pueblos quemados, puentes destruidos, y gruesas rocas y árboles esparcidos por el camino para estorbar el paso á la caballería. Al acercarse á Vilcas, lugar importante en otro tiempo, pero que hoy ha desaparecido ya del mapa, tuvo en un desfiladero un reñido encuentro con los naturales, el que le costó la vida de dos ó tres soldados. La pérdida era bien corta; mas por pequeña que fuese, la sentian vivamente los Españoles, acostumbrados como ya estaban hacia tanto tiempo, á no encontrar resistencia.

Caminando siempre adelante, pasó el capitan español el rio Abancay, y la caudalosa corrien-

11 Carta de la Justicia y Regimiento de la ciudad de Xauxa, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 10.—Relacion del Primer Descub., MS.

te del Apurimac, y al llegar á la sierra de Vilcaconga supo que una reunion considerable de Indios le aguardaba en las peligrosas gargantas de las montañas. La sierra distaba algunas leguas del Cuzco, y deseoso el comandante de pasarla antes que cerrase la noche, se metió en ella inconsideradamente con sus caballos cansados. Cuando le vieron ya bien internado en las pedregosas veredas, una nube de guerreros armados que parecian brotar de cada gruta y de cada matorral de la sierra, llenó el aire con sus alaridos de guerra, y cayó de golpe, como un torrente de sus montañas, sobre los Españoles que iban escalando las pendientes con mucho trabajo. Fué el ataque tan impetuoso que ni hombres ni caballos pudieron resistirlo, y cayendo las primeras filas sobre las que venian detras, hicieron general el desbarato y la consternacion. En vano intentó Soto restablecer el órden, y cargar si fuera posible sobre los acometedores. Aquella nube de proyectiles hacia perder el tino y el gobierno á los caballos, y los desesperados indígenas les agarrában por las piernas para impedirles que continuasen subiendo por la áspera vereda. Conoció entonces Soto que era perdido si no lograba ganar una meseta que se descubria á poca distancia. Animó á su gente con el antiguo grito de guerra, que siempre llegaba al corazon de los Españoles: hincó las espuelas en los hija-

res de su fatigado corcel, y ayudado con valor por sus soldados, rompió por entre la muchedumbre de guerreros apartándolos á diestra y siniestra hasta que al fin consiguió verse en la llanura.

Allí como por mútuo convenio, se detuvieron ambas partes algunos momentos. Por enmedio del llano corria un arroyo en el cual abrevaron los Españoles sus caballos;[12] y habiendo cobrado aliento los animales, dió Soto con toda su gente una carga desesperada al enemigo. Los intrépidos Indios resistieron el choque con firmeza, y aun era dudoso el resultado del combate cuando las sombras de la noche envolvieron y separaron á los combatientes.

Los dos ejércitos dejaron entonces el campo y se situaron á tiro de flecha uno de otro, de manera que en el silencio de la noche se podia oir la voz de los soldados de ambos campamentos. Pero se pensaba en ellos de muy diverso modo. Los Indios llenos de regocijo con su pasagero triunfo, aguardaban muy confiados la mañana siguiente para completarle. Entre los Españoles por lo contrario, era proporcionado el desaliento. No esperaban encontrar semejante espíritu de resistencia en un enemigo hasta entonces tan sumiso. Habian perdido varios compañeros, y uno de ellos habia sucumbido al golpe

12 Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 405.

de una hacha peruana que le hendió la cabeza hasta la barba; lo que daba claro indicio del poder del arma, y de la robustez del brazo que la manejaba.[13] Tambien habian muerto varios caballos, cuya pérdida era sentida casi al par de la de un ginete, por la dificultad y crecidos costos de conducirlos á tanta distancia. Apenas quedó caballo ni soldado que no sacase herida, y los Indios amigos salieron todavía peor librados.

A juzgar por la obstinacion del ataque y por cierto órden que se guardó en él, era de creerse que le habia dirigido algun gefe esperimentado en la milicia, acaso el general indio Quizquiz, quien se decia andaba recorriendo con una fuerza considerable los alrededores del Cuzco.

Bien que no le faltasen á Soto justos motivos de temor para el dia siguiente, trató, como hombre de valor, de infundir ánimo á sus tropas. Díjoles que si habian derrotado al enemigo cuando sus caballos estaban fatigados y casi agotadas sus propias fuerzas, seria mucho mas fácil el salir ahora victoriosos, cuando unos y otros se habian recobrado con una noche de reposo; encomendándoles al mismo tiempo "que pusiesen su confianza en el Todopoderoso que nunca abandonaria á sus siervos fieles en la necesidad." El resultado justificó la confianza de Soto en este oportuno auxilio.

13 Ibid., loc. cit.

Durante su marcha habia enviado de cuando en cuando á Pizarro, noticias del estado amenazante de la tierra, hasta que al cabo este gefe hubo de alarmarse sériamente y comenzó á temer que su oficial tuviese que sucumbir á un enemigo tan superior en número. Hizo salir por lo tanto á Almagro con casi todos los caballos que restaban, para que fuese á socorrerle, sin darle ninguna infantería á fin de que marchase mas á la ligera. Este activo capitan, aguijoneado por las nuevas que iba recibiendo por el camino, hacia marchas forzadas y tuvo la fortuna de llegar al pié de la sierra de Vilcaçonga la misma noche de la accion.

Sabedor del encuentro ocurrido, siguió adelante sin detenerse, aunque sus caballos estaban rendidos de tanto caminar. La noche era sumamente oscura, y temeroso Almagro de ir á tropezar con el campo enemigo, y deseoso ademas de noticiar á Soto que ya le tenia cerca, hizo tocar las trompetas, hasta que corriendo su sonido por los desfiladeros de las montañas sacó del sueño á sus compatriotas, para cuyos oidos fué aquella la música mas deliciosa. Contestáronle al punto con sus clarines, y en breve tuvieron el gusto de abrazar á sus libertadores.[14]

14 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 5, cap. 3.

Ya cualquiera podrá figurarse cual seria el desaliento de los soldados peruanos, cuando á la primera luz de la mañana vieron reforzadas de aquel modo las filas de los Españoles. Era inútil el pelear contra un enemigo á quien el combatir daba nuevas fuerzas, y que parecia multiplicar su número á su antojo. Así fué que ya no quisieron renovar el combate, sino que aprovechándose de una espesa neblina que cubria las laderas de los cerros, abandonaron el campo y dejaron abiertos los pasos á los conquistadores. Los dos oficiales continuaron entonces su marcha, hasta que sacaron sus tropas de la sierra, y habiendo elegido una posicion segura resolvieron aguardar allí la llegada de Pizarro.[15]

El general en gefe permanecia en el entretanto en Jauja, adonde fueron á inquietarle las mas desfavorables nuevas del estado del pais. Hasta allí todo lo habia conseguido casi sin apelar á las armas, y por lo mismo la resistencia de los Indios le cogia tan de sorpresa como á sus oficiales. Segun parece no comprendia que el carácter mas blando, puede cansarse al fin de la opresion, y que si alguna cosa podia sacar á los indígenas de su natural apatia, era el ver ajusti-

15 Refieren con mas ó menos proligidad el encuentro de Soto con los Indios, Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 405,—Conq. i Pob. del Piru, MS.,—Relacion del Primer. Descub., MS.,—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.,—todos ellos individuos pertenecientes al ejército.

ciar como un malhechor al Inca, á quien todos miraban con tan profunda veneracion.

Recibió, pues, con mucho placer las noticias que le trajeron de la retirada de los Peruanos; mandó decir una misa y que se ofreciesen solemnes acciones de gracias al cielo, "por haberse mostrado tan propicio á los cristianos en esta grande empresa." El Español fué siempre un cruzado. Era en el siglo XVI lo que *Corazon de Leon* y sus bravos caballeros fueron en el XII, pero con esta diferencia: el caballero de aquellos remotos tiempos combatia por la cruz y por la gloria, mientras que el oro y la Cruz eran el santo y seña de los Españoles. El espíritu mercantil habia ajado algo el espíritu caballeresco; pero el fuego del entusiasmo religioso, ardia tan vivo bajo el sayo acolchado del conquistador de América, como bajo la armadura de acero del soldado de la Palestina.

Sospechábase y con fundamento que alguna persona de autoridad habia organizado, ó á lo menos fomentado aquella resistencia de los indígenas, y las sospechas recayeron en el cautivo Challcuchima, á quien acusaban de mantener una correspondencia secreta con su confederado Quizquiz. Pizarro se presentó al Indio, y acusándole de autor de la conspiracion, le echó en cara, como antes habia hecho con su rey, la ingratitud con que habia pagado el generoso trato

recibido de los Españoles. Concluyó su conversacion notificándole, que si no hacia que los Peruanos depusiesen las armas y se sometiesen al punto, le haria quemar vivo tan luego como llegase á los cuarteles de Almagro.[16]

El capitan indio escuchó esta terrible amenaza con la mayor serenidad. Negó haber tenido correspondencia alguna con sus paisanos, y añadió que preso como se hallaba, no tenia poder para reducirles á sumision. Calló entonces obstinadamente, y Pizarro no llevó adelante el asunto.[17] Hizo, sin embargo, doblar la guardia del preso y le echó cadenas. Era aquello muy mal indicio, y así se anunció tambien la muerte de Atahuallpa.

Antes de salir de Jauja tuvieron los Españoles la desgracia de que muriese su hechura, el jóven Inca Toparca. Las sospechas recayeron segun costumbre sobre Challcuchima, á quien ya habian dado los Españoles en cargar todos los pecados de su nacion.[18] Fué aquel un contratiempo para Pizarro, porque contaba obrar en

16 Pedro Pizarro, Descub. y Conq , MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 406.

17 Ibid., ubi supra.

18 A juzgar por el lenguage de la carta dirijida al Emperador por la municipalidad de Jauja, las tropas mismas se hallaban muy distantes de estar convencidas del delito de Challcuchima. "Publico fue, aunque dello no ubo averiguacion ni certenidad, que el capitan Chaliconiman le abia dado ierbas o a beber con que murio." Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, MS.

lo sucesivo á la sombra de esta irrisoria magestad.[19]

Parecióle mas prudente al general no esponerse á perder sus tesoros llevándolos consigo, y por lo mismo los dejó en Jauja al cuidado de unos cuarenta soldados, que allí quedaron de guarnicion. Ningun suceso de importancia ocurrió en el camino, y habiéndose juntado Pizarro con Almagro, ambas fuerzas reunidas entraron á poco en el valle de Xaquixaguana, á cinco leguas del Cuzco. Era este uno de aquellos sitios amenos ocultos en el corazon de los Andes, cuya hermosura parece mayor por el contraste que forman con lo áspero y agreste del terreno que los circunda. Por medio del valle atravesaba un rio, que facilitaba el riego de la tierra y la mantenia cubierta de perpetua verdura; y la rica y floreciente vegetacion aparecia como un jardin cultivado con esmero. La belleza de aquel sitio y su deliciosa frescura, le hacian muy propio para habitacion de los nobles peruanos, y las faldas de los cerros se veian cubiertas de

19 Segun Velasco, Toparca, á quien él da otro nombre, arrancó de sus sienes con despecho la diadema que le diera Pizarro, y murió de pesadumbre á las pocas semanas. (Hist. de Quito, tom. I. p. 377.) Este escritor que era un jesuita de Quito, parece como que se considera obligado á defender á Atahuallpa y á su familia con tanto ardor como si se lo hubiesen encargado espresamente. Sus autoridades, cuando se digna apuntar algunas, es tan raro que le saquen airoso de sus empeños, que es arriesgado el fiarse de sus dichos.

casas de campo que les servian para ir á pasar en ellas los ardores del verano.[20] Una ciénega de alguna estension, formada en el centro del valle por los frecuentes desbordes de las aguas, desfiguraba en algo su hermosura; pero los arquitectos indios se dieron maña para construir una sólida calzada revestida de gruesas piedras, que atravesando por en medio del pantano, iba á reunirse con el camino real.[21]

Pizarro se detuvo en este valle algunos dias, durante los cuales se mantuvieron sus tropas á costa de los bien provistos almacenes de los Incas. Su primer paso fué formar proceso á Challcuchima, si puede decirse que hubo proceso donde la sentencia iba por decirlo así, inclusa en la acusasion. No nos dicen qué pruebas se presentaron; pero sí que fueron bastantes para convencer á los oficiales españoles de que el capitan indio era delincuente. Tampoco es de todo punto increible que Challcuchima fomentase secretamente una insurreccion del pueblo, cuyo resultado debia ser la libertad de su patria y la suya propia. Fué condenado á ser quemado allí mismo. "Pareció á algunos cosa fuerte," dice Herrera; "pero los que signen las razones de es-

20 "Auia en este valle muy snmptuosos aposentos y ricos adonde los señores del Cuzco salian á tomar sus plazeres y solazes." Cieza de Leon, Crónica, cap. 91.

21 Ibid., ubi supra.

tado, á todo cierran los ojos."[22] No se echa de ver á primera vista porqué preferian dar los Españoles á sus víctimas este cruel género de muerte; tal vez seria porque los Indios eran infieles, y desde lo antiguo se consideraba el fuego como el castigo propio del infiel, para simbolizar las llamas inextinguibles que le aguardaban en las habitaciones de los condenados.

El P. Valverde acompañó al gefe peruano hasta el lugar de la ejecucion. Segun se vé, siempre se hallaba presente en este momento terrible, ansioso de aprovecharlo, si era posible, para conseguir la conversion de la víctima. Pintóle con los mas negros colores el horrible destino del infiel, que solo podia gozar de las inefables glorias del paraiso, regenerándose en las aguas del bautismo.[23] Segun parece no le ofreció ninguna conmutacion del castigo de este mundo. Pero sus argumentos se estrellaron en su corazon endurecido, y el Indio le respondió friamente, "que no comprendia la religion de los blancos."[24] Puede perdonársele que no comprendiera las bellezas de una religion que al parecer habia producido para él frutos tan amargos. Mostró en medio de sus tormentos la fortaleza característica del Indio americano, cuyo sufri-

22 Hist. General, dec. 5, lib. 6, cap. 3.

23 Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III, fol. 406.

24 Ibid., loc. cit.

miento triunfa siempre de la saña de sus enemigos, y exhaló el último aliento invocando el nombre de Pachacamac. Sus propios paisanos trajeron la leña para encender la hoguera en que fué consumido. [25]

Poco despues de este trágico suceso, sorprendió á Pizarro la visita de un noble peruano, que llegó con grande pompa seguido de una numerosa y lucida comitiva. Era el jóven príncipe Manco, hermano del desgraciado Huascar, y heredero legítimo de la corona. Puesto en presencia del gefe Español, le declaró sus pretensiones al trono, y pidió la ayuda de los estrangeros. Dícese que habia pensado resistirles por la fuerza, y aun habia favorecido los ataques que recibieron en el camino; pero que mirando ser inútil la resistencia, habia adoptado esta prudente medida con gran disgusto de sus nobles, quienes tenian mas resolucion que él. Sea como fuere, Pizarro escuchó su demanda con particular placer, porque descubria en él un nuevo vástago del tronco real, que le seria mas útil para conseguir sus fines, que cualquiera otro de la familia de Quito, la cual agradaba muy poco á los Peruanos. Recibió por lo mismo al jóven con grande afecto, y no se detu-

25 Ibid., loc. cit.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. El manuscrito del conquistador está tan estropeado en este lugar, que mucha parte de su narracion está borrada enteramente.

vo en asegurarle, que su señor, el monarca de Castilla, le habia enviado espresamente á aquella tierra para vindicar los derechos de Huascar á la corona, y castigar la usurpacion de su rival.[26]

Continuó Pizarro su marcha llevando consigo al príncipe Indio. Detúvole algunas horas una partida de indígenas que le aguardaba en la vecina sierra. Siguióse un reñido encuentro, en que los Indios mostraron grande valor, y ocasionaron una ligera pérdida á los Españoles; pero estos al fin los rechazaron y se abrieron paso por el desfiladero, sin que el enemigo se atreviese á seguirlos en el llano.

Llegaba ya la noche cuando los Conquistadores dieron vista al Cuzco.[27] El Sol poniente iluminaba con sus últimos rayos la ciudad imperial, donde habia tantos altares destinados á su culto. Las filas de edificios bajos, que aquella pálida luz hacia aparecer como de plata, llenaban el fondo del valle y las faldas de las montañas, cuyas confusas formas asomaban oscuras por sobre la hermosa ciudad, como para defenderla de la profanacion que le amenazaba. Era ya tan tarde que Pizarro resolvió diferir su entrada hasta la mañana siguiente.

26 Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 406.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

27 "Y dos horas antes que el sol se pusiese, llegaron á vista de la ciudad del Cuzco." Relacion del Primer. Descub., MS.

Aquella noche se guardó en el campamento la mayor vigilancia, y los soldados durmieron con sus armas. Pero se pasó sin ninguna molestia por parte del enemigo, y muy temprano al dia siguiente, que era el 15 de Noviembre de 1533, se preparó Pizarro á verificar su entrada en la capital del Perú.[28]

Dividióse el pequeño ejército en tres trozos, reservándose el general para sí el mando del centro, llamado "la batalla." Llenaba los suburbios una inmensa multitud de indígenas, que habian acudido de la ciudad y de los alrededores á presenciar aquel espectáculo pomposo, y tan estraño para ellos. Todos fijaban los ojos en los estrangeros con ansiosa curiosidad, porque la fama de sus increibles hechos habia alcanzado hasta los confines mas remotos del imperio. Miraban con asombro sus relucientes armaduras y sus rostros blancos, que parecian acreditarles de verdaderos Hijos del Sol, y escuchaban con cierto temor indefinible el sonoro sonido de las trompetas, que se difundia por las calles de la ciudad, y el ruido de las pisadas de los caballos, que hacian estremecer el piso apesar de su solidez.

El general español se encaminó en derechu-

28 Los cronistas no están de acuerdo en la fecha. No puede haber mejores autoridades que las seguidas en el testo: la relacion de Pedro Sancho y la carta del ayuntamiento de Jauja,

ra á la plaza principal. Estaba rodeada de edificios bajos, y entre ellos habia varios palacios de os Incas. Uno de ellos, construido por Huayna Capac, estaba coronado de una torre, y ocupaban la parte baja uno ó mas inmensos salones, como los que ya describimos en Caxamalca, y allí celebraban sus fiestas los nobles peruanos, cuando el tiempo era desapacible. Tales edificios proporcionaban cómodo alojamiento para las tropas, aunque durante las primeras semanas vivieron en la plaza bajo de sus tiendas, con sus caballos ensillados, y prontos á contener cualquier movimiento de los habitantes.[29]

Aunque la capital de los Incas no igualaba al famoso *El Dorado* que se habian figurado en sus crédulas fantasias, asombró á los Españoles por la hermosura de sus edificios, lo largo y regular de sus calles, y el buen orden y apariencia de bienestar y aun lujo, que se notaba en su numerosa poblacion. La ciudad dejaba muy atrás á cuantas hasta entonces habian visto en el Nuevo Mundo. Su poblacion fué calculada por uno de los Conquistadores en doscientos mil habtiantes, y en igual número la de los suburbios.[30] No

29 Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 407.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 7, cap. 10.—Relacion del Primer. Descub., MS.

30 "Esta ciudad era muy grande i mui populosa de grandes edificios i comarcas, quando los Españoles entraron la primera vez en ella havia gran cantidad de gente, seria pueblo de mas de 40 mill vecinos solamente lo que tomaba la ciudad, que arravales i comarca en derredor

he hallado ningun otro escritor que confirme este cálculo. Pero por mas exagerado que se le suponga, no hay duda que el Cuzco era la metrópoli de un grande imperio, residencia de la corte y de la primera nobleza: allí acudian los artífices mas diestros y los obreros de todas clases, á cuyo talento daba ocupacion la casa real; habia ademas en la ciudad una numerosa guarnicion, y finalmente en ella se reunian todos los emigrados de las provincias mas distantes. Conocíase desde luego el lugar á que pertenecia cada individuo de esta heterogénea poblacion, por su vestido particular, y principalmente por el adorno de la cabeza, que con sus variados colores producia un efecto pintoresco en los grupos y reuniones de las calles. El órden y decencia que reinaba en esta numerosa reunion de gentes tan diversas, probaba la escelente polícia de la capital; y el único ruido que turbaba el reposo de los Españoles, era el bullicio de los festines y danzas, que con dichosa

del Cuzco á 10 ó 12 leguas creo yo que havia doscientos mil Indios porque esto era lo mas poblado de todos estos reinos." (Conq. i Pob. del Piru, MS.) Se calcula que un *vecino*, representa comunmente cinco habitantes.—Mas el P. Valverde, en una carta escrita algunos años despues, solo calcula en la ciudad tres ó cuatro mil casas, al tiempo de la ocupacion, y en los suburbios diez y nueve ó veinte mil. (Carta al Emperador, MS., 20 de Marzo de 1539.) Puede ser que solo incluyese en su cálculo los edificios principales, y no creyó que merecian mencionarse las chozas de adobe que componian la mayor parte de una ciudad peruana.

indiferencia, prolongaban los indígenas hasta una hora muy avanzada de la noche. [31]

Los edificios principales, y habia muchos, eran todos de piedra, ó á lo menos la parte esterior. [32] Entre los mas notables se contaban los palacios reales, (porque cada soberano construia para sí uno nuevo,) y aunque de poca altura cogian una grande estension de terreno. Sus paredes estaban á veces pintadas ó teñidas de colores muy vivos, y nos dicen que las portadas solian ser tambien de marmol de colores. [33] "La canteria de esta ciudad," dice otro Conquistador, "hace gran ventaja á la de España, aunque carecen de teja, que todas las casas, si no es la fortaleza que era hecha de azoteas, son cubiertas de paja, aunque tan primamente puesta que parece bien." [34] El hermoso clima del Cuxco no exigia materiales muy sólidos para defenderse de las injurias del tiempo.

31 "Eran tantos los atambores que de noche se oian por todas partes bailando y cantando y bebiendo, que toda la mayor parte de la noche se le pasaba en esto cotidianamente." Pedro Pizarro, Descub., y Conq., MS.

32 "La maggior parte di queste case sono di pietra, et l'altre hanno la metà della facciata di pietra." Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 413.

33 "Che sono le principali della città dipinte e lauorate, et di pietra: et la miglior d'esse è la casa di Guainacaba Cacique vecchio, et la porta d'essa è di marmo bianco et rosso, et d'altri colori." (Ibid., ubi supra.) Los edificios solian ser de piedra franca. Acaso habria mezclado con con ella algun pórfido de las montañas vecinas, el que pareció mármol á los Españoles.

34 Relacion del Primer. Descub., MS.

El edificio mas importante era sin duda la fortaleza colocada sobre una firme roca, que dominaba arrogante toda la ciudad. Era de piedra labrada, y ajustada con tanto esmero, que era imposible descubrir las junturas de los diversos trozos. Contaba para su defensa con tres parapetos semicirculares formados de trozos de piedra tan grandes, que se asemejaba á la clase de obra que los arquitectos conocen con el nombre de Ciclopédicas. La altura de la fortaleza escedia á la que daban comunmente los Peruanos á sus edificios, y de lo alto de la torre gozaba el espectador de una magnífica perspectiva, en que mezcladas con la verde alfombra del valle se veian las quebradas y asperezas de las montañas vecinas, con sus rocas, bosques y torrentes, y en primer término la hermosa ciudad; formando todo el conjunto mas encantador, rodeado del subido azul de un cielo de los trópicos.

Las calles eran largas y estrechas, dispuestas con la mayor regularidad, y se cortaban en ángulos rectos. De la plaza mayor partian cuatro calles principales, que se dirigian á los caminos reales del imperio. La plaza, y mucha parte de la ciudad, estaba empedrada con guijarros pequeños. [35] Por medio de la ciudad pasaba un rio

35 Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. ubi supra.

Merece citarse un pasage de la "Carta del Ayuntamiento de Xauxa," porque confirma algunos de los interesantes pormenores que constan en el testo, y es muy buena autoridad. "Esta

de agua pura, ó mas bien un canal, cuyos bordes estaban revestidos de piedra por una distancia de mas de veinte leguas.[36] Para facilitar el tránsito de una parte á otra de la poblacion, habia varios puentes construidos tambien de grandes losas.[37]

En tiempo de los Incas, el edificio mas suntuoso del Cuzco era sin duda el gran templo del Sol, revestido de planchas de oro, como ya dijimos, y rodeado de conventos y habitaciones para los sacerdotes, con sus jardines y patios atestados de oro. Ya los Conquistadores se habian llevado los adornos de la parte esterior, escepto la cornisa de oro, que engastada en las

cibdad es la mejor e maior que en la tierra se ha visto, i aun en Indias: e decimos a V. M. ques tan hermosa i de tan buenos edificios que en España seria muy de ver; tiene las calles por mucho concierto empedradas i por medio dellas un caño enlosado. La plaza es hecha en cuadra i empedrada de quijas pequeñas todas, todas las mas de las casas son de Señores Principales hechas de canteria. Está en una ladera de un zerro en el cual sobre el pueblo esta una fortaleza mui bien obrada de canteria, tan de ver que por Españoles que han andado Reinos estraños dicen no haver visto otro edeficio igual al della." Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, MS.

36 "Un rio, el cual baja por medio de la cibdad y desde que nacé, más de veinte leguas por aquel valle abajo donde hay muchas poblaciones, va enlosado todo por el suelo, y las barrancas de una parte y de otra hechas de canteria labrada, cosa nunca vista, ni oida." Relacion del Primer. Descub., MS.

37 El lector hallará en este capítulo algunas repeticiones de lo que dije en la introduccion, sobre el Cuzco en tiempo de los Incas. Pero lo que aquí voy apuntando se ha tomado en su mayor parte de otras fuentes, y era indispensable incurrir en algunas repeticiones para dar una idea bien clara de la capital.

piedras, aun rodeaba el edificio principal. Es probable que las noticias de sus riquezas, que tanto crédito lograron entre los Españoles, escedian mucho á la realidad. Si no era así, los indígenas lograron su empeño de ocultar sus tesoros á los invasores. Mas aun quedaba mucho no solo en la gran "casa del Sol" sino tambien en los templos inferiores, que se veian por do quiera en la capital.

Al entrar Pizarro en el Cuzco hizo publicar una órden mandando á los soldados que respetasen las habitaciones de los vecinos.[38] Pero los palacios eran muchos, y los soldados no tardaron en saquearlos, lo mismo que las casas religiosas. Los adornos interiores formaron un botin considerable. Quitaron tambien las joyas y ricas preseas que adornaban las reales momias del Coricancha. Irritados de que los naturales hubiesen escondido sus tesoros, llegaron alguna vez á darles tormento, para conseguir por la fuerza que revelasen el lugar en que los tenian.[39] Turbaron el reposo de las sepulturas, en que los peruanos depositaban á veces sus objetos mas preciosos, y obligaron á las tumbas á que entregasen sus cadáveres. Los rapaces Conquistadores no dejaron lugar que

38 "Pues mandó el Marques dar un pregon que ningun español fuese á entrar en las casas de los naturales ó tomalles nada." Pedro Pizarro, Descub., y Conq. MS.

39 Gomara, Hist. de las Indias, cap. 123.

no escudriñasen, y á veces tropezaban con una rica mina que recompensaba sus trabajos.

En una cueva cercana á la ciudad, encontraron varios vasos de oro puro, ricamente cincelados con figuras de serpientes, langostas y otros animales. Entre los despojos se hallaron cuatro llamas de oro y diez ó doce estatuas de muger, unas de oro y otras de plata, "que solo el verlas" dice con cierto candor uno de los Conquistadores, "era cierto cosa que alegraba." El oro seria sin duda delgado, porque las figuras eran todas del tamaño natural, y por haberse reservado algunas para el quinto real, no se fundieron, sino que se enviaron á España como estaban.[40] Los almacenes estaban llenos de artículos muy curiosos: mantas de algodon y de pluma ricamente tedidas, sandalias de oro y zapatos de lo mismo para las mugeres, y vestidos formados enteramente de chaquira de oro.[41] Despreciaron los

40 "Et fra l'altre cose singolari, era veder quattro castrati di fin oro molto grandi, et 10 ò 12 statue di donne, della grandezza delle donne di quel paese tutte d'oro fino, cosi belle et ben fatte como se fossero viue. . . . Queste furono date nel quinto che toccaua a S. M." (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 409.) "Muchas estatuas y figuras de oro y plata enteras, hecha la forma toda de una muger, y del tamaño della, muy bien labradas." Relacion del Primer Descub., MS.

41 "Habia ansi mismo otras muchas plumas de diferentes colores para este efecto de hacer ropas que vestian los señores y señoras, y no otro, en los tiempos de sus fiestas: habia tambien mantas hechas de chaquira de oro y de plata que eran unas cuentecitas muy delicadas, que parescia cosa de espanto ver su hechura." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Conquistadores el maiz y otros comestibles acopiados en los pósitos, porque solo pensaban en saciar su sed de oro. [42] Ya llegó el tiempo, en que hubieran preferido el grano.

Con todo, el botin de la capital no correspondió á las grandes esperanzas de los Españoles. Pero esta falta se remedió con los despojos que fueron recojiendo en diversos parajes durante la marcha. En un lugar, por ejemplo, hallaron diez tablones ó barras de plata maciza, cada uno de veinte pies de largo uno de ancho y dos ó tres pulgadas de grueso. Les tenian destinados para adornar la casa de un noble. [43]

Reunióse en un solo monton todo el oro recogido, segun se habia hecho antes en Caxamalca, y despues de apartar para el rey algunas piezas de las mas curiosas, se entregó el resto á los plateros indios para que fundiéndole le redujesen á barras de igual ley. La reparticion de los despojos se hizo bajo el mimo pié que antes. Habia cuatrocientos ochenta soldados, inclusa la guarnicion de Jauja, y era preciso dar su parte á cada uno; á los de caballería se dió doble que á los de infanteria. Los que se hallaron

42 Ondegardo, Rel. Prim. MS.

43 "Pues andando yo buscando maiz ó otras cosas para comer, acaso entré en un buhio donde hallé estos tablones de plata que tengo dicho, que eran hasta diez, y de largo tenian veinte pies y de anchor de uno, y de gordor de tres dedos: dí noticia dello al Marques, y él y todos los demas que con el estaban, entraron á vello." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

presentes á la division del botin, no convienen en la cantidad á que ascendió. Unos afirman que fué mayor con mucho que el rescate de Atahuallpa y otros sostienen que fué mucho menor. Pedro Pizarro dice que á cada hombre de á caballo, tocaron seis mil pesos de oro, y la mitad de esta suma á los de á pié; [44] aunque Pizarro hizo la misma distincion que antes, teniendo en cuenta la calidad de los individuos, y sus respectivos servicios. Pero Sancho, escribano real y secretario del comandante, valua el todo en una suma mucho menor, no pasando segun él, de quinientos ochenta mil doscientos pesos de oro, y doscientos quince mil marcos de plata. [45] Como no existe ningun instrumento auténtico, no podemos determinar quién se acerca mas á la verdad. Mas debe tenerse presente que la relacion de Sancho va refrendada por Pizarro y el tesorero Riquelme, y por lo mismo es cosa segura que aquella fué la suma de que los Conquistadores dieron cuenta á la corona.

Mas cualquiera que sea el cálculo á que nos atengamos, aquella cantidad reunida á la recojida antes en Caxamalca, habria bastado para saciar la sed del hombre mas codicioso. La repentina adquisicion de riquezas tan inmensas por un puñado de aventureros desalmados, y en

44 Descub. y Conq., MS. Ramusio, tom. III. fol. 409.
45 Pedro Sancho, Rel., ap.

una forma tan fácil de cambiar, produjo el efecto que era de esperarse en hombres poco acostumbrados á verse con dinero. Con ellas pudieron entregarse al juego, pasion tan fuerte y tan comun entre los Españoles, que puede llamarse vicio nacional. (*) En un solo dia se perdian y se ganaban fortunas enteras, que hubieran bastado para asegurar por toda la vida la subsistencia de sus poseedores; y hubo jugador desesperado á quien un golpe adverso de los dados, ó un albur desgraciado despojó en pocas horas del fruto de años de trabajo, y le obligó á comenzar de nuevo sus rapiñas. Entre ellos se hace mencion de un soldado de caballería llamado Leguizano, á quien tocó en la division de los despojos la figura del Sol esculpida en un plancha de oro bruñido, que cubria la pared de uno de los aposentos del gran templo, y que por algun motivo acaso por su notable hermosura, no fué fundida como los demas adornos. Esta rica presa, perdió aquel desperdiciado en una sola noche, de donde vino despues el proverbio español, *juega el sol antes que amanezca.* [46]

(*) El autor nos permitirá le hagamos advertir, que si bien en España y en las Américas españolas ha habido siempre, por desgracia, casas de juego, porque jamas en pais alguno se ha podido desterrar semejante vicio, siempre existieron ocultas y perseguidas; pero cuando se apoderaron de esta capital las tropas de los Estados-Unidos, las vimos abrirse en parages públicos con licencia del gobierno americano, á quien pagaban una fuerte pension, concurriendo á ellas dia y noche una multitud de individuos pertenecientes al ejército invasor. —*N. del T.*

46 Garcilaso, Com. Real. Parte 1, lib. 3, cap. 20.

El efecto de tal recargo de metales preciosos se sintió al punto en los precios. Los objetos mas comunes solo se conseguian por sumas exhorbitantes. Una mano de papel valia diez pesos de oro; una botija de vino, sesenta; una espada, cuarenta, ó cincuenta; una capa, ciento, y á veces mas; un par de borceguies costaba treinta ó cuarenta pesos de oro, y un buen caballo no se conseguia por menos de dos mil quinientos, y hubo algunos que se vendieron aun mas caros. [47] Todos los objetos subieron de precio, conforme declinaron el oro y la plata, equivalentes de todos ellos. En una palabra, parecia que en el Cuzco, el oro y la plata eran las únicas cosas que no hacian rico á un hombre. Hubo algunos, sin embargo, bastante juiciosos, que quisieron regresar á su patria contentándose con lo ya adquirido. Sus riquezas les bastaron para vivir allí con desahogo, como personas distinguidas, y al mismo tiempo que despertaban la envidia de sus paisanos, les incitaban á buscar fortuna por las mismas vias.

47 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 233.

CAPITULO IX.

Coronacion del Nuevo Inca. — Organizacion del Ayuntamiento. — Penosa marcha de Alvarado. — Encuentra con Pizarro. — Fundacion de Lima. — Llega Hernando Pizarro á España. — Sensacion que causa en la corte su llegada. — Disensiones entre Almagro y los Pizarros.

1534 — 1535.

Hecha la division del botin, el primer cuidado del capitan español fué colocar al Inca Manco en el trono, y conseguir que le reconociesen sus vasallos. Les presentó, pues, al jóven príncipe como á su futuro soberano, hijo legítimo de Huayna Capac y heredero por consiguiente del cetro de los Incas; y el pueblo recibió aquella noticia con entusiasmo por el apego que tenia á la memoria de su ilustre padre, figurándose que todavia les iba gobernar un monarca de la antigua dinastia del Cuzco.

No se perdonó medio alguno para hacer que el pueblo se mantuveise en esta ilusion, observándose puntualmente en la coronacion todas las ceremonias acostumbradas. El príncipe guardó los ayunos y vigilias prescritas para estos casos, y el dia señalado se juntaron en la gran plaza del Cuzco la nobleza, el pueblo y todos los Españoles, á fin de ser testigos de la última ceremonia. Celebró la misa públicamente el Padre Valverde, y el Inca Manco recibió la borla ó diadema imperial, no de manos del sumo sacerdote de su nacion, sino de las del Conquistador Pizarro. Los señores indios prestaron en seguida su homenage en la forma acostumbrada, y luego el notario real leyó en voz alta la escritura en que se declaraba la supremacía de la corona de Castilla, y se exigia que todos los presentes prestasen obediencia á su autoridad. Un intérprete esplicó el requerimiento, y se ejecutó por todos la ceremonia del homenage, alzando dos ó tres veces el estandarte real de Castilla. Manco y el capitan español bebieron *chicha* en un vaso de oro, y habiendo abrazado cordialmente el último al nuevo monarca, los clarines anunciaron que la ceremonia estaba concluida.[1] Mas aquel estruendo no era señal de triunfo, sino de humillacion, porque proclamaban que el estrangero armado ha-

1 Pedro Pizarro, Descub. y Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. Conq., MS. — Pedro Sancho, 407.

bia pisado ya los palacios de los Incas: que la ceremonia de la coronacion era una pompa vana; que su príncipe no era ya mas que un mero instrumento en manos de sus vencedores, y que la gloria de los Hijos del Sol, habia acabado para siempre.

El pueblo, con todo, se entregó facilmente á esta ilusion, y se mostraba dispuesto á contentarse con esta sombra de su antigua independencia. Celebróse el advenimiento del jóven monarca con las fiestas y regocijos de costumbre. Sacaron á la plaza las momias de sus reales progenitores con todos los adornos que les quedaban, acompañada cada una de su respectiva servidumbre, que cuidaba de desempeñar todos los oficios serviles, como si su amo viviera todavia y pudiese apreciarlos. Cada espectro de aquellos tomó asiento en el festin; mas ay! que la mesa ya no se veia cubierta de la espléndida vajilla con que en otro tiempo se adornaba en las grandes festividades. Los convidados bebieron largamente á la memoria de los ilustres finados, y á la comida siguió la danza hasta una hora muy avanzada, continuando noche tras noche la descuidada poblacion aquellas fiestas, como si los conquistadores no estuviesen apoderados de su capital.[2] ¡Qué contraste con la conducta de los Aztecas en la conquista de México!

2 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. "Luego por la mañana iba al enterramiento donde estaban ca-

Trató luego Pizarro de organizar en el Cuzco un gobierno municipal por el mismo estilo que los de las ciudades de España. Nombró dos alcaldes y ocho regidores, incluyendo entre estos últimos á sus dos hermanos Gonzalo y Juan. El 24 de Marzo de 1534 tomaron todos posesion, y prestaron juramento con gran solemnidad en la plaza principal del Cuzco, en presencia de Españoles y Peruanos, como si el general quisiese dar á entender á estos con tales ceremonias, que si bien en la apariencia conservaban sus antiguas leyes, el verdadero poder habia pasado ya á manos de sus conquistadores.[3] Convidó á los Españoles á avecindarse en el lugar, haciéndoles liberales concesiones de terrenos y casas, para lo que contaba con los muchos palacios y edificios públicos de los Incas; y de esta manera, mas de un hidalgo que en su tierra era tan pobre que no hallaba techo que le cobijara, se encontró ahora hecho dueño de una habitacion magnífica, que hubiera alcanzado para alojar la servi-

da uno por orden embalsamados como es dicho, y asentados en sus sillas, y con mucha veneracion y respeto, todos por orden los sacaban de allí y los traian á la ciudad, teniendo cada uno su litera y hombres con su librea, que le trujesen, y ansi desta manera todo el servicio y aderezos como si estubiera vivo." Relacion del Primer. Descub., MS.

3 Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 409.— Montesinos, Anales, MS., año 1534.—Actto de la fundacion del Cuzco, MS.

En este instrumento, perteneciente á la coleccion de Muñoz, se hallan los nombres no solo de los magistrados, sino hasta de los vecinos que formaron la primera poblacion de la capital cristiana.

dumbre de un príncipe.[4] Desde entonces, dice un antiguo cronista, Pizarro que habia usado hasta allí su título militar de "Capitan General," se hizo dar el de "Gobernador"[5] Ambos se le concedian en la cédula real.

En medio de sus negocios temporales no se olvidaba este gefe de la propagacion de la fé. El Padre Valverde presentado para el obispado del Cuzco y confirmado poco despues por el Papa, se dispuso á conmenzar el desempeño de las obligaciones de su empleo. Eligióse un sitio enfrente de la plaza para la catedral de su diócesis, y á poco tiempo se levantó un espacioso monasterio sobre las ruinas del magnífico templo del Sol. Los materiales antiguos sirvieron para la construccion de las nuevas paredes: el altar quedó colocado en el mismo sitio en que antes brillaba la refulgiente imagen de la deidad peruana, y los frailes de Santo Domingo transitaban por los claustros del templo indiano.[6] Para que la transformacion fuese completa, á la

4 Actto de la fundacion del Cuzco, MS.—Pedro Pizarro, Descub, y Conq. MS.—Garcilaso, Com, Real., P. 1, lib. 7 cap. 9; et seq.

Cuando un edificio era demasiado grande, como succdia con algunos templos y palacios, se adjudicaba á dos y aun á tres conquistadores para que le dividiesen entre sí. Garcilaso describe el estado de la ciudad poco despues de la conquista y enumera con harta prodigalidad los nombres de los caballeros á quienes tocaron los edificios.

5 Montesinos, Anales, MS., año 1534.

6 Garcilaso, Com. Real, P. I, lib. 3, cap. 20; lib. 6, cap. 21.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.

casa de las Vírgenes del Sol, sustituyeron un monasterio de vírgenes cristianas.[7] Poco á poco se fueron viendo iglesias y monasterios en donde estuvieron antes los edificios antiguos, y los pocos que dejaron en pié fueron despojados de las insignias del paganismo, y quedaron bajo la proteccion de la cruz.

Los frailes de Santo Domingo, los de la Merced y otros misioneros, se entregaron entonces con gran celo á la obra de la conversion. Ya hemos visto que el gobierno exigió de Pizarro que llevase consigo un cierto número de religiosos, y cada buque que se despachaba despues, llevaba un nuevo refuerzo de sacerdotes. No eran todos ellos cómo el obispo del Cuzco, ni tenian el corazon tan endurecido por el fanatismo, que no dieran entrada á la compasion hácia los infelices indígenas.[8] La mayor parte eran

7 Ulloa, Voyage to S. America, book 7, ch. 12.

"Las vírgenes indias," dice el autor de la Relacion del Primero Descubrimiento, "vivian en castidad y santamente."—"Fingian guardaban virginidad," dice Pedro Pizarro, "y ser castas, y mentian porque tambien se envolvian con los criados y guardadores del Sol."—¿A quien creer? —En medio de opiniones tan contradictorias podemos admitir la mas favorable á los Peruanos. No hay riesgo de que los Conquistadores se dejasen preocupar en favor de ellos.

8 Es preciso, sin embargo, hacer justicia á Valverde, advirtiendo que no se espresan así respecto de él, los fieros soldados de la Conquista. El ayuntamiento de Jauja en una carta á la corte, califica al Dominico de sacerdote instruido y ejemplar, que habia sido de mucho consuelo á los Españoles. "Es persona de mucho ejemplo y doctrina i con quien los Españoles han tenido mucho consuelo." (Carta de la

hombres de singular humildad, que seguian las huellas de los conquistadores, para ir sembrando las semillas de la verdad, y con el celo mas desinteresado se consagraban esclusivamente á la propagacion del Evangeiio. Con sus trabajos apostólicos dieron á conocer que eran verdaderos soldados de la Cruz, y que no era un vano alarde el empeño tan decantado de plantar sus estandartes en el corazon de las naciones paganas.

Las conquistas de los Españoles se distinguen muy honrosamente de las de otras naciones, por sus esfuerzos para convertir á los infieles. Los Puritanos, con igual celo religioso, trabajaron comparativamente poco en la conversion del Indio, dándose á lo que parece por contentos con haber conseguido para sí propios, el inapreciable privilegio de adorar á Dios á su modo. Otros aventureros que entraron en el Nuevo Mundo, hacian tan poco caso de la religion, que no debia aguardarse de ellos que se esforzasen mucho por estenderla entre los salvages. Pero los misioneros españoles han mostrado en todos tiempos el mas sivo interes por el bien espiritual de los indígenas. Merced á sus esfuerzos se levantaron iglesias magníficas, se fundaron escuelas de primeras letras, y no perdonaron medio

Just. y Reg. de Jauja, MS.) Y sin embargo, esto no impide que desconociese casi enteramente los derechos naturales de los indígenas.

alguno para difundir por todas partes el conocimiento de las verdades religiosas. Penetraron solos en las regiones mas remotas é inaccesibles, ó como el benéfico las Casas en Cumaná, y los Jesuitas en el Paraguay y las Californias, reunieron á sus discípulos indios en poblaciones, reduciéndoles á vida civil. En todo tiempo han estado prontos estos valerosos sacerdotes á alzar su voz contra las crueldades de los conquistadores, ó contra la avaricia no menos destructora de los colonos, y cuando sus reclamos, como sucedia con frecuencia, nada podian conseguir, no por eso dejaban de consolar al afligido, enseñando al pobre Indio á conformarse con su suerte, é ilustrando su estraviada inteligencia con la revelacion de una vida futura mas justificada y mas feliz. Al recorrer los sangrientos anales de las colonias españolas, se alivia el corazon al reflexionar, como es justo, que la misma nacion que producía aquellos crueles conquistadores, enviaba tambien sus benéficos misioneros, y difundia la luz de la civilizacion cristiana hasta las regiones mas distantes del Nuevo Mundo.

Mientras el gobernador, que así le llamaremos en adelante, se hallaba en el Cuzco, le llegaron repetidas noticias de hallarse por aquellas comarcas una fuerza respetable mandada por el general Quizquiz. Hizo, pues, salir á

Almagro con algunos de á caballo y un número considerable de Indios auxiliares mandados por el Inca Manco, con encargo de dispersar los enemigos, y coger si era posible al comandante. Manco salió con tanto mas gusto á esta expedicion, cuanto que los enemigos eran soldados de Quito, y lo mismo que su gefe, no le veian con buenos ojos.

Marchando Almagro con su acostumbrada rapidez, no tardó en venir á las manos con el capitan indio. Varios choques sangrientos tuvieron lugar al retirarse el ejército de Quito á Jauja, y cerca de allí, se decidió la suerte de la campaña en un combate general, quedando enteramente derrotados los indígenas. Quizquiz huyó á los llanos de Quito, y allí hizo todavia frente con indomable valor á las armas españolas, hasta que sus propios soldados, cansados de una guerra tan larga é infructosa le asesinaron á sangre fria.[9] Así acabó el último de los dos generales de Atahuaplla, los que, á haber estado su nacion animada del mismo espíritu que ellos, habrian resistido por mucho tiempo y con buen éxito á los invasores.

Poco antes de que esto sucediese y hallándose todavia en el Cuzco el gobernador, le llega-

9 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, c. 20.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III, fol. 408.—Relacion del Primer. Descub., MS.

ron las nuevas de un suceso de mas gravedad para él, que todas las guerras de los Indios. Lo que le anunciaban era el arribo de un crecido número de Españoles conducidos por D. Pedro de Alvarado, el mismo capitan que á las órdenes de Cortés acababa de ganar tan alto renombre en la conquista de Méjico. Este caballero despues de hacer en España un brillante casamiento, cual merecia por su nacimiento y su grado en la milicia, habia vuelto á su goberuacion de Guatemala, y un vez allí, los magníficos informes que diariamente recibia de las conquista de Pizarro, llegaron á despertar su avaricia. Aquellas conquistas, segun le decian, se limitaban hasta entonces al Perú, permaneciendo todavia intacto el reino de Quito, antigua residencia de Atahuallpa, donde sin duda tenia guardada la mayor parte de sus tesoros. Finguiendo creer que este pais caia fuera de la jurisdiccion del gobernador, hizo tomar el rumbo de la América Meridional á una numerosa flota, que destinaba para las islas de la Especeria, y en Marzo de 1534, tomó tierra en la bahia de Caraques, con quinientos hombres, la mitad de á caballo, y todos perfectamente provistos de armas y municiones. Hasta entonces no se habia visto en los mares del Sur un escuadron tan numeroso, ni mejor pertrechado.[10]

10 Los historiadores no convienen en el número; pero de

Aunque aquello era una invasion manifiesta del territorio concedido á Pizarro por la corona, no tuvo escrúpulo Alvarado en marchar directamente sobre Quito. Contando con el auxilio de un guia indio se determinó á tomar el camino recto por las sierras; travesía sumamente dificil, aun escogiendo la estacion mas favorable.

Pasado el rio Dable se le huyó el guia, de manera que Alvarado se halló en breve perdido entre las tortuosas sendas de la sierra, y como iba subiendo cada vez mas, se vió al fin rodeado de nieves y hielos, que su gente, sacada la mayor parte de las tierras calientes de Guatemala, no era capaz de resistir. Crecia el frio, y llegó á tal estremo, que paralizaba sus movimientos y apénas les permitia el andar. Los de á pié algo se aliviaban con la fatiga de la marcha; pero algunos ginetes llegaron á quedarse helados en las sillas. Los miserables Indios, sin abrigo, y mas sensibles al frio, perecian á centenares. Venida la noche se abrigaron como pudieron los Españoles con las pocas tiendas que traian, recogiendo para encender fuego la escasa leña que hallaron; de este modo y casi sin aliento, aguardaron sumidos en triste silencio, la llegada del dia. Mas la nueva luz, no les trajo ningun con-

una informacion judicial hecha en Guatemala, resulta que eran por todo 500 hombres, de ellos 230 de caballería.—Informacion hecha en Santiago, Set. 15, 1536, MS.

suelo, y al iluminar con sus pálidos rayos aquella escena de desolacion, no hizo otra cosa que presentarles con mas claridad los desastres de la terrible noche. Siguieron, sin embargo, esforzándose por vencer los Puertos Nevados, quedando tristemente marcado el camino que seguian, por las armas, vestidos, preseas, y otros despojos de la campaña que quedaban tirados, y ademas por los cuerpos de muertos ó de los infelices que dejaban abandonados á perecer en aquella soledad. Mas los caballos muertos no permanecian por mucho tiempo en el suelo, porque los hambrientos soldados se echaban al punto sobre ellos y los devoraban medio crudos. Estos infelices, á semejanza de los voraces condores que revoleaban á bandadas sobre sus cabezas, se abalanzaban á los mas inmundos alimentos, para satisfacer las insufribles exigencias del hambre.

Deseoso Alvarado de salvar el botin que habia adquirido en los principios de la jornada, hizo pregonar publicamente que cada uno podia tomar de las cargas el oro que quisiese, pagando tan solo el quinto real. Pero los soldados no se aprovecharon del permiso y solo respondieron burlándose, "que el verdadero oro era comer." Viéronse, sin embargo en aquella extremidad en que parecian ya rotos hasta los vínculos de la naturaleza, varios ejemplos de

lealtad que conmueven: de soldados que perdian la vida auxiliando á sus camaradas, y de padres y esposos, (porque algunos caballeros traian consigo sus mugeres) que en vez de pensar en su propia salvacion, preferian mas bien quedarse y perecer sepultados en la nieve con los objetos mas queridos de su corazon.

Para colmo de desgracias, durante muchos dias no cesó de llover sobre ellos arena y cenizas, que les cegaban y les impedian casi del todo la respiracion.[11] Seguramente provendria este fenómeno de alguna erupcion del lejano Cotopaxi, el mas hermoso y el mas terrible de los volcanes de América, que á las doce leguas al sudeste de Quito levanta su orgullosa cabeza mucho mas allá del límite de las nieves perpetuas.[12] Al tiempo de la expedicion de Alvarado se encontraba precisamente en erupcion, la mas antigua de que hay memoria, aunque no la primera sin duda.[13] Desde aquella época se ha manteni-

11 "Comenzó á llover tierra del cielo," dice Oviedo, "que cegaba à hombres y caballos, de manera que los árboles y matas, estaban cubiertos de polvo." Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 20.

12 Garcilaso dice que la lluvia de ceniza venia del "volcan de Quito." (Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 2.) Cieza de Leon se contenta con decir que de "uno de los volcanes de aquella region." (Crónica, cáp. 41.) Ni el uno ni el otro espresan el nombre. Humboldt admite la opinion general, de que hablan del Cotopaxi. Researches, I. 123.

13 Era tradicion muy estendida entre los naturales, que un enorme trozo de porfido que se ve cerca de la base del cono, fué arrojado en una erupcion ocurrida al tiempo de la muerte de Atahuallpa.—Pero tradicion semejante apenas puede tener cabida en la historia.

do en continua agitacion, lanzando sus fuegos á media milla de altura, vomitando torrentes de lava que han sepultado pueblos y ciudades, y conmoviendo sin cesar la tierra con ruidos subterráneos que á mas de cien leguas de distancia parecian descargas de artilleria.[14] Los compañeros de Alvarado ignorantes de la causa de este fenómeno, al verse medio enterrados en la nieve, cosa nueva para ellos, y rodeados de una atmósfera de ceniza, perdieron el tino en medio de esta confusion de los elementos, que parecian haberse conjurado para acabarles. Habia entre ellos algunos antiguos soldados de Cortés, endurecidos por mil penosas marchas y mas de una sangrieuta batalla contra los Aztecas; pero confesaban que esta guerra de los elementos era superior á todo.

Alvarado, en fin, despues de fatigas inauditas que pronto iban ya á rendir aun á los mas robustos, salió de los Puertos Nevados y entró en las elevadas llanuras cerca de Riobamba, situadas á mas de nueve mil pies sobre el nivel del mar Pero la cuarta parte de su lucido ejército, y mas de dos mil indios auxiliares, quedaron en los

14 Hállase una descripcion muy detallada de esta formidable montaña por Mr. de Humboldt (Researches, I, 118, et seq.,) y otra aun mas circunstanciada por Condamine. (Voyage à l'Equateur, pp. 48–55, 156–160.) Este último viagero hubiera tratado de trepar por las paredes casi perpendiculares del cráter, pero no hubo nadie bastante atrevido para seguirle.

montes para alimento de los buitres. De los caballos pereció tambien el mayor número; y los que escaparon con vida, tanto hombres como caballos, salieron todos mas ó menos estropeados por el frio, el hambre, y la estrema fatiga.—Tal fué el terrible paso de los Puertos Nevados, que he referido sucintamente como un episodio de la conquista del Perú, pero cuya relacion detallada, aúnque todo duró pocas semanas, daria mejor idea de las dificultades con que tropezaron los Españoles, que volómenes enteros llenos de la narracion de hechos ordinarios. [15]

Así que Alvarado, despues de dar un descanso á sus abatidas tropas, comenzó á marchar por la inmensa llanura, se quedó asombrado al descubrir en la tierra frescas huellas de caballos. Era claro que ya antes habian llegado allí Españoles, y que despues de trabajar y padecer tanto, otros se le habian adelantado en la conquista de Quito. Mas conviene que nos detengamos un poco á esplicar como sucedió esto.

15 La relacion mas completa y mas animada de la marcha de Alvarado, es sin disputa la de Herrera, quien parece haber empuñado para escribirla, la misma pluma con que Tito Livio describió la marcha de Anibal por los Alpes. (Hist. General, dec. 5, lib. 6, cap. 1, 2, 7, 8, 9.) V. tambien Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, c. 20,—y Carta de Pedro de Alvarado al Emperador, San Miguel, 15 de Enero, 1535, MS.

Alvarado en la carta citada, que se conserva en la coleccion de Muñoz, espone al emperador los motivos de su espedicion con no poco descaro. En este documento habla muy por encima de su marcha, tratando principal-

Advirtiendo Pizarro la importancia que tomaba cada dia la ciudad de San Miguel, único puerto por entonces en aquella costa; quiso, al tiempo de salir de Caxamalca, dejarla al cuidado de una persona de confianza. Puso para ello los ojos en Sebastian de Benalcazar, caballero que llegó despues á figurar en primera línea entre los conquistadores de la América Meridional, por su valor, sus talentos y su crueldad. Mas apénas habia tomado posesion de su gobierno, cuando le llegaron, lo mismo que á Alvarado, tales noticias de las riquezas de Quito, que se resolvió a emprender su conquista con las fuerzas que mandaba, aunque no tenia órdenes para ello.

Puesto á la cabeza de unos ciento cincuenta soldados, de á pié y de á caballo, y de un crecido número de Indios amigos, encumbró la cordillera hasta salir á las llanuras de Quito por un camino mas breve y seguro que el escogido por Alvarado. En los llanos de Riobamba encontró al general indio Ruminavi, y tuvo con él algunas refriegas con vario suceso, hasta que siendo el valor igual, triunfó la disciplina, y el victorioso Benalcazar enarboló el estandarte de Castilla en los antiguos torreones de Atahualpa. En honor de su general Francisco Pizarro

mente de las negociaciones con Almagro, yendo acompañadas sus observaciones de mil informes siniestros sobre la conducta de los Conquistadores.

dió á la ciudad el nombre de San Francisco de Quito. Causóle no obstante harta pesadumbre el advertir, que ó bien eran falsas las noticias de sus riquezas, ó estas habian sido escondidas por los habitantes. La ciudad fué lo único que ganó con sus victorias; la concha sin la perla á que debia todo su valor. Mientras sobrellevaba este golpe lo mejor que podia, recibió nuevas de que su gefe Almagro se acercaba.[16]

No bien se supo en el Cuzco la espedicion de Alvarado, salió Almagro en direccion á San Miguel con una corta fuerza, pensando reforzarla allí, y marchar en seguida contra los invasores. No quedó poco asombrado cuando llegó á la ciudad, y supo que no estaba en ella su gobernador. Dudoso Almagro de la pureza de sus intenciones, no vaciló, con la fogosidad propia de la juventud, algo apagada en verdad por los achaques de la vejez, en meterse por las montañas en busca de Benalcazar.

Venciendo el resuelto veterano con su acostumbrada energía las dificultades de la marcha, dentro de pocas semanas se halló con su tropa en las elevadas llanuras de Riobamba, aunque en el camino hubo de resistir mas de un

16 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 11, 18; lib. 6, cap. 5, 6.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 19.—Carta de Benalcazar, MS.

vigoroso ataque de los naturales, cuyo valor y constancia resaltaban mas comparados con la indiferencia de los Peruanos. Pero aun no habia llegado para estos la hora de manifestar el fuego que en sus pechos ardia.

No tardó Almagro en ver llegar á Riobamba al gobernador de San Miguel, quien negó y acaso de buena fé, el haber llevado ninguna intencion torcida al emprender sin órdenes aquella entrada. Ya con este refuerzo esperó tranquilamente el capitan español la llegada de Alvarado. Las tropas de este último, aunque mas maltratadas, eran superiores en número y en equipo á las de su rival. Cuando se hallaron frente á frente en los inmensos llanos de Riobamba, parecia inevitable un combate sangriento, que procurara á los naturales la satisfaccion de ver vengados sus agravios, por los mismos que se los hicieron. Pero Almagro no queria que las cosas viniesen á tal término.

Comenzaron, pues, las negociaciones, y cada parte alegaba los derechos que creia tener á aquella provincia. En el entretanto, las tropas de Alvarado trataban continuamente con las de Almagro, y escuchaban allí tales relaciones de las riquezas y maravillas del Cuzco, que ya muchos se inclinaban á pasarse á las filas de Pizarro. Hasta su mismo caudillo, convencido de que la posesion de Quito no bastaba á com-

pensar los trabajos pasados, y los que segun las apariencias aun le quedaban por sufrir si persistia en su empeño, comenzó á echar de ver la ligereza y temeridad con que habia procedido, esponiéndose á incurrir en el desagrado de su soberano. Dispuesto su ánimo de este modo, no era ya difícil que se arreglasen satisfactoriamente los puntos en cuestion, y se convino por principio en que el gobernador pagaria á Alvarado cien mil *pesos de oro*, comprometiéndose este último á entregarle sus navíos, sus tropas y todas sus municiones y pertrechos de guerra. Los buques eran doce, entre grandes y pequeños, y la suma que recibió en pago, si bien crecida, no alcanzaba á cubrir sus desembolsos. Concluido el tratado, quiso Alvarado apersonarse con Pizarro, antes de salir de la tierra.[17]

17 Conq. i Pob. del Piru, MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 6, cap. 8-10.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 20.—Carta de Benalcazar, MS. No están de acuerdo los escritores en la suma pagada á Alvarado por indemnizacion; pero tanto este como Almagro en sus cartas al emperador, desconocidas hasta ahora á los historiadores, convienen en la suma fijada en el testo. Alvarado se lamenta de que no le quedó otro arbitrio que tomarla, aunque le resultaba grave pérdida á él, lo mismo que á la corona por el malogro de su espedicion, segun lo insinúa modestamente. (Carta de Alvarado al Emperador, MS.) Almagro, sin embargo, sostiene que la suma pagada era tres veces mas de lo que merecia el armamento, "é hice este sacrificio," añade, "en obsequio de la paz, que nunca es cara á ningun precio." ¡Opinion estraña en un conquistador castellano! Carta de Diego de Almagro al Emperador, MS., Oct. 15, 1534.

Mientras pasaba todo esto, habia salido de la capital el gobernador, é ignorando hacia donde se habria encaminado Alvarado, emprendió su marcha para la costa, por si acaso viniese por allí. Dejó en el Cuzco á su hermano Juan, creyéndolo por sus modales el mas á propósito para conciliarse el afecto de la poblacion indígena. Dejó igualmente noventa soldados para que sirviesen de guarnicion y de principio para la nueva colonia, y tomando consigo al Inca Manco, llegó hasta Jauja. Allí le obsequió el príncipe indio con el espectáculo de una gran caceria al uso del pais, conforme la dejamos descrita, en la que se mató un inmenso número de fieras, y se recogieron en cercados, para despojarles de sus delicados vellones las vicuñas y demas especies de carneros del Perú que vagan por las montañas.[18]

El gobernador se encaminó en seguida á Pa-

18 Carta de la Just. y Reg. de Jauja, MS.—Relac. del Primer. Descub., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 6, cap. 16.—Montesinos, Anales, MS., año 1534.

Aquí da fin repentinamente á sus trabajos el autor de la *Relacion del Primero Descubrimiento del Peru*, MS. tantas veces citado en el curso de esta obra. Es escritor de juicio y observador, y aunque participa de la tendencia nacional á exagerar y recargar el colorido, escribe, como quien ha visto lo que refiere y no trata de engañar á nadie.

Tambien en Jauja termina el escribano Pedro Sancho su *Relacion*, que abraza un período mucho mas corto que la precedente, pero que es tan auténtica como ella. Esta *Relacion* puede considerarse como autoridad de mucho peso, por ser obra del secretario de Pizarro, y estar refrendada por este. Es evidente con todo, que deben hacerse

chacamac, donde recibió la agradable noticia del convenio con Alvarado, y poco despues le visitó este caballero en persona, antes de embarcarse.

De ambas partes se notó durante la entrevista la mayor cortesia y aun cordialidad, puesto que ya no existia entre ellos ningun motivo de disgusto; y es de suponerse que se contemplarian mutuamente con no escaso interes, habiendo ambos alcanzado tan alto renombre en la áspera senda de las aventuras. Es verdad que Alvarado ganaba algo en la comparacion, porque si bien el porte de Pizarro no carecia de autoridad, no tenia la gentileza ni los modales afables y cortesanos del conquistador de Guatemala, que no menos que la blancura de su tez y sus dorados cabellos, le ganaron entre los Aztecas el sobrenombre de Tonatiuh ó "hijo del Sol."

Todo era ahora fiestas y regocijos en la antigua ciudad de Pachacamac, y en vez de los cantares y de los sacrificios á la divinidad india que

grandes rebajas en ella por causa de su orígen, pues ha de considerarse como la esplicacion que da Pizarro de sus propios hechos, y á fè que algunos de ellos necesitaban bastante de una apología. Es preciso añadir para hacer justicia al general y al secretario, que la *Relacion* no difiere en lo sustancial de las otras historias contemporáneas, y que no insiste con demasía ni molestia en su empeño de paliar los hechos culpables de los Conquistadores.

A Ramusio somos deudores de la publicacion de este diario. Sus ilustrados trabajos nos han conservado mas de una preciosa produccion contemporánea, aunque traducidas á otra lengua.

se veian allí con tanta frecuencia, resonaba en todo lugar el estruendo de los torneos y de las cañas á la morisca, con que los belicosos aventureros gustaban de recordar las diversiones favoritas de su pais natal. Concluidas las fiestas se volvió Alvarado á su gobernacion de Guatemala, en donde su espíritu inquieto le metió muy pronto en nuevas empresas que al cabo atajaron su azarosa carrera. Su espedicion al Perú pinta muy bien su carácter. Con la injusticia por base y la temeridad por guia, no es maravilla que acabase infelizmente. 19

Para este tiempo podia ya decirse que la conquista del Perú estaba terminada. Es verdad que en el interior aun oponian resistencia algunas tribus bárbaras, y que se dió comision á Alonso de Alvarado, capitan prudente y de confianza, para que las redujese. Benalcázar se mantenia en Quito, cuyo gobierno le dió despues la corona. Allí afianzaba cada vez mas el dominio de los Españoles, y al mismo tiempo estendia sus conquistas por el norte. Pero el Cuzco, la antigua y venerada capital de la mo-

19 Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Francisco Pizarro al Señor de Molina, MS.

Alvarado murió en 1541 por haber caido sobre él un caballo, queriendo subir una cuesta escarpada en la Nueva Galicia. Por una estraña coincidencia su bella esposa pereció el mismo año, en Guatemala en su propia casa, que fué arrebatada por una avenida que bajó de las montañas vecinas.

narquia, estaba ganada: los ejércitos de Atahuallpa derrotados y dispersos; el imperio de los Incas destruido, y el príncipe que empuñaba el cetro peruano, sólo era una sombra de monarca, sujeto á la voluntad de su vencedor.

Lo primero que hizo el gobernador fué escoger un sitio apropósito para la futura capital de este inmenso imperio ultramarino. El Cuzco sumido entre las montañas, no convenia á un pueblo comerciante, por su mucha distancia de la costa: la pequeña colonia de San Miguel quedaba demasiado al Norte, y valia mejor elegir un punto mas céntrico, que no seria dificil hallar en alguno de los fértiles valles de la costa. Tal era, por ejemplo, el de Pachacamac, donde se hallaba entonces, Pizarro; pero despues de un maduro examen prefirió el valle de Rimac, situado un poco mas al norte. Debia su nombre, que en lengua Quichua significa, "el que habla," á un famoso ídolo, á cuyo santuario acudian en gran número los Indios, por los afamados oraculos que pronunciaba. Un caudaloso rio atravesaba el valle, y los Indios segun su costumbre, le habian sangrado en mil partes dividiéndolo en multitud de arroyuelos que serpenteaban por las hermosas praderías.

Escojió Pizarro para asiento de su nueva capital las orillas de este rio, á dos leguas de su embocadura, la cual forma una cómoda ense-

nada, para abrigo de las embarcaciones que el ojo previsor del fundador veia, ya flotar en sus aguas. Por hallarse aquel lugar en el centro del imperio, era muy propio para residencia del Virey del Perú, pues desde allí podia comunicarse facilmente con todos los puntos del pais, y vigilar á los Indios. Aunque el valle solo distaba del ecuador doce grados al Sur, gozaba de un clima delicioso, tan templado por las frescas brisas que soplaban del océano ó de los picos nevados, que el calor era mucho menor que en otros paises situados á igual latitud. En la costa nunca llueve; pero suple esta falta una neblina húmeda que durante el verano se tiende sobre el valle, le defiende de los rayos del ardiente sol, y sin que se advierta, humedece los campos y les viste de rica verdura.

Pizarro dió á su nueva capital el nombre de *Ciudad de los Reyes*, por haberla fundado, segun dicen, el dia de la Epifania, 6 de Enero de 1535; aunque otros sostienen que ese dia se determinó el asiento, pues la fundacion no tuvo lugar hasta doce dias despues.[20] Mas el nombre castellano cayó en desuso aun antes de acabarse la primera generacion, y prevaleció el de Lima, por corrupcion del nombre indio *Rimac*.[21]

20 Así lo dice Quintana, siguiendo al Padre Bernabé Cobo en su libro titulado *Fundacion de Lima*, que él califica de autoridad irrecusable. Españoles Célebres, tom. II. p. 250, nota.

21 En los MSS. de los primeros conquistadores se echa de

La planta de la poblacion se trazó con toda regularidad. Las calles tiradas á cordel y cortadas en ángulo recto, se dejaron mas anchas de lo acostumbrado en las ciudades de España, con espacio suficiente entre unas otras para plazas públicas y jardines de las casas particulares. La planta formaba un triángulo con el rio por base, cuyas aguas debian repartirse por caños de piedra, en todas las calles principales, con el fin de que cada uno pudiese regar el pedazo de terreno contiguo á su habitacion.

Tan luego como el gobernador escogió el sitio y determinó la planta de la ciudad, dió principio á los trabajos con su acostumbrada actividad. Hizo venir á los Indios de mas de treinta leguas á la redonda, para que le ayudasen, y los mismos Españoles se aplicaron con empeño á la obra bajo la direccion de su gefe. Todos dejaron la espada del conquistador y tomaron las herramientas del artesano. El campo se veia cubierto de un enjambre de trabajadores diligentes, y el estruendo de la guerra se habia convertido en el inocente bullicio de una poblacion activa y ocupada. La catedral, el palacio

ver al punto como desde muy al principio, la apelacion de *Lima* suplantó al primitivo nombre indio. "Y el marqués se pasó á Lima y fundó la ciudad de los Reyes que agora es." (Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.)

"Así mismo ordenaron que se pasasen al pueblo que tenian en Xauxa poblado á este Valle de Lima donde agora es esta ciudad de los Reyes i aquí se pobló." Conq. i Pob. del Piru MS.

cia la corte mucho mejor que sus hermanos, y cuando las circunstancias le obligaban á refrenar su arrogancia natural, era cortés y aun halagüeño en su trato. Refirió en términos respetuosos las interesantes aventuras de su hermano y de su pequeño escuadron, las fatigas que habian padecido, las dificultades que vencieron, la prision del príncipe peruano y su magnífico rescate. No pudo referir ademas el asesinato de este infeliz monarca, porque aun no habia llegado á su noticia este trágico acontecimiento, ocurrido despues de su partida. Ponderaba el caballero la fertilidad de la tierra y la cultura de sus habitantes, como se echaba de ver por los adelantos que habian hecho en varias artes mecánicas, y en prueba de ello mostró las telas de algodon y de lana, y los preciosos vasos de oro y plata. Brillaban de alegria los ojos del monarca cuando puso la vista en estos últimos. El era demasiado perspicaz para no conocer y apreciar en todo su valor las ventajas que debia traerle la conquista de un pais tan fértil y rico en productos de la tierra; pero se necesitaba esperar mucho tiempo, para que comenzasen á ser de provecho, y asi debemos disimularle que le causasen mayor contento las noticias que daba Pizarro de sus riquezas minerales, porque sus ambiciosos proyectos habian agotado el erario imperial, y la lluvia de oro que tan impensadamen-

le caia encima, le pareció un medio muy oportuno de llenarlo sin demora.

Cárlos, por tanto, no se detuvo en conceder cuanto le pidió el afortunado aventurero. Confirmó del modo mas esplícito todas las mercedes hechas antes á Francisco Pizarro y á sus sócios, y ensanchó otras setenta leguas hácia el Sur la gobernacion del primero. Por esta vez no se olvidaron tampoco los servicios de Almagro, y obtuvo licencia para descubrir y conquistar hasta doscientas leguas, comenzadas á cortar desde donde acabase por el Sur la gobernacion de Pizarro.[24] Para darles Cárlos aun mayores pruebas de su satisfaccion, se dignó escribir una carta á los dos capitanes, felicitándoles por sus hazañas, y agradeciédoles sus servicios. Este acto de justicia en favor de Almagro, seria muy honroso para Hernando Pizarro, teniendo en cuenta las pasiones que entre ellos habia, si no lo hubiese hecho así obligado por la presencia en la corte de los agentes del mariscal, que, como ya hemos dicho, estaban prontos á llenar cualquier hueco que dejase en sus relaciones el enviado.

24 En la merced real se dió el nombre de Nueva Toledo á la tierra que debia ocupar, como ya antes se habia dado el de Nueva Castilla á las conquistas de Pizarro. Pero esta tentativa para cambiar el primitivo nombre indio, tuvo tan mal resultado como la primera, y todavía se conocé con el nombre de Chile la estrecha faja de tierra fértil entre los Andes y la costa, que se estiende hácia el Sur del gran continente.

Ya hemos de suponer que en medio de tantas mercedes, este no volvió con las manos vacias. Le dieron alojamiento como á criado de la casa real: hiciéronle merced del hábito de Santiago, la mas estimada de las órdenes militares españolas: obtuvo licencia para alistar una flota y tomar el mando de ella, y se mandó á los oficiales reales de Sevilla que favoreciesen sus proyectos, y le facilitasen su embarque para las Indias.[25]

La llegada de Hernando Pizarro, y las nuevas divulgadas por él y sus compañeros, causaron una sensacion en los Españoles como no se habia visto desde el primer viage de Colon. El descubrimiento del Nuevo Mundo llenó las cabezas de esperanzas sin límites de riqueza; pero cada nueva espedicion solo habia sido un nuevo desengaño. Aun la conquista de Méjico, si bien escitó la admiracion general como un hecho ilustre y maravilloso, no habia producido el oro que todos aguardaban. Las magníficas promesas hechas por Francisco Pizarro en su último viage á la península, no habian llegado á revivir la confianza de sus compatriotas, incrédulos ya á fuerza de desengaños. Lo único real y verdadero eran las dificultades de la empresa, y la desconfianza general se manifestó muy bien en el corto número de individuos,

25 Herrera, loc. cit.

y aun estos de la gente mas perdida, que quisieron embarcarse en aquella aventura.

Pero al presente ya estaban realizadas estas promesas. Ya no habia que dar crédito á las doradas relaciones de los aventureros, sino al oro mismo que tenian á la vista con tal abundancia. Todos, pues, dirigieron la vista al occidente. El pródigo arruinado creyó encontrar allí el camino para rehacer su fortuna con la misma presteza con que la habia dilapidado. El mercader en vez de ir á buscar las preciosas mercancias del oriente, se dirigió al lado opuesto pensando lograr mayores ganancias donde los objetos de primera necesidad alcanzaban precios tan exhorbitantes. El caballero ansioso de ganar gloria y riquezas con su espada, se figuró haber hallado un escelente teatro para sus hazañas en las cumbres de los Andes. Conoció entonces Hernando Pizarro que su hermano tuvo razon en dar licencia para que regresasen á su patria á cuantos soldados lo solicitaron, persuadido de que las riquezas que allí ostentasen atraerian diez hombres á sus banderas por cada uno que las abandonase.

De esta manera, en muy breve tiempo se encontró aquel caballero con el mando de la armada mas numerosa y mejor equipada que acaso habia salido de los puertos de España desde la famosa de Ovando en tiempo de los Reyes

Católicos. Ni fué tampoco esta mas afortunada que aquella. Apenas salió Hernando á la mar sobrevino una tempestad tan furiosa que le obligó á recalar al puerto con su flota para repararla. Al fin pudo atravesar el océano, y ancló sin novedad en la pequeña bahía de Nombre de Dios. Como nada habia allí preparado para recibirle, y se vió obligado á detenerse algun tiempo antes de poder pasar las sierras, la falta de provisiones causó grave daño á su gente. Llegaron á tal extremidad que devoraron con ansia los alimentos mas repugnantes, é hidalgo hubo que cuanto tenia ahorrado gastó en procurarse una subsistencia miserable. En pos del hambre acudieron las enfermedades como es de suponerse, y muchos de los infelices aventureros no pudiendo resistir el ardor del clima, perecieron desdichadamente á los primeros pasos de su carrera.

Sucedió allí lo que con tanta frecuencia se ve en la historia de las conquistas de los Españoles. Unos pocos, mas dichosos que los demas, alcanzan algun premio inesperado, y una multitud, atraida por la buena fortuna de estos, se arroja á seguir sus huellas. Mas los primeros que vinieron arrebataron ya los ricos despojos mas fáciles de lograr, y los que llegan despues tienen que ganar sus tesoros á costa de largos y penosos esfuerzos. Muchos regresaron á su pa-

tria abatidos y sin dinero, y otros se quedaron allí á acabar sus dias en la desesperacion. Creian cavar una mina de oro y no hacian mas que cavar sus sepulturas.

Mas no todos los que iban con Pizarro corrieron la misma suerte. Muchos de ellos pasaron el Istmo con él hasta Panamá, y llegaron oportunamente al Perú; allí en los estraños lances de las guerras civiles algunos alcanzaron puestos honrosos y lucrativos. Entre los que primero tomaron tierra en el Perú, iba un enviado de los agentes de Almagro para informarle de la distinguida merced que le hacia la corona. Recibió esta noticia en el momento mismo de su entrada en el Cuzco, en donde Juan y Gonzalo Pizarro, en cumplimiento de las órdenes de su hermano, le recibieron con todo respeto y al punto le entregaron el gobierno de la capital.

Al verse Almagro honrado por su soberano con un empleo que le hacia independiente del hombre que tanto le habia agraviado, se llenó de soberbia, y proclamó que ya no reconoceria superior en el ejercicio de su autoridad. Varios compañeros suyos fomentaban estas ínfulas de soberano, y le repetian que el Cuzco caia al Sur de la gobernacion de Pizarro, y por consiguiente quedaba dentro de los límites de la concedida al mariscal. Entre los que así se espresaban, habia varios soldados de Alvarado, que

aunque de mejor clase que los de Pizarro, no llegaban con mucho á la disciplina de estos, y hechos á militar á las órdenes de un gefe tan poco delicado, no conocian ya límites á su licencia.[26] Tenian en nada á los vecinos indígenas del Cuzco, y no contentos con los edificios públicos, echaron mano de los particulares que mejor les parecieron, apropiándose sin mas ceremonias cuanto encontraron en ellos, y mostrando, en una palabra, tan poco respeto á las personas y á las propiedades, como si hubiesen tomado la plaza por asalto.[27]

Mientras pasaba todo esto en la antigua capital del Perú, el gobernador se mantenia en Lima, y allí fueron á causarle grave inquietud las noticias que recibió de las mercedes hechas á su compañero. Aun no sabia por entonces que

26 En punto á disciplina eran el reverso de los conquistadores del Perú, si basta el dicho de Pedro Pizarro, quien afirma que ninguno de sus compañeros se hubiera atrevido á tomar ni una mazorca de maiz sin permiso de su gefe. "Que los que pasamos con el Marques á la conquista no ovo hombre que osase tomar una mazorca de maiz sin licencia." Descub. y Conq., MS.

27 "Se entraron de paz en la ciudad del Cuzco i los salieron todos los naturales á rescibir i les tomaron la Ciudad con todo quanto havia dentro llenas las casas de mucha ropa i algunas oro i plata i otras muchas cosas, i las que no estaban bien llenas las enchian de lo que tomaban de las demas casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacian ofensa alguna Divina ni humana, i porquesta es una cosa larga i casi incomprensible, la dejaré al juicio de quien mas entiende aunque en el daño rescebido por parte de los naturales cerca de este artículo yo sé harto por mis pecados que no quisiera saber ni haber visto." Conq. i Pob. del Piru, MS.

su jurisdiccion se habia alargado otras setenta leguas hácia el Sur, y recelaba, lo mismo que Almagro, que la capital de los Incas no quedase legalmente dentro de sus actuales límites. Comprendió desde luego todo el daño que le resultaria de caer esta opulenta ciudad en manos de su rival, por el ancho campo que se le abria para saciar su codicia y la de sus secuaces. Conoció que en las circunstancias presentes no convenia permitir que Almagro se anticipase á tomar el mando, al que hasta entonces no tenia aun derecho, puesto que las cédulas en que se contenia la concesion se hallaban todavia en Panamá en poder de Hernando Pizarro, y lo único que habia llegado al Perú era una copia de un resumen de su contenido.

Sin pérdida de tiempo envió, pues, órdenes al Cuzco para que sus hermanos volviesen á encargarse del gobierno: se disculpaba al mismo tiempo con Almagro, so pretesto de no ser conveniente que cuando le llegasen sus poderes le cogiesen ya gobernando, y concluia recomendándole que cnanto antes se partiese á su conquista del Sur.

Pero ni el mariscal ni sus amigos pudieron conformarse con renunciar tan fácilmente el mando que consideraban pertenecerle de justicia. Los Pizarros por su parte no cesaban de instaé para que se les entregase, y la disputa se fu-

acalorando mas y mas. Cada partido tenia sus adictos; la ciudad se dividió en bandos, y el ayuntamiento, los soldados, y aun los Indios tomaron parte en la cuestion del mando. Ya llegaban las cosas al estremo, y no faltaba mucho para venir á las manos, cuando Pizarro en persona se presentó en la capital.[28]

Sabedor de las fatales consecuencias que habian producido sus órdenes, marchó con toda diligencia al Cuzco, y allí fué recibido con muestras de la mayor alegria, tanto por los Indios como por los Españoles mas moderados que deseaban conjurar la tempestad que á todos amenazaba. Dirigióse primeramente el gobernador á Almagro: le abrazó con aparente cordialidad y le preguntó la causa de las presentes disensiones. Respondióle el mariscal echando la culpa á los Pizarros; pero aunque el gobernador los reprehendió con alguna aspereza por sus arrebatos, pronto se echó de ver que les daba la razon, y el riesgo de una ruptura entre los dos asociados vino á ser mas inminente que nunca. Por fortuna pudo evitarse por esta vez, gracias á la mediacion de algunos amigos de ambos, mas discretos que sus gefes: con su ayuda pudo al fin llevarse á cabo la reconciliacion, bajo condiciones iguales en sustancia á las del primer convenio.

28 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 7, cap. 6.—Conq. i Pob. del Piru, MS.

Ofrecieron primeramente mantener firme é inviolable su mútua amistad, agregando una cláusula que no da una idea muy favorable de los contratantes, es á saber, que ninguno de los dos diria mal del otro ni le calumniaria, especialmente en sus cartas al emperador. Se obligaron ademas á no tener comunicacion alguna con el gobierno sin conocimiento del otro asociado, y por último, convinieron en partir por mitad los gastos y provechos de los futuros descubrimientos. Pedian al cielo con las mas graves imprecaciones, que descargase su cólera sobre aquel que faltase á este convenio, y le castigase con la pérdida de hacienda y vida en este mundo, y con la eterna perdicion en el venidero.[29]

Para afirmarse aun mas en la observancia del contrato, lo juraron solemnemente sobre la hostia consagrada que tenia en las manos el P. Bartolomé de Segovia, durante la misa que dijo para concluir la ceremonia. El 11 de Junio de 1535 asentó el escribano todo lo practicado y los artículos de la capitulacion, en un instrumento ratificado por multitud de testigos.[30]

29 "E suplicamos á su infinita bondad que á qualquier de nos que fuere en contrario de lo así convenido, con todo rigor de justicia permita la perdicion de su ánima, fin y mal acavamiento de su vida, destruicion y perdimientos de su familia, honras y haciendas." Capitulacion entre Pizarro y Almagro, 12 de Junio, 1535, MS.

30 Este notable documento, cuyo original se guarda en el archivo de Simancas, puede verlo el lector por entero en el *Apéndice*, bajo el número 11.

De esta manera creian los dos antiguos camaradas, que despues de haber roto los lazos de la amistad y del honor, podrian unirles de nuevo los sagrados vínculos de la religion. El solo hecho de haberse visto obligados á recurrir á tan estraordinario arbitrio, debió haber sido para ellos la mejor prueba de su inutilidad.

Poco tiempo despues de ajustadas las diferencias, publicó el mariscal la jornada de Chile, y hubo muchos que, atraidos por la franqueza de su trato y su liberalidad que rayaba en profusion, quisieron seguirle en una espedicion que no dudaban iba á producir mas riquezas que las halladas en el Perú. Enviaron por delante para preparar el camino al ejército, á tres Españoles con dos Indios, Paullo Topa hermano del Inca Manco y Villac Umu, el Sumo Sacerdote. Salió en seguida un destacamento de ciento cincuenta hombres al mando de un oficial llamado Saavedra, y Almagro se quedó á reunir aun mas reclutas; pero antes de completar su número se puso en marcha, por no considerarse seguro al lado de Pizarro con la poca gente que le quedaba.[31] El resto de las fuerzas debia seguirle tan luego como se acabase de reunir.

31 "El Adelantado Almagro despues que se vido en el Cuzco descarnado de su jente temió al Marques no le prendiese por las alteraciones pasadas que habia tenido con sus hermanos como ya hemos dicho, y dicen que por ser avisado dello tomó la posta y se fué al pueblo de Paria donde estaba su Capitan Saavedra." Conq. i Pob. del Piru, MS.

Libre ya el gobernador de la molesta compañia de su rival, se volvió inmediatamente á la costa para seguir entendiendo en la poblacion del pais. Fuera de la ciudad capital de "los Reyes," fundó otras varias en las costas del Pacífico, destinadas á ser con el tiempo el emporio del comercio de aquellos mares. En memoria del lugar de su nacimiento, dió á la principal el nombre de Trujillo, asentándola en el sitio escojido préviamente por Almagro. [32] Hizo tambien multitud de repartimientos, tanto de Indios como de tierras, á sus soldados y capitanes, segun el uso de los conquistadores españoles; [33] si bien en el caso presente la falta de conocimiento del pais hizo que el resultado fuese muy diverso de lo que se deseaba, pues sucedió con mucha frecuencia que el terreno de menos estension resultó ser el de mas valor, por los tesoros que encerraba en su seno. [34]

32 Carta de F. Pizarro á Molina, MS.

33 Tengo á la vista copias de dos mercedes de encomiendas hechas por Pizarro, fechada la una en Jauja, 1534, la otra en el Cuzco, 1539.—En ambas se recomienda encarecidamente á los colonos cuiden de instruir á los Indios en la religion y los traten con blandura y humanidad. Puede venirse en cuenta de lo poco que servian estas recomendaciones, escuchando las quejas del escritor anónimo contemporáneo, tantas veces citado. "Desde aquel punto para adelante se introdujo entre los indios la peste del servicio personal, tan dañosa para el alma como para el cuerpo, asi del amo como del esclavo." (Conq. i Pob. del Piru, MS.) Este loable arrebato de indignacion, que no debia aguardarse de un conquistador insensible, es probablemente de algun eclesiástico.

34 "El Marques hizo enco-

Mas el primer cuidado de Pizarro era Lima, la naciente metrópoli, y con tanto empeño dió calor á las obras y le ayudaron tan bien los muchos operarios de que disponia, que tuvo el gusto de ver como su nueva capital con sus soberbios edificios y lujosos jardines, iba avanzando rápidamente á su conclusion. Causa placer el contemplar las cualidades pacíficas en el carácter de un feroz soldado, y verle ocupado de esta manera en remediar los estragos de la guerra, y en poner los cimientos de un imperio mas civilizado, que el que acababa de echar por tierra. Sus pacíficas ocupaciones formaban contraste con la vida de continua agitacion que hasta allí se habia visto obligado á llevar; y á la verdad parecian mas propias de su edad avanzada, que debia convidarle ya al reposo. Si hemos de dar crédito á sus historiadores, no hubo época de su vida de que mas se gloriase; lo cierto es que la posteridad reconoce en ella el mejor título á su gloria, y en medio del diluvio de males que Pizarro y sus compañeros trajeron sobre la infeliz nacion de los Incas, Lima, la hermosa ciudad de los Reyes, se levanta orgullosa, como su obra mas bella, y la mas preciosa joya de las riberas del Pacífico.

miendas en los Españoles, las quales fueron por noticias que ni el savia lo que dava ni nadie lo que rescebia sino á tiento y á poco mas ó menos, y así muchos que pensaron que se les dava pocos se hallaron con mucho y al contrario." Ondegardo, Rel. Prim. MS.

CAPITULO X.

FUGA DEL INCA.—REGRESO DE HERNANDO PIZARRO.—INSURRECCION DE LOS PERUANOS.—SITIO E INCENDIO DEL CUZCO.—APRIETO DE LOS ESPAÑOLES.—ASALTO DE LA FORTALEZA.—DESALIENTO DE PIZARRO.—EL INCA LEVANTA EL SITIO.

1535—1536.

Al mismo tiempo que la partida de su rival Almagro libertaba por entonces á Pizarro de todo temor por este lado, vió atacada su autoridad por quien menos pudiera esperárselo, es decir, por la poblacion indígena del pais. Se habian mostrado hasta allí los Peruanos tan dóciles y sumisos, que sus conquistadores les miraban con un desprecio que no daba lugar á la desconfianza. No habian opuesto resistencia á la usurpacion de aquellos advenedizos: habian visto á uno de sus monarcas muerto, y á otro colocado en el sólio vacante; sus templos despojados de sus tesoros; su capital y su territorio usurpados y divididos entre los Españoles, y á escepcion de una que otra refriega en los pasos de la sier-

ra, no habian levantado el brazo para defender sus derechos. ¡Y esta era, no obstante, la nacion belicosa que estendió sus conquistas por una parte tan considerable del continente!

Aunque hasta allí no se habia parado Pizarro en los medios con tal de conseguir su fin, no habia permitido esos actos de crueldad inútil, con que tantas veces se mancharon las armas de su nacion en otras partes del continente, y que en el transcurso de pocos años habian casi acabado con la poblacion entera de la Española. La prision de Atahuallpa habia sido un golpe mortal para los Indios, y confiaba en que seria bastante para mantenerles en un saludable terror. Aparentaba ademas cierto respeto á las leyes del pais, y cuidó de remplazar el monarca á quien habia dado muerte, por otro de la dinastia legítima. Mas todo esto solo servia para salvar las apariencias. El reino habia sufrido el mas completo trastorno; sus antiguas leyes ya no existian; su aristocracia celestial se veia rebajada al nivel de los plebeyos; el pueblo era esclavo de los conquistadores. Estos desde la llegada de los soldados de Alvarado, se habian hecho dueños de las casas de la capital, habian convertido los templos en caballerizas, y los palacios reales en cuarteles para las tropas. Ni aun respetaron el sagrado de las casas religiosas. Millares de matronas y de vírgenes, que por erradas que con-

sideremos sus creencias, vivian al menos castamente recogidas en los conventos, fueron arrojadas de ellos y entregadas al desenfreno de una soldadesca brutal. [1] Los oficiales castellanos abusaron de una de las mugeres mas queridas del jóven Inca, y aun este se veia tratado con

1 Así lo refiere el autor de la *Conquista i Poblacion del Piru*, escritor contemporáneo que describe, tanto lo que vió por sí mismo, como lo que supo por informes de otros. Diversas circunstancias, especialmente la loable indignacion que le causan los escesos de los conquistadores, inducen á suponer que debió ser algun eclesiástico; uno de aquellos hombres benéficos que iban entre estas crueles espediciones, con una mision de caridad y misericordia. Queda la esperanza de que tal vez su credulidad le haria exagerar los crímenes de sus paisanos.

Segun este autor llegaban á seis mil las mugeres de calidad que vivian encerradas en los conventos del Cuzco, servidas cada una por quince ó veinte criadas. La mayor parte de las que sobrevivieron á los estragos de la guerra, sufrieron una suerte mas infeliz viniendo á ser víctimas de la prostitucion.—El pasage es tan notable, y el manuscrito tan raro, que quiero copiarle al pié de la letra.

"De estas señoras del Cuzco es cierto de tener grande sentimiento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco quando los Españoles entraron en él, havia grand cantidad de señoras que tenian sus casas i sus asientos mui quietas i sosegadas i vivian mui politicamente i como mui buenas mugeres, cada señora acompañada con quince ó veinte mugeres que tenia de servicio en su casa bien traidas y aderezadas, i no salian menos desto i con grand onestidad i gravedad i atavio a su usanza, i es a la cantidad destas señoras principales creo yo que en el. . . . que avia mas de seis mil sin las de servicio que creo yo que eran mas de veinte mil mugeres sin las de servicio i mamaconas que eran las que andavan como beatas i dende a dos años casi no se allava en el Cuzco i su tierra sino cada qual i qual porque muchas murieron en la guerra que huvo i las otras vinieron las mas á ser malas mugeres. Señor perdone a quien fue la causa desto i a quien no lo remedia pudiendo." Conq. Pob. del Piru, MS.

tal desprecio é indiferencia, que no pudo menos de advertir que solo era un pobre pupilo, cuando no un agente de los conquistadores. [2]

El Inca Manco era no obstante hombre de ánimo elevado y de esforzado corazon, y tal que no hubiera desmerecido al entrar en paralelo con el mas valeroso de sus antepasados, en los mejores dias del imperio. Herido en lo mas vivo por las humillaciones que sufria, instaba continuamente á Pizarro para que el devolviese el ejercicio y la pompa del poder. Pero Pizarro eludia una demanda tan incompatible con sus ambiciosos proyectos, y aun con la política de España, y el jóven Inca con su nobleza se vieron obligados á devorar en secreto sus agravios, esperando con paciencia el momento de la venganza.

Las discordias que brotaron por entonces entre los mismos Españoles, parecian ofrecerles la mejor oportunidad de lograrla. Los principales peruanos se reunian con frecuencia para tratar de este asunto, y el gran sacerdote Villac-Umu insistia en la necesidad de levantarse tan luego como saliesen de la ciudad las tropas de Almagro, pues asaltando á los invasores en sus respectivos puestos, desparramados como estaban por todo el pais, seria comparativamente fácil el rendirles con mayor

2 Ibid., ubi supra.

número de gente, y sacudir para siempre su aborrecido yugo, ántes que la llegada de nuevos refuerzos le fijase de un modo irrevocable sobre la cerviz de sus conciudadanos. Formóse el plan para un levantamiento general, y para dar principio á su ejecucion escojió el Inca al sacerdote para acompañar á la gente de Almagro en su espedicion, con el fin de conseguir la ayuda de los Indios del campo; debiendo regresar despues ocultamente, como lo hizo, para tomar parte en la insurreccion.

Para llevar á efecto sus planes, era preciso que el Inca Manco saliese de la ciudad y se pusiese á la cabeza de su gente. En cuanto á ausentarse del Cuzco no hubo dificultad, porque los Españoles se cuidaban muy poco de que permaneciese allí ó no; con tanto desprecio así miraban su poder nominal los arrogantes y confiados conquistadores. Pero habia en la capital un cuerpo de Indios amigos que espiaban con mas cuidado sus acciones. Eran de la tribu de los Cañaris, gente belicosa del norte, sometida hacia poco tiempo por los Incas, y por lo mismo nada afecta á estos ni á sus leyes. Se hallaban en la capital cosa de mil de estos Indios, y como ya habian concebido ciertas sospechas de los designios del Inca, no le perdian de vista, y apénas notaron su ausencia, dieron aviso á Juan Pizarro.

Salió al punto este capitan en su seguimiento con una partida de caballería, y tuvo la buena suerte de encontrar al fugitivo á corta distancia de la ciudad en un cañaveral donde trató de esconderse. Inmediatamente fué arrestado, vuelto al Cuzco, y encerrado en la fortaleza, custodiado por una fuerte guardia. La conspiracion parecia ya deshecha, y no quedó á los desdichados Peruanos otro consuelo que llorar sus muertas esperanzas, y manifestar su sentimiento en tristísimos romances que referian la cautividad de su Inca, y la ruina de su dinastía real.[3]

En tanto que estas cosas pasaban llegó Hernando Pizarro á la Ciudad de los Reyes trayendo consigo las provisiones reales para el aumento de la jurisdiccion de su hermano, asi como las relativas á la nuevamente concedida á Almagro. Era tambien portador de los despacho reales en que se hacia merced á Pizarro del título de *Marques de los Atavillos*, nombre de una provincia del Perú. De este modo se halló nivelado el dichoso aventurero con la orgullosa aristocracia de Castilla; pocos individuos de ella podrian gloriarse, (si acaso á gloria lo tenian) de haber llegado hasta esta altura desde

3 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, déc. 5, lib. 8, cap. 1, 2.—i Pob. del Piru, MS.—Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 3.

tan baja, y aun menos eran los que podrian justificar su elevacion presentando mayores servicios hechos á la corona.

El nuevo marques resolvió no enviar por entonces sus títulos al mariscal, aguardando que se empeñase aun mas en la conquista de Chile, y olvidase en cierto modo al Cuzco, apesar de asegurarle su hermano que ahora ya no habia duda de que caia dentro de los nuevos límites de su gobernacion. Para asegurar mas la posesion de tan importante prenda, envió á su hermano Hernando para que se encargase del gobierno de la capital, por ser de todos sus hermanos el que mas confianza le merecia por su talento y su esperiencia en los negocios.

Hernando, apesar de la arrogancia con que trataba á sus propios paisanos, se habia mostrado siempre lleno de compasion hácia los indígenas. Tenia tanta amistad con Atahuallpa, que afirman que á haberse hallado él entonces en el campo, no habria tenido aquel monarca un fin tan desgracido. Ahora se mostraba igualmente favorable á su sucesor Manco: hizo que se le abriese el encierro, y poco á poco le fué dispensando su confianza. El astuto indio se aprovechó de esta libertad, para madurar sus proyectos de insurreccion; pero con tanta cautela que ni el mismo Hernando llegó á concebir la menor sospecha. Faltaba primero en un Ame-

ricano el color peculiar de su piel que la reserva y el sigilo. Manco reveló al conquistador la existencia de varios tesoros, indicándole el lugar en que se hallaban escondidos, y cuando hubo ganado su confianza con esta revelacion, avivó aun mas su codicia dándole noticia de una estátua de oro puro de su padre Huayna Capac, la que el falso Peruano se ofreció á ir á sacar de una cueva de los vecinos Andes donde se hallaba guardada. La codicia cegó á Hernando y le dejó partir.

Hizo que le acompañasen dos Españoles, mas bien para ayudarle á cumplir su promesa que para servirle de custodia. Pasóse una semana y no volvia, ni se tenian noticias de él. Conoció entonces Hernando su error, tanto mas cuanto que los informes desfavorables de los Indios amigos confirmaban sus sospechas. Inmediatamente hizo que saliese su hermano Juan con sesenta caballos en seguimiento del príncipe, con órden espresa de volverle á traer preso á la capital.

Aquel capitan, con sus tropas á punto de guerra, recorrió muy pronto los alrededores del Cuzco, sin hallar rastro del fugitivo. No se veia gente ni se escuchaba rumor alguno, hasta que á las seis leguas de la ciudad, al acercarse á las serranías que limitan el valle de Yucay, se encontró con los dos Españoles que

marcharon en compañía de Manco. Estos le informaron que solo á viva fuerza conseguiria volverse á apoderar de la persona del príncipe, porque toda la gente del campo estaba alzada, y con el Inca á la cabeza se disponian á marchar contra la capital. Apesar de eso no les habian hecho mal alguno, dándoles libertad para que se volviesen á los suyos.

No tardó el capitan español en cerciorarse de la verdad de esta relacion, cuando llegado al rio Yucay, vió formados en la orilla opuesta muchos millares de Indios, mandados por el joven monarca y prontos á disputarle el paso. Dijérase que no se consideraban seguros frente al enemigo en ninguna posicion, si no ponian de por medio algun rio, segun su costumbre. Aquel no era sin embargo un obstáculo para detener á los Españoles. El rio, aunque profundo, no era muy ancho, y arrojándose sin vacilar en él con sus caballos, pasaron á nado al lado opuesto, en medio de un diluvio de piedras y de flechas que resonaban como granizo sobre las armaduras, introduciéndose de vez en cuando por alguna abertura ó otro punto vulnerable; aunque estas heridas solo servian para hacer que redoblasen sus esfuerzos. Los bárbaros se retiraron cuando los ginetes salieron á tierra; pero sin darles tiempo de formarse volvieron á la carga con un valor desusado en ellos y les oprimieron por to-

dos lados con su multitud. Trabóse una reñida batalla. Muchos Indios iban armados de lanzas con puntas de cobre, casi tan duro como el acero; otros con pesadas mazas y hachas del mismo metal. Sus armas defensivas eran tambien excelentes bajo muchos aspectos, y se componian de gruesos sayos de algodon acolchado, adargas forradas de pieles de animales, y cascos ricamente adornados de oro y pedrería, si bien habia algunos hechos á semejanza de los que usaban los Mejicanos, en forma de una cabeza de fiera con sus hileras de dientes asomando de un modo horrible sobre la cara del guerrero.[4] Todo el ejército tenia un aspecto de ferocidad marcial, templada por una disciplina militar mas perfecta que la que hasta allí habian advertido los Españoles en el país.

Incapaz de resistir el pequeño escuadron el ímpetu del ataque, algo se desordenó al principio; pero animados luego con el antiguo grito de "Santiago" formaron en columna los Españoles y cargaron al grueso del enemigo. No pudo es-

4 "Es gente," dice Oviedo, "muy belicosa é muy diestra; sus armas son picas, é ondas, porras é Alabardas de Plata é oro é cobre." (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 17.) Xerez enumera un buen número de armas peculiares de los Peruanos. (Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 200.) El Padre Velasco ha aumentado considerablemente este catálogo. Segun él usaban espadas de cobre, puñales y otras armas europeas. (Hist. de Quito, tom. I, pp. 178-180.) Mas no se empeña en que conociesen las armas de fuego antes de la conquista.

te á su vez sostener el choque, y tuvo que abrir paso, cayendo pisoteados por los caballos ó atravesados por las lanzas de los ginetes los que quisieron oponerse. Conservaron no obstante algun orden en su fuga, y de cuando en cuando se volvian á disparar sus flechas, ó á descargar terribles golpes con sus mazas y alabardas. Combatian como si supiesen que su Inca tenia fijos en ellos los ojos.

Llegó la tarde antes de que abandonasen enteramente el llano y se retirasen á sus guaridas en los elevados cerros que rodean el hermoso valle de Yucay. Juan Pizarro y su pequeña tropa acamparon en el llano al pie de los cerros. Habia logrado como siempre una victoria contra un número de enemigos infinitamente mayor, pero nunca habia visto un campo tan tenazmente disputado, y su triunfo le habia costado varios hombres y caballos, sin otros muchos que se hallaban heridos, y apenas podian moverse por el mucho trabajo del dia. Contaba no obstante con que la severa leccion que habia dado al enemigo, causándole grande pérdida, bastaria para sofocar todo conato de resistencia; pero se engañaba.

A la mañana siguiente, ya podemos figurarnos cual seria su desconsuelo al ver ocupados los pasos de las montañas por densas filas de guerreros, que se estendian hasta donde la vista po-

dia penetrar en la espesura de la sierra; al mismo tiempo que en las laderas y alturas se descubria una multitud de enemigos, amontonados como gruesos nubarrones, prontos á descargar con furia sobre los acometedores. No era el terreno nada apropósito para las maniobras de la caballería; y sí muy ventajoso para los Peruanos, que desde sus alturas echaban á rodar grandes piedras sobre los Españoles, y les descargaban una espesa lluvia de proyectiles. Juan Pizarro no tuvo por conveniente empeñarse mas en este peligroso paso, y aunque dió muchas acometidas al enemigo y le arrolló con grande pérdida, á la segunda noche se encontró con sus hombres y caballos heridos y fatigados, y tan lejos de conseguir el objeto de su espedicion como la tarde precedente. Despues de gastar uno ó dos dias mas en hostilidades inútiles, le sorprendió en esta penosa situacion un aviso de su hermano, ordenándole volver á toda prisa al Cuzco, porque le tenian sitiado los indígenas.

Emprendió al punto Juan la retirada, atravesó el valle, teatro poco antes de tal carnicería; pasó á nado el rio Yucay, y contramarchando rápidamente, aunque perseguido de cerca por el enemigo que celebraba su victoria con cantos ó mas bien alaridos de triunfo, dió vista á la capital antes de cerrar la noche.

Ofrecióse entonces á sus ojos un espectáculo

muy diverso de lo que pocos dias antes habia visto al salir de la ciudad. Ocupaba todos sus alrededores hasta donde alcanzaba la vista, un poderoso ejército, que por un cálculo arbitrario consideraron de doscientos mil hombres.[5] Las espesas hileras de los escuadrones indios se estendian hasta el pié mismo de las montañas, y por todos lados sólo se descubrian las flotantes banderas y penachos de los comandantes, entremezclados con ricos estandartes de pluma, que recordaron á algunos que habian servido á las órdenes de Cortés, los trajes militares de los Aztecas. Sobre aquella multitud aparecia un bosque de lanzas y alabardas con puntas de cobre, que agitándose con estraña confusion relucian heridas por los últimos rayos del moribundo sol, como la luz que riela en un oscuro y tempestuoso océano. Era la primera vez que se presentaba á los ojos de los Españoles un ejército indio con todo su imponente aparato: un ejército como los que acostumbraban conducir los Incas á la batalla, cuando pasearon por toda aquella tierra los victoriosos estandartes del Sol.

Mas si aquel temible espectáculo pudo hacer vacilar por un momento los esforzados pechos

5 "Pues junta toda la gente que el Inga habia enviado á juntar, que á lo que se entendió y los indios dijeron fueron doscientos mil indios de guerra los que vinieron á poner este cerco." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

de los Castellanos, pronto cobraron nuevo valor, y estrechando sus filas se prepararon á abrirse paso por entre las huestes sitiadoras. Pero el enemigo parecia querer evitar un encuentro, y retirándose segun se acercaban, les dejó entrar sin estorbo á la capital. Acaso deseaban los Peruanos atraer á sus redes cuantas mas víctimas pudiesen, bien persuadidos de que mientras mayor fuera el número, mas pronto sucumbirian á los ataques del hambre.[6]

Mucho contento causó á Hernando Pizarro la llegada de su hermano, porque le traia un buen refuerzo para su escuadron, el que contando con los recien llegados, no tenia arriba de doscientos hombres, de á pié y de á caballo,[7] fuera de unos mil indios amigos; fuerza insignificante comparada con la inmensa multitud que les rodeaba. Pasaron la noche los Españoles en la mayor ansiedad, esperando con cierto temor natural la llegada del dia siguiente. A principios de Febrero de 1536 comenzó el sitio del Cuzco; sitio para siempre memorable por haber dado ocasion para las mas heroicas hazañas del valor indio y del europeo, y haber sido el choque mas sério ocurrido entre las dos razas en toda la conquista del Perú.

6 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 4.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 133.

7 "Y los pocos Españoles que éramos, aun no docientos todos." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

La muchedumbre de enemigos no aparecia menos temible durante la noche que á la luz del dia. Esparcidas por valle y colinas se veian brillar sus luminarias, y en tanto número dice un testigo ocular, "como las estrellas del cielo en una noche serena."[8] Antes que la luz del día opacáse la de estos fuegos, despertaba á los Españoles el desapacible estruendo de caracoles, trompetas y atabales, mezclado con los feroces alaridos de los bárbaros, que disparaban al mismo tiempo descargas de proyectiles de toda especie. Muchos caian dentro de la ciudad sin hacer daño; pero otros lo hacian bastante grave, como eran las flechas encendidas, y piedras hechas ascua envueltas en algodon empapado en resina, que despues de describir una larga curva de fuego en el aire, caian sobre los techos de las casas y al punto los incendiaban.[9] Los techos, aun en los mejores edificios, eran todos de paja y prendian con tanta facilidad co-

8 "Era tanta la gente que aquí vino que cubrian los campos, que de dia parecia un paño negro que los tenia tapados media legua al rededor desta ciudad del Cuzco. Pues de noche eran tantos los fuegos que no parecia sino un cielo muy sereno lleno de estrellas." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

9 "Hacian un ardid que era tomar unas piedras redondas y echallas en el fuego y hacellas ascuas; envolvianlas en unos algodones y poniéndolas en hondas las tiraban á las casas donde no alcanzaban á poner fuego con las manos, y así nos quemaban las casas sin entendello: otras veces con flechas encendidas tirándolas á las casas, que como eran de paja luego se encendian." Ibid., MS.

mo si fueran de yesca. En un momento brotaron llamas por todos los estremos de la ciudad, se apoderaron al punto del maderámen interior de los edificios, y se alzó hasta el cielo una columna de fuego envuelta en negras nubes de humo, iluminando todos los objetos con su horrible claridad. La rarificacion de la atmósfera aumentó la fuerza del viento, y soplando este con violencia sobre el comenzado incendio le comunicó rápidamente de uno en otro edificio, hasta que la ciudad entera se convirtió en una masa de fuego, que agitada por la tempestad, oscilaba y rugia con toda la furia de un volcan. El calor era insufrible, y las densas nubes de humo que cubrian á la ciudad como un paño mortuorio, sofocaban y casi cegaban á los que permanecian del lado hácia donde soplaba el viento.[10]

Los Españoles estaban acampados en la plaza principal, parte abrigados con sus toldos, y parte en el palacio del Inca Viracocha, colocado en el mismo sitio que despues ocupó la catedral. En el curso de aquel tremendo dia, prendió por tres veces el fuego en el techo del edificio; pe-

10 "I era tanto el humo que casi les oviera de aogar i pasaron grand travajo por esta causa y si no fuera porque de la una parte de la plaza no habia casas i estava descoronado no pudieran escapar porque si por todas partes les dieran el humo y el calor siendo tan grande pasaron travajo, pero la divina providencia lo estorvó." Conq. i Pob. del Piru, MS.

ro aunque no se puso empeño en apagarlo, las llamas se estinguieron por sí solas sin ocasionar daño grave. Atribuyóse este milagro á la Santísima Vírgen, que varios campeones cristianos vieron claramente suspendida en el aire sobre el lugar en que despues habia de levantarsele su templo.[11]

Por fortuna el espacio vacío que quedaba en derredor de la tropa de Hernando, lo separaba de la parte incendiada, y se defendia del fuego por un medio parecido al que emplea el cazador de América, que trata siempre de rodearse de una faja de tierra pelada, cuando sobreviene un incendio en las praderias. Todo el dia continuó el fuego sus estragos, y en la noche tomó un aspecto aterrador, porque á la luz de las lívidas llamas podian ver mutuamente los Españoles la consternacion pintada en sus pálidos semblantes, al mismo tiempo que en los suburbios se descubrian las huestes de los sitiadores cubriendo las laderas de los cerros y contemplando cou

11 Este templo fué dedicado á Nuestra Señora de la Asuncion. La aparicion de la Vírgen, no solo fué advertida por los cristianos sino tambien por los guerreros indios, muchos de los cuales lo refirieron así á Garcilaso de la Vega, en cuyas manos pocas veces pierde algo de su lustre lo maravilloso. (Com [illegible] Lo confirma ademas el P. Acosta, que llegó al pais cuatro años despues de este suceso. (lib. 7, cap. 27.) Ambos autores dan testimonio del oportuno auxilio que prestó Santiago, quien embrazando su escudo con la insignia de su órden militar, y armado de su espada de fuego, metió su caballo blanco en lo mas [illegible]

diabólico regocijo tanta ruina y destruccion. Hácia el norte, asomaba por encima de la ciudad la parda fortaleza, iluminada por la rojiza luz del incendio y contemplando al parecer con ceño desde la altura las ruinas de la hermosa ciudad que no podia ya defender. Allá á lo lejos se divisaban las vagas formas de los Andes, remontándose en solitaria grandeza hasta las regiones de eterno silencio, á donde no llegaba el rumor de la sangrienta lucha que se trababa á sus pies.

Tan grande era la ciudad que el fuego continuó cebándose en ella varios dias, y destruyendo torres, templos cabañas y palacios. Entre los pocos edificios que se libraron de sus estragos, se contaron por fortuna el templo del Sol y la casa de las Vírgenes que tenia á su inmediacion. Su posicion aislada hacia que fuese facil el conservarlos, y así lo hicieron los Indios por respeto á su religion.[12] Mas de una mitad de

12 Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 2, cap. 24.

El Padre Valverde, obispo del Cuzco, que tuvo tanta parte en la prision de Atahuallpa, no se hallaba en el Perú cuando este sitio, pero volvió al año siguiente. En una carta dirigida al emperador, compara el estado floreciente de la capital cuando él la dejó, con el que entonces tenia, despojada lo mismo que sus hermosos barrios, de sus antiguas glorias. El pagase es demasiado notable para que yo lo omita. La carta original se conserva en el archivo de Simancas. —"Certifico á V. M. *que si no me acordara del sitio desta Ciudad yo no la conosciera*, á lo menos por los edificios y Pueblos della porque cuando el Gobernador D. Françisco Pizarro entró aquí y entré yo con él estava este valle tan hermoso en edificios y poblazion, que en torno tenia que era cosa de admiracion vello, porque aunque la Ciudad

la opulenta capital, el emporio de la civilizacion del Occidente, el orgullo de los Incas y la luciente morada de su deidad tutelar, fué reducida á cenizas por mano de sus propios hijos. Acaso les consolaria la idea de haber abrasado con ella á sus conquistadores, para que les sirviese de tumba lo que antes fuera su mas glorioso trofeo.

Durante los muchos dias que duró el incendio no trataron los Españoles de apagarlo, porque habria sido vano empeño. Mas no por eso se crea que se limitaron á resistir los ataques de los enemigos, sino que de cuando en cuando hacian sus salidas para rechazarlos. Los maderos y escombros de los edificios incendiados oponian á la verdad obstáculos insuperables á los movimientos de la caballería, y cuando la infantería y los Indios amigos conseguian abrir paso á costa de mil esfuerzos, los Peruanos interceptaban de nuevo el camino, clavando estacas y levantando parapetos.[13] El destruir estos requeria mu-

en si no tenia mas de 3 ó 4000 casas, ternia en torno quasi á vista 19 ó 20,000: la fortaleza que estaba sobre la Ciudad paresoia desde á parte una muy gran fortaleza de las de España: agora la mayor parte de la Ciudad és ta toda derivada y quemada; la fortaleza no tiene quasi nada enhiesso; todos los pueblos de alderredor no tienen sino las paredes que por maravilla ai casa cubierta. La cosa que mas contentamiento me dió en esta Ciudad fué la Iglesia, que para en Indias es harto buena cosa, aunque segun la riqueza que a havido en esta tierra pudiera ser mas semejante al Templo de Salomon." Carta del Obispo Fr. Vicente de Valverde al Emperador, MS., 20 de Marzo de 1539.

13 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

cho tiempo y era operacion muy peligrosa, porque los trabajadores se veian espuestos continuamente á las flechas enemigas, y el arco de los Peruanos era muy certero. Cuando al cabo conseguian apartar todos los estorbos y abrir paso á la caballería, cargaba esta con ímpetu irresistible sobre los enemigos, y les hacia retroceder en desórden, cayendo heridos por las espadas ó atravesados por las lanzas de los ginetes. En tales ocasiones era siempre grande la carnicería; pero los Indios sin desanimarse por ello, volvian al ataque con nuevo vigor, y al mismo tiempo que por el frente presentaban tropas de refresco, otros se ocultaban entre las ruinas y ponian en desórden á los Españoles atacándoles por el flanco. Los Peruanos sabian manejar con destreza, asi el arco como la honda, y apesar de la superioridad de sus armas, cada refriega costaba varias vidas á los Españoles, y ya estos eran demasiado pocos para poder sufrir estas pérdidas, que no se compensaban por mas que la del enemigo fuese diez veces mayor. Los Peruanos usaban con regular éxito de otra arma peculiar de la América del Sur. Era esta el *lazo*, compuesto de una cuerda larga con un lazo corredizo en un estremo, la que arrojaban con mucha

"Los Indios ganaron el Cuzco casi todo desta manera, que en ganando la calle hivan haciendo una pared para que los cavallos ni los Españoles no los pudiesen romper." Conq. i Pob. del Piru, MS.

destreza sobre el ginete, ó enredaban con ella los pies de su caballo, de manera que ambos cayesen en tierra. Por este medio consiguieron hacer prisionero á mas de un Castellano.[14]

Acosados de este modo por todas partes, durmiendo sobre las armas y con sus caballos de la brida para subir en ellos á la menor señal de alarma, no lograban descanso los Españoles ni de dia ni de noche. Para colmo de trabajos su imprudente confianza les hizo dejar una guarnicion tan corta en la fortaleza que defendia la ciudad y dominaba completamente la plaza principal en que estaban acampados, que al acercarse los Peruanos fué abandonada sin intentar la defensa. Al punto la ocupó un grueso destacamento del enemigo, y desde aquella altura hacian de cuando en cuando descargas de proyectiles que incomodaban mucho á los sitiados. Bien se arrepintió entonces su capitan de la imprevision con que habia descuidado la guarda de punto tan importante.

Las noticias que diariamente recibian del estado del pais, contribuian no poco á aumentar sus congojas. Deciase que el levantamiento era general en toda la tierra: que los Españoles que vivian solos en sus haciendas, habian sido asesinados: que Lima, Trujillo y las demas ciudades principales estaban cercadas, y se esperaba

14 Ibid., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, [illegible]

que muy pronto caerian en manos de los enemigos; que los Peruanos se habian apoderado de los pasos y cortaban toda comunicacion, de manera que no podian contar los Españoles con auxilio alguno de sus hermanos de la costa. Tales eran los siniestros rumores que del campo de los sitiadores llegaban á la ciudad, y aunque exagerados, eran ciertos en el fondo. Para hacerlos aun mas creibles, arrojaron á la plaza ocho ó diez cabezas humanas, en cuyos rostros ensangrentados reconocieron con horror los Españoles las facciones de algunos compañeros suyos que sabian se hallaban viviendo solos en sus repartimientos [15].

Rendidos al peso de tantos horrores, muchos fueron de opinion que se abandonase del todo la ciudad, por indefendible, y se abriesen camino hasta la costa con la punta de sus espadas. Este proyecto tenia cierto carácter atrevido, muy propio para cautivar el ánimo resuelto de los Castellanos. Es mucho mejor, decian, morir defendiendo la vida como hombres, que perecer así cobardemente encerrados como ovejas en redil, esperando que venga el carnicero á degollarlas!

Pero los Pizarros, Rojas y algunos otros caballeros principales, rehusaron aprobar una medida, que segun ellos, iba á cubrirles de igno-

15 [illegible] supra. — Conq. i Pob. del Piru, MS. [illegible]

minia.[16] El Cuzco era la valiosa presa que tanto habian disputado, era el antiguo sólio de los Incas, y aunque se veia reducida á cenizas, pronto se levantaria de entre sus ruinas tan ilustre como siempre. Todo el mundo tenia fijos los ojos en sus defensores, y su debilidad, infundiendo confianza al enemigo, podria decidir la suerte de todos los Españoles que habia en aquella tierra.

Ni bien mirado quedaba tampoco lugar á la duda, porque toda salida estaba interceptada por un enemigo que conocia mucho mejor el terreno, y se habia hecho dueño de todos los pasos. Pero las cosas no podian durar mucho tiempo en tal estado, pues los Indios, á la larga, no podian luchar contra los blancos. El fuego de la insurreccion debia irse apagando por sí solo, y el grande ejército de los enemigos se desbandaria, no hallándose los Indios acostumbrados á las privaciones inseparables de una campaña algo larga. Era preciso que diariamente llegasen refuerzos de las colonias, y con solo que los Castellanos conservasen por algun tiempo su acostumbrado esfuerzo, sus compatriotas no dejarian de darles auxilio, pues no era creible que

16 "Pues Hernando Pizarro nunca estuvo en ello y los respondia que todos habiamos de morir y no desamparar el Cuzco. Juntábanse á estas consultas Hernando Pizarro y sus hermanos, Grabiel de Rojas, Hernan Ponce de Leon y el tesorero Riquelme." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

les dejasen morir entre los montes como una cuadrilla de bandoleros.

Estas razones y la firmeza de aquellos caballeros, hicieron grande impresion en los soldados; porque en el alma de un Español siempre hallaba eco la voz del honor, ya que no la de la humanidad. Todos ofrecieron mantenerse firmes hasta lo último al lado de su comandante.

Mas si trataban de mantenerse firmes en la ciudad era indispensable desalojar al enemigo de la fortaleza; y antes de arrojarse á esta peligrosa empresa quiso Hernando Pizarro dar un golpe que intimidase á los sitiadores y les retrajese de intentar nuevos ataques á su campamento.

Comunicó el plan á sus oficiales, y dividiendo su pequeña tropa en tres trozos dió el mando de ellos á su hermano Gonzalo, á Gabriel de Rojas, oficial que merecia toda su confianza, y á Hernan Ponce de Leon. Enviaron por delante á los peones indios para que apartasen los estorbos del camino, y las tres divisiones avanzaron á un tiempo por las calles principales hácia el campo de los sitiadores. Facilmente desbarataron las partidas sueltas que encontraron en el camino, y cayendo de improviso los tres trozos sobre las desordenadas filas de los Peruanos, les tomaron completamente de sorpresa. Al principio fué muy débil la resistencia y hor-

forosa la carnicería; pero los Indios fueron cobrando ánimo poco á poco, y algo restablecido el órden, volvieron al combate con la intrepidez de hombres acostumbrados á desafiar los peligros. Combatian cuerpo á cuerpo con sus hachas y mazas de cobre, descargando al mismo tiempo un diluvio de dardos piedras y flechas sobre los acerados cuerpos de los cristianos.

Parecian los bárbaros algo mas disciplinados de lo que podia esperarse, y esto provenia, segun cuentan, de que habiendo el Inca perdonado generosamente la vida á varios Españoles prisioneros, estos habian dado á sus tropas algunas lecciones del arte de la guerra. Los Peruanos habian aprendido tambien á manejar regular mente las armas de sus enemigos, y andaban armados de escudos, cascos y espadas de fábrica europea, y montados á veces en los caballos que habian quitado á los blancos.[17] El jóven Inca en particular, ataviado á la europea, montaba en un fogoso caballo que manejaba con notable destreza, y con una gran lanza en la mano, conducía sus tropas á la pelea.—Esta facilidad en adoptar las armas y la táctica de los conqnistadores, indica una civilizacion mas adelantada que la de los Aztecas, porque estos durante su larga lucha

17 Herrera asienta que los Peruanos volvieron contra los Conquistadores sus propias armas de fuego, obligando á los prisioneros á que arreglasen los mosquetes y fabricasen pólvora para ellos. Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 5, 6.

con los Españoles, jamas llegaron á perder á los caballos el miedo hasta el grado de atreverse á montarlos.

Pero unos cuantos dias ó semanas de ejercicio no bastaban para acostumbrarles á unas armas y disciplina tan distintas de las usadas hasta entonces por los Peruanos. Así fué que este combate, aunque muy reñido, no pudo durar mucho tiempo. Despues de pelear los naturales con grande valor, arrojándose osadamente sobre los ginetes con el fin de sacarlos de las sillas, se vieron precisados á ceder en fuerza de las continuas acometidas de los Españoles. Muchos fueron pisoteados, otros acuchillados, y los mosqueteros, sostenidos por la caballería, mantenian un fuego graneado que causaba un daño terrible en los flancos y retaguardia de los fugitivos. Por último, hartos de matar y creyendo el gefe español que el castigo aplicado al enemigo bastaria para que ya no le molestase por entonces, hizo retirar sus tropas á sus cuarteles de la capital.[18]

Trató en seguida de recobrar la ciudadela, operacion sin duda de mucho peligro. La fortaleza, que dominaba la parte septentrional de la ciudad, estaba situada sobre una altura pedregosa y tan escarpada que era imposible llegar á ella por este lado, defendido únicamente

18. Pedro Pizarro, Descub. Piru, MS.—Herrera, Hist. General y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Piru, dec. 5, lib. 8, cap. 4, 5.

por una sola pared. Por la parte del campo, era mas fácil la subida; pero por allí la defendian dos cercas semicirculares de mil doscientos pies de largo y muy gruesas, formadas de enormes piedras ó mas bien rocas amontonadas unas sobre otras sin argamasa, á manera de una pared rústica. El terreno que mediaba entre ambas cercas estaba terraplenado hasta una altura conveniente, á fin de que los defensores pudiesen cubrirse con el parapeto al tiempo de disparar sus flechas. Dentro de la cerca interior quedaba la fortaleza compuesta de tres fuertes torres, una grande y dos pequeñas. El enemigo ocupaba la grande y una de las pequeñas á las órdenes de un noble inca, guerrero de probado valor, y resuelto á defenderlas hasta lo último.

Confió Hernando Pizarro esta peligrosa empresa á su hermano Juan, en cuyo esforzado pecho ardia el espíritu aventurero de un caballero andante. Como para llegar á la fortaleza se habia de pasar por las cañadas de los cerros, era preciso llamar por otro punto la atencion del enemigo. Poco antes de anochecer salió Juan Pizarro de la ciudad con un trozo escojido de caballería, y se dirigió por el rumbo opuesto á la fortaleza, para que el ejército sitiador creyese que se trataba de una salida en busca de víveres. Mas en la noche contramarchó con el mayor silencio, halló por fortuna que los pasos

no estaban guardados, y llegó al pie de la cerca esterior sin que la guarnicion lo sintiese.[19]

Daba entrada á la fortaleza una estrecha abertura en la muralla; pero se encontró cerrada con gruesas piedras que parecian formar una sola pieza con el resto de la mampostería. Era operacion larga el arrancarlas de allí, y de modo que no lo advirtiese la guarnicion. Como las naciones indias rara vez acometian de noche, no habian alcanzado tanto en el arte de la guerra, que supiesen usar de centinelas para evitar una sorpresa. Una vez concluida la operacion, Juan Pizarro y sus bravos compañeros entraron por la abertura y se encaminaron al segundo parapeto.

Pero no habian sido tan secretos sus movimientos que ya no los hubiesen advertido, y se encontraron el patio interior lleno de guerreros, que les recibieron con una nube de proyectiles y les obligaron á detenerse. Viendo Juan Pizarro que no habia tiempo que perder, hizo desmontar la mitad de su gente, y poniéndose á su cabeza, se dispuso á abrir otra brecha en las fortificaciones. Pocos dias antes le habian herido en una quijada, y viendo que el morrion le incomodaba, tuvo la temeridad de despojarse de él, contando defenderse tan solo con su adarga.[20] No cesaba de animar á sus soldados para que continua-

19 Conq. i Pob. del Piru, MS.

20 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

sen su derribo, bajo semejante nube de piedras, flechas, y dardos que habria puesto temor en el corazon mas esforzado. Las armaduras de los Españoles no siempre bastaban para defenderlos; pero otros ocupaban el lugar de los que caian, hasta que la brecha estuvo practicable, y arrojándose adentro la caballería atropelló á cuantos quisieron oponérsele.

Quedó con esto abandonado el parapeto, y los enemigos huyeron en desórden por el patio, hasta refugiarse en una especie de plataforma ó terrado, dominado por la torre principal. Allí se rehicieron y continuaron haciendo nuevas descargas de proyectiles sobre los Españoles, al mismo tiempo que los defensores de la torre les dejaban caer encima gruesas piedras y maderos. Juan Pizarro, siempre de los primeros, acometió al terrado animando á sus soldados con sus palabras y con su ejemplo; pero en aquel momento se descuidó de cubrirse con la adarga, y le acertaron una pedrada en la cabeza, con que le derribaron en tierra. No por eso dejó el intrépido capitan de seguir animando á sus compañeros con su voz, hasta que se ganó el terrado, y sus desdichados defensores fueron pasados á cuchillo. Ya entonces no pudo resistir mas, y le bajaron á la ciudad; donde á pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarle, solo sobrevi-

vió quince dias á su herida, y espiró en medio de cruelísimos dolores. [21] —Basta saber que era un Pizarro, para decir que era valiente; pero debe añadirse que sabia templar el valor con la cortesanía. Parecia su carácter suave comparado con el porte altanero de sus hermanos, y su afabilidad le ganó el afecto del ejército. Ayudó á la conquista del Perú desde el principio, y no hay otro nombre en la lista de los conquistadores menos empañado por la nota de crueldad, y en que mas brillen todas las cualidades de un verdadero y esforzado caballero. [22]

Aunque la desgracia ocurrida á su hermano causó un vivo pesar á Hernando Pizarro, conoció que debia obrar con prontitud para aprovechar las ventajas conseguidas. Dejando la ciudad á cargo de Gonzalo, se puso á dirigir en persona el ataque y apretó el cerco á las fortalezas. La una se entregó despues de una corta resis-

21 "Y estando batallando con ellos para echallos de allí, Joan Pizarro se descuidó de cubrirse la cabeza con la adarga, y con las muchas pedradas que tiraban le acertaron una en la cabeza que le quebraron los cascos, y dende á quince dias murió de esta herida, y ansi herido estuvo forcejando con los indios y españoles hasta que se ganó este terrado, y ganado le abajaron al Cuzco." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

22 "Era valiente," dice Pedro Pizarro, "y muy animoso, gentil hombre, magnanimo y afable." (Descub. y Conq., MS.) Zárate le despacha con este breve panegírico: —"Fue gran perdida en la Tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente, i experimentado en las Guerras de los Indios, i bien quisto, i amado de todos." Conq. del Peru, lib. 3, cap. 3.

tencia; pero la otra, mas difícil de ganar, se mantenia firme defendida por el valiente Inca que la mandaba. Era un hombre de formas atléticas, y se le veia recorrer los parapetos armados de una adarga y una coraza de los Españoles, y blandiendo una formidable maza guarnecida de puntas de cobre. Con esta arma terrible derribaba á cuantos trataban de penetrar en la fortaleza. Dícese que mató con su propia mano á varios soldados suyos que hablaron de rendirse. Al fin se resolvió Hernando á escalar la plaza, á cuyo efecto hizo arrimar las escalas; mas apenas llegaba arriba un Español cuando le echaba á rodar el robusto brazo del guerrero indio. Su actividad igualaba á su valor, y parecia multiplicarse para hallarse á un mismo tiempo en todos los lugares en que era necesaria su presencia.

Llenóse de admiracion el capitan español al ver tanto valor, porque sabia apreciarlo aunque fuese en un enemigo, y dió orden de que no se hiciese daño alguno al Indio, y si era posible se le tomase vivo; pero esto no era muy fácil. [23] Por último, habiendo arrimado muchas escalas á la torre, subieron los Españoles por diversas partes á un tiempo, se arrojaron dentro de la

23 "I mandó Hernando Pizarro á los Españoles que subian que no matasen á este Indio sino que se lo tomasen á vida, jurando de no matalle si lo habia vivo." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

plaza y sometieron á los pocos que aun sostenian el combate. Pero el comandante no pensaba en rendirse, y viendo que era ya imposible continuar resistiendo, subió al parapeto, arrojó su maza, se envolvió en su manta y se precipitó de cabeza desde la altura, muriendo como un antiguo Romano.[24] Habia peleado hasta lo último por la libertad de su patria, y tenia á mengua el sobrevivir á su deshonra.—El general castellano dejó una corta fuerza para seguridad de su nueva conquista, y se volvió triunfante á sus cuarteles.

Ibase pasando el tiempo y ningun socorro llegaba á los sitiados. Desde mucho antes habia comenzado á amenazarles el hambre. Por fortuna las acequias que pasaban por la ciudad les proveian de agua; pero aunque habian economizado bien sus provisiones, ya llegaron á acabarse, y se conformaban con el poco grano que podian sacar de las casas y almacenes, arruinados los mas por el fuego, ó con lo que se recogia en alguna correría afortunada.[25] Este último arbitrio ofrecia no pequeña dificultad, porque cada espedicion ocasionaba un reñido encuentro con el enemigo

24 "Visto este orejon que se lo habian ganado y le habian tomado por dos ó tres partes el fuerte, arrojando las armas se tapó la cabeza y el rostro con la manta y se arrojó del cubo abajo mas de cien estados, y ansi se hizo pedazos. A Hernando Pizarro le pesó mucho por no tomalle á vida." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

25 Garcilaso, Com. Real. Parte 2, lib. 2, cap. 54.

en que solian perderse varias vidas de Españoles y causaba grave daño en los Indios amigos. Es verdad que semejante pérdida traia tambien una ventaja, y era que los consumidores iban cada dia á menos; pero el número de los sitiados era tan corto que cualquiera baja hacia mucho mas dificil la defensa con los que quedaban.

Como ya habian trascurrido varios meses sin recibir noticias de sus camaradas, empezaron á llenarse de inquietud por su suerte. Sabian muy bien que el gobernador no omitiria esfuerzo alguno para sacarles de situacion tan desesperada, y el no haberlo hecho era una prueba clara de que se veia tan apurado como ellos, ó de que acaso él y sus compañeros habrian sido ya sacrificados al furor de los insurgentes. Era cosa horrible el considerar que se hallaban solos en aquella tierra, lejos de todo socorro humano, aguardando el perecer miserablemente entre aquellos montes á manos de los bárbaros.

Mas el verdadero estado de las cosas, aunque tristísimo, no era tan desesperado como ellos se figuraban. Es verdad que la insurreccion se habia estendido por todo el pais, ó á lo menos por la parte de él que ocupaban los Españoles; habia sido además tan bien fraguada que rompió en todas partes casi al mismo tiempo, y los conquistadores que vivian muy descuidados en sus repartimientos, fueron asesinados. Así perecieron va-

rios centenares de ellos. Una reunion de Indios habia cercado á Jauja, y un ejército respetable se posesionó del valle de Rimac y puso sitio á Lima. Pero los alrededores de la capital eran llanos y despejados, muy propios para las evoluciones de la caballería, y apenas se vió Pizarro amenazado por aquella tropa, despachó contra los Peruanos una fuerza considerable que pronto los puso en fuga. Aprovechando la ventaja conseguida, les aplicó un castigo tan severo, que aunque siguieron amenazando desde lejos y cortando las comunicaciones con el interior, no volvieron á atreverse á pasar el rio Rimac.

Las noticias que iban llegando al gefe español del estado de la tierra, le alarmaron seriamente. Causábale mayor inquietud que nada la suerte de la guarnicion del Cuzco, y trató varias veces de socorrer aquella capital. Por cuatro ocasiones envió á sus mejores oficiales con destacamentos, y aunque entre todos llevaban mas de cuatrocientos hombres, la mitad de á caballo, ninguno consiguió llegar á su destino. Los arteros indígenas les dejaban que se internasen sin tropiezo, y así que se enredaban en los pasos de las sierras, les rodeaban con número muy superior, y apoderándose de las alturas llovian sobre ellos sus fatales proyectiles, ó les aplastaban con las rocas que despeñaban de las cumbres.

vez hubo que no quedó un solo hombre de toda la partida, y en otras apenas escaparon algunos dispersos para que volviesen á referir el desastre á sus compañeros de Lima.[26]

Tales nuevas llenaron de consternacion el ánimo de Pizarro. Pensaba del modo mas funesto sobre la suerte que habria cabido á los Españoles dispersos por todo el pais, y aun dudaba de poderse mantener en él, sin recibir auxilios de fuera. Envió un buque á los colonos de San Miguel, previniéndoles que abandonasen la plaza con todos sus efectos, y viniesen á juntarse con él en Lima; mas por fortuna no le obedecieron. Muchos de los suyos querian aprovecharse de las naves que habia en el puerto para salir de la tierra é ir á refugiarse en Panamá. Pizarro no quiso ni aun escuchar tan cobarde consejo, que llevaba consigo el abandono de los valientes del interior, que solo de él aguardaban socorro. Para quitar toda tentacion á estas almas débiles, despachó todas las naves á desempeñar una comision muy diversa. Envió en ellas cartas para los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Gua-

26 Zárate, Conq. del Peru, lib. 4, cap. 5.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 5.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 28.

Segun el historiador de los Incas, estas espediciones costaron la vida á cuatrocientos setenta Españoles. Cieza de Leon calcula en setecientos el número total de los cristianos que perecieron en esta insurreccion, y añade que algunos fueron cruelmente atormentados. (Crónica, cap. 82.) Este cálculo no parecerá exagerado, si se considera el espíritu de la insurreccion, y lo que esta se propagó.

temala y Méjico, representándoles el mal estado de sus negocios, y solicitando su auxilio. Aun se conserva la carta que dirigió á Alvarado, residente entonces en Guatemala. En ella le conjura por todos los sentimientos de honor y de patriotismo, que venga en su ayuda, y eso antes que fuera demasiado tarde. Sin nuevos auxilios, ya no podian sostenerse mas los Españoles en el Perú, y la corona de Castilla iba á perder aquel dilatado imperio. Se comprometia por último á partir con él las conquistas que hicieran con sus armas reunidas.[27] Estas ofertas hechas al mismo personage que pocos meses antes habia querido Pizarro echar de la tierra á cualquier precio, manifiestan el estremo á que habia llegado su afliccion. Los socorros que con tanto empeño solicitaba, llegaron en tiempo oportuno; no para sofocar la insurreccion de los Indios, sino para ayudarle en otra contienda igualmente formidable contra sus propios paisanos.

Era ya el mes de Agosto. Llevaba el Cuzco mas de cinco meses de sitiado, y las legiones peruanas aun continuaban cercándolo. El sitio ya se habia prolongado mas de lo que se usaba

27 "E crea V. S. si no somos socorridos se perderá el Cusco, ques la cosa mas señalada é de mas importancia que se puede descubrir, é luego nos perderemos todos; porque somos pocos é tenemos pocas armas, é los Indios estan atrevidos." Carta de Francisco Pizarro á D. Pedro de Alvarado, desde la ciudad de los Reyes, 29 de Julio de 1536, MS.

entre Indios, y daba á entender la resolucion que habian formado los indígenas de esterminar á los blancos. Pero la falta de provisiones acosaba tambien á los Peruanos. No era empresa fácil el procurar alimento para hueste tan numerosa, y el recurso de los pósitos establecidos con tanta prevision por los Incas, les servia de muy poco, porque cuando los Españoles entraron en el pais, tomaron de ellos á manos llenas y mucho desperdiciaron.[28] El tiempo de la siembra era llegado, y el Inca veia muy bien que si sus gentes no se aplicaban á ella, les sobrevendria un azote más terrible que los mismos invasores. Despidió, pues, la mayor parte de sus tropas mandándoles que se retirasen á sus casas, y que cuando tuviesen labrados sus campos volviesen para continuar el cerco de la capital. Conservó el Inca para su custodia una fuerza considerable, y con ella se retiró á Tambo, lugar muy fuerte en el valle de Yucay residencia favorita de sus antepasados. Dejó tambien un buen trozo de gente cerca del Cuzco, para que vigilase los movimientos del enemigo, y le interceptase los víveres.

Los Españoles veian con regocijo como se desmoronaba la poderosa hueste que por tanto tiempo les cercara. No descuidaron de sacar partido de esta circunstancia, y Hernando Pizar-

28 Ondegardo, Rel. Prim. y Seg., MS.

ro aprovechó aquella retirada temporal, para despachar partidas sueltas que saliesen á recorrer el pais, y trajesen víveres para sus hambrientos soldados. Caminó en esto con tal fortuna, que en una ocasion se recojieron de las haciendas de los Indios, hasta dos mil cabezas de ganado, de los carneros de la tierra, que llegaron sin novedad al Cuzco.[29] Ya con esto quedaba libre por entonces el ejército de todo temor de escasez.

Mas estas correrías se hacian á punta de lanza, y ocasionaban repetidas refriegas en que se vertia la sangre mas preciada de los caballeros españoles. Estos encuentros no solo eran entre cuerpos numerosos, sino que tambien ocurrian continuas escaramuzas entre partidas pequeñas, que á veces parecian mas bien combates personales. Ni en estos era tanta la desigualdad entre los campeones, como podria suponerse; porque el guerrero peruano con su honda, su arco, y su *lazo*, no era antagonista despreciable para el acerado ginete, á quien algunas veces osaba acometer cuerpo á cuerpo con su formidable hacha de armas. Los alrededores del Cuzco se convirtieron, como la vega de Granada, en un campo de batalla, donde los Cristianos y los infieles combatian cada uno á su modo, y vióse

29 "Recojimos hasta dos mil cabezas de ganado." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

muchos hechos heróicos que solo necesitaban de la lira del poeta para dejar un recuerdo de gloria como el que ha llegado hasta nosotros de los últimos dias de la media luna en España.[30]

Pero Hernando Pizarro no se contentaba con mantenerse tan solo á la defensiva, y resolvió dar un paso atrevido, que de una vez pusiese término á la guerra. Tratábase de apoderarse de la persona del Inca Manco, esperando sorprenderle en sus cuarteles de Tambo.

Escogió para este servicio ochenta de sus mejores ginetes, con unos cuantos de á pié, y dando un largo rodeo por los pasos menos frecuentados de la sierra, dió vista á Tambo sin que lo sintiese el enemigo. Halló entonces que la plaza era mas fuerte de lo que se habia imaginado. El palacio de los Incas, que merecia mejor el nombre de fortaleza, estaba situado en una altura, inaccesible por la parte hácia donde asomaron los Españoles, por hallarse cortada la áspera subida en forma de andenes ó escalones, defendidos por fuertes cercas de cantería y de

30 Pedro Pizarro refiere varios de estos hechos de armas, y en algunos salen á relucir en primer lugar sus propias hazañas. Un acto de crueldad menciona, que hace muy poco favor á su gefe Hernando Pizarro. Dice que despues de un reñido encuentro, hizo cortar la mano derecha á los prisioneros, y así mutilados los volvió á enviar á su campo. (Descub. y Conq., MS.) Los cronistas no refieren con frecuencia tales atrocidades, y podemos creer que solo serian escepciones de la política que generalmente siguieron los conquistadores en esta invasion.

adobes. [31] Por la parte opuesta corria estrecho y profundo el rio Yucay, [32] atravesando un pequeño llano, y como por aquí era muy suave el descenso, se eligió este lado para intentar el asalto.

Pasado el rio sin mucha dificultad, comenzó á subir el gefe español por la esplanada, con el menor ruido posible. Apenas asomaba la aurora por las montañas, y Pizarro al acercarse á las obras esteriores, que eran, como en la fortaleza del Cuzco, unas fuertes cercas de piedras que rodeaban el patio, avivó el paso, confiado en que la guarnicion estaria aun entregada al sueño. Pero ya habia millares de ojos despiertos que espiaban sus movimientos, y apenas llegaron á tiro los Españoles, asomaron de pronto por encima de la muralla una multitud de Indios, y apareció el Inca dentro del patio, á caballo con su lanza en la mano, dirigiendo los movimientos de sus tropas. [33] Al mismo tiempo oscureció el aire una descarga de innumerables proyectiles, piedras, dardos y saetas, que llovian como granizo sobre los Castellanos, y resonó en todas las montañas el agudo clamor de guerra de los enemigos. Cogidos de sorpresa y muchos gravemen-

31 "Hallámos á Tambo tan fortalescido que era cosa de grima, porquel asiento donde Tambo está es muy fuerte, de andenes muy altos y de muy gran canterías fortalescidos." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

32 "El rio de Yucay ques grande por aquella parte ya muy angosto y hondo." Ibid., MS.

33 "Parecia el Inga á caballo entre su gente, con su lança en la mano." Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 7.

te heridos, vacilaron por un momento los Españoles, y aunque al punto se rehicieron y trataron por dos veces de repetir el asalto, viéronse al fin obligados á retroceder, incapaces de resistir la furia de la tempestad. Para aumento del desórden, echaron de ver que el llano que tenian á la espalda estaba inundado, porque los Indios abrieron las compuertas y sacaron las aguas del rio fuera de su lecho natural, de manera, que era imposible mantenerse por mas tiempo allí.[34] Reunióse una junta de guerra, y se decidió que se abandonase el ataque por desesperado, y se emprendiese la retirada en el mejor órden posible.

Gastóse el dia en estas tentativas infructuosas, y aprovechándose Hernando de las sombras amigas de la noche, envió por delante la infantería y el bagage; se encargó él mismo de mandar el centro, y confió la retaguardia á su hermano Gonzalo. Tuvieron la fortuna de pasar el rio sin novedad, aunque los enemigos, confiados en sus propias fuerzas, se arrojaron fuera de sus parapetos y siguieron de cerca la retirada de los Españoles, molestándoles continuamente con sus

34 "Pues hechos dos ó tres acometimientos á ganar este pueblo, tantas veces nos hicieron volver dando de manos. Ansi estuvimos todo este dia hasta puesta de sol: los indios sin entendello nos echaban el rio en el llano donde estabamos; y á aguardar mas pereciéramos aquí todos." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

flechas. Mas de una vez apretaron tanto á los fugitivos, que Gonzalo se vió precisado á volver con su caballería, para dar una de aquellas cargas atrevidas que castigaban su audacia, y contenian el alcance por algun tiempo. Apesar de eso el enemigo victorioso se mantuvo siempre á retaguardia de los derrotados caballeros, hasta que salieron de los pasos de la sierra, y dieron vista á los ennegrecidos muros de la capital. Este fué el último triunfo del Inca.[35]

Entre los manuscritos que debo á la liberalidad del ilustre y lamentado literato español Navarrete, el más notable de los relativos á esta historia, es la obra de Pedro Pizarro, titulada: "Relacion del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú." Parece que solo una copia de este importante documento se conservó hasta nuestros dias, y era muy poco conocido hasta que vino á parar á manos del Señor Navarrete, aunque no se escapó á la exquisita diligencia de Herrera, segun lo manifiesta la relacion que hace de varios incidentes, algunos relativos á la propia persona de Pedro Pizarro, que no pudo saber por otro conducto. El manuscrito ha visto últimamente la luz pública, en la pre-

35 Ibid., MS.—Herrera. Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 7.

ciosa coleccion de documentos históricos que actualmente se publica en Madrid, por personas cuyos nombres son la mejor garantía del buen éxito. Como cuando me llegó el libro impreso ya mis tareas estaban muy adelantadas, preferí continuar refiriéndome á la copia manuscrita en lo poco que aun me restaba por hacer, como lo habia hecho por necesidad en lo trabajado hasta allí.

No se sabe otra cosa del autor á lo que entiendo, sino lo que puede averiguarse por varias noticias que da de sí própio en su historia. Nació en Toledo de Estremadura, provincia tan fecunda en aventureros para el Nuevo Mundo, de donde salió tambien la familia de Francisco Pizarro, con la que Pedro tenia parentesco. Cuando este capitan pasó á emprender la conquista del Perú en 1529, despues de recibir del emperador sus títulos, Pedro Pizarro que solo tenia entonces quince años, pasó con él en calidad de page. Tres años continuó agregado á la casa de su gefe, y despues se alistó bajo sus estandartes como soldado aventurero. Se halló presente en casi todos los sucesos memorables de la conquista, y parece que su capitan tenia grande confianza en él, pues le fió varias comisiones difíciles, en cuyo desempeño mostró mucha serenidad y valor. Es verdad que todo esto no tiene otro comprobante que la palabra del autor;

pero refiere sus proezas con aire de buena fé, y sin ningun empeño por realzarlas mas de lo justo. Habla siempre de sí propio en tercera persona, y como su manuscrito no estaba destinado tan solo para la posteridad, con dificultad se atreveria á desfigurar mucho los hechos, cuando era tan fácil descubrir el engaño.

Terminada la conquista, siguió siempre nuestro autor la suerte de su capitan, y se mantuvo á su lado durante todas las revoluciones que se siguieron. Despues que fué asesinado, se retiró Pedro Pizarro á Arequipa, para disfrutar en paz del repartimiento de tierra é Indios que le habian dado por recompensa de sus servicios. Allí se encontraba cuando estalló la gran rebelion de Gonzalo Pizarro; pero se mantuvo fiel á sus juramentos, y quiso mas bien, segun dice, "negar su nombre y su sangre, que dejar de servir á su Rey y Señor." Gonzalo en desquite le despojó de sus repartimientos, y habria tomado contra él otras medidas mas severas cuando le hizo prisionero en Lima, si no hubiera mediado su teniente el famoso Francisco Carbajal, á quien en otro tiempo por fortuna suya, hizo el cronista un señalado servicio. Pagóselo Carbajal salvándole la vida por dos ocasiones; pero á la segunda le dijo con toda calma; "Señor, dobles vidas no tenemos; pues si otra vez os he á las manos, que solo Dios os dé la vida." Afortuna-

mente para Pizarro no llegó el caso de cerciorarse de la verdad de esta amenaza. Así que se pacificó la tierra, se volvió otra vez á Arequipa; pero por lo quejoso que se muestra, parece que no le restituyeron por completo los bienes que habia sacrificado á su acrisolada lealtad al monarca. Las últimas noticias que tenemos de él son del año 1571, en cuya fecha, segun dice, acabó de escribir su historia.

La relacion de Pedro Pizarro abraza todo el periodo de la conquista, desde la primera espedicion que salió de Panamá, hasta los desórdenes que se siguieron á la partida del presidente Gasca. Para escribir el principio de su obra se valió de los informes de otros, y por consiguiente esta parte de ella no tiene derecho á ser colocada entre las autoridades de primera clase. Pero todo lo que se sigue al regreso de Pizarro de Castilla, en una palabra, todo lo que comprende la conquista del pais, puede decirse que lo refiere por haberlo visto por sí propio, como actor y testigo de vista, lo que da á su relacion un mérito á que no podria aspirar por su desempeño como obra literaria. Pizarro era un soldado, tan mal educado, sin duda, como lo son generalmente los que se crian en esta áspera escuela; la mas desfavorable del mundo para el cultivo de la mente y la buena moral. Tuvo sin embargo bastante juicio para no empeñarse en con-

seguir lo que no podia alcanzar. No hay en su crónica pretensiones á la elegancia en el estilo, ni tropieza uno á cada paso con esos adornos afectados, que solo sirven para hacer mas patente la pobreza del que los prodiga. Su objeto solo hera referir sencillamente lo sucedido en la conquista conforme lo habia visto: su atencion se dirijia á los hechos y no á las palabras, las que dejó sábiamente para los que despues vinieran á recorrer el campo cuando se hubiesen retirado los labradores, para rebuscar lo que pudiesen de segunda mano.

Podria creerse que la posicion de Pizarro le espondria necesariamente á influencias de partido, privándole de guardar en su narracion la imparcialidad debida. No es dificil, á la verdad, el determinar á que bandera pertenecia. Su lenguage es el de un partidario, pero de un partidario de buena fé, á quien solo impiden el juzgar con exactitud de los acontecimientos pasados, las opiniones que abrigaba de antemano. No emplea ningun artificio para inclinar el ánimo del lector á uno ú otro lado, ni mucho menos se atreve á desfigurar de intento los hechos. No cabe duda que él cree cuanto dice, y he aqui lo que principalmente debe buscarse. La influencia natural de su posicion, ya podemos tenerla en cuenta, y si hubiese llegado á mas su imparcialidad, el crítico de hoy podria equivocarse,

rebajando por la parcialidad y prevenciones del autor, mas de lo que debiera.

Pizarro no solo se muestra independiente, sino á veces cáustico, al condenar la conducta de sus gefes, sobre todo cuando alguna de sus medidas perjudicaba á los intereses del escritor ó á los del ejército. Respecto á los desdichados indígenas, no le causan mas compasion sus miserias, que á los antiguos Judios las de los Filisteos, á quienes miraban como presa de sus espadas, y cuyas tierras consideraban como patrimonio suyo legítimo. Los crueles conquistadores, al tratar á los infieles, jamás dieron señal de misericordia.

Pizarro era el tipo del siglo en que vivia. Pero á la verdad que es demasiado, el querer atribuir al siglo todas sus faltas. Era mas bien el tipo de los feroces guerreros que derribaron el trono de los Incas. No era solamente un cruzado que peleaba por estender los dominios de la Cruz entre los ciegos gentiles, sino que el oro era su fin principal, la medida por donde juzgaba de la importancia de la conquista, y la única recompensa que pedia por una vida de trabajos y de peligros. El aventurero peruano alimentaba mas bien su grosera y mundana imaginacion con estos ensueños de oro, que con ensueños de gloria, y mucho menos de gloria celestial. Pizarro no se aventajaba á los de su ralea, bajo el

aspecto moral, ni tampoco en la parte intelectual. En su historia no se descubre grande penetracion, ni vigor ni estension en las ideas. Es la obra de un soldado que refiere simplemente su sangrienta historia, y lo único que le da mérito es, que la cuenta el mismo que figuró en ella. Y esto hace que para el compilador moderno sea de mas valor que otras producciones mas pulidas de segunda mano: es el metal en bruto, que pasado por el crisol y refinado, puede convertirse en moneda corriente para que circule por todas partes.

Otra autoridad en que me he apoyado á veces, y cuyas obras aun duermen manuscritas, es el Licenciado Fernando Montesinos. Este es, bajo todos aspectos, el reverso del cronista-soldado á quien acabamos de pasar revista. Floreció como un siglo despues de la conquista, y por consiguiente, el valor de sus escritos como autoridad histórica debe ser proporcionado á la oportunidad que tuviera de consultar los documentos originales. Para ello contaba con grandes ventajas. Por dos ocasiones pasó al Perú con comisiones del gobierno, para cuyo desempeño se vió precisado á recorrer mucha parte del pais. Gastó quince años en ello, de manera, que al mismo tiempo que su carácter oficial le proporcionaba facil acceso á los archivos de las colonias y á las colecciones de los litera-

tos, podia al mismo tiempo cerciorarse en alguna parte de la exactitud de sus opiniones, observando el pais por sus propio ojos.

El resultado de sus trabajos fueron sus dos obras históricas, las "Memorias Antiguas Historiales del Perú," y los "Anales," citados varias veces en la presente obra. La primera está dedicada á la historia antigua del pais, y bien antigua, porque se remonta nada ménos que al diluvio. La primera parte de este tratado está llena casi toda con una disertacion destinada á probar que el Perú es el rico Ofir del tiempo de Salomon. Por esta hipótesis, cuya invencion no pertenece de modo alguno á nuestro autor, podrá formar el lector una idea aproximada del giro de sus ideas. En el curso de la obra va siguiendo la línea de los príncipes Incas, cuyos hechos y aun nombres, no se conforman de modo alguno con el catálogo de Garcilaso; mas adviertase que esta circunstancia está muy lejos de probar la inexactitud de ninguna de las dos. Pero no negará que el escritor merece el cargo de inexacto, todo aquel que haya leido las absurdas fábulas que Montesinos cuenta con tanta gravedad y confianza. El adolecia en gran manera de la nimia credulidad y aficion á las maravillas, que caracterizan á una época mas remota y ménos ilustrada.

Lo que llevamos dicho de las "Memorias,"

puede aplicarse tambien á sus "Anales," que tratan esclusivamente de la Conquista. Como aquí el autor despues de su atrevido vuelo, descendió á tierra firme, ya no debe temerse que falte del todo á la verdad, ó por lo menos á la verosimilitud. Mas cualquiera que llegue á comparar su narracion con las de los escritores contemporáneos hallará á cada paso motivos para desconfiar de ella. Montesinos, sin embargo, tiene una ventaja. En sus largas buscas, halló, y á veces trasladó al pié de la letra en su obra, varios documentos originales, que hoy, seria difícil encontrar en otra parte.

Algunos literatos de su pais han elogiado mucho sus escritos, por advertirse en ellos que su autor se penetró del asunto y buscó con diligencia sus materiales. Mi propia esperiencia me hace no considerarlos como las mejores autoridades históricas. Creo que merecen muy pocas alabanzas, ya sea por la exactitud en referir los hechos, ó por la agudeza de sus reflexiones. La absoluta indiferencia con que mira los padecimientos de los indígenas, es una cualidad repugnante, menos disculpable en un escritor del siglo XVII, que en los primitivos conquistadores, cuyas pasiones se encendian con las continuas hostilidades. Mr. Ternaux-Compans ha traducido al francés las "Memorias Antiguas" con su acostumbrada exactitud y elegancia, pa-

ra su coleccion de documentos originales relativos al Nuevo-Mundo. En el Prólogo anuncia que mas adelante hará el mismo favor á los "Anales:" no sé si lo habrá hecho; pero no puedo menos de creer que este escelente traductor podria hallar mejor asunto para sus trabajos en algun otro documento de la rica coleccion que posee de los manuscritos de Muñoz.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO I.

Introduccion.—Idea de la Civilizacion de los Incas.

CAPITULO PRIMERO.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

Religion Peruana.—Deidades.—Suntuosos Templos.—Fiestas.—Vírgenes del Sol.—Casamientos, ... 94

CAPITULO IV.

Educacion.—Quipos.—Astronomía.—Agricultura.—Acueductos.—Guano.—Comestibles importantes,

CAPITULO V.

LIBRO II.

Descubrimiento del Perú.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

El famoso contrato.—Segunda espedicion.—Reconoce Ruiz la costa.—Padecimientos de Pizarro en los bosques.—Llegada de nuevos refuerzos.—Nuevos descubrimientos y reveses.—Pizarro en la isla del Gallo. 256

CAPITULO IV.

LIBRO III.

Conquista del Perú.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

Penoso paso de las sierras.—Embajadas de Atahuallpa.—Llegan los Españoles á Caxamalca.—Envian un mensage al Inca.—Entrevista con este.—Desaliento de los Españoles, 431

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

